SAGA

DARREN SHAN

Sangre de vampiros

En la primera trilogía, conocida como *Sangre de vampiros*, Darren descubre y acepta su vampirismo.

1. *El circo de los extraños*. Darren Shan relata la historia de cómo pasó de ser un niño normal a ser un semi-vampiro, asistente de un vampiro pelirrojo llamado Larten Crepsley. Después de que él y su mejor amigo, Steve Leonard, asisten a una función del Cirque Du Freak.
2. *El asistente del vampiro*. Bajo la tutela de Mr. Crepsley aprende a ser un vampiro y se une al Cirque Du Freak, haciéndose amigo del chico-serpiente, Evra Von, y trabajando para el circo como una especie de conserje, consiguiendo comida para las *Personitas*, unas criaturas creadas por Desmond Tiny, que son una especie de fantasmas con piel gris y sin orejas que comen cualquier cosa; también se hace amigo de un chico llamado Sam.
3. *Túneles de sangre*. Darren y Evra se van con Mr. Crepsley a la ciudad natal de éste, dónde se enfrentan con Murlough, un vampanez loco. Los vampanezes son los enemigos de los Vampiros y se caracterizan por tener la piel púrpura y los ojos rojos. Los Vampiros nunca matan a las personas cuando beben de ellas, los vampanezes sí, por eso son enemigos mantienen una tregua de dejarse en paz los unos a los otros.

Darren Shan

Sangre de vampiros

Saga de Darren Shan I

ePub r1.1
SebastiánArena 06.12.13

Título original: *Vampire Blood*
Darren Shan, 2000
Traducción: Concepción Rodríguez González & Alejandro Pérez Viza & Sandra Hernández
Retoque de portada: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena
ePub base r1.0

LIBRO I

El circo de los extraños.

Este desmadre lleno de *freaks* jamás hubiera salido a la luz de no ser por los esfuerzos de mis leales ayudantes de «cocina»:
Biddy y Liam, «La Horrible Pareja»
Doménica de Rosa «La Diabólica»
Gillie Russell «La Gruñona»
Enma «La Exterminadora» Schlesinger y
«El Señor de la Noche Carmesí», Christopher Little.
También debo dar las gracias a mis compañeros de festín: Las «Horribles Criaturas» de Harper Collins, y los macabros alumnos de la Askeaton Primary School (y otras) que se prestaron a hacer de conejillos de indias y alimentaron mis pesadillas para hacer que este libro fuera de lo más tenso, oscuro y escalofriante.

INTRODUCCIÓN

Siempre me han fascinado las arañas. Cuando era más joven las coleccionaba. Pasaba horas husmeando en el viejo y polvoriento cobertizo que había al fondo de nuestro jardín en busca de telarañas, a la caza de posibles depredadoras de ocho patas al acecho. Cuando encontraba una, la llevaba dentro y la dejaba suelta en mi habitación.

¡Eso sacaba de quicio a mi mamá!

Normalmente, la araña se escabullía al cabo de uno o dos días como máximo y no volvía a verla más, pero a veces se quedaban rondando por allí más tiempo. Tuve una que hizo una telaraña encima de mi cama y permaneció montando guardia como un centinela durante casi un mes. Cuando me iba a dormir, imaginaba a la araña bajando con sigilo, metiéndose en mi boca, deslizándose garganta abajo y poniendo montones de huevos en mi tripa. Más tarde, pasado el tiempo de incubación, las crías de araña salían del huevo y me devoraban vivo desde dentro.

Me encantaba sentir miedo cuando era pequeño.

Cuando tenía nueve años, mi mamá y mi papá me regalaron una pequeña tarántula. No era venenosa ni muy grande, pero fue el mejor regalo que me habían hecho nunca. Desde que me despertaba hasta que me acostaba, jugaba con aquella araña casi a todas horas. La obsequiaba con todo tipo de manjares: moscas, cucarachas y gusanos diminutos. La malcrié.

Entonces, un día, hice una estupidez. Había estado viendo unos dibujos animados en los que uno de los personajes era succionado por una aspiradora. No le pasaba nada. Salía de la bolsa cubierto de polvo, sucio y hecho un basilisco, furioso. Era muy divertido.

Tan divertido que yo también lo probé. Con la tarántula.

Ni que decir tiene que las cosas no sucedieron precisamente

igual que en los dibujos animados. La araña quedó reducida a un montón de pedacitos. Lloré mucho, pero era demasiado tarde para las lágrimas. Mi mascota estaba muerta, había sido culpa mía y ya no podía hacer nada al respecto.

Mis padres pusieron el grito en el cielo; casi les dio un ataque cuando descubrieron lo que había hecho: la tarántula les había costado una considerable cantidad de dinero. Me dijeron que era un idiota irresponsable y a partir de aquel día ya nunca más me permitieron tener una mascota, ni siquiera una vulgar araña de jardín.

***

He empezado contando aquella vieja anécdota por dos razones. Una de ellas resultará obvia a medida que se vaya desvelando el contenido de este libro. La otra razón es la siguiente:

Ésta es una historia real.

No espero que me creas —yo mismo no me lo creería si no lo hubiera vivido—, pero ésa es la verdad. Todo lo que explico en este libro sucedió, tal y como lo cuento.

Lo que pasa con la vida real es que, cuando haces alguna estupidez, sueles acabar pagándola. En los libros, los protagonistas pueden cometer tantos errores como quieran. No importa lo que hagan, porque al final todo sale bien. Derrotan a los malos, arreglan las cosas y todo acaba guay.

En la vida real, las aspiradoras matan a las arañas. Si cruzas una calle sin mirar y hay tráfico, eres arrollado por un coche. Si te caes de un árbol, te rompes algún hueso.

La vida real es horrible. Es cruel. Le tienen sin cuidado los protagonistas heroicos y los finales felices y cómo deberían ser las cosas. En la vida real, las cosas malas suceden. La gente muere. Las luchas se pierden. A menudo vence el mal.

Sólo quería dejar esto bien claro antes de empezar.

***

Una cosa más: en realidad, no me llamo Darren Shan. En este libro, todo es verdad menos los nombres. He tenido que cambiarlos porque… bueno, cuando llegues al final lo entenderás.

No he utilizado ningún nombre real, ni el mío ni el de mi hermana, mis amigos ni mis profesores. El de nadie. Ni siquiera te diré cómo se llama mi ciudad ni mi país. No me atrevo.

Pero bueno, vale ya de introducción. Cuando quieras, empezamos. Si se tratara de una historia inventada, se iniciaría durante la noche, en medio de un tormentoso vendaval, con ulular de lechuzas y extraños ruidos y crujidos debajo de la cama. Pero es una historia real, así que tengo que empezar por donde realmente comenzó.

Todo empezó en un lavabo.

CAPÍTULO 1

Yo estaba en el lavabo del colegio, sentado, tarareando una canción. Llevaba los pantalones puestos. Casi al final de la clase de inglés, me había sentido enfermo. Mi profesor, el señor Dalton, es estupendo para este tipo de cosas. Es listo, y sabe perfectamente cuándo estás fingiendo y cuándo hablas en serio. Me echó una mirada cuando levanté la mano y dije que me encontraba mal, luego asintió con la cabeza y me dijo que fuera al lavabo.

—Vomita lo que sea que te haya sentado mal, Darren —dijo—, y luego mueve el culo y vuelve a clase.

Ojalá todos los profesores fueran tan comprensivos como el señor Dalton.

Al final no vomité, pero seguía sintiendo náuseas, así que me quedé en el lavabo. Oí el timbre que señalaba el final de la clase y cómo todo el mundo salía corriendo al recreo. Yo quería unirme a ellos, pero sabía que al señor Dalton se le agotaría la paciencia si me veía tan pronto en el patio. No es que si se la juegas se ponga furioso, pero entra en un mutismo absoluto y no vuelve a hablarte en una eternidad, y eso es casi peor que tener que soportar cuatro gritos.

Así que allí estaba yo, tarareando, mirando el reloj, esperando. Entonces oí que alguien gritaba mi nombre.

—¡Darren! ¡Eh, Darren! ¿Te has caído dentro o qué?

Sonreí. Era Steve Leopard, mi mejor amigo. El verdadero apellido de Steve era Leonard, pero todo el mundo le llamaba Steve Leopard. Y no sólo porque sonara parecido. Steve era lo que mi mamá llamaba «un salvaje». Allá donde fuera se armaba la gorda, se metía en peleas, robaba en las tiendas. Un día —todavía iba en cochecito— encontró un palo puntiagudo y se dedicó a pinchar con él a todas las mujeres que pasaban por su lado (¡no hay premio por

adivinar dónde se lo clavaba!).

Era temido y desdeñado en todas partes. Excepto por mí. Yo había sido su mejor amigo desde Montessori, donde nos conocimos. Mi mamá dice que me dejaba llevar por su indocilidad, pero a mí me parecía sencillamente un gran tipo cuya compañía me encantaba. Tenía un temperamento violento, y pillaba unas rabietas verdaderamente terroríficas cuando no estaba en sus cabales, pero en esos casos yo me limitaba a largarme a toda prisa, y, una vez se había tranquilizado, volvía a aparecer.

La reputación de Steve se había suavizado con los años —su madre lo llevó a ver a un montón de excelentes preceptores que le enseñaron cómo controlarse—, pero seguía siendo una pequeña leyenda en el patio del colegio, no era la clase de tío con el que uno quisiera meterse en líos, por mucho que fuera más grande o mayor que él.

—Eh, Steve —respondí—. Estoy aquí.

Golpeé la puerta para que supiera detrás de cuál estaba.

Se precipitó hacia allí y yo abrí. Sonrió al verme sentado y con los pantalones puestos.

—¿Has vomitado? —preguntó.

—No —le dije.

—¿Y te parece que vas a hacerlo?

—Quizá —dije.

Entonces me incliné hacia delante y emití un sonido parecido a una arcada. ¡Arrrgh! Pero Steve Leopard me conocía demasiado bien como para dejarse engañar.

—Lústrame un poco las botas, ya que estás agachado —dijo, y se echó a reír cuando hice como si escupiera en sus zapatos y los frotara con un pedazo de papel higiénico.

—¿Me he perdido algo en clase? —pregunté mientras me incorporaba.

—Qué va —dijo—, la mierda de siempre.

—¿Has hecho el trabajo de historia? —volví a preguntar.

—No tiene que estar hecho hasta mañana, ¿no? —replicó él preocupado. Steve siempre anda olvidándose de las tareas escolares.

—Pasado mañana —le dije.

—Ah —suspiró, tranquilizándose—. Mejor aún. Creía que… —

hizo una pausa y frunció el ceño—. Espera un momento —añadió—. Hoy es jueves. Pasado mañana será…

—¡Te he pillado! —grité dándole un puñetazo en el hombro.

—¡Ay! —protestó él—. Me has hecho daño.

Se frotó el brazo, pero me di perfecta cuenta de que en realidad no le dolía.

—¿Sales fuera? —preguntó luego.

—Había pensado en quedarme aquí y admirar el paisaje —dije yo volviéndome a apoyar contra la tapa del váter.

—Qué lástima —dijo él—. Íbamos perdiendo por cinco a uno cuando he venido. Probablemente ahora ya perdamos por seis o siete. Te necesitamos.

Estaba hablando de fútbol. Jugamos un partido cada día, a la hora del recreo. Mi equipo suele ganar, pero habíamos perdido a un montón de nuestros mejores jugadores. Dave Morgan se rompió la pierna. Sam White cambió de colegio cuando su familia se mudó. Y Danny Curtain había dejado de jugar al fútbol para poder pasarse todo el recreo con Sheila Leigh, la chica que le gusta. ¡Qué imbécil!

Yo soy el mejor delantero de nuestro equipo. Como defensores y centrocampistas los hay mejores que yo, y Tommy Jones es el mejor guardameta del colegio. Pero en ataque yo soy el único capaz de mantener el tipo y marcar religiosamente cuatro o cinco veces cada día.

—De acuerdo —dije levantándome—. Os salvaré. Esta semana he marcado tres goles diarios. Sería una lástima romper la buena racha.

Pasamos de largo por delante de los mayores —fumando en los lavabos como siempre— y fuimos a toda prisa hasta mi taquilla para cambiarme de ropa y ponerme las zapatillas de deporte. Antes tenía un par magnífico, que había ganado en un concurso de escritura. Pero los cordones se me habían roto hacía meses y la goma de los lados estaba empezando a despegarse. ¡Y además me crecieron los pies! El par que tengo ahora está bien, pero no son lo mismo.

Perdíamos por ocho a tres cuando entré en el terreno de juego. No era un auténtico campo de fútbol, sino sólo un patio alargado con las porterías pintadas en cada extremo. Quienquiera que las

hubiera pintado era un completo idiota. ¡Había puesto el larguero más alto de un lado que del otro!

—¡No pasa nada, ha llegado Campeón Shan! —grité mientras entraba corriendo en el campo.

Muchos de los jugadores se echaron a reír o soltaron gritos de protesta, pero noté que a mis compañeros de equipo les subía la moral y cómo los contrarios empezaban a preocuparse.

Empecé a lo grande y metí dos goles en menos de un minuto. Parecía que pudiéramos volver a empatar o incluso ganar. Pero se acabó el tiempo. Si yo hubiera llegado antes nos habría ido bien, pero pitaron el final del partido justo cuando estaba empezando a cogerle el tranquillo, así que perdimos nueve a siete.

Cuando salimos del campo, apareció en el patio Alan Morris, corriendo, jadeante y acalorado. Son mis tres mejores amigos: Steve Leopard, Tommy Jones y Alan Morris. Debemos de ser los cuatro tíos más estrambóticos del mundo, porque sólo uno de nosotros —Steve—, tiene apodo.

—¡Mirad lo que he encontrado! —chilló Alan, agitando un pedazo de papel empapado delante de nuestras narices.

—¿Qué es eso? —preguntó Tommy, intentando atraparlo.

—Es… —empezó Alan, pero se detuvo cuando el señor Dalton nos soltó un grito.

—¡Vosotros cuatro! ¡Adentro! —rugió.

—¡Ya vamos, señor Dalton! —bramó Steve a su vez.

Steve es el preferido del señor Dalton y se permite con toda impunidad cosas que los demás no podríamos decir o hacer. Como cuando suelta alguna que otra palabrota al contar una de sus historias. Si yo utilizara alguna de las palabras del repertorio de Steve, hace tiempo que me habrían expulsado.

Pero el señor Dalton siente debilidad por Steve, porque es especial. A veces, en clase, es brillante y lo hace todo bien, y en cambio otras veces es incapaz de deletrear su propio nombre. El señor Dalton dice que es una especie de *idiot savant*, que significa que es ¡un genio estúpido!

En cualquier caso, por mucho que sea su favorito, ni siquiera Steve puede permitirse llegar tarde a clase. Así que, fuera lo que fuera lo que Alan había encontrado, tendría que esperar. Nos

arrastramos de vuelta a clase, sudorosos y cansados tras el partido, y empezamos con la siguiente asignatura.

Poco imaginaba yo que el misterioso pedazo de papel de Alan cambiaría mi vida para siempre. ¡Para peor!

CAPÍTULO 2

Después del recreo volvíamos a tener al señor Dalton, en clase de historia. Estábamos estudiando la Segunda Guerra Mundial. A mí no me entusiasmaba demasiado, pero a Steve le parecía fascinante. Le encantaba todo lo que tuviera que ver con las matanzas y la guerra. A menudo decía que de mayor quería ser un mercenario, un soldado que combate por dinero. ¡Y hablaba en serio!

Después de historia teníamos matemáticas, y además —increíble—, ¡el señor Dalton por tercera vez! Nuestro profesor de mates habitual estaba enfermo, y los otros tenían que suplirle lo mejor que pudieran a lo largo del día.

Steve estaba en el séptimo cielo. ¡Tres clases seguidas con su profesor favorito! Era la primera vez que el señor Dalton nos daba mates, y Steve empezó a hacerse notar; le dijo por qué punto del libro íbamos y le explicó algunos de los problemas más capciosos como si estuviera hablando con un crío. Al señor Dalton no le importó. Conocía a Steve y sabía perfectamente cómo manejarle.

Por regla general el señor Dalton sabía cómo gobernar el barco —sus clases son divertidas pero siempre salimos habiendo aprendido algo—, pero no era muy bueno en matemáticas. Ponía todo su empeño, pero nosotros notábamos que aquello le sobrepasaba, y mientras él se esforzaba por resolver algún problema —la cabeza enterrada en el libro de matemáticas, Steve a su lado haciéndole «útiles» sugerencias—, los demás empezamos a movernos, a hablar y a pasarnos notas unos a otros.

Le envié una nota a Alan pidiéndole que me dejara ver el misterioso papel que había traído consigo. Al principio se negó a hacerlo circular, pero yo no dejé de mandarle notas hasta que se dio por vencido. Tommy se sentaba sólo dos sitios más allá, así que le llegó a él primero. Lo desdobló y empezó a estudiarlo. Mientras leía

se le iluminó la cara y se quedó literalmente con la boca abierta. Cuando me lo pasó a mí —tras haberlo leído tres veces— en seguida supe por qué.

Era un cartel, un folleto publicitario de una especie de circo ambulante. En la parte superior se veía la imagen de una cabeza de lobo. El lobo tenía la boca abierta y le goteaba saliva de entre los dientes. Al pie del papel podían verse las imágenes de una araña y una serpiente, también de aspecto maligno.

Justo debajo del lobo, en grandes letras capitales, se leían las palabras:

CIRQUE DU FREAK

Y más abajo, en letras más pequeñas:

¡SÓLO DURANTE UNA SEMANA!
—¡CIRQUE DU FREAK! VEA:
¡SIVE Y SEERSA, LOS GEMELOS DE GOMA!
¡EL NIÑO SERPIENTE!
—¡EL HOMBRE LOBO!
—¡GERTHA DIENTES!
¡LARTEN CREPSLEY Y SU ARAÑA
ADIESTRADA, MADAM OCTA!
—¡ALEXANDER CALAVERA!
—¡LA MUJER BARBUDA!
—¡HANS EL MANOS!
¡RHAMUS DOSTRIPAS, EL HOMBRE MÁS
GORDO DEL MUNDO!

Debajo había una dirección en la que se podían comprar entradas y obtener información sobre el lugar en que se ofrecía el espectáculo. Y al pie, justo sobre las imágenes de la serpiente y la araña:

¡NO APTO PARA COBARDES!
¡RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN!

—«¿Cirque du Freak?» —murmuré para mis adentros.

Cirque significa circo en francés… ¡Circo de Freaks! ¿¡Era un espectáculo de freaks!? Eso parecía.

Empecé a leer el cartel de nuevo, absorto en los dibujos y las descripciones de los artistas. De hecho, estaba tan ensimismado que me olvidé del señor Dalton. No me acordé de él hasta que me di cuenta de que el aula estaba en silencio. Levanté la vista y vi a Steve en pie, solo, al fondo de la clase. Me sacó la lengua y sonrió. Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca, miré por encima del hombro y… allí estaba el señor Dalton, detrás de mí, leyendo el cartel con los labios apretados.

—¿Qué es eso? —me espetó, arrancándome el papel de las manos.

—Propaganda, señor —respondí.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó. Parecía enfadado de verdad. Nunca le había visto tan alterado—. ¿De dónde lo has sacado? —volvió a preguntar.

Me pasé la lengua por los labios nerviosamente. No sabía qué contestar. No estaba dispuesto a implicar a Alan —y sabía que él no iba a confesar por iniciativa propia: hasta los mejores amigos de Alan saben que no es el tío más valiente del mundo—, pero tenía la mente bloqueada, y era incapaz de pensar en alguna mentira razonable. Por fortuna, intervino Steve.

—Es mío, señor —dijo.

—¿Tuyo? —parpadeó lentamente el señor Dalton.

—Lo encontré cerca de la parada del autobús, señor —dijo Steve—. Un hombre mayor lo tiró al suelo. Pensé que parecía interesante, así que lo recogí. Tenía la intención de preguntarle a usted más tarde, al acabar la clase.

—Ah. —El señor Dalton intentó no mostrarse halagado, pero yo noté que así era como se sentía—. Eso es otra cosa. No hay nada de malo en tener una mente inquieta. Siéntate, Steve.

Steve se sentó. El señor Dalton puso un poco de masilla adhesiva Blu-Tack en el cartel y lo pegó a la pizarra.

—Hace mucho tiempo —dijo, dando golpecitos al cartel—, existían espectáculos de freaks auténticos. Había hombres codiciosos y sin escrúpulos que con engaños conseguían enjaular a personas con malformaciones y…

—Señor, ¿qué significa «con malformaciones»? —preguntó alguien.

—Personas que no tienen el mismo aspecto que los demás —dijo el señor Dalton—. Una persona con tres brazos o dos narices; otra sin piernas; otra demasiado bajita o demasiado alta. Aquellos embaucadores exhibían a esa pobre gente —que no son distintos a ninguno de nosotros excepto por su aspecto— y les llamaban freaks. Cobraban al público por contemplarlos e incitaban a los asistentes a reírse y a burlarse de ellos. Trataban a los así llamados «freaks» como si fueran animales. Les pagaban una miseria, les pegaban, los vestían con harapos, nunca les permitían lavarse.

—Eso es una crueldad, señor —dijo Delaina Price, una chica que se sentaba cerca de la primera fila.

—Sí —convino él—. Los espectáculos de freaks eran una crueldad, creaciones monstruosas. Por eso me enojo cuando veo estas cosas. —Arrancó el cartel de la pizarra—. Los prohibieron hace años, pero con demasiada frecuencia oye uno rumores de que siguen existiendo.

—¿Usted cree que el Cirque du Freak es un espectáculo de freaks auténticos? —pregunté.

El señor Dalton estudió el cartel de nuevo y meneó la cabeza.

—Lo dudo —dijo—. Lo más probable es que no sea más que un cruel engaño. Con todo —añadió—, aun en el caso de que fuera auténtico, espero que nadie de los aquí presentes sueñe siquiera con ir.

—Oh, no, señor —dijimos todos a una.

—Porque los espectáculos de freaks eran algo horrible —dijo—. Pretendían equipararse a los circos decentes, pero no eran más que pozos de maldad. Cualquiera que asistiera a uno de esos espectáculos sería tan malvado como quienes los regentan.

—Tiene que ser uno muy retorcido para querer asistir a ese tipo

de espectáculos, señor —convino Steve. Y acto seguido me miró, me guiño el ojo y vocalizó sin pronunciarlo en voz alta—: ¡Iremos!

CAPÍTULO 3

Steve convenció al señor Dalton de que le permitiera conservar el cartel. Le dijo que lo quería para colgarlo en la pared de su habitación. El señor Dalton no estaba dispuesto a dárselo, pero luego cambió de opinión. Aunque arrancó la dirección escrita al pie del papel antes de entregárselo.

A la salida de clase nos reunimos los cuatro —yo, Steve, Alan Morris y Tommy Jones— en el patio y estudiamos detenidamente el cartel satinado.

—Tiene que ser una engañifa —dije.

—¿Por qué? —preguntó Alan.

—Los espectáculos de freaks ya no están permitidos —le expliqué—. Los hombres lobo y los niños serpiente fueron ilegalizados hace años. Lo ha dicho el señor Dalton.

—¡No es ninguna estafa! —insistió Alan.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Tommy.

—Lo robé —dijo Alan en voz baja—. Es de mi hermano.

El hermano mayor de Alan era Tony Morris, el más camorrista de todo el colegio hasta que le echaron. Es grandullón, malo y feo.

—¿Que se lo has robado a Tony? —solté un grito sofocado—. ¿Es que quieres que te mate?

—Nunca sabrá que he sido yo —dijo Alan—. Lo tenía guardado en un par de pantalones que mamá metió en la lavadora. Al cogerlo, lo sustituí por un papel en blanco. Pensará que la tinta se ha diluido.

—Muy listo —aprobó Steve.

—¿Y de dónde lo sacó Tony? —pregunté yo.

—Un tipo con el que se cruzó en un callejón —dijo Alan—. Uno de los artistas del circo, un tal míster Crepsley.

—¿El de la araña?

—Sí —respondió Alan—, pero no la llevaba encima. Era de noche y Tony volvía del pub.

Tony no tiene edad suficiente como para que le sirvan en un pub, pero anda por ahí con tíos mayores que le piden las bebidas.

—Míster Crepsley le dio el papel a Tony —prosiguió Alan— y le dijo que llevan un espectáculo freak y actúan clandestinamente en pueblos y ciudades de todo el mundo. Le dijo que tienes que llevar un cartel para poder comprar entradas, y que sólo se las venden a gente en la que confíen. Se supone que no puedes hablarle a nadie del espectáculo. Yo lo descubrí porque Tony estaba alegre, como se pone cuando bebe, y no pudo mantener la boca cerrada.

—¿Cuánto cuestan las entradas? —preguntó Steve.

—Quince libras cada una.

—¡Quince libras! —gritamos todos a una.

—¡Nadie estará dispuesto a pagar quince libras sólo para ver a un puñado de freaks! —resopló Steve.

—Yo sí —dije.

—Y yo también —me apoyó Tommy.

—Y yo —añadió Alan.

—Claro —dijo Steve—, pero no podemos permitirnos tirar a la basura quince libras porque no las tenemos. Así que no hay que darle más vueltas, ¿no?

—¿Qué significa eso de darle vueltas? —preguntó Alan.

—Significa que no podemos pagarnos las entradas, así que no importa si queremos comprarlas o no —le explicó Steve—. Es fácil decir que «comprarías» algo cuando sabes perfectamente que «no puedes».

—¿Cuánto tenemos? —preguntó Alan.

—Dos miserables peniques —reí. Era una frase que mi padre decía a menudo.

—Me gustaría ir —dijo Tommy tristemente—. Suena fantástico.

Y volvió a examinar el cartel.

—Al señor Dalton no se lo parecía tanto —dijo Alan.

—Precisamente a eso me refiero —dijo Tommy—. Si al «señor» no le gusta, entonces tiene que ser súper. Todo lo que los adultos detestan suele ser genial.

—¿Seguro q ue no tenemos bastante? —pregunté—. Quizá

hagan descuento a los menores.

—No creo que dejen entrar a menores —dijo Alan, pero de todas formas me confesó cuánto tenía él—. Cinco libras con setenta.

—Yo tengo exactamente doce libras —dijo Steve.

—Yo seis libras y ochenta y cinco peniques —dijo Tommy.

—Y yo tengo ocho libras con veinticinco —añadí—. En total es más de treinta libras —dije, sumando mentalmente—. Mañana nos dan la paga. Si lo juntamos todo…

—Pero las entradas ya están casi agotadas —interrumpió Alan—. La primera función fue ayer. Acaba el martes. Si vamos, tiene que ser o mañana por la noche o el sábado; nuestros padres no nos dejan salir ninguna otra noche. El tipo que le dio a Tony el cartel le dijo que las entradas para esas dos noches casi se habían agotado ya. Tendríamos que comprarlas esta misma noche.

—Vaya, tanto rollo para nada —dije, poniendo cara de chulo.

—Puede que no —dijo Steve—. Mi madre guarda un fajo de billetes en casa, en un jarrón. Podría coger prestado un poco de dinero y devolverlo cuando nos den la paga.

—¿Estás hablando de robar? —pregunté.

—Estoy hablando de «tomar prestado» —me espetó—. Sólo es robar si no lo devuelves. ¿Qué decís?

—¿Y cómo conseguiremos las entradas? —preguntó Tommy—. Mañana hay cole, así que esta noche no nos dejarán salir de casa.

—Yo puedo escaparme —dijo Steve—. Me encargaré de comprarlas.

—Pero el señor Dalton ha roto la parte que tenía la dirección —le recordé—. ¿Cómo sabrás adónde ir?

—La he memorizado —sonrió—. Bueno, ¿vamos a pasarnos la noche aquí buscando excusas o nos decidimos de una vez?

Nos miramos unos a otros; luego fuimos asintiendo en silencio.

—Muy bien —dijo Steve—. Vamos corriendo cada uno a su casa, cogemos la pasta y volvemos a encontrarnos aquí. Decid a vuestros padres que habéis olvidado un libro o algo así. Juntamos todo el dinero y yo añadiré lo que falte del bote de mi casa.

—¿Y qué pasará si no puedes robar… quiero decir, tomar prestado el dinero? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Entonces no hay negocio. Pero nunca lo sabremos si ni siquiera lo intentamos. Y ahora venga, ¡deprisa!

Dicho esto, se marchó a todo correr. Momentos después, Tommy, Alan y yo nos decidimos y echamos a correr también.

CAPÍTULO 4

Aquella noche no conseguía pensar en otra cosa que en el espectáculo freak. Intenté olvidarme, pero no podía, ni siquiera mientras miraba mis programas favoritos por la tele. Sonaba tan extraño: un niño serpiente, un hombre lobo, una araña adiestrada. Yo me sentía especialmente excitado por la araña.

Mamá y papá no notaron que pasara nada, pero Annie sí. Annie es mi hermana pequeña. Puede llegar a ponerse bastante pesada, pero la mayor parte del tiempo es tranquila y sabe cómo comportarse. Cuando me porto mal, no va corriendo a explicarle cuentos a mamá, y sabe guardar un secreto.

—¿Qué te pasa? —me preguntó después de cenar.

Estábamos solos en la cocina, lavando platos.

—Nada —dije.

—Sí, algo te pasa —dijo ella—. Llevas toda la noche muy raro.

Sabía que seguiría preguntando hasta obtener la verdad, así que le expliqué lo del espectáculo freak.

—Suena fantástico —convino conmigo—, pero te será imposible entrar.

—¿Por qué? —pregunté.

—Apuesto algo a que no dejan entrar a menores. Tiene pinta de ser un espectáculo para adultos.

—Probablemente no dejarían entrar a una niñata como tú —dije poniéndome grosero—, pero yo y los chicos entraremos sin problemas.

Eso la puso de mal humor, así que le pedí perdón:

—Lo siento —dije—, no quería decir eso. Es sólo que me fastidia que lo más probable es que tengas razón, Annie, ¡y daría cualquier cosa por poder asistir!

—Tengo una caja de maquillaje que te puedo prestar —dijo—.

Puedes pintarte arrugas y cosas así. Te hará parecer mayor de lo que eres.

Sonreí y le di un gran abrazo, cosa que no hago muy a menudo.

—Gracias, hermanita —dije—, pero no hace falta. Si entramos, entramos, y si no, no pasa nada.

No hablamos mucho más del asunto. Acabamos de secar los platos y nos fuimos a toda prisa a la sala a ver la tele. Papá llegó a casa a los pocos minutos. Trabaja en edificios en construcción por toda la zona, y a menudo llega tarde. A veces viene de mal humor, pero aquella noche estaba de buenas y le dio a Annie varias vueltas haciéndola volar.

—¿Ha pasado algo emocionante hoy? —preguntó tras decirle hola a mamá y darle un beso.

—He vuelto a meter otros tres goles seguidos en el recreo —le dije.

—¿De veras? —dijo—. Magnífico. Bien hecho.

Bajamos el volumen de la televisión mientras papá cenaba. Le gusta tener un poco de paz y tranquilidad mientras come, y a menudo nos pregunta cosas o nos cuenta anécdotas de su jornada de trabajo.

Al cabo de un rato, mamá se fue a su habitación para dedicarse a sus álbumes de sellos. Es coleccionista de sellos y se lo toma muy en serio. Yo también los coleccionaba, cuando era más pequeño y me divertía con cualquier cosa.

Asomé la nariz para ver si tenía algún sello nuevo con animales exóticos o arañas. No tenía ninguno. Mientras estuve allí con ella, la tanteé a ver qué decía de los espectáculos de freaks.

—Mamá —dije—, ¿has estado alguna vez en un espectáculo freak?

—¿Un qué? —preguntó, concentrada en los sellos.

—Un espectáculo freak —repetí—. Con mujeres barbudas, hombres lobo y niños serpiente.

Levantó la vista y me miró parpadeando.

—¿Un niño serpiente? —preguntó—. ¿Y qué demonios es un niño serpiente?

—Es un… —me interrumpí al darme cuenta de que no lo sabía —. Bueno, no importa —dije—. ¿Has estado alguna vez en uno de

esos espectáculos?

Negó con la cabeza.

—No. Son ilegales.

—Si no fueran ilegales y llegara uno a la ciudad —dije—, ¿tú irías?

—No —dijo, estremeciéndose—. Ese tipo de cosas me dan miedo. Además, no me parece justo para las personas a las que convierten en un espectáculo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¿Cómo te sentirías tú —dijo— si te metieran en una jaula para ser exhibido? ¿Te gustaría?

—¡Pero yo no soy ningún freak! —dije, malhumorado.

—Ya lo sé —rió, y me besó en la cabeza—. Tú eres mi angelito.

—¡No hagas eso, mamá! —refunfuñe mientras me secaba la frente con la mano.

—Tonto —sonrió—. Pero imagínate que tuvieras dos cabezas o cuatro brazos, y que alguien se te llevara y te exhibiera para que la gente se burlara de ti. Eso no te gustaría, ¿verdad?

—No —dije, arrastrando los pies.

—En cualquier caso, ¿a qué viene todo eso de los espectáculos freak? —preguntó—. ¿Has estado despierto hasta tarde, mirando películas de terror?

—No —dije.

—Porque ya sabes que a tu padre no le gusta que mires…

—No me he quedado hasta tarde, ¿vale? —la corté.

Es realmente irritante cuando los padres no te escuchan.

—Vale, vale, Don Gruñón —dijo—. No hace falta que grites. Si no te gusta mi compañía, baja a ayudar a tu padre a quitar las malas hierbas del jardín.

Yo no quería ir, pero mamá estaba enfadada porque le había gritado, así que me fui abajo camino de la cocina. Papá estaba entrando por la parte trasera y me vio.

—Así que era aquí donde te escondías —bromeó—. ¿Estás demasiado ocupado para ayudar a un pobre viejo esta noche?

—A eso iba —le dije.

—Demasiado tarde —dijo, sacándose las botas de goma—. Ya he terminado.

Observé cómo se ponía las zapatillas. Tenía unos pies enormes. ¡Calzaba un 46! Cuando era pequeño, solía montarme en sus pies y pasearme sobre ellos. Era como subirse a dos largos monopatines.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté.

—Escribir —dijo.

Papá tiene amigos epistolares en todo el mundo, en América, Australia, Rusia y China. Él dice que le gusta mantener contacto con sus vecinos de la aldea global, ¡aunque yo creo que no es más que una excusa para encerrarse en su estudio y echar un sueñecito!

Annie estaba jugando con sus muñecas y esas cosas. Le pregunté si quería venir a mi habitación a jugar un partido de tenis de cama, utilizando un calcetín como pelota y los zapatos a modo de raquetas, pero estaba demasiado ocupada arreglando a sus muñecas para un supuesto picnic.

Fui a mi habitación y cogí mis cómics de la estantería. Tengo montones de cómics fabulosos, *Superman, Batman, Spiderman* y *Spawn. Spawn* es mi favorito. Es un superhéroe que había sido demonio en el infierno. Algunos cómics de *Spawn* son un poco espeluznantes, pero me gustan precisamente por eso.

Pasé el resto de la noche leyendo cómics y poniéndolos en orden. Antes solía intercambiarlos con Tommy, que tiene una buena colección, pero como a menudo se le derramaban las bebidas sobre las cubiertas y le caían migas entre las páginas, dejé de hacer trueques.

La mayoría de las noches me iba a la cama hacia las diez, pero mamá y papá se olvidaron de mí, y me quedé despierto hasta casi las diez y media. Entonces papá vio luz en mi habitación y subió. Fingió estar enfadado, pero no lo estaba realmente. A papá no le importa demasiado que me quede despierto hasta tarde. Es mamá quien me da la lata con eso.

—A la cama —me dijo—, o mañana me será imposible despertarte.

—Sólo un minuto, papá —le dije—, lo justo para guardar los cómics y lavarme los dientes.

—De acuerdo —dijo él—, pero rapidito.

Metí los cómics en su caja y los volví a colocar en la estantería que tenía encima de la cama.

Me puse el pijama y fui a lavarme los dientes. Me tomé mi tiempo, cepillándomelos lentamente, y ya eran casi las once para cuando me metí en la cama. Me tumbé boca arriba, sonriendo. Estaba muy cansado y sabía que me quedaría dormido en cuestión de segundos. Lo último en lo que pensé fue en el Cirque du Freak. Me preguntaba qué aspecto tendría un niño serpiente, y lo larga que sería la barba de una mujer barbuda, y lo que harían Hans el Manos y Gertha Dientes. Pero sobre todo, soñé con la araña.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente, Tommy, Alan y yo esperábamos a Steve junto a la puerta de entrada, pero aún no había dado señales de vida cuando sonó el timbre que marcaba el inicio de las clases y tuvimos que entrar.

—Apuesto a que se ha quedado durmiendo —dijo Tommy—. No pudo conseguir las entradas y ahora no quiere dar la cara.

—Steve no es así —dije.

—Espero que me devuelva el cartel —dijo Alan—. Aunque no podamos ir, me gustaría tenerlo. Lo colgaría encima de la cama y…

—¡No puedes tenerlo colgado, estúpido! —se rió Tommy.

—¿Por qué no? —preguntó Alan.

—Porque Tony lo vería —le dije.

—Ah, claro —dijo Alan sombríamente.

Lo pasé fatal en clase. Primero teníamos geografía, y cada vez que la señora Quinn me preguntaba algo, me equivocaba en la respuesta. Por regla general la geografía es el tema que mejor domino, porque aprendí mucho de eso cuando coleccionaba sellos.

—¿Te acostaste tarde, Darren? —preguntó cuando respondí mal por quinta vez.

—No, señora Quinn —mentí.

—A mí me parece que sí —sonrió—. ¡Tienes más bolsas en los ojos de las que se puedan encontrar en todo el supermercado!

Todos se echaron a reír, incluido yo mismo, a pesar de ser el blanco de la broma… La señora Quinn no solía hacer chistes.

La mañana fue pasando penosamente, como cuando uno se siente sin ilusiones o decepcionado. Para pasar el rato, me puse a pensar en el espectáculo freak. Me autosugestioné hasta estar convencido de que yo era uno de los freaks; el dueño del circo era un tipo horrible que los azotaba a todos, incluso cuando hacían bien

su papel. Todos los freaks le odiaban, pero era tan corpulento y malvado que nadie decía nada. Hasta que un día empezó a azotarme a mí con demasiada frecuencia, ¡y yo me convertía en lobo y le arrancaba la cabeza de un mordisco! Todo el mundo se alegraba y quería que yo fuera el nuevo dueño.

Era una historia demasiado buena para soñar despierto.

Entonces, pocos minutos antes del descanso, se abrió la puerta y… adivina quién entró por ella: ¡Steve! Detrás de él iba su madre, que le dijo algo a la señora Quinn, quien por su parte asintió con una sonrisa. Luego la señora Leonard se marchó y Steve caminó con desgana hasta su sitio y se sentó.

—¿Dónde te habías metido? —susurré furioso.

—He ido al dentista —dijo—. Olvidé avisaros de que tenía que ir.

—¿Qué ha pasado con…?

—Ya basta, Darren —dijo la señora Quinn.

Me callé al instante.

En el recreo, Tommy, Alan y yo casi asfixiamos a Steve. Los tres le gritábamos y tirábamos de él al mismo tiempo.

—¿Has conseguido las entradas? —pregunté yo.

—¿De verdad has ido al dentista? —quiso saber Tommy.

—¿Dónde está mi cartel? —preguntaba Alan.

—Paciencia, chicos, paciencia —dijo Steve, apartándonos a empujones y riendo—. Todo lo bueno se hace esperar.

—Vamos, Steve, no nos tomes el pelo —le dije—. ¿Las tienes o no?

—Sí y no —dijo él.

—¿Y qué significa eso exactamente? —bufó Tommy.

—Significa que tengo buenas noticias, malas noticias y noticias de locos —dijo—. ¿Por dónde queréis que empiece?

—¿Noticias de locos? —inquirí, perplejo.

Steve nos arrastró a un lado del patio, comprobó que no había nadie cerca y empezó a hablar en un susurro.

—Conseguí el dinero —dijo—, y me deslicé fuera de casa a las siete, mientras mamá hablaba por teléfono. Crucé la ciudad a toda prisa hasta el garito de las entradas, pero ¿sabéis a quién me encontré al llegar allí?

—¿A quién? —preguntamos.

—¡Al señor Dalton! —dijo él—. Le acompañaba una pareja de policías. Estaban sacando a rastras a un tipo pequeñajo del garito —en realidad no era más que una barraca diminuta—, cuando de repente se oyó un fuerte estallido y una enorme nube de humo los envolvió a todos. Cuando se disipó, el pequeñajo había desaparecido.

—¿Y ué hicieron el señor Dalton y la policía? —preguntó Alan.

—Inspeccionaron la barraca, echaron un vistazo por los alrededores y se fueron.

—¿No te vieron? —preguntó Tommy.

—No —dijo Steve—. Estaba bien escondido.

—Así que no conseguiste las entradas —dije yo con tristeza.

—No he dicho eso —objetó.

—¿Las conseguiste? —pregunté sofocadamente.

—Di media vuelta para marcharme —dijo él—, y me encontré con el tipo pequeñajo detrás de mí. Era diminuto, y llevaba una capa larga que le cubría de pies a cabeza. Vio que llevaba el cartel en la mano, lo cogió y me dio las entradas. Yo le entregué el dinero y…

—¡Las tienes! —rugimos encantados.

—Sí —sonrió. Luego su rostro se ensombreció—. Pero había una pega. Ya os he dicho que tenía malas noticias, ¿os acordáis?

—¿De qué se trata? —pregunté, pensando que las habría perdido.

—Sólo me vendió dos —dijo Steve—. Tenía dinero suficiente para las cuatro, pero no quiso cogerlo. No pronunció palabra, se limitó a dar golpecitos sobre la parte del cartel en la que decía «reservado el derecho de admisión» y luego me entregó una tarjeta en la que se explicaba que el Cirque du Freak sólo vendía dos entradas por cartel. Le ofrecí más dinero del que costaban —tenía casi setenta libras en total—, pero no quiso aceptarlo.

—¿Sólo te vendió dos entradas? —preguntó Tommy, consternado.

—Pero eso significa que… —empezó a decir Alan.

—… sólo podemos ir dos —concluyó Steve. Nos miró de hito en hito con una mirada implacable—. Dos de nosotros tendrán que

quedarse en casa.

CAPÍTULO 6

Era viernes por la tarde, el final de la semana lectiva, el inicio del fin de semana, y todos reían y corrían a sus casas lo más aprisa posible, encantados de sentirse libres. Excepto por cierto grupito de cuatro desdichados que vagaban por el patio del colegio, con aspecto de estar preparando el inminente fin del mundo. ¿Sus nombres? Steve Leonard, Tommy Jones, Alan Morris y yo, Darren Shan.

—No es justo —protestó Alan—. ¿Quién ha oído hablar nunca de un circo que sólo te permite comprar dos entradas? ¡Es absurdo!

Todos estábamos de acuerdo con él, pero no podíamos hacer nada al respecto, aparte de rondar por el patio y dar patadas al suelo con cara de vinagre.

Por fin, Alan hizo la pregunta que todos teníamos en mente.

—Entonces, ¿quién se queda con las entradas?

Nos miramos unos a otros y agitamos las cabezas indecisos.

—Bueno, Steve tiene que quedarse con una por fuerza —dije—. Ha puesto más dinero que los demás y fue a comprarlas, así que le corresponde una, ¿estamos de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Tommy.

—De acuerdo —dijo Alan.

Creo que se quedó con ganas de discutirlo, pero sabía que no se saldría con la suya.

Steve sonrió y cogió una de las entradas.

—¿Quién se viene conmigo? —preguntó.

—Yo traje el cartel —se apresuró a decir Alan.

—¡Eso no cuenta! —le dije—. Steve debería poder elegir.

—¡De eso nada! —rió Tommy—. Tú eres su mejor amigo. Si le dejamos elegir, te escogerá a ti. Yo voto porque peleemos por la entrada. Tengo guantes de boxeo en casa.

—¡Ni hablar! —chilló Alan.

Es esmirriado y nunca se mete en peleas.

—Yo tampoco quiero pelear —dije.

No es que sea cobarde, pero sabía que no tenía la menor oportunidad enfrentándome a Tommy. Su papá le enseña a boxear como un auténtico púgil y hasta tienen su propio saco de entrenamiento. Me habría derribado en el primer asalto.

—Juguémonoslo a quien saque la pajita más corta —dije, pero Tommy no aceptó mi propuesta.

Tiene una mala suerte horrorosa y nunca gana en ese tipo de juegos.

Seguimos discutiendo hasta que a Steve se le ocurrió una idea.

—Ya sé qué podemos hacer —dijo, abriendo su cartera escolar.

Arrancó las dos páginas centrales de un cuaderno y, con ayuda de la regla, las cortó cuidadosamente en trocitos de un tamaño aproximado al de la entrada. Luego sacó la fiambrera del desayuno, ya vacía, y echó dentro los pedazos de papel.

—La cosa funciona así —dijo, sosteniendo en alto la segunda entrada—. Echo esto aquí dentro, tapo y lo agito, ¿vale? —Todos asentimos—. Os ponéis los tres hombro con hombro y yo os echo los papeles por encima de la cabeza. El que atrape la entrada gana. Yo y el ganador devolveremos a los otros dos su dinero en cuanto nos sea posible. ¿Os parece justo, o alguien tiene una idea mejor?

—A mí me parece bien —dije.

—No sé —rezongó Alan—. Yo soy el más joven. No puedo saltar tan alto como…

—Deja de quejarte —dijo Tommy—. Yo soy el más bajito de los tres y no me importa. Además, la entrada puede salir por debajo del montón, bajar flotando e ir a parar justo en el lugar idóneo para que lo pille el más bajo.

—De acuerdo —dijo Alan—. Pero sin empujar.

—Vale —dije—. Nada de violencia.

—Estoy de acuerdo —asintió Tommy.

Steve tapó el recipiente y lo agitó a conciencia.

—Preparados —dijo.

Nos retiramos a cierta distancia de Steve y nos pusimos en fila. Tommy y Alan estaban muy juntos, pero yo me mantuve un poco

apartado, con la idea de tener espacio suficiente para mover los dos brazos.

—Muy bien —dijo Steve—. Lo lanzaré todo por los aires a la de tres. ¿Todos listos?

Los tres asentimos.

—Uno —dijo Steve.

Y vi cómo el sudor perlaba la cara de Alan alrededor de los ojos.

—Dos —dijo Steve.

Y a Tommy se le crisparon los dedos.

—¡Y tres! —gritó Steve, al tiempo que sacaba la tapa y lanzaba los papeles bien alto por los aires.

Un soplo de brisa empujó los pedazos de papel directamente hacia nosotros. Tommy y Alan empezaron a gritar y manotear salvajemente. Era imposible distinguir la entrada entre los fragmentos de papel.

Estaba a punto de empezar a agarrar papeles a voleo cuando, de repente, sentí la urgente necesidad de hacer algo de lo más extraño. Puede parecer una locura, pero siempre he creído que lo mejor es seguir mis impulsos o presentimientos.

Así que lo que hice fue cerrar los ojos, extender las manos como si fuera ciego, y esperar que sucediera un milagro como por arte de magia.

Como seguramente todo el mundo sabe, cuando uno intenta hacer algo que ha visto en una película, por regla general no funciona. Como cuando intentas derrapar con la bicicleta o elevarte por los aires con el monopatín. Pero muy de vez en cuando, cuando menos lo esperas, todo coincide.

Durante un segundo noté cómo los papeles revoloteaban por entre mis manos. Estaba a punto de atraparlos, pero algo me decía que no era todavía el momento. Luego, al instante siguiente, una voz interior me gritó: «¡AHORA!».

Cerré rapidísimamente las manos.

El viento amainó y los pedazos de papel cayeron al suelo. Abrí los ojos y vi a Alan y Tommy de rodillas, buscando la entrada.

—¡Aquí no está! —dijo Tommy.

—¡No la encuentro por ninguna parte! —gritó Alan.

Dejaron de buscar y levantaron la vista hacia mí. Yo no me

había movido. Estaba quieto y en silencio, las manos cerradas con fuerza.

—¿Qué tienes en las manos, Darren? —preguntó Steve en voz baja.

Me lo quedé mirando, incapaz de responder. Era como si estuviera soñando, como un sueño en el que no podía moverme ni hablar.

—Él no la tiene —dijo Tommy—. Es imposible. Tenía los ojos cerrados.

—Puede ser —dijo Steve—, pero algo hay en esos puños apretados.

—Ábrelos —dijo Alan, dándome un empujón—. Veamos qué escondes ahí.

Miré a Alan, luego a Tommy, después a Steve. Y entonces, muy lentamente, abrí la mano derecha.

No había nada.

Se me encogió el corazón… y el estómago. Alan sonrió y Tommy empezó a buscar de nuevo por el suelo, intentando encontrar la entrada perdida.

—¿Y la otra mano? —preguntó Steve.

Bajé la mirada hasta mi mano izquierda, cerrada en un puño. ¡Casi me había olvidado de ella! Lentamente, aún más lentamente que antes, la abrí.

Había un pedazo de papel de color verde justo en el centro de la mano, pero estaba boca abajo, y como no llevaba nada escrito por detrás, tuve que darle la vuelta, aunque sólo fuera para asegurarme. Y allí, en letras rojas y azules, el nombre mágico:

CIRQUE DU FREAK.

La tenía. La entrada era mía. Iba a ir al espectáculo freak con Steve.

—¡¡¡SSSÍÍÍÍÍÍÍÍÍÍ!!! —grité, lanzando un puñetazo al aire.

¡Había ganado!

CAPÍTULO 7

Las entradas eran para la función del sábado, lo que resultaba perfecto, puesto que así tendría la oportunidad de hablar con mis padres y preguntarles si podía quedarme a dormir en casa de Steve el sábado por la noche.

No les dije nada del espectáculo freak, porque sabía que me dirían que no si se enteraban. Me hizo sentir mal no decirles toda la verdad, pero en realidad tampoco se podía decir que les hubiera mentido: me había limitado a mantener la boca cerrada.

El sábado no acababa de pasar lo suficientemente rápido. Intenté mantenerme ocupado, que es la mejor manera de conseguir que el tiempo pase sin notarlo, pero no podía dejar de pensar en el Cirque du Freak, deseando que llegara la hora de ir hacia allí. Estaba de bastante mal humor, cosa rara en mí siendo además sábado, y mamá se alegró de perderme de vista cuando llegó la hora de partir hacia casa de Steve.

Annie sabía que iría al espectáculo freak y me pidió que le llevara algo, una fotografía si podía, pero le dije que no permitían entrar con cámaras fotográficas (así lo especificaba la entrada), y no tenía bastante dinero para comprarle una camiseta. Le dije que le compraría un pin si los tenían, o un póster, pero con la condición de que lo tuviera escondido y no les dijera a mamá y papá de dónde lo había sacado en caso de que lo encontraran.

Papá me dejó en casa de Steve a las seis en punto. Me preguntó a qué hora quería que me recogiera por la mañana. Le dije que hacia el mediodía ya iba bien.

—No veáis películas de terror, ¿vale? —dijo antes de marcharse—. No quiero que vuelvas a casa con pesadillas.

—¡Oh, papá! —protesté—. Pero si todos los de mi clase ven películas de terror.

—Escucha —dijo—. No me importa que veas una vieja película de Vincent Price, o alguna de las menos terroríficas de Drácula, pero nada de esas horribles películas modernas, ¿de acuerdo?

—Vale —prometí.

—Buen chico —dijo, y se alejó en su coche.

Fui a toda prisa hasta la casa y toqué el timbre cuatro veces, que era el código secreto que tenía con Steve. Él debía de estar esperando justo allí, porque abrió la puerta de inmediato y tiró de mí hacia dentro.

—Ya era hora —gruñó, y luego señaló hacia las escaleras—. ¿Ve esa colina? —preguntó, hablando como un soldado en una película bélica.

—Sí, señor —dije, dando un golpe de tacones.

—Tenemos que tomarla al amanecer.

—¿Utilizaremos rifles o ametralladoras, señor? —pregunté.

—¿Se ha vuelto loco? —ladró—. Jamás podríamos transportar una ametralladora entre todo ese lodo.

Señaló la alfombra con un gesto de cabeza.

—Lo mejor serán los rifles, señor —convine.

—Y si nos capturan —me advirtió—, guarde la última bala para usted.

Empezamos a subir las escaleras como dos soldados, disparando armas imaginarias contra imaginarios enemigos. Era infantil, pero muy divertido. Steve «perdió» una pierna durante el ascenso y tuve que ayudarle a subir hasta la cima.

—¡Me habéis arrebatado una pierna —gritó desde el descansillo —, y podéis quitarme hasta la vida, pero jamás conseguiréis conquistar mi país!

Era un discurso conmovedor. Por lo menos conmovió a la señora Leonard, que vino desde la sala del piso inferior a ver qué era todo aquel jaleo. Sonrió al verme y me preguntó si quería comer o beber algo. No me apetecía nada. Steve dijo que a él sí le apetecía un poco de caviar con champagne, pero no lo dijo en un tono divertido, así que no me reí.

Steve no se llevaba bien con su madre. Vive solo con ella —su padre se marchó cuando Steve era pequeño— y siempre están discutiendo y gritando. No sé por qué. Nunca se lo he preguntado.

Hay ciertas cosas de las que no hablas con tus amigos si eres chico. Las chicas sí pueden hablar de esas cosas, pero si eres chico tienes que hablar de ordenadores, fútbol, guerras y ese tipo de asuntos. Los padres no son un tema atractivo.

—¿Cómo nos escaparemos esta noche? —pregunté en un susurro, mientras la mamá de Steve volvía a la sala.

—No hay problema —dijo Steve—. Ella va a salir.

A menudo la llamaba «ella» en lugar de «mamá».

—Cuando vuelva pensará que estamos acostados.

—¿Y si lo comprueba?

Steve se echó a reír groseramente.

—¿Entrar en mi habitación sin que la llame? No se atrevería.

No me gustaba Steve cuando hablaba de esa forma, pero no dije nada para evitar que cogiera una de sus rabietas. No quería hacer nada que pudiera echar a perder el espectáculo.

Steve sacó algunos de sus cómics de terror y los leímos en voz alta. Steve tiene cómics fantásticos, pensados sólo para adultos. ¡Mis padres se subirían por las paredes si supieran de su existencia!

Steve tiene también montones de revistas viejas y libros sobre monstruos y vampiros y hombres lobo y fantasmas.

—¿La estaca tiene que ser necesariamente de madera? —pregunté al acabar de leer un cómic de Drácula.

—No —dijo él—. Puede ser de metal o de marfil, incluso de plástico, con tal de que sea lo bastante resistente como para llegar a atravesar directamente el corazón.

—¿Y eso mataría a un vampiro? —pregunté.

—Siempre —dijo él.

Fruncí el ceño.

—Pero me dijiste que había que cortarles la cabeza y rellenarla de ajo y echarla al río.

—Algunos libros dicen que eso es lo que hay que hacer —admitió—. Pero eso hay que hacerlo para asegurarse de que matas también el espíritu del vampiro, además del cuerpo, así no puede volver en forma de fantasma.

—¿Puede volver un vampiro en forma de fantasma? —pregunté, con los ojos como platos.

—Probablemente no —dijo Steve—. Pero si dispones de tiempo

y quieres asegurarte, vale la pena cortarles la cabeza y deshacerse de ella. No puedes correr riesgos cuando se trata de vampiros, ¿no te parece?

—Claro —dije, estremeciéndome—. ¿Y qué me dices de los hombres lobo? ¿Se necesitan balas de plata para acabar con ellos?

—Creo que no —dijo Steve—. Me parece que con balas normales es suficiente. Puede que tengas que disparar un montón de veces, pero acaban por funcionar.

Steve sabe todo lo que hay que saber acerca de cualquier cosa que tenga que ver con lo terrorífico. Se ha leído todos los libros de terror que puedan existir. Él dice que cada historia contiene por lo menos un poquito de verdad, aunque la mayoría no sean más que invenciones.

—¿Tú crees que el hombre lobo del cirque du Freak será un hombre lobo de verdad? —pregunté.

Steve meneó la cabeza.

—Por lo que yo he leído —dijo— los hombres lobo de los espectáculos de freaks no son más que hombres muy peludos. Algunos son más animales que personas, y comen gallinas vivas y cosas así, pero no son hombres lobo. Un verdadero hombre lobo no resultaría práctico para esos espectáculos, porque sólo pueden convertirse en lobo cuando hay luna llena. Cualquier otra noche sería una persona normal y corriente.

—Ah —dije—. ¿Y el niño serpiente? ¿Tú crees que…?

—Eh —rió—, guárdate las preguntas para luego. Los espectáculos de hace mucho tiempo eran horribles. Los dueños solían matar de hambre a sus freaks, los tenían encerrados en jaulas y los trataban como si fueran inmundicia. Pero no sé cómo será el que vamos a ver. Puede que ni siquiera sean freaks auténticos: quizá sean sólo gente disfrazada.

El espectáculo de los freaks se celebraba en un lugar cercano al otro extremo de la ciudad. Teníamos que salir no mucho más tarde de las nueve para estar seguros de llegar a tiempo. Hubiéramos podido coger un taxi, pero habíamos preferido utilizar la mayor parte de nuestro dinero de bolsillo para reponer el que Steve le había cogido a su madre. Además, era más divertido pasear. ¡Le añadía misterio al asunto, todo era más espectral!

Nos contamos historias de fantasmas mientras caminábamos. Fue Steve quien habló la mayor parte del tiempo, ya que él sabe mucho más que yo al respecto. Estaba en plena forma. A veces olvida los finales de las historias, o confunde los nombres, pero aquella noche no. ¡Aquello era mejor que estar con Stephen King!

Era una larga caminata, más larga de lo que habíamos imaginado, y casi llegamos tarde. Tuvimos que hacer el último medio kilómetro corriendo. Jadeábamos como perros cuando llegamos allí.

El local era un viejo teatro en el que antiguamente se pasaban películas. Había pasado por delante una o dos veces antes. Steve me contó una vez que estaba cerrado porque se había caído un niño del anfiteatro y se había matado. Dijo que aquel lugar estaba embrujado. Le pregunté a mi padre, y él me dijo que todo aquello no era más que una sarta de mentiras. A veces es difícil decidir si tienes que creerte las cosas que te explica tu padre o bien las que te explica tu mejor amigo.

Fuera no había ningún nombre ni cartel anunciador, y tampoco había coches aparcados por las cercanías, ni cola para entrar. Nos detuvimos justo enfrente, doblados hacia delante hasta que recuperamos el aliento. Luego nos erguimos y miramos el edificio. Era alto y sombrío, y estaba construido con piedras grises. Tenía un montón de ventanas rotas, y la puerta parecía la boca abierta de un gigante.

—¿Estás seguro de que es aquí? —pregunté, intentando disimular el miedo.

—Eso decía en las entradas —dijo Steve, y lo comprobó una vez más para asegurarse—. Sí, aquí es.

—Quizá la policía lo descubriera y los freaks hayan tenido que irse a otro sitio —dije—. Quizá no haya ningún espectáculo esta noche.

—Quizás —dijo Steve.

Le miré y me pasé la lengua por los labios nerviosamente.

—¿Qué crees que debemos hacer? —pregunté.

Me devolvió la mirada y dudó un instante antes de responder.

—Creo que deberíamos entrar —dijo al fin—. Hemos venido desde muy lejos. Ahora sería absurdo volver atrás sin asegurarnos

antes.

—Estoy de acuerdo —dije, asintiendo.

Luego levanté la vista para observar aquel espeluznante edificio y tragué saliva. Tenía el mismo aspecto que uno de esos lugares que se suelen ver en las películas de terror, lugares en los que entra mucha gente pero de los que nunca sale nadie.

—¿Estás asustado? —le pregunté a Steve.

—No —dijo.

Pero yo oía cómo le castañeteaban los dientes y supe que estaba mintiendo.

—¿Y tú? —preguntó él a su vez.

—Claro que no —dije.

Nos miramos uno al otro y sonreímos. Ambos sabíamos que los dos estábamos aterrorizados, pero por lo menos estábamos juntos. Tener miedo es menos malo cuando no estás solo.

—¿Entramos? —preguntó Steve, intentando adoptar un tono alegre.

—Más vale que sí —dije.

Respiramos hondo, cruzamos los dedos, empezamos a subir las escaleras (había nueve escalones de piedra que llevaban hasta la puerta, todos ellos agrietados y cubiertos de moho) y entramos.

CAPÍTULO 8

Nos encontramos en un largo, oscuro y frío pasillo. Yo llevaba la chaqueta puesta, pero tiritaba igualmente. ¡Aquello estaba helado!

—¿Por qué hace tanto frío? —le pregunté a Steve—. Fuera la temperatura era agradable.

—En las casa viejas pasa eso —me dijo.

Echamos a andar. Se veía una luz baja en el otro extremo, de forma que a medida que avanzábamos se iba haciendo más brillante. Eso me reconfortó. De lo contrario creo que no hubiera podido soportarlo: ¡habría sido demasiado aterrador!

Las paredes estaban rayadas y garabateadas, y algunos trozos del techo estaban desconchados. Era un lugar escalofriante. Ya debía ser bastante pavoroso a la luz del día, pero ahora eran las diez, ¡faltaban sólo dos horas para la medianoche!

—Aquí hay una puerta —dijo Steve, deteniéndose.

La empujó hasta que quedó entornada, con un rechinante crujido. Estuve a punto de dar media vuelta y echar a correr. ¡Sonó como si hubiéramos abierto la tapa de un ataúd!

Steve no dejó ver su miedo y asomó la cabeza. No dijo nada durante unos instantes, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad; luego volvió a cerrarla.

—Son las escaleras que llevan al anfiteatro —dijo.

—¿Desde donde se cayó aquel crío? —pregunté.

—Sí.

—¿Te parece que deberíamos subir? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Creo que no. Ahí arriba está muy oscuro, ni rastro de luz de ningún tipo. Lo intentaremos si no conseguimos encontrar otra entrada, pero creo que…

—¿Puedo ayudaros, niños? —dijo alguien detrás de nosotros, ¡y

casi dimos un brinco del susto!

Nos giramos rápidamente y allí estaba el hombre más alto del mundo, mirándonos desde toda su altura como si fuéramos un par de ratas. Era tan alto que la cabeza casi le tocaba al techo. Tenía unas manos enormes y huesudas, y los ojos tan negros que parecían dos pedazos de carbón incrustados en medio de la cara.

—¿No es un poco tarde para que dos jovencitos como vosotros anden rondando por ahí? —preguntó.

Su voz era tan profunda y ronca como el croar de una rana, pero parecía que apenas moviera los labios. Habría podido ser un gran ventrílocuo.

—Nosotros… —empezó a decir Steve, pero tuvo que interrumpirse y pasarse la lengua por los labios antes de continuar hablando—. Hemos venido a ver el Cirque du Freak —dijo.

—¿De veras? —El hombre asintió lentamente—. ¿Tenéis las entradas?

—Sí —dijo Steve, mostrando la suya.

—Muy bien —murmuró el hombre. Luego se giró hacia mí y dijo —: ¿Y tú, Darren? ¿Tienes tu entrada?

—Sí —dije, rebuscando en el bolsillo.

Entonces me detuve en seco. ¡Sabía mi nombre! Miré de soslayo a Steve, que temblaba de pies a cabeza.

El hombre alto sonrió. Tenía los dientes negros y le faltaban unos cuantos, y su lengua era una especie de mancha sucia y amarillenta.

—Me llamo míster Alto —dijo—. Soy el dueño del Cirque du Freak.

—¿Cómo sabía el nombre de mi amigo? —preguntó haciendo alarde de valor Steve.

Míster Alto se echó a reír y se inclinó hasta que sus pupilas estuvieron a la misma altura que las de Steve.

—Yo sé muchas cosas —dijo en voz baja—. Sé cómo os llamáis. Sé dónde vivís. Sé que no os gusta vuestra mamá o vuestro papá.

Se giró hacia mí y di un paso atrás. Su aliento apestaba.

—Sé que tú no les has dicho a tus padres que venías aquí. Y sé cómo obtuviste tu entrada.

—¿Cómo? —pregunté.

Los dientes me castañeteaban tanto que ni siquiera estaba seguro de que me hubiera oído. Si me había oído, decidió no responder, porque a continuación se irguió y nos dio la espalda.

—Tenemos que darnos prisa —dijo, echando a andar. Yo creía que andaría a grandes zancadas, pero no fue así; avanzaba dando cortos pasitos—. La función está a punto de empezar. Ya está todo el mundo sentado y esperando. Llegáis tarde, chicos. Tenéis suerte de que no hayamos empezado sin vosotros.

Giró por una esquina al final del pasillo. Iba sólo dos o tres pasos por delante de nosotros, pero para cuando giramos la esquina, le encontramos sentado tras una larga mesa cubierta de una tela negra que llegaba hasta el suelo. Ahora llevaba un sombrero de copa rojo y un par de guantes.

—Las entradas, por favor —pidió.

Se inclinó hacia delante, cogió las entradas, abrió la boca y se las puso dentro; ¡luego las masticó hasta convertirlas en pequeños fragmentos y se las tragó!

—Muy bien —dijo—. Ahora ya podéis entrar. Normalmente los críos no son bienvenidos, pero ya veo que vosotros sois dos jóvenes estupendos y valientes. Haremos una excepción.

Teníamos dos cortinas azules ante nosotros, corridas al final del pasillo. Steve y yo nos miramos y tragamos saliva.

—¿Tenemos que ir recto hacia delante? —preguntó Steve.

—Naturalmente —dijo míster Alto.

—¿No hay ninguna acomodadora? —pregunté.

Se echó a reír.

—Si querías que alguien te cogiera de la manita —dijo—, ¡deberías haberte traído una canguro!

Aquello me enfureció, y por un momento olvidé lo asustado que estaba.

—Muy bien —le espeté, dando un paso hacia delante, para sorpresa de Steve—. Si así tiene que ser…

Me adelanté con rapidez y decisión y pasé al otro lado de las cortinas.

No sé de qué estarían hechos aquellos cortinajes, pero parecían telas de araña. Me detuve una vez estuve del otro lado. Me encontraba en un corto pasillo, y otro par de cortinas estaban

corridas de pared a pared unos metros más allá frente a mí. Oí un ruido y me encontré con Steve al lado. Oíamos sonidos apagados del otro lado de las cortinas.

—¿Tú crees que no es peligroso? —pregunté.

—Creo que es más seguro seguir adelante que volver atrás —respondió—. No creo que a míster Alto le gustara que nos echáramos atrás.

—¿Cómo crees tú que se ha enterado de todas esas cosas acerca de nosotros? —pregunté.

—Debe de poder leer el pensamiento —replicó Steve.

—Ah —dije, y me quedé pensando en eso unos instantes—. Me ha dado un susto mortal —admití.

—A mí también —dijo Steve.

Y seguimos adelante.

Era una sala enorme. Se habían llevado las butacas del teatro hacía mucho tiempo, pero en su lugar había sillas de playa. Buscamos con la mirada asientos desocupados. El teatro estaba a rebosar, pero nosotros éramos los únicos niños. Noté que la gente nos miraba y cuchicheaba.

Los únicos sitios libres estaban en la cuarta fila. Tuvimos que sortear un montón de piernas para llegar a ellos, y la gente refunfuñaba a nuestro paso. Al sentarnos nos dimos cuenta de que se trataba de dos buenas localidades, pues se encontraban justo en el centro y no teníamos a nadie delante. Gozábamos de una visión perfecta del escenario y no nos perderíamos detalle.

—¿Tú crees que venderán palomitas? —pregunté.

—¿En un espectáculo freak? —bufó Steve—. ¡Sé realista! Puede que vendan huevos de serpiente u ojos de lagarto, ¡pero me apuesto lo que quieras a que no venden palomitas!

La gente que llenaba el teatro formaba una mezcla de lo más heterogénea. Algunos vestían elegantemente, otros llevaban chándal. Los había tan viejos como las montañas, pero también quien nos llevaba sólo unos pocos años a Steve y a mí. Algunos charlaban confiadamente con sus compañeros y se comportaban como si estuvieran en un partido de fútbol, otros estaban sentados en silencio y miraban a su alrededor nerviosamente.

Lo que todos compartíamos era una evidente excitación. Veía en

los ojos de muchos espectadores la misma luz que brillaba en los de Steve y en los míos. De alguna manera todos sabíamos que estábamos a punto de presenciar algo muy especial, algo que no se iba a parecer a nada que hubiéramos visto antes.

Entonces sonaron unos trombones y todo el mundo permaneció en silencio. Los trombones estuvieron sonando una eternidad, cada vez a mayor volumen, y las luces se fueron apagando una a una hasta que la sala quedó oscura como boca de lobo. Empecé a asustarme de nuevo, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

De repente, los trombones dejaron de sonar y se hizo un silencio absoluto. Me zumbaban los oídos y durante unos segundos me sentí mareado. Conseguí recuperarme y me senté bien derecho en mi asiento.

En algún lugar de la parte más alta del teatro, alguien conectó un foco de luz verde y el escenario quedó iluminado. ¡Era fantasmagórico! Durante al menos un minuto entero no sucedió nada más. Luego aparecieron dos hombres que arrastraban una jaula. La habían colocado sobre ruedas y estaba cubierta con lo que parecía una enorme alfombra de piel de oso. Cuando llegaron al centro del escenario se detuvieron, soltaron las cuerdas y desaparecieron a toda prisa entre bastidores.

Durante unos segundos más aún… silencio. Luego volvieron a sonar los trombones, tres notas cortas y potentes. La alfombra salió volando de encima de la jaula y el primer freak nos fue mostrado.

Entonces fue cuando empezó el griterío.

CAPÍTULO 9

No había ninguna necesidad de gritar. El freak en cuestión era bastante impactante, pero estaba encadenado dentro de la jaula. Creo que la gente que gritaba lo hacía para divertirse, como quien grita en la montaña rusa, no porque estuvieran realmente asustados.

Se trataba del hombre lobo. Era muy desagradable, con el cuerpo cubierto de pelo. No llevaba más que un pedazo de tela alrededor de la cintura, como Tarzán, de forma que podíamos ver sus peludas piernas, vientre, espalda y brazos. Llevaba una larga y enmarañada barba que le cubría casi todo el rostro. Tenía los ojos amarillos y los dientes rojos.

Sacudió los barrotes de la jaula y rugió. Era bastante terrorífico. Mucha más gente aún se puso a gritar cuando él rugió. Yo mismo estuve a punto de gritar, pero no quería comportarme como una criatura.

El hombre lobo siguió sacudiendo los barrotes y brincando hasta que se calmó. Cuando estuvo sentado sobre el trasero como hacen los perros, apareció en escena míster Alto y declamó.

—Señoras y caballeros —dijo, y aunque su voz era ronca y hablaba bajo, todo el mundo oía lo que estaba diciendo—, bienvenidos al Cirque du Freak, el hogar de los seres humanos más notables del mundo.

»Somos un circo muy antiguo —prosiguió—. Llevamos quinientos años haciendo giras, conservando lo grotesco de generación en generación. Nuestro repertorio ha cambiado en muchas ocasiones, pero nunca nuestro objetivo, que no es otro que dejarles atónitos y aterrorizados. Les presentamos actuaciones tan espantosas como extravagantes, actuaciones que ustedes no podrían encontrar en ningún otro lugar del mundo.

»Aquellos que sean especialmente asustadizos es mejor que se

vayan ahora —advirtió—. Estoy seguro de que algunas personas han venido aquí esta noche pensando que se trataba de una broma. Quizá pensaban que nuestros freaks eran sólo actores disfrazados, o inofensivos inadaptados. ¡No es así! Todo lo que verán esta noche es real. Todos y cada uno de nuestros artistas es único. Y ninguno de ellos es inofensivo».

Con estas palabras acabó su presentación y se retiró del escenario. A continuación aparecieron dos bonitas mujeres con trajes de brillantes colores y abrieron el portillo de la jaula del hombre lobo. Había unas cuantas personas que parecían asustadas, pero nadie abandonó la sala.

Cuando salió de la jaula, el hombre lobo se dedicó a ladrar y aullar, hasta que una de las señoritas le hipnotizó con los dedos. La otra hablaba a la multitud.

—Tienen que estar muy callados —dijo, con acento extranjero —. El hombre lobo no podrá hacerles daño mientras esté bajo nuestro control, pero cualquier sonido demasiado fuerte podría despertarle, ¡y entonces resultaría mortífero!

Cuando les pareció el momento adecuado, bajaron del escenario y pasearon al hipnotizado hombre lobo por todo el teatro. Tenía el pelo de un color gris sucio y caminaba encorvado, con los dedos colgando a la altura de las rodillas.

Las señoritas no se apartaban de su lado y advertían a la gente que permaneciera en silencio. Te dejaban acariciarle si querías, pero tenías que hacerlo suavemente. Steve le frotó la espalda cuando pasaron junto a nosotros, pero yo tenía miedo de que pudiera despertar y morderme, así que no lo hice.

—¿Qué tacto tenía? —pregunté, conservando la serenidad en la medida que me era posible.

—Pinchaba —replicó Steve—, como un erizo —se llevó los dedos a la nariz y olfateó—. Y huele raro, como a goma quemada.

El hombre lobo y las señoritas que le acompañaban iban por la mitad de las filas de asientos cuando se oyó un fuerte estallido: ¡BANG! No sé lo que causó aquel ruido, pero de repente el hombre lobo empezó a rugir y apartó a empujones a las chicas.

La gente empezó a gritar, y los que estaban más cerca brincaron fuera de sus asientos y echaron a correr. Hubo una mujer que no fue

lo bastante rápida, y el hombre lobo se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo. Ella chillaba fuera de sí, pero nadie se atrevía a intentar ayudarla. Él la hizo rodar sobre el suelo hasta tenerla boca arriba y enseñó los dientes. La mujer levantó una mano con la intención de apartarle de un empujón, pero sus dientes cayeron implacables y… ¡se la cercenaron de un mordisco!

Un par de personas se desmayaron al ver eso, y otras muchas empezaron a chillar y a correr. Entonces, como salido de la nada, apareció míster Alto por detrás del hombre lobo y le rodeó con sus brazos. El hombre lobo se revolvió unos instantes, pero míster Alto le susurró algo al oído y se calmó. Mientras míster Alto se lo llevaba de vuelta al escenario, las dos señoritas tranquilizaron a la muchedumbre y rogaron que todo el mundo volviera a ocupar su asiento.

Mientras la multitud dudaba sin saber qué hacer, la mujer a la que le habían arrancado una mano de un mordisco no dejaba de gritar. La sangre le salía a borbotones de la muñeca, manchando el suelo y a otras personas. Steve y yo la mirábamos sin parpadear, con la boca abierta, preguntándonos si moriría.

Míster Alto volvió del escenario, recogió la mano cercenada y soltó un estridente silbido. Dos personas con batas azules y encapuchadas se acercaron a toda prisa. Eran bajitas, no mucho más grandes que yo o Steve, pero tenían los brazos y las piernas muy gruesos, y estaban muy musculadas. Míster Alto incorporó a la mujer y le susurró algo al oído. Ella dejó de gritar y se sentó muy quieta.

Míster Alto le cogió la muñeca, luego buscó en su bolsillo y sacó un saquito de cuero. Lo abrió con la mano que le quedaba libre y espolvoreó un centelleante polvo rosado sobre la sangrante muñeca. A continuación colocó la mano bien prieta contra la herida e hizo un gesto de cabeza a las dos personas vestidas de azul. Éstas sacaron un par de agujas y gran cantidad de bramante anaranjado. Y entonces, para gran sorpresa de todos los presentes en el teatro, ¡empezaron a coser la mano a la muñeca de la mujer!

Las personas de azul estuvieron cosiendo durante cinco o seis minutos. La mujer no sentía ningún dolor, a pesar de que las agujas le atravesaban la carne, formando un círculo alrededor de su

muñeca. Cuando terminaron, guardaron las agujas y el hilo sobrante y volvieron al lugar de donde fuera que hubiesen salido. En ningún momento se quitaron las capuchas, así que no sabría decir si se trataba de hombres o mujeres. Cuando se hubieron marchado, míster Alto le soltó la mano a la mujer y se apartó ligeramente de ella.

—Mueva los dedos —dijo.

La mujer le miraba fijamente sin comprender.

—¡Mueva los dedos! —repitió él, y esta vez ella los movió.

¡Se movían!

Todo el mundo emitió un grito sofocado. La mujer se miraba fijamente los dedos como si no pudiera creer que fueran reales. Volvió a moverlos. Luego se puso en pie y levantó la mano por encima de la cabeza. La sacudió tan fuerte como pudo, ¡y estaba como nueva! Se veían los puntos, pero ya no había sangre, y los dedos parecían funcionar a la perfección.

—Se pondrá bien —le dijo míster Alto—. Los puntos se desprenderán solos en un par de días. Entonces estará curada del todo.

—¡Quizá no baste con eso! —gritó alguien, y un hombre corpulento y con la cara colorada se adelantó—. Soy su marido —dijo—, y en mi opinión tenemos que ir a buscar un médico y a la policía. ¡No puede usted soltar a un animal salvaje como ése entre una multitud! ¿Qué habría pasado si le llega a arrancar la cabeza de un mordisco?

—Entonces estaría muerta —dijo míster Alto tranquilamente.

—Escuche, tío —empezó a decir el marido, pero míster Alto le interrumpió.

—Dígame, señor —dijo míster Alto—, ¿dónde estaba usted cuando el hombre lobo la atacó?

—¿Yo? —preguntó el hombre.

—Sí —dijo míster Alto—. Usted es su marido. Estaba sentado a su lado cuando la bestia escapó. ¿Por qué no acudió en su ayuda?

—Bueno, yo… No había tiempo que perder… Yo no podía… No estaba…

No importaba lo que dijera, el marido no podía salir bien parado porque no había más que una respuesta verdadera: había huido,

preocupado sólo por sí mismo.

—Escúcheme —dijo míster Alto—. Se lo advertí con franqueza. Dije que este espectáculo podía ser peligroso. Éste no es un bonito y tranquilo circo en el que nada puede salir mal. Aquí puede haber errores y estas cosas suceden, y ha habido veces en que otras personas han salido mucho peor paradas que su esposa. Ésa es la razón por la que este circo está proscrito. Ésa es la razón por la que debemos actuar en viejos teatros al abrigo de la noche. La mayoría de las veces todo va como la seda y nadie resulta herido. Pero no podemos garantizarle absoluta seguridad.

Míster Alto se giró formando un círculo y pareció mirar a todos los presentes a los ojos mientras giraba.

—¡No podemos garantizar la seguridad de nadie! —bramó—. No es probable que tengamos otro incidente parecido, pero puede suceder. Lo diré una vez más: si tienen miedo, váyanse. ¡Váyanse ahora, antes de que sea demasiado tarde!

Unas pocas personas se marcharon. Pero la mayoría se quedó a ver el resto del espectáculo, incluso la mujer que había estado a punto de perder una mano.

—¿Quieres que nos marchemos? —le pregunté a Steve, medio esperando que me dijera que sí.

Todo aquello era muy excitante y yo estaba emocionado, pero también asustado.

—¿Te has vuelto loco? —dijo él—. Esto es fabuloso. No querrás marcharte, ¿no?

—De ninguna manera —mentí, y esbocé una tímida sonrisa.

¡Si no hubiera tenido tanto miedo a quedar como un cobarde! Habría podido marcharme y todo habría ido bien. Pero no, tenía que comportarme como un gran hombre y quedarme allí sentado hasta el final. Si supieras cuántas veces desde entonces he deseado haberme marchado en aquel mismo momento todo lo deprisa que me lo hubiera permitido mi cuerpo sin mirar atrás…

CAPÍTULO 10

En cuanto míster Alto hubo abandonado el escenario y todos hubimos ocupado de nuevo nuestros asientos, el segundo freak, Alexander Calavera, salió a la palestra. Era más una actuación cómica que de terror, que era justo lo que necesitábamos para tranquilizarnos tras aquel aterrador principio. Se me ocurrió mirar por encima del hombro y vi a dos de las personas encapuchadas de azul limpiando la sangre del suelo de rodillas.

Alexander Calavera era el hombre más escuálido que hubiera visto nunca. ¡Era casi un esqueleto! Parecía totalmente descarnado. Hubiera podido resultar aterrador, de no ser por su amplia y amigable sonrisa.

Bailaba sobre el escenario al ritmo de una extraña música. Iba vestido de ballet, y tenía un aspecto tan ridículo que pronto estuvo todo el mundo riendo. Al rato dejó de bailar y empezó a hacer estiramientos. Aseguraba ser contorsionista (gente que tiene los huesos como de goma, y puede doblarlos en cualquier dirección).

Para empezar echó la cabeza hacia atrás de tal manera que parecía que se la hubiesen cortado. Se dio la vuelta para que pudiéramos ver su rostro vuelto del revés, y luego… ¡continuó flexionándose hasta que la cabeza tocó el suelo! Entonces puso las manos por la parte posterior de los muslos abiertos y pasó la cabeza entre ellos, adelantándola hasta que volvimos a verla de frente. ¡Era como si le brotara del vientre!

Con eso arrancó una buena salva de aplausos del público, tras la cual se reincorporó y empezó a retorcerse de arriba abajo como una soga trenzada. Siguió enroscándose más y más, y llegó a dar cinco vueltas, hasta que los huesos empezaron a crujir bajo tanta tensión. Permaneció en esa postura durante un minuto y luego empezó a desenrollarse a una velocidad increíble.

A continuación cogió dos baquetas de vibrafonista. Golpeó con una de ellas una de sus descarnadas costillas. ¡Abrió la boca y brotó una nota musical! Tenía el mismo timbre que un piano. Luego cerró la boca y golpeó una costilla del otro lado de su cuerpo. Esta vez emitió una nota más audible y aguda.

Tras «afinar» un poco más, ¡abrió la boca y empezó a tocar melodías! Interpretó *London Bridge Is Falling Down*, unas cuantas canciones de los Beatles y las sintonías de algunos programas de televisión muy conocidos.

Aquel esquelético personaje abandonó el escenario bajo una lluvia de vítores que le pedían más. Pero ningún freak sale nunca a dar un bis.

Después de Alexander Calavera salió Rhamus Dostripas, tan extremadamente gordo como extremadamente flaco era Alexander. ¡Era ENORME! Las tablas del escenario crujieron bajo su peso.

Se acercó al borde y empezó a fingir que estaba a punto de dejarse caer encima del público. Vi la cara de inquietud de algunas personas de las primeras filas, y algunos hasta se apartaron de un brinco cuando le tuvieron delante. ¡Y no les culpo: si caía sobre ellos los dejaba transparentes como el papel de fumar!

Se detuvo en el centro del escenario.

—Hola —dijo. Tenía una bonita voz, grave y sonora—. Me llamo Rhamus Dostripas, ¡y es cierto que tengo dos tripas! Nací así, igual que algunos animales. Los médicos se quedaron perplejos y decidieron que era un freak. Por eso me enrolé en este espectáculo y estoy aquí esta noche.

Aparecieron las mujeres que habían hipnotizado al hombre lobo con dos mesitas de ruedas cargadas de comida: pasteles, patatas fritas, hamburguesas, cajas de dulces y verduras. ¡Allí había cosas que ni siquiera había visto nunca, ya no digamos probarlas!

—Ñam, ñam —dijo Rhamus.

Señaló un enorme reloj que bajaba del techo sujeto por sogas y que se detuvo a unos tres metros por encima de su cabeza.

—¿Cuánto tiempo calculan ustedes que necesito para comerme todo esto? —preguntó señalando la montaña de comida—. Hay un premio para quien más se acerque.

—¡Una hora! —gritó alguien.

—¡Cuarenta y cinco minutos! —bramó otro.

—¡Dos horas, diez minutos y treinta y tres segundos! —chilló una tercera persona.

Pronto estuvimos todos apostando. Yo dije una hora y tres minutos. Steve veintinueve minutos. La apuesta más baja era diecisiete minutos.

Cuando todo el mundo hubo apostado, el reloj se puso en marcha y Rhamus empezó a comer. Comía a la velocidad de la luz. Movía los brazos tan deprisa que apenas podía verlos. Parecía no cerrar la boca en ningún momento. Iba echando comida en ella, engullía y seguía adelante.

Todos estábamos encandilados. Yo me sentía enfermo sólo con verlo. ¡Había quien realmente «estaba» enfermo!

Por fin, Rhamus se zampó el último bollo y el reloj se detuvo.

¡Cuatro minutos y cincuenta y seis segundos! ¡Se había tragado todo aquello en menos de cinco minutos! No podía creerlo. Parecía imposible, incluso para alguien que tuviera dos tripas.

—No ha estado mal —dijo Rhamus—, pero habría tomado un poco más de postre.

Mientras todos aplaudíamos riendo, las mujeres de los vestidos brillantes retiraron las mesas vacías y sacaron otra llena de estatuillas de cristal, tenedores, cucharas y pedazos de chatarra.

—Antes de empezar —dijo Rhamus—, tengo que advertirles de que no intenten hacer esto en sus casas. Yo puedo comer cosas que matarían de indigestión a las personas normales. ¡No quieran imitarme! Podrían morir en el intento.

Empezó a comer. De entrante se tragó sin pestañear un par de tornillos y tuercas. Cuando hubo engullido unos cuantos puñados más sacudió su enorme y redondeado vientre y oímos el tintineo del metal en su interior.

¡Contrajo el vientre y escupió todos los tornillos y tuercas! Si hubieran sido sólo uno o dos hubiera podido pensar que los escondía bajo la lengua o en los carrillos, pero ¡ni siquiera la enorme boca de Rhamus Dostripas era capaz de contener aquella montaña de hierro!

A continuación se comió las estatuillas de cristal. Masticaba el vidrio hasta hacerlo añicos antes de tragárselo con un sorbo de

agua. Luego se comió las cucharas y los tenedores. Las doblaba en forma de círculo con las manos y las dejaba caer en la boca cuello abajo. Explicó que su dentadura no era lo bastante fuerte como para masticar metal.

Después se tragó una larga cadena metálica y se quedó quieto aguantándose el vientre con las manos. Éste empezó a rugir y temblar. No fui consciente de lo que estaba sucediendo hasta que dio una arcada y vi aparecer de nuevo el extremo de la cadena por su boca.

Cuando hubo sacado la cadena por completo, ¡vi que las cucharas y los tenedores estaban engarzados en ella! Había conseguido pasar la cadena por todas las anillas con el estómago. Era increíble.

Cuando Rhamus salió del escenario, pensé que nadie podía superar una actuación como aquélla.

¡Me equivocaba!

CAPÍTULO 11

Tras Rhamus Dostripas, dos de las personas encapuchadas de azul recorrieron la sala vendiendo chucherías. Había cosas muy guais, como moldes de chocolate con la forma de los tornillos y tuercas que Rhamus Dostripas se había comido, y muñecos de goma de Alexander Calavera que podías doblar y estirar como quisieras. Y también había jirones de la peluda piel del hombre lobo. Yo compré uno de ésos: era dura y fuerte, afilada como un cuchillo.

—Habrá más sorpresas —anunció míster Alto desde el escenario —, así que no se lo gasten todo ahora.

—¿Cuánto vale la estatuilla de cristal? —preguntó Steve.

Era igual a las que Rhamus Dostripas había desmenuzado. La persona encapuchada de azul no dijo nada; se limitó a enseñar un cartelito con el precio.

—No sé leer —dijo Steve—. ¿Podría decirme cuánto vale?

Miré fijamente a Steve, preguntándome por qué había mentido. La persona oculta tras la capucha azul continuó sin hablar. Esta vez el encapuchado (o encapuchada) meneó la cabeza nerviosamente y siguió adelante, sin dar tiempo a que Steve dijera nada más.

—¿A qué estás jugando? —pregunté.

Steve se encogió de hombros.

—Quería oír su voz —dijo— para ver si era humano.

—Pues claro que es humano —dije—. ¿Qué otra cosa podría ser?

—No lo sé —dijo él—. Por eso preguntaba. ¿No te parece extraño que lleven la cara cubierta todo el rato?

—Puede que se avergüencen —dije.

—Quizá —replicó, pero noté que no creía que se tratara de eso.

Cuando los que vendían chucherías hubieron terminado, le llegó el turno al siguiente freak. Era la mujer barbuda, y al principio pensé que se trataba de un chiste, porque, ¡no tenía barba!

Míster Alto se puso en pie tras ella y dijo:

—Señoras y caballeros, éste es un número muy especial. Truska acaba de incorporarse a nuestra pequeña familia. Es una de las más increíbles artistas que haya visto nunca, pues posee un talento verdaderamente único.

Míster Alto se retiró. Truska era muy guapa, y llevaba un vestido evasé de color rojo con muchas y sugerentes aberturas. Muchos de los hombres presentes en el teatro empezaron a toser y a revolverse en sus asientos.

Truska se acercó al borde del escenario para que pudiéramos verla mejor y dijo algo que sonó como un ladrido de foca. Se puso las manos en la cara, una a cada lado y se acarició la piel con suavidad. Luego se tapó la nariz con dos dedos mientras se hacía cosquillas en la barbilla con la otra mano.

Sucedió algo extraordinario: ¡le empezó a crecer la barba! Brotaban pelos por todas partes: primero por la barbilla, después sobre el labio superior, luego las mejillas, y finalmente toda la cara. Era una barba larga, rubia y cerrada.

Dejó que le creciera por espacio de diez u once minutos. Entonces apartó los dedos de la nariz, bajó del escenario y se mezcló entre la gente, dejando que le acariciaran y tiraran de la barba.

La barba seguía creciendo mientras ella pasaba por entre el público, hasta que ¡acabó llegándole a los pies! Cuando alcanzó el fondo del teatro, dio media vuelta y volvió al escenario. Aunque no corría la menor brisa, parecía andar con el pelo al viento, acariciando con él las caras de los espectadores al pasar.

Cuando hubo vuelto al escenario, míster Alto pidió al público si alguien tenía unas tijeras. Muchas mujeres las llevaban encima. Míster Alto invitó a algunas de ellas a subir.

—El Cirque du Freak entregará un lingote de oro macizo a quien sea capaz de cortarle la barba a Truska —dijo, sosteniendo en alto un pequeño lingote amarillo para demostrar que no hablaba en broma.

Aquello resultaba de lo más excitante, y durante los siguientes diez minutos casi todos los presentes en el teatro intentaron cortarle la barba. ¡Pero nadie pudo! Nada era lo bastante fuerte para cortar

aquella barba, ni siquiera una podadora de jardinería que el propio míster Alto puso a su disposición. ¡Lo más curioso era que su tacto continuaba siendo suave, como si fuera cabello normal y corriente!

Cuando todo el mundo se dio por vencido, míster Alto desapareció del escenario y Truska se colocó en el centro de nuevo. Se acarició las mejillas y se apretó la nariz como había hecho antes, ¡pero esta vez la barba fue acortándose como si creciera al revés! Bastaron un par de minutos para que todos los pelos hubieran desaparecido y ella recuperara exactamente el mismo aspecto que tenía al principio. Se retiró bajo el estruendo de los aplausos para dejar paso casi de inmediato al siguiente número.

Se llamaba Hans el Manos. Empezó por hablarnos de su padre, que había nacido sin piernas. El padre de Hans aprendió a caminar con las manos con la misma seguridad con la que el resto de la gente lo hacía con los pies, y les había explicado a sus hijos su secreto.

Dicho esto, Hans se sentó, levantó las piernas y se pasó los pies por detrás del cuello. Se apoyó en las manos y caminó con ellas por el escenario; luego se levantó de un brinco y retó a cuatro hombres elegidos al azar entre el público a que hicieran una carrera contra él. Ellos podían correr con las piernas; por su parte él lo haría con las manos. Prometió un lingote de oro a quien fuera capaz de vencerle.

Se utilizaron los pasillos del teatro como pista para la carrera, y a pesar de su desventaja, Hans les ganó a los cuatro con facilidad. Declaró que en sprint era capaz de recorrer cien metros en ocho segundos con las manos, y nadie en el teatro lo puso en duda. A continuación realizó unas cuantas acrobacias realmente espectaculares con las que nos demostró que una persona podía arreglárselas igualmente bien con piernas o sin ellas. Su número no era especialmente emocionante, pero sí muy atractivo.

Cuando Hans se retiró hubo una pequeña pausa antes de que reapareciera míster Alto.

—Señoras y caballeros —dijo—, nuestra siguiente actuación es también única y sorprendente. Puede ser bastante peligrosa, así que les ruego que no hagan ruido ni aplaudan hasta que nosotros les digamos que ya no hay peligro.

Se hizo un silencio absoluto. ¡Después de lo que había pasado con el hombre lobo, nadie necesitaba que le repitieran las cosas!

Cuando le pareció que el silencio era aceptable, míster Alto se fue del escenario. Mientras salía gritó el nombre del siguiente freak, pero fue un grito como con sordina:

—¡Míster Crepsley y Madam Octa!

Atenuaron la iluminación y apareció en el escenario un hombre con un aspecto escalofriante. Era alto y delgado, tenía la piel muy blanca y un solitario y pequeño mechón de pelo anaranjado en la coronilla. Una enorme cicatriz le cruzaba la mejilla izquierda. Le llegaba a la comisura de los labios, y daba la sensación de que tirara de la boca hacia un lado de la cara.

Llevaba ropa de color granate y sostenía una cajita de madera que colocó sobre una mesa. Una vez se hubo sentado, se volvió hacia el público y nos miró de frente. Sonrió con una inclinación de cabeza. Cuando sonreía resultaba aún más estremecedor, ¡como un payaso loco que vi una vez en una película de terror! Luego empezó a explicar en qué consistía su número.

Me perdí la primera parte de su parlamento porque no estaba atento al escenario. Miraba a Steve. Y es que cuando apareció míster Crepsley se hizo un silencio total, con la única excepción de una persona que había dado un sonoro respingo.

Steve.

Miraba fijamente y lleno de curiosidad a mi amigo. Estaba casi tan pálido como míster Crepsley y temblaba de arriba abajo. Hasta dejó caer el muñeco de goma de Alexander Calavera que había comprado.

Tenía la mirada fija en míster Crepsley, como si no pudiera despegarla de él, y cuando vi cómo miraba al freak, el pensamiento que cruzó mi mente fue: «¡Parece que haya visto un fantasma!».

CAPÍTULO 12

—No es cierto que todas las tarántulas sean venenosas —dijo míster Crepsley.

Tenía una voz profunda. Conseguí apartar la mirada de Steve y prestar atención a lo que sucedía en el escenario.

—La mayoría son tan inofensivas como una araña corriente de cualquier otro lugar del mundo. Y las venenosas no suelen tener más veneno que el justo para matar criaturas muy pequeñas.

»¡Pero algunas son mortales! —prosiguió—. Las hay capaces de matar a un hombre con una sola picadura. Son raras, sólo se las encuentra en lugares remotos, pero existen.

»Y yo tengo una de esas arañas —dijo, abriendo la cajita».

Pasaron unos segundos sin que sucediera nada, pero entonces apareció la araña más grande que hubiera visto nunca. Era de color verde, púrpura y rojo, y tenía largas patas peludas y un cuerpo enorme y rechoncho. No me daban miedo las arañas, pero aquella era terrorífica.

La araña avanzó lentamente. Luego flexionó las patas y pareció agazaparse, como si esperase al acecho una mosca.

—Madam Octa me acompaña desde hace varios años —dijo míster Crepsley—. Es mucho más longeva que las arañas corrientes. El monje que me la vendió dijo que algunas de sus congéneres habían vivido hasta veinte o treinta años. Es una criatura increíble, a la vez venenosa e inteligente.

Mientras él hablaba, una de las personas encapuchadas de azul sacó una cabra al escenario. Balaba lastimeramente e intentaba escapar. La persona encapuchada la ató a la mesa y se retiró.

La araña empezó a moverse al ver y oír a la cabra. Avanzó hasta el borde de la mesa y allí se detuvo, como si estuviera esperando una orden. Míster Crepsley sacó del bolsillo del pantalón un

pequeño pito —él lo llamó flauta— y tocó unas cuantas notas cortas. Madam Octa saltó al vacío de inmediato y fue a aterrizar en el cuello de la cabra.

Cuando la araña cayó sobre ella, la cabra dio un brinco y empezó a balar más fuerte. Madam Octa hizo caso omiso, siguió adelante y se acercó unos centímetros más a la cabeza. Cuando estuvo preparada, ¡sacó los quelíceros y los hundió en el cuello de la cabra!

La cabra se quedó petrificada, con los ojos muy abiertos. Dejó de balar, y a los pocos segundos, se desplomó. Creí que estaba muerta, pero luego noté que todavía respiraba.

—Con esta flauta domino la voluntad de Madam Octa —dijo míster Crepsley, y yo aparté la mirada de la cabra tirada en el suelo.

Esgrimió la flauta lentamente por encima de su cabeza.

—Aunque llevemos juntos mucho tiempo, no es una simple mascota, y sin duda me mataría si alguna vez pierdo esto.

»La cabra está paralizada —dijo—. He adiestrado a Madam Octa para que no mate del todo con la primera picadura. Si la abandonáramos a su suerte, la cabra acabaría por morir —no hay antídoto contra la picadura de Madam Octa— pero tenemos que acabar con todo esto rápidamente».

Tocó su flauta y Madam Octa subió por el cuello de la cabra hasta detenerse junto a la oreja. Sacó los quelíceros de nuevo y mordió. La cabra se estremeció, luego quedó inerte.

Estaba muerta.

Madam Octa saltó de la cabra y avanzó hacia la parte delantera del escenario. La gente de las primeras filas se alarmó hasta el extremo de que algunos dieron un brinco. Pero se quedaron petrificados con una escueta orden de míster Crepsley.

—¡No se muevan! —silbó—. Recuerden lo que se les ha advertido: ¡cualquier ruido inesperado puede significar la muerte!

Madam Octa se detuvo al borde del escenario y se irguió sobre sus dos patas traseras, ¡como un perro! Míster Crepsley tocó suavemente la flauta y la araña empezó a caminar hacia atrás, todavía sobre dos patas. Cuando llegó a la altura de la pata más cercana de la mesa, se giró y subió de un salto.

—Ahora están a salvo —dijo míster Crepsley, y la gente de las

primeras filas volvió a ocupar sus asientos, lo más lenta y silenciosamente que fueron capaces.

«Pero por favor —añadió—, no hagan ruido, porque si lo hacen puede que me ataque a mí».

No sé si míster Crepsley sentía realmente miedo o no era más que parte de la actuación, pero parecía asustado. Se secó el sudor de la frente con la manga derecha de la chaqueta, volvió a llevarse la flauta a los labios y tocó una extraña y breve melodía.

Madam Octa levantó la cabeza y pareció saludar con una inclinación. Caminó sobre la mesa hasta ponerse frente a míster Crepsley. Él bajó la mano derecha y la araña empezó a subir por su brazo. La sola idea de aquellas largas y peludas patas caminando por encima de su piel me hacía sudar de pies a cabeza. ¡Y eso que a mí me gustan las arañas! Las personas a las que les dan miedo debieron de morderse las uñas hasta sangrar de puros nervios.

Cuando hubo recorrido todo el brazo, siguió subiendo por el hombro, el cuello, la oreja, y no se detuvo hasta colocarse encima de la cabeza, donde se agazapó. Parecía una especie de sombrero de lo más extravagante.

Al cabo de un momento, míster Crepsley empezó a tocar la flauta de nuevo. Madam Octa empezó a descender por el otro lado de la cara, siguiendo el trazo de la cicatriz, y paseó por su rostro hasta quedar boca arriba sobre el mentón. Entonces segregó un hilo de seda y se descolgó por él.

Ahora colgaba a unos diez centímetros por debajo de la barbilla, y poco a poco empezó a mecerse de lado a lado. Pronto consiguió columpiarse tan alto que llegaba de oreja a oreja. Tenía las patas flexionadas, y desde donde yo estaba sentado parecía una bola de lana.

De repente hizo un movimiento extraño, y míster Crepsley echó atrás la cabeza con tal fuerza que la araña salió volando por los aires. El hilo se rompió y ella empezó a dar vueltas de campana. Observé cómo subía y bajaba por el aire. Yo pensaba que aterrizaría encima de la mesa, pero no fue así. ¡En realidad fue a caer justo en la boca de míster Crepsley!

Casi me puse enfermo con sólo imaginar a Madam Octa deslizándose garganta abajo hasta el estómago. Estaba convencido

de que le picaría, de que iba a matarle. Pero la araña era mucho más lista de lo que yo creía. Mientras caía, abrió las patas y se apoyó con ellas en los labios.

Él levantó la cabeza hacia delante para que pudiéramos verle bien la cara. Tenía la boca completamente abierta, y Madam Octa estaba suspendida entre sus labios. Su cuerpo latía dentro y fuera de la boca; parecía un globo que él estuviera hinchando y deshinchando.

Me pregunté dónde estaría la flauta y cómo se las arreglaría ahora para dominar a la araña. Entonces apareció míster Alto con otra flauta. No tocaba tan bien como míster Crepsley, pero sí lo bastante como para que Madam Octa se diera por enterada. Ella se paró a escuchar, y luego pasó de un lado a otro de la boca de míster Crepsley.

Al principio no sabía lo que estaba haciendo, así que estiré el cuello para ver mejor. Al ver los retazos de blanco en los labios de míster Crepsley lo entendí: ¡estaba tejiendo una telaraña!

Cuando hubo terminado, se dejó caer desde el mentón, como había hecho antes. Una telaraña grande y tupida ocupaba la boca de míster Crepsley. ¡Y empezó a lamerla y masticarla! Se la comió toda, luego se acarició la tripa (con mucho cuidado de no tocar a Madam Octa) y dijo:

—Delicioso. No hay nada más sabroso que una buena telaraña recién hecha. En el lugar del que procedo son un manjar.

Hizo que Madam Octa jugara encima de la mesa con una pelota, y hasta que se sostuviera en equilibrio sobre ella. Luego dispuso diminutos aparatos de gimnasia, pesas en miniatura, cuerdas y anillas, y le hizo hacer ejercicios con ellas. Era capaz de hacerlo todo con la misma destreza que un ser humano: levantar pesar, trepar por la cuerda y colgarse de las anillas.

A continuación sacó una minúscula cena esmeradamente servida. Había platos, cuchillos y tenedores diminutos, así como vasos chiquititos. Los platos estaban llenos de moscas muertas y otros pequeños insectos. No sé qué era lo que contenían los vasos.

Madam Octa tomó su cena con una pulcritud admirable. Era perfectamente capaz de coger los cubiertos —cuatro cuchillos y tenedores a la vez— y comer con ellos. ¡Tenía hasta un falso salero

con el que sazonó uno de los platos!

Creo que fue cuando bebía del vaso cuando decidí que Madam Octa era la mascota más extraordinaria que hubiera visto nunca. Habría dado cualquier cosa por poseerla. Sabía que era imposible —mamá y papá no me dejarían tenerla aun en el caso de que pudiera comprarla—, pero eso no evitaba que lo deseara con todas mis fuerzas.

Al terminar su número, míster Crepsley volvió a meter a la araña en su caja y saludó con una inclinación a un público enfervorecido. Oí decir a alguien que era injusto haber matado a la pobre cabra, pero había sido sensacional.

Me giré hacia Steve para comentarle lo extraordinaria que me había parecido la araña, pero él observaba fijamente a míster Crepsley. Ya no parecía asustado, pero tampoco tenía un aspecto del todo normal.

—Steve, ¿qué te pasa? —pregunté.

No respondió.

—¿Steve?

—¡Shhh! —musitó, y no pronunció ni una palabra hasta que míster Crepsley se hubo ido. Observó atentamente cómo aquel hombre de aspecto extravagante desaparecía entre bambalinas. Luego se volvió hacia mí y balbució:

—¡Es increíble!

—¿La araña? —pregunté—. Ha sido fantástico. ¿Cómo crees tú que lo hace para…?

—¡No estoy hablando de la araña! —me espetó—. ¿A quién le importa un estúpido arácnido? Hablo de… de míster Crepsley.

Se interrumpió un instante antes de pronunciar su nombre, como si hubiera estado a punto de llamarle de alguna otra forma.

—¿Míster Crepsley? —pregunté, desconcertado—. ¿Qué tiene él de fantástico? Lo único que ha hecho es tocar la flauta.

—Tú no lo entiendes —se impacientó Steve—. No sabes quién es en realidad.

—¿Y tú sí lo sabes? —pregunté.

—Sí —dijo—, ya que lo preguntas, sí que lo sé.

Se frotó la barbilla; pareció inquietarse de nuevo.

—Sólo espero que él no se dé cuenta de que lo sé. De lo

contrario… puede que nunca salgamos con vida de aquí.

CAPÍTULO 13

Había otro descanso tras la actuación de míster Crepsley y Madam Octa. Intenté que Steve me explicara algo más acerca de la verdadera identidad de aquel hombre, pero sus labios estaban sellados. Lo único que dijo fue:

—Tengo que pensar detenidamente en esto.

Luego cerró los ojos, agachó la cabeza y se quedó pensativo.

Volvieron a vender bagatelas durante el intermedio: barbas como la de la mujer barbuda, muñecos de Hans el Manos y, lo mejor de todo, arañas de goma idénticas a Madam Octa. Compré dos, una para mí y otra para Annie. No era lo mismo que poseer la auténtica, pero tendría que conformarme.

También vendían telarañas de caramelo. Compré seis con todo el dinero que me quedaba y me comí dos mientras esperaba a que saliera el siguiente freak. Sabían igual que las nubes de algodón azucarado. La segunda me la coloqué sobre los labios y la chupé como había hecho míster Crepsley.

Las nubes se atenuaron hasta dejar la sala en penumbra y todos volvieron a ocupar sus asientos. Era el turno de Gertha Dientes. Era una mujer corpulenta, con gruesos muslos, brazos gruesos, cuello grueso y cabeza gorda.

—¡Señoras y caballeros, soy Gertha Dientes! —dijo, muy seria—. ¡Tengo los dientes más fuertes del mundo! Cuando era niña, mi padre me metió los dedos en la boca, jugando, ¡y le corté dos de un mordisco!

Unos cuantos se echaron a reír, pero los acalló con una furiosa mirada.

—¡No soy cómica! —disparó—. ¡Si alguien vuelve a reírse de mí bajare y le arrancaré la nariz de un mordisco!

Aquello sonaba bastante divertido, pero nadie se atrevió a soltar

ni una risita.

Hablaba en voz muy alta. Todo lo que decía parecía un grito encerrado entre signos exclamativos (¡!).

—¡Dentistas de todo el mundo se han quedado con la boca abierta al ver mi dentadura! —dijo—. ¡Me han examinado en los mejores gabinetes de odontología del mundo, pero nadie ha sido capaz de explicar la causa de que sean tan fuertes! ¡Me han ofrecido grandes cantidades de dinero por prestarme como conejillo de indias, pero me gusta viajar, así que las rechacé!

Cogió cuatro barras de acero, todas de unos treinta centímetros de largo, pero de diferentes grosores. Pidió voluntarios y cuatro hombres se apresuraron a subir al escenario. Dio a cada uno de ellos una barra y les pidió que intentaran doblarlas. Pusieron todo su empeño, pero no lo consiguieron. Cuando se dieron por vencidos, ella cogió la barra más delgada, se la llevó a la boca y ¡la seccionó de un mordisco limpiamente!

Devolvió las dos mitades a uno de los hombres. Él se la quedó mirando estupefacto, luego se llevó un extremo a la boca y probó a morder para asegurarse de que era acero auténtico. Sus aullidos de dolor al casi partirse los dientes fueron la mejor prueba de que, en efecto, se trataba de acero.

Gertha hizo lo mismo con la segunda y tercera barras, cada una de las cuales era más gruesa que la anterior. En cuanto a la cuarta, la más gruesa de todas, la trituró como si fuera una tableta de chocolate.

A continuación, dos de los ayudantes encapuchados de azul sacaron al escenario un enorme radiador, ¡y Gertha lo llenó de agujeros a bocados! ¡Luego trajeron una bicicleta y la convirtió con los dientes en una pelotita, con ruedas y todo! No creo que hubiera nada en el mundo que Gertha no fuera capaz de masticar si se lo proponía.

Llamó nuevos voluntarios al escenario. Le entregó a uno de ellos un mazo de hierro y un enorme escoplo, a otro un martillo y un escoplo más pequeño, y al tercero una sierra eléctrica. Se tendió boca arriba y se colocó el escoplo grande en la boca. Indicó con un gesto de cabeza al primer voluntario que golpeara con el mazo.

Él levantó el mazo por encima de su cabeza y lo dejó caer. Creí

que iba a abrirle la cara, y lo mismo pensó mucha otra gente, a juzgar por los suspiros y por la forma de taparse los ojos de buena parte del público.

Pero Gertha no era estúpida, esquivó el golpe y el mazo se estrelló contra el suelo. Se sentó y escupió el escoplo con despreció.

—¡Ja! —bufó—. ¿Cree que me he vuelto loca?

Apareció uno de los encapuchados y le quitó el mazo de las manos al espectador.

—¡Sólo le necesitaba para demostrar que el mazo es auténtico! —le dijo—. Y ahora —anunció dirigiéndose al resto del público—, ¡observen!

Volvió a tumbarse y se metió el escoplo en la boca. El encapuchado esperó un instante, luego levantó el mazo y lo dejó caer con más fuerza y velocidad que el espectador. Dio de lleno en el escoplo y se oyó un ruido infernal.

Gertha se incorporó. Yo esperaba ver dientes cayéndole de la boca, pero cuando la abrió y extrajo de ella el escoplo, ¡no quedaba más que una punta por ver! Se echó a reír y dijo:

—¡Ja! ¡Creían que había comido más de lo que podía masticar!

Le había llegado el turno de trabajar al segundo voluntario, el que tenía el martillo y el escoplo más pequeños. Le advirtió que tuviera cuidado con las encías y le permitió que colocara el escoplo contra sus dientes e intentara partirlos. Casi se dejó el brazo en su intento por golpear con el martillo con todas sus fuerzas, pero no consiguió hacerles ni un rasguño.

El tercer voluntario intentó cortarlos con la sierra eléctrica. Pasó la máquina de un lado a otro de su boca, saltaban chispas por todas partes, pero cuando se detuvo y el polvo se hubo disipado, los dientes de Gertha estaban más blancos, resplandecientes y sólidos que nunca.

Tras ella salieron los Gemelos de Goma, Sive y Seersa. Eran idénticos, y ambos contorsionistas, como Alexander Calavera. Su número consistía en trenzar sus cuerpos hasta parecer una sola persona con dos caras y sin espaldas, o dos troncos sin piernas. Eran muy buenos y fue muy interesante, pero deslucido comparado con el resto de los artistas.

Cuando Sive y Seersa terminaron, salió míster Alto y nos dio las

gracias por nuestra asistencia. Pensé que los freaks volverían a salid a saludar todos en fila, pero no lo hicieron. En lugar de eso, míster Alto nos anunció que podíamos comprar más baratijas en el vestíbulo al salir. Nos pidió que promocionáramos el espectáculo entre nuestros amigos. Luego volvió a darnos las gracias por asistir y dijo que el espectáculo había terminado.

Me decepcionó un poco que terminara con un número tan flojo, pero era tarde y supongo que los freaks estarían cansados. Me puse en pie, recogí todo lo que había comprado y me giré para decirle algo a Steve.

Miraba fijamente hacia arriba, al palco que había por detrás de mí, con los ojos como platos. Me volví para ver qué demonios estaba mirando, y cuando lo hice, la gente que teníamos detrás empezó a chillar. Al levantar la mirada, supe por qué.

En el palco había una gigantesca serpiente, una de las más largas que haya visto nunca, ¡y reptaba bajando por una de las columnas hacia la gente que estábamos abajo!

CAPÍTULO 14

La lengua de la serpiente chasqueaba en el aire como un látigo cada vez que la sacaba a la velocidad del relámpago, y parecía tremendamente hambrienta. Su colorido no era muy espectacular —verde oscuro con algunas pinceladas de colores más brillantes aquí y allá—, pero parecía mortífera.

La gente que estaba bajo el palco corrió de nuevo a sus asientos. Todos gritaban y corrían dejando caer sus cosas por el camino. Hubo desmayos, y algunos cayeron al suelo y fueron aplastados por la turba. Steve y yo tuvimos suerte de encontrarnos cerca de la parte delantera: éramos los más pequeños de todo el teatro, y habríamos mordido el polvo si nos llegamos a ver envueltos en aquella turbamulta.

La serpiente estaba a punto de alcanzar el suelo cuando un potente foco apuntó su haz luminoso directamente sobre su cabeza. El reptil se quedó paralizado, mirando sin parpadear hacia la luz. La gente dejó de correr y el pánico pareció mitigarse. Quienes se habían caído volvieron a ponerse en pie, y por fortuna nadie parecía estar herido de gravedad.

Se oyó un ruido a nuestras espaldas. Me giré para mirar de nuevo al escenario. En él había un chico, casi un niño. Debía de tener catorce o quince años, muy delgado, una larga cabellera verde amarillenta. La forma de sus ojos era extraña, rasgados como los de la serpiente. Llevaba una larga túnica blanca.

El chico emitió un sonido sibilante y alzó los brazos por encima de la cabeza. La túnica cayó a sus pies y todos dejamos escapar un grito de sorpresa. ¡Tenía el cuerpo cubierto de escamas! Todo él despedía resplandecientes reflejos como destellos, verdes, dorados, amarillos y azules. No llevaba puesto más que un sucinto taparrabos. Se dio la vuelta para que le viéramos la espalda, y era

igual que por delante, excepto en que algunos reflejos eran más oscuros.

Cuando se volvió de nuevo hacia nosotros, se tendió cuan largo era sobre el abdomen y empezó a reptar fuera del escenario exactamente igual que una serpiente. Fue entonces cuando recordé al niño serpiente que anunciaba el cartel y até cabos.

Al llegar al suelo se puso en pie y caminó hasta el fondo de la sala. Cuando pasó a mi lado vi que sus manos y pies eran muy raros: entre dedo y dedo tenía una fina membrana que los unía. Se parecía un poco a un monstruo que había visto una vez en una película de terror, el que vivía en aquel oscuro lago.

Se detuvo a pocos metros de la columna y se enroscó en el suelo. El foco que había mantenido deslumbrada, yo diría que hipnotizada, a la serpiente, se apagó, y ésta empezó a moverse de nuevo, a recorrer deslizándose el último tramo de la columna. El chico soltó otra vez un sonido sibilante y la serpiente se detuvo. Recordé haber leído en algún sitio que las serpientes no oyen, pero captan la vibración de los sonidos.

El niño serpiente se arrastró un poco hacia la izquierda, luego hacia la derecha. La cabeza de la serpiente seguía sus movimientos, pero no le atacaba. El chico reptó más cerca de la serpiente, hasta meterse dentro de su radio de acción. Yo esperaba que saltara sobre él y le matara, sentía deseos de gritarle que corriera.

Pero el niño serpiente sabía lo que hacía. Cuando estuvo lo bastante cerca saltó hacia delante y empezó a acariciar a la serpiente por debajo del maxilar con sus extrañas manos palmeadas. ¡Luego se inclinó y la besó en la nariz!

La serpiente se enrolló al cuello del chico. Dio un par de vueltas a su alrededor y dejó la cola colgando por encima del hombro y espalda abajo como un pañuelo.

El chico acarició a la serpiente y sonrió. Pensé que iba a pasear entre el público y a dejar que la acariciáramos, pero no fue así. Lo que hizo fue irse al lado del teatro más alejado de la puerta de salida. Desenrolló la serpiente de su cuello, la colocó en el suelo y volvió a acariciarla por debajo de la mandíbula.

Esta vez abrió mucho la boca; vi claramente los colmillos. El niño serpiente se tendió de espaldas a cierta distancia de la

serpiente y luego ¡empezó a reptar hacia ella!

«No —me dijo—, espero que no vaya a…».

Pero sí, ¡metió la cabeza entre las fauces abiertas de la serpiente!

El niño serpiente permaneció así unos segundos y después, lentamente, sacó la cabeza. Dejó que la serpiente se enrollara una vez más en su cuerpo, luego empezó a dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo hasta que el animal le cubrió por completo, con la única excepción de la cara. Se las arregló para ponerse en pie de un salto y sonreír. ¡Parecía una alfombra enrollada!

—Y ahora, señoras y caballeros —dijo míster Alto desde el escenario a nuestras espaldas—, hemos llegado de verdad al final del espectáculo.

Sonrió y desapareció del escenario, desvaneciéndose en el aire entre una nube de humo. Cuando ésta se disipó, le vi al fondo del teatro sosteniendo abiertas las cortinas de salida.

Las guapas asistentas y los misteriosos seres encapuchados de azul estaban en pie a ambos lados de él, sosteniendo en los brazos bandejas llenas de golosinas. Me arrepentí de no haberme guardado algo de dinero.

Steve no dijo nada mientras hacíamos cola. Yo notaba por la expresión seria de su rostro que todavía estaba pensativo, y sabía por experiencia que era inútil intentar hablar con él. Cuando Steve caía en uno de esos estados de ánimo tan peculiares en él, no había forma humana de hacerle despertar.

Cuando las filas de atrás se hubieron vaciado, echamos a andar hacia el fondo del teatro. Yo llevaba todo lo que había comprado conmigo. También cargaba con lo de Steve, porque estaba tan ensimismado con sus pensamientos que lo hubiera perdido y olvidado en cualquier parte.

Míster Alto estaba al fondo, sosteniendo las cortinas abiertas, sonriendo a todo el mundo. Su sonrisa se hizo más amplia cuando nos acercamos nosotros.

—Bueno, chicos —dijo—, ¿habéis disfrutado del espectáculo?

—¡Ha sido fabuloso! —dije.

—¿No habéis tenido miedo?

—Un poco —admití—, pero no más que cualquier otra persona.

Se echó a reír.

—Sois un par de tipos duros —dijo.

Teníamos gente detrás, así que procuramos darnos prisa para no hacerles esperar. Steve miró en torno cuando entramos en el corto pasillo que había tras las cortinas dobles, luego se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Vuelve tú solo.

—¿Qué? —pregunté, deteniéndome en seco. La gente que teníamos detrás estaba charlando con míster Alto, así que no había prisa.

—Ya lo has oído —dijo él.

—¿Pero, por qué? —pregunté.

—Porque yo no vuelvo —dijo—. Me quedo aquí. No sé exactamente lo que puede pasar, pero tengo que quedarme. Vete a casa; yo te seguiré más tarde, cuando haya…

Su voz se fue apagando mientras me empujaba hacia delante.

Cruzamos las segundas cortinas y entramos en el pasillo con la mesa, la que estaba cubierta por una larga tela negra. La gente que teníamos delante nos daba la espalda. Steve miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie le veía y se zambulló debajo de la mesa, oculto por la tela.

—¡Steve! —susurré, temiendo que fuera a meternos en problemas.

—¡Lárgate! —replicó él en otro susurro.

—Pero no puedes… —empecé a decir.

—¡Haz lo que te digo! —me espetó—. Rápido, antes de que nos pillen.

Aquello no me gustaba nada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Steve hablaba en un tono que parecía que fuera a volverse loco si no le hacía caso. Yo había visto a Steve metido en una pelea varias veces, y no era precisamente el tipo de persona con quien uno busca problemas cuando está enfadado.

Eché a andar, giré la esquina y empecé a bajar por el largo pasillo que llevaba a la puerta principal. Caminaba despacio, pensativo, y la gente que llevaba delante se distanció bastante de mí. Miré por encima del hombro y comprobé que tampoco quedaba nadie detrás de mí.

Y entonces vi la puerta.

Era la misma en la que nos habíamos detenido a la entrada, la que llevaba al palco. Aminoré el paso al cruzar por delante y comprobé una vez más que no hubiera nadie detrás. Nadie.

«Muy bien —me dije—, ¡me quedo! No sé qué se traerá Steve entre manos, pero es mi mejor amigo. Si se mete en problemas, quiero estar aquí para ayudarle».

Sin darme tiempo a cambiar de opinión, abrí la puerta, me deslicé por ella, cerré rápidamente tras de mí y permanecí quieto en la oscuridad, con el corazón desbocado.

Estuve allí una eternidad, escuchando cómo se marchaban los últimos espectadores. Oía cómo murmuraban comentando el espectáculo en voz baja, con un matiz de miedo, pero llenos de excitación. Cuando se hubo marchado el último, todo quedó en silencio. Creía que oiría ruidos procedentes del interior del teatro, gente limpiando y volviendo a colocar correctamente las sillas, pero todo el edificio estaba silencioso como un cementerio.

Subí las escaleras. Los ojos se habían habituado a la oscuridad y veía bastante bien. Las escaleras eran viejas y crujían; me daba un poco de miedo que se desplomaran bajo los pies arrastrándome a una muerte segura, pero aguantaron.

Al llegar arriba, descubrí que estaba justo en el centro del palco. Todo estaba muy sucio y polvoriento allá arriba, y hacía frío. Me estremecí mientras me escabullía hacia la parte delantera.

Tenía una visión perfecta del escenario. Los focos todavía estaban encendidos y podía ver hasta el detalle más pequeño. No había nadie, ni los freaks, ni las guapas asistentas, ni los encapuchados de azul… ni Steve. Volví a sentarme y esperé.

Unos cinco minutos más tarde, vislumbré una sombra que se deslizaba lentamente hacia el escenario. Subió de un salto, se puso en pie y miró hacia el centro, donde se detuvo y giró sobre los talones.

Era Steve.

Avanzó hacia el ala izquierda, luego se detuvo y se dirigió a la derecha. Volvió a detenerse. Yo veía cómo se mordía las uñas, indeciso sobre qué camino elegir.

Entonces se oyó una voz por encima de su cabeza.

—¿Me buscabas a mí? —preguntó aquella voz.

De repente descendió al escenario una extraña figura, sosteniendo con los brazos abiertos una larga capa de color rojo que flotaba tras él como si se tratara de alas.

Steve casi se muere del susto cuando aquella figura aterrizó en el escenario y se hizo un ovillo. Yo di un brinco atrás, aterrorizado. Cuando me incorporé sobre las rodillas de nuevo, la misteriosa figura estaba en pie, y pude ver sus ropas rojo oscuro, su cabello anaranjado, la piel pálida y la enorme cicatriz.

¡Míster Crepsley!

Steve intentó hablar, pero temblaba tanto que los dientes le castañeteaban.

—He visto cómo me mirabas —dijo míster Crepsley—. Diste un respingo al verme salir al escenario. ¿Por qué?

—Por… por… porque s… s… sé quién es usted —consiguió balbucear Steve.

—Soy Larten Crepsley —dijo aquel hombre de aspecto siniestro.

—No —replicó Steve—. Sé quién es realmente.

—¿Ah, sí? —míster Crepsley sonrió, pero no parecía precisamente divertido—. Y dime, muchachito —se burló—, ¿quién soy «realmente»?

—Su verdadero nombre es Vur Horston —dijo Steve, y míster Crepsley se quedó con la boca abierta de la sorpresa.

A continuación, Steve dijo algo más, y entonces fui yo quien se quedó con la boca abierta.

—Usted es un vampiro —dijo.

Y el silencio que siguió fue tan largo como terrorífico.

CAPÍTULO 15

Míster Crepsley (o Vur Horston, si es que ése era su verdadero nombre) sonrió.

—Así que me han descubierto —dijo—. No debería sorprenderme. Tenía que suceder tarde o temprano. Dime, chico, ¿quién te ha enviado?

—Nadie —dijo Steve.

Míster Crepsley frunció el ceño.

—Venga, chico —gruñó—, no juegues conmigo. ¿Para quién trabajas? ¿Quién te ha puesto sobre mi pista? ¿Qué quieren de mí?

—No trabajo para nadie —insistió Steve—. En mi casa tengo montañas de libros y revistas sobre vampiros y monstruos. En uno de ellos aparece un retrato de usted.

—¿Un retrato? —preguntó receloso míster Crepsley.

—Un cuadro —replicó Steve—. Pintado en 1903, en París. Usted estaba con una mujer rica. La historia dice que estuvieron a punto de casarse, pero que ella descubrió que era un vampiro y le abandonó.

Míster Crepsley sonrió:

—Una excusa tan buena como cualquier otra. Sus amigos creyeron que se lo estaba inventando para hacerse la interesante.

—Pero no era ninguna invención, ¿verdad? —preguntó Steve.

—No —reconoció míster Crepsley—, no lo era. —Suspiró y miró a Steve fieramente—. ¡Aunque habría sido mucho mejor para ti que lo hubiera inventado! —tronó.

De haber estado en su lugar, habría huido en menos de lo que se tarda en decirlo, pero Steve ni siquiera pestañeó.

—No va usted a hacerme ningún daño —dijo.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —preguntó míster Crepsley.

—Por mi amigo —dijo Steve—. Se lo he explicado todo sobre

usted y, si me sucede algo, irá a la policía.

—No le creerían —resopló míster Crepsley.

—Es posible —convino Steve—, pero si desaparezco o me encuentran muerto, tendrán que investigar. Y usted no quiere que eso pase. Montones de policías haciendo preguntas, viniendo por aquí «durante el día»…

Míster Crepsley meneó la cabeza con repugnancia.

—¡Niños! —gruñó—. Odio a los niños. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? ¿Joyas? ¿Los derechos de autor para publicar mi historia?

—Quiero unirme a usted —dijo Steve.

Casi me caigo del palco al oírlo, ¿cómo que unirse a él?

—¿Qué quieres decir? —preguntó míster Crepsley, tan sorprendido como yo.

—Quiero convertirme en vampiro —dijo Steve—. Quiero que haga de mí un vampiro y me enseñe sus costumbres.

—¡Estás loco! —rugió míster Crepsley.

—No —dijo Steve—, no estoy loco.

—No puedo convertir a un niño en vampiro —dijo míster Crepsley—. Si hiciera eso, los grandes Condes-Vampiro me matarían.

—¿Quiénes son los grandes Condes-Vampiro? —preguntó Steve.

—No es asunto tuyo —dijo míster Crepsley—. Lo único que tienes que saber es que no puede hacerse. No le chupamos la sangre a los niños. Crea demasiados problemas.

—Pues no me cambie de golpe —dijo Steve—. Por mí, de acuerdo. No me importa esperar. Puedo ser su aprendiz. Sé que los vampiros suelen tener ayudantes medio humanos y medio vampiros. Deje que yo sea uno de ellos. Trabajaré duro y demostraré que valgo, y cuando alcance la edad adecuada…

Míster Crepsley se quedó mirando a Steve y consideró su propuesta. Chascó los dedos mientras pensaba y ¡una silla de la primera fila subió volando por los aires hasta el escenario! Se sentó y cruzó las piernas.

—¿Por qué quieres ser vampiro? —preguntó—. No tiene nada de divertido. Sólo podemos salir durante la noche. Los humanos nos desprecian. Tenemos que dormir en lugares sucios y decrépitos como éste. Nunca podemos casarnos, tener hijos ni establecernos. Es

una vida horrible.

—No me importa —dijo Steve resueltamente.

—¿Es porque quieres vivir eternamente? —preguntó míster Crepsley—. Si se trata de eso, tengo que decirte que… no es verdad. Vivimos muchísimo más que los humanos, pero tarde o temprano, también nosotros morimos.

—No me importa —volvió a decir Steve—. Quiero quedarme con usted. Quiero aprender. Quiero convertirme en vampiro.

—¿Y qué me dices de tus amigos? —preguntó míster Crepsley—. No podrás volver a verlos. Tendrás que abandonar el colegio y también tu casa, y jamás podrás volver. ¿Y tus padres? ¿No les echarás de menos?

Steve movió la cabeza con expresión compungida y la mirada fija en el suelo.

—Mi padre no vive con nosotros —dijo en voz baja—. Apenas le veo. Y mi madre no me quiere. Le tiene sin cuidado lo que yo haga. Probablemente ni siquiera note que me he ido.

—¿Por eso quieres huir? ¿Porque tu madre no te quiere?

—En parte —dijo Steve.

—Si esperas unos cuantos años tendrás edad suficiente para marcharte por tu cuenta —dijo míster Crepsley.

—No quiero esperar —replicó Steve.

—¿Y tus amigos? —volvió a preguntar míster Crepsley. En aquel momento hasta parecía amable, aunque seguía teniendo un aspecto temible—. ¿No echarás en falta al chico que te acompañaba?

—¿Darren? —preguntó Steve, y asintió—. Sí, echaré a faltar a mis amigos, sobre todo a Darren. Pero no importa. Para mí es más importante ser vampiro que mi amistad con ellos. Y si usted no me acepta, ¡iré a la policía y cuando sea mayor me haré cazador de vampiros!

Míster Crepsley ni siquiera sonrió, asintiendo con gravedad.

—¿Lo has pensado bien? —preguntó.

—Sí —dijo Steve.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

—Sí —fue la respuesta.

Míster Crepsley respiró hondo.

—Ven aquí —dijo—. Primero tendré que probarte.

Steve se colocó junto a míster Crepsley. Con su cuerpo me ocultaba la visión del vampiro, así que no sé lo que ocurrió a continuación. Todo lo que sé es que hablaron entre ellos en voz muy baja, y luego oí un sonido parecido al de un gato lamiendo un plato de leche.

Vi cómo Steve, de espaldas a mí, se convulsionaba hasta tal punto que creí que iba a desvanecerse, pero de alguna manera se las arregló para sostenerse en pie. No sé ni cómo explicar lo asustado que yo estaba viendo todo aquello. Sentí deseos de ponerme en pie de un brinco y gritar «¡No, Steve, detente!».

Pero estaba demasiado asustado para moverme, me aterrorizaba la idea de que, si míster Crepsley descubría mi presencia, nada podría impedir que nos matara a los dos y nos devorara.

De repente, el vampiro empezó a toser. Apartó a Steve de un empujón y se irguió tambaleándose. Para mi horror, vi que tenía la boca de color rojo, cubierta de sangre, que escupió rápidamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Steve, frotándose el brazo sobre el que había caído.

—¡Tu sangre es mala! —gritó míster Crepsley.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Steve. Le temblaba la voz.

—¡Eres malvado! —chilló míster Crepsley—. Siento el sabor de la amenaza en tu sangre. Estás rabioso.

—¡Eso es mentira! —aulló Steve—. ¡Retírelo!

Steve se abalanzó sobre míster Crepsley e intentó golpearle, pero el vampiro le tiró al suelo con una sola mano.

—No es buena —gruño—. Tu sangre es mala. ¡Nunca podrás ser un vampiro!

—¿Por qué no? —preguntó Steve. Había empezado a llorar.

—Porque los vampiros no son los degenerados monstruos que cuenta la leyenda —dijo míster Crepsley—. Nosotros respetamos la vida. Tú tienes instintos asesinos, y nosotros no somos asesinos.

»No haré de ti un vampiro —insistió míster Crepsley—. Olvídalo. Vete a tu casa y sigue con tu vida».

—¡No! —gritó Steve—. ¡No lo olvidaré!

Se tambaleó y señaló con el índice tembloroso al corpulento y siniestro vampiro.

—¡Pagará por esto, míster Crepsley! —prometió—. No me

importa cuánto tiempo necesite. ¡Algún día, Vur Horston, le seguiré la pista hasta cazarle y le mataré por haberme rechazado!

Steve bajó del escenario de un salto y corrió hacia la salida.

—¡Algún día! —gritó por encima del hombro, y oí cómo se echaba a reír mientras corría; era una risa enloquecida.

Steve se había ido y yo me quedé a solas con el vampiro.

Míster Crepsley, sin moverse del lugar, se quedó sentado mucho rato con la cabeza entre las manos, escupiendo restos de sangre sobre la tarima. Se limpió los dientes con los dedos, y luego con un enorme pañuelo.

—¡Niñatos! —resopló en voz alta, y se puso en pie mientras seguía limpiándose la sangre de los dientes; echó una última mirada al patio de butacas (me agaché aún más, por miedo a que me descubriera), dio media vuelta y desapareció entre las bambalinas. Vi cómo la sangre goteaba de sus labios mientras caminaba.

Me quedé donde estaba durante mucho, mucho tiempo. Fue duro. Nunca en mi vida había estado tan asustado como entonces en aquel palco. Sólo deseaba escapar de allí tan rápido como mis piernas me lo permitieran.

Pero me quedé. Me obligué a esperar hasta que estuve seguro de que ninguno de los freaks ni de los ayudantes andaban por allí, luego me deslicé lentamente por el palco, bajé las escaleras, entré en el pasillo, y por fin salí a la noche.

Me quedé delante del teatro unos instantes, mirando la luna, observando detenidamente los árboles hasta que estuve seguro de que no había vampiros al acecho en ninguna de sus ramas. Luego, intentando recuperar la serenidad, corrí a casa. ¡A mi casa, no a la de Steve! En aquel momento no quería estar cerca de mi amigo. Steve me daba casi tanto miedo como míster Crepsley, ¡quería ser un vampiro! ¿Qué clase de lunático desea realmente ser un vampiro?

CAPÍTULO 16

Aquel domingo no telefoneé a Steve. Dije a mis padres que habíamos medio discutido, y que por eso había vuelto a casa más temprano. No les gustó nada, sobre todo el hecho de que hubiera tenido que volver solo a casa tan tarde. Papá dijo que me dejaba sin paga por un mes. No discutí. Tal como yo lo veía, todavía salía bien parado. ¡No quiero ni pensar lo que me hubieran hecho si llegan a enterarse de lo del Cirque du Freak!

A Annie le encantaron los regalos. Se tragó los caramelos en un santiamén y jugó con la araña durante horas. Hizo que le explicara hasta el último detalle del espectáculo. Quería saber qué aspecto tenían todos y cada uno de los freaks y lo que habían hecho. Puso los ojos como platos cuando le hablé del hombre lobo y de cómo le había arrancado la mano a una mujer de un mordisco.

—Me estás engañando. No puede ser verdad —dijo.

—Pues lo es —juré.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—¿Me lo juras por tu vida?

—Te lo juro por mi vida —le dije—. Que me quede ciego si miento.

—¡Vaya! —gritó sofocadamente—. Me hubiera gustado estar allí. Si vuelves a ir, ¿me llevarás contigo?

—Por supuesto —dije—, pero no creo que el espectáculo freak venga a menudo por aquí. Siempre están de gira.

No le dije nada a Annie de que míster Crepsley fuera un vampiro, ni de que Steve quisiera convertirse en uno de ellos, pero no dejé de pensar en ellos todo el día. Quería telefonear a Steve, pero no sabía qué decirle. Se empeñaría en preguntarme por qué no había vuelto a su casa, y yo no quería explicarle que me había

quedado en el teatro y le había espiado.

¡Increíble, un vampiro de verdad! De pequeño pensaba que existían, pero mis padres y profesores me habían convencido de lo contrario. ¡Bravo por la sabiduría de los adultos!

Me preguntaba cómo eran realmente los vampiros, si de verdad podían hacer todo lo que decían de ellos los libros y las películas. Había visto cómo míster Crepsley hacía volar una silla por los aires, cómo se dejaba caer desde el techo del teatro y cómo le chupaba la sangre a Steve. ¿Qué más era capaz de hacer? ¿Podía transformarse en un murciélago, desaparecer como el humo, convertirse en rata? ¿Veía su imagen en el espejo? ¿La luz del sol podía matarle?

Pero pensaba tanto en Madam Octa como en míster Crepsley. Volví a sentir deseos de comprar una araña como aquélla, a la que pudiera dominar. Si tuviera una araña como Madam Octa, podría unirme a una troupe de freaks, viajar por el mundo y vivir aventuras maravillosas.

Pasó el domingo. Miré la televisión, ayudé a papá en el jardín y a mamá en la cocina (era parte de mi castigo por haber vuelto a casa solo tan tarde), di un largo paseo por la tarde y soñé despierto con vampiros y arañas.

Llegó el lunes y había que volver al colegio. De camino me puse muy nervioso pensando en lo que iba a decirle a Steve o en lo que él pudiera decirme a mí. Además, no había dormido mucho durante el fin de semana (no es fácil conciliar el sueño cuando uno ha visto a un vampiro de verdad), así que estaba cansado y flojo.

Cuando llegué, Steve estaba en el patio, lo que no era habitual. Por lo general llegaba yo antes que él. Se había apartado de los demás y me esperaba. Respiré hondo, fui decidido hacia él y me apoyé en la pared a su lado.

—¿Qué hay? —dije.

—¿Qué hay? —contestó.

Tenía profundas ojeras bajo los ojos; estoy seguro de que había dormido incluso mucho menos que yo durante las dos últimas noches.

—¿A dónde fuiste después del espectáculo? —me preguntó.

—Me fui a mi casa —dije.

—¿Por qué? —preguntó, mirándome con suspicacia.

—Al salir estaba muy oscuro y no me fijé por dónde iba. Me equivoqué en alguna esquina y me perdí. Para cuando vi algo que me resultó familiar, estaba más cerca de mi casa que de la tuya.

Intenté que la mentira sonara convincente, y noté que dudaba en si creerme o no.

—Seguro que tuviste problemas al llegar —dijo Steve.

—¡Dímelo a mí! —refunfuñé—. Me han dejado sin paga por un mes, y mi padre dice que voy a tener que cuidar del jardín hasta la primavera y ayudar a mamá en todo lo que me pida. Aún así —añadí con una sonrisa—, valió la pena, ¿no? Quiero decir que el Cirque du Freak fue algo fantástico, ¿o no?

Steve fijó su mirada en mis ojos por un instante y decidió que le estaba diciendo la verdad.

—Sí —dijo, devolviéndome la sonrisa—. Fue genial.

Llegaron Tommy y Alan y tuvimos que explicárselo todo. Steve y yo disimulamos bastante bien. Nadie hubiera dicho que él hubiera hablado con un vampiro el viernes ni que yo lo hubiera visto.

Me di cuenta, a medida que fue pasando el día, de que las cosas habían cambiado para siempre entre nosotros. Aunque me creía, una parte de él desconfiaba. Le pillé mirándome de una forma extraña varias veces, como si le hubiera herido.

Por mi parte, ya no me sentía tan cercano a él. Me daba miedo, tanto lo que Steve le había dicho a míster Crepsley como lo que el vampiro le había contestado. Según míster Crepsley, Steve era malvado. Me preocupaba. Después de todo Steve estaba dispuesto a convertirse en vampiro y a matar para conseguir sangre. ¿Cómo podía seguir siendo amigo de alguien así?

Seguíamos charlando acerca de Madam Octa a última hora de la tarde. Steve y yo habíamos evitado hablar demasiado sobre míster Crepsley y su araña. Nos daba miedo mencionar el tema por si se nos escapaba algo. Tommy y Alan seguían importunando y acabamos por explicarles todos los detalles de aquella actuación.

—¿Cómo creéis que dominaba a la araña? —preguntó Tommy.

—Puede que fuera falsa —dijo Alan.

—No era falsa —bufé—. Ninguno de los freaks era un fraude. Por eso fue tan espectacular. No había duda de que todo era auténtico.

—¿Y entonces, cómo la dominaba? —volvió a preguntar Tommy.

—Quizá la flauta fuera mágica —dije—, o puede que míster Crepsley sepa hipnotizar arañas igual que los hindúes hacen con las serpientes.

—Pero has dicho que míster Alto también fue capaz de controlar a la araña —dijo Alan— cuando míster Crepsley la tenía en la boca.

—Ah, sí. Lo había olvidado —dije—. Bueno, supongo que eso significa que tienen que utilizar flautas mágicas.

—No usaron ninguna flauta mágica —dijo Steve.

Había estado silencioso la mayor parte del día, sin decir casi nada sobre el espectáculo, pero Steve jamás podía resistir la tentación de destrozar a alguien con sus argumentos.

—¿Y entonces, qué utilizaron? —pregunté.

—Telepatía —respondió Steve.

—¿Tiene eso algo que ver con los teléfonos? —preguntó Alan.

Steve sonrió, y Tommy y yo nos echamos a reír (aunque yo no estaba del todo seguro de lo que significaba «telepatía», y me jugaría algo a que tampoco Tommy lo sabía).

—¡Imbécil! —se burló Steve, y golpeó a Alan en broma.

—Adelante, Steve —dije—, cuéntales lo que significa.

—La telepatía es cuando uno puede leer la mente de otra persona —explicó Steve—, o enviarle pensamientos sin hablar. Así es como controlaban a la araña, con el poder de su mente.

—¿Y qué pasa con las flautas? —pregunté.

—O bien son puro espectáculo —dijo Steve—, o bien, y es lo más probable, las necesitan para atraer su atención.

—¿Estás diciendo que cualquiera puede controlarla? —preguntó Tommy.

—Cualquiera que tenga cerebro, sí —dijo Steve—. Y eso te incluye a ti, Alan —dijo, sonriendo para mostrar que no lo creía realmente.

—¿No será también necesario utilizar una flauta mágica, saber cómo tocarla ni nada? —preguntó Tommy.

—No lo creo —respondió Steve.

Luego cambiamos de tema —fútbol, creo—, pero yo no prestaba atención. Porque, de repente, un nuevo pensamiento había

empezado a darme vueltas en la cabeza, haciéndome bullir de ideas el cerebro. Me olvidé de Steve, de los vampiros y de todo lo demás.

—¿Quieres decir que cualquiera puede dominarla? —dije.

—Cualquiera con cerebro, sí.

—¿No necesitas una flauta mágica, ni saber tocarla, ni nada?

—Me cuesta imaginarlo, pero creo que es innecesaria.

Las palabras de Tommy y Steve se me quedaron en la cabeza, no podía dejar de repetirlas mentalmente, como un CD rayado.

«Cualquiera» podía controlarla. Y ése cualquiera podría ser yo. Si lograba apoderarme de Madam Octa y comunicarme con ella podría ser mi mascota y la dominaría y…

No. Era una locura. Quizá pudiera dominarla, pero nunca la poseería. Era de míster Crepsley y no había forma humana de separarlos, ni con dinero, ni con joyas ni con…

Vi la solución de repente, como un fogonazo. Una manera de arrebatársela. Una forma de hacerla mía. ¡Chantaje! Si amenazaba al vampiro con alertar a la policía tendría que entregármela.

Pero la sola idea de encontrarme frente a frente con míster Crepsley me aterrorizaba. Sabía que no era capaz de hacer aquello. Y eso sólo me dejaba una opción: ¡tenía que robarla!

CAPÍTULO 17

El mejor momento para robar la araña era por la mañana temprano. Habiendo actuado hasta tan tarde, lo más probable era que la mayoría de miembros del Cirque du Freak durmieran hasta las ocho o las nueve. Me escabulliría dentro de su campamento, encontraría a Madam Octa, la atraparía y echaría a correr. Si no lo veía posible, es decir, si había actividad, simplemente daría media vuelta, volvería a casa y me olvidaría del asunto.

Lo más difícil era elegir el día. El miércoles era ideal: el último pase estaba programado para la noche anterior, así que con toda probabilidad el circo habría levantado el campamento antes de mediodía y habría emprendido la marcha hacia su siguiente destino antes de que el vampiro pudiera despertar y descubrir el hurto. ¿Pero qué pasaría si partían nada más acabar el espectáculo, en mitad de la noche? En ese caso perdería mi gran oportunidad.

Tenía que ser al día siguiente mismo, el martes. Eso significaba que míster Crepsley dispondría de toda la noche del martes para buscar su araña —es decir, a mí—, pero ése era un riesgo que tendría que asumir.

Me acosté un poco más temprano de lo habitual. Estaba cansado y me apetecía dormir, pero sentía tal excitación que no sabía si sería capaz. Le di un beso de buenas noches a mamá y estreché la mano a papá. Ellos creyeron que estaba intentando ganármelos para recuperar la paga, pero yo lo hice por si me pasaba algo y no volvía a verlos.

Tengo una radio-despertador, y programé la alarma para las cinco de la mañana, me puse los auriculares y los conecté a la radio. Así me despertaría bien temprano sin molestar a nadie.

Me invadió el sueño antes de lo que pensaba, y dormí de un tirón hasta la mañana. Si había soñado algo, no lo recordaba.

Lo primero que recuerdo es que la alarma estaba sonando. Refunfuñé, me di la vuelta y me senté en la cama frotándome los ojos. Dudé unos instantes de dónde estaba o de por qué estaba despierto tan temprano. Entonces recordé la araña y mi plan, y sonreí de alegría.

Pero la sonrisa pronto se desvaneció de mi rostro, porque de repente me di cuenta de que la alarma del despertador no sonaba por los auriculares. ¡Debía de haber tirado del cable mientras dormía, desconectándolos! Di un salto en la cama y desconecté la alarma de un manotazo, luego me senté en la penumbra de primera hora de la mañana, con el corazón desbocado, escuchando con atención hasta los ruidos más insignificantes.

Cuando estuve seguro de que mis padres seguían dormidos, me deslicé fuera de la cama y me vestí lo más silenciosamente que pude. Fui al lavabo, y a punto estuve de vaciar la cisterna; hasta el último momento no pensé en el ruido que iba a hacer. Aparté rápidamente la mano del tirador y me sequé el sudor de la frente. ¡Aquello sí que lo hubieran oído seguro! Por los pelos. Tendría que ser más cuidadoso en el teatro.

Me deslicé escaleras abajo y salí a la calle. Estaba empezando a salir el sol, y prometía ser un día luminoso.

Caminaba deprisa y tarareaba canciones para darme ánimo. Era un amasijo de nervios; casi me volví atrás una docena de veces. En una ocasión llegué a dar media vuelta y empecé a andar hacia casa, pero entonces recordé cómo colgaba la araña de la mandíbula de míster Crepsley y los trucos que había hecho, y acabé de decidirme.

No sabría explicar por qué Madam Octa era tan importante para mí, ni qué razón me impulsaba a poner mi vida en peligro para conseguirla. Cuando miro atrás pienso que ya no estoy seguro de qué fue lo que me hizo seguir adelante. Era simplemente una imperiosa necesidad que no podía eludir.

El ruinoso edificio parecía aún más tétrico a la luz del día. Se veían grietas en la fachada, agujeros roídos por las ratas, telarañas en las ventanas. Con un estremecimiento, me apresuré a refugiarme en la parte trasera. Estaba desierta. Viejas casas vacías, solares llenos de chatarra, montañas de desechos. Más tarde a lo largo del día habría gente en movimiento por allí, pero a aquella hora

parecía una ciudad fantasma. Ni siquiera vi un solo gato o un perro.

Tal como había imaginado, había un montón de sitios por los que poder colarse al teatro. Tenía dos puertas y muchas ventanas entre las que elegir.

Había varios coches y caravanas aparcados en el exterior del edificio. No vi que llevaran ningún cartel o fotografía publicitarios, pero estaba seguro de que pertenecían al Cirque du Freak. De repente caí en la cuenta de que probablemente los freaks durmieran en las caravanas. Si míster Crepsley tenía su hogar en una de ellas, mi plan se había ido a pique.

Me colé dentro del teatro, donde hacía aún más frío que la noche del sábado, y recorrí un largo pasillo de puntillas, luego otro, ¡y otro más! La parte trasera parecía un laberinto, y empezó a preocuparme la idea de no encontrar el camino de vuelta.

Quizá debiera volver atrás y traer conmigo un rollo de cuerda con el que marcar el recorrido que hacía y…

¡No! Era demasiado tarde para eso. Si me marchaba ahora, jamás conseguiría tener el arrojo suficiente para volver. Tendría que confiar en mi memoria para recordar los pasos que daba y decir una oración a la hora de volver sobre mis huellas.

No había señales de ningún freak, y empecé a pensar en que había tomado el camino equivocado, que quizá estaban todos en las caravanas o en hoteles cercanos. Llevaba veinte minutos buscando y, tras tanto caminar, me pesaban las piernas. Quizá lo mejor fuera abandonar mi delirante plan.

Estaba a punto de marcharme cuando encontré un tramo de escaleras que bajaban hacia el sótano. Me quedé allí quieto durante lo que me pareció una eternidad, mordiéndome los labios, preguntándome si debía o no bajar. Había visto suficientes películas de terror como para saber que el sótano es el lugar más probable para encontrar a un vampiro, pero también había visto muchas en las que el protagonista bajaba a un sótano parecido y ¡lo único que conseguía era que le atacaran, le mataran y le descuartizaran! Por fin, respiré hondo y empecé a bajar. Mis zapatos hacían mucho ruido, así que me los quité y recorrí el camino en calcetines. Topé con montones de astillas, pero estaba tan nervioso que ni siquiera noté el dolor.

Cerca del pie de la escalera había una enorme jaula. Me acerqué a ella y miré a través de los barrotes. Allí estaba el hombre lobo, tumbado boca arriba, dormido y roncando. Mientras le observaba, se revolvió y gimió. Me aparté de un brinco de la jaula. ¡Si se despertaba, sus aullidos atraerían la atención de todos los freaks que estuvieran en el segundo piso!

Al tambalearme hacia atrás, pisé algo blando y viscoso. Volví la cabeza lentamente y vi que debajo de mis pies estaba el niño serpiente. Estaba tendido sobre el suelo, y su serpiente con la cola enroscada a mi alrededor y los ojos completamente abiertos.

No sé cómo me las arreglé para no gritar ni desmayarme, pero de alguna manera me mantuve en pie con bastante serenidad, y eso me salvó. Porque, a pesar de tener los ojos abiertos, la serpiente estaba profundamente dormida. Lo supe por la forma en que respiraba: lenta, pesadamente, aspirando y espirando con regularidad.

Intenté no pensar en lo que habría pasado si hubiera caído encima de él y la serpiente, despertándolos.

Todo tiene un límite. Eché una última ojeada al oscuro sótano, prometiéndome a mi mismo que me marcharía si no conseguía ver al vampiro. Pasaron unos segundos sin que viera nada y me disponía a largarme cuando noté la presencia de lo que podía haber sido una gran caja junto a una de las paredes.

Podía haber sido una gran caja, pero no lo era. Sabía de sobra lo que realmente era. ¡Era un ataúd!

Tragué saliva y me acerqué cautelosamente. Medía unos dos metros de largo y ochenta centímetros de ancho. La húmeda madera estaba oscura y sucia. Tenía grandes manchas de moho donde se movían montones de cucarachas.

Me gustaría poder decir que tuve suficiente valor para levantar la tapa y atisbar, pero naturalmente, no tuve tanta presencia de ánimo. ¡La sola idea de tocar aquel ataúd me producía escalofríos!

Busqué la jaula de Madam Octa. Estaba seguro de que no podía encontrarse muy lejos de su amo, y en efecto, allí estaba, en el suelo, junto a la cabecera del ataúd, cubierta con un gran paño rojo.

Levanté el paño, miré para asegurarme y sí, era ella, con el vientre palpitando, sus ocho patas crispadas. Vista tan de cerca,

tenía un aspecto horrible y terrorífico, y por un instante consideré la posibilidad de dejarla. De repente, todo aquello me pareció una estupidez, y la idea de tocar sus patas peludas o de dejar que se paseara por encima de mi cara me llenó de espanto.

Pero sólo un auténtico cobarde hubiera dado marcha atrás. Así que cogí la jaula y la coloqué en el centro del sótano. La llave colgaba de la cerradura y una de las flautas estaba atada a los barrotes.

Saqué la nota que había escrito en casa la noche anterior. Era muy sencilla, pero escribirla me había costado una eternidad. La leí mientras la pegaba a la tapa del ataúd con un poco de pegamento.

> Míster Crepsley:
> Sé quién es usted y lo que es. Me he llevado a Madam
> Octa y pienso conservarla. No se moleste en buscarla. No
> vuelva nunca a esta ciudad. Si lo hace, le diré a todo el
> mundo que es un vampiro, le darán caza y le matarán. No
> soy Steve. Steve no sabe nada de esto. Cuidaré bien de la
> araña.

Naturalmente, no la firmé.

Probablemente, mencionar a Steve no fuera una buena idea, pero estaba seguro de que el vampiro pensaría inevitablemente en él, así que lo hice simplemente para no involucrarle.

Una vez colocada la nota, había llegado el momento de irse. Cogí la jaula y subí las escaleras todo lo deprisa que pude (y lo más silenciosamente posible). Volví a ponerme los zapatos y encontré la salida. Era más fácil de lo que había imaginado: los pasillos y vestíbulos parecían más luminosos tras la oscuridad del sótano. Una vez fuera, caminé lentamente, rodeando el edificio, hasta la puerta principal del teatro, y luego eché a correr hacia mi casa, sin detenerme, dejando atrás el teatro, el vampiro y el miedo. ¡Dejándolo todo atrás, excepto a Madam Octa!

CAPÍTULO 18

Llegué a casa unos veinte minutos antes de que se levantasen mis padres, oculté la jaula de la araña en el fondo de mi armario bajo un montón de ropa, dejando suficientes resquicios como para que Madam Octa pudiera respirar. Allí estaría segura: mamá dejaba en mis manos la limpieza de la habitación, y casi nunca entraba en ella.

Me metí en la cama y fingí dormir. Papá vino a despertarme a las ocho menos cuarto. Me puse la ropa de colegio y bajé, bostezando y estirándome como si realmente me acabara de despertar. Desayuné rápidamente y volví a subir a toda prisa para comprobar que Madam Octa estaba bien. No se había movido desde que la robara. Sacudí ligeramente la jaula pero ella ni se inmutó.

Me habría gustado poder quedarme en casa para no perderla de vista, pero eso era imposible. Mamá siempre se da cuenta cuando finjo estar enfermo. Es demasiado lista como para dejarse engañar.

Aquel día me pareció más largo que una semana entera. Los segundos duraban como horas, ¡y hasta el recreo se me hizo pesadísimo! Intenté jugar al fútbol, pero sin ganas. En clase no pude concentrarme y respondí con estupideces a todas las preguntas, incluso a las más sencillas.

Por fin acabó y pude correr a casa, donde lo primero que hice fue subir a la habitación.

Madam Octa no se había movido del sitio. Empecé a tener miedo de que estuviera muerta, pero la veía respirar. Entonces se me ocurrió: ¡estaba esperando su comida! Ya había visto antes a otras arañas en ese estado. Podían permanecer inmóviles durante horas, esperando el momento de su próxima comida.

No estaba seguro de cómo alimentarla, pero imaginaba que no sería muy distinto de lo que comían las arañas comunes. Bajé

apresuradamente al jardín, deteniéndome sólo para coger un tarro de mermelada vacío de la cocina.

No me costó mucho hacerme con un par de moscas muertas, unos cuantos bichos y un largo y sinuoso gusano. Entré corriendo con el tarro de mermelada oculto bajo la camiseta para que mamá no lo viera y empezara a hacer preguntas.

Cerré la puerta de mi habitación y encajé una silla contra ella para que nadie pudiera entrar, luego coloqué la jaula de Madam Octa sobre mi cama y retiré el paño.

Noté que a la araña le molestaba la luz. Estaba a punto de abrir la jaula y echarle la comida cuando recordé que me las veía con una araña venenosa que podía matarme sólo con una ligera picadura.

Levanté el tarro por encima de la jaula, elegí uno de los bichos vivos y lo dejé caer entre los barrotes. Aterrizó sobre el lomo de la araña, agitó sus patas en el aire y consiguió darse la vuelta. Intentó escapar, pero no llegó demasiado lejos.

En cuanto se movió, Madam Octa se abalanzó sobre su víctima. En cuestión de segundos, pasó de la inmovilidad absoluta, como la de una larva, a estar encima del insecto con los quelíceros en ataque.

Engulló al bicho en un santiamén. Habría bastado para alimentar a una araña común durante un par de días, pero para Madam Octa no era más que un aperitivo ligero. Volvió a su lugar en medio de la jaula y me miró como diciendo: «Muy bien, no ha estado mal. Pero ¿y la comida?».

Le eché todo el contenido del tarro. El gusano le plantó cara, retorciéndose y elevándose desesperadamente, pero los quelíceros cayeron sobre él, lo partieron en dos, y luego fue descuartizado. Me pareció que el gusano era lo que más le había gustado.

Se me ocurrió una idea y fui a buscar mi diario, que estaba debajo del colchón. Era mi más preciada posesión y gracias a que lo escribo todo en él, ahora puedo contar esta historia. De todas formas la recuerdo casi de memoria, pero siempre que me bloqueo, no tengo más que abrir el diario y comprobar los hechos.

Abrí el diario por la última página y escribí todo lo que sabía sobre Madam Octa: lo que míster Crepsley había dicho de ella durante el espectáculo, los trucos que sabía hacer, la comida que le

gustaba. Señalé con una cruz sus alimentos preferidos y con dos los que la apasionaban (por el momento, sólo el gusano). Así iría aprendiendo la mejor forma de alimentarla, y qué darle como premio cuando quisiera que me demostrara sus habilidades.

A continuación, le subí un poco de comida de la nevera: queso, jamón, lechuga y lomo ahumado. Se lo comió todo. ¡Al parecer iba a estar muy ocupado intentando alimentar a aquella repugnante señorita!

La noche del martes fue terrible. Me preguntaba qué pensaría míster Crepsley cuando se despertara y encontrara mi nota en lugar de la araña. ¿Haría caso de mi advertencia, o vendría en busca de su mascota? Era posible, puesto que ellos dos se comunicaban telepáticamente; ¡podría seguirle la pista hasta mí!

Pasé horas sentado en la cama con los brazos formando una cruz sobre el pecho. No estaba seguro de que aquella cruz fuera a servir de algo. Sabía que en las películas funcionaba, pero recordaba habérselo comentado una vez a Steve, y él dijo que la cruz por sí misma no era eficaz, que sólo funcionaba si la persona que la utilizaba era en verdad buena.

Sobre las dos de la madrugada me quedé, por fin, dormido. Si míster Crepsley hubiera venido, yo habría estado completamente indefenso, pero afortunadamente, cuando me desperté por la mañana, no había indicios de que él hubiera estado allí, y Madam Octa seguía en el armario.

Me sentí mucho mejor el miércoles, sobre todo cuando me asomé por el viejo teatro y vi que el Cirque du Freak ya no estaba. Los coches y las caravanas habían desaparecido. No quedaba ni rastro del espectáculo freak.

¡Lo había conseguido! ¡Madam Octa era mía!

Para celebrarlo me compré una pizza. De jamón y pimientos. Mis padres quisieron saber qué festejaba. Les dije que simplemente tenía ganas de comer algo distinto, les ofrecí compartirla —también a Annie— y se quedaron tranquilos.

Le di los restos a Madam Octa, que se mostró encantada. Corrió arriba y abajo por la jaula haciendo desaparecer hasta la última miga. Escribí una nota en mi diario: «¡Premio especial, un trozo de pizza!».

Pasé los dos días siguientes intentando que se habituara a su nuevo hogar. No la dejé salir de la jaula pero la transporté por toda la habitación para que pudiera ver todos los rincones y conociera el lugar. No quería que se pusiera nerviosa cuando por fin la soltara.

Pasaba todo el tiempo hablándole, explicándole mi vida y cómo eran mi familia y mi hogar. Le dije lo mucho que la admiraba, el tipo de comida que le iba a dar y los trucos que haríamos juntos. Puede que no entendiera todo lo que le decía, pero parecía comprenderme.

El jueves y el viernes fui a la biblioteca al salir del colegio y leí todo lo que pude encontrar sobre arañas. Había montones de cosas que hasta entonces no sabía que existieran, como que pueden tener hasta ocho ojos y que los hilos de sus telarañas son fluidos pegajosos que se endurecen al contacto con el aire. Pero ningún libro mencionaba la existencia de arañas con talento artístico o poderes telepáticos. Y tampoco pude encontrar imágenes de arañas como Madam Octa. Parecía que ninguno de los autores de esos libros hubiera visto nunca una igual. ¡Era única!

Cuando llegó el sábado, decidí que había llegado el momento de dejarla salir de la jaula e intentar algunos trucos. Había practicado con la flauta y era capaz de tocar bastante bien algunas melodías sencillas. Lo difícil era transmitirle pensamientos a Madam Octa mientras tocaba. Me iba a resultar muy peliagudo, pero estaba convencido de que lo conseguiría.

Cerré puertas y ventanas. Era sábado por la tarde. Papá estaba trabajando y mamá se había ido de compras con Annie. Estaba completamente solo, así que si algo salía mal, sería sólo culpa mía, y yo sería el único en sufrir las consecuencias.

Coloqué la jaula en el centro de la habitación. No había alimentado a Madam Octa desde la noche anterior. Imaginé que no querría colaborar atiborrada de comida. Los animales también pueden ser perezosos, igual que los humanos.

Destapé la jaula, preparé la flauta y sólo entonces me atreví a girar la llave y abrir lentamente la puertecita. Di un paso atrás y me agaché hasta colocarme a su altura para que pudiera verme.

Madam Octa no se movió durante un tiempo. Al cabo de un rato empezó a avanzar hacia la puerta, se detuvo y pareció husmear el

aire. La vi demasiado gorda como para pasar por la estrecha trampilla y empecé a sospechar que la había alimentado en exceso. Pero, de alguna manera, se las arregló para encogerse y salir con facilidad.

Se sentó en la alfombra frente a la jaula, su enorme cuerpo rechoncho palpitando. Creí que quizá caminaría rodeando la jaula para inspeccionar el espacio, pero no mostró la menor curiosidad por la habitación.

¡Tenía los ojos clavados en mí!

Tragué saliva e intenté que no percibiera el miedo que me atenazaba. Era difícil, pero me las arreglé para no echarme a temblar o a llorar. La flauta se había deslizado sobre mi barbilla mientras miraba a la araña anonadado, pero la seguía sujetando. Había llegado el momento de empezar a jugar, así que la coloqué adecuadamente entre los labios para empezar a soplar.

El sonido de la flauta la hizo reaccionar. Dio un gigantesco salto. Volaba por el aire con las mandíbulas abiertas, los quelíceros en posición de ataque, agitando las peludas patas… ¡directamente hacia mi cara desprotegida!

CAPÍTULO 19

Si llega a alcanzarme, me habría clavado los quelíceros y yo habría muerto. Pero tenía la suerte de mi lado, y en lugar de aterrizar sobre la carne, se estrelló contra el borde de la flauta y salió despedida hacia un lado.

Fue a caer encima de una pelota y pareció aturdida durante un par de segundos. Reaccioné al instante, consciente de que mi vida dependía de la rapidez, y empecé a tocar la flauta como un loco. Tenía la boca seca, pero a pesar de todo seguía soplando, no osaba parar para humedecerme los labios.

Madam Octa ladeó la cabeza al oír la música. Intentó sostenerse sobre sus patas dando tumbos de un lado a otro, como borracha. Cogí aire en un suspiro y empecé a tocar una melodía más suave, para que no se me cansaran los pulmones ni los dedos.

«Hola, Madam Octa» —dije mentalmente, cerrando los ojos y concentrándome.

»Me llamo Darren Shan. Ya te lo había dicho antes, pero no sé si me habrás oído. Ni siquiera estoy seguro de que puedas oírme ahora.

»Soy tu nuevo dueño. Voy a tratarte muy bien; te traeré montones de insectos y carne. Pero sólo si te portas bien y haces todo lo que te diga y no vuelves a atacarme».

Ella había dejado de tambalearse y parecía mirarme fijamente. No estaba seguro de si captaba mis pensamientos o bien estaba preparándose para atacar de nuevo.

«Ahora quiero que te levantes sobre las patas traseras —dije mentalmente—. Quiero que te levantes sobre tus dos patas traseras y me hagas una inclinación».

Tardó unos segundos en responder. Yo seguía tocando y pensando, pidiéndoselo, ordenándoselo, suplicándoselo. Por fin,

cuando ya casi estaba sin aliento, se alzó sobre sus dos patas como yo quería. Luego hizo una pequeña inclinación y se relajó, esperando mi siguiente orden.

¡Me obedecía!

La siguiente orden que le di fue que volviera a su jaula. Hizo lo que le pedía, y en esta ocasión sólo tuve que pensarlo una vez. En cuanto estuvo dentro, cerré la puerta y me caí de culo, dejando que la flauta se me desprendiera de la boca.

¡Menudo susto me había dado cuando saltó sobre mí! ¡El corazón me latía tan deprisa que por un momento pensé que me saldría por la boca! Me quedé una eternidad tendido en el suelo, sin poder quitar la vista de la araña, pensando en lo cerca que había estado de la muerte.

Aquello hubiera debido servirme de advertencia. Cualquier persona sensata habría dejado la puerta definitivamente cerrada y se hubiera olvidado de la posibilidad de jugar con una mascota tan mortífera. Era demasiado peligroso. ¿Qué habría pasado si no hubiera tenido la flauta? Mamá podía haberme encontrado muerto al volver a casa. ¿Y si entonces la araña la atacaba a ella, o a papá, o a Annie? Sólo la persona más estúpida del mundo volvería a correr un riesgo tan grande.

¡Detente, Darren Shan!

Era una locura, pero no podía detenerme. Además, tal y como lo veía yo, no tenía sentido haberla robado si era para tenerla encerrada en una estúpida jaula.

Esta vez fui un poco más listo. Abrí el pestillo pero no la puerta. En lugar de eso, le ordené que abriera ella misma mientras tocaba la flauta. Lo hizo, y cuando salió parecía más indefensa que un gatito; hacía todo lo que le comunicaba mentalmente.

Conseguí que hiciera montones de trucos. La hice dar brincos por la habitación como si fuera un canguro. Luego hice que se colgara del techo e hiciera dibujos con sus telarañas. Después, levantamiento de pesas (un boli, una caja de cerillas, una canica). A continuación le ordené que se sentara en uno de mis coches teledirigidos. Lo puse en marcha y, ¡parecía que fuera ella quien estaba conduciendo! Estrellé el coche contra una pila de libros, pero a ella la hice saltar en el último momento para que no se hiciera

daño.

Jugué con ella durante una hora, y habría seguido gustoso el resto de la tarde, pero oí que mamá llegaba a casa, y sabía que le parecería raro si no salía de mi habitación en todo el día. Lo último que deseaba era que ella o papá se entrometieran en mis asuntos privados.

Así que volví a meter a Madam Octa en el armario y troté escaleras abajo, intentando actuar con naturalidad.

—¿Estabas escuchando un CD arriba? —preguntó mamá.

Tenía cuatro bolsas llenas de ropa y sombreros, que estaba desenvolviendo sobre la mesa de la cocina en compañía de Annie.

—No —dije.

—Me ha parecido oír música.

—Estaba tocando la flauta —expliqué, como de pasada.

Ella dejó lo que estaba haciendo.

—¿Tú? —preguntó—. ¿Tú tocando la flauta?

—Sé tocar —dije—. Tú misma me enseñaste cuando tenía cinco años, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —rió—. Y también recuerdo de cuando cumpliste los seis y me dijiste que las flautas eran cosa de chicas. ¡Juraste que jamás volverías a acercarte a una!

Me encogí de hombros como sin darle importancia.

—He cambiado de idea —dije—. Ayer al volver del colegio me encontré una flauta, y me preguntaba si aún me acordaría de tocar.

—¿Dónde la encontraste?

—En la calle.

—Espero que la hayas lavado antes de metértela en la boca. No quiero ni imaginarme cuánta gente la habrá chupado antes.

—La he lavado —mentí.

—Qué bonita sorpresa.

Sonrió, me acarició la cabeza y me dio un empalagoso beso en la mejilla.

—¡Eh! ¡Quita! —protesté.

—Te nos vas a convertir en un Mozart. Ya lo estoy viendo: tú tocando el piano en una enorme sala de conciertos, con un bonito traje blanco, tu padre y yo en primera fila…

—Sé un poco realista, mamá —dije con una risita—. No es más

que una flauta.

—Cosas más raras se han visto.

—En este caso, sería demasiado raro —se burló Annie.

Le saqué la lengua a modo de respuesta.

Los dos días que siguieron fueron fabulosos. Jugué con Madam Octa siempre que tuve ocasión, le daba de comer todas las tardes (sólo necesitaba alimentarse una vez al día, aunque abundantemente). Y no tenía que preocuparme de cerrar la puerta de mi habitación, ya que tanto mamá como papá se mostraron de acuerdo en no entrar cuando oyeran que estaba practicando con la flauta.

Consideré la posibilidad de hablarle a Annie de Madam Octa, pero al fin decidí esperar un poco más. Controlaba bastante bien a la araña, pero notaba que todavía estaba inquieta conmigo. No dejaría entrar a Annie hasta estar seguro de que no había ningún peligro.

A lo largo de la semana mi rendimiento en el colegio mejoró, y también mi récord de goles. Para cuando llegó el viernes, había marcado veintiocho. Hasta el señor Dalton estaba impresionado.

—Con tus buenas notas en clase y tu destreza en el campo —dijo —, ¡podrías convertirte en el primer futbolista profesional cum laude! ¡Un híbrido entre Pelé y Einstein!

Sabía que hablaba por hablar, pero aun así fue todo un detalle por su parte.

Me costó una eternidad reunir el valor suficiente para dejar que Madam Octa trepara por mi cuerpo y paseara por encima de la cara, pero finalmente, el viernes por la tarde, lo intenté. Toqué la canción que mejor sabía interpretar y no permití que la araña empezara a moverse hasta que le hube comunicado varias veces qué era exactamente lo que quería que hiciera. Cuando me pareció que ambos estábamos preparados, le di la orden y empezó a trepar por la pernera de los pantalones.

Todo fue bien hasta que llegó al cuello. Notar en la piel aquellas patas largas, delgadas y peludas casi me hizo dejar caer la flauta. De haberlo hecho, hubiera podido considerarme Darren muerto, pues ella estaba en el lugar perfecto para hundir sus quelíceros. Afortunadamente, conservé la serenidad y seguí tocando.

Siguió trepando por encima de mi oreja izquierda hasta llegar a la cabeza, donde se detuvo a descansar. El cuero cabelludo me picaba justo donde estaba ella, pero fui lo bastante sensato como para no intentar rascarme. Me observé en el espejo y sonreí. Parecía una de esas boinas francesas.

Hice que se deslizara por mi nariz y que se descolgara segregando el hilo con que forma la telaraña. No dejé que se introdujera en la boca, pero sí que se deslizara de un lado a otro como había hecho con míster Crepsley, y conseguí que me hiciera cosquillas en el mentón con las patas.

Pero no permití que se entretuviera demasiado, ¡no fuera que me echara a reír y se me cayera la flauta!

Cuando la devolví a su jaula aquel viernes por la noche, me sentía como un rey, como si nada pudiera ir nunca mal, como si mi vida entera fuera a ser perfecta. Me iba bien en el colegio y con el fútbol, y tenía una mascota por la que cualquier chico lo hubiera dado todo. No me habría sentido más feliz si me hubiera tocado la lotería o hubiera heredado una fábrica de chocolate.

Entonces, naturalmente, fue cuando todo empezó a ir mal y el mundo entero pareció desmoronarse a mi alrededor.

CAPÍTULO 20

Steve vino a verme el sábado por la tarde a última hora. No habíamos hablado mucho durante la semana; era la última persona a la que esperaba ver. Mamá le franqueó la entrada y me llamó desde abajo. Al llegar a mitad de la escalera le vi, me detuve un instante y le grité que subiera.

Merodeó curioseando por mi habitación como si llevara meses sin pisarla.

—Ya casi había olvidado el aspecto que tenía esta habitación.

—No seas tonto —dije—. Estuviste aquí hace un par de semanas.

—Parece que haga más tiempo —se sentó en la cama y me miró. La expresión de su rostro era solemne y melancólica—. ¿Por qué me has estado evitando? —preguntó en voz baja.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, fingiendo que no sabía de qué me estaba hablando.

—No me has hecho el menor caso en las últimas dos semanas —dijo él—. Al principio no era evidente, pero cada día pasabas menos tiempo conmigo. Ni siquiera me escogiste para jugar con tu equipo el partido de baloncesto del jueves pasado.

—No eres muy bueno jugando al baloncesto —dije.

Era una excusa muy poco convincente, pero no se me ocurrió nada mejor.

—Al principio estaba confuso —dijo Steve—, pero luego lo vi todo claro. La noche del espectáculo freak no te perdiste, ¿verdad? Te quedaste por allí, en el palco probablemente, y viste lo que sucedió entre Vur Horston y yo.

—Yo no vi nada de eso —le espeté.

—¿No? —preguntó.

—No —mentí.

—¿No viste nada?

—No.

—¿No me viste hablando con Vur Horston?

—¡No!

—¿Y tampoco…?

—Mira, Steve —le interrumpí—, sea lo que sea lo que pasó entre tú y míster Crepsley, es asunto tuyo. Yo no estaba allí, no vi nada, no sé de qué me estás hablando. Y ahora si…

—No me mientas, Darren —dijo.

—¡No estoy mintiendo! —mentí.

—¿Entonces cómo sabes que hablaba de míster Crepsley? —preguntó.

—Porque… —me mordí la lengua.

—He dicho que estuve hablando con Vur Horston —sonrió Steve—. Si no estabas allí, ¿cómo sabes que Vur Horston y míster Crepsley son la misma persona?

Me derrumbé y me senté en la cama junto a Steve.

—De acuerdo —dije—. Lo admito. Estaba en el palco.

—¿Qué llegaste a ver y oír exactamente? —preguntó Steve.

—Todo. No alcancé a ver lo que hacía mientras te chupaba la sangre, ni a oír lo que te decía. Pero aparte de eso…

—… todo —concluyó Steve con un suspiro—. Ésa es la razón por la que has estado evitándome: porque dijo que yo era malvado.

—En parte —dije—. Pero sobre todo por lo que tú dijiste, Steve. ¡Le pediste que te convirtiera en vampiro! ¿Qué habría pasado si lo hubiera hecho y hubieras venido a por mí? La mayoría de los vampiros empiezan atacando a las personas más cercanas, ¿no?

—En los libros y las películas sí —dijo Steve—. Pero esto es diferente. Esto es la vida real. Yo nunca te hubiera hecho daño, Darren.

—Puede que no —dije— y puede que sí. La cuestión es que no quiero ni saberlo. No quiero que sigamos siendo amigos. Podría ser peligroso. ¿Qué ocurriría si encuentras a otro vampiro y éste accede a concederte lo que pides? O si míster Crepsley tenía razón y eres realmente malvado y…

—¡No soy malvado! —gritó Steve, y me tumbó en la cama de un empujón. Saltó sobre mi pecho y me clavó los dedos en la cara—. ¡Retíralo! —bramó—. ¡Retíralo o me obligarás a darte la razón, te

arrancaré la cabeza y…!

—¡Lo retiro! ¡Lo retiró! —chillé.

Steve se había abalanzado pesadamente sobre mi pecho, el rostro enrojecido y lleno de furia. Hubiera dicho cualquier cosa con tal de quitármelo de encima.

Permaneció sentado sobre mi pecho todavía unos segundos, luego soltó un gruñido y se apartó hacia un lado. Yo me incorporé, sofocado, frotándome la cara en el lugar de la magulladura.

—Perdona —musitó Steve—. Me he pasado de la raya. Pero es que estoy trastornado. Lo que dijo míster Crepsley me dolió, y también que tú me ignorases. Eres mi mejor amigo, Darren, la única persona con la que realmente puedo hablar. Si perdemos nuestra amistad, no sé qué haré.

Se echó a llorar. Me lo quedé mirando unos instantes, desgarrado por el miedo y la compasión. Luego, lo más noble de mí se impuso, y le pasé el brazo por encima del hombro.

—Vale, vale, está bien —dije—. Seguiré siendo tu amigo. Vamos, Steve, deja de llorar, ¿de acuerdo?

Lo intentó, pero necesitó aún un buen rato para contener las lágrimas.

—Debo de tener un aspecto estúpidamente ridículo —dijo por fin, sorbiendo por la nariz.

—No digas tonterías —dije—. Yo sí que soy estúpido. Debería haberme quedado contigo. Fui un cobarde. En ningún momento me paré a pensar lo que pudiera pasarte. Sólo pensaba en mí mismo y en Madam…

Puse cara de disgusto y dejé de hablar.

Steve me miró con curiosidad.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó.

—Nada —dije—. Sólo he chasqueado la lengua.

Él soltó un gruñido.

—Mientes muy mal, Shan. Nunca has sabido mentir. Dime qué era lo que ha estado a punto de escapársete.

Le miré a la cara con detenimiento, preguntándome si podía o no explicárselo. Sabía que no debía hacerlo, que sólo me traería problemas, pero sentí pena por él. Además, necesitaba contárselo a alguien. Quería mostrar mi maravillosa mascota y los fantásticos

trucos que éramos capaces de hacer.

—¿Sabes guardar un secreto? —pregunté.

—Por supuesto —bufó.

—Éste es importante. No puedes contárselo a nadie, ¿de acuerdo? Tiene que quedar entre nosotros. Si se te ocurre hablar…

—… tú hablarás de mí y míster Crepsley —dijo Steve, sonriendo—. Me tienes cogido. No importa lo que me digas, sabes que no podría delatarte aunque quisiera. ¿Cuál es el gran secreto?

—Espera un minuto —dije. Salté de la cama y abrí la puerta de la habitación—. ¿Mamá? —grité.

—¿Sí? —me llegó su voz apagada desde abajo.

—Le estoy enseñando a Steve mi flauta —chillé—. Quiere aprender a tocarla, pero no nos molestéis, ¿vale?

—Vale —respondió.

Cerré la puerta y sonreí a Steve. Él estaba perplejo.

—¿Tu flauta? —preguntó—. ¿Tu gran secreto es una flauta?

—En parte —dije—. Escúchame, ¿te acuerdas de Madam Octa, la araña de míster Crepsley?

—Pues claro —dijo—. No presté demasiada atención, pero supongo que nadie podría olvidar a una criatura así. Con aquellas patas peludas, ¡brrr!

Mientras él hablaba, abrí la puerta del armario y saqué la jaula. Los ojos le hicieron chiribitas al verla, luego los abrió como platos.

—No será lo que estoy pensando, ¿verdad? —preguntó.

—Eso depende —dije destapando la jaula—. Si lo que estás pensando es que se trata de una araña mortífera con mucho talento… ¡entonces aciertas!

—¡Por todos los demonios! —gritó sofocadamente, y casi se cayó de la cama del susto—. Es una… una… ¿de dónde la has…? ¡Caray!

Yo estaba encantado ante su reacción. Me coloqué junto a la jaula como un padre orgulloso. Madam Octa reposaba al fondo, inmóvil como siempre, sin hacernos el menor caso ni a mí ni a Steve.

—¡Es imponente! —dijo Steve, acercándose a rastras para verla mejor—. Es idéntica a la del circo. Es increíble que hayas encontrado una araña tan parecida. ¿De dónde la has sacado? ¿De una tienda de animales? ¿De un zoo?

Mi sonrisa se desvaneció.

—Me la llevé del Cirque du Freak, naturalmente —dije, inquieto.

—¿Del espectáculo freak? —preguntó, con el rostro desencajado—. ¿También vendían arañas vivas? Yo no las vi. ¿Cuánto costaban?

Meneé la cabeza y dije:

—No la compré, Steve. En realidad la… ¿no lo adivinas? ¿Todavía no lo entiendes?

—¿Entender qué? —preguntó.

—Que no es una araña «parecida» —dije—. Que es «la misma» araña. Es Madam Octa.

Se me quedó mirando como si no hubiera oído lo que acababa de decirle. Estaba a punto de repetírselo, pero él se me adelantó.

—¿La… la misma? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí —dije.

—¿Quieres decir que es… Madam Octa? ¿La auténtica Madam Octa?

—Sí —repetí, riéndome de su asombro.

—¿Es… la araña de míster Crepsley?

—Steve, ¿qué te pasa? ¿Cuántas veces tengo que decírtelo para que lo…?

—Espera un momento —cortó, meneando la cabeza—. Si realmente es Madam Octa, ¿cómo conseguiste hacerte con ella? ¿La encontraste fuera? ¿Te la quisieron vender?

—Nadie vendería una araña tan fantástica como ésta —dije.

—Eso pensaba yo —convino Steve—. Pero entonces, ¿cómo…?

Dejó la pregunta en suspenso.

—La robé —dije, hinchándome de orgullo—. Volví al teatro el martes por la mañana, me colé, conseguí encontrarla y escapé con ella. Le dejé una nota a míster Crepsley diciéndole que si intentaba recuperarla le explicaría a la policía que era un vampiro.

—Tú… tú… —balbucía Steve.

Se había puesto pálido y parecía a punto de desmayarse.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—¡Eres… eres… eres un imbécil! —rugió—. ¡Estás loco! ¡Idiota!

—¡Eh! —le grité, molesto.

—¡Estúpido! ¡Subnormal! ¡Cretino! —chilló—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Tienes la menor idea de lo serio que es el lío en

que te has metido? ¿Sabes que tienes un problema verdaderamente grave?

—¿Cómo? —pregunté, aturdido.

—¡Le has robado su araña a un vampiro! —gritó Steve—. ¡Le has robado a un muerto viviente! ¿Qué crees que hará cuando te atrape, Darren? ¿Crees que te dará unos azotes en el culo y te dirá que copies cincuenta veces «no robaré»? ¿O que se lo dirá a tus padres para que te castiguen sin salir? ¡Estamos hablando de un vampiro! ¡Te cortará el cuello y alimentará con tu cadáver a la araña! ¡Te despedazará y…!

—No, no lo hará —dije tranquilamente.

—Claro que sí —replicó Steve.

—No —dije—, te aseguro que no lo hará. Porque no podrá encontrarme. Robé la araña hace dos martes, así que ya ha tenido casi dos semanas para seguirme la pista, y sin embargo no ha dado señales de vida. Se marchó con el circo y nunca volverá; si sabe lo que le conviene, no volverá.

—No sé —dijo Steve—. Los vampiros tienen muy buena memoria, y paciencia. Puede que vuelva cuando tú ya seas adulto y tengas hijos.

—Si eso llegara a suceder, ya me preocuparé en su momento de solucionarlo —dije—. Por ahora sigo impune. No estaba seguro de conseguirlo —creía que me daría caza hasta matarme—, pero no ha pasado nada. Así que deja ya de insultarme, ¿vale?

—Pues aún eres otra cosa que no te he dicho —rió, moviendo la cabeza—. Creía que yo era el más lanzado, ¡pero robarle a un vampiro su araña! Jamás lo hubiera pensado de ti. ¿Qué te empujó a hacerlo?

—Tenía que ser mía —le dije—. Cuando la vi en el escenario supe que sería capaz de cualquier cosa con tal de conseguirla. Luego descubrí que míster Crepsley era un vampiro y pensé que podía hacerle chantaje. Está mal, ya lo sé, pero al fin y al cabo él es un vampiro, así que lo que he hecho ya no es tan malo, ¿verdad? Robar a una mala persona en cierto modo es una buena acción, ¿no te parece?

Steve se echó a reír.

—No sé si será bueno o malo —dijo—. Lo único que sé es que si

alguna vez vuelve a buscarla, no me gustaría estar en tu pellejo.

Examinó una vez más a la araña. Acercó mucho la cara a la jaula (aunque no tanto como para estar al alcance de su picadura), y observó su vientre palpitante.

—¿Ya la has sacado de la jaula? —preguntó.

—Cada día —dije.

Cogí la flauta y toqué una nota. Madam Octa saltó hacia delante un par de centímetros. Steve soltó un chillido y se cayó de culo. Yo me moría de la risa.

—¿Puedes dominarla? —balbució.

—Puedo hacer con ella todo lo que viste con míster Crepsley —dije, intentando no parecer fanfarrón—. Es bastante fácil. No hay ningún peligro siempre que seas capaz de concentrarte. Pero si dejas divagar tus pensamientos aunque sólo sea un segundo…

Me pasé un dedo por la garganta y solté un largo gruñido, como si me estuvieran degollando.

—¿Has dejado que tejiera una telaraña entre tus labios? —preguntó Steve.

Le brillaban los ojos.

—Todavía no —dije—. No me gusta la idea de dejar que se me meta en la boca: el solo hecho de imaginármela deslizándose garganta abajo me horroriza. Además, necesito un ayudante que la controle mientras teje la telaraña, y hasta ahora he estado solo.

—Hasta ahora —sonrió Steve—, pero ya no. —Se puso en pie y dio una palmada—. Hagámoslo. Muéstrame cómo se usa ese precioso pito de latón y déjala a ella conmigo. A mí no me da miedo dejarla entrar en mi boca. Venga, vamos. ¡Vamos, vamos, vamos, VAMOS!

No pude sustraerme a la excitación de aquella locura. Sabía que era una imprudencia permitir el contacto directo entre Steve y la araña tan pronto —debería haberme asegurado antes de que él la conociera mejor—, pero no hice caso del sentido común y me dejé llevar por su vehemencia.

Le dije que no podía tocar la flauta todavía, no hasta que hubiera practicado, pero sí jugar con Madam Octa mientras yo la controlaba. Le expliqué en cuatro palabras las maravillas que íbamos a hacer y me aseguré de que lo hubiera entendido todo

bien.

—El silencio es vital —dije—. No digas nada. No te atrevas siquiera a silbar. Porque si me distraes y pierdo el control sobre ella…

—Vale, vale —suspiró Steve—. Ya lo sé. No te preocupes. Puedo ser completamente mudo cuando me lo propongo.

Cuando estuve preparado, abrí la jaula de Madam Octa y empecé a tocar. Le di una orden y empecé con los juegos que ya se habían convertido en rutina para la araña.

Dejé que hiciera un montón de cosas por su cuenta antes de permitir que se acercara a Steve. Durante la última semana había desarrollado enormemente su capacidad de aprendizaje. La araña se había ido habituando a mi mente y a mi manera de pensar, y había aprendido a obedecer mis órdenes casi antes de que acabara de transmitírselas. Por mi parte, me había dado cuenta de que era capaz de reaccionar ante la más escueta de las instrucciones. Sólo tenía que formular unas pocas palabras para que se pusiera en acción.

Steve observaba el espectáculo en completo silencio. Estuvo a punto de aplaudir varias veces, pero se contuvo a tiempo, sin dejar que sus palmadas emitieran el menor sonido. En lugar de aplaudir, me mostraba su entusiasmo levantando los pulgares y vocalizando en silencio palabras como «fantástico», «super», «brillante» y otras parecidas.

Cuando llegó el momento de que Steve participara, le hice la señal que habíamos acordado antes de empezar. Él tragó saliva, respiró hondo y asintió. Se puso en pie y avanzó por un lado, de forma que yo no perdiera de vista a Madam Octa. Luego se puso de rodillas y esperó.

Cambié de melodía y transmití nuevas órdenes. Madam Octa se quedó quieta, escuchando. Cuando supo lo que le pedía, empezó a caminar hacia Steve. Vi cómo él se estremecía y se humedecía los labios. Iba a suspender el número y enviar a la araña de vuelta a su jaula, pero entonces mi amigo dejó de temblar y pareció tranquilizarse, así que decidí continuar.

No pudo reprimir un escalofrío cuando ella empezó a trepar por la pernera de sus pantalones, pero aquello era una reacción natural.

Yo mismo continuaba estremeciéndome a veces al sentir sus peludas patas en contacto con mi piel.

Ordené a Madam Octa que trepara por su nuca y le hiciera cosquillas en las orejas con las patas. Soltó una risita inaudible y los últimos vestigios de miedo se disiparon. Ahora que le veía más tranquilo me sentí del todo seguro y conduje a la araña hasta su cara, donde tejió pequeñas telarañas sobre sus ojos, se deslizó por el puente de la nariz y se balanceó por las comisuras de sus labios.

Tanto Steve como yo estábamos disfrutando de lo lindo. Ahora que tenía un ayudante podía hacer muchas más cosas.

La araña estaba sobre su hombro derecho, a punto de deslizarse brazo abajo, cuando se abrió la puerta y entró Annie.

Normalmente, Annie no entra nunca en mi habitación sin llamar antes. Es muy buena, no como otras niñas de su edad, y casi siempre llama educadamente y espera mi respuesta. Pero aquella tarde, por pura mala suerte, irrumpió en la habitación sin avisar.

—Eh, Darren, ¿dónde está mi…? —empezó a decir, pero se interrumpió en el acto.

Vio a Steve y a la monstruosa araña en su hombro, con los quelíceros centelleantes, como si estuviera a punto de picarle, e hizo lo natural.

Gritó.

El chillido me sobresaltó. Giré instintivamente la cabeza, la flauta se me cayó de los labios y toda la concentración se desvaneció. Mi vínculo con Madam Octa se rompió. Ella agitó la cabeza, dio un par de rapidísimos pasos hacia la garganta de Steve, sacó los quelíceros y pareció sonreír.

Steve soltó un grito de espanto y se puso en pie de un salto. Intentó desembarazarse de la araña de un manotazo, pero trastabilló y erró el golpe. Sin darme tiempo a intentar recuperar el control sobre ella, Madam Octa agachó la cabeza, veloz como una serpiente, y ¡hundió profundamente sus envenenadas armas en el cuello de mi amigo!

CAPÍTULO 21

Steve se puso rígido de inmediato cuando la araña le picó. Los alaridos quedaron ahogados en su garganta, tenía los labios amoratados y los ojos tan abiertos que parecían a punto de salírsele de las órbitas. Durante lo que pareció una eternidad (aunque en realidad no pudieron haber pasado más de tres o cuatro segundos), se tambaleó. Luego se desplomó contra el suelo como un fardo.

Aquella caída le salvó. Igual que con la cabra del espectáculo del Cirque du Freak, la primera picadura dejó a Steve sin sentido, pero no le mato. Justo antes de que mi amigo se derrumbara, vi a la araña recorriendo su cuello en busca del lugar precioso, preparándose para asestar la segunda y mortal picadura.

Pero la caída la desorientó. Se desprendió del cuello de Steve y necesitó uno segundos para volver a saltar sobre él.

Aquellos segundos eran todo lo que a mí me hacía falta.

Estaba conmocionado, pero la visión de aquel horrible arácnido surgiendo por encima del hombro de Steve como un extraño sol emergiendo tras el horizonte al amanecer me devolvió instantáneamente a la realidad. Me agaché a recoger la flauta, me la metí en la boca casi hasta la garganta y emití la nota más potente de toda mi vida.

«¡DETENTE!», grité mentalmente, y Madam Octa dio un brinco de más de medio metro.

«¡Vuelve a entrar en la jaula!», ordené. Ella bajó de un salto del cuerpo de Steve y corrió por el suelo de la habitación. En cuanto cruzó los barrotes de la puerta, me abalancé sobre la jaula y la cerré de golpe.

Una vez tuve a Madam Octa a buen recaudo, concentré toda mi atención en Steve. Annie seguía chillando, pero no podía ocuparme de ella antes de examinar a mi envenenado amigo.

—¿Steve? —pregunté, agachado muy cerca de su oreja, suplicando en mi interior que respondiera de alguna manera—. ¿Estás bien, Steve?

No hubo respuesta. Todavía respiraba, así que estaba seguro de que seguía con vida, pero eso era todo. Lo único que hacía era eso, respirar. No podía hablar ni mover los brazos. Ni siquiera era capaz de guiñar un ojo.

Noté la presencia de Annie detrás de mí. Había dejado de gritar, pero seguía temblando como una hoja.

—¿Está… está… muerto? —preguntó con un hilo de voz.

—¡Claro que no! —rezongué—. ¿No ves que todavía respira? Mírale el vientre y el pecho.

—Pero… ¿por qué no se mueve? —preguntó.

—Está paralizado —le dije—. La araña le ha inoculado un veneno que paraliza las extremidades. Es como si se hubiera quedado dormido, con la diferencia de que su cerebro sigue activo, así que puede verlo y oírlo todo.

Yo no sabía si todo eso era cierto. Esperaba que sí. Si el veneno había respetado los pulmones y el corazón, era posible que tampoco hubiera afectado al cerebro. Pero si había llegado a entrar en la cabeza…

Era una idea demasiado horrible para pensar siquiera en ella.

—Steve, voy a ayudarte —dije—. Creo que si te movemos el efecto del veneno se irá disipando.

Le agarré del pecho por detrás y conseguí ponerle en pie. Era corpulento, pero ni siquiera noté su peso. Le arrastré por la habitación, sacudiéndole brazos y piernas, sin dejar de hablarle, diciéndole que todo iría bien, que no había suficiente veneno en una sola picadura como para matarle, que se recuperaría.

Pasaron diez minutos sin que mostrara ningún cambio, y empezaba a estar demasiado cansado como para seguir arrastrándole. Le dejé caer sobre la cama y luego coloqué su cuerpo en la posición que me pareció más cómoda para él. Tenía los párpados abiertos. Sus ojos tenían algo raro que me asustaba, así que se los cerré, pero entonces parecía un cadáver, así que se los volví a abrir.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Annie.

—Desde luego —dije intentando adoptar un tono positivo—. Los efectos del veneno desaparecerán dentro de un rato, y entonces se sentirá como nuevo. Sólo es cuestión de tiempo.

No creo que ella creyera una sola palabra, pero no dijo nada; se limitó a sentarse al borde de la cama y a observar el rostro de Steve sin quitarle ojo, como un halcón. Empecé a preguntarme por qué mamá no había subido a ver qué pasaba. Fui hasta la puerta abierta y me paré a escuchar desde las escaleras. Oía el motor de la lavadora funcionando en la cocina bajo mis pies. Eso lo explicaba todo: nuestra lavadora es vieja y ruidosa. Cuando está en funcionamiento, uno no oye absolutamente nada desde la cocina.

Cuando volví, Annie ya no estaba en la cama. Estaba tirada en el suelo, observando a Madam Octa.

—Es la araña del espectáculo freak, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —admití.

—¿La venenosa?

—Sí.

—¿Cómo la conseguiste? —preguntó ella.

—Eso no importa —dije, ruborizándome.

—¿Cómo es que estaba fuera de su jaula? —preguntó Annie.

—La he dejado salir yo —dije.

—¿Que tú qué?

—No era la primera vez —le expliqué—. Hace ceca de dos semanas que la tengo. He jugado con ella montones de veces. Es completamente seguro siempre y cuando no haya ruido. Si tú no hubieras irrumpido tan de repente, la araña estaría…

—No, no hagas eso —protestó—. No me eches a mí la culpa. ¿Por qué no me habías hablado de ella? Si lo hubiera sabido, no habría entrado sin llamar.

—Iba a hacerlo —dije—. Esperaba sólo a estar seguro de que no había peligro. Pero vino Steve y…

No fui capaz de seguir hablando.

Volví a meter la jaula en el armario para apartar de mi vista a Madam Octa. Me senté en la cama junto a Annie y me quedé mirando la figura inmóvil de Steve. Estuvimos los dos allí sentados durante casi una hora, sin decir nada, simplemente observando.

—No creo que se recupere —dijo ella, finalmente.

—Dale un poco más de tiempo —supliqué.

—No creo que el tiempo le sea de gran ayuda —insistió—. Si fuera a recuperarse, ahora ya tendría que moverse aunque sólo fuera un poco.

—¿Y tú qué sabes? —pregunté con acritud—. No eres más que una cría. ¡No sabes nada de nada!

—Tienes razón —convino sin inmutarse—. Pero tú tampoco sabes mucho más que yo, ¿no es cierto?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Pues entonces deja de fingir que lo sabes todo —dijo ella.

Apoyó una mano en mi brazo y sonrió valientemente para demostrarme que no pretendía hacerme sentir mal.

—Tenemos que decírselo a mamá —dijo—. Tenemos que pedirle que suba a ver esto. Quizás ella sepa qué hacer.

—¿Y si no es así? —pregunté.

—Entonces tendremos que llevarle al hospital —dijo Annie.

Sabía que ella tenía razón. Lo había sabido desde el primer momento. Simplemente me negaba a admitirlo.

—Esperemos un cuarto de hora más —dije—. Si para entonces no se ha movido, llamaremos a mamá.

—¿Un cuarto de hora? —preguntó, indecisa.

—Ni un minutó más —le prometí.

—De acuerdo —consintió.

Nos sentamos de nuevo en silencio a observar a nuestro amigo. Yo pensaba en Madam Octa y en cómo iba a explicárselo a mamá. Y a los médicos. ¡Y a la policía! ¿Me creerían cuando les dijera que míster Crepsley era un vampiro? Lo dudaba mucho. Pensarían que estaba mintiendo. Quizá me metieran en la cárcel. Podían decir que, puesto que la araña era mía, yo era el único culpable. ¡Era posible que me acusaran de asesinato y me encarcelaran!

Consulté el reloj. Quedaban tres minutos. Ningún cambio en Steve.

—Annie, tengo que pedirte un favor —dije.

Me miró con suspicacia.

—¿De qué se trata?

—No quiero que menciones a Madam Octa —dije.

—¿Es que te has vuelto loco? —gritó—. ¿Cómo vas a explicar si

no lo sucedido?

—No lo sé —admití—. Diré que en ese momento yo había salido de la habitación. Las marcas de la picadura son diminutas. Parecen insignificantes picaduras de avispa, y cada vez se ven menos. Puede que los médicos ni las vean.

—No podemos hacer eso —dijo Annie—. Puede que necesiten examinar a la araña. Quizá…

—Annie, si Steve muere me echarán la culpa a mí —dije en voz baja—. Hay ciertas cosas que no puedo explicarte, que no puedo explicarle a nadie. Lo único que puedo decir es que, si sucede lo peor, yo cargaré con toda la culpa. ¿Sabes lo que les hacen a los asesinos?

—Eres demasiado joven para ser juzgado por asesinato —dijo, pero su voz no sonó demasiado convencida.

—No, eso no es cierto —le dije—. Soy demasiado joven para que me encierren en la prisión normal, pero tienen centros especiales para menores. Me encerrarán en uno de ellos hasta que cumpla los dieciocho, y entonces… Por favor, Annie… —me eché a llorar—. ¡No quiero ir a la cárcel!

Ella también empezó a llorar. Nos echamos uno en brazos del otro, sollozando como bebés.

—No quiero que te lleven —gimoteó—. No quiero perderte.

—Entonces, ¿prometes no decir nada? —pregunté—. ¿Querrás volver a tu habitación y fingir que no has visto ni oído nada de todo esto?

Asintió con tristeza.

—Pero sólo mientras no me parezca que la verdad podría salvarle —puntualizó—. Si los médicos dicen que no pueden salvarle a menos que encuentren al animal que lo ha picado, lo diré todo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —concedí.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta. A mitad de camino se detuvo, volvió sobre sus pasos y me besó en la frente.

—Te quiero, Darren —dijo—, pero cometiste una estupidez imperdonable trayendo esa araña a esta casa, y si Steve muere, en mi opinión tú serás el único culpable.

Salió a toda prisa de la habitación, sollozando.

Esperé unos minutos, con la mano de Steve entre las mías, rogándole que se recobrara, que mostrara alguna señal de vida. Cuando vi que mis plegarias no surtían efecto, me puse en pie, abrí la ventana (para que hubiera una explicación de cómo el misterioso atacante había entrado), respiré hondo y corrí escaleras abajo llamando a mi madre.

CAPÍTULO 22

Las enfermeras de la ambulancia le preguntaron a mi madre si Steve era diabético o epiléptico. Ella no estaba segura, pero creía que no. También preguntaron por posibles alergias, pero les explicó que ella no era su madre y no lo sabía.

Yo pensaba que nos llevarían con ellos en la ambulancia, pero nos dijeron que no había espacio suficiente. Apuntaron el número de teléfono de Steve y el nombre de su madre, pero no la encontraron en casa. Una de las enfermeras le pidió a mi madre que siguiera a la ambulancia con el coche hasta el hospital, donde tendría que rellenar un montón de formularios para que pudieran empezar a examinarle. Se mostró de acuerdo y nos metió a Annie y a mí en el coche. Papá todavía no había llegado a casa, así que le llamó desde el móvil para decirle dónde estábamos. Él dijo que venía inmediatamente.

Fue un viaje lamentable. Yo estaba sentado en la parte de atrás, intentando evitar la mirada de Annie, sabiendo que mi obligación era decir la verdad, pero demasiado asustado como para hacerlo. Lo peor de todo era saber que, si hubiera sido yo quien estuviera en coma, Steve habría confesado de inmediato.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? —preguntó mamá por encima del hombro. Conducía lo más rápido posible sin superar el límite de velocidad, así que no podía girarse a mirarme. Me pareció una suerte: no creo que hubiera sido capaz de mentirle mirándola a la cara.

—No estoy seguro —dije—. Estábamos charlando. En algún momento tuve que ir al lavabo. Y al volver a mi habitación…

—¿No viste nada? —preguntó.

—No —mentí, mientras notaba cómo se me ponían coloradas las orejas de vergüenza.

—No lo comprendo —murmuró—. Estaba completamente rígido, y la piel se le amorataba por momentos. Pensé que estaba muerto.

—A mí me parece que es una picadura de algún bicho —dijo Annie.

Estuve a punto de darle un codazo en las costillas, pero en el último segundo recordé que dependía de ella si quería guardar mi secreto.

—¿Una picadura? —preguntó mamá.

—Tenía un par de marcas en el cuello —dijo Annie.

—Ya las vi —dijo mamá—. Pero no creo que sea eso, cariño.

—¿Y por qué no? —insistió Annie—. Si ha entrado alguna serpiente, o una… araña y le ha mordido…

Me miró y se ruborizó un poco al recordar su promesa.

—¿Una araña? —mamá negó con la cabeza—. No, cariño, las picaduras de araña no dejan a la gente en coma, al menos por estos alrededores.

—¿Entonces qué le pasa? —preguntó Annie.

—No estoy segura —replicó mamá—. Puede que le sentara mal algo que haya comido, o que haya sufrido un ataque al corazón.

—Los niños no tienen ataques al corazón —protestó Annie.

—Claro que sí —dijo mamá—. Es un poco raro, pero puede suceder. En cualquier caso, los médicos lo aclararán todo. Saben más que nosotros de estas cosas.

No estaba habituado a los hospitales, así que estuve curioseando por ahí mientras mamá rellenaba los formularios. Era el lugar más blanco que hubiera visto nunca: paredes blancas, suelos blancos, batas blancas. No había mucha gente, pero se oía un rumor constante, sonido de somieres y toses, el zumbido de las máquinas, cuchillos cortando, médicos hablando en voz baja.

Nosotros no hablamos mucho mientras estábamos allí sentados. Mamá dijo que habían admitido a Steve y que le estaban reconociendo, pero que podía pasar bastante tiempo antes de que descubrieran lo que le pasaba.

—Parecían optimistas —dijo.

Annie tenía sed, así que mamá me envió con ella a buscar bebidas a la máquina del rincón. Annie miró a su alrededor

mientras yo echaba las monedas para asegurarse de que nadie pudiera oírnos.

—¿Cuánto tiempo más piensas esperar? —preguntó.

—Hasta que sepa qué opinan los médicos —le dije—. Esperaremos a que le reconozcan. Con un poco de suerte, descubrirán de qué tipo de veneno se trata y podrán curarle ellos.

—¿Y si no es así? —preguntó ella.

—Entonces se lo diré —prometí.

—¿Y qué pasará si muere antes? —preguntó en voz baja.

—No morirá —dije.

—Pero ¿y si…?

—¡Eso no pasará! —bufé—. Y no hables así. Ni siquiera pienses en esa posibilidad. Tenemos que esperar lo mejor. Tenemos que creer que saldrá de ésta. Mamá y papá siempre nos han dicho que los pensamientos positivos ayudan realmente a los enfermos, ¿no es verdad? Necesita que creamos en él.

—Lo que necesita es la verdad —refunfuñó, pero no insistió en el tema. Llevamos los refrescos al banco y allí bebimos en silencio.

Papá no tardó en llegar, ataviado todavía con su ropa de trabajo. Besó a mamá y a Annie y a mí me dio un resuelto apretón en el hombro. Llevaba las manos sucias y me dejó marcada su señal en la camiseta, pero eso no me molestó en absoluto.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Todavía no —dijo mamá—. Le están reconociendo. Puede que pasen horas antes de que sepamos algo.

—¿Qué le ha pasado, Ángela? —preguntó papá.

—Aún no lo sabemos —dijo mamá—. Tendremos que esperar.

—Odio esperar —se quejó papá, pero no tenía elección, así que tuvo que hacerlo, igual que el resto de nosotros.

Pasaron dos horas sin que sucediera nada nuevo, hasta que llegó la madre de Steve. Estaba tan pálida como Steve, y tenía los labios apretados. Vino directa a mí, me agarró por los hombros y me zarandeó con violencia.

—¿Qué le has hecho? —chilló—. ¿Le has hecho daño a mi chico? ¿Has matado a mi Steve?

—¡Ya basta! ¡Basta! —intervino papá.

La madre de Steve no le hizo el menor caso.

—¿Qué le has hecho? —volvió a gritar, zarandeándome aún con más fuerza. Yo intentaba decir «nada», pero me castañeteaban los dientes—. ¿Qué le has hecho? ¿Qué le has hecho? —repetía.

De repente, dejó de zarandearme, me soltó y se desplomó contra el suelo, donde se echó a llorar como un niño.

Mamá se levantó del banco y se agachó junto a la señora Leonard. Le acarició la cabeza y le susurró palabras de consuelo, luego la ayudó a levantarse y la hizo sentar a su lado. La señora Leonard seguía llorando, y ahora murmuraba entre gemido y gemido lo mala madre que había sido y cuánto debía de odiarla Steve.

—Vosotros dos, id a jugar a otro sitio —nos dijo mamá a Annie y a mí.

Empezamos a retirarnos.

—¡Darren! —gritó mamá a mis espaldas—. No hagas caso de lo que te ha dicho. No quiere echarte a ti la culpa. Sólo está asustada.

Asentí tristemente. ¿Qué diría mamá si supiera que la señora Leonard tenía razón y yo era el único culpable?

Annie y yo encontramos un par de máquinas recreativas que nos mantuvieron entretenidos. Al principio no me sentía capaz de jugar, pero a los pocos minutos me olvidé de Steve y del hospital, concentrando toda mi atención en los juegos. Era agradable sustraerse a las preocupaciones de la vida real, aunque sólo fuera por un rato, y lo cierto es que, si no me hubiera quedado sin monedas, podría haber seguido jugando toda la noche.

Cuando volvimos a nuestros asientos, la señora Leonard se había tranquilizado y estaba fuera con mamá, rellenando formularios. Annie y yo nos sentamos y el tiempo de espera se reanudó.

Annie empezó a bostezar hacia las diez de la noche, y a mí también se me estaba contagiando el sueño. Mamá nos miró y ordenó que nos fuéramos a casa. Yo empecé a protestar, pero ella me hizo callar sin contemplaciones.

—Aquí ya no podéis hacer nada —dijo—. Os telefonearé en cuanto sepamos algo, por muy tarde que sea, ¿de acuerdo?

Vacilé. Era mi última oportunidad de mencionar a la araña. Estuve a punto de irme de la lengua, pero me sentía cansado y no encontraba las palabras adecuadas.

—De acuerdo —dije sombríamente antes de marcharme.

Papá nos llevó a casa en coche. Me preguntaba qué haría él si le hablaba de la araña, de míster Crepsley y todo lo demás. Me habría castigado, de eso estoy seguro, pero no fue ésa la razón por la que no se lo conté: seguí callando porque sabía que se sentiría avergonzado por mis mentiras y de que hubiera antepuesto mi propio bienestar al de Steve. Tenía miedo de que me odiara.

Para cuando llegamos a casa Annie ya estaba dormida. Papá la cogió en brazos y la llevó a la cama. Yo subí lentamente a mi habitación y empecé a desnudarme. No dejaba de maldecirme a mí mismo interiormente.

Papá se asomó mientras me quitaba la ropa.

—¿Estarás bien? —preguntó.

Yo asentí.

—Steve se recuperará —dijo—. Estoy seguro. Los médicos saben lo que hacen. Le dejarán como nuevo.

Asentí una vez más, incapaz de responder con palabras. Papá se quedó en el umbral unos instantes, luego suspiró, dio media vuelta y bajó haciendo resonar los pies en la escalera hasta su estudio.

Estaba colgando los pantalones en el armario cuando me fijé en la jaula de Madam Octa. La saqué lentamente. Ella estaba inmóvil en el centro, respirando con regularidad, más impasible que nunca.

Examiné a la multicolor araña, y no me sentí impresionado por lo que veía. Era un colorido brillante, es cierto, pero aquel bicho era feo, peludo y repugnante. Empecé a sentir que la odiaba. Ella era el auténtico malo de la historia, ella era quien había picado a Steve sin una buena razón para hacerlo. La había alimentado y cuidado, y había jugado con ella. Y así era como me lo pagaba.

—¡Monstruo sangriento! —gruñí, zarandeando la jaula—. ¡Engendro ingrato!

Di otra sacudida a la jaula. Ella se agarró con fuerza a los barrotes. Esto me enfureció, y empecé a agitar violentamente la jaula de un lado a otro, intentando que la soltara, deseando hacerle daño.

Empecé a correr en círculo, haciendo dar vueltas a la jaula que llevaba agarrada por el asa. Maldecía, le gritaba todos los insultos que se me ocurrían, deseando que estuviera muerta, deseando no

haberla visto nunca, deseando tener los suficientes redaños para sacarla de la jaula y aplastarla.

Finalmente, cuando mi rabia alcanzó su punto culminante, arrojé la jaula lo más lejos de mí que pude. No me paré a pensar hacia dónde la lanzaba, y me sobresalté al verla salir volando por la ventana a la oscuridad de la noche.

Me quedé mirando cómo desaparecía por los aires y corrí tras ella. Me daba miedo que se abriera al chocar contra el suelo, pues sabía que si los médicos no eran capaces de salvar a Steve por sus propios medios, quizá lo consiguieran con la ayuda de Madam Octa: si tenían la posibilidad de estudiarla, quizá descubrieran cómo curarle. Pero si se me escapaba…

Corrí a la ventana. Era demasiado tarde como para intentar atrapar la jaula, pero al menos vería dónde caía. Observé cómo daba vueltas por los aires, rogando porque no se rompiera. Me pareció que tardaba una eternidad en llegar al suelo.

Justo antes de que tocara el suelo, una mano salió disparada de entre las sombras de la noche y la atrapó al vuelo.

¿Una mano?

Me asomé hasta sacar medio cuerpo fuera de la ventana para ver mejor. Era una noche oscura y al principio no pude ver quién estaba allá abajo. Pero entonces el dueño de la mano dio un paso adelante y se mostró.

Lo primero que vi fueron sus arrugadas manos sosteniendo la jaula. Luego sus largos ropajes de color rojo. Después su pelo crespo y anaranjado. Y luego su larga y fea cicatriz. Por fin, aquella sonrisa que mostraba sus afilados dientes.

Era míster Crepsley. El vampiro.

¡Y estaba mirando hacia arriba, sonriéndome!

CAPÍTULO 23

Me quedé petrificado en la ventana, esperando que de un momento a otro se convirtiera en murciélago y subiera volando, pero lo único que hizo fue agitar la jaula suavemente para asegurarse de que Madam Octa estaba bien.

Luego, sin dejar de sonreír, dio media vuelta y desapareció. La noche pareció engullirle en cuestión de segundos.

Cerré la ventana y corrí a refugiarme en la cama, donde empecé a hacerme confusas preguntas mentalmente. ¿Cuánto tiempo había estado allá abajo esperando? Si sabía dónde estaba Madam Octa, ¿por qué no había venido a buscarla antes? Yo había imaginado que estaría furioso, y sin embargo parecía divertido. ¿Por qué no me había degollado como pronosticó Steve?

Era imposible dormir. Estaba más aterrorizado ahora que la noche después de haber robado la araña. Por lo menos entonces había podido aferrarme a la idea de que no sabía quién era el ladrón y no podría encontrarme.

Pensé en la posibilidad de contárselo todo a papá. Después de todo, había por ahí un vampiro que sabía dónde vivíamos y que tenía buenas razones para tenernos inquina. Papá tenía que saberlo. Tenía que ponerle sobre aviso para darle la oportunidad de preparar algún tipo de defensa. Pero…

No me creería. Sobre todo ahora que ya no tenía a Madam Octa. Me imaginé a mí mismo intentando convencerle de que los vampiros existían realmente, de que uno de ellos había estado en nuestra casa y de que podía volver. Pensaría que estaba chiflado.

Conseguí echar una cabezada cuando amaneció del todo, pues sabía que el vampiro no podría atacar hasta la puesta del sol. No dormí mucho, pero me hizo bien poder descansar un poco, y al despertar tenía las ideas más claras. Tras darle muchas vueltas a la

cabeza caí en la cuenta de que no tenía por qué estar asustado. Si el vampiro hubiera querido matarme, lo habría hecho la noche anterior, cuando me pilló desprevenido. Por alguna razón, no quería verme muerto, o por lo menos, todavía no.

Liberado de esa preocupación, pude concentrarme en Steve y en mi auténtico problema: decidir si decía la verdad o no. Mamá se había quedado en el hospital toda la noche, cuidando de la señora Leonard y telefoneando a vecinos y amigos para ponerles al corriente de lo que le había sucedido a Steve. Si ella hubiera estado en casa, quizá se lo habría contado todo, pero la sola idea de decírselo a mi padre me infundía pavor.

Nuestra casa estaba muy silenciosa aquel domingo. Papá hizo huevos revueltos con salchichas para desayunar, y se le quemaron como le pasa siempre que cocina él, pero aquel día no se puso a maldecir. Yo a duras penas pude saborear la comida mientras la engullía. No tenía apetito. La única razón por la que comí fue intentar fingir que aquél era un domingo como cualquier otro.

Mamá telefoneó cuando estábamos acabando. Habló bastante rato con papá. Él, por su parte, no dijo mucho; se limitó a emitir escuetos gruñidos de asentimiento. Annie y yo permanecimos sentados en silencio, intentando oír lo que le decía mamá. Cuando terminó de hablar volvió a la mesa y se sentó.

—¿Cómo está? —pregunté.

—No muy bien —dijo papá—. Los médicos no saben qué hacer. Al parecer, Annie tenía razón: se trata de veneno. Pero no es ningún veneno conocido. Han enviado muestras a expertos de otros hospitales, con la esperanza de que alguien pueda arrojar alguna luz. Pero…

Meneó la cabeza.

—¿Se morirá? —preguntó en voz baja Annie.

—Es posible —dijo papá.

Me alegró que fuera sincero. Ocurre demasiado a menudo que los adultos mientan a los niños cuando se trata de asuntos importantes. Personalmente prefiero saber la verdad sobre la muerte a que me mientan.

Annie se echó a llorar. Papá la cogió en brazos y la acunó en su regazo.

—Eh, eh, no hay por qué llorar —dijo—. Aún no está todo perdido. Todavía está vivo. Ni los pulmones ni el cerebro parecen estar afectados. Si consiguen descubrir alguna forma de combatir el veneno que hay en su cuerpo, se pondrá bien.

—¿Cuánto tiempo le queda? —pregunté.

Papá se encogió de hombros.

—Con su fortaleza, los médicos podrían mantenerle con vida toda una eternidad conectado a diferentes máquinas.

—¿Quieres decir como si estuviera en coma? —pregunté.

—Exactamente.

—¿Y cuánto tiempo le queda antes de que tengan que conectarle?

—Ellos creen que aún puede aguantar unos días —respondió papá—. No pueden decirlo con seguridad, puesto que en realidad no saben a qué se enfrentan, pero en su opinión pasarán aún un par de días antes de que le empiece a fallar el aparato cardiorespiratorio.

—¿El qué? —preguntó Annie entre sollozos.

—El corazón y los pulmones —le explicó papá—. Mientras eso funcione, se puede considerar que sigue vivo. Tienen que utilizar un gota a gota para alimentarle, pero por lo demás todo funciona correctamente. Los verdaderos problemas empezarán cuando deje de respirar por sí solo, si es que eso llega a suceder.

Un par de días. No era mucho tiempo. El día anterior tenía toda la vida por delante. Ahora le quedaban un par de días.

—¿Podría ir a verle? —pregunté.

—Esta tarde, si te sientes con ánimos —dijo papá.

—Me sentiré con ánimos —prometí.

***

Esta vez había más ajetreo en el hospital, lleno de visitantes. Nunca había visto tantas cajas de bombones y ramos de flores. Todo el mundo parecía llevar una de las dos cosas. Yo quería comprar algo para Steve en la tienda del hospital, pero no tenía dinero.

Esperaba encontrar a Steve en el pabellón infantil, pero estaba

en una habitación individual, porque los médicos querían estudiar su caso, y también porque no estaban seguros de que lo que tenía no fuera contagioso. Tuvimos que ponernos mascarillas y guantes y largas batas verdes antes de entrar.

La señora Leonard estaba dormida en una silla. Mamá nos indicó por señas que no hiciéramos ruido. Tras abrazarnos, se puso a hablar con papá.

—Han llegado un par de resultados de otros hospitales —le dijo, la voz apagada por la mascarilla—. Todos negativos.

—Tiene que haber alguien que sepa de qué se trata —dijo papá —. ¿Cuántos tipos de venenos distintos puede haber?

—Miles —dijo ella—. Han enviado muestras a hospitales extranjeros. Es de esperar que alguno de ellos lo conozca, pero pasará algún tiempo antes de que respondan.

Observé a Steve mientras ellos hablaban. Estaba pulcramente tapado en la cama. Tenía un gotero en un brazo, y un montón de cables en el pecho. Había marcas de agujas en los lugares en los que los médicos le habían pinchado para extraer muestras de sangre. Su rostro estaba pálido y rígido. ¡Tenía un aspecto horrible!

Afloraron las lágrimas a mis ojos y no podía parar de llorar. Mamá me rodeó con sus brazos y me estrechó contra ella, pero sólo consiguió empeorar las cosas. Intenté hablarle de la araña, pero lloraba demasiado desconsoladamente como para que mis palabras fueran inteligibles. Mamá siguió abrazándome, besándome e intentando atajar mi llanto, y acabé por abandonar mi empeño.

Llegaron más visitas, familiares de Steve, y mamá decidió que lo mejor era dejarles solos con Steve y su madre. Nos llevó fuera, me quitó la mascarilla y me secó las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Así —dijo—. Eso está mejor.

Me sonrió y me achuchó hasta que le devolví la sonrisa.

—Se pondrá bien —prometió—. Ya sé que tiene muy mal aspecto, pero los médicos están haciendo todo lo que pueden. Tenemos que confiar en ellos y esperar lo mejor, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —suspiré.

—A mí me ha parecido que tenía bastante buen aspecto —dijo Annie, estrechándome la mano. Le sonreí agradecido.

—¿Vienes a casa con nosotros? —le preguntó papá a mamá.

—No estoy segura —dijo ella—. Creo que debería quedarme un poco más por si…

—Ángela, tú ya has hecho bastante —dijo papá con firmeza—. Seguro que no has dormido en toda la noche, ¿no?

—No mucho —admitió mamá.

—Y si ahora te quedas, hoy tampoco dormirás. Venga, Angie, vámonos —papá siempre la llama Angie cuando quiere mostrarse cariñoso para convencerla de algo—. Hay otras personas que pueden ocuparse de Steve, aparte de su madre. Nadie te pide que lo hagas tú todo.

—De acuerdo —cedió ella—. Pero volveré esta noche por si me necesitan.

—Vale —dijo él, y abrió la marcha hacia el coche.

No había sido una visita muy larga, pero no protesté. Me alegraba de poder marcharme de allí.

De camino a casa no dejé de pensar en Steve, en su mal aspecto y en lo que lo había provocado. Pensé en el veneno que corría por sus venas y me pareció casi seguro que los médicos fracasarían. Estaba convencido de que ningún doctor del mundo se había enfrentado nunca con el veneno de una araña como Madam Octa.

Por muy mal que hubiera visto a Steve, sabía que estaría mucho peor al cabo de un par de días. Le imaginé conectado a una máquina de respiración asistida, el rostro cubierto por la mascarilla, tubos introduciéndose en su cuerpo. Era horrible.

Sólo había una manera de salvar a Steve. Y yo sabía quién era la única persona que conocía aquel veneno y cómo combatir sus efectos.

Míster Crepsley.

Mientras aparcábamos a la entrada de casa y bajábamos del coche, me decidí: le seguiría la pista y le obligaría a hacer lo que pudiera por Steve. En cuanto oscureciera, me escaparía de casa y encontraría al vampiro dondequiera que se hubiera ocultado. Y si no conseguía sonsacarle información que me permitiera volver con una cura para Steve…

… en ese caso no volvería nunca.

CAPÍTULO 24

Tuve que esperar hasta casi las once. Me hubiera marchado más temprano, mientras mamá estaba en el hospital, pero un par de amigos de papá pasaron por casa con sus hijos y tuve que ejercer de anfitrión.

Mamá volvió sobre las diez. Estaba cansada, así que papá se las arregló para deshacerse de las visitas lo antes posible. Tomaron una taza de té y charlaron un rato en la cocina; luego se acostaron. Esperé a que se durmieran y luego me escabullí escaleras abajo y salí por la puerta trasera.

Atravesé veloz la oscuridad como un cometa. Me movía tan rápido que nadie me vio ni oyó. En un bolsillo, llevaba un crucifijo que había encontrado en el joyero de mamá y, en el otro, una botella de agua bendita que uno de los amigos del colegio de papá nos había enviado hacía años. No era capaz de hallar una estaca. Pensé en llevar un cuchillo afilado en su lugar, pero probablemente sólo hubiera conseguido cortarme. Soy un poco torpe con los cuchillos.

El viejo teatro estaba desierto y oscuro como boca de lobo. Esta vez entré por la puerta principal.

No tenía la menor idea de lo que iba a hacer si no encontraba al vampiro, pero de alguna manera presentía que ahí estaría. Tenía una sensación parecida a la de aquel día en que Steve lanzó por los aires los pedacitos de papel con la entrada ganadora mezclada entre ellos, yo cerré los ojos y la atrapé a ciegas. Era cosa del destino.

Me costó un buen rato encontrar el sótano. Llevaba una linterna, pero las pilas estaban casi agotadas y a los dos minutos empezó a parpadear hasta apagarse, dejándome en la más completa oscuridad, mientras me movía a tientas como un topo. Cuando encontré los escalones, empecé a bajar sin pensármelo dos veces y

así no darle tiempo al miedo.

Cuanto más descendía, más aumentaba la claridad, hasta que llegué abajo y vi cinco grandes cirios encendidos. Eso me sorprendió —¿acaso no se suponía que los vampiros le tenían pavor al fuego?—, pero también me alegró.

Míster Crepsley me esperaba en el otro extremo del sótano. Estaba sentado frente a una mesita jugando un solitario.

—Buenos días, señor Shan —dijo sin levantar la vista.

Me aclaré la garganta antes de replicar.

—No es por la mañana —dije—. Estamos en mitad de la noche.

—Para mí es por la mañana —dijo; luego alzó la mirada y sonrió.

Sus dientes eran largos y afilados. Nunca había estado tan cerca de él como entonces, y había albergado la esperanza de descubrir todo tipo de detalles —dientes rojos, orejas largas, ojos sesgados—, pero tenía el mismo aspecto que cualquier otro ser humano, aunque tremendamente feo.

—Me estaba esperando, ¿no? —pregunté.

—Sí —asintió.

—¿Cuánto tiempo tardó en descubrir dónde estaba Madam Octa?

—La encontré la misma noche en que la robaste —dijo.

—¿Y entonces por qué no se la llevó?

Se encogió de hombros.

—Iba a hacerlo, pero me dio por pensar en qué clase de chico se atrevería a robarle a un vampiro, y decidí que quizás más adelante pudieras serme útil.

—¿Para qué? —pregunté, intentando disimular que me temblaban las rodillas.

—Ésa es la cuestión, ¿para qué? —replicó burlonamente.

Chascó los dedos y las cartas que había sobre la mesa se apilaron y metieron en su caja por sí solas. Él las dejó a un lado e hizo crujir los nudillos.

—Dime, Darren Shan, ¿para qué has venido? ¿Para volverme a robar? ¿Todavía deseas poseer a Madam Octa?

Negué con la cabeza.

—¡No quiero volver a ver a ese monstruo jamás! —bufé.

Se echó a reír.

—Pobrecita, se va a poner muy triste si oye esas palabras.

—No se burle de mí —le advertí—. No me gusta que me tomen el pelo.

—¿Ah, no? —preguntó—. ¿Y qué piensas hacer si continúo?

Saqué el crucifijo y la botella de agua bendita y los alcé en el aire.

—¡Le atacaré con esto! —bramé, esperando que él cayera hacia atrás paralizado de miedo.

Pero no fue así. En lugar de eso, sonrió, volvió a chascar los dedos y, de repente, el crucifijo y la botella de plástico habían desaparecido de mis manos. Estaban en las suyas.

Observó detenidamente el crucifijo, soltó una risita y lo arrugó como si fuera de papel de aluminio hasta convertirlo en una pelotita. Luego destapó la botella de agua bendita y se la bebió de un trago.

—¿Sabes lo que más me gusta? —preguntó—. Me encanta la gente que ve montones de películas de terror y lee libros de miedo. Porque se creen lo que leen y oyen, y aparecen cargando cosas estúpidas, como crucifijos y agua bendita en lugar de traer armas capaces de hacer daño de verdad, como pistolas o granadas de mano.

—¿Quiere decir que… los crucifijos… no le hacen ningún daño? —balbuceé.

—¿Y por qué iban a hacérmelo? —preguntó.

—Porque usted es… el mal —dije.

—¿Ah, sí? No deberías creer todo lo que te dicen. Es cierto que nuestros gustos son un tanto exóticos. Pero que nos guste beber sangre no significa que seamos malvados. ¿Acaso los murciélagos vampiro son malvados cuando le chupan la sangre a las vacas y los caballos?

—No —dije—. Pero eso es distinto. Son animales.

—También los humanos son animales —me dijo—. Si un vampiro mata a un ser humano, entonces sí es la personificación del mal. Pero el que se limita a chupar un poco de sangre para llenar su pobre estómago hambriento… ¿Qué tiene eso de malo?

No encontré respuesta. Me sentía aturdido y ya no sabía en qué

creer. Estaba a su merced, solo e indefenso.

—Ya veo que no estás de humor para disquisiciones filosóficas —dijo—. Muy bien. Reservaremos las discusiones para otro momento. Pero dime, Darren Shan, si no se trata de mi araña, ¿qué es lo que quieres?

—Le picó a Steve Leonard —le dije.

—Al que todos conocen por Steve Leopard —dijo él, asintiendo—. Un asunto feo. En cualquier caso, los chicos pequeños que juegan con cosas que no entienden, difícilmente pueden quejarse si luego…

—¡Quiero que usted le ayude! —le interrumpí, gritando.

—¿Yo? —preguntó, haciéndose el sorprendido—. Pero si yo no soy médico. No soy un especialista. No soy más que un artista de circo. Un freak. ¿Recuerdas?

—No —dije—. Usted es más que eso. Sé que usted puede salvarle. Sé que tiene poder suficiente para hacerlo.

—Es posible —dijo—. La picadura de Madam Octa es mortal, pero siempre hay un antídoto para cada veneno. Quizá yo tenga la cura. Quizá tenga un frasco de suero capaz de hacer que tu amigo recupere sus funciones vitales.

—¡Sí! —grité lleno de júbilo—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo…!

—Pero puede que sea un frasco pequeño —dijo míster Crepsley, levantando un largo y huesudo dedo para hacerme callar—. Puede que sólo tenga una pequeña cantidad de suero. Quizá sea un líquido precioso. Quizá quiera guardarlo para una auténtica emergencia, por si acaso Madam Octa me pica alguna vez a mí. Puede que no quiera malgastarlo con un crío.

—No —dije en voz baja—. Tiene que dármelo. Tiene que utilizarlo con Steve. Se está muriendo. No puede permitir que muera.

—Pues claro que puedo —rió míster Crepsley—. ¿Qué tengo yo que ver con tu amigo? Ya oíste lo que dijo la noche que estuvo aquí: ¡dijo que cuando fuera mayor se haría cazador de vampiros!

—No hablaba en serio —balbuceé—. Sólo lo dijo porque estaba enfadado.

—Quizá —musitó míster Crepsley, acariciándose la barbilla y la cicatriz, pensativo—. Pero te lo volveré a preguntar: ¿por qué razón

tendría yo que salvar a Steve Leopard? Pagué muy caro el suero y no puedo reponerlo.

—¡Pagaré por él lo que me pida! —grité.

Y al parecer, eso era lo que había estado esperando oír. Se lo noté en los ojos, en la forma en que los entornó, en cómo se encorvó hacia delante, sonriendo. Por eso no había querido recuperar a Madam Octa aquella primera noche. Por eso no había abandonado la ciudad.

—¿Pagar? —preguntó maliciosamente—. Pero si no eres más que un crío. Es imposible que tengas suficiente dinero para comprar el remedio.

—Le pagaré poco a poco —prometí—. Cada semana durante cincuenta años, o el tiempo que usted me diga. Cuando sea mayor tendré trabajo, y le entregaré todo mi dinero. Se lo juro.

Negó con la cabeza.

—No —dijo suavemente—. Tu dinero no me interesa.

—¿Y qué es lo que le interesa? —pregunté en voz baja—. Estoy seguro de que tiene un precio. Por eso me ha estado esperando, ¿no es cierto?

—Eres un jovencito muy inteligente —dijo—. Lo supe en cuanto me desperté y vi tu nota en lugar de la araña. Me dije a mí mismo: «Larten, este chico es de lo más notable, un auténtico prodigio. Llegará lejos».

—Ahórrese toda esa mierda y dígame cuánto quiere —bufé.

Se echó a reír groseramente, luego se puso serio.

—¿Recuerdas de qué hablamos Steve Leopard y yo? —preguntó.

—Naturalmente —repliqué—. Él quería convertirse en vampiro. Usted le dijo que era demasiado joven, así que él le propuso convertirse en su aprendiz. A usted en principio le pareció bien, pero luego descubrió que era una persona malvada y se negó.

—Más o menos —convino—. Excepto, acuérdate, que no me entusiasmaba la idea de tener un ayudante. Pueden resultar útiles, pero también ser una carga.

—¿A dónde quiere llegar? —pregunté.

—Lo he pensado mejor desde entonces —dijo—. He decidido que no es tan mala idea después de todo, especialmente ahora que me he desvinculado del Cirque du Freak y tendré que arreglármelas

por mi cuenta. Un aprendiz de vampiro podría ser justo lo que me recomendaría el médico hechicero.

Sonrió por el pequeño chiste que acababa de hacer.

Yo fruncí el ceño.

—¿Quiere decir que ahora sí permitiría que Steve se convirtiera en su ayudante?

—¡Por todos los cielos, no! —gritó—. ¿Aquel monstruo? No quiero ni imaginar las atrocidades que cometería cuando fuera adulto. No, Darren Shan, no quiero que Steve Leopard sea mi asistente.

Me señaló con su largo y huesudo dedo una vez más, y supe lo que iba a decir unos instantes antes de que lo dijera.

—¡Me quiere a mí! —susurré, adelantándome a sus palabras.

Y su oscura, siniestra sonrisa me indicó que había dado en el clavo.

CAPÍTULO 25

—¡Está loco! —grité, tambaleándome hacia atrás—. ¡De ninguna manera me convertiré en su ayudante, aprendiz o lo que sea! ¡Debe de estar loco para haber pensado una cosa así!

Míster Crepsley se encogió de hombros.

—Entonces, Steve Leopard morirá —dijo, simplemente.

Dejé de retroceder.

—Por favor —supliqué—, tiene que haber alguna otra manera.

—Esto no admite discusión —dijo—. Si quieres salvar la vida de tu amigo, tendrás que unirte a mí. Si te niegas, no tenemos nada más que hablar.

—¿Y si yo…?

—¡No me hagas perder más tiempo! —gritó, dando un golpe sobre la mesa—. Llevo dos semanas viviendo en este sucio agujero lleno de pulgas, cucarachas y piojos. Si no te interesa mi oferta, dilo y márchate. Pero no me hagas perder el tiempo con otras posibilidades, porque no las hay.

Asentí lentamente y me acerqué un poco más a él.

—Cuénteme más detalles de lo que supone ser un aprendiz de vampiro —dije.

Él sonrió.

—Serás mi compañero de viaje —me explicó—. Viajarás conmigo por todo el mundo. Serás mis ojos y mis manos durante el día. Vigilarás mientras yo duerma. Buscarás alimento para mí cuando escasee. Me llevarás la ropa a la lavandería. Lustrarás mis zapatos. Cuidarás de Madam Octa. En pocas palabras, te ocuparás de todas mis necesidades. A cambio, yo te introduciré en los hábitos de los vampiros.

—¿Tengo que convertirme obligatoriamente en vampiro? —pregunté.

—En su día —respondió—. Al principio sólo tendrás parte de los poderes de los vampiros. Te convertiré en un «vampiro a medias». Eso significa que podrás moverte libremente durante el día. No necesitarás mucha sangre para mantenerte. Disfrutarás de ciertos poderes, pero no de todos. Y envejecerás a un ritmo una quinta parte más lento que la media, en lugar de una décima parte como los vampiros completos.

—¿Y qué significa eso? —pregunté, confuso.

—Los vampiros no vivimos eternamente —explicó—, pero somos mucho más longevos que los humanos. Envejecemos diez veces más lentamente de lo habitual. Es decir, cada diez años envejecemos uno. Siendo sólo medio vampiro, envejecerás un año de cada cinco.

—¿Quiere decir que por cada cinco años que pasen yo sólo creceré uno? —pregunté.

—Exacto.

—No sé —murmuré—. Me suena peligroso.

—Tú decides —dijo—. No puedo obligarte a ser mi asistente. Si decides que no quieres hacerlo, eres libre de irte.

—¡Pero si me niego, Steve morirá! —chillé.

—Sí —confirmó—. Se trata de tu compromiso como ayudante contra su vida.

—Casi no me deja elección —protesté.

—No —convino—, no tienes mucho donde elegir. Pero es la única oferta posible. ¿Aceptas?

Me paré a pensarlo. Quería decir que no, escapar de allí para no volver nunca. Pero sí hacía eso, Steve moriría. ¿Era su vida lo bastante valiosa como para hacer un trato como aquél? ¿Me sentía yo lo bastante culpable como para ofrecer mi vida a cambio de la suya? La respuesta era…

Sí.

—De acuerdo —suspiré—. No me gusta la idea, pero estoy atado de pies y manos. Sólo quiero que sepa una cosa: si alguna vez tengo ocasión de traicionarle, lo haré. Si surge la oportunidad de vengarme, no la dejaré pasar. Nunca podrá confiar en mí.

—Muy bien —dijo.

—Hablo en serio —le advertí.

—Lo sé —dijo él—. Por eso te quiero a ti. El ayudante de un vampiro debe tener temple. Precisamente tu espíritu combativo fue lo que me hizo elegirte. Será peligroso tenerte cerca, no me cabe duda, pero tampoco me cabe duda de que en una pelea serías un buen aliado.

Respiré hondo.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunté.

Se puso en pie y apartó la mesa a un lado. Se me fue acercando hasta detenerse a un medio metro de distancia. Parecía tan alto como un edificio. Emanaba un repugnante olor que yo no había notado hasta entonces. El olor de la sangre.

Alzó la mano derecha y me mostró el dorso. No tenía las uñas exageradamente largas, pero parecían afiladas. Levantó la mano izquierda y presionó sobre las carnosas yemas de los dedos con las uñas de la derecha. Luego marcó los dedos de la mano derecha de la misma forma que lo había hecho con la izquierda. No pudo reprimir una mueca de dolor.

—Levanta las manos —gruñó. Yo estaba observando fascinado la sangre que goteaba de sus dedos y no obedecí su orden—. ¡Ahora! —gritó, agarrándome las manos y levantándomelas de un tirón.

Hundió las uñas en las tiernas yemas de mis dedos, las diez al mismo tiempo. Grité de dolor y caí hacia atrás, apretando la manos contra los costados, frotándomelas contra la chaqueta.

—No seas tan miedica, pareces un bebé —se burló, obligándome a dejar libres las manos.

—¡Me duele! —aullé.

—Pues claro que duele —se rió él—. También a mí me hace daño. ¿Acaso creías que convertirse en vampiro resulta fácil? Ve acostumbrándote al dolor. Te queda mucho por delante.

Se llevó mis dedos a la boca y chupó un poco de sangre. Le observé enjuagándose la boca con ella para comprobar su calidad. Por fin asintió y se la tragó.

—Es sangre buena —dijo—. Podemos proceder.

Apretó sus dedos contra los míos. Durante unos segundos sentí que se me adormecían los extremos de los brazos. Entonces noté que la sangre pasaba de mi cuerpo al suyo a través de mi mano izquierda, mientras que por la derecha me entraba la sangre de él.

Fue una extraña sensación de hormigueo. Notaba cómo s sangre me subía por el brazo derecho, luego bajaba por el costado y volvía a subir por la izquierda. Cuando me llegó al corazón sentí un lacerante dolor que casi hizo que me desmayara. Lo mismo le sucedía a míster Crepsley; vi cómo se apretaba los dientes, sudoroso.

El dolor continuó hasta que la sangre de míster Crepsley bajó por mi brazo izquierdo y empezó a fluir de nuevo por su cuerpo. Permanecimos unidos un par de segundos más, hasta que él se apartó de un empujón. Caí de espaldas contra el suelo. Me sentía mareado y enfermo.

—Dame los dedos —dijo míster Crepsley. Observé cómo se chupaba los suyos—. Mi saliva curará las heridas. De lo contrario seguirías perdiendo sangre hasta morir.

Bajé la vista hacia mis manos y vi cómo se derramaba la sangre. Estirándolas hacia él, dejé que el vampiro se las metiera en la boca y pasara su áspera lengua por las yemas de los dedos.

Cuando las dejó, la hemorragia había cesado. Me sequé los restos de sangre con un pedazo de tela. Me examiné los dedos y comprobé que ahora tenía diez diminutas cicatrices.

—Así es como se reconoce a un vampiro —me dijo míster Crepsley—. Hay otras maneras de transformar a un humano, pero los dedos son el método más sencillo y menos doloroso.

—¿Ya está? —pregunté—. ¿Ya soy medio vampiro?

—Sí —dijo él.

—No noto ninguna diferencia —le dije.

—Tendrán que pasar unos días antes de que los efectos se manifiesten —dijo—. Siempre hay un periodo de adaptación. De lo contrario, el shock podría ser excesivo.

—¿Y cómo se convierte uno en vampiro del todo? —pregunté.

—De la misma manera. Sólo hay que permanecer unidos más tiempo, de forma que te entre en el cuerpo más cantidad de sangre del vampiro.

—¿Qué podré hacer con mis nuevos poderes? —pregunté—. ¿Podré transformarme en murciélago?

Su risotada retumbó en toda la estancia.

—¡Un murciélago! —chilló—. No creerás esas estúpidas

historias, ¿no? ¿Cómo podía transformarse alguien de tu corpulencia o de la mía en una diminuta rata voladora? Usa el cerebro, chico. ¡No podemos transformarnos en murciélagos, ratas o humo más de lo que somos capaces de transformarnos en aviones, barcos o monos!

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —pregunté.

Se rascó la barbilla.

—Son demasiadas cosas para explicártelas todas ahora —dijo—. Tenemos que atender a tu amigo. Si no toma el antídoto antes de mañana por la mañana, el suero no funcionará. Además, tenemos mucho tiempo para hablar de poderes secretos.

Y añadió, sonriendo:

—Se podría decir que tenemos todo el tiempo de mundo.

CAPÍTULO 26

Míster Crepsley me condujo escaleras arriba y salimos del edificio. Caminaba sin titubear en la oscuridad. Me pareció que mi visión había mejorado, pero puede que simplemente se me hubieran acostumbrado los ojos y aquella sensación no tuviera nada que ver con la sangre de vampiro que llevaba en las venas.

Una vez fuera, me dijo que me colgara de sus hombros.

—Cógete del cuello. No te sueltes ni hagas movimientos bruscos.

Mientras me encaramaba a sus hombros, bajé la vista y noté que llevaba zapatillas de deporte. Me pareció extraño pero no dije nada.

Cuando me hubo cargado a la espalda, empezó a correr. Al principio no noté nada raro, pero enseguida empecé a darme cuenta de lo veloces que pasaban los edificios a mi lado. Las piernas de míster Crepsley no parecían moverse tan deprisa. Por el contrario, ¡era como si el mundo se moviera más aprisa y nosotros pasáramos de largo!

Llegamos al hospital en un par de minutos. Lo normal era tardar veinte minutos, andando a buen paso.

—¿Cómo ha hecho eso? —pregunté, bajando al suelo.

—La velocidad es algo relativo —dijo, ajustándose su capa roja sobre los hombros, apresurándose a arrastrarme de nuevo entre las sombras, donde no podíamos ser vistos.

Y ésa fue su única respuesta.

—¿En qué habitación está tu amigo? —preguntó.

Le dije el número de la habitación en que se encontraba Steve. Él levantó la vista, fue contando ventanas, asintió para sus adentros y me dijo que volviera a subir a sus espaldas. Cuando estuve bien acomodado, caminó hacia la pared exterior del hospital, se quitó las zapatillas de deporte y apoyó los dedos de manos y pies en el muro. Y entonces sacó las uñas… ¡y las hundió en los ladrillos!

—Mmm —murmuró—, es un poco endeble, pero aguantará. No te dejes llevar por el pánico si resbalamos. Puedo caer de pie sin problemas. Hace falta mucha altura para matar a un vampiro.

Empezó a trepar por el muro, clavando las uñas en él, adelantando una mano, luego un pie, después la otra mano y el otro pie, un paso tras otro. Se movía deprisa y con agilidad, y en cuestión de segundos estuvimos en la ventana de Steve, agazapados en el alféizar, atisbando.

No estaba muy seguro de la hora, pero sin duda era muy tarde. Aparte de Steve, no había nadie en la habitación. Míster Crepsley tanteó la ventana. Estaba cerrada. Apoyó los dedos de una mano sobre el cristal, a la altura del pestillo, y chasqueó los de la otra.

¡El pestillo se abrió con un clic! Levantó la ventana y entró en la habitación. Me bajé de su espalda. Mientras él comprobaba que la puerta estuviera bien cerrada, yo examiné a Steve. Su respiración era más irregular, y llevaba tubos nuevos por todo el cuerpo, conectados a máquinas de aspecto amenazador.

—El veneno ha hecho su efecto muy rápidamente —dijo míster Crepsley, mirándole por encima de mi hombro—. Puede que sea demasiado tarde para salvarle la vida.

Al oír esas palabras se me heló la sangre en las venas.

Míster Crepsley se inclinó sobre Steve y le levantó un párpado. Durante unos segundos que me parecieron larguísimos, siguió mirando el globo ocular de Steve mientras con la otra mano sostenía su muñeca, tomándole el pulso. Por fin, emitió un gruñido.

—Hemos llegado a tiempo —dijo, y sentí que se me henchía el corazón—. Pero es una suerte que no hayas esperado. Unas pocas horas más y estaría desahuciado.

—Limítese a poner manos a la obra y curarle —le espeté, sin querer enterarme de lo cerca que estaba de la muerte mi mejor amigo.

Míster Crepsley rebuscó en uno de sus incontables bolsillos y sacó un pequeño vial de vidrio. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y puso el frasco al trasluz para examinar el suero.

—Tengo que tener cuidado —me dijo—. Este antídoto es casi tan letal como el veneno. Un par de gotas más de la cuenta y…

No tuvo necesidad de acabar la frase.

Ladeó la cabeza de Steve y me dijo que se la sostuviera en esa posición. Apoyó una de sus uñas en el cuello de Steve y le hizo un pequeño corte. Empezó a brotar sangre de la herida. La taponó con un dedo, mientras con la otra mano le quitaba el tapón de corcho al frasco.

Se lo llevó a los labios y se dispuso a beber.

—¿Pero qué hace? —pregunté.

—Tengo que morderle para inoculárselo. Un médico podría inyectárselo, pero yo no sé de agujas ni cosas parecidas.

—¿Es seguro? —pregunté—. ¿No le transmitirá ninguna enfermedad?

Míster Crepsley sonrió.

—Si quieres llamar a un médico, eres libre de hacerlo. De lo contrario, tendrás que tener un poco de fe en un hombre que ya hacía esto mucho antes de que tu abuelo naciera.

Se llenó la boca de líquido y lo paladeó. Luego se inclinó hacia delante y cubrió el corte con los labios. Hinchó los carrillos y empezó a inocularle el suero a Steve.

Al terminar, volvió a sentarse y se secó los labios. Escupió los restos del líquido.

—Siempre me da miedo tragarme ésta porquería accidentalmente. Cualquier noche aprenderé a hacerlo de forma menos peligrosa.

Estaba a punto de contestarle, cuando Steve se movió. Flexionó el cuello, enderezó la cabeza, levantó los hombros. Sus brazos y piernas se convulsionaron espasmódicamente y sin control. Con el rostro crispado empezó a gemir.

—¿Qué está pasando? —pregunté, temiendo que algo hubiera ido mal.

—Todo va bien —dijo míster Crepsley, dejando el frasco a un lado—. Estaba al borde de la muerte. El viaje de vuelta nunca es agradable. Sufrirá un poco, pero sobrevivirá.

—¿Tendrá efectos secundarios? ¿No quedará paralítico o algo así?

—No. Se pondrá bien. Sentirá cierta rigidez y se resfriará fácilmente, pero por lo demás, será el de siempre.

Steve abrió los ojos de repente y nos miró. Una expresión de

perplejidad cruzó su rostro e intentó decir algo. Pero tenía la boca paralizada; puso los ojos en blanco y luego los volvió a cerrar.

—¿Steve? —grité, sacudiéndolo—. ¿Steve?

—Esto le ocurrirá con frecuencia —dijo míster Crepsley—. Pasará toda la noche en un estado semiconsciente, despertándose y durmiéndose alternativamente. Pero por la mañana ya estará completamente despierto, y cuando llegue la tarde se levantará y pedirá la cena. Venga, vámonos.

—Quiero quedarme un rato para asegurarme de que se recupera —repliqué.

—De lo que quieres asegurarte es de que no te haya engañado. Mañana volveremos y verás que se encuentra bien. Ahora tenemos que irnos. Si nos quedamos…

¡De repente se abrió la puerta y entró una enfermera!

—¿Qué está pasando aquí? —gritó sorprendida al vernos—. ¿Quién demonios son…?

Míster Crepsley reaccionó con rapidez, agarró el cubrecamas de Steve y se lo lanzó a la enfermera. Ella cayó al suelo, intentando desembarazarse de la tela, que se le enredaba en las manos.

—Vamos —siseó míster Crepsley, corriendo hacia la ventana—. Tenemos que irnos inmediatamente.

Miré fijamente la mano que me tendía, luego a Steve, a la enfermera y hacia la puerta abierta.

Míster Crepsley retiró la mano.

—Ya veo —dijo tristemente—. No quieres seguir adelante con nuestro pacto.

Titubeé, abrí la boca para contestar y luego —actuando sin pensar— me di la vuelta y eché a correr hacia la puerta.

Creí que me detendría, pero no hizo nada, se limitó a aullar a mis espaldas:

—¡Muy bien! ¡Corre, Darren Shan! ¡No te servirá de nada! Ahora eres una criatura de la noche. ¡Eres uno de los nuestros! Volverás. Volverás arrastrándote, pidiendo ayuda de rodillas. ¡Corre, estúpido, corre!

Y se echó a reír siniestramente.

Su risa me persiguió por el pasillo y escaleras abajo hasta que llegué a la puerta principal. Mientras corría, miraba continuamente

por encima del hombro, esperando que en cualquier momento se abalanzara sobre mí, pero llegué a casa sin notar el menor atisbo de su presencia, ni de su olor, ni de sonido alguno.

Lo único que persistía era su risa, que resonaba en mi cerebro como la maldición de una bruja.

CAPÍTULO 27

Me hice el sorprendido cuando mamá colgó el teléfono aquel lunes por la mañana y me dijo que Steve se había recuperado. Estaba emocionada y se puso a dar saltos de alegría conmigo y con Annie en la cocina.

—¿Y se ha restablecido él solito? —preguntó papá.

—Sí —dijo ella—. Los médicos no lo entienden, pero lo único que importa es que se encuentra bien.

—Increíble —murmuró papá.

—Puede que sea un milagro —dijo Annie, y yo tuve que girar la cabeza para ocultar una sonrisa. ¡Un milagro!

Mientras mamá salía para ir a visitar a la señora Leonard, yo me encaminaba hacia el colegio. Estaba medio asustado, pensando que la luz del sol quizá me quemara, pero naturalmente, no fue así. Míster Crepsley me había dicho que podría moverme libremente durante el día.

De vez en cuando me preguntaba si aquello no había sido más que un mal sueño. Al recordar lo ocurrido, todo me parecía una locura. En el fondo de mi corazón sabía que era real, pero intentaba no creérmelo, y a veces casi llegaba a conseguirlo.

Lo que más detestaba era la idea de tener que estar atrapado en mi cuerpo durante tantísimo tiempo. ¿Cómo podría explicárselo a mamá, a papá y a los demás? En sólo dos años tendría un aspecto ridículo, sobre todo en el colegio, en una clase rodeado de chicos que parecerían mucho más viejos que yo.

Fui a visitar a Steve el martes. Ya se había levantado de la cama y estaba sentado mirando la televisión mientras se zampaba una caja de bombones. Se mostró encantado de verme y me habló de su estancia en el hospital, la comida, los juegos que le dejaban las enfermeras para entretenerse, los regalos que se amontonaban.

—Tendré que dejar que me piquen arañas venenosas más a menudo —bromeó.

—Yo de ti no lo convertiría en costumbre —le dije—. Puede que la próxima vez no te salga bien.

Se me quedó mirando fijamente.

—¿Sabes? Los médicos están desconcertados —dijo Steve—. No saben qué es exactamente lo que me puso a morir, y tampoco saben cómo he podido superarlo.

—¿No les has dicho nada de Madam Octa? —pregunté.

—No —dijo—. No me pareció que fuera la mejor idea del mundo. Te habría creado problemas a ti.

—Gracias, Steve.

—¿Qué pasó con la araña? —preguntó—. ¿Qué hiciste con ella después de que me picara?

—La maté —mentí—. Sentí pánico y la pisoteé con todas mis fuerzas hasta que no quedó ni rastro.

—¿De verdad?

—De verdad.

Asintió ligeramente, sin quitarme los ojos de encima ni un momento.

—Al despertar —dijo—, tuve la sensación de que te veía. Debí de equivocarme, porque era una noche muy oscura. Pero fue como soñar despierto. Hasta me pareció ver a alguien contigo, alto y feo, vestido de rojo, con el pelo anaranjado y una larga cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda.

No dije nada. No podía. Sin levantar la vista del suelo, empecé a retorcerme las manos.

—Otra cosa curiosa —dijo—. La enfermera que me encontró ya despierto, jura que había dos personas en la habitación, un hombre y un chico. Los médicos creen que la imaginación le jugó una mala pasada y han dicho que no tiene importancia. Pero es raro, ¿no te parece?

—Muy raro —convine, incapaz de mirarle a los ojos.

***

Empecé a notar cambios en mi cuerpo durante los dos días siguientes. Me costaba conciliar el sueño, me pasaba la noche andando arriba y abajo. Se me agudizó el oído; era capaz de oír conversaciones desde muy lejos. En el colegio, oía las voces que llegaban desde dos aulas más allá, casi como si no hubiera paredes entre ellas.

Mi cuerpo se hizo más atlético. Podía correr por el patio durante el recreo sin sudar ni una gota. Nadie aguantaba mi ritmo. También me más sentía consciente de mi físico y perfectamente capaz de controlarlo. Era mucho más hábil con la pelota de fútbol, hacía con ella lo que me daba la gana, driblaba a mis contrincantes a voluntad. Sólo el jueves marqué dieciséis goles.

También aumentó mi fortaleza. Era capaz de hacer tantas flexiones como quisiera. La musculatura era la misma —por lo menos yo no notaba ningún músculo nuevo—, pero una extraña fuerza que nunca antes había experimentado recorría todo mi cuerpo. Todavía tenía que ponerla a prueba, pero estaba convencido de que podía ser inmensa.

Intentaba ocultar mis nuevas facultades, pero era difícil. Justifiqué el hecho de que alcanzara mayor velocidad y jugara mejor al fútbol explicando que entrenaba el doble, pero había otras cosas más difíciles de esconder.

Como ocurrió el jueves, cuando sonó el timbre después del recreo. El portero al que le acababa de meter dieciséis goles acababa de sacar de puerta. La pelota venía hacia mí, así que levanté la mano derecha para atraparla. La cogí, pero al apretar, ¡hundí sin darme cuenta las uñas y la reventé!

Y una noche, mientras estaba cenando en mi casa, era incapaz de concentrarme en lo que hacía. Oía discutir a los vecinos y tenía toda mi atención puesta en sus argumentaciones. Estaba comiendo patatas fritas y salchichas, y de golpe noté que la comida estaba más dura de lo normal. Bajé la mirada y me di cuenta de que… ¡estaba triturando el tenedor hasta convertirlo en añicos! Por fortuna nadie lo vio, y me las arreglé para tirarlo disimuladamente a la basura mientras lavaba los platos.

Steve llamó el jueves por la noche. Le habían dado de alta en el hospital. Le habían ordenado reposo por unos días y no tenía por

qué volver al colegio hasta pasado el fin de semana, pero me explicó que había convencido a su madre de que tenía que dejarle ir al día siguiente mismo si no quería que se volviera loco de aburrimiento.

—¿Me estás diciendo que tienes ganas de venir al colegio? —le pregunté, perplejo.

—Suena raro, ¿verdad? —rió—. Siempre estoy buscando excusas para quedarme en casa. ¡Y ahora que tengo una auténtica, quiero ir! Pero no sabes lo tétrico que resulta estar solo y encerrado todo el día. Ha sido divertido para un par de días, pero una semana entera… ¡brrr!

Pensé en decirle a Steve la verdad, pero no estaba seguro de cómo iba a tomárselo. Él había deseado convertirse en vampiro. No me parecía que fuera a gustarle la idea de que míster Crepsley me hubiera elegido a mí en lugar de a él.

Y contárselo a Annie era impensable. Ella no había vuelto a mencionar a Madam Octa desde la recuperación de Steve, pero a menudo la sorprendía mirándome. No sé qué le pasaba por la cabeza, pero imagino que debía ser algo así: «Steve está mejor, pero no gracias a ti. Tuviste la oportunidad de salvarle la vida y no lo hiciste. Has mentido y puesto en peligro su vida sólo por no meterte en líos. ¿Habrías hecho lo mismo si se hubiera tratado de mí?».

Steve fue el centro de atención aquel viernes. Toda la clase se apiñó a su alrededor suplicándole que explicase lo que le había pasado. Querían saber qué le había envenenado, cómo había conseguido sobrevivir, qué tal le había ido en el hospital, si tenía alguna cicatriz y todo ese tipo de cosas.

—No sé qué era lo que me picó o mordió —decía él—. Fue en casa de Darren. Yo estaba sentado junto a la ventana. Oí un ruido, pero no tuve tiempo de ver qué era antes de sentir la mordedura y desmayarme.

Nos habíamos puesto de acuerdo en explicar los dos lo mismo cuando lo visité en el hospital.

Nunca me había sentido tan extraño como aquel viernes. Pasé toda la mañana con la mirada errática, sintiéndome fuera de lugar. Me parecía un sin sentido. «Yo no tendría que estar aquí —me repetía para mis adentros—. Ya no soy un chico normal y corriente.

Debería estar ganándome la vida como aprendiz de vampiro. ¿De qué van a servirme ahora el inglés, la historia y la geografía? Éste ya no es mi medio natural».

Tommy y Alan le hablaron de mis maravillas en el campo de fútbol.

—Últimamente corre como el viento —dijo Alan.

—Y juega como Pelé —añadió Tommy.

—¿De veras? —preguntó Steve, mirándome de una forma extraña—. ¿Y a qué se debe ese cambio tan espectacular, Darren?

—No ha cambiado nada —mentí—. Es sólo que tengo una buena racha. La suerte me sonríe.

—¡Vaya con el Señor Modestia! —rió Tommy—. El señor Dalton ha dicho que quizá le promocione para que le fichen en el equipo de los sub-diecisiete. ¡Imagínate! ¡Uno de nosotros jugando con los sub-diecisiete! Nadie de nuestra edad ha jugado nunca en ese equipo.

—No —musitó Steve—, es verdad.

—¡Bah! Lo ha dicho por decir —intervine, intentando cambiar de tema.

—Es posible —dijo Steve—. Quizá.

Aquel día, durante el recreo, jugué mal ex profeso. Me daba perfecta cuenta de que Steve estaba muy suspicaz. No creo que supiera lo que estaba pasando, pero me notaba distinto. No corrí exageradamente y dejé pasar ocasiones en las que por regla general habría metido gol sin necesidad siquiera de los poderes especiales.

Mi táctica funcionó. Para cuando acabó el partido, había dejado de estudiar cada movimiento que yo hiciera y volvía a bromear conmigo como siempre. Pero al día siguiente sucedió algo que lo echó todo a perder.

Alan y yo corríamos tras la pelota. Él no tenía por qué ir a buscarla, puesto que yo estaba más cerca. Pero Alan era un poco más joven que el resto de nosotros y a veces actuaba como un estúpido. Pensé en retirarme, pero estaba harto de jugar mal. El final del recreo se acercaba y quería marcar por lo menos un gol. Así que decidí que si de mí dependía, Alan Morris podía irse al infierno. Aquella pelota era mía, y si se interponía en mi camino… ¡duro con él!

Tuvimos un encontronazo justo antes de llegar a la pelota. Alan soltó un grito y salió volando por los aires. Sonreí de satisfacción, controlé la pelota con un pie y me giré hacia la portería.

La visión de la sangre me hizo parar en seco.

Alan había caído mal y se había hecho un corte en la rodilla izquierda. Era una fea herida, y no dejaba de sangrar a chorro. Él se había echado a llorar y ni siquiera intentaba taparla con un pañuelo o un pedazo de tela.

Alguien chutó la pelota por debajo de mi pie y se la llevó. No hice caso. Tenía la mirada fija en Alan. Más concretamente, en la rodilla de Alan. Más concretamente todavía: en la sangre de Alan.

Di un paso hacia él. Y otro. Ahora estaba encima de él, cubriéndole con mi sombra. Levantó la mirada y debió ver algo extraño en mi rostro, porque dejó de llorar y se me quedó mirando con inquietud.

Caí de rodillas y, sin tiempo a darme cuenta de lo que estaba haciendo, cubrí la herida de su pierna con la boca y… ¡empecé a chuparle la sangre y a tragármela!

Sólo duró unos segundos. Yo tenía los ojos cerrados y la boca anegada de sangre. Tenía un sabor delicioso. No estoy seguro de cuánto hubiera chupado ni hasta qué punto hubiera podido hacerle daño a Alan. Afortunadamente no tuve ocasión de descubrirlo.

Tuve conciencia de estar rodeado de gente y abrí los ojos. Casi todos habían dejado de jugar y me miraban horrorizados. Aparté los labios de la rodilla de Alan y miré alrededor a mis amigos, preguntándome cómo iba a explicarles aquello.

De repente se me ocurrió la solución: me puse en pie de un brinco y abrí los brazos.

—¡Soy el señor de los vampiros! —chillé—. ¡El rey de los inmortales! ¡Os chuparé la sangre a todos!

Se me quedaron mirando perplejos; luego, se echaron a reír. ¡Creyeron que era un chiste! Pensaron que sólo simulaba ser un vampiro.

—Estás chiflado, Shan —dijo alguien.

—¡Qué asqueroso! —chilló una chica, al ver que la sangre me resbalaba goteando por el mentón—. ¡Deberían encerrarte!

Sonó el timbre con el que había que volver a clase. Me sentí

satisfecho de mí mismo. Creí que había conseguido engañar a todo el mundo. Pero entonces vi a alguien al fondo del corrillo y me puse pálido. Era Steve, y la expresión sombría de su rostro me hizo comprender exactamente lo que acababa de suceder. No se había dejado engañar en absoluto.

Él lo sabía.

CAPÍTULO 28

Aquella tarde evité a Steve y corrí directamente a casa. Estaba confuso. ¿Por qué había atacado a Alan? Yo no quería beberme la sangre de nadie. No había estado buscando ninguna víctima. ¿Cómo había podido abalanzarme sobre él como un animal salvaje? ¿Y qué pasaría si eso volvía a sucederme? ¿Y si la próxima vez no había nadie cerca que pudiera detenerme y yo empezaba a chupar hasta…?

No, aquella idea era una locura. La visión de la sangre me había cogido por sorpresa, eso era todo. No me lo esperaba. Esa experiencia me serviría de aprendizaje y la siguiente vez sería capaz de contenerme.

Todavía tenía sabor a sangre en la boca, así que fui al cuarto de baño y me la enjuagué con varios vasos de agua, y luego me lavé los dientes.

Me estudié a mí mismo en el espejo. Tenía la misma cara de siempre. No tenía ni los dientes más largos ni más afilados. Los ojos y las orejas eran los de siempre. Tenía el mismo cuerpo de siempre. Nada de músculos adicionales, nada de peso añadido, ningún nuevo mechón de pelo. La única diferencia visible eran las uñas, que se habían endurecido y estaban más oscuras.

Pero entonces, ¿por qué actuaba de aquella forma tan rara?

Deslicé una uña sobre el cristal del espejo e hice una larga y profunda rayada.

«Voy a tener que ir con cuidado con estas uñas», pensé para mis adentros.

Aparte de haber atacado a Alan no creía estar gravemente desquiciado. De hecho, cuanto más pensaba en ello, menos espantoso me parecía. De acuerdo, me costaría mucho tiempo madurar, y tendría que estar alerta ante la sangre fresca. Esa idea

me intranquilizaba.

Pero aparte de eso, la vida podía ser agradable. Era más fuerte que nadie de mi edad, más rápido y más ágil. Podía ser atleta, boxeador o futbolista. Puede que mi edad fuera un factor en contra, pero si tenía suficiente talento, eso no tendría importancia.

¡Imagínate: un vampiro futbolista! Ganaría millones. Aparecería en shows televisivos, la gente escribiría libros acerca de mí, haría una película sobre mi vida, y hasta era posible que alguna banda famosa me pidiera que cantara con ellos. Quizá encontrara trabajo en el mundo del cine como especialista haciendo de doble de otros niños. O incluso…

Un golpe en la puerta interrumpió el hilo de mis pensamientos.

—¿Quién es? —pregunté.

—Annie —contestaron—. ¿Aún no estás listo? Llevo una eternidad esperando para utilizar el baño.

—Entra —le dije—. Ya estoy.

Entró.

—¿Otra vez admirando tu belleza delante del espejo? —preguntó.

—Por supuesto —sonreí—. ¿Por qué no?

—Si yo tuviera una cara como la tuya me mantendría bien alejada de los espejos —cacareó.

Iba envuelta en una toalla. Abrió los grifos de la bañera y puso la mano debajo del agua para comprobar que no estaba demasiado caliente. Luego se sentó en el borde y se me quedó mirando con detenimiento.

—Tienes un aspecto un poco raro —dijo.

—No es verdad —dije. Entonces, mirándome al espejo, pregunté —: ¿En serio?

—Sí —dijo ella—. No sé qué es, pero te veo algo distinto.

—Son imaginaciones tuyas —le dije yo—. Soy el mismo de siempre.

—No —dijo, meneando la cabeza—. Estás claramente…

La bañera empezó a desbordarse, así que dejó de hablar un instante, se giró y cerró los grifos. Cuando se inclinó sobre ellos, se me clavaron los ojos en la curva de su cuello y se me secó la boca de repente.

—Como te decía, tienes un aspecto… —empezó a decir, incorporándose.

Se interrumpió al percibir mi mirada.

—¿Darren? —preguntó inquieta—. Darren, ¿pero qué…?

Alcé la mano derecha y ella permaneció en silencio. Abrió los ojos como platos y se quedó mirando fijamente y muda mis dedos, mientras yo los movía lentamente, primero de un lado a otro y luego en pequeños círculos. No estaba muy seguro de cómo lo hacía, pero ¡la estaba hipnotizando!

—Ven aquí —gruñí, con un profundo tono de voz.

Annie se puso en pie y obedeció. Se movía como una sonámbula, con los ojos en blanco, los brazos y la piernas rígidos.

Cuando se detuvo ante mí, reseguí el perfil de su cuello con los dedos. Respiraba pesadamente y la veía como entre niebla. Me pasé la lengua por los labios lentamente y oí el fragor de mis tripas. En el cuarto de baño hacía tanto calor que parecía un horno; veía gotas de sudor deslizándose por el rostro de Annie.

Di un rodeo hasta ponerme detrás de ella, sin apartar en ningún momento las manos de su carne. Notaba sus venas palpitantes mientras las acariciaba, y cuando presioné en la base del cuello, una de ellas se hinchó, hermosa y azul, como pidiendo que la sajaran hasta vaciarla.

Saqué los dientes y me incliné sobre ella, con las mandíbulas completamente abiertas.

En el último momento, cuando mis labios rozaban su cuello, vi mi propio reflejo en el espejo, y afortunadamente eso bastó para detenerme.

Mi rostro en el espejo era una máscara retorcida, un rostro irreconocible, en el que sólo se veían mis ojos enrojecidos que parecían cubrirlo por completo, lleno de profundas arrugas y con una mueca perversa. Levanté la cabeza para mirar más de cerca. Era y no era yo. Era como si dos personas distintas compartieran un solo cuerpo: un chico normal, un ser humano, y un animal salvaje de la noche, un ser sobrenatural.

Mientras observaba, aquella horrible máscara se desvaneció junto con la necesidad de beber sangre. Me quedé mirando a Annie, horrorizado. ¡Había estado a punto de morderla! ¡Me habría

alimentado de mi propia hermana!

Me alejé de ella tambaleándome con un sollozo y me cubrí la cara con las manos, aterrorizado por el espejo y por lo que pudiera ver en él. Annie retrocedió trastabillando y recorrió con la mirada extraviada el techo del cuarto de baño.

—¿Qué me está pasando? —preguntó—. Me siento rara. Había entrado para darme un baño, ¿no? ¿Ya está listo?

—Sí —dije en voz baja—. Ya está preparado.

Yo también estaba preparado. ¡Preparado para convertirme en vampiro!

—Te dejaré sola —dije, y salí.

En el vestíbulo me dejé caer contra la pared, y ahí pasé un par de minutos respirando hondo e intentando tranquilizarme.

No podría controlarme. La sed de sangre era algo que no sería capaz de vencer. Ahora ya ni siquiera podría permitirme la vista de la sangre derramada. El mero hecho de pensar en ella había bastado para despertar el monstruo que había en mí.

Llegué tambaleándome hasta mi habitación y me derrumbé sobre la cama, y lloré, pues sabía que mi vida como ser humano había terminado. Ya no podría seguir viviendo sin más como el Darren Shan de siempre. El vampiro que había en mí era incontrolable. Tarde o temprano me obligaría a hacer algo horrible y acabaría por asesinar a mamá, a papá o a Annie.

No podía permitir que eso sucediera. ¡No podía! Mi vida había dejado de tener importancia, pero no la de mis amigos y la de mi familia. Si quería protegerlos tendría que irme muy lejos, a algún lugar en el que no pudiera causar daño.

Esperé a que cayera la noche y luego salí. Esta vez no quería marcharme por ahí hasta que mis padres estuvieran dormidos. No me atrevía, porque sabía que uno de ellos vendría a mi habitación antes de acostarse. Ya me lo estaba imaginando, mamá inclinándose sobre mí para darme un beso de buenas noches y llevándose un susto de muerte cuando la mordiera en el cuello.

No dejé ninguna nota ni me llevé nada. No me sentía capaz de pensar en esas cosas. Lo único que sabía era que tenía que marcharme, y cuanto antes mejor. Cualquier cosa que retrasara mi huida empeoraría la situación.

Caminé a buen paso y pronto alcancé la entrada del teatro. Ya no me parecía tenebroso. Me había acostumbrado a verlo. Además, los vampiros no tienen nada que temer de los edificios sombríos y malditos.

Míster Crepsley me estaba esperando tras la puerta principal.

—Te he oído llegar —dijo—. Te has entretenido más de lo que yo pensaba en el mundo de los humanos.

—Le he chupado la sangre a uno de mis mejores amigos —le dije—. Y he estado a punto de morder a mi hermana pequeña.

—Pues tú has salido bien parado —dijo—. Muchos vampiros matan a alguien cercano antes incluso de darse cuenta de que están condenados.

—No hay vuelta atrás, ¿no? —pregunté con tristeza—. ¿No existe ninguna pócima capaz de devolver la naturaleza humana o de evitar que ataque a la gente?

—Lo único que puede detenerte ahora —dijo él— es la consabida estaca atravesándote el corazón.

—Pues qué bien —suspiré—. No me entusiasma, pero supongo que no tengo elección. Soy suyo. No volveré a escaparme. Haga conmigo lo que quiera.

Crepsley asintió lentamente.

—Es probable que no creas lo que voy a decirte —dijo—, pero sé por lo que estás pasando y lo siento por ti —meneó la cabeza apesadumbrado—. Pero no hay nada que hacer. Tenemos mucho trabajo por delante y no nos podemos permitir el lujo de perder el tiempo. Vamos, Darren Shan —me dijo, cogiéndome de la mano—. Tienes que trabajar muy duro hasta que asumas tu cometido y consigas demostrar que me sirves como aprendiz.

—¿Y qué tengo que hacer? —pregunté, desconcertado.

—Lo primero que hay que hacer —dijo, con una sonrisa taimada—, es… ¡matarte!

CAPÍTULO 29

Pasé mi último fin de semana despidiéndome en silencio. Visité todos y cada uno de mis lugares favoritos: la biblioteca, la piscina, el cine, los parques, el estadio de fútbol. A algunos sitios fui con mamá o con papá, a otros con Alan Morris o Tommy Jones. Me hubiera gustado pasar un rato con Steve, pero no podía soportar la idea de enfrentarme a él.

Tuve la sensación, con bastante frecuencia, de que alguien me seguía; notaba que se me erizaban los pelos de la nuca. Pero ninguna de las veces que me giré para comprobarlo conseguí ver a nadie. Finalmente, lo atribuí al nerviosismo y acabé por no hacer caso.

Cada minuto pasado con mi familia o mis amigos me parecía especial. Prestaba mucha atención a sus rostros y sus voces, para no olvidarlos. Sabía que nunca volvería a ver a aquellas personas, y eso me desgarraba las entrañas, pero no había otro remedio. Ya no había vuelta atrás.

Nada de lo que hicieran podía parecerme mal aquel fin de semana. Los besos de mamá no me abochornaban, las órdenes de papá no me molestaban, los estúpidos chistes de Alan ya no me incordiaban.

Pasé más tiempo con Annie que con nadie. Era la persona a quien más iba a echar en falta. La llevé a caballito y la cogí en brazos para columpiarla, y la llevé al estadio de fútbol conmigo y con Tommy. ¡Hasta jugué con sus muñecas!

A veces tenía ganas de llorar. Miraba a mamá o a papá, o a Annie, y me daba cuenta de hasta qué punto los quería, de lo vacía que estaría mi vida sin ellos. En esos momentos, tenía que girarme y respirar bien hondo. Hubo un par de veces en que eso no fue suficiente y tuve que marcharme a toda prisa para poder llorar en

privado.

Creo que intuían que algo no iba bien. Un sábado por la noche mamá vino a mi habitación y se quedó conmigo una eternidad, arropándome en la cama, contándome cosas, escuchándome hablar. Hacía años que no pasábamos tanto tiempo juntos de esa forma. Cuando se marchó, lamenté no haber disfrutado con ella de más noches como aquella.

Por la mañana, papá me preguntó si había alguna cosa de la que quisiera hablar con él. Me dijo que era un chico en edad de crecimiento y que iba a experimentar muchos cambios en mi vida, que él sabría comprender bruscas alteraciones en mi estado de ánimo o el hecho de que quisiera independizarme si era el caso. Pero él siempre estaría allí dispuesto a escucharme.

«¡Tú sí, pero seré yo quien no estará!». Sentí ganas de llorar, pero permanecí en silencio, asentí con la cabeza y le di las gracias.

Me comportaba lo mejor que podía. Quería que, por lo menos, al final, les quedara una buena impresión de mí, que me recordaran como a un buen hijo, un buen hermano, un buen amigo. No quería que nadie me tuviera en mal concepto una vez me hubiera ido.

Aquel domingo papá iba a llevarnos a cenar a un restaurante, pero yo les pedí que nos quedáramos en casa. Aquella iba a ser nuestra última comida juntos, y quería que fuera algo especial. Cuando mirara atrás al cabo de los años, quería poder recordarnos a todos juntos, en casa, una familia feliz.

Mamá cocinó mi plato favorito: pollo, patatas asadas, mazorca de maíz. Annie y yo tomamos zumo de naranja natural. Mamá y papá compartieron una botella de vino. De postre tomamos pastel de queso con fresas. Todo el mundo estaba de excelente humor. Entonamos juntos algunas canciones. Papá contó unos chistes horribles. Mamá tocó una melodía con un par de cucharas. Annie recitó unos poemas. Jugamos a mil cosas e hicimos payasadas entre todos.

Hubiera deseado que aquel día no acabara nunca. Pero, naturalmente, todos los días tienen que acabarse, y finalmente, como sucede siempre, se puso el sol y la oscuridad de la noche cubrió el cielo.

Al poco rato, papá levantó la vista, luego consultó su reloj.

—Hora de irse a la cama —dijo—. Mañana tenéis que ir al colegio, los dos.

«No —pensé—, yo no. Yo ya no tendré que ir al colegio nunca más».

Esa idea hubiera debido alegrarme… pero lo único que podía pensar era: «No ir al colegio significa que ya no habrá nunca más ni señor Dalton, ni amigos, ni fútbol, ni excursiones».

Retrasé el momento de irme a la cama todo lo que pude. Tardé siglos en quitarme la ropa y ponerme el pijama; y aún necesité más tiempo para lavarme las manos, la cara y los dientes. Luego, cuando ya no podía entretenerme más, bajé a la sala, donde mamá y papá estaban charlando. Levantaron la vista, sorprendidos de verme.

—¿Estás bien, Darren? —preguntó mamá.

—Muy bien —dije.

—¿No te encuentras mal?

—Estoy bien —le aseguré—. Sólo quería daros las buenas noches.

Abracé a papá y le besé en la mejilla. Luego hice lo mismo con mamá.

—Buenas noches —les dije a ambos.

—Esto es digno de pasar a la historia —rió papá, frotándose la mejilla en el punto en el que le había besado—. ¿Cuánto tiempo hacía que no venía a darme un beso de buenas noches, Angie?

—Demasiado —sonrió mamá, acariciándome la cabeza.

—Os quiero —les dije—. Sé que no os lo he dicho con mucha frecuencia, pero es verdad. Os quiero a los dos, y siempre os querré.

—También nosotros te queremos —dijo mamá—. ¿No es así, Dermont?

—Claro que sí —dijo papá.

—Bueno, pues díselo —insistió ella.

Papá suspiró.

—Te quiero, Darren —dijo, poniendo los ojos en blanco de una forma que sabía que me haría reír. Luego me dio un abrazo—. De verdad —volvió a decir, esta vez muy serio.

Les dejé solos. Me detuve un momento detrás de la puerta, para escucharles hablar, me resistía a marcharme.

—¿A qué crees que ha venido eso? —preguntó mamá.

—Críos —bufó papá—. ¿Quién sabe lo que tienen en la cabeza?

—Algo le pasa —dijo mamá—. Ya hace algún tiempo que está raro; se comporta de una forma extraña.

—Puede que tenga una novia —sugirió papá.

—Quizá —dijo mamá, aunque sin mucha convicción.

Ya me había entretenido bastante. Si continuaba allí, corría el riesgo de irrumpir corriendo en la habitación y explicárselo todo. Y si lo hacía, ellos me impedirían seguir adelante con el plan de míster Crepsley. Dirían que los vampiros no existen y harían todo lo posible por mantenerme a su lado, a pesar del peligro.

Pensé en Annie y en lo cerca que había estado de morderla, y supe que no podía permitir que me detuvieran.

Subí penosamente las escaleras camino de mi habitación. La noche era cálida y la ventana estaba abierta. Eso era importante.

Míster Crepsley me esperaba en el armario. Salió de él cuando me oyó cerrar la puerta.

—Me estaba asfixiando ahí dentro —se quejó—. Siento que Madam Octa haya tenido que pasar tanto tiempo en…

—Cállese —le espeté.

—No tienes por qué ser grosero —dijo con desdén—. No era más que un comentario.

—Bueno, pues no haga comentarios —dije—. Puede que para usted no sea importante este lugar, pero para mí sí lo es. Todo esto ha sido mi hogar, mi habitación, mi armario, incluso desde antes de lo que puedo recordar. Y esta noche será la última vez que lo vea. Son mis últimos momentos aquí. Así que no me ofenda, ¿vale?

—Lo siento —dijo él.

Eché una última, prolongada mirada a la habitación. Por fin sonreí tristemente. Saqué una bolsa de debajo de la cama y se la pasé a míster Crepsley.

—¿Qué es esto? —preguntó, receloso.

—Unas cuantas cosas personales —le dije—. Mi diario, una foto de mi familia. Y un par de tonterías más. Nada que vayan a echar en falta. ¿Quiere guardármelo?

—Sí —dijo.

—Pero sólo si me promete que no husmeará —repuse yo.

—Los vampiros no tienen secretos entre ellos —dijo.

Pero cuando vio la cara que ponía, titubeó ligeramente, se encogió de hombros y prometió:

—No lo abriré.

—De acuerdo —dije, respirando hondo—. ¿Tiene la pócima?

Asintió y me entregó un pequeño frasco de color oscuro. Examiné su contenido. Era un líquido oscuro, denso y maloliente.

Míster Crepsley se colocó detrás de mí y me puso las manos en el cuello.

—¿Está seguro de que funcionará? —le pregunté, nerviosamente.

—Confía en mí —dijo.

—Siempre había pensado que cuando se le rompe el cuello a alguien no puede volver a andar ni a moverse —dije.

—No —replicó—. Los huesos del cuello no importan. La parálisis sólo aparece cuando está afectada la médula espinal, un largo tronco nervioso que pasa por el centro del cuello. Tendré cuidado de no dañarla.

—¿No les parecerá raro a los médicos? —pregunté.

—No lo comprobarán —dijo—. La pócima reducirá tanto el ritmo cardíaco, que no tendrán la menor duda de que está muerto. Verán que tienes el cuello roto y la conclusión les parecerá obvia. Si fueras más viejo quizá se plantearan practicarte una autopsia. Pero a ningún médico le gusta abrir a un niño.

»Bueno, ¿tienes perfectamente claro lo que va a suceder y cómo tienes que actuar? —preguntó».

—Sí —dije.

—No puede haber errores —me advirtió—. Al menor fallo por tu parte, todos nuestros planes se irán al traste.

—¡No soy estúpido! ¡Sé lo que tengo que hacer! —le espeté.

—Entonces hazlo —dijo él.

Y lo hice.

Con un gesto de irritación, me tragué el contenido del frasco. Hice una mueca de disgusto al sentir su sabor, luego me estremecí mientras el cuerpo se me empezaba a poner rígido. No me dolió mucho, pero una gélida sensación recorrió mis huesos y venas. Me empezaron a castañetear los dientes.

Pasaron diez minutos hasta que el veneno dejó de sentir sus

mortíferos hechizos. Pasado ese tiempo, no podía mover ninguna de mis extremidades, los pulmones habían dejado de funcionar (bueno, sí funcionaban, pero muy, muy lentamente) y se me había parado el corazón (no del todo, pero sí lo bastante como para que su latido fuera indetectable).

—Ahora voy a romperte el cuello —dijo míster Crepsley.

Con una rápida sacudida me giró la cabeza hacia un lado y oí un seco chasquido. No notaba ninguna sensación, mis sentidos estaban muertos.

—Eso es —dijo—. Con esto será suficiente. Ahora te tiraré por la ventana.

Me arrastró hasta la ventana y se detuvo un instante, respirando el aire de la noche.

—Tengo que tirarte lo bastante fuerte para que parezca auténtico —dijo—. Puede que te rompas algún hueso en la caída. Empezará a dolerte cuando los efectos de la pócima desaparezcan, dentro de unos días, pero luego ya te curaré. ¡Vamos allá!

Me cogió en volandas, se quedó quieto un momento y me arrojó al exterior.

Caí rápidamente, vi la fachada de la casa pasar borrosa ante mí con un zumbido y aterricé pesadamente sobre la espalda. Tenía los ojos abiertos y me quedé mirando un desagüe a los pies de la casa.

Pasó un rato antes de que descubrieran mi cuerpo, así que permanecí allí tendido, escuchando los sonidos de la noche. Al fin, un vecino me vio y se acercó a ver qué pasaba. No pude verle la cara, pero oí su grito sofocado cuando me dio la vuelta y vio mi cuerpo sin vida.

Corrió hasta la entrada principal de la casa y llamó a la puerta. Le oí llamar a gritos a mi madre y a mi padre. Luego sus voces mientras él les conducía hasta la parte trasera. Creían que les estaba tomando el pelo o que se había equivocado. Mi padre caminaba aprisa, airado y murmurando para sus adentros.

Los pasos se detuvieron cuando giraron la esquina y me vieron. Durante un eterno, terrible minuto, se hizo un silencio absoluto. Luego papá y mamá corrieron hacia mí y me cogieron en sus brazos.

—¡Darren! —chilló mamá, apretándome contra su pecho.

—Suéltale, Angie —dijo bruscamente papá, liberándome de su abrazo y recostándome sobre la hierba.

—¿Qué le pasa, Dermont? —gimió mamá.

—No lo sé. Debe haberse caído.

Papá se puso en pie y miró hacia la ventana abierta de mi habitación. Vi cómo cerraba los puños.

—No se mueve —dijo mamá, conservando la serenidad. Luego se agarró a mí con saña—. ¡No se mueve! —gritó—. No se mueve. Está…

Una vez más, papá le apartó las manos. Llamó por señas a nuestro vecino y puso a mamá en sus manos.

—Llévela dentro —dijo en voz baja—. Llame a una ambulancia. Yo me quedaré aquí y me ocuparé de Darren.

—¿Está… muerto? —preguntó el vecino.

Al oír esas palabras, mamá gimió y enterró la cara entre las manos.

Papá negó suavemente con la cabeza.

—No —dijo, dándole a mamá un ligero apretón en el hombro—. Sólo está paralizado, igual que su amigo.

Mamá dejó caer las manos.

—¿Cómo Steve? —preguntó medio esperanzada.

—Sí —sonrió papá—. Y saldrá de ésta igual que Steve. Y ahora id a buscar ayuda, ¿de acuerdo?

Mamá asintió y se marchó a toda prisa acompañada del vecino. Papá mantuvo la sonrisa hasta que ella estuvo fuera del alcance de su vista, luego se inclinó sobre mí, me examinó los ojos y me buscó el pulso. Al no encontrar signos de vida, volvió a tenderme en el suelo, me apartó un mechón de pelo de los ojos y luego hizo algo que yo nunca habría imaginado que vería.

Se echó a llorar.

Y así es como se inició una nueva, desdichada etapa de mi vida… La de la muerte.

CAPÍTULO 30

Los médicos no tardaron mucho en pronunciarse. No respiraba ni había pulso, ni movimiento. En su opinión era un caso clarísimo.

Lo peor era ser consciente de lo que sucedía a mi alrededor. Deseé haber perdido a míster Crepsley que me diera otra pócima para dormir. Era terrible oír a mamá y papá llorando, a Annie chillando que volviera en mí.

Al cabo de un par de horas empezaron a llegar los amigos de la familia, provocando con su presencia un nuevo estallido de sollozos y gemidos.

Me habría gustado evitarlo. Hubiera preferido escapar con míster Crepsley en mitad de la noche, pero él me había dicho que eso era imposible.

—Si huyes —había dicho—, nos seguirán. Colgarán pósters por todas partes, proporcionarán fotografías tuyas a la policía y las publicarán en los periódicos. No tendremos ni un instante de paz.

La única manera era fingir mi muerte. Si me creían muerto, sería libre. Nadie se pone a buscar a una persona muerta.

Ahora, al oír la tristeza que había provocado, maldecía tanto a míster Crepsley como a mí mismo. No hubiera debido hacerlo. No tenía que haberles hecho pasar por todo aquello.

De todas formas, si uno lo miraba por el lado positivo, aquello significaría una especie de punto y final. Estaban tristes, y seguirían estándolo durante algún tiempo, pero acabarían superándolo (eso esperaba). Si hubiera huido, su aflicción podría haber durado para siempre: quizás hubieran vivido el resto de sus vidas esperando mi vuelta, buscándome, creyendo que algún día volvería.

Apareció el encargado de pompas fúnebres e hizo salir de la habitación a todas las visitas. Entre él y una enfermera, me desnudaron y examinaron mi cuerpo. Estaba recuperando en parte

mis sentidos; noté sus frías manos palpando y pellizcando.

—Está en excelentes condiciones —dijo en voz baja la enfermera—. Terso, fresco, sin marcas, ileso. Éste me va a dar muy poco trabajo. Sólo un poco de colorete rojo en las mejillas y ya está.

Me levantó los párpados. Era un hombre rechoncho y de aspecto alegre. Temí que detectara rastros de vida en mis ojos, pero no fue así. Se limitó a girarme la cabeza suavemente de un lado a otro, lo que hizo crujir los huesos rotos del cuello.

—Qué criatura tan frágil es el hombre —suspiró, y continuó con su exploración.

Aquella misma noche me llevaron de vuelta a casa y me tendieron sobre una larga mesa cubierta con una enorme tela, de modo que la gente pudiera pasar a darme el último adiós.

Era extraño, oír a toda aquella gente hablando de mí como si yo no estuviera presente, especulando acerca de mi vida y de cómo había sido de bebé, de lo buen chico que era y del buen hombre en que me habría convertido de haber vivido lo bastante.

Menudo susto se habrían llevado si me hubiera incorporado gritando: «¡Buuu!».

El tiempo iba pasando lentamente. Creo que no soy capaz de explicar lo tedioso que fue permanecer allí tendido y en silencio hora tras hora, sin poder moverme, ni reír, ni rascarme la nariz. ¡Ni siquiera podía mirar fijamente al techo porque tenía los ojos cerrados!

Tenía que tener cuidado, puesto que poco a poco iba recuperando los sentidos. Míster Crepsley me había avisado de que eso pasaría, de que empezaría a sentir picores y hormigueo mucho antes de recobrarme del todo. No podía moverme, pero el menor esfuerzo por mi parte podía provocar una sacudida o un espasmo, con lo que corría el riesgo de dar al traste con toda aquella farsa.

La picazón casi me volvió loco. Yo intentaba no pensar en ello, pero era imposible. Tenía picores por todas partes, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo como diminutas arañas. Lo peor era en la cabeza y el cuello, donde tenía los huesos rotos.

La gente empezó por fin a marcharse. Debía de ser bastante tarde, porque la estancia pronto quedó vacía y completamente silenciosa. Me quedé un rato allí tumbado, solo, disfrutando del

silencio.

Y entonces oí un ruido.

Alguien estaba abriendo la puerta de la habitación, muy lenta y cautelosamente.

Oí pasos que avanzaban por la estancia hasta detenerse junto a la mesa. Se me heló la sangre en las venas, y no precisamente a causa de la pócima. ¿Quién andaba allí? Por un momento pensé que podría tratarse de míster Crepsley, pero él no tenía por qué merodear por el interior de la casa. Habíamos establecido una cita para más adelante.

Fuera quien fuese, hombre o mujer, mantenía un silencio absoluto. Pasaron dos minutos sin que se oyera el menor sonido.

Luego sentí unas manos en mi cara.

Me levantó los párpados y enfocó mis pupilas con una pequeña linterna. La habitación estaba demasiado oscura como para que pudiera ver quién era. Emitió un gruñido, me cerró los párpados y, abriéndome la boca con esfuerzo, depositó algo en la lengua: por la textura parecía un pedazo de papel muy fino, pero tenía un extraño sabor amargo.

Tras retirar aquello de mi boca, me cogió las manos y examinó las yemas de los dedos. A continuación oí el sonido de una cámara tomando fotografías.

Finalmente, me clavó un objeto afilado que me pareció una aguja. Tuvo cuidado de no pincharme en lugares en los que pudiera sangrar y no se acercó a ninguno de mis órganos vitales. Había recobrado parcialmente la sensibilidad, aunque no del todo, así que la aguja no me dolió mucho.

Hecho esto, se marchó. Oí sus pasos cruzar la habitación, tan cautelosamente como antes, después cómo se abría y volvía a cerrar la puerta, y eso fue todo. El visitante, quienquiera que fuese, se había ido, dejándome perplejo y un poco asustado.

A primera hora de la mañana siguiente apareció papá y se sentó conmigo. Habló largo y tendido, explicándome todo lo que había proyectado con respecto a mí, el colegio al que habría ido, el trabajo que hubiera querido para mí. Lloró un montón.

Casi al final, entró mamá y se sentó con él. Lloraron uno en brazos del otro intentando consolarse mutuamente. Dijeron que

todavía tenían a Annie y que quizá podrían tener otro hijo o adoptarlo. Por lo menos había sido una muerte rápida y sin dolor. Y siempre les quedarían sus recuerdos.

Detesté ser la causa de tanto dolor. Hubiera dado cualquier cosa por ahorrárselo.

Aquel día, más tarde, hubo un montón de actividad. Trajeron un ataúd y me colocaron dentro. Vino un sacerdote y se sentó con la familia y sus amigos. No paraba de entrar y salir gente de la habitación.

Oí gritar a Annie que dejara de hacer el tonto y me incorporara de una vez. Habría sido mucho mejor que se la hubieran llevado de allí, pero supongo que no querían que creciera pensando que le habían negado la oportunidad de despedirse de su hermano.

Finalmente, pusieron la tapa al ataúd y la fijaron con tornillos. Me levantaron de la mesa y me sacaron hasta el coche fúnebre. Nos dirigimos lentamente hacia la iglesia, don de no pude oír casi nada de lo que se decía. Después, acabada la misa, me llevaron al cementerio, y allí sí escuché hasta la última palabra de la prédica del sacerdote, mezclada con los sollozos y gemidos de los deudos.

Y luego me enterraron.

CAPÍTULO 31

Todos los sonidos se fueron apagando a medida que me iban bajando por aquel oscuro y húmedo agujero. Noté una sacudida cuando el ataúd golpeó contra el fondo, luego el sonido, parecido al de la lluvia, de los primeros puñados de tierra arrojados sobre la tapa.

Después hubo un largo silencio, hasta que los sepultureros empezaron a echar paladas de tierra en la tumba.

Los primeros terrones sonaron como ladrillos. Eran golpes sordos, lo bastante fuertes como para hacer que el sarcófago vibrara. A medida que la fosa se fue llenando de tierra que se iba apilando entre mí y el mundo de la superficie, los sonidos de los vivos se fueron amortiguando hasta convertirse en lejanos, remotos murmullos.

Al final eran sólo débiles ruidos de golpes, cuando aplanaban el montículo de tierra.

Y luego, silencio absoluto.

Yacía en la silenciosa oscuridad, escuchando cómo se asentaba la tierra, imaginando el ruido que hacían los gusanos reptando hacia mí por entre el lodo. Había imaginado que sería espantoso, pero en realidad resultaba bastante apacible. Allí abajo me sentía protegido, a salvo del mundo.

Para pasar el rato, me puse a pensar en las últimas semanas, el cartel anunciador del espectáculo freak, la extraña fuerza que me empujó a conseguir una entrada con los ojos cerrados, mi primera imagen del oscuro teatro, la fresca y tranquila galería en la que había visto a Steve hablando con míster Crepsley.

Había demasiados momentos decisivos. Si me hubiera quedado sin entrada, ahora no estaría aquí. Si no hubiera ido al espectáculo, ahora no estaría aquí. Si no hubiera remoloneado por ahí para

enterarme de qué tramaba Steve, ahora no estaría aquí. Si no hubiera robado a Madam Octa, ahora no estaría aquí. Si no hubiera aceptado la oferta de míster Crepsley, ahora no estaría aquí.

Todos los «si…», «si…», «si…» del mundo, pero eso no cambiaba nada. Lo hecho, hecho estaba. Si pudiera retroceder en el tiempo…

Pero no podía. El pasado había quedado atrás. Lo mejor que podía hacer ahora era dejar de pensar en lo ocurrido. Había llegado el momento de olvidar el pasado y pensar en el presente y el futuro.

A medida que iban pasando las horas, recobraba el movimiento. Primero en los dedos, que se cerraron en un puño y se separaron del pecho, donde me los había colocado entrecruzados el encargado de pompas fúnebres. Los flexioné varias veces, lentamente, rascándome para aliviar el picor que sentía en las palmas de las manos.

A continuación abrí los ojos, pero no fue de gran ayuda. Abiertos o cerrados, allí abajo daba igual: todo era absoluta oscuridad.

Con la recuperación de la sensibilidad vino el dolor. Me hacía daño la espalda en el punto en que me había golpeado al caer por la ventana. Los pulmones y el corazón —tras haber permanecido un tiempo sin respirar y latir— dolían. Tenía las piernas agarrotadas, el cuello rígido. ¡Lo único que no me dolía era el dedo gordo del pie derecho!

Fue al recuperar la respiración cuando empecé a preocuparme por el aire del ataúd. Míster Crepsley había dicho que podría sobrevivir más de una semana en aquel estado parecido al coma. No necesitaba comer, ni ir al lavabo, ni respirar. Pero ahora que había recuperado la respiración, fui consciente de la escasa cantidad de aire de que disponía y de lo rápidamente que iba a consumirla.

No me dejé llevar por el pánico. Eso me habría hecho jadear y gastar más aire. Mantuve la calma y respiré lentamente. Permanecí allí tendido lo más quieto posible; el movimiento le obliga a uno a respirar más aire.

No tenía forma de calcular el tiempo. Intenté contarlo mentalmente, pero me perdía una y otra vez, y tenía que empezar de nuevo.

Canté en silencio y me expliqué historias entre dientes. Ojalá me hubieran enterrado con una tele o una radio, pero supongo que no

hay mucha demanda de ese tipo de cosas entre los muertos.

Al fin, tras lo que me parecieron siglos y siglos, llegaron a mis oídos ruidos indicadores de que alguien estaba cavando.

Excavaba más deprisa que cualquier ser humano, tan rápido que ni siquiera parecía que estuviese cavando, sino más bien succionando la tierra. Llegó hasta mí en lo que debió de ser un tiempo récord, menos de un cuarto de hora. Por lo que a mí concernía, no era ni una décima de segundo demasiado pronto.

Dio tres golpes en la tapa del ataúd, luego empezó a destornillar. Tardó un par de minutos, tras lo cual abrió la tapa por completo y yo me encontré admirando el cielo nocturno más bello que hubiera visto nunca.

Respiré hondo y me senté, tosiendo. Era una noche realmente oscura, pero después de haber pasado tanto tiempo bajo tierra, a mí me parecía luminosa como el día.

—¿Estás bien? —preguntó míster Crepsley.

—Muerto de cansancio —sonreí débilmente.

Se rió del chiste.

—Ponte de pie, que pueda examinarte —dijo.

Hice una mueca de dolor al levantarme: tenía agujetas por todo el cuerpo. Me pasó los dedos suavemente por la espalda, luego por la frente.

—Has tenido suerte —dijo—. Ningún hueso roto. Sólo unas cuantas contusiones que estarán curadas en un par de días.

Se aupó fuera de la tumba, luego se agachó y me tendió la mano. Yo todavía estaba bastante rígido y dolorido.

—Me siento como un alfiletero aplastado —me quejé.

—Las secuelas tardarán unos cuantos días en desaparecer —dijo—. Pero no te preocupes: estás en buena forma. Tenemos suerte de que te hayan enterrado hoy. Si hubieran tardado un día más en meterte bajo tierra te encontrarías mucho peor.

Saltó de nuevo al interior de la fosa y cerró la tapa del ataúd. Cuando salió, cogió su pala y empezó a echar tierra dentro.

—¿Quiere que le ayude? —pregunté.

—No —dijo él—. Sólo me haría ir más despacio. Date un paseo e intenta desentumecer los huesos. Te llamaré cuando todo esté listo para marcharnos.

—¿Ha traído mi bolsa? —pregunté.

Asintió indicándome con la cabeza una lápida cercana de la que colgaba la bolsa.

La cogí y comprobé que no hubiera hurgado en ella. No había indicios de que hubiera vulnerado mi intimidad, aunque no podía estar seguro. No me quedaba otro remedio que confiar en su palabra. En cualquier caso, tampoco importaba demasiado: no había nada en mi diario que él no supiera ya.

Fui a dar un paseo por entre las tumbas, ejercitando las extremidades, agitando brazos y piernas, disfrutándolo. Cualquier sensación, aunque fueran agujetas, era mejor que la ausencia total de sensaciones.

La vista se me había agudizado como nunca antes en mi vida. Era capaz de leer los nombres y las fechas de las lápidas desde varios metros de distancia. Llevaba la sangre del vampiro. Después de todo, ¿acaso no pasan los vampiros su vida entera en la oscuridad? Sabía que yo todavía era vampiro sólo a medias, pero todo lo que…

¡De repente, mientras pensaba en mis nuevos poderes, surgió una mano de detrás de una de las tumbas, me tapó la boca y me arrastró hacia el suelo, fuera del alcance de la vista de míster Crepsley!

Sacudí la cabeza y abrí la boca para gritar, pero entonces vi algo que me hizo parar en seco. Mi atacante, fuera quien fuese, tenía un martillo y una enorme estaca de madera, cuyo afilado extremo apuntaba ¡directamente a mi corazón!

CAPÍTULO 32

—Si te mueves un solo milímetro —me advirtió mi atacante—, te atravesaré con esto sin pestañear.

Esas palabras no me sobrecogieron tanto como constatar a quién pertenecía la familiar voz que las había pronunciado.

—¡Steve! —balbuceé, recorriendo con la mirada desde la punta de la estaca hasta el rostro de Steve.

Era él, sin duda, intentando parecer valiente, pero en realidad bastante aterrorizado.

—Steve, ¿pero qué…? —empecé a decir, pero me atacó aguijoneándome con la estaca.

—¡Ni una palabra! —siseó, agazapado tras la columna de piedra —. No quiero que nos oiga tu «amigo».

—¿Mi…? ¡Ah!, te refieres a míster Crepsley —dije.

—Larten Crepsley, Vur Horston —dijo con desprecio Steve—. Da igual cómo le llames. Es un vampiro. Eso es lo único que me preocupa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurré.

—Caza de vampiros —masculló, pinchándome de nuevo con la estaca—. Y, ¡mira!: parece que he encontrado dos.

—Escucha —dije, más molesto que preocupado (si hubiera querido matarme, lo habría hecho de inmediato, no sentándose primero a charlar un rato, como pasa en las películas)—, si vas a clavarme esa cosa, hazlo. Si lo que quieres es hablar, suéltala. Ya tengo bastantes heridas como para que encima tengas que venir tú a hacerme más agujeros.

Me miró atentamente, luego apartó la estaca unos centímetros.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿Cómo has averiguado el camino?

—Te he seguido —dijo él—. Te seguí todo el fin de semana,

después de ver lo que le hiciste a Alan. Vi a Crepsley entrando en tu casa. Vi cómo te tiraba por la ventana.

—¡Entonces el que entró a hurtadillas en el salón eras tú! —dije con voz entrecortada, recordando al misterioso visitante de la noche anterior.

—Sí —asintió—. Los médicos se dieron demasiada prisa en firmar tu certificado de defunción. Quería comprobarlo personalmente, para ver si el corazón todavía te hacía tictac.

—¿El pedazo de papel que me pusiste en la boca? —pregunté.

—Papel de tornasol —dijo—. Cambia de color cuando lo colocas sobre una superficie húmeda. Cuando lo colocas sobre un cuerpo «vivo». Eso y las marcas en los dedos me dieron la clave.

—¿Sabes lo de las marcas en los dedos? —pregunté, asombrado.

—He leído algo en un libro muy antiguo —dijo—. De hecho en el mismo libro en que encontré el retrato de Vur Horston. No mencionaban el tema en ningún otro sitio, así que pensé que no se trataba más que de otra leyenda relacionada con los vampiros. Pero entonces examiné tus dedos y…

Se interrumpió y ladeó la cabeza. Noté que ya no se oía cavar. Por un instante se hizo el silencio. Entonces la voz de míster Crepsley siseó desde el otro lado del cementerio.

—Darren, ¿dónde estás? —llamó—. ¿Darren?

Steve palideció de miedo. Oía el latido de su corazón y veía las gotas de sudor que le rodaban por las mejillas. No sabía qué hacer. No se había parado a pensarlo.

—¡Estoy bien! —grité, haciéndole dar a Steve un brinco.

—¿Dónde estás? —preguntó míster Crepsley.

—Aquí —repliqué mientras me levantaba, sin hacer caso de la estaca de Steve—. Tenía las piernas cansadas y me he tumbado a reposar un momento.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Perfectamente —dije—. Descansaré un poco más y luego probaré qué tal las piernas. Deme un grito cuando quiera seguir.

Volví a agacharme, de manera que quedé cara a cara frente a Steve. Ya no parecía tan valiente. La punta de la estaca apuntaba hacia el suelo, había dejado de ser una amenaza, y todo su cuerpo temblaba miserablemente. Me dio pena.

—¿Por qué has venido aquí, Steve? —le pregunté.

—Para matarte —dijo.

—¿Para matarme… a mí? Por amor de Dios, y ¿por qué? —pregunté.

—Eres un vampiro —dijo—. ¿No es razón suficiente?

—Pero si tú no tienes nada contra los vampiros —le recordé—. Eras tú quien quería convertirse en uno de ellos.

—Sí —gruñó—, yo «quería», pero «tú» eres el que lo ha conseguido. Lo tenías todo planeado desde el principio, ¿no? Le dijiste que yo era malvado. Hiciste que me rechazara para así tú poder…

—No dices más que tonterías —suspiré—. Yo nunca he querido convertirme en vampiro. Accedí a unirme a él sólo para salvarte la vida. Habrías muerto si yo no me hubiera convertido en su aprendiz.

—Una historia de lo más inverosímil —bufó—. Y pensar que te creía amigo mío. ¡Ja!

—¡Soy amigo tuyo! —chillé—. Steve, tú no lo entiendes. Yo nunca haría nada para herirte. Detesto lo que me ha pasado. Sólo lo hice para…

—Ahórrame el cuento lacrimógeno —dijo sorbiendo por las narices—. ¿Durante cuánto tiempo has estado planeando esto? Debes de haber ido en su busca aquella noche del espectáculo freak. Así es como llegaste hasta Madam Octa, ¿no es cierto? Te la entregó a cambio de que te convirtieras en su aprendiz.

—No, Steve, eso no es verdad. No es posible que creas eso.

Pero él sí lo creía. Se lo notaba en los ojos. Nada que yo pudiera decir iba a hacerle cambiar de opinión. Por lo que a él respectaba, yo le había traicionado. Había robado la vida que en su fuero interno consideraba hubiera debido ser la suya. Nunca me perdonaría.

—Me voy —dijo, empezando a recular—. Creí que esta noche sería capaz de matarte, pero me equivocaba. Soy demasiado joven. No soy lo bastante fuerte ni lo bastante valiente.

»Pero presta atención a lo que voy a decirte, Darren Shan —prosiguió—. Creceré. Me haré mayor y más fuerte y más valiente. Pienso dedicarme en cuerpo y alma, mi vida entera, a desarrollar mi

físico y mi mente, y cuando llegue el momento… cuando esté listo… cuando esté perfectamente entrenado y preparado como es debido…

»Te daré caza y te mataré —juró—. Me convertiré en el mejor cazador de vampiros que haya existido nunca, y no encontrarás un solo agujero donde ocultarte en el que yo no te encuentre. Ni un agujero, ni un peñasco, ni un sótano.

»Seguiré tu rastro hasta los últimos confines de la Tierra, si es necesario —dijo, con la cara resplandeciente de una furia demencial—. El tuyo y el de tu mentor. Y cuando te encuentre, ensartaré vuestros corazones con estacas de punta de acero, luego os decapitaré y llenaré vuestras cabezas de ajos. A continuación os quemaré hasta que quedéis reducidos a cenizas y os esparciré sobre las aguas de un río. No quiero correr ningún riesgo. ¡Me aseguraré de que jamás volváis a salir de vuestras tumbas!».

Hizo una pausa, sacó un cuchillo y se hizo dos cortes en forma de cruz en la palma de la mano izquierda. La levantó para que yo viera la sangre goteando de la herida.

—¡Sello este juramento con sangre! —declaró. Luego dio media vuelta y echó a correr; en cuestión de segundos desapareció en las sombras de la noche.

Habría podido correr tras él, siguiendo su rastro de sangre. Si hubiera llamado a míster Crepsley, le habríamos podido seguir la pista fácilmente y poner fin tanto a la vida de Steve Leopard como a sus amenazas. Hacer eso hubiera sido lo más sensato.

Pero no lo hice. No fui capaz. Era mi amigo…

CAPÍTULO 33

Míster Crepsley estaba aplanando el montículo de tierra cuando volví. Le observé trabajar. La pala era grande y pesada, pero él la manejaba como si fuera de papel. Pensé en lo fuerte que debía de ser y en lo fuerte que también yo llegaría a ser algún día.

Consideré la posibilidad de explicarle lo de Steve, pero tenía miedo de que fuera tras él. Steve ya había sufrido bastante. Además, su amenaza era inofensiva. En unas pocas semanas se habría olvidado de mí y de míster Crepsley, en cuanto volviera a entusiasmarse con alguna otra cosa.

Eso esperaba yo.

Míster Crepsley levantó la vista y frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? —preguntó—. Pareces muy tenso.

—También lo estaría usted si se hubiera pasado todo el día metido en un ataúd —repliqué.

Él se echó a reír a carcajadas.

—Señor Shan, ¡he pasado en ataúdes más tiempo del que llevan muchos de los que están realmente muertos!

Golpeó con fuerza la tierra una última vez, luego rompió la pala en mil pedazos y los lanzó por los aires.

—¿Se te va pasando la rigidez? —me preguntó.

—Estoy algo mejor —dije, mientras me estiraba para desentumecer los brazos y la cintura—. Pero no me gustaría tener que fingirme muerto demasiado a menudo.

—No —musitó pensativo—. Bueno, esperemos que no vuelva a ser necesario. Es una treta peligrosa. Muchas cosas pueden salir mal.

Le miré fijamente.

—Usted me dijo que estaría totalmente a salvo —le recriminé.

—Te mentí. A veces la pócima se lleva demasiado lejos a quienes la toman, demasiado cerca de la muerte, y nunca vuelven en sí. Y tampoco podía estar seguro de que no decidirían hacerte una autopsia. Y… ¿quieres oír todo esto? —preguntó.

—No —dije, sintiendo náuseas—. No quiero.

Enfadado, le lancé un golpe a la cara con todas mis fuerzas, pero lo esquivó fácilmente, riendo de aquella forma tan inconfundiblemente suya.

—¡Me dijo que era seguro! —grité—. ¡Me ha mentido!

—Tuve que hacerlo —dijo él—. Era la única alternativa.

—¿Y qué pasa si me llego a morir? —le espeté.

Se encogió de hombros.

—Tendría un aprendiz menos. No es una gran pérdida. Estoy seguro de que habría encontrado otro.

—Maldito… maldito… ¡Oh!

Di una patada al suelo, furioso. Podría haberle llamado montones de cosas, pero no me gustaba decir palabrotas con muertos de cuerpo presente. Ya le explicaría más tarde qué opinaba yo de sus artimañas.

—¿Estás preparado? ¿Podemos marcharnos? —preguntó.

—Deme un minuto —dije.

Subí de un salto a una de las lápidas más altas y me quedé mirando la ciudad. No veía gran cosa desde allí, pero aquélla iba a ser la última vez que pudiera echarle un vistazo al lugar en el que había nacido y vivido, así que me tomé mi tiempo, con la sensación de que hasta el último callejón oscuro era como un lujoso *cul de sac*, todos los destartalados bungalows como el palacio de un jeque, cada edificio de dos pisos como un rascacielos.

—Te acostumbrarás a la idea de haberte marchado con el tiempo —dijo míster Crepsley.

Estaba de pie sobre otra lápida detrás de mí, encaramado a poco más que un hilo de aire. Su expresión era lúgubre.

—Los vampiros siempre están diciendo adiós. Nunca se quedan demasiado tiempo en ningún sitio. Continuamente debemos desarraigarnos y cambiar de vida. Es nuestro destino.

—La primera vez, ¿es la más dura? —pregunté.

—Sí —dijo, asintiendo—. Pero nunca resulta fácil.

—¿Y cuánto tiempo pasará hasta que me acostumbre? —quise saber.

—Quizá unas pocas décadas —dijo—. Quizá más.

¡Décadas! Lo decía como si estuviera hablando de meses.

—¿Nunca podemos hacer amigos? —pregunté—. ¿Nunca podemos tener casa, ni esposa, ni familia?

—No —suspiró—. Nunca.

—¿No es una vida un poco solitaria? —pregunté.

—Terriblemente solitaria —admitió.

Yo asentí tristemente. Por lo menos estaba siendo honesto. Como ya he dicho, siempre prefiero la verdad —por desagradable que ésta pueda ser— a una mentira. Con la verdad, uno sabe el terreno que pisa.

—Vale —dije, bajando de un salto—, estoy listo.

Cogí mi bolsa y le sacudí el polvo del camposanto.

—Puedes montar detrás de mí si quieres —se ofreció míster Crepsley.

—No, gracias —repliqué educadamente—. Quizá más tarde, pero de momento prefiero andar, a ver si consigo desentumecer antes las piernas.

—Muy bien —dijo.

Me froté el estómago y oí cómo me sonaban las tripas.

—No he comido nada desde el domingo —le dije—. Tengo hambre.

—Yo también —dijo él. Luego me cogió de la mano y sonrió sanguinariamente—. Vamos a «comer».

Respiré hondo e intenté no pensar en qué consistiría el menú. Asentí nerviosamente y le apreté la mano. Dimos media vuelta y dejamos atrás las tumbas. Luego, uno junto al otro, el vampiro y su aprendiz, echamos a andar…

… adentrándonos en la oscuridad.

LIBRO II

El asistente del vampiro.

Para:
Los abuelitos, esos viejos duros y anticuados
La OES (Orden de las Entrañas Sangrientas):
Caroline «Rastreadora» Paul
Paul «El Salteador» Litherland
Los escurre-bultos:
Biddy «Jekyll» y Liam «Hyde»
Gillie «Ladrón de Tumbas» Russell
La horrible y estremecedora pandilla de Harper Collins
y
Emma y Chris (de «Los vampiros somos nosotros»).

INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Darren Shan. Soy un semi-vampiro. No nací así. Yo era normal. Vivía en mi casa con mis padres y mi hermana pequeña, Annie. Me lo pasaba bien en el colegio y tenía muchos amigos.

Me gustaba leer historias de terror y ver películas de miedo. Cuando un circo de freaks llegó a la ciudad, mi mejor amigo, Steve Leopard, consiguió unas entradas y fuimos juntos. Fue genial, realmente impactante y extraño. Una súper escapada nocturna.

Pero la parte más extraña llegó después del espectáculo. Steve reconoció a uno de los artistas. Había visto una imagen de él en un libro viejo y sabía quién era… ¡un *vampiro*! Steve se quedó por allí después de la actuación ¡y le pidió al vampiro que le convirtiera *a él* en uno también! Mr. Crepsley (el vampiro) lo hubiera hecho, pero comprobó que la sangre de Steve era malvada, y allí se acabó la cosa.

O *debería* haberse acabado, de no ser porque yo también me quedé por allí, para ver lo que hacía Steve.

Yo no quería tener nada que ver con vampiros, pero siempre me habían gustado las arañas (solía tenerlas como mascotas) y Mr. Crepsley poseía una tarántula venenosa amaestrada, Madam Octa, que podía hacer toda clase de trucos geniales. La robé y le dejé una nota al vampiro, advirtiéndole que revelaría quién era si iba a por mí.

Resumiendo, Madam Octa picó a Steve y acabó en el hospital. Se estaba muriendo, así que decidí ir a buscar a Mr. Crepsley para pedirle que salvara a Steve. Él aceptó, pero a cambio, *¡yo tenía que convertirme en un semi-vampiro y viajar con él como su asistente!*

Huí tras haber sido convertido en semi-vampiro (al pasarme parte de su horrible sangre a mí) y así salvé a Steve. Pero entonces

me di cuenta de que estaba sediento de sangre, y tenía miedo de hacer algo terrible (como morder a mi hermana) si me quedaba en casa.

Así que Mr. Crepsley me ayudó a fingir mi muerte. Fui enterrado vivo, y entonces, en la soledad de la noche, si nadie alrededor, él me desenterró y nos fuimos juntos. Mis días como humano habían terminado. Mis noches como asistente de un vampiro acababan de empezar.

CAPÍTULO 1

Era una noche seca y cálida, y Stanley Collins había decidido ir andando hasta su casa tras la reunión de los Boy Scouts. No era una caminata muy larga (menos de una milla), y aunque la noche era oscura, conocía el camino paso a paso, como la palma de la mano.

Stanley había llegado a Jefe Boy Scout. Adoraba a los Boy Scouts. Había sido uno de ellos de pequeño y, de mayor, se había mantenido en contacto. Había apuntado a sus tres hijos en los Boy Scouts desde muy pequeños, y, ahora que ya se habían hecho mayores y vivían por su cuenta, él seguía ayudando a los niños de la localidad.

Stanley caminaba rápido para entrar en calor. Iba sólo en pantalones cortos y camiseta, y, aunque la noche era agradable, pronto se le pusieron brazos y piernas de carne de gallina. No le importó. Al llegar a casa encontraría esperándole una deliciosa taza de chocolate caliente y bollos con pasas que su esposa tendría preparados para él. Los disfrutaría aún más después de un buen y tonificante caminata.

El camino que llevaba a su casa estaba flanqueado por grandes árboles que se cernían a ambos lados sumiéndolo en la más completa oscuridad, por lo que resultaba peligroso para cualquiera que no lo conociese bien. Pero Stanley no tenía miedo. Al contrario, le encantaba la noche. Le gustaba oír el sonido de la hierba y los matojos crujiendo bajo sus pies.

Crunch. Crunch. Crunch.

Sonrió. Cuando sus hijos eran pequeños y recorrían juntos aquel camino, a menudo les hacía creer que había monstruos al acecho en los árboles. Hacía ruidos espeluznantes y agitaba las hojas de las ramas más bajas cuando los chicos no miraban. A veces, chillando de miedo, echaban a correr a toda velocidad hacia su casa, mientras

Stanley les seguía riendo.

Crunch. Crunch. Crunch.

En algunas ocasiones, cuando tenía problemas para conciliar el sueño, le bastaba con imaginar el sonido de sus pies camino de casa: eso siempre le ayudaba a hundirse en un sueño profundo y agradable.

Crunch. Crunch. Crunch.

En su opinión, era el sonido más agradable del mundo. Saberse solo y completamente a salvo le proporcionaba una maravillosa sensación de seguridad.

Crunch. Crunch. Crunch.

Crac.

Stanley se detuvo y frunció el ceño. Aquello había sonado como un palo al quebrarse, pero… ¿cómo era posible? Si hubiera pisado una ramita lo habría notado. Y no había vacas ni ovejas en los campos vecinos.

Se quedó quieto y en silencio durante casi medio minuto, escuchando atentamente. Cuando estuvo seguro de que no se oían más ruidos extraños, sacudió la cabeza y sonrió. La imaginación le había jugado una mala pasada, eso era todo. Al llegar a casa se lo contaría a su esposa y se reirían juntos.

Echó a andar de nuevo.

Crunch. Crunch. Crunch.

Perfecto. De nuevo envuelto en sonidos familiares. No había nadie más por allí. De lo contrario habría oído algo más, aparte de una simple ramita quebrándose. Nadie podía coger por sorpresa a Stanley J. Collins. Él era Jefe Boy Scout y estaba bien entrenado. Tenía un oído más fino que el de un zorro.

Crunch. Crunch. Crunch. Crunch. Cru…

Crac.

Stanley se detuvo de nuevo y, por primera vez, sintió los fríos dedos del miedo atenazarle el corazón.

Eso no había sido su imaginación. Lo había oído con toda claridad. Una ramita quebrándose, en algún lugar por encima de su cabeza. Y antes del crujido, ¿no le había parecido oír un ligerísimo murmullo, como si algo se moviera?

Stanley alzó la vista y escrutó entre los árboles, pero no se veía

nada, estaba demasiado oscuro. Allá arriba podría haberse ocultado un monstruo del tamaño de un coche y Stanley no habría sido capaz de distinguirlo. ¡Diez monstruos! ¡Cien! ¡Mil…!

Oh, ¡qué estupidez! No había monstruos en los árboles. Los monstruos no existían. Todo el mundo lo sabía. Los monstruos no eran reales. Sin duda se trataría de una ardilla, o un búho, algo tan corriente como eso.

Stanley adelantó un pie dispuesto a emprender la marcha de nuevo.

Crac.

Se quedó con el pie suspendido en el aire, y el corazón desbocado. ¡Aquello no era ninguna ardilla! Era un sonido demasiado penetrante. Se trataba de algo *grande*. Algo que no debía estar allí. Algo que nunca antes había estado allá arriba. Algo que…

¡Crac!

Esta vez había sonado más cerca, más bajo, y de repente Stanley no pudo soportarlo más.

Echó a correr.

Stanley era un hombre corpulento, pero estaba en buena forma para su edad. Aún así, hacía mucho tiempo que no corría tanto, y tras haber recorrido cien metros, empezó a faltarle el aire y sintió una punzada en el costado.

Aminoró la marcha hasta detenerse y se dobló por la cintura, intentando recuperar el aliento.

Crunch.

Tuvo la sensación de que iba a estallarle la cabeza.

Crunch. Crunch. Crunch.

¡Oía pasos que se acercaban a él! Pasos lentos y pesados. Stanley escuchó, aterrorizado, cómo se iban acercando más y más. ¿Había saltado el monstruo desde los árboles y ahora lo tenía frente a él? ¿Habría descendido a tierra? ¿Se disponía a acabar con él? ¿Acaso…?

Crunch. Crunch.

El sonido de los pasos cesó y Stanley distinguió una figura en la oscuridad. Era más pequeña de lo que había esperado, no abultaba más que un niño. Respiró hondo, se irguió, hizo acopio de valor y avanzó para verlo con mayor claridad.

¡*Era* sólo un niño! Un chiquillo asustado, con la ropa sucia y desastrada.

Stanley sonrió y sacudió la cabeza. ¡Qué tonto había sido! Su esposa se moriría de la risa cuando se lo contara.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó Stanley.

El chico no respondió.

Stanley no reconoció a aquel crío, pero había muchas familias recién llegadas por allí. Ya no conocía a todos los niños del vecindario.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó—. ¿Te has perdido?

El chico negó lentamente con la cabeza. Había algo raro en él. Algo que de repente hizo que Stanley se sintiera inquieto. Quizá fuera el efecto de la oscuridad y las sombras… pero lo cierto era que el chico parecía muy pálido, muy delgado, muy… *hambriento*.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Stanley, acercándose aún más—. ¿Puedo…?

¡Crac!

El ruido sonó por encima de su cabeza, fuerte y amenazador. El chico se hizo a un lado rápidamente.

Stanley alzó la vista y sólo tuvo tiempo de ver de refilón una forma grande y roja, que podría haber sido una especie de murciélago, descolgándose de las ramas de los árboles, tan rápido que casi no pudo seguirla con la vista.

Y antes de que pudiera reaccionar tenía aquella cosa roja encima. Stanley quiso gritar, pero el monstruo se lo impidió tapándole enseguida la boca con sus… ¿manos?… ¿zarpas? Stanley forcejeó brevemente antes de caer al suelo inconsciente, sin ver, sin saber nada más.

Las dos criaturas de la noche se abalanzaron sobre él en busca de alimento.

CAPÍTULO 2

—Imagínate, un hombre de su edad llevando el uniforme de los Boy Scouts —bufó Mr. Crepsley al darle la vuelta a nuestra víctima.

—¿Ha estado alguna vez en los Scouts? —pregunté.

—No los había en mis tiempos —respondió.

Dio unas palmadas en las carnosas piernas del hombre, y emitió un gruñido.

—En ésta hay sangre de sobra —dijo.

Observé a Mr. Crepsley mientras buscaba una vena en la pierna y la abría (un corte pequeño), utilizando una de sus uñas. Tan pronto como empezó a fluir la sangre, pegó la boca a la herida y sorbió. No le gustaba desperdiciar ni un gramo del «precioso mercurio rojo», como a veces la llamaba.

Permanecí a su lado, inquieto, mientras bebía. Ésta era la tercera vez que yo tomaba parte en un ataque, pero todavía no acababa de acostumbrarme a la visión del vampiro succionando la sangre de un ser humano indefenso.

Habían pasado casi dos meses desde mi «muerte», pero me resultaba muy difícil adaptarme al cambio. Me costaba creer que mi antigua vida se había terminado que era un semi-vampiro y nunca podría regresar. Sabía que finalmente acabaría por dejar atrás mi lado humano. Pero decirlo era más fácil que hacerlo.

Mr. Crepsley alzó la cabeza mientras se lamía los labios.

—Buena cosecha —bromeó, apartándose del cuerpo—. Tu turno —dijo.

Di un paso hacia delante, me detuve y sacudí la cabeza.

—¡*No puedo*! —dije.

—No seas estúpido —gruñó él—. Has evitado beber dos veces. Ya es hora de que lo hagas.

—¡No puedo! —lloriqueé.

—Has bebido sangre de animales —dijo él.

—Eso es distinto. Éste es un ser humano.

—¿Y qué? —masculló Mr. Crepsley—. *Nosotros* no lo somos. Tienes que empezar a ver a los humanos como a los animales, Darren. Los vampiros no podemos vivir solamente de sangre animal. Si no empiezas a beber sangre humana, crecerás débil. Y si sigues empeñado en no hacerlo, morirás.

—Ya lo sé —dije, tristemente—. Ya me lo ha explicado. Y sé que no hacemos daño a aquéllos de quienes bebemos, a menos que bebamos demasiado. Pero… —Me encogí de hombros, con expresión desdichada.

Él lanzó un suspiro.

—Muy bien. Esto es duro, especialmente porque sólo eres un semi-vampiro y tu hambre no es tan intensa. Dejaré que te abstengas esta vez. Pero debes alimentarte pronto. Por tu propio bien.

Se volvió hacia la herida que había practicado en la pierna del hombre y limpió la sangre (que había seguido manando mientras hablábamos). Luego escupió encima y dejó que la saliva resbalara lentamente sobre el corte. La frotó con el dedo, se echó hacia atrás y observó.

La herida se cerró y sanó. En un minuto ya no había más que una pequeña cicatriz que el hombre, probablemente, ni siquiera notaría cuando despertara.

Así es como se protegen los vampiros. Al contrario que en las películas, no matan a la gente de la que beben, a menos que estén realmente hambrientos y se dejen llevar. Beben en pequeñas dosis, un poco aquí, un poco allí… A veces atacan a la gente en campo abierto, como acabábamos de hacer nosotros. Otras veces, se cuelan en las habitaciones bien entrada la noche, o en las clínicas de guardia, o en las comisarías.

La gente de la que beben casi nunca se da cuenta de que han sido víctimas de un vampiro. Cuando este hombre despertara, sólo recordaría una sombra ropa descendiendo. No acertaría a explicar por qué se desmayó ni lo que le ocurrió mientras estaba inconsciente.

Si encontraba la cicatriz, lo más probable era que pensara antes

en que se la había hecho un extraterrestre que un vampiro.

¡Ja! ¡*Extraterrestres*! Casi nadie sabe que fueron los vampiros los que empezaron con las historias de los OVNIS. Era la excusa perfecta. Gente del mundo entero encontrando extrañas marcas en sus cuerpos al despertar y culpando de ello a imaginarios alienígenas.

Mr. Crepsley había puesto fuera de combate al Jefe Boy Scout con su aliento. Los vampiros exhalan un tipo especial de gas, que hace que la gente se desmaye. Cuando Mr. Crepsley quería dormir a alguien, soplaba un poco en la palma de su mano y la ponía sobre la nariz y la boca de la persona. Segundos después se desvanecían, y no despertaban al menos en veinte o treinta minutos.

Mr. Crepsley examinó la cicatriz y se aseguró de que había sanado adecuadamente. Se ocupaba bien de sus víctimas. Parecía un buen tipo, por lo que había visto hasta hora (¡salvo por el hecho de ser un vampiro!).

—Vamos —dijo, levantándose—. La noche es joven. Iremos a buscar un conejo o un zorro para ti.

—¿No le importa que no beba de él? —pregunté.

Mr. Crepsley negó con la cabeza.

—Ya beberás —dijo—. Cuando estés lo suficientemente hambriento.

—*No* —musité tras él, cuando se dio la vuelta y echó a andar—. No lo haré. No de un humano. Nunca beberé de un humano. ¡*Nunca*!

CAPÍTULO 3

Me desperté pronto aquella tarde, como de costumbre. Me había ido a la cama poco antes del amanecer, al mismo tiempo que Mr. Crepsley. Pero mientras él seguía durmiendo hasta que cayera la noche, yo era libre de levantarme y pasearme por ahí a la luz del día. Era una de las ventajas de ser sólo un semi-vampiro.

Preparé un desayuno tardío a base de tostadas con mantequilla (incluso los vampiros hemos de tomar alimentos normales; sólo con sangre no nos mantendríamos), y me dejé caer en el sillón delante de la tele del hotel. A Mr. Crepsley no le gustaban los hoteles. Normalmente dormía a la intemperie, en algún viejo granero o en un edificio en ruinas, o en un gran panteón, pero yo no compartía sus gustos. Tras una semana durmiendo congelado, le dije claramente que ya había tenido bastante. Él rezongó un poco, pero finalmente claudicó.

Los dos últimos meses habían transcurrido rápidamente, pues había estado demasiado ocupado aprendiendo a ser asistente de vampiro. Mr. Crepsley no era un buen profesor y no le gustaba repetir las cosas, así que yo debía poner atención y aprender deprisa.

Yo era ahora realmente fuerte. Era capaz de levantar pesos enormes y de triturar el mármol con los dedos. Si le estrechaba la mano a un ser humano debía tener cuidado de no romperle los dedos. Podía hacer flexiones durante toda la noche y lanzar una pelota de béisbol más lejos que cualquier adulto (un día, a propósito de mis lanzamientos, ojeé un libro ¡y descubrí que había batido un nuevo record mundial! Me excité mucho al principio, pero entonces me di cuenta de que no podía contárselo a nadie. De todos modos, era bonito saber que era un campeón mundial).

Mis uñas eran verdaderamente duras, y el único modo de

cortarlas era con mis dientes; los cortaúñas y las tijeras nada podían contra mis nuevas y poderosas uñas. Era una lata: me desgarraban la ropa cuando me vestía o me la quitaba, y me agujereaban los bolsillos cuando metía las manos en ellos.

Habíamos cubierto una gran distancia desde aquella noche en el cementerio. Al principio, nos movíamos a la velocidad máxima de un vampiro, con Mr. Crepsley llevándome sobre su espalda, invisibles a los ojos humanos, deslizándonos sobre la tierra como un par de vertiginosos fantasmas. A eso se le llamaba *cometear*. Pero cometear resultaba agotador, así que tras un par de noches empezamos a tomar trenes y autobuses.

No sabía de dónde sacaba Mr. Crepsley el dinero que empleábamos en transporte, alojamiento y comida. No llevaba cartera, que yo supiera, ni tarjetas de crédito, pero cada vez que tenía que pagar algo, lo hacía en efectivo.

No me habían crecido los colmillos. Había esperado verlos alargarse, y durante tres semanas me los inspeccioné cada noche en el espejo, hasta que Mr. Crepsley me pilló.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Me miro los colmillos —respondí.

Me miró fijamente durante unos minutos, y entonces se echó a reír.

—¡No nos crecen los colmillos, idiota! —replicó a carcajadas.

—Pero… ¿cómo mordemos a la gente? —pregunté, confuso.

—No lo hacemos —contestó, aún riendo—. Les hacemos cortes con las uñas y chupamos la sangre. Sólo utilizamos los dientes en casos de emergencia.

—¿Entonces no van a crecerme los colmillos?

—No. Tus dientes serán más duros que los de cualquier humano, y podrás atravesar piel y huesos si lo deseas, pero eso es bastante sucio. Sólo los vampiros estúpidos utilizan sus dientes. Y los vampiros estúpidos no suelen durar mucho. Los persiguen y los cazan.

Me desilusioné un poco al oír eso. Una de las cosas que más me gustaban de aquellos viejos vampiros de las películas era lo guay que eran cuando mostraban sus colmillos.

Pero después de pensarlo un poco, decidí que era mejor así. Ya

era bastante malo agujerearme la ropa con las uñas. ¡Sería un verdadero problema que mis dientes crecieran y empezara a destrozarme los carrillos a trocitos!

La mayoría de las viejas historias de vampiros no eran ciertas. No podíamos cambiar de forma ni volar. Las cruces y el agua bendita no nos hacían daño. Los ajos sólo nos producían mal aliento. Podíamos reflejarnos en los espejos, y proyectábamos sombra.

Pero algunos mitos eran ciertos. Un vampiro no podía ser fotografiado ni filmado con una videocámara. Había algo extraño en los átomos de un vampiro, lo que provocaba que sólo apareciera en la película un borrón oscuro. *Yo* aún podía ser fotografiado, pero no conseguirías una imagen clara de mí, por mucha luz que hubiera.

Los vampiros eran amigos de las ratas y los murciélagos. No podíamos transformarnos en ellos, como decían los libros y las películas, pero les gustábamos (por el olor de nuestra sangre nos distinguían de los humanos) y a menudo se nos acercaban mientras dormíamos, o venían a buscar los restos de nuestra comida.

Los perros y los gatos, por alguna razón, nos detestaban.

La luz del Sol *podría* matar a un vampiro, pero no enseguida. Un vampiro podía andar durante el día, si se protegía con bastante ropa. Se broncearía muy rápido y empezaría a ponerse rojo en quince minutos. Cuatro o cinco horas de exposición a la luz solar lo matarían.

Una estaca atravesándonos el corazón nos mataría, naturalmente, pero también las balas, o los cuchillos, o las descargas eléctricas. Podíamos ahogarnos, o morir a causa de un golpe contundente, o pillando ciertas enfermedades. Éramos más difíciles de matar que los seres humanos normales, pero no indestructibles.

Aún tenía mucho que aprender. Mucho más. Mr. Crepsley dijo que habrían de pasar muchos años antes de que fuera capaz de valerme por mí mismo. Decía que un semi-vampiro que no supiera lo que hacía estaría muerto en un par de meses, así que tenía que pegarme a él como una lapa, aunque no quisiera.

Cuando me acabé las tostadas, me senté y mordí mis uñas

durante algunas horas. No había nada entretenido en televisión, pero no quería salir fuera sin Mr. Crepsley. Estábamos en una ciudad pequeña, y la gente me ponía nervioso. Temía que vieran a través de mí, que supieran lo que era y me persiguieran con estacas.

Al caer la noche, Mr. Crepsley despertó y apareció frotándose el estómago.

—Me muero de hambre —dijo—. Sé que todavía es temprano, pero salgamos ya. Debería haber bebido más de aquel tonto Scout adulto. Creo que me buscaré a otro humano. —Me miró alzando una ceja—. Tal vez te apetezca unirte a mí esta vez.

—Tal vez —respondí, aunque sabía que no lo haría. Era la única cosa que me prometí no hacer jamás. Bebería sangre de animales para sobrevivir, pero nunca la tomaría de alguien de mi propia especie, no importaba lo que dijera Mr. Crepsley, ni cuánto me rugieran las tripas. Yo era un semi-vampiro, sí, pero también era medio humano, y la idea de atacar a una persona me llenaba de horror y repugnancia.

CAPÍTULO 4

Sangre…

Mr. Crepsley pasó mucho tiempo enseñándome cosas sobre la sangre. Es vital para los vampiros. Sin ella crecemos débiles, y envejecemos deprisa, y morimos. La sangre nos mantiene jóvenes. Los vampiros envejecen una décima parte de lo habitual en los humanos (por cada diez años los vampiros sólo envejecen uno), pero sin sangre humana, envejecemos incluso más aprisa que ellos, quizá unos veinte o treinta años en el espacio de uno o dos años. Como semi-vampiro, que crecía un año por cada cinco, no necesitaba beber tanta sangre humana como Mr. Crepsley… pero debería hacerlo para sobrevivir.

La sangre de los animales (perros, vacas, ovejas) mantiene bien a los vampiros, pero hay algunos animales de los cuales no pueden (*no podemos*) beber: gatos, por ejemplo. Si un vampiro bebe la sangre de un gato, sería como tomar veneno. Tampoco podemos beber de los monos, las ranas, la mayoría de los peces o las serpientes.

Mr. Crepsley no me dijo cuales eran todos los animales peligrosos. Había muchos, y me llevaría mucho tiempo aprender a conocerlos. Me advirtió que le preguntara siempre primero antes de probar algo nuevo.

Los vampiros tenían que alimentarse de los humanos al menos una vez al mes. La mayoría lo hacía una vez a la semana. De ese modo, no necesitan beber tanta sangre. Si sólo te alimentas una vez al mes, podrías beber demasiada sangre de una vez.

Mr. Crepsley dijo que era peligroso pasar demasiado tiempo sin beber. Decía que la sed podía obligarte a beber más de la cuenta, y entonces era muy probable que acabaras matando a la persona de la que te estabas alimentado.

—Un vampiro que se alimenta a menudo puede controlarse mejor —dijo—. El que bebe sólo cuando lo necesita acabará absorbiendo de forma salvaje. El hambre debe ser aplacada para controlarla.

La sangre fresca era la mejor. Si bebes de un humano vivo, la sangre está llena de nutrientes y no necesitas tomar mucha. Pero la sangre empieza a agriarse cuando una persona muere. Si bebes de un cadáver, tienes que beber mucho más.

—La regla es no beber nunca de una persona que lleva muerta más de un día —explicó Mr. Crepsley.

—¿Cómo sabemos cuánto tiempo lleva muerta una persona? —pregunté.

—Por el sabor de la sangre —dijo—. Aprenderás a distinguir la sangre buena de la mala. La sangre mala es como la leche agria, pero peor.

—¿Beber sangre mala es peligroso? —pregunté.

—Sí. Te haría caer enfermo o te volvería loco, y hasta podría llegar a matarte.

¡Brrrr!

Podíamos embotellar sangre fresca y conservarla tanto como quisieras para consumirla en caso de emergencia. Mr. Crepsley tenía algunas botellas de sangre guardadas en su capa. A veces sacaba una durante la comida, como si se tratara de una pequeña botella de vino.

—¿Uno puede mantenerse a base de sangre embotellada? —le pregunté una noche.

—Durante un tiempo —dijo—. Pero no demasiado.

—¿Cómo la embotella? —inquirí, examinando una de las botellas de cristal. Parecía una probeta, pero el cristal era más grueso y oscuro.

—Es complicado —dijo—. Te enseñaré cómo se hace, la próxima vez que tenga que llenar las botellas.

Sangre…

Era lo que más necesitábamos, pero también lo que yo más temía. Si bebía sangre humana, no habría vuelta atrás. Sería un vampiro para siempre. Si la rechazaba, quizá podría volver a ser humano. Quizá la sangre de vampiro que fluía por mis venas

desaparecería. Quizá no muriera. Quizá sólo lo hiciera el vampiro que había en mí, y entonces podría volver a casa con mi familia y mis amigos.

No confiaba mucho en ello (Mr. Crepsley dijo que era imposible que pudiera volver a ser humano), pero era el único sueño al que podía aferrarme.

CAPÍTULO 5

Pasaron los días, pasaron las noches, y seguíamos viajando. Recorrimos aldeas, pueblos y ciudades. No me llevaba muy bien con Mr. Crepsley. Era amable, pero yo no podía olvidar que había sido él quien traspasara su sangre vampírica a mis venas y hecho imposible que me quedara con mi familia.

Le odiaba. A veces, durante el día, pensaba en atravesarle el corazón con una estaca mientras dormía, y escapar. Lo hubiera hecho, de no ser porque sabía que no podría sobrevivir sin él. Por el momento necesitaba a Larten Crepsley. Pero cuando llegara el día en que pudiera apañármelas solo…

Yo me encargaba de Madam Octa. Buscaba comida para ella, y la entrenaba y limpiaba su jaula. No quería hacerlo (odiaba a la araña casi tanto como al vampiro), pero Mr. Crepsley decía que fui yo quien la robé, y por lo tanto debía ocuparme de ella.

De vez en cuando practicaba algunos trucos con ella, pero no ponía en ello el corazón. Ya no me interesaba, y según pasaban las semanas jugaba con ella cada vez menos.

Lo único bueno de viajar era visitar lugares donde nunca antes había estado y disfrutar de paisajes estupendos. Me encantaba viajar. Pero, como nos movíamos de noche, no podía ver bien mucho de lo que nos rodeaba… ¡Qué lata!

Un día, mientras Mr. Crepsley dormía, me cansé de estar encerrado. Le dejé una nota sobre la televisión, por si no volvía antes de que despertara, y salí. No tenía mucho dinero y ni ida de a dónde ir, pero me daba igual. Sólo salir del hotel y poder pasar un rato a solas era maravilloso.

Era una ciudad grande pero muy tranquila. Visité algunas alas de juegos y me entretuve con los videojuegos. Nunca se me habían dado bien los videojuegos, pero con mis nuevos reflejos y

habilidades podía hacer lo que quisiera.

Me pasé todos los niveles, noqueé a cada adversario en los torneos de artes marciales, y liquidé a todos los alienígenas que me atacaban desde el cielo en una aventura de ciencia ficción.

Después recorrí la ciudad. Había muchas fuentes, y estatuas, y parques, y museos, que admiré con interés. Pero los museos me recordaron a mamá (a ella le encantaba llevarme a ver museos), y eso me puso triste: siempre me sentía solo y desdichado cuando pensaba en mamá, papá o Annie.

Divisé a un grupo de muchachos de mi edad jugando al jockey en un patio de cemento. Cada equipo tenía ocho jugadores. La mayoría tenía bastones de plástico, pero algunos los tenían de madera. Utilizaban una vieja pelota de tenis como disco.

Me detuve a mirar, y tras unos minutos uno de los chicos se acercó a mí.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—De otra ciudad —dije—. Me alojo en un hotel con mi padre. —Odiaba llamar así a Mr. Crepsley, pero era más seguro decir eso.

—¡Es de fuera! —dijo el chico volviéndose hacia los demás, que habían interrumpido el juego.

—¿Eres un miembro de la familia Addams? —gritó uno, y los demás rieron.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, ofendido.

—¿Te has mirado al espejo últimamente? —dijo el chico.

Eché un vistazo a mi traje polvoriento y entendí por qué se reían: parecía un personaje de *Beetlejuice*.

—Perdí mi equipaje con toda mi ropa —mentí—. Esto es todo lo que tengo. Pero pronto me comprarán ropa nueva.

—Eso espero —sonrió el chico, y me preguntó si sabía jugar al jockey. Respondí que sí, y me invitó a jugar con ellos.

—Puedes ser de mi equipo —dijo, tendiéndome un bastón de sobra—. Vamos perdiendo seis a dos. Me llamo Michael.

—Y yo, Darren —contesté, probando el bastón.

Me remangué el vuelto de los pantalones y me aseguré de que los cordones de los zapatos tenían un doble nudo. Mientras lo hacía, el otro equipo se apuntó otro tanto. Michael soltó un exabrupto y devolvió la pelota al centro del campo.

—¿Ya estás listo? —preguntó.

—¡Claro!

—¡Pues adelante! —dijo. Me pasó la pelota y avanzó, esperando mi pase.

Hacía mucho tiempo que no jugaba al jockey (en el colegio, en Educación Física, solíamos elegir entre jugar al jockey o al fútbol, y nunca dejaba pasar la oportunidad de jugar un partido de fútbol), pero con el bastón en mis manos y la pelota a mis pies, parecía que hubiera sido ayer.

Golpeé la pelota de izquierda a derecha unas cuantas veces, asegurándome de que no me había olvidado de cómo controlarla, y luego miré hacia la portería y apunté.

Había siete jugadores entre el portero y yo. Ninguno me marcaba. Imaginé que estar ganando por cinco tantos les hacía sentirse seguros.

Empecé a correr. Un chico corpulento (el capitán del otro equipo) intentó cerrarme el paso, pero le esquivé fácilmente. Sorteé a otros dos antes de que pudieran reaccionar, y driblé a un cuarto. El quinto jugador me puso el bastón a la altura de las rodillas, pero lo salté con facilidad, engañé al sexto, y disparé antes de que el séptimo y último defensor se interpusiera en mi camino.

Aunque golpeé la bola con mucha suavidad, fue mucho más fuerte de lo que el portero esperaba y voló alto hacia la esquina derecha de la portería. Rebotó en la pared y la cacé en el aire.

Me di la vuelta, sonriendo, y miré a mis compañeros de equipo. Aún seguían en su mitad del campo, clavando en mí sus miradas de asombro. Llevé la pelota a la línea de centro y la dejé en el suelo sin decir una palabra. Entonces me volví hacia Michael y dije:

—Siete a tres.

Parpadeó lentamente, y luego sonrió.

—¡Oh sí! —exclamó suavemente, y volviéndose hacia sus compañeros gritó—: ¡Creo que nos lo vamos a pasar muy bien!

Me lo pasé de miedo, dominando el juego, bajando a defender, lanzando pases certeros a mis compañeros. Marqué un par de tantos y luego cuatro más. Íbamos ganando nueve a siete y sin esfuerzo. El otro equipo echaba chispas. Nos hicieron darles a dos de nuestros mejores jugadores, pero eso no cambió nada. Podía haberles dado a

todos menos a nuestro portero y aun así patearles el culo.

Entonces las cosas se pusieron feas. El capitán del otro equipo (Danny) estuvo durante un rato intentando hacerme faltas, pero yo era demasiado rápido para él y esquivaba fácilmente su bastón y sus zancadillas. Pero empezó a darme puñetazos en las costillas y pisotones y codazos. No me hacía daño, pero me molestaba. Detesto a los malos perdedores.

¡El colmo fue cuando Danny me dio un golpe en un lugar *muy* doloroso! Hasta los vampiros tienen sus límites. Solté un grito y me doblé con una mueca de dolor.

Danny se rió y se apoderó de la pelota.

Me levanté tras unos segundos, loco de furia. Danny estaba en medio del campo. Corrí hacia él a toda velocidad. Golpeé a los jugadores que se interponían entre nosotros (sin importarme de qué equipo fueran), le alcancé y le pegué en las piernas con mi bastón. Habría sido una entrada peligroso si hubiera venido de un humano. Viniendo de un semi-vampiro…

Se escuchó un crujido seco. Danny chilló y cayó al suelo. Los jugadores se detuvieron de inmediato. Todos en el campo conocían la diferencia entre un grito de dolor y un alarido de auténtica agonía.

Bajé la vista, confuso, a mis pies, ya arrepentido por lo que había hecho, deseando dar marcha atrás. Miré mi bastón, esperando verlo partido en dos, esperando que fuera eso lo que había producido aquel crujido. Pero no lo era.

Le había roto a Danny las espinillas.

La parte inferior de sus piernas se había doblado de un modo muy desagradable y la piel alrededor de las espinillas estaba desgarrada. Pude ver la blancura del hueso en medio del rojo.

Michael se agachó para examinar las piernas de Danny. Cuando levantó la cabeza, había una mirada horrorizada en sus ojos.

—¡Le has roto las piernas! —exclamó con voz ahogada.

—¡No quería hacerlo! —grité—. Él me dio en… —Señalé ese sitio debajo de mi cintura.

—¡Le has roto las piernas! —gritó Michael, y se alejó de mí. Todos se alejaron con él.

Me tenían *miedo*.

Respirando agitadamente, dejé caer el bastón y me fui, consciente de que las cosas podrían ponerse peores si me quedaba esperando que llegaran los adultos. Ninguno trató de detenerme. Estaban demasiado asustados. Sentían pánico hacia mí… Darren Shan… un *monstruo*.

CAPÍTULO 6

Ya había anochecido cuando regresé. Mr. Crepsley estaba despierto. Le dije que deberíamos dejar la ciudad cuanto antes, pero sin contarle por qué. Me miró a la cara, asintió, y empezó a recoger nuestras cosas.

Apenas hablamos aquella noche. Yo no hacía más que pensar que ser un semi-vampiro era una mierda. Mr. Crepsley parecía algo preocupado por mí, pero no me dio la lata con preguntas. No era la primera vez que me ponía hosco. Se estaba acostumbrando a mis cambios de humor.

Encontramos una iglesia abandonada para pasar la noche. Mr. Crepsley se acostó en un banco, mientras yo me improvisaba una cama apilando musgo y hierbas en el suelo.

Me desperté temprano y pasé el día explorando la iglesia y el pequeño cementerio de afuera. Las lápidas eran viejas y muchas estaban partidas o cubiertas de hierbajos. Dediqué algunas horas a limpiar las que pude, arrancando hierbas y lavando la piedra con agua que traje de un arroyo cercano. Eso apartaba mi pensamiento del partido de jockey.

Una familia de conejos vivía en una madriguera cercana. Según avanzaba el día, se acercaban cada vez más a ver qué hacía. Eran unas criaturitas curiosas, especialmente los más pequeños. En un momento dado, fingí quedarme dormido y un par de ellos se acercaron más y más, hasta llegar a escasa distancia de mí.

Cuando estuvieron todo lo cerca que se atrevían, me levanté de un salto y grité «¡Bu!», y salieron disparados como centellas. Uno cayó de cabeza y rodó hasta la entrada de la madriguera.

Aquello me levantó mucho el ánimo.

Por la tarde encontré una tienda y compré carne y verduras. Al volver hice una fogata detrás de la iglesia, y cogí la bolsa de las

cazuelas y las sartenes de debajo del banco de Mr. Crepsley. Rebusqué entre los cacharros hasta encontrar lo que necesitaba, una cazuela pequeñita. La coloqué al revés con cuidado en el suelo, y presioné el bultito de metal que tenía encima.

La cazuelita se expandió de golpe, al desplegarse las fracciones en las que estaba doblada. En cinco segundos se había convertido en una cazuela de tamaño normal, que llené de agua y puse al fuego.

Todas las cazuelas y sartenes que había en la bolsa eran así. Mr. Crepsley las había obtenido de una mujer llamada Evanna hacía mucho tiempo. Pesaban lo mismo que cualquier utensilio de cocina ordinario, pero podían plegarse para disminuir de tamaño, y así era más sencillo transportarlas.

Preparé un estofado como Mr. Crepsley me había enseñado. Él pensaba que todo el mundo debería saber cocinar.

Cogí los trocitos sobrantes de las zanahorias y la col y los eché a la madriguera de los conejos.

Mr. Crepsley al encontrarse con la cena (o más bien el desayuno, para él) esperándole cuando despertó. Olisqueó el humo que subía de la burbujeante cazuela y se relamió.

—Podría acostumbrarme a esto —sonrió, y luego bostezó, desperezándose, y se pasó una mano por el corto mechón naranja de su cabeza. Se rascó la larga cicatriz que recorría el lado izquierdo de su rostro. Tenía esa costumbre.

Siempre había querido preguntarle cómo se hizo aquella cicatriz, pero nunca lo hice. Una noche, cuando tuviera valor, lo haría.

No había mesas, así que comimos sobre el regazo. Saqué dos platos plegables de la bolsa, los extendí, y cogí cuchillos y tenedores. Serví la comida y empezamos a comer.

Cerca del final, Mr. Crepsley se limpió la boca con una servilleta blanca y carraspeó torpemente.

—El estofado estaba delicioso —me felicitó.

—Gracias —respondí.

—Yo… hum… verás… —Suspiró—. Nunca se me han dado bien las sutilezas —dijo—, así que iré al grano y te lo preguntaré: ¿qué ocurrió ayer? ¿Por qué estabas tan nervioso?

Clavé los ojos en mi plato casi vacío, sin estar seguro de querer

responderle. Entonces, de repente, le solté de golpe toda la historia. Apenas tomé aliento desde el principio hasta el final.

Mr. Crepsley me escuchó atentamente. Cuando acabé, meditó en ello durante un minuto o dos antes de hablar.

—Es algo a lo que deberás acostumbrarte —dijo—. Es un hecho natural que seamos más fuertes, más rápidos y más resistentes que los humanos. Si juegas con ellos, saldrán heridos.

—Yo no pretendía hacerle daño —dije—. Fue un accidente.

Mr. Crepsley se encogió de hombros.

—Escucha, Darren, no hay manera de que puedas evitar que vuelva a ocurrir algo así, si te relacionas con los humanos. No importa cuánto desees ser normal, porque no lo eres. Siempre habrá accidentes esperando producirse.

—Me está diciendo que ya no puedo tener amigos, ¿verdad? —afirmé tristemente—. Ya me lo imaginaba. Por eso estaba tan triste. Me estaba acostumbrando a la idea de que nunca regresaré a mi hogar ni veré a mis viejos amigos, pero fue ayer cuando comprendí que tampoco podría tener otros nuevos. Estoy ligado a *usted*. No puedo tener ningún otro amigo, ¿verdad?

Él se frotó la cicatriz y frunció los labios.

—Eso no es cierto —dijo—. Claro que puedes tener amigos. Sólo debes tener cuidado. Tú…

—¡Eso no es suficiente! —grité—. Usted mismo lo ha dicho; siempre habrá accidentes esperando producirse. Incluso estrechar manos resulta peligroso. ¡Podría cortarles las muñecas con mis uñas!

Meneé la cabeza lentamente.

—No —dije con firmeza—. No quiero poner en peligro la vida de nadie. Soy demasiado peligroso tener amigos. Además, no conseguiría tener un verdadero amigo.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Porque entre amigos verdaderos no hay secretos. Nunca podría confesarle a un humano que soy un vampiro. Siempre tendré que mentir y fingir que soy alguien que no soy. Siempre tendría miedo de que descubriera lo que soy y me odiara.

—Ése es un problema que compartimos todos los vampiros —dijo Mr. Crepsley.

—¡Pero todos los vampiros no son niños! —grité—. ¿Qué edad tenía usted cuando fue transformado? ¿Era un hombre? —Él asintió—. Los amigos no son tan importantes para los adultos. Mi padre me dijo que cuando uno crece se acostumbra a no tener tantos amigos. Los adultos tienen su trabajo y sus aficiones y otras cosas que les mantienen ocupados. Pero mis amigos eran lo más importante para mí, aparte de mi familia. Bien, usted me apartó de mi familia cuando me dio su asquerosa sangre. Y ahora me ha arruinado cualquier oportunidad de volver a tener un verdadero amigo. Muchas gracias —dije, lleno de furia—. Muchas gracias por convertirme en un monstruo y destrozarme la vida.

Me sentía al borde de las lágrimas, pero no quería llorar, no delante de él. Ensarté el último trozo de carne de mi plato con el tenedor y me lo metí en la boca, masticándolo ferozmente.

Mr. Crepsley se había quedado callado después de mi explosión. No sabría decir si se sentía furioso o apenado. Por un momento pensé que había ido demasiado lejos. ¿Y si se daba media vuelta y decía «Si eso es lo que sientes, sigue tu camino»? ¿Qué haría yo entonces?

Empecé a pensar en disculparme cuando habló con voz suave y sus palabras me sorprendieron.

—Lo lamento —dijo—. No debería haberte dado mi sangre. Fue un estúpido capricho. Eres demasiado joven. Hace mucho que dejé de ser un niño, y he olvidado lo que eso significa. Nunca pensé en tus amigos, ni en lo mucho que los extrañarías. Fue un error darte mi sangre. Un terrible error. Yo…

Se sumió en el silencio. Parecía tan miserable, que casi sentí pena por él. Entonces recordé lo que me había hecho, y volví a odiarle. Y luego vi un brillo húmedo en el rabillo de sus ojos que podría haber sido de lágrimas, y otra vez sentí pena.

Me sentía realmente confuso.

—Bien, ya no sirve de nada lamentarse por ello —dijo finalmente—. No podemos dar marcha atrás. Lo hecho, hecho está, ¿verdad?

—Sí —suspiré—. Si pudiera, le devolvería este horrible regalo. Pero no es posible. Ser vampiro es para siempre. Una vez que te transformas, ya no lo puedes cambiar.

—Aún así —dijo él, reflexionando—, no es tan malo como piensas. Tal vez… —Sus ojos se estrecharon, pensativos.

—¿Tal vez, qué? —pregunté.

—*Podemos* encontrar amigos para ti —dijo—. No tienes que estar pegado a mí todo el tiempo.

—No comprendo —dije, frunciendo el ceño—. ¿No estábamos de acuerdo en que no es seguro que me relacione con humanos?

—No estoy hablando de humanos —dijo, comenzando a sonreír—. Te hablo de gente con poderes especiales. Gente como nosotros. Gente a la que podrás confiarle tus secretos…

Se inclinó hacia mí, tomando mis manos.

—Darren —dijo—, ¿qué te parecería regresar y convertirte en miembro del Cirque Du Freak?

CAPÍTULO 7

Cuanto más discutíamos la idea, más me gustaba. Mr. Crepsley decía que los artistas del Cirque sabrían lo que yo era y me aceptarían como uno de los suyos. El elenco del espectáculo cambiaba constantemente y casi siempre había alguien que rondaba mi edad. Podría pasar mi tiempo con ellos.

—¿Y si no me gusta estar allí? —pregunté.

—Entonces nos iremos —dijo—. Me lo pasé bien viajando con el Cirque, pero no es que me volviera loco. Si te gusta, nos quedaremos. Si no, volveremos a la carretera.

—¿No les importará que vaya con ellos? —pregunté.

—Tendrás que trabajar —respondió—. Mr. Tall[1] insiste en que todo el mundo debe hacer algo. Tendrás que ayudar a colocar las sillas y las luces, vender recuerdos, limpiar después del espectáculo, o cocinar. Estarás bastante ocupado, pero no te explotarán. Tendremos tiempo de sobra para nuestras lecciones.

Decidimos intentarlo. Al menos dormiríamos en una verdadera cama cada noche. Tenía la espalda entumecida de dormir en el suelo.

Mr. Crepsley tenía que saber dónde se encontraba el espectáculo antes de unirnos a él. Le pregunté cómo iba a hacer eso. Me explicó que podía entrar en contacto con los pensamientos de Mr. Tall.

—¿Quiere decir que es telépata? —pregunté, recordando cómo llamaba Steve a la gente que podía comunicarse entre sí utilizando sólo la mente.

—Algo así —dijo Mr. Crepsley—. No podemos hablarnos con el pensamiento pero puedo captar su… *aura*, por decirlo de algún modo. Una vez que la haya localizado, no será un problema seguir su rastro.

—¿Yo podría localizar su aura? —quise saber.

—No —dijo Mr. Crepsley—. La mayoría de los vampiros (y algunos humanos especialmente dotados) pueden hacerlo, pero los semi-vampiros no.

Se sentó en medio de la iglesia y cerró los ojos. Se quedó quieto durante un minuto. Entonces sus párpados se abrieron y se levantó.

—Lo encontré —dijo.

—¿Tan pronto? —pregunté—. Pensaba que le llevaría más tiempo.

—He buscado su aura muchas veces —explicó Mr. Crepsley—. Sé lo que buscar. Dar con él es tan fácil como encontrar una aguja en un pajar.

—¿No se supone que eso es difícil?

—No para un vampiro —dijo.

Mientras recogíamos nuestras cosas, me encontré contemplando fijamente la iglesia. Algo me había estado preocupando, pero no estaba seguro de si debería mencionárselo a Mr. Crepsley.

—Venga, suéltalo —dijo, sorprendiéndome—. Pregunta lo que sea que se te esté pasando por la cabeza.

—¿Cómo sabía que quería preguntarle algo? —inquirí, anonadado.

Él se echó a reír.

—No hace falta ser un vampiro para saber que los niños son curiosos. Hace tiempo que te mueres por preguntármelo. ¿Qué es?

Respiré profundamente.

—¿Usted cree en Dios? —pregunté.

Mr. Crepsley me miró de un modo extraño, y entonces asintió con la cabeza lentamente.

—Creo en los dioses de los vampiros.

Fruncí el ceño.

—¿Los vampiros tienen dioses?

—Por supuesto —respondió—. Cada cultura tiene sus dioses: hay dioses egipcios, dioses hindúes, dioses chinos… Los vampiros no somos diferentes.

—¿Y cree en el Cielo? —pregunté.

—Creemos en el Paraíso. Está más allá de las estrellas. Cuando morimos, si hemos llevado una buena vida, nuestros espíritus se elevan libros de la tierra, cruzan estrellas y galaxias, y por último

llegan a un lugar maravilloso que se encuentra al otro lado del universo: el Paraíso.

—¿Y los que no han llevado una buena vida?

—Se quedan aquí —dijo—. Permanecen atados a la tierra como fantasmas, condenados a vagar por la superficie de este mundo para siempre.

Pensé en ello.

—¿Qué es una 'buena vida' para un vampiro? —pregunté—. ¿Cómo se logra ir al Paraíso?

—Viviendo justamente —dijo—. No matando a menos que sea necesario. No haciendo daño a la gente. No echando a perder el mundo.

—¿Pero beber sangre no es malvado? —pregunté.

—No a menos que mates a la persona de la que estás bebiendo —dijo Mr. Crepsley—. Y a veces, incluso eso puede ser bueno.

—¿Matar a alguien puede ser *bueno*? —exclamé, asombrado.

Mr. Crepsley asintió, muy serio.

—Las personas tienen alma, Darren. Cuando mueren, sus almas van al Cielo o al Paraíso. Pero es posible conservar aquí una parte de ellas. Cuando bebemos sangre en pequeñas cantidades, no nos apoderamos de la esencia de la persona. Pero si bebemos mucha, una parte de ella seguirá viviendo en nosotros.

—¿Cómo? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Al desangrar a una persona, absorbemos parte de sus recuerdos y sus sentimientos —respondió—. Pasan a formar parte de nosotros, y podemos ver el mundo de la manera en que esa persona lo hacía, y recordar cosas que de otro modo habrían quedado en el olvido.

—¿Cómo cuáles?

Meditó un instante.

—Uno de mis más queridos amigos se llama Paris Skyle —dijo—. Es muy viejo. Hace varios siglos, fue amigo de William Shakespeare.

—¿*El* William Shakespeare… que escribía obras de teatro?

Mr. Crepsley asintió.

—Obras de teatro y poemas. Pero no toda la obra poética de Shakespeare se recuerda; algunos de sus versos más famosos se han

perdido. Cuando Shakespeare se estaba muriendo, Paris bebió de él… porque Shakespeare se lo pidió… y así pudo conservar en su interior esos poemas perdidos y anotarlos. El mundo habría sido un lugar más pobre sin ellos.

—Pero… —le interrumpí—, ¿sólo se hace con la gente que lo pide, y que se está muriendo?

—Sí —dijo—. Sería malvado matar a gente que goza de buena salud. Pero beber de amigos que están a punto de morir, y mantener vivos sus recuerdos y experiencias… —sonrió—. Eso es algo realmente hermoso.

»Vamos —dijo entonces—. Hablaremos de ello por el camino. Debemos irnos».

Salté a la espalda de Mr. Crepsley cuando estuvimos listos para partir, y nos marchamos cometeando. Todavía no me había explicado cómo conseguía moverse tan rápido. No es que corriera deprisa; más que correr, era más bien como si el mundo se deslizara bajo sus pies. Me dijo que todos los vampiros completos podían cometear.

Era una delicia ver cómo la campiña se alejaba como si flotara a la deriva a nuestras espaldas. Subimos colinas y atravesamos las vastas llanuras más veloces que el viento. El silencio era absoluto mientras cometeábamos y nadie advertía nuestra presencia. Era como si una burbuja mágica nos rodeara.

Mientras cometeábamos, pensé en lo que había dicho Mr. Crepsley, sobre perpetuar la memoria de las personas al beber de ellas. No estaba seguro de que eso funcionara, y decidí preguntarle más cosas sobre ese tema, más adelante.

Cometear era un arduo trabajo; el vampiro estaba sudando y me di cuenta de que comenzaba a flaquear. Para ayudarle, saqué una de sus botellitas de sangre humana, la destapé y la acerqué a sus labios para que pudiera beber.

Asintió en silencio, agradecido, se enjugó el sudor de la frente, y siguió adelante.

Finalmente, cuando el cielo empezó a clarear, aminoró el paso hasta detenernos. Salté al suelo y mire a mi alrededor. Estábamos en medio de una carretera rural, y los campos y los árboles nos rodeaban. No había una sola casa a la vista.

—¿Dónde está el Cirque Du Freak? —pregunté.

—A algunas millas más adelante —respondió, señalando al frente. Se había dejado caer de rodillas, jadeando sin aliento.

—¿Se ha quedado sin fuelle? —le pregunté, conteniendo la risa.

—No —respondió, lanzándome una mirada feroz—. Podría haber seguido, pero no quiero llegar allí con aspecto de haber corrido una maratón.

—Pues será mejor que no se entretenga demasiado descansando —le advertí—. Está a punto de amanecer.

—¡Sé exactamente qué hora es! —masculló—. Sé más de amaneceres y crepúsculos que cualquier ser humano viviente. Aún tenemos tiempo de sobra. Todavía quedan cuarenta y tres minutos.

—Si usted lo dice…

—Lo digo. —Se puso en pie, molesto, y empezó a andar. Esperé hasta que hubo avanzado un poco, y luego eché a correr, adelantándole.

—¡Deprisa, vejestorio! —me burlé—. ¡Se está quedando atrás!

—¡Sigue así —rezongó—, y ya verás la que te espera! ¡Un tirón de orejas y una patada en el culo!

Comenzó a correr tras un par de minutos, y así seguimos los dos, uno junto a otro. Me sentía de buen humor, más contento de lo que había estado en los últimos meses. Era estupendo volver a experimentar entusiasmo por algo.

Nos cruzamos con un grupo de desaliñados campistas por el camino.

Se estaban despertando, y ya se disponían a ponerse en marcha. Un par de ellos nos saludaron con la mano. Eran gente curiosa: cabellos largos, extrañas ropas, cargados de extravagantes pendientes y pulseras.

Había pancartas y banderas por todo el campamento. Intenté leer algunas, pero resultaba difícil hacerlo mientras corría, y no quería detenerme. Deduje que los campistas tenían algo que ver con una protesta en contra de una nueva carretera.

La carretera tenía muchas curvas. Después de la quinta, divisamos por fin el Cirque Du Freak, instalado en un claro, a orillas de un río. Estaba muy tranquilo (imaginé que todos estarían durmiendo) y si hubiéramos ido en coche, sin la idea de encontrar

caravanas y tiendas, habría sido muy fácil pasar de largo sin reparar en él.

Era un lugar inusual para instalar un circo. No había ninguna sala o gran carpa en la que los freaks pudieran actuar. Imaginé que se estarían tomando un descanso entre el último pueblo y el siguiente.

Mr. Crepsley zigzageaba con confianza entre coches y caravanas. Sabía exactamente a dónde iba. Le seguí, menos seguro de mí, recordando la noche en que me arrastré sigilosamente entre los freaks y robé a Madam Octa.

Mr. Crepsley se detuvo ante una larga caravana plateada y llamó a la puerta. Se abrió casi inmediatamente y apareció la impresionante figura de Mr. Tall. Sus ojos parecían más oscuros que nunca en aquella tenue luz. Si no lo hubiera conocido mejor, habría jurado que en lugar de globos oculares no había más que dos huecos vacíos y negros.

—Oh, eres tú —dijo, en voz baja, sin mover apenas los labios—. Ya me parecía que te había sentido buscándome. —Estiró el cuello hacia Mr. Crepsley y miró hacia abajo, a donde estaba yo, temblando—. Veo que has traído al chico.

—¿Podemos entrar? —preguntó Mr. Crepsley.

—Por supuesto. ¿Qué se supone que debe uno decirle a un vampiro? —sonrió—. ¿Entra si quieres?

—Algo así —respondió Mr. Crepsley, y por la sonrisa que esbozó, comprendí que se trataba de alguna vieja broma entre ellos.

Entramos en la caravana y nos sentamos. El interior estaba bastante vacío, a excepción de algunos carteles y panfletos del Cirque, el sombrero de copa rojo y los guantes que le había visto llevar a Mr. Tall, un par de adornos y una cama plegable.

—No esperaba que volvieras tan pronto, Larten —dijo Mr. Tall. Incluso sentado seguía siendo enorme.

—No tenía previsto en mi agenda volver tan rápido, Hibernius.

¿*Hibernius*? Era un nombre extraño. Sin embargo, de algún modo le venía bien. Hibernius Tall. Sonaba raro.

—¿Os habéis metido en algún lío? —preguntó Mr. Tall.

—No —dijo Mr. Crepsley—. Darren no estaba contento. Decidí que estaría mejor aquí, entre los de su propia clase.

—Ya veo. —Mr. Tall me estudió con curiosidad—. Has recorrido un largo camino desde la última ve que te vi, Darren Shan —dijo.

—Hubiera preferido quedarme donde estaba —rezongué.

—Entonces, ¿por qué te fuiste? —preguntó.

Le miré ferozmente.

—Usted sabe por qué —respondí con frialdad.

Asintió lentamente.

—¿Hay algún problema en que nos quedemos? —preguntó Mr. Crepsley.

—Claro que no —respondió Mr. Tall de inmediato—. La verdad es que me alegra que hayas vuelto. Andamos algo escasos de personal en estos momentos. Alexander *Calavera*, Sive y Seersa, y Gertha *Dientes* se han ido de vacaciones o por asuntos personales. Cormac *el Trozos* está en camino, pero aún tardará en llegar. Larten Crepsley y su maravillosa araña amaestrada serán una valiosa adición a la plantilla.

—Gracias —dijo Mr. Crepsley.

—¿Y qué hay de mí? —inquirí audazmente.

Mr. Tall sonrió.

—Tú no eres tan valioso —dijo—, pero te doy la bienvenida igualmente.

Solté un bufido, pero no dije nada.

—¿Dónde vamos a actuar? —preguntó Mr. Crepsley a continuación.

—Aquí mismo —respondió Mr. Tall.

—¿*Aquí*? —exclamé, sorprendido.

—¿Eso te extraña? —inquirió Mr. Tall.

—Estamos en medio de ninguna parte —dije—. Pensaba que actuaban en pueblos y ciudades, donde pudieran conseguir una gran audiencia.

—Nosotros *siempre* conseguimos una gran audiencia —dijo Mr. Tall—. No importa dónde actuemos, la gente vendrá. Normalmente escogemos zones más concurridas, pero estamos en temporada baja. Como ya he dicho, algunos de nuestros mejores artistas están ausentes, así como… algunos otros miembros de nuestra compañía.

Mr. Tall y Mr. Crepsley cruzaron una mirada extraña y reservada, y sentí que me estaba perdiendo algo.

—Así que nos estamos tomando un descanso —continuó Mr. Tall—. No actuaremos durante algunos días. Es bueno relajarse un poco.

—Nos cruzamos con un campamento por el camino —dijo Mr. Crepsley—. ¿Os han causado algún problema?

—¿Los soldaditos de a pie de la APN? —rió Mr. Tall—. Están demasiado ocupados defendiendo los árboles y las rocas para meterse con nosotros.

—¿Qué es la APN? —pregunté.

—«Antagonistas Protectores de la Naturaleza» —explicó Mr. Tall—. Son ecoguerreros. Recorren el país intentando detener la construcción de nuevas carreteras y puentes. Hace un par de meses que están aquí, pero pronto se marcharán.

—¿Son guerreros de verdad? —pregunté—. ¿Tienen pistolas, y granadas, y tanques?

Los dos adultos casi se parten de risa.

—¡A veces es un poco tonto —dijo Mr. Crepsley riendo a carcajadas—, pero no es tan estúpido como parece!

Sentí cómo la sangre se agolpaba en mi rostro, pero contuve mi lengua. Sabía por experiencia que no conduce a nada enfadarse con los adultos cuando se ríen de ti; eso sólo hace que se rían aún más.

—Se llaman guerreros a sí mismos —dijo Mr. Tall—, pero en realidad no lo son. Se encadenan a los árboles y vierten arena en los motores de las excavadoras y arrojan clavos en los caminos por donde pasan los coches. Ese tipo de cosas.

—¿Por qué…? —empecé a decir, pero Mr. Crepsley me interrumpió.

—No tenemos tiempo para preguntas —dijo—. Faltan unos minutos para que salga el Sol. —Se levantó y estrechó la mano de Mr. Tall—. Gracias por acogernos, Hibernius.

—Es un placer —repuso Mr. Tall.

—Confío en que hayas cuidado bien mi ataúd.

—Naturalmente.

Mr. Crepsley sonrió satisfecho y se frotó las manos.

—Es lo que más echo de menos cuando estoy fuera. Será estupendo volver a dormir en él.

—¿Y el chico? —preguntó Mr. Tall—. ¿Quieres que le hagamos

un ataúd?

—¡Ni lo sueñe! —grité—. ¡No quiero volver a meterme en uno! —Recordaba muy bien cómo era estar en un ataúd (cuando me enterraron vivo) y pensar en ello me hizo temblar.

Mr. Crepsley sonrió.

—Aloja a Darren con alguno de los artistas —dijo—. A ser posible, con alguien de su edad.

Mr. Tall pensó un momento.

—¿Qué tal con Evra?

La sonrisa de Mr. Crepsley se hizo más amplia.

—Sí. Alojarle con Evra es una idea maravillosa.

—¿Quién es Evra? —pregunté, nervioso.

—Ya lo averiguarás —prometió Mr. Crepsley, abriendo la puerta de la caravana—. Te dejo con Mr. Tall. Él se ocupará de ti. Tengo que irme.

Y se fue, en busca de su querido ataúd.

Eché un vistazo por encima del hombro y vi a Mr. Tall justo detrás de mí. No sabía cómo había cruzado la habitación con tanta rapidez. Ni siquiera le había oído ponerse en pie.

—¿Vamos? —dijo.

Tragué saliva y asentí.

Él fue delante, atravesando el campamento. Estaba amaneciendo y vi un par de luces encenderse en algunas caravanas y tiendas. Mr. Tall me condujo hasta una vieja tienda gris, lo bastante grande para albergar a cinco o seis personas.

—Aquí tienes algunas mantas —dijo, entregándome unas cuantas mantas de lana—. Y una almohada. —No sé de dónde las había sacado (no las tenía cuando salimos de la caravana), pero estaba demasiado cansado para preguntárselo—. Duerme todo lo que quieras. Vendré a buscarte cuando te hayas despertado y te explicaré en qué consistirá tu trabajo. Evra cuidará de ti hasta entonces.

Levanté el faldón de la tienda y miré adentro. Estaba demasiado oscuro para ver nada.

—¿Quién es Evra? —pregunté, volviéndome hacia Mr. Tall. Pero él ya se había ido, desapareciendo en silencio con su habitual rapidez.

Suspiré y entré, apretando las mantas contra mi pecho. Dejé que el faldón volviera a su lugar, y me quedé quieto allí dentro, esperando a que mis ojos se habituaran a la oscuridad. Podía oír a alguien respirando suavemente, y en la oscuridad distinguí una vaga forma en una hamaca, más allá del centro de la tienda. Busqué algún lugar donde hacerme la cama. No quería que mi compañero de tienda cayera sobre mí cuando se despertara.

Avancé unos pasos a ciegas. Repentinamente, algo se deslizó hacia mí en la oscuridad.

Me detuve y mire fijamente delante de mí, deseando fervientemente poder ver algo (sin la luz de las estrellas o la Luna, incluso a un vampiro le cuesta distinguir las cosas).

—¿Hola? —susurré—. ¿Eres Evra? Yo soy Darren Shan. Soy tu nuevo…

Me detuve. El ruido deslizante había llegado hasta mis pies. Y mientras yo permanecía allí plantado, algo carnoso y viscoso se enroscó en mis piernas. Al instante supe lo que era, pero no me atreví a mirar hacia abajo hasta que sobrepasó en su escalada la mitad de mi cuerpo. Finalmente, mientras se enrollaba en espiral alrededor de mi pecho, reuní el valor para mirarla y me encontré mirando a los ojos a una enorme, gruesa y siseante… ¡serpiente!

CAPÍTULO 8

Me quedé allí quieto, helado de miedo, durante más de una hora, mirando a los ojos mortalmente fríos de la serpiente, esperando su ataque.

Al final, con la fuerte luz del Sol de la mañana brillando a través de la lona de la tienda, la figura durmiente de la hamaca se movió, bostezó, se sentó, y miró a su alrededor.

Se trataba del niño-serpiente, y pareció sorprenderse muchísimo cuando me vio. Inmediatamente, volvió a hundirse en su hamaca, cubriéndose con las mantas, como para protegerse. Entonces vio a la serpiente enrollada en torno a mí, y respiró con alivio.

—¿Quién eres tú? —inquirió con dureza—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sacudí la cabeza lentamente. No me atrevía a hablar por miedo a que el movimiento de mis pulmones provocara el ataque de la serpiente.

—Será mejor que respondas —me advirtió—, o le diré que te saque los ojos.

—S… s… soy D-Darren Sh-sh-Shan —tartamudeé—. Mr. T-Tall me dijo que e-entrara. Dijo que yo s-s-sería tu nuevo c-c-c-compañero…

—¿Darren Shan? —El niño-serpiente frunció el ceño, y luego apuntó con complicidad—: Eres el asistente de Mr. Crepsley, ¿verdad?

—Sí —dije en voz baja.

El niño-serpiente sonrió ampliamente.

—¿Él sabía que Mr. Tall te alojaría conmigo? —Yo asentí y él se echo a reír—. Nunca he conocido a un vampiro sin un extraño sentido del humor.

Se bajó de un salto de la hamaca, cruzó la tienda, cogió a la

serpiente por la cabeza y comenzó a desenrollarla.

—No pasa nada —me aseguró—. En realidad, nunca has corrido peligro. La serpiente ha estado durmiendo todo el rato. Podías habértela quitado de encima y ella ni se habría dado cuenta. Tiene un sueño muy profundo.

—¿Está *dormida*? —exclamé—. Pero… ¿cómo vino y se enrolló en mí?

Él sonrió.

—Es que anda en sueños.

—¡*Anda en sueños*! —Miré al chico y luego a la serpiente, que seguía inmóvil mientras él la desenrollaba. Cuando se deshizo la última espiral, me hice a un lado. Sentía un hormigueo en mis piernas entumecidas.

—Una serpiente que anda en sueños —reí, inseguro—. ¡Gracias a Dios que no es una serpiente que come en sueños también!

El niño-serpiente dejó a su mascota en un rincón y acarició su cabeza amorosamente.

—No te hubiera comido aunque hubiese estado despierta —me informó—. Ayer se comió una cabra. Las serpientes de su tamaño no comen muy a menudo.

Dejó a su serpiente, levantó el faldón de la tienda y salió fuera. Le seguí rápidamente, para no quedarme solo con el reptil.

Le estudié más de cerca en el exterior. Era exactamente como recordaba: unos pocos años mayor que yo y muy delgado, con el cabello largo y verdiamarillo, los ojos sesgados, y con unos dedos extrañamente palmeados; su cuerpo estaba cubierto de escamas verdes, doradas, amarillas y azules. No llevaba puesto más que un pantaloncito corto.

—Por cierto —dijo—, me llamo Evra Von.

Me tendió la mano y se la estreché. La palma de su mano era resbaladiza, pero seca. Algunas escamas se desprendieron y se quedaron pegadas a mi mano cuando la retiré. Eran como trocitos coloreados de piel muerta.

—Evra Von ¿qué? —pregunté.

—Sólo Von —dijo, frotándose el estómago—. ¿Tienes hambre?

—Sí —contesté, y me fui con Evra a por algo de comer.

El campamento había recobrado la vida con la actividad. Como

la noche anterior no había habido función, la mayoría de los freaks y sus ayudantes se habían acostado temprano, así que ahora se levantaban antes de lo habitual.

Me sentía fascinado por todo aquel ajetreo. No me imaginaba que hubiera tanta gente trabajando en el Cirque. Pensaba que sólo estaban los artistas y sus ayudantes, los que había visto la noche en que asistí a la función con Steve, pero ahora, al mirar a mi alrededor, me daba cuenta de que aquello era tan sólo la punta del iceberg. Había al menos dos docenas de personas caminando o hablando, limpiando o cocinando, y a ninguna la había visto antes.

—¿Quiénes son todos ésos? —indagué.

—Los columna vertebral del Cirque Du Freak —respondió Evra —. Son los que conducen, montan las tiendas, hacen la colada, cocinan, arreglan nuestros trajes y limpian después del espectáculo. Es una gran labor.

—¿Son seres humanos corrientes? —pregunté.

—La mayoría de ellos, sí —dijo él.

—¿Cómo han acabado trabajando aquí?

—Algunos son parientes de los artistas. Otros son amigos de Mr. Tall. Y otros solo pasaban por aquí, les gusto lo que vieron, y se quedaron.

—¿La gente puede hacer eso? —pregunté.

—Si a Mr. Tall les gusta su aspecto, sí —dijo Evra—. Siempre hay trabajo que hacer en el Cirque Du Freak.

Evra se detuvo ante una gran fogata, y yo me paré a su lado. Hans *el Manos* (un hombre capaz de andar y correr sobre sus manos más rápido que el corredor más veloz del mundo) descansaba sobre un tronco, mientras Truska (la mujer barbuda, que hacía crecer su barba cuando quería) cocinaba unas salchichas ensartadas en una vara de madera. Algunos humanos estaban sentados o tumbados alrededor.

—Buenos días, Evra Von —saludó Hans *el Manos*.

—¿Qué tal, Hans? —respondió Evra.

—¿Quién es tu joven amigo? —preguntó Hans, observándome con suspicacia.

—Éste es Darren Shan —dijo Evra.

—¿Darren Shan *en persona*? —inquirió Hans, alzando las cejas.

—Ni más ni menos —sonrió Evra.

—¿Qué significa eso de 'Darren Shan *en persona*'? —pregunté yo.

—Eres famoso por aquí —dijo Hans.

—¿Por qué? ¿Por qué soy —bajé la voz— un semi-vampiro?

Hans se echó a reír afablemente.

—Los semi-vampiros no son nada del otro jueves. Si tuviera un dólar de plata por cada semi-vampiro que he visto, tendría… —los rasgos de su rostro se fruncieron, pensativamente— veintinueve dólares. Pero un *niño* semi-vampiro es otra historia. Nunca había oído que nadie de tu edad figurase entre las filas de los muertos vivientes. Dime: ¿ya han venido a verte los Generales Vampiros?

—¿Quiénes son los Generales Vampiros? —pregunté.

—Son…

—¡Hans! —exclamó una señora que estaba lavando la ropa. Él dejó de hablar y miró alrededor con expresión culpable—. ¿Crees que a Larten le gustaría escucharte difundiendo rumores? —le espetó.

Hans hizo una mueca.

—Lo siento —dijo—. Es el aire de la mañana. No estoy acostumbrado a él. Me hace decir cosas que no debería.

Yo quería que me explicara quiénes eran esos Generales Vampiros, pero supuse que preguntar sería de mala educación.

Truska comprobó cómo estaban las salchichas, sacó un par de ellas de la varilla, y nos las ofreció. Sonrió al acercarse a mí, y me dijo algo en una extraña lengua extranjera.

Evra se echó a reír.

—Quiere saber si te gustan las salchichas o si eres vegetariano.

—¡Ésa es buena! —dijo Hans con una risita ahogada—. ¡Un vampiro vegetariano!

—¿Tú hablas su idioma? —le pregunté a Evra.

—Sí —afirmó con orgullo—. Aún lo estoy aprendiendo (es el lenguaje más difícil que me he encontrado), pero soy el único del campamento que entiende lo que dice. Se me dan muy bien los idiomas —presumió.

—¿Y qué idioma es? —pregunté.

—No lo sé —respondió, frunciendo el ceño—. No me lo ha dicho.

Eso me sonó un tanto extraño, pero no dije nada para no ofenderle. En vez de eso, tomé una de las salchichas y sonreí agradecido. Mordí un trozo y tuve que escupirlo de inmediato; ¡estaba ardiendo! Evra se echó a reír y me tendió un vaso de agua. Bebí hasta que el interior de mi boca recobró su temperatura normal, y luego soplé la salchicha para enfriarla.

Nos sentamos un rato junto a Hans, Truska y los demás, charlando y comiendo, bañados por el Sol de la mañana. El rocío humedecía la hierba, pero a ninguno nos importaba. Evra me presentó a todos los del grupo. Eran demasiados nombres para que los recordara todos a la vez, así que me limité a sonreír y a estrechar manos.

No tardó en aparecer Mr. Tall. Un minuto antes no estaba allí, y al siguiente estaba tras Evra, calentándose las manos en la hoguera.

—Se ha levantado pronto, señor Shan —comentó Mr. Tall.

—No podía dormir —respondí—. Estaba demasiado… —miré a Evra y sonreí— desvelado.

—Espero que eso no afecte a tu capacidad para trabajar —dijo Mr. Tall.

—Estoy bien —dije—. Listo para empezar a trabajar.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Eso es lo que quería oír. —Sacó un gran cuaderno y hojeó las páginas—. Veamos qué podemos encontrar hoy para ti —dijo—. Dime: ¿sabes cocinar?

—Sé preparar un estofado. Mr. Crepsley me enseñó.

—¿Has cocinado alguna vez para treinta o cuarenta personas?

—No.

—Mala suerte. Pero ya aprenderás. —Hojeó otras dos páginas—. ¿Sabes coser?

—No.

—¿Alguna vez has lavado ropa?

—¿A mano?

—Sí.

—No.

—Hmmm. —Pasó algunas páginas más, y luego cerró el cuaderno bruscamente—. Está bien —dijo—, hasta que te

encontremos un trabajo más permanente, te quedarás con Evra y le ayudarás en sus tareas. ¿Te parece justo?

—Eso me gusta —dije.

—¿Algún inconveniente, Evra? —le preguntó al niño-serpiente.

—En absoluto —respondió Evra.

—Muy bien. Decidido. Evra se ocupará de ti hasta nuevo aviso. Haz lo que él te diga. Cuando tu colega de sangre se levante —se refería a Mr. Crepsley—, podrás pasar la noche con él si así lo decide. Veremos cómo te portas, y luego decidiremos el modo en que mejor puedas emplear tus talentos.

—Gracias —dije.

—Es un placer —respondió.

Esperé que se esfumara repentinamente, pero en vez de eso se dio la vuelta y se alejó lentamente, silbando, disfrutando de la luz del Sol.

—Bien, Darren —dijo Evra, rodeándome los hombres con un brazo escamoso—, parece que desde ahora somos compañeros. ¿Qué te parece?

—Estupendo… compañero.

—¡Guay! —Me dio una palmada en el hombro y engulló su último pedazo de salchicha—. ¡Pues en marcha!

—¿Qué hacemos primero? —pregunté.

—Lo primero que haremos cada mañana —respondió Evra—. Ordeñar el veneno de los colmillos de mi serpiente.

—Oh —dije—. ¿No será peligroso?

—Sólo si te muerde antes de que acabemos —contestó Evra, se echó a reír al ver mi expresión y me empujó hacia la tienda.

CAPÍTULO 9

Evra ordeñó él mismo a la serpiente (lo cual fue un gran alivio), y luego la sacamos fuera y la dejamos sobre la hierba. Trajimos unos cubos de agua y la frotamos a conciencia con unas esponjas muy suaves.

Después tuvimos que darle de comer al hombre-lobo. Su jaula estaba en los límites del campamento. Rugió al vernos venir. Parecía tan hambriento y peligroso como la noche en que acudí al Cirque con Steve. Sacudía los barrotes y nos lanzaba zarpazos que nos habrían destrozado si nos hubiéramos puesto a su alcance… ¡lo cual no hicimos!

—¿Por qué es tan feroz? —pregunté, lanzándole un gran pedazo de carne cruda, que atrapó al vuelo de un bocado.

—Porque es un auténtico hombre-lobo —dijo Evra—. No se trata de una persona muy peluda. Es medio humano y medio lobo.

—¿No es cruel mantenerle encadenado? —inquirí, lanzándole otro trozo de carne.

—Si no lo hiciéramos, se escaparía y mataría a la gente. La mezcla de sangre humana y lobuna le ha vuelto loco. No sólo mataría cuando estuviera hambriento; si estuviera libre, lo haría todo el tiempo.

—¿No existe una cura? —pregunté, sintiendo pena por él.

—No hay una cura porque no es una enfermedad —explicó Evra —. No es algo que haya pillado, nació así. Es lo que es.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté.

Evra me miró muy serio.

—¿De verdad quieres saberlo?

Contemplé al peludo monstruo en la jaula, desgarrando la carne como si fuera algodón de azúcar, tragué saliva y respondí:

—No, creo que no.

Después de eso, hicimos otras cuantas tareas. Pelamos patatas para la cena, ayudamos a reparar un neumático de uno de los vehículos, pasamos horas pintando el techo de una caravana, y paseamos a un perro. Evra dijo que la mayoría de los días eran así, un continuo vagar por el campamento, viendo qué se podía hacer y echando una mano aquí y allá.

Por la tarde llevamos una bolsa de basura con latas y trozos de cristal a la tienda de Rhamus *Dostripas*, un hombre enorme que podía comerse cualquier cosa. Yo quería quedarme para verle comer, pero Evra me apremió a que saliera. A Rhamus no le gustaba que le vieran comer cuando no estaba actuando.

Tuvimos mucho tiempo para nosotros, y en los momentos más tranquilos nos contamos nuestras vidas, de dónde éramos, y cómo habíamos crecido.

Evra había nacido de unos padres normales, que se sintieron horrorizados al verle. Lo abandonaron en un orfanato, en el que permaneció hasta que el malvado dueño de un circo le compró cuando tenía cuatro años.

—Fue una época espantosa —dijo en voz baja—. Me pegaba y me trataba como a una serpiente de verdad. Me tenía encerrado en una vitrina de cristal, y la gente pagaba por verme y burlarse de mí.

Estuvo en ese circo durante siete largos y desdichados años, recorriendo pequeñas ciudades, sintiéndose feo, monstruoso e inútil.

Finalmente, Mr. Tall acudió al rescate.

—Se presentó una noche —dijo Evra—. Apareció de repente en la oscuridad y permaneció un buen rato ante mi jaula, observándome. No dijo una palabra. Ni yo.

»Llegó el dueño del circo. No sabía quién era Mr. Tall, pero pensó que podría ser algún hombre rico, interesado en comprarme. Me puso un precio y esperó una respuesta.

»Durante unos minutos, Mr. Tall no dijo nada. Luego agarró al dueño del circo por el cuello con una mano. Apretó una sola vez, y acabó con él. Cayó al suelo, muerto. Mr. Tall abrió mi jaula y dijo: “Vamos, Evra”. Creo que Mr. Tall puede leer la mente, y por eso sabía mi nombre».

Evra se quedó callado, con la mirada perdida.

—¿Quieres ver algo increíble? —dijo finalmente, abandonando su expresión pensativa.

—Claro —respondí.

Se volvió hacia mí, sacó la lengua, ¡*y se tocó la punta de la nariz con ella*!

—¡Aaagh! ¡Qué asco! —grité, encantado.

La lengua volvió a su sitio y esbozó una gran sonrisa.

—Tengo la lengua más larga del mundo —dijo—. Si mi nariz fuera suficientemente grande, podría meterme la lengua, hacerla bajar por mi garganta y volver a sacarla por la boca.

—¡No podrías! —reí.

—Probablemente no —admitió, riendo—. Pero de todos modos es algo impresionante. —Volvió a sacar la lengua y esta vez se lamió el interior de las fosas nasales, una tras otra. Era algo asqueroso, pero muy divertido.

—¡Es lo más repugnante que he visto jamás! —reí.

—Apuesto a que te encantaría poder hacerlo —dijo Evra.

—¡No lo haría, aunque pudiera! —mentí—. ¿No se te llena la lengua de mocos?

—Yo no tengo mocos —respondió Evra.

—¿Cómo que no tienes mocos?

—Es verdad —dijo—. Mi nariz no es como la tuya. No tiene mocos, ni suciedad, ni pelos. Mis fosas nasales son la parte más limpia de todo mi cuerpo.

—¿Y a qué sabe? —pregunté.

—Chupa mi barriga de serpiente y lo sabrás —contestó—. Tiene el mismo sabor.

Me eché a reír y respondí que no estaba *tan* interesado en saberlo.

Más tarde, cuando Mr. Crepsley me preguntó qué había hecho durante el día, le dije:

—He hecho un amigo.

CAPÍTULO 10

Habían pasado dos días con sus noches desde que llegáramos al Cirque. Dedicaba mis días a ayudar a Evra, y mis noches a Mr. Crepsley, aprendiendo cosas sobre los vampiros. Me iba a la cama más temprano que nunca, pese a que raramente me acostaba antes de la una o las dos de la mañana.

Evra y yo nos hicimos grandes amigos. Él era mayor que yo, pero era tímido (probablemente a causa de su desdichada infancia), así que formábamos un buen equipo.

Pasado el tercer día, al mirar el pequeño grupo de caravanas, coches y tiendas, me sentía como si hubiera formado parte de aquello durante años.

Empezaba a sufrir los efectos del largo tiempo de abstinencia de sangre humana. No era tan fuerte ni podía moverme tan rápido como antes. Mi visión no era tan aguda, y lo mismo ocurría con mi oído y mi olfato. Seguía siendo mucho más fuerte y veloz que cuando era humano, pero sentía que mis poderes mermaban día a día.

No me importaba. Prefería perder mis poderes antes que beber de un ser humano.

Me estaba tomando un descanso con Evra en los límites del campamento aquella tarde, cuando descubrimos una figura entre los arbustos.

—¿Quién es ése? —pregunté.

—Un chaval de una villa cercana —dijo Evra—. Ya le había visto otras veces haraganeando por aquí.

Observé al chico en los arbustos. Se esforzaba en permanecer oculto, pero para alguien con mis poderes (aunque estuvieran atenuados) era tan notorio como un elefante. Sentí curiosidad por saber qué estaba haciendo, así que me volví hacia Evra y le dije:

—Vamos a divertirnos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Acércate y te lo diré.

Le susurré mi plan al oído. Él sonrió y asintió, y luego se levantó y fingió que bostezaba.

—Me voy, Darren —dijo—. Te veré más tarde.

—Hasta luego, Evra —respondí en voz alta. Esperé hasta que se hubo ido, y luego me puse en pie y eché a andar hacia el campamento.

Cuando estuve fuera de la vista del chico de los arbustos, di la vuelta, ocultándome tras las caravanas y las tiendas. Anduve unas cien yardas hacia la izquierda, y luego avancé con sigilo hasta que pude ver al chico, y me acerqué furtivamente a él.

Me detuve a unas diez yardas. Estaba a su espalda, así que no podía verme. Sus ojos no se apartaban del campamento. Por encima de su cabeza divisé a Evra, que estaba aún más cerca de él que yo. Me hizo una seña con el pulgar y el índice para indicarme que todo iba bien.

Me agaché y empecé a gemir.

—Ooooh… Woooooh…

El chico se quedó rígido y lanzó una nerviosa mirada por encima del hombro. Pero no podía verme.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—¡Wraaargh! —gruñó Evra al otro lado.

La cabeza del chico giró en dirección contraria.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

—¡Uh, uh, uh! —resoplé, como un gorila.

—¡No tengo miedo! —dijo el chico, a punto de echar a correr—. ¡Sólo sois gente que intenta asustarme!

—¡Eee-ee-ee-ee-ee! —chilló Evra.

Sacudí una rama, Evra un arbusto, y luego arrojé una piedra delante del chico. Su cabeza giraba frenéticamente de un lado a otro como la de una marioneta, mirando a todas partes. No sabía si sería más seguro echar a correr o quedarse quieto.

—¡Mirad, no sé quiénes sois —empezó a decir—, pero yo…!

Evra se le había acercado sigilosamente hasta quedar justo detrás de él, y cuando el chico habló, sacó su larguísima lengua y la

hizo culebrear por el cuello del chico, emitiendo un siseo serpentino.

Eso fue demasiado para el chico. Dio un grito y huyó para salvar la vida.

Evra y yo le perseguimos, partiéndonos de risa, haciendo toda clase de ruidos. El chico atravesó arbustos llenos de espinas como si no estuvieran allí, pidiendo auxilio.

Nos cansamos de aquel juego a los pocos minutos y le habríamos dejado escapar, si no hubiera tropezado y desaparecido en medio de una parcela de hierba alta.

Nos detuvimos, intentando divisarle entre la hierba, pero no había ni rastro de él.

—¿Dónde está? —pregunté.

—No le veo —dijo Evra.

—¿Crees que estará bien?

—No lo sé. —Evra parecía preocupado—. Quizá se haya caído en un hoyo, o algo…

—¿Chaval? —grité—. ¿Estás bien?

No hubo respuesta.

—¡No tengas miedo! ¡No te haremos daño! ¡Sólo era una broma! ¡No te…!

Hubo un ruido susurrante detrás nuestro, y entonces sentí una mano en mi espalda, empujándome contra la hierba. Evra cayó conmigo. Cuando nos sentamos, balbuceando sorprendidos, escuchamos una risa a nuestra espalda.

Nos volvimos lentamente, y allí estaba el chaval, partiéndose de risa.

—¡Os he pillado! ¡Os he pillado! —canturreó—. ¡Os vi venir desde el principio! ¡Sólo fingía estar asustado! ¡Os tendí una emboscada, ja, ja, ja!

Se burlaba de nosotros, y, aunque nos sentíamos bastante estúpidos, cuando nos incorporamos y nos miramos, estallamos en carcajadas. Nos había lanzado a una parcela repleta de semillas verdes y pegajosas y estábamos cubiertos por ellas de la cabeza a los pies.

—Pareces una planta ambulante —bromeé.

—Pues *tú* te pareces a Jolly, el Gigante Verde —replicó Evra.

—Los dos parecéis estúpidos —dijo el chico. Clavamos los ojos en él y su sonrisa se debilitó—. Bueno, es que *lo parecéis*… —refunfuñó.

—Imagino que esto te parece divertido —mascullé. Él asintió en silencio—. Bien, pues tengo noticias para ti —dije, avanzando hacia él, componiendo una expresión lo más sombría posible. Hice una pausa amenazadora, y luego esbocé una sonrisa—: ¡Éstas!

Se echó a reír, contento y aliviado de que supiéramos apreciar el lado divertido de las cosas, y entonces nos tendió la mano.

—Hola —dijo, mientras se la estrechábamos—. Me llamo Sam Grest. Encantado de conoceros.

—Hola, Sam —dije, y mientras estrechaba su mano pensé «Creo que éste es mi amigo número dos. ¡Genial!».

Y Sam se convirtió en mi amigo. Pero para cuando el Cirque Du Freak se marchó, deseé con todo mi corazón no haber oído hablar de él jamás.

CAPÍTULO 11

Sam vivía a una milla de distancia, con su padre y su madre, dos hermanos más pequeños y una hermanita bebé, tres perros, cinco gatos, una tortuga y un acuario lleno de peces tropicales.

—Es como vivir en el arca de Noé —dijo—. Intento quedarme fuera de casa todo lo que puedo. A mis padres no les importa. Ellos opinan que los niños deben sentirse libres para expresar su individualidad. Mientras vuelva a casa a la hora de dormir, están contentos. No les preocupa que me salte las clases de vez en cuando. Piensan que el colegio es un despótico sistema de adoctrinamiento, que tiene como fin aplastar el espíritu y erradicar la creatividad.

Sam hablaba así todo el tiempo. Era menor que yo, pero oyéndole hablar no lo creeríais.

—¿Así que vais con el circo? —preguntó, metiéndose un trozo de cebolla picada en la boca (le encantaba la cebolla picada y llevaba siempre consigo un tarrito de plástico lleno).

Habíamos vuelto al borde del claro. Evra estaba tumbado en la hierba, yo sentado en la rama baja de un árbol, y Sam por encima de mí.

—¿Qué clase de espectáculo es? —indagó, antes de que pudiéramos responder a su primera pregunta—. No hay carteles en vuestras caravanas. Al principio, pensé que erais turistas. Luego, tras observaros durante un rato, llegué a la conclusión de que debíais ser artistas de algún tipo.

—Somos maestros de lo macabro —dijo Evra—. Representantes de las mutaciones. Señores del surrealismo. —Hablaba así para demostrar que poseía un vocabulario tan extenso como el de Sam. Deseé poder soltar yo también alguna de esas frases ingeniosas, pero nunca se me habían dado bien las palabras.

—¿Es un espectáculo de magia? —inquirió Sam, excitado.

—Es un espectáculo freak —respondí.

—¿Un espectáculo *freak*? —Se quedó con la boca abierta, dejando caer un trocito de cebolla picada. Me aparté rápidamente y lo esquivé—. ¿Hombres con dos cabezas y rarezas así?

—Más o menos —dije—, pero nuestros artistas son mágicos y maravillosos, no sólo gente con un aspecto diferente.

—¡Qué guay! —Le echó un vistazo a Evra—. Claro, desde el principio me di cuenta de que tú eras todo un desafío dermatológico —se refería a la piel de Evra (busqué la palabra en un diccionario después)—, pero no tenía ni idea de que hubiera otros como tú en vuestra compañía.

Miró hacia el campamento, con los ojos brillantes de curiosidad.

—Esto es realmente fascinante —suspiró—. ¿Qué otros estrafalarios ejemplares de la forma humana están incluidos en la función?

—Si te refieres a qué otro tipo de artistas trabajan aquí, la respuesta es muchos —respondí—. Tenemos a la mujer barbuda, sin ir más lejos.

—Al hombre-lobo —agregó Evra.

—A un hombre con dos estómagos —añadí.

Mientras le recitábamos la lista completa, Evra mencionó a algunos que yo nunca había visto. El elenco del Cirque Du Freak cambiaba a menudo. Los artistas iban y venían, dependiendo de dónde se representara la función…

Sam estaba realmente impresionado, y por primera vez desde que nos conocimos, se había quedado sin palabras. Escuchaba en silencio, con los ojos muy abiertos, chupeteando sus trozos de cebolla picada, meneando la cabeza de vez en cuando como si no pudiera creer lo que oía.

—Pero qué guay —dijo, cuando terminamos—. Sois los chicos más afortunados del planeta. Vivir en un auténtico circo de freaks, viajando por el mundo, conocedores de solemnes y maravillosos secretos. Daría lo que fuera por estar en vuestro lugar…

Sonreí para mis adentros. No creía que a él le gustase estar en *mi* lugar si conociera toda la historia.

—¡Eh! —dijo—. ¿No podríais hacer algo para que me aceptaran

aquí? Trabajo duro y soy muy listo. Os sería muy útil. ¿Puedo unirme a vosotros? ¿Como ayudante? ¡Por favor!

Evra y yo nos sonreímos.

—No lo creo, Sam —dijo Evra—. No suelen admitir a mucha gente de nuestra edad. Si fueras mayor, o si tus padres te permitieran unirte, sería diferente.

—¡Pero a ellos no les importaría! —insistió Sam—. Estarían encantados. Siempre dicen que viajar amplía la mente. Les entusiasmaría la idea de verme viajando por el mundo, viviendo aventuras, descubriendo maravillas y místicas visiones.

Evra meneó la cabeza.

—Lo siento. Quizá cuando seas mayor.

Sam hizo un puchero y lanzó una patada a las hojas de la rama más cercana. Cayeron flotando sobre mí, y unas cuantas quedaron adheridas a mi pelo.

—No es justo —rezongó—. Todo el mundo dice siempre 'cuando seas mayor'. ¿Qué habría sido del mundo si Alejandro el Grande hubiera esperado a ser mayor? ¿O Juana de Arco? Si ella hubiera esperado a ser mayor, los ingleses habrían conquistado y colonizado Francia. ¿Quién decide cuándo alguien es lo suficientemente mayor para tomar decisiones por sí mismo? Eso debería ser cosa de cada individuo.

Siguió despotricando durante largo rato, quejándose de los adultos y de su 'puñetero y corrupto sistema', y alegando que había llegado la hora de una revolución infantil. Era como escuchar a un político loco en la tele.

—¡Si un niño quiere abrir una fábrica de caramelos, dejad que lo haga! —barbotaba—. ¡Si quiere ser una estrella del fútbol, perfecto! ¡Si quiere ser explorador y marcharse a alguna isla extraña y llena de caníbales, estupendo! ¡Somos esclavos de la civilización moderna! ¡Somos…!

—Sam —le interrumpió Evra—. ¿Quieres venir a ver mi serpiente?

Sam sonrió.

—¿Puedo? —exclamó—. ¡Pensaba que nunca ibas a preguntármelo! ¡Vamos, venga!

Saltó del árbol y echó a correr hacia el campamento tan rápido

como podía, olvidando su discurso. Le seguimos despacio, entre risas, sintiéndonos mucho más mayores y sabios de lo que éramos.

CAPÍTULO 12

Sam pensó que la serpiente era lo más fabuloso que había visto nunca. No le tenía ningún miedo y no dudó en enroscársela alrededor del cuello como si fuera una bufanda. Hizo muchas preguntas: cuánto medía, qué comía, de dónde procedía, lo rápido que podía moverse…

Evra respondió a todas las preguntas de Sam. Era un experto en serpientes. No había nada que no supiera sobre el mundo de las serpientes. ¡Incluso le pudo decir a Sam muy aproximadamente cuántas escamas tenía la serpiente!

Después ofrecimos a Sam un tour guiado por todo el campamento. Le llevamos a ver al hombre-lobo (Sam se quedó muy quieto ante la caravana del peludo hombre-lobo, completamente intimidado por la criatura que gruñía en su interior). Le presentamos a Hans *el Manos*. Luego nos topamos con Rhamus *Dostripas* ensayando su número. Evra le preguntó si podíamos mirar y Rhamus nos lo permitió. Los ojos de Sam casi se salían de sus órbitas mientras contemplaba a Rhamus masticando el cristal y reduciéndolo a pedacitos, tragándoselo, recomponiéndolo en su estómago, regurgitándolo y sacándolo nuevamente por la boca.

Pensé en ir en busca de Madam Octa para enseñarle a Sam algunos de los trucos que podía hacer con ella, pero no me sentía muy bien. La ausencia de sangre humana en mi dieta me estaba debilitando: me rugían las tripas por mucho que comiera, y a veces me sentía mareado o tenía que sentarme repentinamente. No quería desmayarme o marearme mientras la tarántula estuviera fuera de su jaula; sabía por experiencia lo mortífera que podía llegar a ser si perdía el control sobre ella aunque sólo fuera por un par de segundos.

Sam se habría quedado para siempre, pero estaba oscureciendo

y yo sabía que Mr. Crepsley despertaría pronto. Evra y yo teníamos cosas que hacer, así que le dijimos que ya era hora de que regresara a casa.

—¿No puedo quedarme un poco más? —suplicó.

—Tu madre te estará esperando para cenar —dijo Evra.

—Podría comer con vosotros —repuso Sam.

—No hay bastante comida —mentí.

—Bueno, de todas formas no tengo hambre —replicó Sam—. Ya me he comido casi toda la cebolla picada.

—Quizá pueda quedarse —dijo Evra. Le miré, sorprendido, pero me hizo un guiño para hacerme ver que no hablaba en serio.

—¿Puedo? —preguntó Sam, con una sonrisa extasiada.

—Claro —dijo Evra—. Pero tendrás que ayudarnos con nuestras tareas.

—Haré lo que sea —aceptó Sam—. No me importa. ¿Qué hay que hacer?

—Hay que darle de comer al hombre-lobo, y luego bañarlo y cepillarlo —respondió Evra.

La sonrisa de Sam se desvaneció.

—¿Al ho-h-hombre-lo-lo-lobo? —preguntó, nervioso.

—No pasa nada —dijo Evra—. Se queda muy tranquilo cuando ha comido. Casi nunca muerde a sus cuidadores. Si intenta *atacarte*, mantén la cabeza lejos de su boca, y métele un brazo hasta la garganta. Es mejor perder un brazo que la…

—¿Sabéis? —se apresuró a decir Sam—. Creo que *tengo* que volver a casa. Mi madre dijo algo sobre unos amigos que vendrían esta noche.

—Oh. Es una pena —sonrió Evra.

Sam se dio la vuelta, mirando hacia la jaula del hombre-lobo. Parecía triste por tener que irse, así que le llamé.

—¿Qué vas a hacer mañana? —le pregunté.

—Nada —dijo.

—¿Quieres venir por la tarde y pasarla con nosotros?

—¡Sí! —respondió Sam de inmediato, y luego hizo una pausa—. No tendré que ayudar a dar de comer y bañar al… —Tragó saliva sonoramente.

—No —dijo Evra, sonriendo todavía.

—Entonces, aquí estaré. ¡Os veo mañana, chicos!

—Hasta mañana, Sam —respondimos a la vez.

Nos dijo adiós con la mano, se dio la vuelta y se fue.

—Sam es guay, ¿verdad? —le dije a Evra.

—Es un buen chico —convino Evra—. Un poco sabihondo, y un cobardica, pero aparte de eso, es guay.

—¿Crees que encajaría aquí si se uniera al espectáculo? —pregunté.

Evra soltó un resoplido sarcástico.

—¡Como un ratón en una casa llena de gatos!

—¿A qué te refieres? —inquirí.

—Esta vida no es para cualquiera. Unas cuantas semanas lejos de su familia, limpiando retretes y cocinando para treinta o cuarenta personas… Acabaría corriendo por las colinas.

—Nosotros nos las arreglamos bien —dije.

—Nosotros somos diferentes —replicó Evra—. No somos como el resto de la gente. Estamos hechos para esto. Cada persona pertenece a un lugar, y éste es el nuestro. Estamos destinados a…

Se detuvo y frunció el ceño. Estaba mirando algo allá en la distancia, sobre mi cabeza. Me volví para ver qué le preocupaba. Durante unos segundos no pude distinguir nada, pero luego, a lo lejos, aproximándose entre la arboleda desde algún lugar hacia el este, vi la luz parpadeante de una antorcha encendida.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—No estoy seguro —dijo Evra.

Contemplamos durante unos minutos cómo se acercaba la antorcha. Vi figuras moviéndose entre las ramas de los árboles. No podía decir cuántas eran, pero había al menos seis o siete. Entonces, mientras avanzaban bajo los árboles, vi quiénes eran, y se me puso la carne de gallina en el cuello y los brazos.

Eran aquella gente pequeñita de las capuchas azules que Steve y yo habíamos visto la noche de la función, los que ayudaban a vender las golosinas y los juguetes al público y echaban una mano en las actuaciones. Me había olvidado de aquellos extraños ayudantes encapuchados. Ya habían pasado meses desde aquella noche, y tenía muchas otras cosas en las que pensar.

Salieron de los bosques en parejas, una tras otra. Conté doce en

total, aunque había un decimotercer miembro, una persona algo más alta que caminaba detrás de los demás. Era quien que portaba la antorcha.

—¿De dónde vienen? —le pregunté a Evra en voz baja.

—No lo sé —respondió—. Abandonaron el espectáculo hace unas semanas. No tengo ni idea de a dónde fueron. Suelen ser muy reservados.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Son… —Se detuvo de repente antes de terminar de responder. Sus ojos se desorbitaron de miedo.

Era el hombre que iba en retaguardia, el decimotercero, el miembro más alto del grupo (visible ahora que estaba más cerca) quien había asustado a Evra.

La gente de las capuchas azules pasaron ante nosotros en silencio. Cuando la misteriosa decimotercera persona se acercó, advertí que vestía de modo distinto a los otros. No era muy alto; sólo parecía mayor en comparación con los encapuchados. Llevaba corto el blanco cabello, unas gruesas gafas, un traje de un amarillo chillón y unas botas altas de goma de color verde. Era gordito y caminaba de un modo extraño, como un pato.

Nos sonrió amablemente al pasar. Yo le devolví la sonrisa, pero Evra estaba paralizado, incapaz de mover ni un músculo en su boca.

Los de las capuchas azules y el hombre de la antorcha fueron hacia el campamento, sin darse la vuelta ni una sola vez, hasta detenerse en el gran claro. Entonces, los encapuchados comenzaron a montar una tienda (debían llevar todo el equipo bajo sus capas) mientras el hombre más alto se dirigía a la caravana de Mr. Tall.

Estudié a Evra. Temblaba de arriba abajo, y aunque su rostro nunca podría ponerse blanco (a causa de su color natural), nunca le había visto tan pálido.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Sacudió la cabeza en silencio, incapaz de responder.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan asustado? ¿Quién es ese hombre?

—Él… es…

Evra se aclaró la garganta y respiró profundamente. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz baja y temblorosa, llena del más

puro terror.

—Es *Mr. Tiny*[2] —dijo, y no conseguí sacarle nada más durante un buen rato.

CAPÍTULO 13

El pánico de Evra fue desapareciendo a medida que avanzaba la tarde, pero tardó en recuperar la normalidad y estuvo especialmente nervioso durante toda la noche. Tuve que quitarle el cuchillo de las manos y pelar las patatas para la cena en su lugar; temí que llegara a cortarse un dedo.

Después de comer y de ayudar a lavar los platos, le pregunté a Evra por aquel misterioso Mr. Tiny. Nos encontrábamos en la tienda, y Evra jugueteaba con su serpiente.

No respondió enseguida, y por un momento pensé que no lo haría, pero al final lanzó un suspiro y comenzó a hablar.

—Mr. Tiny es el jefe de las Personitas —dijo.

—¿Esos tipos pequeñitos de las capas azules? —pregunté.

—Sip. Él los llama Personitas. Es su patrón. No viene mucho por aquí (han pasado dos años desde la última vez que le vi), pero cuando lo hace, me dan escalofríos. Es el hombre más espeluznante que he conocido.

—A mí me pareció buena persona —dije.

—Eso pensé yo la primera vez que le vi —admitió Evra—. Pero espera a hablar con él. Es difícil de explicar, pero cada vez que me mira, siento como si estuviera planeando matarme, despellejarme y comerme asado.

—¿Se come a la gente? —pregunté con incredulidad.

—No lo sé —dijo Evra—. Puede que sí, puede que no. Pero sientes que *quiere* comerte. Y no son tonterías mías; lo he comentado con otros miembros del Cirque y sienten lo mismo. A nadie le gusta. Ni siquiera Mr. Tall está tranquilo cuando Mr. Tiny anda cerca.

—Bueno, pero a las Personitas debe gustarles, ¿no? —inquirí—. Le siguen y le obedecen, ¿verdad?

—Quizá le tengan miedo —dijo Evra—. Tal vez les obliga a obedecerle. Puede que sean sus esclavos.

—¿Se lo has preguntado alguna vez?

—No hablan —respondió Evra—. No sé si es porque no pueden o porque no quieren, pero nadie en el circo les ha oído pronunciar ni una palabra jamás. Son muy útiles y hacen todo lo que se les pide, pero son tan silenciosos como muñecos ambulantes.

—¿Has llegado a ver sus caras? —pregunté.

—Una vez —dijo Evra—. Normalmente, no se quitan las capuchas, pero un día en que estaba ayudando a un par de ellos a mover una máquina muy pesada, se le cayó encima a uno y lo aplastó. No emitió ni un sonido, aunque debía estar sufriendo mucho. Se le ladeó la capucha y vi su rostro fugazmente.

»Era repulsivo —dijo Evra en voz baja, acariciando a la serpiente—. Estaba lleno de cicatrices y costuras muy juntas y arrugadas, como si le hubiesen estrujado las garras de un gigante. No tenía orejas ni nariz y una especie de mascarilla le cubría la boca. Tenía la piel gris y mortecina, y sus ojos eran como dos bolas casi en la frente. Tampoco tenía pelo».

Evra se estremeció al recordarlo. Yo mismo sentí un escalofrío al pensar en su descripción.

—¿Qué le ocurrió? —pregunté—. ¿Se murió?

—No lo sé —dijo Evra—. Dos de sus hermanos (siempre pienso en ellos como hermanos, aunque probablemente no lo sean) vinieron y se lo llevaron.

—¿No volviste a verle?

—Son todos iguales —dijo Evra—. Unos más pequeños, otros más altos, pero en realidad no hay modo de distinguirlos. Créeme… Lo he intentado.

Todo aquello era cada vez más extraño. Me sentía realmente intrigado con Mr. Tiny y sus Personitas. Siempre me habían gustado los misterios. Quizá podría resolver éste. Tal vez, con mis poderes vampíricos, encontraría la forma de comunicarme con las criaturas encapuchadas.

—¿De dónde vienen las Personitas? —pregunté.

—Nadie lo sabe —respondió Evra—. Por lo general, suele haber cuatro o seis en el Cirque. A veces vienen más por su cuenta, y otras

veces Mr. Tiny trae otros nuevos. Es raro que no hubiera ninguno aquí cuando llegaste.

—¿Crees que tenga algo que ver con que Mr. Crepsley y yo hayamos venido? —inquirí.

—Lo dudo —repuso Evra—. Es probable que sea sólo una coincidencia. O el destino. —Se detuvo de golpe—. Y ahora que lo pienso… el nombre de Mr. Tiny es Desmond.

—¿Y qué?

—Le pide a la gente que le llame Des.

—¿Y qué? —pregunté de nuevo.

—Júntalo con su apellido —me dijo Evra.

Así lo hice. Mr. Des Tiny. Mr. Des-Tiny. Mr…

—*Mr. Destiny*[3] —susurré, y Evra asintió muy serio.

Me estaba muriendo de la curiosidad, y le pregunté muchas más cosas a Evra, pero no tenía muchas respuestas. No sabía casi nada de Mr. Tiny, y apenas poco más de las Personitas. Comían carne, tenían un olor muy raro, se movían muy despacio casi todo el tiempo, parecía que no sentían dolor o no podían demostrarlo, y no tenían el menor sentido del humor.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté.

—Bradley Stretch —respondió Evra sombríamente—. Solía formar parte del espectáculo. Tenía los huesos elásticos y podía estirar brazos y piernas.

»No era muy simpático. Siempre nos estaba gastando bromas pesadas, y se reía de una forma muy desagradable. No solo te hacía parecer idiota: conseguía que te sintieras así.

»Una vez actuamos en un palacio árabe. Era una función privada para un jeque. Le entusiasmaron todos los números, pero le gustó especialmente el de Bradley. Los dos estuvieron hablando, y Bradley le dijo al jeque que no podía llevar joyas, porque, a causa de la constante reconfiguración de su cuerpo, se le caían o se rompían.

»El jeque se fue corriendo y volvió con un pequeño brazalete de oro. Se lo dio a Bradley y le dijo que se lo pusiera en la muñeca. Bradley lo hizo. Entonces el jeque le dijo que intentara desprenderse de él.

»Así que Bradley hizo crecer y decrecer su brazo, lo hizo más corto y luego más largo, pero no consiguió que el brazalete se

soltara. El jefe le dijo que era mágico, y que solamente se podía quitar si quien lo llevaba así quería hacerlo. Era realmente valioso, sin precio, pero se lo regaló a Bradley.

»Volviendo con las Personitas —continuó Evra—, a Bradley le encantaba tomarles el pelo. Siempre encontraba nuevas formas de incordiarles. Les ponía trampas para dejarlos colgados en el aire por los pies, les prendía fuego a sus capaz, vertía detergente líquido en las cuerdas cuando las estaban usando para que se les resbalaran de las manos, o les ponía pegamento. Echaba chinchetas en su comida, o les tiraba la tienda, o los encerraba en una caravana».

—¿Por qué era tan malo? —pregunté.

—Creo que porque ellos nunca reaccionaban —dijo Evra—. Le encantaba molestar a todo el mundo, pero las Personitas nunca lloraban, ni gritaban, ni pataleaban, como si no reparasen en sus bromas. Al menos, eso es lo que todo el mundo *creía*…

Evra hizo un extraño ruido, mitad risa, mitad gemido.

—Una mañana nos levantamos y Bradley había desaparecido. No le encontramos por ninguna parte. Le buscamos, pero como no volvía, nos marchamos. No estábamos preocupados; los artistas vienen y se van del Cirque cuando les place. No era la primera vez que alguien que alguien se iba a hurtadillas en mitad de la noche.

»No pensé más en ello hasta aproximadamente una semana después. Mr. Tiny había venido a vernos el día antes y se llevó con él a todas las Personitas, excepto a dos. Mr. Tall me dijo que los ayudara con sus tareas. Les limpié la tienda y enrollé sus hamacas (todos ellos duermen en hamacas). De ahí saqué yo la mía, ¿te lo había dicho?».

No lo había hecho, pero como no quería distraerle, no dije nada.

—Después —prosiguió—, lavé su cazuela. Era una olla grande y negra puesta sobre una hoguera en medio de la tienda. El lugar debía llenarse de humo cada vez que cocinaban, porque la cazuela estaba cubierta de mugre.

»La saqué fuera y tiré las sobras de su última comida (restos de carne y huesos) sobre la hierba. La fregué a fondo, y la volví a llevar dentro. Luego decidí recoger los trozos de carne del suelo y dárselos al hombre-lobo. “Todo se aprovecha”, como suele decir Mr. Tall.

»Y mientras estaba recogiendo la carne y los huesos, vi algo que brillaba…».

Evra se dio la vuelta y revolvió en el interior de una bolsa que había en el suelo. Cuando se volvió, sostenía un pequeño brazalete de oro. Me dejó contemplarlo a gusto, y luego lo deslizó por su mano izquierda. Sacudió el brazo tanto como pudo, pero el brazalete no se le escurrió.

Dejó de mover el brazo, se quitó el brazalete con la mano derecha y me lo tendió. Lo examine sin ponérmelo.

—¿Es el brazalete que el jeque le dio a Bradley Stretch? —imaginé.

—El mismo —dijo Evra.

Se lo devolví.

—No sé si fue porque les había hecho algo realmente malo —dijo Evra, jugueteando con el brazalete—, o si simplemente se hartaron de tantas burlas. Sólo sé que, desde entonces, les cedo cortésmente el paso a esas pequeñas y silenciosas personillas de las capas azules.

—¿Qué hiciste con los restos de… quiero decir, con los pedazos de carne? —pregunté—. ¿Los enterraste?

—¡Diablos, no! —contestó Evra—. Se los di al hombre-lobo, como pretendía. —Y en respuesta a mi horrorizada mirada, añadió —: 'Todo se aprovecha', ¿recuerdas?

Me quedé mirándolo un instante y luego me eché a reír. Evra me secundó. Y en un minuto, los dos estuvimos revolcándonos por el suelo como histéricos.

—No deberíamos reírnos —dije, intentando recuperar el aliento —. Pobre Bradley Stretch, deberíamos estar llorando…

—Me río demasiado para llorar —jadeó Evra.

—Me pregunto a qué sabría…

—No lo sé —repuso Evra—. Pero apuesto a que estaba muy gomoso.

Eso nos hizo reír aún más. Las lágrimas nos corrían por las mejillas. Reírse de algo así era terrible, pero no podíamos evitarlo.

En medio de nuestro ataque de risa, una cabeza inquisitiva se asomó a la entrada de nuestra tienda, y entró Hans *el Manos*.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó, pero no podíamos responderle.

Lo intenté, pero cada vez que empezaba a hablar, acababa estallando nuevamente en carcajadas.

Él meneó la cabeza haciendo girar los ojos. Y entonces, cuando finalmente nos tranquilizamos, nos dijo a qué había venido.

—Tengo un mensaje para vosotros —dijo—. Mr. Tall quiere que os presentéis en su caravana cuanto antes.

—¿Qué pasa, Hans? —preguntó Evra, riendo todavía—. ¿Para qué nos quiere?

—No es él —dijo Hans—. Es Mr. Tiny el que os necesita. *Él es quien os quiere*.

Dejamos de reír al instante. Hans se fue sin añadir nada más.

—Mr. Ti-Ti-Ti-Tiny quiere vernos… —dijo Evra, ahogadamente.

—Ya lo he oído —dije—. ¿Qué crees que querrá?

—No lo s-s-s-s-sé… —tartamudeó Evra, aunque ya me imaginaba lo que pasaba por su mente. Lo mismo que por la mía. Estábamos pensando en las Personitas, en Bradley Stretch, y en la gran cazuela negra llena de huesos y trozos de carne humana.

CAPÍTULO 14

Mr. Tall, Mr. Crepsley, y Mr. Tiny estaban en la caravana cuando entramos. Evra temblaba como una hoja, pero yo no estaba verdaderamente nervioso. Sin embargo, al ver las miradas preocupadas de Mr. Tall y Mr. Crepsley, me di cuenta de lo inquietos que estaban, y eso me puse un poco tenso.

—Pasad, chicos. —Mr. Tiny nos dio la bienvenida como si la caravana fuera suya y no de Mr. Tall—. Sentaos, poneos cómodos.

—Prefiero estar de pie, si no le importa —dijo Evra, intentando que no se escuchara el castañeteo de sus dientes.

—Yo también —dije, secundando a Evra.

—Como queráis —concedió Mr. Tiny.

Él era el único que estaba sentado.

—He oído hablar mucho de ti, joven Darren Shan —dijo.

Estaba haciendo rodar algo entre sus manos: un reloj en forma de corazón. Podía escuchar su tic-tac cada vez que hacía una pausa al hablar.

—Eres un gran chico, por lo que me han contado —prosiguió Mr. Tiny—. Un jovencito realmente notable. Lo sacrificaste todo para salvar a un amigo. No hay mucha gente dispuesta a hacer algo así. La gente es demasiado egoísta en los tiempos que corren. Es bueno comprobar que en el mundo aún quedan héroes.

—No soy un héroe —dije, sonrojándome ante el cumplido.

—Por supuesto que lo eres —insistió—. ¿Qué es un héroe sino una persona que renuncia a todo por el bien de los demás?

Sonreí con orgullo. No entendía por qué Evra le tenía tanto miedo a este hombre tan raro pero simpático. Yo no veía nada terrible en Mr. Tiny. Me gustaba.

—Larten dice que te niegas a beber sangre humana —continuó Mr. Tiny—. No te lo reprocho, es algo horrible y repulsivo. No lo

puedo soportar. Claro que la sangre de los niños pequeños es otra cosa. Es absolutamente de-li-cio-sa.

Fruncí el ceño.

—No se puede beber de ellos —dije—. Son demasiado pequeños y podrían morir.

Sus ojos se abrieron más y su sonrisa se hizo más amplia.

—¿*Y qué*? —inquirió suavemente.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Si se trataba de una broma, era de muy mal gusto, pero podría haberla pasado por alto (¿acaso no me había partido de risa por el pobre Bradley Stretch?), de no ser porque vi en su expresión que hablaba totalmente en serio.

Y de repente comprendí por qué este hombre era tan temido. *Era malvado*. No sólo malo o desagradable, sino diabólicamente malvado. Era la clase de hombre que podía imaginarme asesinando a miles de personas sólo para oírlas gritar.

—¿Sabes? —dijo Mr. Tiny—. Tu cara me resulta familiar. ¿Nos hemos visto antes, Darren Shan?

Negué con la cabeza.

—¿Estás seguro? —insistió—. Me resultas *muy* familiar.

—Yo… le… le recordaría —tartamudeé.

—No se puede confiar siempre en la memoria —sonrió Mr. Tiny—. Puede ser un monstruo engañoso. Pero no importa. Tal vez te haya confundido con alguien.

Por el modo en que sus labios se curvaron en una sonrisa (¿cómo había podido pensar que su sonrisa era agradable?), supe que no lo creía así. Pero yo estaba seguro de que se equivocaba. Yo nunca habría podido olvidar a un ser así de haberlo conocido.

—Bien, vayamos al grano —dijo Mr. Tiny.

Sus manos apretaban el reloj en forma de corazón y por un instante pareció que resplandecían y se fundían en el objeto. Pestañeé y me froté los ojos. Cuando volví a mirar, la ilusión (pues eso debió haber sido) se había desvanecido.

—Chicos, me visteis llegar con las Personitas —dijo Mr. Tiny—. Hay nuevos adeptos a mi causa y aún no saben muy bien cuáles son sus obligaciones. Normalmente me quedo con ellos y les enseño a trabajar, pero tengo otros asuntos que atender. De todos modos, son inteligentes y estoy seguro de que aprenderán.

»Sin embargo, mientras aprenden, me gustaría, si os parece bien, jovencitos, que les ayudaseis a integrarse en la rutina diaria. No tendríais que hacer mucho. Principalmente, quisiera que les buscarais comida. Tienen un gran apetito.

»¿Qué os parece, chicos? Tengo el permiso de vuestros guardianes. —Señaló con la cabeza a Mr. Tall y Mr. Crepsley, que no parecían muy contentos con aquel acuerdo, pero parecían resignados—. ¿Ayudaréis al pobre y viejo Mr. Tiny y a sus Personitas?».

Miré a Evra. Podía ver que él no quería, pero de todos modos asintió con la cabeza. Yo hice lo mismo.

—¡Excelente! —exclamó Mr. Tiny—. Estoy seguro de que el joven Evra Von ya sabe lo que les gusta a mis pequeños. Si tenéis algún problema, informad a Hibernius y os echará una mano.

Mr. Tiny agitó la mano para indicarnos que podíamos irnos. Evra se dispuso a marcharse de inmediato, pero yo permanecí allí.

—Disculpe —dije, haciendo acopio de todo mi valor—, pero ¿por qué les llama Personitas?

Mr. Tiny se volvió lentamente. Si mi pregunta le había sorprendido, no lo demostró, pero vi cómo Mr. Tall y Mr. Crepsley se quedaban con la boca abierta.

—Porque son pequeños —explicó tranquilamente.

—Eso ya lo sé —dije—. ¿Pero no tienen otro nombre? ¿Un nombre oficial? Si alguien me habla de 'Personitas', en lo primero que pienso es en elfos o duendes.

Mr. Tiny sonrió.

—*Son* elfos y duendes —respondió—. Por todo el mundo encontrarás leyendas e historias de gente pequeña y mágica. Las leyendas tienen un origen. Esas leyendas las iniciaron mis pequeños y leales amigos.

—¿Me está diciendo que esos enanos de las capas azules son *elfos*? —pregunté, incrédulo.

—No —dijo—. Los elfos no existen. Esos enanos (como tan groseramente los denominas) fueron vistos hace mucho tiempo por gente ignorante, que inventó nombres para ellos: elfos, hadas o espíritus. E inventaron historias sobre lo que eran y lo que podían hacer.

—¿Qué *pueden* hacer? —indagué.

La sonrisa de Mr. Tiny se desvaneció.

—Me han dicho que eras muy preguntón —gruñó—, pero nadie me contó que fueras *tan* entrometido. Recuerda, Darren Shan: la curiosidad mató al gato.

—Yo no soy un gato —repuse con audacia.

Mr. Tiny se inclinó hacia delante y su rostro se oscureció.

—Si sigues haciendo preguntas —siseó—, podrías acabar transformado en uno. Nada en esta vida dura para siempre, ni siquiera la forma humana.

El reloj resplandeció de nuevo en sus manos, rojo como un auténtico corazón, y decidí que ya era hora de marcharme.

—Ahora ve a acostarte y duerme bien —me dijo Mr. Crepsley antes de irme—. Esta noche no habrá lección.

—Y levantaos temprano, muchachos —agregó Mr. Tiny, diciendo adiós con la mano—. Mis Personitas siempre se despiertan con hambre. No es prudente dejarles desatendidos. No se sabe qué puede pasar por sus mentes (o sus *dientes*) si se les deja sin comer durante mucho tiempo.

Salimos apresuradamente y volvimos corriendo a nuestra tienda, donde nos dejamos caer y escuchamos el furioso latido de nuestros corazones contra el suelo.

—¿Estás loco? —me dijo Evra cuando fue capaz de hablar—. Hablarle así a Mr. Tiny, hacerle esas preguntas… ¡No estás en tus cabales!

—Tienes razón —dije, recordando aquel encuentro, preguntándome de dónde había sacado el valor—. No lo estoy.

Evra meneó la cabeza disgustado. Aún era temprano, pero nos fuimos a acostar de todas formas. Yacimos despiertos durante horas, con la mirada clavada en el techo de la tienda. Cuando por fin me quedé dormido, soñé con Mr. Tiny y su reloj en forma de corazón. Sólo que en mis sueños, no era un reloj. Era un corazón humano de verdad. El *mío*. Y cuando lo apretó…

Agonía.

CAPÍTULO 15

Nos levantamos temprano y fuimos en busca de comida para las Personitas. Estábamos cansados y de mal humor, y nos costó un rato espabilarnos.

Después de un rato le pregunté a Evra qué comían las Personitas.

—Carne —repuso—. De cualquier clase de animal, les da igual.

—¿Cuántos animales tendremos que cazar? —pregunté.

—Bueno, hay doce, pero no comen demasiado. Supongo que un conejo o un erizo bastarían para dos de ellos. Un animal más grande, como un zorro o un perro, alcanzaría para tres o cuatro.

—¿Los erizos son comestibles? —pregunté.

—Para las Personitas, sí —dijo Evra—. No hacen remilgos a nada. También comen ratas y ratones, pero tendríamos que cazar muchos para alimentarlos a todos, así que no merece la pena.

Cogimos un saco cada uno y marchamos en distintas direcciones. Evra me explicó que la carne no tenía por qué ser fresca, así que si encontraba algún tejón o ardilla muertos, podía meterlos en el saco y ahorrar tiempo.

Tras un par de minutos de haber comenzado la caza, descubrí a un zorro. Llevaba una gallina en las fauces y volvía a su madriguera. Le seguí hasta que, llegado el momento oportuno, salté sobre él desde un arbusto y lo inmovilicé contra el suelo.

La gallina muerta voló de su boca y el zorro se giró, gruñendo, para morderme. Antes de que lo hiciera, lo agarré del cuello con rapidez y se lo giré bruscamente hacia la izquierda. Se oyó un sonoro crujido y el zorro murió.

Metí la gallina en el saco (un buen plus), pero me quedé mirando al zorro unos minutos. Necesitaba sangre, así que encontré una vena, le hice un pequeño corte y comencé a chupar.

Parte de mí odiaba hacer esto. Parecía tan inhumano… Pero me recordé que yo ya *no era* humano. Era un semi-vampiro, y así actuaban los de mi especie. Me sentía mal cuando mataba zorros, conejos, cerdos o corderos las primeras veces. Pero me acostumbré a ello. Tenía que hacerlo.

¿Llegaría a acostumbrarme a beber sangre humana? Ésa era la cuestión. Esperaba poder evitar alimentarme de humanos, pero sentía que me estaba debilitando, y sabía que al final tendría que hacerlo… o moriría.

Eché el cadáver del zorro al saco, y continué cazando. Encontré una familia de conejos acicalándose las orejas junto a un estanque cercano. Me arrastré hacia ellos lo más cerca que pude, y salté sobre ellos sin previo aviso. Se dispersaron aterrorizados, pero tuve tiempo de hundir mis afiladas uñas en tres de los más pequeños.

Los agregué a lo que ya había en el saco, y decidí que era suficiente por ese día. Imaginaba que el zorro, la gallina y los conejos bien podrían alimentar a seis o siete de los de las capas azules.

Me encontré a Evra de regreso al campamento. Él había conseguido un perro muerto y un tejón, y se sentía muy satisfecho de sí mismo.

—Ha sido el mejor día de caza que he tenido —dijo—. Además de esto, encontré un campo lleno de vacas. Podríamos ir a robar una esta noche. Eso mantendría a las Personitas al menos durante uno o dos días.

—¿Y no se dará cuenta el granjero? —pregunté.

—Hay por lo menos un centenar de vacas —dijo Evra—. Ya nos habremos ido para cuando acabe de contarlas.

—Pero las vacas cuestan dinero —dije—. No me importa matar animales salvajes, pero robarle a un granjero es diferente.

—Le dejaremos dinero —dijo Evra con un suspiro.

—¿De dónde lo sacaremos? —inquirí.

Evra sonrió.

—Si hay algo de lo que nunca anda corto el Cirque Du Freak, es de dinero —me aseguró.

Más tarde, tras acabar con nuestras faenas, volvimos a reunirnos con Sam. Nos había estado esperando durante horas en los arbustos.

—¿Por qué no entraste al campamento? —le pregunté.

—No quería molestar —dijo—. Además, pensé que alguien podría haber dejado suelto al hombre-lobo. Ayer, cuando me vio, me dio la impresión de que no le gusté.

—Es así con todo el mundo —le explicó Evra.

—Quizá —dijo Sam—, pero pensé que más valía no correr riesgos.

Sam estuvo muy preguntón. Era obvio que había estado pensando mucho en nosotros desde el día anterior.

—¿Tú nunca llevas zapatos? —le preguntó a Evra.

—No —respondió Evra—. Las plantas de mis pies son muy duras.

—¿Y qué pasa si pisas una espina o un clavo? —preguntó Sam.

Evra sonrió, se sentó y le tendió un pie a Sam.

—Intenta arañármelo con alguna ramita afilada —dijo.

Sam partió una rama y pinchó la planta del pie de Evra. Fue como intentar hacer un agujero en duro cuero.

—Un trozo de cristal podría cortarme —dijo Evra—, pero no es algo que ocurra muy a menudo, y mi piel se vuelve más dura año tras año.

—Me encantaría tener la piel así —dijo Sam con envidia. Luego se volvió hacia mí—. ¿Por qué llevas siempre la misma ropa? —inquirió.

Le eché un vistazo al traje con el que me habían enterrado. Debería haber pedido ropa nueva, pero se me había olvidado.

—Me gusta —dije.

—Nunca había visto a un niño vestido de esa forma —dijo Sam—. Excepto en bodas o funerales. ¿Te obligan a vestirte así?

—No —respondí.

—¿Les pediste a tus padres que te dejaran unirte al Cirque? —le preguntó Evra entonces, para desviar la atención de Sam.

—No —suspiró Sam—. Les hablé de ello, claro, pero imagine que sería mejor ir despacio. No quiero decirles nada hasta antes de marcharme, o puede que después de irme.

—¿Así que aún piensas en venir con nosotros? —pregunté.

—¡Puedes apostarlo! —dijo Sam—. Sé que ayer intentasteis ahuyentarme, pero de algún modo lograré que me acepten. Esperad

y lo veréis. Andaré siempre por aquí, leeré libros y aprenderé todo lo referente a los espectáculos de freaks, y entonces iré a ver a vuestro jefe y le expondré mi caso. No podrá rechazarme.

Evra y yo nos sonreímos. Sabíamos que el sueño de Sam nunca se haría realidad, pero no tuvimos corazón para decírselo.

Nos fuimos a ver una vieja estación de trenes abandonada, a unas dos millas, de la que Sam nos había hablado.

—Es genial —dijo—. Aquí trabajaban en los trenes, los reparaban, los pintaban y cosas así. Cuando estaba activa, era una estación muy concurrida. Pero abrieron una nueva estación más cerca de la ciudad y ésta se fue a la bancarrota. Es un lugar estupendo para jugar. Hay viejas vías oxidadas, cobertizos vacíos, la caseta del guarda y un par de antiguos vagones.

—¿Es seguro? —preguntó Evra.

—Mi madre dice que no —respondió Sam—. Es uno de los pocos lugares que me impide frecuentar. Dice que podría caerme a través del techo de un vagón, o tropezar con los raíles o algo así. Pero ya he venido muchas veces y nunca me ha pasado nada.

Era otro día soleado, y caminábamos despacio a la sombra de los árboles, cuando percibí un aroma extraño. Me detuve y olisqueé el aire. Evra también podía olerlo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—No lo sé —repuso, olfateando el aire junto a mí—. ¿De dónde viene?

—No sabría decirlo —dije. Era un olor denso, pesado, ácido.

Sam no podía oler nada y seguía caminando delante de nosotros. Entonces se dio cuenta de que nos habíamos quedado atrás, se giró de un salto y se acercó a ver qué pasaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué os…?

—¡*Te cogí*! —gritó una voz a mis espaldas, y antes de que pudiera moverme, sentí que una mano firme se apoyaba en mi hombro y me obligaba a volverme. Me encontré ante una cara grande y peluda, y entonces, repentinamente, caí hacia atrás, derribado por la fuerza de aquella mano.

CAPÍTULO 16

Caí al suelo duramente y me torcí un brazo. Grité de dolor, e intenté apartarme de la peluda figura que se cernía sobre mí. Antes de que pudiera hacerlo, ya se había agachado junto a mí con una fiera expresión.

—¡Eh, oye, tío! No te habré hecho daño, ¿verdad? —Su voz era amistosa, y comprendí que mi vida no corría peligro; la expresión de su rostro era de preocupación, no de furia—. No pretendía pasarme tanto —dijo el hombre—. Sólo quería darte un susto, tío, para reírme un rato.

Me senté y me masajeé el codo.

—Estoy bien —dije.

—¿Seguro? No estará roto, ¿verdad? Pero si lo está, tengo unas hierbas que te vendrán bien.

—Las hierbas no pueden soldar los huesos rotos —dijo Sam. Ahora estaba junto a Evra.

—Claro que no —admitió el extraño—, pero pueden elevarte a planos de la consciencia donde preocupaciones tan mundanales como los huesos rotos no son más que diminutas lucecillas en el inmenso mapa cósmico. —Se detuvo y se acarició la barba—. Claro que también pueden fundirte las neuronas…

La desconcertada expresión en el rostro de Sam indicaba que ni siquiera *él* había entendido aquella frase tan larga.

—Estoy bien —repetí. Me levanté y giré el brazo—. Sólo me lo he torcido. Estará perfecto en unos minutos.

—Tío, me alegro de oír eso —dijo el extraño—. Me sentiría fatal por ser el causante de algún daño físico. El dolor es un colocón muy feo, tío.

Le estudié con más detalle. Era grandote y gordinflón, con una barba negra y espesa y cabellos largos y desaseados. Su ropa estaba

sucia y era obvio que no se bañaba desde hacía tiempo, porque apestaba a rayos. Ése era el extraño olor que habíamos percibido antes. Tenía una apariencia bastante amigable; por eso me sentí estúpido al pensar que había tenido miedo de él.

—¿Sois de por aquí, chicos? —preguntó el hombre.

—Yo, sí —dijo Sam—. Ellos son del circo.

—¿Del circo? —sonrió el hombre—. ¿Hay un circo por aquí? ¡Oh, tíos, y yo me lo estoy perdiendo! ¿Dónde está? ¡Me encanta el circo! Nunca me pierdo una ocasión de ver a los payasos en acción.

—No es esa clase de circo —le explicó Sam—. Es un espectáculo de freaks.

—¿Un espectáculo de freaks? —el hombre se quedó mirando a Sam, y luego a Evra, cuyas escamas y colores le delataban como a uno de los artistas—. ¿Tú formas parte del espectáculo freak, tío? —inquirió.

Evra asintió tímidamente.

—No te maltratarán, ¿verdad? —preguntó el hombre—. No te azotarán, o te dejarán sin comer, o te obligarán a hacer cosas que no quieres, ¿no?

—No —negó Evra, meneando la cabeza.

—¿Estás aquí por tu propia voluntad?

—Sí —dijo Evra—. Todos lo estamos. Es nuestro hogar.

—Oh. Bueno, entonces está bien —dijo el hombre, recuperando su sonrisa—. He oído rumores sobre esos pequeños espectáculos ambulantes. Tú… —Se dio un golpe en la frente—. Oh, tíos, todavía no me he presentado, ¿verdad? Qué atontado soy a veces… Me llamo R. V.

—¿R. V.? Qué nombre tan raro —comenté.

Carraspeó con embarazo.

—Bueno —dijo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro —, es la abreviatura de Reggie *Verdureggie*.

—¿*Reggie Verdureggie*? —reí.

—Sí —dijo—. Reggie es mi verdadero nombre. Y en la escuela me llamaban Reggie *Verdureggie* porque soy vegetariano. Bueno, nunca me ha gustado, así que les pido a todos que me llamen R. V. Algunos lo hacen, pero no muchos. —Parecía afligido al recordarlo —. Podéis llamarme Reggie *Verdureggie* si queréis —nos dijo.

—R.V. me parece bien —le aseguré.

—A mí también —dijo Evra.

—Y a mí —agregó Sam.

—¡Estupendo! —se animó R. V.—. Y ahora que ya está resuelto lo de mi nombre, ¿cómo os llamáis vosotros?

—Darren Shan —dije yo, y nos estrechamos la mano.

—Sam Grest.

—Evra Von.

—¿Evra Von qué? —preguntó R. V., igual que yo cuando conocí a Evra.

—Sólo Von —dijo Evra.

—Oh —sonrió R. V.— ¡Genial!

R. V. era un ecoguerrero, que estaba allí para detener la construcción de una carretera. Era miembro de la APN (Antagonistas Protectores de la Naturaleza), y había recorrido todo el país salvando bosques, lagos, animales y esas cosas.

Nos invitó a visitar su campamento, y aceptamos entusiasmados. La estación de trenes podía esperar. Una oportunidad así no se presentaba todos los días.

Nos habló sin parar del medio ambiente mientras caminábamos, de todas las guarradas que le hacíamos a la Madre Naturaleza, de los bosques destruidos, de los ríos contaminados, del aire envenenado, de los animales en vía de extinción…

—¡Y todo esto en nuestro propio país! —dijo—. No me refiero a lo que ocurre en otros sitios. ¡Esto es lo que le estamos haciendo a nuestra propia tierra!

La APN luchaba para salvar la tierra de la peligrosa codicia de los seres humanos, a quienes no importaba lo que le estaban haciendo. Iban de un lado a otro del país intentando concienciar a la gente del peligro. Les daban panfletos y libros sobre la protección del medio ambiente.

—Pero la concienciar a la gente no es suficiente —nos explicó R. V.—. Es un comienzo, pero debemos hacer más. Tenemos que detener la contaminación y la destrucción del paisaje. Mirad este lugar: están construyendo una carretera que atraviesa un antiguo cementerio, un lugar donde la gente enterraba a sus muertos hace miles de años. ¿Os lo podéis imaginar, tíos? ¡Destruir una parte de

la historia, sólo para ahorrar diez o veinte minutos de camino a los coches!

R. V. meneó tristemente la cabeza.

—Esta época es un caos, tíos —dijo—. Las cosas que le estamos haciendo a este planeta… En el futuro (asumiendo que haya alguno) la gente volverá la vista atrás y nos llamará bárbaros estúpidos por lo que hemos hecho.

Le apasionaba el medio ambiente, y tras escucharle durante un rato, también a Sam, a Evra y a mí. Antes no pensaba mucho en eso, pero después de un par de horas con R. V., comprendí que debería haberlo hecho. Como decía R. V., quienes no piensan ni actúan ahora, no tendrán derecho a quejarse cuando el mundo se desmorone sobre sus cabezas.

Su campamento era un lugar muy interesante. La gente (una veintena, más o menos) dormía en chabolas hechas con ramas, hojas y matojos. La mayoría estaban tan sucios y apestaban tanto como R. V., pero también eran gente alegre, amable y generosa.

—¿Cómo vais a detener la construcción de esa carretera? —preguntó Sam.

—Cavando túneles por toda la zona —dijo R. V.—. Y saboteando las máquinas que traen, y alertando a los medios. Los ricachones odian estar en el punto de mira. Un noticiario de televisión es tan efectivo como una veintena de guerreros activos.

Evra le preguntó a R. V. si habían llegado a pelear cuerpo a cuerpo. R. V. dijo que la APN no creía en la violencia, pero por su expresión nos dimos cuenta de que él no estaba muy de acuerdo con eso.

—Si lo hiciéramos a mi modo —dijo—, les daríamos lo que se merecen. A veces somos demasiado amables. ¡Tíos, si yo estuviera al mando, enviaría a esos pavos a asarse en el infierno!

R. V. nos invitó a comer allí. No era una comida muy apetitosa (no había carne, sino unos cuantos vegetales, arroz y frutas), pero nos lo comimos todo por educación.

También tenían muchas setas (grandes y de colores extraños), pero R. V. no dejó que las probáramos.

—Cuando seáis mayores, tíos —dijo, riendo.

Después de comer nos fuimos. Los miembros de la APN tenías

cosas que hacer, y no queríamos estorbarles.

R. V. nos dijo que podíamos volver en otra ocasión, pero que probablemente se irían en un par de días.

—Aquí ya casi hemos ganado la batalla —dijo—. Dentro de unos días marcharemos hacia nuevos horizontes. Las batallas comienzan y se acaban, tíos, pero la guerra nunca acaba.

Nos despedimos y nos fuimos a casa.

—Qué raro es ese R. V. —dijo Sam un rato después—. ¿Os imagináis dejarlo todo para ir a luchar por los animales y los campos?

—Hace aquello en lo que cree —dijo Evra.

—Ya lo sé —dijo Sam—. Y creo que lo que hace es genial. Necesitamos gente como él. Es una pena que no haya más. De todos modos, es una extraña forma de vivir, ¿no creéis? Hay que tener mucha dedicación. *Yo* no creo que pudiera convertirme en un guerrero del medio ambiente.

—Yo tampoco —convine.

—Yo, sí —dijo Evra.

—No, no podrías —me burlé.

—¿Por qué no? —inquirió—. Podría coger a mi serpiente e irme a vivir y a luchar junto a ellos.

—Te digo que no podrías —insistí.

—¿Por qué no?

—¡Porque no apestas lo suficiente! —reí.

Evra hizo un mohín.

—Sí, la verdad es que no olían precisamente a rosas —admitió.

—¡Olían peor que mis pies después una semana con los mismos calcetines! —exclamó Sam.

—De todos modos —dijo Evra—, se me ocurren un montón de cosas peores a las que dedicarme cuando crezca. Me gustaría ser como R. V.

—A mí también —dijo Sam.

Me encogí de hombros.

—Imagino que podría acostumbrarme.

Estábamos de buen humor y estuvimos hablando de la APN y de R. V. todo el camino hasta el campamento. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de los problemas que pronto nos crearía aquel

simpático ecoguerrero… ni de la tragedia que desencadenaría sin querer.

CAPÍTULO 17

Los días siguientes transcurrieron lánguidamente. Evra y yo estuvimos ocupados con nuestras tareas y alimentando a las Personitas. Yo había intentado charlar con un par de aquellas criaturas de las capuchas azules, pero ni siquiera me miraron cuando les hablé.

Era imposible distinguirlos. Uno (o una… o lo que fuera) destacaba por ser más alto que los demás, y otro era más bajito, y otro cojeaba con la pierna izquierda. Pero el resto eran exactamente iguales.

Sam nos ayudaba cada vez más en el campamento. No le llevábamos con nosotros cuando salíamos de caza, pero dejábamos que nos echara una mano con la mayor parte de nuestras faenas. Trabajaba duro, y estaba decidido a impresionarnos y a ganarse una estancia permanente en el Cirque.

Yo no veía mucho a Mr. Crepsley. Él sabía que me levantaba temprano para salir a cazar para las Personitas, así que me dejaba solo la mayor parte del tiempo. Yo era feliz así; no quería que me estuviera fastidiando con lo de beber sangre humana.

Y entonces, una mañana temprano, llegó Cormac *el Trozos*, lo cual causó una gran agitación.

—¿Ves a ese tipo? —dijo Evra, arrastrándome detrás de él—. Es el artista más asombroso que haya existido.

Ya había una muchedumbre agolpada alrededor de Cormac cuando llegamos a la caravana de Mr. Tall (donde fue a presentarse). La gente le daba palmadas en la espalda y le preguntaba cómo estaba y dónde había ido. Él les sonreía a todos, les estrechaba la mano y respondía a sus preguntas. Podía ser una estrella, pero no se le subía a la cabeza.

—¡Evra Von! —exclamó cuando vio al niño-serpiente. Se abrió

paso hasta él y le dio un abrazo—. ¿Cómo está mi reptil bípedo favorito?

—Muy bien —dijo Evra.

—¿Has mudado la piel últimamente? —le preguntó Cormac.

—Recientemente, no —respondió Evra.

—Recuerda —dijo Cormac— que la quiero cuando lo hagas. Es muy valiosa. La piel de humanos-serpiente vale más que el oro en algunos países.

—Puedes quedártela toda —le aseguró Evra. Luego me empujó hacia delante—. Cormac, éste es Darren Shan, un amigo mío. Es nuevo en el Cirque y nunca te ha visto.

—¡¿Nunca has visto a Cormac *el Trozos*?! —exclamó Cormac, fingiéndose ofendido—. ¿Cómo es eso? ¡Pensaba que el mundo entero ya habría visto al magnífico Cormac *el Trozos* en acción!

—Nunca había oído hablar de usted —respondí.

Se apretó el pecho como si estuviera sufriendo un infarto.

—¿Qué hace? —pregunté.

Cormac miró a la muchedumbre que nos rodeaba.

—¿Debería hacerle una demostración?

—¡Sí! —gritaron todos, entusiasmados.

Cormac miró a Mr. Tall, parado detrás de la multitud. Mr. Tall suspiró y asintió.

—Más vale que la hagas —dijo—, o no te dejarán tranquilo.

—Entonces, de acuerdo —dijo Cormac—. Apartaos y dejadme espacio.

La multitud retrocedió inmediatamente. Yo también me dispuse a hacerlo, pero Cormac puso una mano sobre mi hombro y me dijo que me quedara donde estaba.

—Bien —dijo a la multitud—. He estado viajando durante mucho tiempo, y estoy demasiado cansado para hacer el número entero, así que lo bueno, si breve, dos veces bueno.

Cerró en un puño la mano derecha, y luego extendió el dedo índice.

—Darren, ¿puedo ponerte el dedo en la boca? —preguntó.

Miré a Evra, que me indicó que hiciera lo que Cormac me pedía.

—Bien —dijo Cormac—, ahora muérdelo, por favor.

Lo mordí flojito.

—Más fuerte —dijo Cormac.

Lo mordí un poco más fuerte.

—¡Vamos, chico! —exclamó Cormac—. ¡Ponle ganas! ¡Haz trabajar esas mandíbulas! ¿Eres un tiburón o un ratón?

De acuerdo. ¿Quería un buen mordisco? Pues se lo daría.

Abrí la boca y le arreé un rápido mordisco, intentando darle un susto. Pero en vez de eso, el que se asustó fui yo, ¡*porque le arranqué el dedo de cuajo*!

Retrocedí espantado y escupí aquel dedo muerto. Miré a Cormac el Trozos con los ojos dilatados. Esperaba oírle gritar, pero sólo se rió y levantó la mano.

No había sangre allí donde le había arrancado el dedo, sólo un muñón blanco y dentado. Mientras lo miraba, ocurrió la cosa más increíble: ¡*el dedo empezó a crecer de nuevo*!

Pensé que me lo estaba imaginando, pero pasaban los segundos y seguía creciendo, y no tardó en volver a alcanzar su tamaño normal. Cormac lo mantuvo rígidamente en su sitio durante unos segundos más, y luego lo flexionó arriba y abajo para demostrar que estaba como nuevo.

La multitud aplaudió, y sentí que los latidos de mi corazón se apaciguaban.

Miré al suelo, a donde había escupido el dedo, y vi cómo empezaba a pudrirse. En un minuto no quedó más que un grisáceo montón de moho.

—Siento haberte asustado —dijo Cormac, dándome palmaditas en la cabeza.

—Está bien —respondí—. Ya tendría que haber aprendido a esperar lo inesperado en este lugar. ¿Puedo tocarle el dedo nuevo? —Él lo permitió. No parecía diferente de los otros—. ¿Cómo lo ha hecho? —pregunté, pasmado—. ¿Es una ilusión?

—En absoluto —dijo él—. Ésta es la razón por la que me llaman Cormac *el Trozos*. Puedo hacer que me crezcan trozos nuevos de mi cuerpo (dedos, brazos, piernas) desde que era un crío. Mis padres descubrieron mi habilidad cuando me corté accidentalmente la nariz con un cuchillo de cocina. Puedo hacer crecer prácticamente cualquier parte de mi cuerpo. Excepto la cabeza. Nunca he intentado cortármela, pero supongo que es mejor no tentar a la

suerte.

—¿No le duele? —pregunté.

—Un poco —dijo—, pero no mucho. Cuando me corto un trozo de mi cuerpo, empieza a crecer uno nuevo casi de inmediato, así que sólo siento uno o dos segundos de dolor. Es un poco como…

—¡Vamos, vamos! —rugió Mr. Tall, interrumpiéndole—. No tenemos tiempo para entrar en detalles. Este espectáculo ha estado parado demasiado tiempo. Ya es hora de volver a entretener al público, antes de que se olviden de nosotros o piensen que nos hemos retirado.

»¡Eh, gente! —gritó a la muchedumbre, dando palmadas—. ¡Corred la voz! ¡Se acabó el descanso! ¡Esta noche hay función!».

CAPÍTULO 18

El campamento bulló de actividad toda la tarde. La gente iba de acá para allá como loca. Un grupo estaba atareado montando la carpa del circo. Yo nunca lo había visto antes. Una vez montada, era impresionante, alta, redonda y roja, decorada con imágenes de los artistas.

Evra y yo estábamos muy ocupados, clavando estacas en el suelo para fijar la tienda en su lugar, colocando los asientos en el interior, montando el escenario para la función, preparando el atrezzo de los artistas (teníamos que encontrar latas, frutos secos y tornillos para Rhamus *Dostripas*, y ayudar a introducir la jaula del hombre-lobo en la carpa, entre otras cosas).

Era una labor tremenda, pero avanzaba con increíble rapidez. Todos en el campamento sabían cuál era su lugar y lo que se esperaba de ellos, y no cundió el pánico en todo el día. Todos trabajaban en equipo y las cosas marcharon como la seda.

Sam vino por la tarde, temprano. Yo le habría pedido que nos echara una mano, pero Evra dijo que sólo estorbaría, así que le sugerimos que lo mejor sería que se marchara. Se mostró ofendido y apenado, y le dio una patada a una botella de soda vacía que encontró en su camino. Sentí pena por él, y entonces se me ocurrió cómo podía animarle.

—¡Sam! ¡Espera un minuto! —le grité—. Volveré en un segundo —le dije a Evra, y eché a correr hacia la caravana de Mr. Tall.

Sólo golpeé la puerta una vez, y se abrió al instante. Mr. Tall estaba parado dentro, y antes de que yo pudiera decir una palabra, me tendió dos entradas para asistir a la función del Cirque Du Freak.

Me quedé mirando las entradas, y después a Mr. Tall.

—¿Cómo sabía…?

—Tengo mis métodos —repuso con una sonrisa.

—No tengo dinero —le advertí.

—Te lo descontaré de tu sueldo —dijo.

Fruncí el ceño.

—Usted no me paga.

Su sonrisa se ensanchó.

—Soy un viejo listo. —Me entregó las entradas y me cerró la puerta en las narices antes de que pudiera darle las gracias.

Volví corriendo con Sam y le di las entradas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Son entradas para la función de esta noche —le dije—. Una para ti y otra para R. V.

—¡Oh, guau! —Sam se metió rápidamente las entradas en el bolsillo, como si temiera que salieran volando o se desvanecieran—. ¡Muchas gracias, Darren!

—No es nada —dije—. Sólo que la función será tarde. Empezaremos a las once, y no acabaremos hasta la una de la madrugada, más o menos. ¿Podrás venir?

—¡Claro! —dijo Sam—. Saldré a escondidas. Mamá y papá se van a la cama a las nueve todas las noches. Son muy madrugadores.

—Si te pillan —le advertí—, no digas a dónde vas.

—Mis labios están sellados —prometió, y luego fue en busca de R. V.

Excepto por una rápida cena, no tuvimos ningún otro respiro hasta el comienzo de la función. Mientras Evra le daba de comer a su serpiente, yo encendía las velas en el interior de la carpa. También había que colgar cinco enormes lámparas, cuatro encima del público y una sobre el escenario, pero las Personitas se encargaron de eso.

Mags (una preciosa mujer que vendía recuerdos y dulces en los intermedios) me pidió que la ayudara a preparar los carritos, y estuve una hora colocando telarañas de caramelo, figuritas de «cristal» comestible y jirones de pelo del hombre-lobo. Había algo nuevo que nunca había visto: una figurita de Cormac *el Trozos*. Cuando le cortabas un trozo, le crecía de nuevo. Le pregunté a Mags cómo funcionaba, pero no lo sabía.

—Es una de las invenciones de Mr. Tall —dijo—. Muchas de

estas cosas las fabrica él mismo.

Le arranqué la cabeza a la figurita e intenté ver el interior de su cuello, pero antes de que pudiera hacerlo le creció una nueva cabeza.

—Las figuritas no duran eternamente —dijo Mags—. Se pudren al cabo de unos meses.

—¿Se lo dice a la gente cuando las compran? —pregunté.

—Por supuesto —respondió—. Mr. Tall insiste en que informemos exactamente a los espectadores de lo que compran. No le gusta estafar a la gente.

Mr. Crepsley me llamó media hora antes de que empezara la función. Se estaba poniendo el traje con el que actuaba cuando entré.

—Limpia la jaula de Madam Octa —ordenó—, y luego cepilla tu traje y lávate.

—¿Por qué? —pregunté.

—Saldrás a escena conmigo —dijo.

Mis ojos se iluminaron.

—¿Quiere decir que tomaré parte en el número? —exclamé sofocadamente.

—Una parte pequeña —dijo—. Traerás la jaula y tocarás la flauta cuando Madam Octa teja su tela en mi boca.

—Pero es Mr. Tall quien suele hacer eso, ¿no?

—Normalmente, sí —convino Mr. Crepsley—, pero esta noche andamos escasos de personal, así que él actuará por su cuenta. Además, tú eres más apropiado que él para asistirme.

—¿Y eso? —pregunté.

—Das más miedo —dijo—. Con esa cara pálida y esa ropa espantosa, parece que hayas salido de una película de terror.

Eso me dejó muy sorprendido. ¡Nunca había pensado que diera miedo! Me miré al espejo y vi que tenía razón. Como no había bebido sangre humana, estaba mucho más pálido de lo que debería, y el traje sucio me daba una apariencia aún más fantasmal. Me propuse buscar ropa nueva a la mañana siguiente.

La función comenzó exactamente a las once. No esperaba que acudiera mucha gente (estábamos en medio de la nada y no habíamos tenido mucho tiempo para anunciar el espectáculo), pero

la carpa estaba atestada.

—¿De dónde han salido? —le susurré a Evra mientras mirábamos a Mr. Tall presentar al hombre-lobo.

—De todas partes —respondió tranquilamente—. La gente siempre sabe cuándo vamos a actuar. Además, aunque nos lo dijera hoy, seguro que Mr. Tall ya sabía que actuaríamos esta noche desde que montamos el campamento.

Observé la función entre bastidores, disfrutando aún más que la primera vez que la vi, pero ahora yo conocía a todos sus componentes y me sentía parte de la familia.

Hans *el Manos* salió después del hombre-lobo, seguido de Rhamus *Dostripas*. Tras el primer descanso, Mr. Tall salió a escena y revoloteó de un lado a otro a tal velocidad que era imposible seguir sus movimientos, desapareciendo de un lugar para reaparecer en otro. La siguiente fue Truska, y luego me llegó el turno de salir a escena con Mr. Crepsley y Madam Octa.

No había mucha luz, pero mi visión vampírica me ayudó a descubrir las caras de Sam y R. V. entre la multitud. Se sorprendieron al verme y aplaudieron más fuerte que nadie. Tuve que ocultar una sonrisa de satisfacción: Mr. Crepsley me había dicho que tenía que parecer miserable y abatido, para impresionar a la muchedumbre.

Me quedé a un lado mientras Mr. Crepsley pronunciaba su discurso sobre la peligrosidad de Madam Octa, y luego abrió la puerta de su jaula mientras un ayudante subía una cabra al escenario.

Alguien dejó escapar un sonoro y furioso jadeo cuando Madam Octa mató a la cabra… Era R. V. y supe que no tenía que haberle invitado (había olvidado cuánto cariño le tenía a los animales), pero ya era demasiado tarde para retirar la invitación.

Estaba muy nervioso cuando me llegó el turno de tocar la flauta y controlar a Madam Octa, sintiendo que todos los ojos bajo la carpa se clavaban en mí. Nunca había actuado ante una multitud, y durante unos segundos temí que mis labios no hicieran nada, o que se me hubiera olvidado la melodía. Pero en cuanto empecé a soplar y a enviar mis pensamientos a Madam Octa, me tranquilicé.

Mientras ella tejía su tela entre los labios de Mr. Crepsley, se me

ocurrió que éste era el momento perfecto para deshacerme de él si quería.

Podía hacer que lo mordiera.

La idea me sobresaltó. Ya había pensado antes en matarle, pero nunca en serio, y menos desde que nos habíamos unido al Cirque. Ahora él estaba aquí, y tenía su vida en mis manos. Bastaría un simple «error». Podía decir que había sido un accidente. Nadie podría demostrar lo contrario.

Contemplé a la araña moviéndose de acá para allá, de allá para acá, con sus venenosos quelíceros centelleando a la luz de las lámparas. El calor de las velas era intenso. Estaba sudando copiosamente. Se me ocurrió que podría echarle la culpa al sudor de mis dedos.

Ella seguía tejiendo su tela sobre su boca. Sus brazos colgaban en sus costados. No podría detenerla. Bastaría un acorde equivocado de la flauta. Una nota desafinada rompería la conexión mental entre ella y yo, y…

No lo hice. Interpreté la melodía perfectamente y con seguridad. No estaba seguro de por qué le perdonaba la vida al vampiro. Quizá porque Mr. Tall habría sabido que yo lo había matado. Quizá porque necesitaba que Mr. Crepsley me enseñara a sobrevivir. Quizá porque no quería convertirme en un asesino.

O quizá, solo quizá, porque el vampiro empezaba a gustarme. Después de todo, me había traído al Cirque y me había dejado tomar parte en la función. Y no habría conocido a Evra ni a Sam de no haber sido por él. Había sido bueno conmigo, tanto como podía serlo.

Fuera cual fuera la razón, no permití que Madam Octa matara a su amo, y al terminar el número nos inclinamos y salimos juntos.

—Pensabas matarme —dijo suavemente Mr. Crepsley, una vez que abandonamos el escenario.

—¿De qué está hablando? —respondí, haciéndome el tonto.

—Lo sabes perfectamente —dijo. Hizo una pausa—. No habría funcionado. Ordeñé la mayor parte del veneno de sus colmillos antes de salir. Empleó el resto en matar a la cabra.

—¿Era una prueba? —Le miré fijamente, y el odio volvió a crecer en mi interior—. ¡Pensé que se estaba portando bien

conmigo! —grité—. ¡Y fue una prueba todo el tiempo!

Su rostro estaba serio.

—Tenía que saberlo —dijo—. Tenía que saber si podía confiar en ti.

—¡Bien, pues escuche esto! —rugí, alzándome sobre la punta de mis pies tanto como pude para mirarle a los ojos—. ¡Su prueba ha sido inútil! ¡No le he matado esta vez, pero si vuelvo a tener una oportunidad, lo haré!

Salí como un vendaval sin decir ni una palabra más, demasiado enfadado para quedarme a ver a Cormac *el Trozos* o el final del espectáculo, sintiéndome traicionado, aun sabiendo en el fondo que él tenía razón.

CAPÍTULO 19

Aún seguía enfadado a la mañana siguiente. Evra me estuvo preguntando qué me pasaba, pero yo no se lo dije. No quería que supiera que había estado pensando en asesinar a Mr. Crepsley.

Evra me dijo que se había encontrado a Sam y a R. V. después de la función.

—A Sam le encantó —dijo Evra—, especialmente Cormac *el Trozos*. Deberías haberte quedado a ver a Cormac en acción. Cuando se cortó las piernas…

—Ya lo veré la próxima vez —dije—. ¿Qué le pareció a R. V.?

Evra frunció el ceño.

—No parecía muy contento.

—¿Se enfadó por lo de la cabra? —pregunté.

—Sí —dijo Evra—, pero no sólo por eso. Le expliqué que le compramos la cabra a un carnicero, así que de todas maneras habría acabado muerta. Lo que más le preocupó fueron el hombre-lobo, la serpiente y la araña de Mr. Crepsley.

—¿Qué pasa con *ellos*? —inquirí.

—Teme que no estén siendo bien tratados. No le gusta la idea de que estén encerrados en jaulas. Le expliqué que no lo estaban, a excepción de la araña. Le dije que el hombre-lobo es muy manso fuera del escenario. Y le enseñé mi serpiente y cómo dormía conmigo.

—¿Se creyó lo del hombre-lobo? —pregunté.

—Eso creo —dijo Evra—, aunque aún parecía receloso cuando se marchó. Y estaba *muy* interesado en sus hábitos alimenticios. Quería saber qué le dábamos de comer, con qué frecuencia, y dónde conseguíamos la comida. Tenemos que andarnos con cuidado con R. V. Podría causarnos problemas. Por suerte, se irá dentro de un día o dos, pero hasta entonces, hay que estar alerta.

El día transcurrió tranquilamente. Sam no apareció hasta última hora de la tarde, y ninguno de nosotros estaba de humor para jugar. El día estaba nublado, y todos estábamos un poco decaídos. Sam sólo se quedó media hora, y luego volvió a su casa.

Mr. Crepsley me llamó a su caravana poco después de la puesta del Sol. No iba a ir, pero decidí que sería mejor no incomodarlo demasiado. Era mi guardián, al fin y al cabo, y probablemente podría echarme a patadas del Cirque Du Freak.

—¿Qué quiere? —le espeté cuando llegué.

—Ven aquí, donde pueda verte mejor —dijo el vampiro.

Me inclinó la cabeza hacia atrás con sus huesudos dedos y me subió los párpados para examinar el blanco de mis ojos. Me dijo que abriera la boca y me miró la garganta. Luego comprobó mi pulso y mis reflejos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Cansado —dije.

—¿Débil? —indagó—. ¿Enfermo?

—Un poco.

Lanzó un gruñido.

—¿Has bebido suficiente sangre últimamente? —preguntó.

—Tanta como se supone que debo beber —repuse.

—¿Pero no sangre humana?

—No —dije en voz baja.

—De acuerdo —dijo—. Prepárate. Vamos a salir.

—¿A cazar? —inquirí.

Negó con la cabeza.

—A ver a un amigo.

Me subí a su espalda al salir de la caravana, y empezó a correr.

Cuando estuvimos lo bastante lejos del campamento, cometeó y el mundo se difuminó a nuestro alrededor.

No me fijé mucho a dónde íbamos. Estaba más preocupado por mi traje. Había olvidado conseguir ropa nueva, y ahora, cuanto más miraba mi traje, peor lo veía.

Tenía docenas de agujeritos y desgarrones, y era de un color mucho más grisáceo del que se suponía que debía ser, a causa de la suciedad y el polvo. Tenía muchos hilos sueltos, y cada vez que sacudía un brazo o una pierna parecía que se me estaba cayendo el

pelo.

Nunca había estado tan preocupado por la ropa, pero no quería parecer un *vagabundo*. Mañana, definitivamente, buscaría algo nuevo que ponerme.

Un rato después nos aproximamos a la ciudad, y Mr. Crepsley aminoró la marcha. Se detuvo detrás de un edificio alto. Quería preguntarle dónde estábamos, pero se puso un dedo en los labios indicándome que guardara silencio.

La puerta trasera estaba cerrada, pero Mr. Crepsley apoyó una mano en ella y chasqueó los dedos de la otra. Se abrió instantáneamente. Me condujo por un largo y oscuro pasillo, luego subimos un tramo de escaleras y entramos en un vestíbulo bien iluminado.

Al cabo de unos minutos, llegamos a un escritorio blanco. Mr. Crepsley echo un vistazo alrededor para asegurarse de que estábamos solos, y luego tocó el timbre que estaba en la pared.

Tras la pared acristalada del otro lado del escritorio se recortó una figura. La puerta se abrió y un hombre de cabellos castaños, que llevaba una bata blanca y una mascarilla verde cruzó el umbral. Parecía un médico.

—¿En qué puedo…? —Se detuvo sin acabar la frase—. ¡Larten Crepsley! ¿Qué estás haciendo aquí, viejo diablo?

El hombre se quitó la mascara y vi que sonreía.

—Hola, Jimmy —dijo Mr. Crespley. Se estrecharon las manos y se sonrieron mutuamente—. Cuánto tiempo sin verte…

—No tanto como pensaba —dijo el hombre llamado Jimmy—. Oí que te habían matado. Un viejo enemigo que finalmente había clavado una estaca en tu podrido corazón; más o menos, así era la historia.

—No deberías creer todo lo que oyes —dijo Mr. Crepsley. Apoyó una mano en mi hombro y me hizo avanzar—. Jimmy, éste es Darren Shan, mi compañero de viaje. Darren, éste es Jimmy Ovo, un viejo amigo y el mejor patólogo del mundo.

—Hola —saludé.

—Encantado de conocerte —dijo Jimmy, estrechándome la mano—. ¿No serás un…? Quiero decir, ¿perteneces *al club*?

—Es un vampiro —dijo Mr. Crepsley.

—Sólo a medias —mascullé—. No soy un vampiro completo.

—Por favor —Jimmy hizo una mueca lastimera—, no utilicéis esa palabra. Sé lo que sois, y me parece perfecto, pero esa palabra que empieza por «V» siempre me ha dado escalofríos. —Simuló tener uno—. Creo que es por todas esas películas de terror que vi cuando era niño. Sé que no sois como os pintan en esas películas de monstruos, pero es difícil apartar esa imagen de mi mente.

—¿Qué hace un patólogo? —pregunté.

—Abro cadáveres para saber cómo murieron —explicó Jimmy—. No lo hago con todos, sólo con los que han muerto en circunstancias sospechosas.

—Esto es el depósito de la ciudad —dijo Mr. Crepsley—. Aquí traen los cuerpos de quienes llegan muertos al hospital o fallecen allí.

—¿Los tiene ahí? —le pregunté a Jimmy, señalando la habitación que había tras la pared acristalada.

—Sip —dijo alegremente. Dio la vuelta por el escritorio y nos invitó a seguirle.

Yo estaba nervioso. Esperaba ver docenas de mesas abarrotadas de cuerpos abiertos en canal. Pero no fue así. Había un cadáver, cubierto por una gran sábana de la cabeza a los pies, pero fue el único que vi. Aparte de eso, era una habitación grande y bien iluminada, con grandes archivadores en las paredes y un montón de equipo médico disperso por el lugar.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó Mr. Crepsley mientras ocupábamos tres sillas cercanas a la mesa del cadáver. Jimmy y Mr. Crepsley no le prestaron la más mínima atención, y como yo no quería estar fuera de lugar, tampoco lo hice.

—Bastante tranquilo —respondió Jimmy—. Ha habido buen tiempo y no hemos tenido muchos accidentes de tráfico, ni enfermedades extrañas, ni intoxicaciones, ni derrumbamientos de edificios. Por cierto —añadió—, un viejo amigo tuyo pasó por aquí hace unos años.

—¿Ah, sí? —repuso cortésmente Mr. Crepsley—. ¿Quién era?

Jimmy aspiró potentemente por la nariz, y luego se aclaró la garganta.

—¿*Gavner Purl*? —silbó Mr. Crepsley, encantado—. ¿Cómo está

ese perro viejo? ¿Sigue siendo tan patoso?

Empezaron a hablar de su amigo Gavner Purl. Mientras charlaban, eché un vistazo a mi alrededor, preguntándome dónde estarían almacenados los cuerpos. Finalmente, cuando hicieron una pausa para tomar aliento, se lo pregunté a Jimmy. Él se levantó y me dijo que lo siguiera. Me condujo hacia los grandes archivadores y tiró de uno de los cajones.

Se produjo un sibilante sonido y una nube de aire frío se elevó del interior del cajón. Cuando se aclaró, vi una figura cubierta por una sábana, y comprendí que aquello no eran archivadores, después de todo. ¡Era ataúdes refrigerados!

—Aquí conservamos los cuerpos hasta que están listos —dijo Jimmy—, o hasta que sus parientes más próximos vienen a recogerlos.

Eché un vistazo alrededor de la habitación, contando las filas de cajones.

—¿Hay un cadáver en cada uno? —pregunté.

Jimmy meneó la cabeza.

—Ahora sólo tenemos seis inquilinos, sin contar el de la mesa. Como ya he dicho, todo ha estado muy tranquilo. Incluso en nuestras épocas más atareadas, el depósito permanece desocupado en su mayor parte. Es raro que llegue a estar ni siquiera medio lleno. Pero hemos de estar preparados para lo peor.

—¿Hay disponible algún cadáver reciente? —indagó Mr. Crepsley.

—Espera un minuto, que voy a mirar —dijo Jimmy.

Consultó un bloc grande y pasó unas cuantas páginas.

—Hay un hombre de unos treinta años —dijo Jimmy—. Murió en un accidente automovilístico hace ocho horas.

—¿No hay nada más fresco? —preguntó Mr. Crepsley.

—Me temo que no —repuso Jimmy.

Mr. Crepsley suspiró.

—Habrá que conformarse.

—Espere un minuto —dije—. No estará pensando en beber de un muerto, ¿verdad?

—No —dijo Mr. Crepsley. Rebuscó en el interior de su capa y sacó unas cuantas botellitas pequeñas donde guardaba su suministro

de sangre humana—. He venido a rellenar.

—¡No puede hacer eso! —grité.

—¿Por qué no? —inquirió.

—Porque no es correcto. No es justo beber de un muerto. Además, estará agria.

—No estará en su mejor momento —convino Mr. Crepsley—, pero se podrá embotellar. Y no estoy de acuerdo contigo: un cadáver es el sujeto ideal para hacer esto, porque ya no necesita su sangre. Con ella podré llenar todas estas botellas. Sería demasiado peligroso hacer esto con una persona viva.

—No si tomara un poco de varias —protesté.

—Cierto —dijo él—. Pero eso requiere tiempo, esfuerzo y riesgo. Es más sencillo de esta forma.

—Darren no habla como un vampiro —observó Jimmy.

—Todavía está aprendiendo —gruñó Mr. Crepsley—. Ahora, llévame hasta el cuerpo, por favor. No tenemos toda la noche.

Sabía que sería inútil seguir discutiendo, así que cerré la boca y los seguí en silencio.

Jimmy sacó el cuerpo de un hombre alto y rubio y retiró de un tirón la sábana. En la cabeza del muerto había un feo hematoma y su cuerpo estaba muy pálido, pero aparte de eso, daba la impresión de estar dormido.

Mr. Crepsley hizo un corte largo y profundo en el pecho del hombre, dejando su corazón al descubierto. Colocó las botellas junto al cadáver, y luego sacó un tubo y metió un extremo en la primera botella. Hundió el otro extremo en el corazón del muerto, y entonces cerró una mano alrededor del órgano y lo apretó, bombeando.

La sangre se deslizó lentamente por el tubo hasta la botella. Cuando estuvo casi llena, Mr. Crepsley retiró el tubo y la taponó con un corcho. Metió el extremo del tubo en la segunda botella y comenzó a llenarla.

Levantó la primera botella, tomó un sorbo y lo saboreó sin tragarlo, como si degustara un vino.

—Esta buena —gruñó, relamiéndose los labios—. Es pura. Podemos consumirla.

Llenó ocho botellas, y luego se volvió hacia mí con una

expresión muy seria.

—Darren —dijo—. Sé que eres reacio a beber sangre humana, pero esta vez tienes que vencer tu temor.

—No —respondí inmediatamente.

—Vamos, Darren —gruñó—. Esta persona está muerta. Su sangre ya no le sirve para nada.

—No puedo —dije—. No de un cadáver.

—¡Pero tampoco quieres beber de los vivos! —estalló Mr. Crepsley—. Tienes que beber sangre humana de vez en cuando. Ésta es la mejor forma de empezar.

—Hum, escuchad, chicos —dijo Jimmy—. Si vais a alimentaros, creo que os esperaré fuera…

—¡Silencio! —dijo bruscamente Mr. Crepsley. Me miraba con ojos llameantes—. Tienes que beber —insistió con firmeza—. Eres asistente de vampiro. Ya es hora de que te comportes como tal.

—Esta noche, no —supliqué—. En otra ocasión. Cuando salgamos de caza. De una persona viva. No puedo beber de un cadáver. Es horrible…

Mr. Crepsley suspiró y sacudió la cabeza.

—Una noche te darás cuenta de lo tonto que eres —dijo—. Sólo espero que para entonces no sea demasiado tarde.

Mr. Crepsley le dio las gracias a Jimmy Ovo por su ayuda, y los dos empezaron a hablar del pasado y sus amigos. Me senté solo mientras charlaban, sintiéndome miserable, y preguntándome cuánto tiempo más podría aguantar sin sangre humana.

Cuando hubieron acabado, bajamos por las escaleras. Jimmy nos acompañó y nos dijo adiós. Era un tipo agradable, y lamenté haberle conocido en tan lúgubres circunstancias.

Mr. Crepsley no dijo nada en todo el trayecto de vuelta, y cuando llegamos al Cirque Du Freak, me empujó furiosamente a un lado y me apuntó con un dedo.

—Si te mueres —dijo—, no será por mi culpa.

—Está bien —repuse.

—Mocoso estúpido —gruñó, y se dirigió como una tromba a su ataúd.

Permanecí levantado largo rato y contemplé la salida del Sol. Pensé mucho en mi situación y en lo que ocurriría cuando mis

fuerzas se agotaran y comenzara a morir. Un semi-vampiro que no bebía sangre; habría sido gracioso si no fuera cosa de vida o muerte.

¿Qué debía haber? Ésa era la pregunta que me mantuvo despierto hasta mucho después de que saliera el Sol. ¿Qué debía hacer? ¿Olvidarlo todo y beber sangre humana? ¿O aferrarme a mi humanidad y… *morir*?

CAPÍTULO 20

Permanecí en el interior de mi tienda la mayor parte del día y ni siquiera salí a saludar a Sam cuando llegó. Estaba demasiado triste. Me sentía como si ya no perteneciera a ningún sitio. No podía ser humano y no iba a ser un vampiro. Estaba atrapado entre ambos mundos.

Dormí mucho aquella noche, y al siguiente día me sentía mejor. El Sol brillaba, y aunque sabía que mis problemas no habían desaparecido, fue capaz de olvidarlos por un rato.

La serpiente de Evra se puso enferma. Había cogido un virus, y Evra tuvo que quedarse para cuidarla.

Cuando apareció Sam, decidimos ir a visitar su vieja estación de trenes abandonada. A Evra no le importó que fuéramos sin él. Ya vendría con nosotros en otra ocasión.

La estación de trenes era estupenda. En medio de un gran patio circular con agrietadas baldosas de piedra, había una casa de tres plantas que había sido el hogar del vigilante, un par de viejos cobertizos y unos cuantos vagones abandonados. También había vías de tren donde quiera que uno mirara, cubiertas por rastrojos y hierba.

Sam y yo anduvimos sobre unos raíles jugando que caminábamos sobre la cuerda floja por encima del suelo. Cada vez que uno de nosotros resbalaba, chillaba y fingía caer mortalmente a tierra. Yo era mucho mejor en este juego que Sam, porque mis poderes vampíricos me conferían un equilibrio mejor que el de cualquier ser humano.

Exploramos algunos de los viejos vagones. Un par de ellos estaban arruinados, pero el resto se conservaban bien, muy sucios y polvorientos, pero en buenas condiciones. No entendía por qué los habían dejado pudrirse allí.

Nos subimos al techo de uno de los vagones y nos tumbamos al Sol.

—¿Sabes lo que podríamos hacer? —dijo Sam al cabo de un rato.

—¿Qué? —pregunté.

—Convertirnos en hermanos de sangre.

Me incorporé sobre un codo y lo mire fijamente.

—¿Hermanos de sangre? —inquirí—. ¿Para qué? ¿Y cómo se hace eso?

—Sería divertido —dijo—. Cada uno se hace un cortecito en una mano, las juntamos y juramos ser los mejores amigos para siempre.

—Eso suena bien —admití—. ¿Tienes un cuchillo?

—Podemos utilizar un trozo de cristal —dijo Sam. Se asomó por el borde de techo, alargó una mano y arrancó un trozo de cristal de una de las ventanas del vagón. Cuando volvió a mi lado, se hizo un pequeño corte en la parte más carnosa de la palma de su mano, y luego me tendió el cristal.

Me disponía a hacerme un corte en la palma cuando recordé la sangre vampírica que corría por mis venas. No creía que una pequeña cantidad pudiera perjudicar a Sam, pero aun así…

Bajé el cristal y meneé la cabeza.

—No —dije—. No quiero hacerlo.

—Vamos —me urgió Sam—. No tengas miedo. Sólo tienes que hacerte un cortecito…

—No —repetí.

—¡Cobarde! —gritó—. ¡Tienes miedo! ¡Gallina! ¡Cobarde! —Y empezó a cantar—: ¡Miedica, miedica!

—Pues sí, soy un miedica —reí. Era más fácil mentir que decir la verdad—. Todo el mundo le tiene miedo a algo. No vi que te murieras de ganas por bañar al hombre-lobo el otro día.

Sam hizo una mueca.

—Eso es diferente.

—A falta de caballos, que troten los asnos —repuse con pedantería.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó.

—No estoy seguro —admití—. Es algo que mi padre solía decir.

Estuvimos bromeando un rato, y luego saltamos al suelo y

cruzamos el patio hacia la casa del vigilante. El paso del tiempo había echo que las puertas se pudrieran, y a la mayor parte de las ventanas se les habían caído los cristales. Pasamos por un par de habitaciones pequeñas y luego por una más grande, que debió haber sido el salón.

En medio del suelo había un gran agujero, que evitamos con cuidado.

—Mira arriba —me dijo Sam.

Lo hice, y me encontré mirando directamente al tejado. Los suelos entre aquel piso y los de encima se habían venido abajo con el paso de los años, y todo lo que quedaba de ellos eran unos agujeros de bordes irregulares. Podía ver la luz del Sol brillando a través de un par de agujeros en el tejado.

—Sígueme —dijo Sam, y me condujo hacia una escalera que ascendía por un lado de la habitación. Empezó a subir y yo le seguí despacio, no muy convencido de que hacer aquello fuera muy prudente (a cada paso, las escaleras crujían, y parecía que iban a venirse abajo), pero no quería que me llamaran gallina dos veces en el mismo día.

Nos detuvimos en el tercer piso, donde terminaban las escaleras. Desde allí se podía tocar el techo, y lo hicimos.

—¿Podemos subir al tejado? —pregunté.

—Sí —dijo Sam—, pero es demasiado peligroso. Las tejas están sueltas y podrías resbalarte. De todos modos, hay algo mejor que subir al tejado.

Caminó a lo largo de la pared de la habitación más alta de la casa. El borde saliente medía unos dos pies de ancho, pero mantuve la espalda contra la pared, porque no me apetecía tentar a la suerte.

—Esta parte del suelo no se caerá, ¿verdad? —pregunté con nerviosismo.

—Nunca lo ha hecho —repuso Sam—. Pero siempre hay una primera vez para todo.

—Gracias por tranquilizarme —rezongué.

Sam se detuvo un poco más lejos. Estiré el cuello para poder ver por dónde iba, y me di cuenta de que habíamos llegado a un entramado de vigas. Había unas seis o siete largas tablas de madera extendidas de un lado al otro de la habitación.

—Esto era el ático —explicó Sam.

—Me lo imaginaba —dije.

Miró hacia atrás y esbozó una amplia sonrisa.

—¿Pero puedes imaginar lo próximo que vamos a hacer? —inquirió.

Lo miré fijamente, y luego miré las vigas.

—No querrás decir… No irás a… Vas a cruzarlas, ¿verdad?

—Exacto —dijo, y puso un pie en una viga.

—Sam, no es una buena idea —dije—. Cuando estábamos en las vías te costaba mantener el equilibrio. Si tropiezas aquí…

—No lo haré —dijo—. Allí sólo estaba haciendo el tonto.

Puso el otro pie en la viga de madera y empezó a caminar. Avanzó lentamente, con los brazos extendidos a cada lado. Se me encogió el corazón. Estaba seguro de que se caería. Miré hacia abajo y supe que no sobreviviría a la caída. Había cuatro pisos incluyendo el sótano. Era una gran caída. Una caída mortal.

Pero Sam llegó a salvo hasta el otro lado, donde se dio la vuelta e hizo una reverencia.

—¡Estás loco! —grité.

—No —dijo—, solo valiente. ¿Y *tú*? ¿Te atreves a arriesgarte? Tendría que ser más fácil para ti que para mí.

—¿Qué quieres decir? —inquirí.

—¡Que las gallinas tienen alas! —gritó.

¡Muy bien! ¡Le enseñaría de lo era capaz!

Inspiré profundamente y empecé a cruzar, avanzando más rápido de lo que lo había hecho Sam, haciendo pleno uso de mis habilidades vampíricas. No miré hacia abajo, intenté no pensar en lo que estaba haciendo, y en un par de segundos me encontré al otro lado junto a Sam.

—¡Guau! —Estaba impresionado—. No pensé que lo hicieras. ¡Desde luego, no tan rápido!

—No se viaja con el Cirque sin aprender unos cuantos trucos —dije, complacido conmigo mismo.

—¿Crees que *yo* podría hacerlo tan rápido? —preguntó Sam.

—Yo no lo intentaría —le advertí.

—Apuesto a que no puedes hacerlo otra vez —me retó.

—Tú mira —dije, y volví a cruzar aún más rápido.

Durante unos divertidos minutos estuvimos cruzando las vigas de un lado a otro por turnos. Luego cruzamos al mismo tiempo, sobre distintas vigas, riendo y chillándonos el uno al otro.

Sam se detuvo en medio de su viga y se volvió hacia mí.

—¡Oye! —exclamó—. Juguemos a los espejos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Yo hago algo y tú me imitas. —Agitó la mano izquierda por encima de su cabeza—. Así.

—Oh —dije, y agité mi mano—. De acuerdo. Mientras no saltes al vacío, porque eso es algo que *no* imitaré.

Se echó a reír, y luego hizo una mueca. Yo también. Después levantó lentamente una pierna. Yo hice lo mismo. Acto seguido se inclinó y se tocó la punta de los pies. Seguí su ejemplo. No podía esperar hasta que fuera mi turno. Haría unas cuantas cosas (como saltar de una viga a otra) que él nunca podría imitar. Por una vez, estaba contento con mi sangre vampírica.

Naturalmente, fue en ese momento cuando me caí.

Fue algo inesperado. Un segundo antes estaba empezando a incorporarme tras tocar las puntas de mis pies, y al siguiente la cabeza me daba vueltas, agitaba los brazos y me temblaban las piernas.

No era la primera vez que me mareaba (me había ocurrido varias veces últimamente), pero nunca con tanta intensidad: solía sentarme y esperar a que se me pasara. Esta vez fue diferente. Debajo de mí había cuatro pisos. No tenía ningún sitio donde sentarme.

Intenté agacharme, pensando que podría aferrarme a la viga y reptar por ella, a salvo. Pero antes de que me hubiera agachado lo suficiente, mis pies resbalaron… ¡y caí!

CAPÍTULO 21

Aunque mi sangre vampírica fue la causa de que estuviera metido en ese lío, también me salvo la vida.

Mientras caía, levanté un brazo (más por desesperación que por otra cosa) y mi mano se aferró a la viga. Si hubiera sido un chico humano corriente, no habría tenido fuerza suficiente para permanecer allí agarrado. Pero yo no era corriente. Era un semi-vampiro, y pese al mareo, fui capaz de sujetarme fuerte y aguantar.

Me balanceé sobre los cuatro pisos, con los ojos cerrados, colgando de cuatro delgados dedos y un pulgar.

—¡Darren! ¡Aguanta! —gritó Sam. No hacía falta que me lo dijera: sería muy difícil que me soltara.

—¡Ya voy! —dijo Sam—. Estaré ahí tan pronto como pueda. ¡No te sueltes! ¡Y que no te entre el pánico!

Me habló mientras venía hacia mí, tranquilizándome, diciéndome que todo saldría bien, que me rescataría, que tenía que relajarme, que no pasaba nada.

Sus palabras me ayudaron. Me distrajeron de pensar en la caída. De no ser por Sam, estaría muerto.

Le sentí avanzar lentamente sobre la viga. La madera crujió, y por un espantoso momento pensé que el peso la rompería y que ambos nos precipitaríamos vertiginosamente hacia la muerte. Pero aguantó, y él acortó la distancia, arrastrándose sobre su estómago, rápidamente pero con cuidado.

Sam se detuvo al llegar junto a mí.

—Ahora —dijo—, te cogeré por la muñeca. Lo haré despacito. No te muevas mientras lo hago, y no me agarres con la mano libre, ¿vale?

—Vale —dije.

Sentí su mano cerrarse sobre mi muñeca.

—No te sueltes de la viga —dijo.

—No lo haré —prometí.

—No tengo fuerza suficiente para subirte —me explicó—, así que voy a balancearte de un lado a otro. Estira el brazo libre. En cuanto puedas, agárrate a la viga. Si no lo consigues, no te asustes. Yo estaré sujetándote. Si logras agarrarte, quédate así unos segundos dejando que tu cuerpo se relaje. Luego podremos subirte, ¿entendido?

—Entendido, capitán —dije, con una sonrisa nerviosa.

—Allá vamos. Y recuerda: todo va a salir bien, ¿vale? Va a funcionar. Sobrevivirás.

Empezó a balancearme, suavemente al principio, con más fuerza después. Estuve tentado de sujetarme a la viga tras unos cuantos balanceos, pero me obligué a esperar. Cuando pensé que ya me balanceaba lo bastante alto, estiré los dedos, concentrado en la delgada tabla de madera, y me agarré a ella.

¡La tenía!

Al fin pude relajarme un poco, y le concedí un respiro a los músculos del brazo derecho.

—¿Estás listo para subir? —preguntó Sam.

—Sí —dije.

—Te ayudaré a subir hasta la cintura —dijo—. Cuando puedas apoyar el estómago en la viga con seguridad, me apartaré y te dejaré sitio para que puedas subir las piernas.

Sam me cogió por el cuello de la camisa y la chaqueta (por si me resbalaba) y me ayudó a izarme.

Me arañé el pecho y el vientre con la viga, pero el dolor no me importó. De hecho, me alegró: significaba que seguía vivo.

Cuando estuve a salvo, Sam me dejó seguir solo y subí las piernas. Me arrastré tras él, avanzando más despacio de lo necesario. Cuando alcancé el saliente, permanecí agachado y no me levanté hasta que llegamos a las escaleras. Entonces me apoyé contra la pared y solté un largo y estremecido suspiro de alivio.

—¡Guau! —dijo Sam, a mi izquierda—. ¡Qué *divertido* ha sido! ¿Lo hacemos otra vez?

Creo que estaba bromeando.

CAPÍTULO 22

Más tarde, tras haber bajado a trompicones por las escalera (aún no había recuperado mi sentido del equilibrio, pero estaba mejor), volvimos a los vagones y descansamos a la sombra en uno de ellos.

—Me has salvado la vida —dije con voz queda.

—No ha sido nada —repuso Sam—. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Probablemente —dije—. Pero no fui yo el que vino a ayudar, ni usó la cabeza ni mantuvo la calma. Me has salvado, Sam. Te debo la vida.

—Quédatela —rió—. ¿Qué haría *yo* con ella?

—Hablo en serio, Sam. Te debo una. Cualquier cosa que quieras o que necesites, pídemela y haré lo que sea para conseguírtela.

—¿De veras?

—Palabra de honor —juré.

—Hay *una* cosa —dijo.

—Dila.

—Quiero unirme al Cirque Du Freak.

—Saaaaaaam… —gemí.

—Me has preguntado qué quería y te lo estoy diciendo —replicó.

—Es que eso no es tan fácil —protesté.

—Sí que lo es —dijo—. Puedes ir a ver al dueño y hablarle bien de mí. Vamos, Darren, ¿hablabas en serio o no?

—De acuerdo —suspiré—. Hablaré con Mr. Tall.

—¿Cuándo?

—Hoy —le prometí—. En cuanto regrese.

—¡Estupendo! —Sam trató de abrazarme.

—Pero si dice que no —le advertí—, se acabó, ¿de acuerdo? Haré lo que pueda, pero si Mr. Tall dice que no, *es* que no.

—Claro —dijo Sam—. Por mí, de acuerdo.

—Tal vez haya trabajo para mí también —dijo alguien a mi espalda.

Me volví rápidamente, y allí estaba R. V., esbozando una extraña sonrisa.

—No deberías acercarte a la gente con tanto sigilo —le dije secamente—. Me has asustado.

—Lo siento, tío —se disculpó R. V., pero no parecía muy arrepentido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió Sam.

—Buscaba a Darren —dijo R. V.—. No había tenido la oportunidad de darle las gracias por la entrada.

—Está bien —dije—. Siento no haber ido a verte cuando acabó la función, pero tenía cosas que hacer.

—Claro —dijo R. V., sentándose a mi lado—. Lo comprendo. En un espectáculo tan grande debe haber muchas cosas que hacer, ¿eh? Apuesto a que te tienen bastante ocupado, ¿verdad, tío?

—Exacto —dije.

R. V. esbozó una amplia sonrisa, y nos miró fijamente. Había algo en la forma en que sonreía que me intranquilizó. No era una sonrisa agradable.

—Dime —dijo R. V.—, ¿cómo le va al hombre-lobo?

—Bien —repuse.

—Está encerrado todo el tiempo, ¿verdad? —inquirió R. V.

—No —respondí, recordando la advertencia de Evra.

—¿No lo está? —R.V. fingió sorpresa—. ¿Una bestia feroz como ésa, salvaje y peligrosa, no está encerrada?

—En realidad no es peligroso —le aseguré—. Es una actuación. En realidad es muy manso. —Vi como Sam se quedaba mirándome. Él sabía lo fiero que era el hombre-lobo y no comprendía por qué estaba mintiendo.

—Dime, tío, ¿qué come un bicho así? —preguntó R. V.

—Bistecs, chuletas de cerdo, salchichas… —Me obligué a sonreír —. Lo típico, todo comprado en tiendas.

—¿De veras? ¿Y qué pasó con la cabra que mordió la araña? ¿Quién se la comió?

—No lo sé.

—Evra dijo que le comprasteis la cabra a un granjero de la zona. ¿Os costó mucho?

—La verdad es que no —dije—. Estaba muy enferma, así que…

Me detuve en seco. Evra le había dicho a R. V. que le habíamos comprado la cabra a un *carnicero*, no a un granjero.

—He estado realizando una pequeña investigación, tío —dijo R. V. con voz suave—. Mientras los de mi campamento se preparaban para marcharnos, pero yo he estado paseando por ahí, contando ovejas y vacas, haciendo preguntas, cavando en busca de huesos…

»Han estado desapareciendo animales —continuó R. V.—. Los granjeros apenas se dan cuenta (no les preocupa si una o dos cabezas desaparecen en extrañas circunstancias), pero a mí me intriga. ¿Quién crees que puede habérselos llevado, tío?».

No respondí.

—Otra cosa —dije—. Estaba paseando por el río donde estáis acampados, ¿y sabes qué encontré corriente abajo? Un montón de huesecillos y jirones de piel y carne. ¿De dónde crees que habrán salido, Darren?

—No lo sé —repuse, levantándome—. Ahora tengo que irme. Me necesitan en el Cirque. Hay trabajo que hacer.

—No quiero entretenerte —dijo R. V. con una sonrisa.

—¿Cuándo se va tu grupo? —pregunté—. Podría pasar a despedirme antes de que te marches.

—Muy amable por tu parte —dijo R. V.—, pero no te preocupes, tío. Por ahora no me voy a ningún sitio.

Fruncí el ceño.

—Creí que habías dicho que os ibais.

—La APN se va —dijo—. De hecho, ya se ha ido. Se marcharon todos ayer por la tarde. —Sonrió fríamente—. Pero *yo* voy a quedarme un poco más. Hay algunas cosas que quiero investigar.

—Ah. —Maldije a gritos mentalmente, pero por fuera fingí alegría—. Es una buena noticia. Bien, ya te veré por ahí.

—Oh, sí —dijo R. V.—. Me verás por ahí, tío. Puedes apostarlo. Me verás *muchísimo*.

Sonreí con embarazo.

—Hasta pronto, entonces —dije.

—Hasta pronto —respondió R. V.

—¡Espera! —me llamó Sam—. Iré contigo.

—No —dije—. Ven mañana. Para entonces ya tendré la respuesta de Mr. Tall. Adiós.

Me alejé antes de que ninguno de ellos pudiera decir nada más.

El interés de R. V. por la desaparición de los animales me preocupó al principio, pero mientras iba hacia el campamento comencé a relajarme. Una vez que había puesto sus cartas sobre la mesa, seguía siendo sólo un humano peludo e inofensivo, mientras que los del Cirque Du Freak éramos criaturas extrañas y poderosas. ¿Qué daño podía hacernos?

CAPÍTULO 23

Tenía la intención de ir a informar directamente a Mr. Tall sobre lo ocurrido cuando regresé, contarle lo de R. V., pero mientras me dirigía hacia su caravana, Truska (la señorita capaz de hacerse crecer una barba increíble), me cogió de un brazo y me hizo señas para que la siguiera.

Me llevó a su tienda. Estaba más decorada que la mayoría de las demás tiendas y caravanas. Las paredes estaban llenas de espejos y cuadros. Había enormes guardarropas, tocadores y una gigantesca cama con dosel.

Truska dijo algo con su extraña voz de foca, me situó en el centro de la habitación y me indicó con un gesto que no me moviera. Cogió una cinta métrica y me tomó las medidas.

Cuando acabó, frunció los labios, meditó unos segundos, y luego chasqueó los dedos y corrió hacia un armario. Rebuscó en su interior, y sacó un par de pantalones. Encontró una camisa en otro armario, una chaqueta en otro, y un par de zapatos en un gran arcón. Me permitió escoger una camiseta, ropa interior y calcetines del cajón de un tocador.

Me oculté tras un biombo de seda para ponerme las ropas. Evra debió decirle que deseaba encontrar ropa nueva. Me alegré de que lo hiciera, porque lo más probable es que me hubiese vuelto a olvidar.

Truska aplaudió cuando reaparecí ante ella, y me empujó a toda prisa ante un espejo. La ropa me quedaba perfectamente, y, para mi sorpresa, ¡me veía súper genial! La camisa era verde pálido, los pantalones púrpura oscuro, y la chaqueta azul y dorada. Truska encontró un largo pedazo de satén rojo y lo enrolló en la cintura como una faja. Eso completó la imagen: ¡parecía un pirata!

—¡Es fabuloso! —le dije—. Sólo que —señalé mis pies— los

zapatos me quedan un poco estrechos.

Truska se llevó los zapatos y encontró un nuevo par. Eran más holgados que el primer par y las puntas se curvaban hacia arriba como los de Simbad el Marino. Eran absolutamente geniales.

—Gracias, Truska —dije, y me dispuse a marcharme. Ella levantó una mano y me detuve. Acercó una silla a uno de los armarios más altos y se subió en ella, rebuscando por allí encima hasta encontrar una gran caja redonda. La dejó caer al suelo, la abrió y sacó un pequeño sombrero de color marrón con una pluma, como el que llevaba Robin Hood.

Antes de ponerme el sombrero, me hizo sentar, cogió unas tijeras y me cortó el pelo, cosa que necesitaba con urgencia.

El corte de pelo y el sombrero fueron la guinda del pastel. Esta vez, casi no me reconocí a mí mismo al mirarme en el espejo.

—Oh, Truska —dije—. Yo… yo… —No encontraba las palabras, así que en vez de hablar le di un abrazo y un intenso y húmedo beso. Me sentí avergonzado cuando la solté, y me alegré de que ninguno de mis amigos me hubiese visto, pero Truska estaba radiante.

Me fui corriendo a enseñarle a Evra mi nuevo look. La ropa le pareció genial, pero juró que nunca le había pedido a Truska que me ayudara. Sugirió que lo habría hecho por estar harta de verme tan zarrapastroso, o porque Mr. Crepsley le habría pedido que me arreglara, o porque yo le gustaba.

—¡Yo no le gusto! —grité.

—¡Truska ama a Darren! —canturreó—. ¡Truska ama a Darren!

—¡Oh, cállate, baboso proyecto de reptil! —rugí.

Se echó a reír, sin ofenderse en lo más mínimo.

—Darren y Truska sentados en un árbol —continuó—, b-e-s-á-n-d-o-s-e. Primero amor, luego boda, y luego Darren con su vampirito en el cochecito.

Salté sobre él, le tiré al suelo, forcejeando, y no le dejé ir hasta que suplicó piedad.

Cuando acabamos, Evra volvió a cuidar de su serpiente, y yo salí y proseguí con mis tareas diarias. No tuve ni un descanso, ya que tenía que sustituir a Evra y hacer el trabajo de los dos. Con todo aquel ir y venir, y la emoción por tener ropa nueva, me olvidé

totalmente de R. V. y de hablarle a Mr. Tall de la amenaza del ecoguerrero de investigar la desaparición de los animales.

Si no hubiese sido tan despistado, quizá las cosas habrían ocurrido de manera diferente, y quizá nuestra estancia allí no habría terminado en un baño de sangre.

CAPÍTULO 24

Cuando llegó la noche, estaba a punto de derrumbarme. La actividad diaria me había dejado rendido. Evra me recomendó que no durmiera en su tienda esa noche; su serpiente estaba de muy mal humor a causa del virus y podría morderme. Así que me encaminé hacia la caravana de Mr. Crepsley y me acomodé en el suelo, junto a la jaula de Madam Octa.

Me quedé dormido a los pocos minutos de acostarme.

Poco después, mientras soñaba, algo me bajó por la garganta y me atraganté. Me desperté tosiendo.

Sobre mí se cernía una figura que presionaba contra mi boca una botellita, intentando obligarme a beber algo. Mi primer pensamiento, extraño y terrible, fue: «¡Es Mr. Tiny!».

Mordí el cuello de la botella, cortándome los labios y derramando la mayor parte del líquido. El hombre soltó una maldición, me sujetó por la barbilla y me abrió la boca a la fuerza. Trató de hacerme tragar lo que quedaba del líquido, pero lo escupí.

El hombre maldijo de nuevo, me soltó y se dejó caer en el suelo. Mientras los latidos de mi corazón se apaciguaban, vi que no era Mr. Tiny.

Era Mr. Crepsley.

—¿Qué diablos estaba intentando hacer? —le grité, rabioso. Estaba demasiado enfadado para sentir el dolor de mis labios cortados.

Me enseñó los restos de la botellita. Era uno de los recipientes donde almacenaba sangre humana.

—¡Intentaba hacerme beber! —grité.

—Tienes que hacerlo —dijo Mr. Crepsley—. Te estás consumiendo, Darren. Si sigues así, morirás en una semana. Ya que no tienes valor para beber, tenía que obligarte a que lo hicieras.

Clavé en él una mirada feroz, y apartó los ojos de mí, incómodo.

—Intentaba ayudarte —dijo.

—Si vuelve a intentarlo —dije lentamente—, le mataré. Esperaré a que se haga de día, entraré sin que me vean y le cortaré la cabeza.

Pareció darse cuenta de que hablaba en serio, porque asintió abatidamente.

—Nunca más —aceptó—. Sabía que no daría resultado, pero tenía que intentarlo. Si sólo hubieses tragado un poco, te habrías mantenido durante un tiempo, y una vez que la probaras, ya no serías tan reacio a beber otra vez.

—¡Jamás la probaré! —rugí—. ¡No beberé sangre humana! ¡No me importa si *muero*, no beberé!

—Muy bien —suspiró—. He hecho lo que he podido. Si insistes en tu estupidez, allá tú.

—No es estupidez… Es *humanidad* —gruñí.

—Pero no eres humano —dijo suavemente.

—Lo sé —respondí—. Pero quiero serlo. Quiero ser como Sam. Quiero tener una familia y unos amigos normales. Quiero crecer a un ritmo normal. No quiero pasarme la vida bebiendo sangre y alimentándome de seres humanos, preocupado por la luz del Sol y los cazavampiros.

—Mala suerte —dijo Mr. Crepsley—. Éstas son las cartas que te han tocado.

—Le odio —gruñí.

—Mala suerte —repitió—. Dependes de mí. Si te sirve de consuelo —añadió—, a mí tampoco me gustas. Convertirte en semivampiro ha sido el mayor error que he cometido en mi vida.

—Entonces, ¿por qué no me libra de esto? —gemí.

—No puedo —dijo—. Lo haría si pudiera. Pero eres libre de irte cuando quieras.

Me quedé mirándolo con suspicacia.

—¿De verdad? —pregunté.

—De verdad —respondió—. No me importa. De hecho, hasta preferiría que lo hicieras. De ese modo, ya no serías responsabilidad mía. Y no tendría que verte morir.

Meneé la cabeza lentamente.

—No le entiendo —dije.

Sonrió, casi con ternura.

—Ni yo a ti —respondió.

Nos reímos un poco, y las cosas volvieron a la normalidad. No me gustaba lo que Mr. Crepsley había intentado hacer, pero comprendía sus razones. No se puede odiar realmente a quien actúa con la mejor intención.

Le conté lo que había hecho aquel día, lo de la visita a la vieja estación ferroviaria y cómo Sam me había salvado la vida. También le conté que estuve a punto de convertirme en hermano de sangre de Sam.

—Menos mal que no lo hiciste —dijo Mr. Crepsley.

—¿Qué habría pasado si lo hubiese hecho? —pregunté.

—Tu sangre lo habría contaminado. Desarrollaría el gusto por la carne cruda. Rondaría las carnicerías, con los ojos clavados en los mostradores. Crecería a un ritmo más lento de lo normal. No cambiaría demasiado, pero sí lo suficiente.

—¿Suficiente para qué? —pregunté.

—Para volverse loco —dijo Mr. Crepsley—. No entendería qué le estaría ocurriendo. Pensaría que es malvado. No sabría por qué había cambiado su vida. En diez años, sería una ruina aullante.

Me estremecí al pensar en lo cerca que había estado de destruir la vida de Sam. Por este tipo de cosas era precisamente por lo que debía quedarme con Mr. Crepsley, hasta que hubiese aprendido todo lo referente a los semi-vampiros.

—¿Qué opina de Sam? —pregunté.

—No sé mucho de él —dijo Mr. Crepsley—. Casi siempre viene durante el día. Pero parece simpático. Y muy inteligente.

—Nos ha estado ayudando a Evra y a mí en nuestras faenas —dije.

—Lo sé.

—Es muy trabajador.

—Eso he oído.

Me pasé la lengua por los labios con nerviosismo.

—Quiere unirse al Cirque —dije. El rostro de Mr. Crepsley se ensombreció—. Yo iba a pedírselo a Mr. Tall, pero me olvidé. Lo haré mañana. ¿Qué cree usted que dirá?

—Pues te dirá que me lo preguntes a *mí*. Los niños no pueden

unirse al Cirque Du Freak a menos que algún miembro independiente acceda a ser su guardián.

—*Yo* podría ser su guardián —dije.

—Tú no eres lo bastante mayor. Tendría que ser yo. Tendría que darte mi permiso. Pero no lo haré.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque es un disparate —dijo—. Ya tengo bastante con un crío. Por nada me haría cargo de otro. Además, es humano. Tú estás conmigo porque compartes mi sangre. ¿Por qué habría de jugarme el cuello por un humano?

—Es mi amigo —dije—. Me haría compañía.

Mr. Crepsley soltó un bufido.

—Madam Octa es compañía suficiente.

—No es lo mismo —gimoteé.

—Dime —especuló Mr. Crepsley—, ¿qué pasaría cuando descubriera que eres un vampiro? ¿Crees que lo entendería? ¿Crees que podría dormir, sabiendo que su mejor amigo podría cortarle la garganta y beber su sangre hasta dejarlo seco?

—¡Yo no haría eso! —chillé.

—Lo sé —admitió Mr. Crepsley—. Pero yo soy un vampiro. Sé cómo eres realmente, igual que Mr. Tall, Evra y los demás. ¿Pero cómo crees que te vería un humano corriente?

Suspiré tristemente.

—¿No le dejará unirse?

Mr. Crepsley comenzó a menear la cabeza, cuando de pronto se detuvo y asintió lentamente.

—Está bien —dijo—. Puede unirse.

—¿*Puede*? —Me quedé mirándolo con incredulidad. Aunque intercediera por Sam, lo cierto es que nunca pensé que le dejaran unirse.

—Sí —dijo Mr. Crepsley—. Puede unirse al Cirque y viajar con nosotros, y ayudarte a ti y a Evra con vuestras tareas. Pero con una condición.

Mr. Crepsley se inclinó hacia mí y sonrió malvadamente.

—¡*Él también tendrá que convertirse en un semi-vampiro*! —siseó.

CAPÍTULO 25

Se me encogió el corazón cuando vi Sam llegar corriendo al campamento muy temprano a la mañana siguiente. Odiaba tener que desilusionarle, pero sabía que debía hacerlo. De ningún modo podía dejar que Mr. Crepsley lo convirtiera en un semi-vampiro.

Había pensado mucho en ello durante la noche, y lo más escalofriante del asunto era que creía que Sam aceptaría convertirse en semi-vampiro si se le ofrecía esa opción. A pesar de su inteligencia, no me parecía que se detuviera a pensar en la soledad y la desdicha que conllevaba ser un vampiro.

Al verme, corrió hacia mí, demasiado excitado para reparar en mi nueva ropa y mi corte de pelo.

—¿Se lo has preguntado? ¿Lo has hecho? —Su rostro estaba radiante y lleno de esperanza.

—Sí —dije, sonriendo tristemente.

—¿Y?

Meneé la cabeza.

—Lo siento, Sam. Dijo que no.

La expresión de Sam cambió completamente.

—¿*Por qué*? —gritó.

—Eres demasiado joven —dije.

—¡Pues tú no eres mucho mayor! —barbotó.

—Pero no tengo padres —mentí—. No tenía hogar cuando me uní al Cirque.

—No me importan mis padres —declaró, sorbiendo por la nariz.

—Eso no es cierto —dije—. Los echarías de menos.

—Podría volver a casa en vacaciones.

—No funcionaría. Tú no estás hecho para vivir en el Cirque Du Freak. Quizá más adelante, cuando seas mayor…

—¡No quiero unirme *más adelante*! —gritó—. ¡Quiero unirme

ahora! ¡He trabajado duro, he demostrado lo que valgo! Y no dije nada cuando le mentiste a R. V. sobre el hombre-lobo ayer. ¿No le contaste eso a Mr. Tall?

—Se lo conté todo —mentí.

—No te creo —dijo Sam—. No creo que hayas hablado con él. Quiero ir a verle en persona.

Me encogí de hombros y señalé la caravana de Mr. Tall.

—Le encontrarás ahí —dije.

Sam echó a correr hacia allí, pero aminoró la marcha a los pocos pasos, y luego se detuvo. Pateó el suelo con expresión miserable, y entonces se dio la vuelta y se sentó a mi lado.

—No es justo —rezongó. Vi como las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. Me había hecho ilusiones. Iba a ser genial. Lo tenía todo planeado.

—Habrá otras oportunidades —dije.

—¿Cuándo? —inquirió—. Nunca había pasado un espectáculo freak por aquí. ¿Cuándo podría unirme a otro?

No respondí.

—No te habría gustado, de todas formas —dije—. No es tan divertido como crees. Imagínate tener que levantarte en pleno invierno a las cinco de la mañana, y bañarte con agua helada, y trabajar fuera en medio de un temporal.

—Eso no me importa —insistió Sam. Dejó de llorar y un brillo de astucia destelló en sus ojos—. Tal vez vaya, de todos modos —dijo—. Tal vez me cuele en una caravana y viaje de polizón contigo. Entonces, Mr. Tall se vería obligado a admitirme.

—¡No puedes hacer eso! —exclamé—. ¡De ningún modo!

—Lo haré si quiero —sonrió—. No puedes impedírmelo.

—Sí que puedo —gruñí.

—¿Cómo? —se mofó.

Inspiré profundamente. Había llegado el momento de ahuyentar de allí a Sam Grest para siempre. No podía decirle la verdad sobre mí, pero podía inventarme una historia casi tan horripilante, una que le haría salir corriendo.

—Nunca te conté lo que les ocurrió a mis padres, ¿verdad, Sam? Ni cómo me uní al espectáculo freak —dije, en voz baja pero segura.

—No —repuso Sam tranquilamente—. Me lo he preguntado muchas veces, pero no quería preguntártelo.

—Los maté yo, Sam —dije.

—¿*Qué*? —Se quedó pálido.

—A veces me vuelvo loco. Como el hombre-lobo. Nadie sabe cuándo puede ocurrir, ni por qué. Estaba en un hospital cuando era más pequeño, y parecía que me había recuperado. Mis padres me trajeron a casa por Navidad. Después de la cena, mientras jugaba con mi padre, perdí el juicio.

»Lo hice pedazos. Mi madre intentó detenerme, pero la maté también. Mi hermana pequeña huyó pidiendo auxilio, pero la atrapé. La destrocé igual que a mis padres.

»Luego, tras haberlos matado… —Miré a Sam a los ojos. Tenía que ser convincente si quería que se tragara aquello—, *me los comí*».

Me miró estupefacto.

—No es verdad —murmuró—. No puede ser.

—Los maté y me los comí, y luego huí —mentí—. Mr. Tall me descubrió y accedió a ocultarme. Tienen una jaula especial para encerrarme cuando me vuelvo loco. El problema es que nadie sabe cuándo ocurrirá. Por eso la mayoría de la gente me evita. Con Evra no pasa nada, porque es fuerte, así como algunos de los artistas. Pero a la gente corriente… podría despedazarla en un instante.

—Estás mintiendo —dijo Sam.

Cogí un palo grueso que había cerca, le di vueltas entre las manos, me lo puse en la boca y lo mordí como si fuera una gran zanahoria.

—Masticaría tus huesos y los escupiría como si fueran cartílagos —le dije a Sam. Me había cortado los labios con el palo y la sangre me daba un aspecto feroz—. No podrías detenerme. Dormirías en mi tienda si te unieras al espectáculo, y serías al primero que cogería.

»No puedes unirte al Cirque Du Freak —dije—. Me gustaría que lo hicieras (me encantaría tener un amigo), pero no es posible. Acabaría matándote si vinieras».

Sam intentó decir algo, pero no podía articular palabra. Se había creído mi mentira. Había visto ya bastante del espectáculo para saber que en él *podían* ocurrir cosas así.

—Vete, Sam —dije tristemente—. Vete y no vuelvas más. Es más seguro así. Es lo mejor para los dos.

—Darren, yo… yo… —Sacudió la cabeza, confundido.

—¡*Vete*! —rugí, y golpeé el suelo con las manos. Le enseñé los dientes, gruñendo. Podía hacer que mi voz sonara mucho más ronca que la de un ser humano, de modo que aquel fue el rugido de un animal salvaje.

Sam chilló, se apartó gateando y echó a correr por el bosque sin mirar atrás ni una sola vez.

Le vi marcharse, con el corazón oprimido, sabiendo que mi argucia había funcionado. Nunca volvería. No le vería más. Nuestros caminos se habían separado y jamás volverían a encontrarse.

Si hubiera sabido lo equivocado que estaba (si hubiese tenido la menor idea de la trágica noche que se avecinaba), habría corrido tras él y no habría vuelto jamás a aquel odioso, sangriento y repugnante circo de la *muerte*.

CAPÍTULO 26

Me encontraba alicaído cuando una Personita me dio un golpecito en el hombro. Era la que cojeaba.

—¿Qué quieres? —pregunté.

El hombrecillo (si es que era un hombre) de la capucha azul se frotó el estómago. Con ello quería decir que él y sus hermanos estaban hambrientos.

—Acabáis de desayunar —dije.

Volvió a frotarse el estómago.

—Es demasiado temprano para almorzar.

Se frotó el estómago una vez más.

Sabía que seguiría insistiendo durante horas si no le hacía caso. Me seguiría pacientemente a todas partes, frotándose el estómago, hasta que accediera a salir de caza para él.

—De acuerdo —mascullé—. A ver qué encuentro. Pero iré yo solo, así que si no vuelvo con el saco lleno, te aguantas.

Se frotó el estómago otra vez.

Escupí en el suelo y me marché.

No debería haber ido a cazar. Me encontraba muy débil. Aún era capaz de correr más rápido que un ser humano y era más fuerte que la mayoría de los chicos de mi edad, pero ya no era súper rápido ni súper fuerte. Mr. Crepsley había dicho que moriría en una semana si no bebía sangre humana, y yo sabía que hablaba en serio. Me sentía extenuado. Dentro de unos días ya ni siquiera podría levantarme de la cama.

Intenté atrapar un conejo, pero no era lo bastante rápido. Sudé la gota gorda para cazarlo y tuve que sentarme unos minutos. Luego fui a la carretera en busca de animales muertos, pero no encontré ninguno. Al final, agotado y algo asustado pensando en lo que ocurriría si volvía al campamento con las manos vacías (¡las

Personitas podrían decidir comerme *a mí*!), me dirigí a un campo lleno de ovejas.

Se encontraban pastando tranquilamente cuando llegué. Estaban acostumbradas a la presencia humana y apenas levantaron las cabezas cuando entré en el campo y me paseé entre ellas.

Buscaba una oveja vieja o que pareciera enferma. De esa forma no me sentiría tan mal por matarla. Finalmente, encontré una muy flaca, de patas temblorosas y expresión aturdida, y me decidí por ella. Después de todo, no parecía que fuera a vivir mucho tiempo más.

Si mis poderes hubieran estado a tope, le habría roto el cuello matándola al instante y sin dolor. Pero me encontraba débil y torpe, y no conseguí torcérselo con fuerza suficiente.

La oveja empezó a balar agónicamente.

Intentó escapar, pero sus patas no podían sostenerla. Cayó al suelo, donde continuó balando lastimeramente.

Intenté romperle nuevamente el cuello, pero no pude. Al final, cogí una piedra y terminé el trabajo. Era un modo sucio y horrible de matar a un animal, y me sentía muy avergonzado cuando la cogí por las patas traseras y la arrastré fuera del rebaño.

Casi había llegado a la valla antes de darme cuenta de que había alguien sentado en ella, esperando. Dejé caer la oveja y alcé la cabeza, esperando encontrarme ante un granjero furioso.

Pero no era un granjero.

Era R. V.

Y echaba chispas.

—¿Cómo has podido hacerlo? —gritó—. ¿Cómo has podido matar a un pobre animal inocente de una forma tan cruel?

—Intenté hacerlo rápido —me excusé—. Traté de romperle el cuello, pero no pude. Iba a dejarla en paz, pero estaba sufriendo. Pensé que era mejor acabar con su sufrimiento.

—¡Qué bonito, tío! —ironizó—. ¿Crees que te concederán el Premio Nóbel de la Paz por eso?

—Vamos, R. V. —dije—. No te enfades. Estaba enferma. El granjero la habría matado de todas formas. Aunque la dejara vivir, al final la habrían enviado al carnicero.

—No me vengas con excusas —alegó, rabioso—. Sólo porque los

demás sean unos canallas no significa que debas serlo tú también.

—Matar animales no es una canallada —repliqué—. No cuando es para comer.

—¿Y qué tienen de malo las verduras? —inquirió—. No necesitamos comer carne, tío, y por lo tanto, no necesitamos matar animales.

—*Algunas* personas sí necesitan comer carne —discutí— y no podrían vivir sin ella.

—¡Entonces que se mueran! —rugió R. V.— ¡Esa oveja nunca hizo daño a nadie, y por lo que a mí respecta, matarla a ella ha sido peor que matar a un ser humano! ¡Eres un asesino, Darren Shan!

Sacudí la cabeza tristemente. No tenía sentido discutir con alguien tan terco.

—Mira, R. V. —dije—, yo no disfruto matando. Me encantaría que todo el mundo fuera vegetariano, pero no es así. La gente come carne, y es un acto natural. Sólo hago lo que tengo que hacer.

—Bien, veremos qué dice la policía de todo esto —dijo R. V.

—¿La policía? —Fruncí el ceño—. ¿Qué tiene que ver con esto la policía?

—Esa oveja que has matado tenía dueño —rió cruelmente—. ¿Crees que te dejarán ir sin más? No te arrestarán por haber matado conejos y zorros, pero sí por matar ovejas. Os echaré encima a la policía y a los inspectores de sanidad como si fueran una tonelada de ladrillos —sonrió.

—¡No lo harás! —dije con voz ahogada—. A ti no te gusta la policía. Siempre te opones a ellos.

—Sólo cuando he de hacerlo —admitió—. Pero cuando puedo tenerlos de mi lado… —Volvió a reír—. Primero de arrestarán a ti, y luego irán a tu campamento. Os he estado observando. He visto cómo tratáis a ese pobre hombre peludo.

—¿El hombre-lobo?

—Sí. Le tenéis encerrado como si fuera un animal.

—*Es* un animal —dije.

—No —discrepó R. V.—. El animal eres *tú*, tío.

—Escucha, R. V. —dije—. No tenemos por qué ser enemigos. Ven al campamento conmigo. Habla con Mr. Tall y los demás. Mira cómo vivimos. Conócenos y compréndenos. No es necesario que…

—Ahórrate todo eso —me cortó—. Iré a la policía. Nada de lo que digas me detendrá.

Respiré profundamente. Me gustaba R. V., pero no podía dejar que destruyera el Cirque Du Freak.

—De acuerdo, entonces —dije—. Si no puedo detenerte con *palabras*, te detendré con *hechos*.

Haciendo acopio de toda la fuerza que me quedaba, lancé la oveja muerta contra R. V. Se estrelló contra su pecho y lo hizo caer de la valla. Chilló, primero con sorpresa y luego de dolor, mientras caía pesadamente al suelo.

Salté la valla y estuve sobre él antes de que pudiera moverse.

—¿Cómo has hecho eso, tío? —susurró.

—No importa —espeté.

—Los niños no lanzan ovejas de ese modo —dijo—. ¿Cómo…?

—¡Cállate! —grité, y abofeteé su rostro barbudo. Clavó en mí una mirada de incredulidad—. Escúchame, Reggie *Verdureggie* —gruñí, utilizando aquel nombre que él odiaba—, y escúchame bien. *No* llamarás ni a la policía ni a los inspectores de sanidad, porque si lo haces, esta oveja no será el único cadáver que lleve hoy al Cirque Du Freak.

—¿Qué eres? —preguntó. Le temblaba la voz y en sus ojos se reflejaba el terror.

—Tu fin, si te metes conmigo —juré.

Hundí las uñas en la tierra a ambos lados de su cara comprimiendo su cabeza entre mis brazos, lo suficiente para demostrarle mi fuerza.

—Lárgate de aquí, Reggie —dije—. Ve a buscar a tus amigos de la APN y sigue protestando contra la construcción de puentes y nuevas carreteras, porque aquí ya no tienes nada que hacer. Mis amigos del Cirque y yo somos freaks, y los freaks no obedecemos las mismas leyes que los demás, ¿me comprendes?

—Estás loco —lloriqueó.

—Sí —dije—, pero no tanto como tú si te quedas aquí y te entrometes en nuestros asuntos.

Me levanté y me eché la oveja sobre los hombros.

—De todas formas, ir a la policía no te servirá de nada —dije—. Cuando llegaran al campamento, ya haría tiempo que esta oveja

habría desaparecido, con huesos y todo.

»Puedes hacer lo que quieras, R. V. Quedarte o marcharte, llamar a la policía o mantener la boca cerrada. Es asunto tuyo. Sólo te diré una cosa: para mí y los de mi especie, tú no eres diferente de esta oveja. —La sacudí—. Nos daría lo mismo matarte a ti que a cualquier estúpido animal que ande por el campo».

—¡Eres un monstruo! —chilló R. V.

—Sí —admití—. Pero sólo soy un *bebé* monstruo. Deberías ver cómo son los otros. —Sonreí malignamente, detestándome a mí mismo por actuar de un modo tan vil, pero sabiendo que no había otro modo de hacerlo—. Hasta la vista, Reggie *Verdureggie* —me despedí con sarcasmo, y me alejé.

No miré hacia atrás. No necesitaba hacerlo. Pude oír el aterrorizado castañeteo de sus dientes casi todo el camino de regreso al campamento.

CAPÍTULO 27

Esta vez fui directamente a ver a Mr. Tall para contarle lo de R. V. Me escuchó con atención, y finalmente dijo:

—Supiste manejarle bien.

—Hice lo que debía —respondí—, aunque no estoy orgulloso de ello. No me gusta amenazar ni asustar a la gente, pero no tenía otra opción.

—En realidad, deberías haberle matado —dijo Mr. Tall—. Así no podría hacernos ningún daño.

—No soy un asesino —le aclaré.

—Lo sé —suspiró—. Ni yo tampoco. Es una pena que no hubiera contigo ninguna Personita. Le habría arrancado la cabeza sin dudar ni un segundo.

—¿Qué cree que debemos hacer? —pregunté.

—No creo que vaya a causarnos muchos problemas —dijo Mr. Tall—. Probablemente estará demasiado asustado para ir a la policía. Y aunque lo hiciera, no tiene ninguna prueba contra ti. Sería una complicación indeseable, pero ya hemos hecho muchos tratos con representantes de la ley en el pasado. Nos las arreglaremos.

»Me preocupan más los inspectores de sanidad. Podríamos marcharnos y evitar su visita, pero los del departamento de sanidad te siguen el rastro como sabuesos una vez que te han olfateado.

»Nos iremos mañana —decidió—. Tenía prevista una función para esta noche, y detesto cancelar las cosas a última hora. Lo más temprano que podría presentarse aquí un inspector de sanidad es al amanecer, así que nos aseguraremos de marcharnos antes».

—¿No está enfadado conmigo? —pregunté.

—No —dijo—. No es la primera vez que tenemos problemas con el público. Tú no tienes la culpa.

Ayudé a Mr. Tall a anunciar nuestra partida por todo el campamento. Todo el mundo se lo tomó con calma. La mayoría parecían contentos de que les avisaran con tanto tiempo; muchas veces se les avisaba sólo una o dos horas antes de partir.

Para mí fue otro día ajetreado. Aparte de preparar la función, tuve que ayudar a los demás a recogerlo todo. Fui a ofrecerle mi ayuda a Truska para hacer su equipaje, pero cuando llegué, su tienda ya estaba vacía. Se limitó a hacerme un guiño cuando le pregunté cómo había recogido todo tan deprisa.

Cuando Mr. Crepsley despertó, le conté que nos íbamos. No pareció sorprenderse.

—Ya hemos estado demasiado tiempo en este lugar —dijo.

Le pedí que me dejara fuera del número de aquella noche, porque no me sentía muy bien.

—Me iré a la cama enseguida —dije—, y dormiré toda la noche.

—Eso no te hará ningún bien —me advirtió Mr. Crepsley—. Sólo hay una cosa que haría que te sintieras mejor, y ya sabes cuál es.

Cayó la noche y pronto llegó la hora del comienzo de la función. El público volvió a acudir en masa. Los coches bloqueaban la carretera en ambas direcciones. Todos en el Cirque estaban ocupados, ya fuera preparándose para salir a escena, acomodando a la gente o vendiendo cosas.

Los únicos que parecían no tener nada que hacer éramos Evra y yo, pues él no actuaba al estar enferma su serpiente. La dejó durante unos minutos para presenciar el inicio de la función. Nos quedamos en un rincón del escenario mientras Mr. Tall presentaba al hombre-lobo.

Allí estuvimos hasta el primer descanso, y entonces salimos fuera a contemplar las estrellas.

—Echaré de menos este lugar cuando nos vayamos —dijo Evra —. Me gusta el campo. En la ciudad, las estrellas no pueden verse tan bien.

—No sabía que te interesara la astronomía —dije.

—Y no me interesa —respondió—. Pero me gusta mirar las estrellas.

Al cabo de un rato me sentí mareado y tuve que sentarme.

—No te encuentras muy bien, ¿verdad? —preguntó Evra.

Sonreí débilmente.

—He estado mejor.

—¿Todavía no has bebido sangre humana? —Meneé la cabeza, y él se sentó junto a mí—. Nunca me has dicho *exactamente* por qué no quieres beberla —dijo—. No puede ser tan diferente de la sangre de los animales, ¿verdad?

—No lo sé —dije—. Y no quiero saberlo. —Hice una pausa—. Temo que si bebo sangre humana pueda volverme *malvado*. Mr. Crepsley dice que los vampiros no son malvados, pero yo creo que sí. Creo que cualquiera que considere a los seres humanos como animales *tiene* que ser malvado.

—Pero si eso te mantiene vivo… —dijo Evra.

—Así empezaría —repuse—. Me diría a mí mismo que lo haría para sobrevivir. Juraría que no bebería más que lo necesario. Pero ¿y si no pudiera detenerme? Necesitaría cada vez más mientras voy creciendo. ¿Y si no pudiera controlar mi sed? ¿Y si matara a alguien?

—No creo que pudieras —dijo Evra—. Tú *no* eres malvado, Darren. No creo que una buena persona haga cosas malas. Si piensas que la sangre humana es algo así como una medicina, todo irá bien.

—Tal vez —convine, aunque no lo creía—. De cualquier modo, por ahora estoy bien. No tengo que tomar una decisión definitiva hasta dentro de un par de días más.

—¿De verdad preferirías morir antes que beber? —inquirió Evra.

—No lo sé —respondí sinceramente.

—Si te mueres, te echaría de menos —dijo Evra con tristeza.

—Bueno —repuse, incómodo—, tal vez no ocurra eso. Puede que haya alguna otra forma de sobrevivir, una que Mr. Crepsley no quiere decirme a menos que no tenga más remedio.

Evra lanzó un gruñido. Sabía tan bien como yo que no había ninguna otra forma.

—Voy a ver cómo sigue mi serpiente —dijo—. ¿Me acompañas y te sientas con nosotros un rato?

—No —dije—. Mejor será que me vaya a dormir. Tendremos que madrugar y estoy muy cansado.

Nos dimos la buenas noches. No fui directamente a la caravana

de Mr. Crepsley, sino que vagué por el campamento, pensando en mi conversación con Evra, preguntándome qué se sentiría al morir. Ya había «muerto» una vez, y hasta me habían enterrado, pero no era lo mismo. Si moría de verdad, sería para siempre. Mi vida habría acabado, mi cuerpo se corrompería, y entonces…

Miré hacia las estrellas. ¿Sería *allí* a donde iría? ¿Al otro lado del universo? ¿Al Paraíso de los vampiros?

Fue un extraño momento. Cuando vivía en mi casa casi nunca pensaba en la muerte; era algo que sólo le ocurría a los viejos. Y ahora, aquí estaba yo, casi cara a cara con ella.

Si al menos alguien más pudiera decidir por mí… Yo sólo debería preocuparme por el colegio y por jugar al fútbol, no por beber sangre o dejarme morir. No era justo. Era demasiado joven. No debería tener que…

Vi pasar una sombra delante de la tienda más cercana, pero no le presté mucha atención. No fue hasta escuchar un seco chasquido que me pregunté quién podría ser. Nadie debería haber estado allí fuera. Todos estaban actuando bajo la gran carpa. ¿Sería alguien del público?

Decidí averiguarlo.

Dirigí mis pasos en la dirección que la sombra había tomado. La noche era oscura, y tras unas cuantas vueltas le perdí la pista. Estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando escuché otro crujido, esta vez más cerca.

Miré a mi alrededor y supe inmediatamente de dónde provenía el sonido: ¡*de la jaula del hombre-lobo*!

Respiré profundamente para calmar mis nervios, y corrí hacia allí tan rápido como pude para confirmarlo.

CAPÍTULO 28

La hierba estaba mojada y se doblaba sin ruido bajo mis pies. Cuando llegué a la última caravana, antes de la jaula del hombre-lobo, me detuve y escuché.

Se oía un leve sonido metálico, como el tenue estremecimiento de unas gruesas cadenas.

Avancé sigilosamente.

A cada lado de la jaula del hombre-lobo había unas débiles luces, de modo que podía verlo todo con detalle. Lo habían devuelto allí tras su actuación, como cada noche. Había un trozo de carne en la jaula, con el que, generalmente, estaría dándose un banquete. Pero no esta noche. Esta noche toda su atención se centraba en algo diferente.

Ante la jaula del hombre-lobo había un hombre corpulento. Llevaba unos enormes alicates y había cortado con ellos algunas de las cadenas que mantenían la puerta cerrada.

El hombre intentaba desenmarañar las cadenas, pero no era muy hábil. Maldijo por lo bajo y se dispuso a cortar otro eslabón con los alicates.

—¿Qué estás haciendo? —grité.

El hombre dio un brinco, sobresaltado, dejó caer los alicates y se giró en redondo.

Era, como ya suponía, R. V.

Su expresión inicial fue de culpabilidad y miedo, pero cuando vio que allí sólo estaba yo, recobró la confianza.

—¡No te acerques! —me advirtió.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con tono autoritario.

—Liberar a esta pobre criatura maltratada —dijo—. No puedo permitir que ni el más salvaje de los animales viva encerrado. Es inhumano y voy a soltarlo. He llamado a la policía (estarán aquí por

la mañana), pero decidí hacer un trabajito antes por mi cuenta.

—¡No puedes hacerlo! —chillé—. ¿Estás loco? ¡Este tipo es un salvaje! ¡Matará todo lo que se mueva en cinco millas a la redonda si lo sueltas!

—Eso dices *tú* —se burló R. V.—, pero yo no me lo creo. Según mi experiencia, la reacción de un animal depende de cómo haya sido tratado. Si se les trata como a monstruos asesinos, así se comportarán. Pero si se les trata con amor, respeto y humanidad…

—No sabes lo que estás haciendo —dije—. El hombre-lobo no es como los demás animales. Apártate de ahí antes de que provoques una catástrofe. Podemos discutirlo. Podemos…

—¡No! —gritó—. ¡No hay nada que discutir!

Se volvió hacia las cadenas y empezó a forcejear de nuevo con ellas. Metió una mano en la jaula y tiró de las cadenas más gruesas a través de las rejas. El hombre-lobo observaba en silencio.

—¡R. V., detente! —grité, corriendo hacia él para impedirle abrir la puerta. Lo agarré por los hombros e intenté arrancarle de allí, pero ya no era lo bastante fuerte. Le golpeé en las costillas unas cuantas veces, pero él tan sólo gruñó y redobló sus esfuerzos.

Le sujeté las manos para apartárselas de las cadenas, pero los barrotes estaban en medio.

—¡Déjame en paz! —chilló R. V. Volvió la cabeza para hablarme de frente. Su mirada era salvaje—. ¡No me detendrás! —gritó—. ¡No impedirás que cumpla con mi deber! ¡Liberaré a esta víctima! ¡Se hará justicia! ¡Yo…!

Dejó de despotricar repentinamente. Su rostro palideció mortalmente y un estremecimiento sacudió su cuerpo, y luego se quedó rígido.

Se oyó un crujido y un ruido de desgarro y masticación, y cuando miré al interior de la jaula, comprendí que el hombre-lobo había hecho de las suyas.

Había cruzado la jaula de un salto mientras discutíamos, había agarrado los brazos de R. V., se los había metido en la boca ¡*y los había mordido por debajo de los codos*!

R. V. se apartó de la jaula a trompicones, conmocionado. Levantó sus brazos cercenados y miró cómo la sangre brotaba a borbotones de los muñones al final de los codos.

Intenté arrebatar de la boca del hombre-lobo sus brazos arrancados (si lograba recuperarlos, quizá fuera posible reimplantárselos), pero se movió demasiado rápido para mí, poniéndose fuera de mi alcance de un brinco, y empezó a masticarlos. En unos segundos los hizo trizas, y supe que ya no podrían ser utilizados nunca más.

—¿Dónde están mis manos? —lloriqueó R. V.

De nuevo centré en él mi atención. Se miraba los muñones donde antes habían estado sus brazos, con una expresión de extrañeza en su rostro, sin sentir todavía el dolor.

—¿Dónde están mis manos? —preguntó de nuevo—. Han desaparecido. Estaban ahí hace un minuto. ¿De dónde sale toda esta sangre? ¿Por qué veo huesos sobresaliendo de la piel? ¡¿*Dónde están mis manos*?! —preguntó una vez más, gritando a todo pulmón.

—Tienes que venir conmigo —le dije con desesperación—. Debemos ocuparnos de tus brazos antes de que mueras desangrado.

—¡Aléjate de mí! —chilló R. V. Intentó levantar una mano para empujarme, y entonces recordó que ya no tenía manos—. ¡Tú eres el responsable! —gritó—. ¡Tú me has hecho esto!

—No, R. V., fue el hombre-lobo —dije, pero no me escuchaba.

—Es culpa tuya —insistió—. Tú te has llevado mis manos. Eres un pequeño y maligno monstruo, y me has robado las manos. ¡Mis manos! ¡Mis manos!

Comenzó a gritar de nuevo. Me acerqué a él, pero esta vez me apartó de un empujón, se dio la vuelta y echó a correr. Cruzó el campamento dando gritos, agitando sobre su cabeza sus brazos cercenados empapados de sangre, chillando con todas sus fuerzas, hasta desaparecer en la noche.

—¡Mis manos! ¡Mis manos! ¡Mis manos!

Quise correr tras él, pero tuve miedo de que me atacara. Salí disparado en busca de Mr. Crepsley y Mr. Tall (ellos sabrían qué hacer), pero me detuve en seco al oír un inquietante rugido a mis espaldas.

Me di la vuelta lentamente. ¡El hombre-lobo estaba en la puerta de la jaula, abierta de par en par! De alguna forma había conseguido quitar la última cadena y salir.

Me quedé completamente inmóvil mientras se levantaba y

sonreía ferozmente, con sus enormes y afilados colmillos centelleando en la tenue luz.

Miró a un lado y a otro, extendió las manos y agarró las rejas a cada lado, y entonces se agachó y tensó las piernas.

Saltó hacia mí.

Cerré los ojos y esperé que llegase mi fin.

Le oí y le sentí aterrizar a medio metro de mí. Comencé a rezar mis oraciones.

Entonces le escuché pasar por encima de mi cabeza y comprendí que pretendía aterrizar detrás de mí. Durante un par de terribles segundos esperé que sus dientes se clavasen en mi nuca y me arrancara la cabeza.

Pero no lo hizo.

Confundido, me di la vuelta, parpadeando. ¡Se alejaba corriendo de mí! Vi una figura delante de él, corriendo velozmente entre los remolques, y entonces me di cuenta de que iba tras alguien más. ¡Me había dejado por un bocado más apetitoso!

Avancé unos cuantos pasos tras el hombre-lobo, dando traspiés. Sonreí, dando gracias a los dioses silenciosamente. No podía creer lo cerca que había estado de la muerte. Cuando dio aquel brinco en el aire, estaba seguro de que…

Mis pies tropezaron con algo y me detuve.

Miré hacia el suelo y vi una mochila. La persona a la que el hombre-lobo perseguía debía haberla dejado caer, y por primera vez me pregunté tras quién iba la salvaje criatura.

Recogí la mochila. Era de las que suelen llevarse al hombro, y estaba llena de ropa, según pude apreciar a través de la tela. Del interior cayó un tarrito mientras le daba la vuelta. Lo recogí, lo abrí y me asaltó el penetrante olor… ¡de la cebolla picada!

Casi se me paró el corazón. Empecé a buscar furiosamente una etiqueta con un nombre, rezando para que la cebolla picada no significara lo que me temía.

Pero mis plegarias no fueron escuchadas.

Cuando la encontré, la letra era clara, aunque desigual. La escritura de un niño.

«Esta mochila es propiedad de Sam Grest», decía, y justo debajo estaba su dirección. «¡¡Las manos fuera!!», advertía al final, lo cual

resultaba bastante irónico, después de lo que le había ocurrido a R. V. minutos antes.

Pero no tenía tiempo de reírme de mi chiste retorcido y macabro.

¡*Sam*! Por alguna razón había venido aquí esta noche (probablemente con la intención de viajar de polizón con el Cirque) y debió verme y seguirme. Era a Sam a quien el hombre-lobo había descubierto, parado detrás de mí. Era Sam quien corría por el campamento para salvar la vida.

¡*El hombre-lobo perseguía a Sam*!

CAPÍTULO 29

No tenía que haberles seguido por mi cuenta. Debería haber ido a pedir ayuda. Fue una locura lanzarme a la oscuridad yo solo.

Pero estaba persiguiendo a Sam. Sam, que quería unirse al Cirque. Sam, que me había pedido que fuéramos hermanos de sangre. El inofensivo, amistoso y parlanchín Sam. El chico que me había salvado la vida.

No pensé en mi propia seguridad. Sam estaba en peligro y no había tiempo de ir a pedir ayuda a nadie más. Quizá corriera a los brazos de mi propia muerte, pero tenía que seguirlos y tratar de salvar a Sam. Se lo debía.

Salí del campamento a la carrera. Las nubes se habían disipado en las alturas y divisé al hombre-lobo desapareciendo entre los árboles. Corrí tras él tan rápido como pude.

Escuché aullar al hombre-lobo momentos después, lo cual era una buena señal. Significaba que aún andaba persiguiendo a Sam. Si le hubiera alcanzado, habría estado demasiado ocupado devorándolo para aullar.

Me pregunté por qué no le había cazado ya. Debería haberlo hecho. Aunque nunca le había visto correr en campo abierto, estaba seguro de que era muy rápido. Tal vez estuviera jugando con Sam, antes de decidirse a matarlo.

Sus huellas eran nítidas en la húmeda tierra nocturna, pero de todas formas habría sido capaz de seguirles por el ruido. Era difícil correr en silencio a través de un bosque, especialmente de noche.

Corrimos en la misma dirección durante unos minutos, Sam y el hombre-lobo delante y fuera de mi vista, y yo detrás, siguiendo su rastro. Empezaba a sentir las piernas terriblemente cansadas, pero me obligué a seguir.

Pensé en lo que haría cuando los alcanzara. No tenía ninguna

posibilidad de derrotar al hombre-lobo en una pelea limpia. Quizá pudiera aplastarle la cabeza con un palo o algo así, pero no había muchas probabilidades. Él era fuerte y rápido, y conocía el sabor de la sangre humana. Sería prácticamente imparable.

A lo más que podía aspirar era a interponerme entre él y Sam y esperar que me cogiera a mí. Si me ofrecía a mí mismo en lugar de Sam, tal vez él pudiera escapar.

No me importaba morir por Sam. Entregaría mi humanidad por un amigo; no me parecía demasiado renunciar a mi vida por salvar otra.

Además, de este modo, si moría sería por una buena causa. Ya no tendría que preocuparme más por beber sangre humana o morir de hambre. Caería luchando.

Tras unos minutes más, irrumpí en un claro, y comprendí a dónde nos había conducido Sam: a la vieja estación de trenes abandonada.

Eso demostraba que todavía era capaz de pensar con claridad. Éste era el mejor lugar al que podía haber ido, lleno de escondrijos y cosas (pedazos de metal y cristales) que podía utilizar para defenderse. Quizá ninguno de nosotros tuviera que morir. Quizá tuviéramos una oportunidad de ganar esta batalla.

Vi al hombre-lobo detenerse en medio del patio de la estación y olisquear el aire. Lanzó otro aullido, potente y escalofriante, y luego se lanzó hacia uno de los oxidados vagones.

Corrí hacia la parte trasera del vagón, moviéndome tan sigilosamente como podía. Cuando llegué, agucé el oído, pero no escuché nada. Me aupé hasta una ventanilla y miré por ella: nada.

Me agaché y me deslicé hasta la tercera ventanilla abierta. Tampoco vi nada cuando me asomé.

Me disponía a echar un vistazo por la siguiente ventanilla, cuando de repente vi una barra de metal volando hacia mi cara a toda velocidad.

Me hice a un lado justo a tiempo para esquivarla. Pasó silbando ante mi rostro, rozándome, pero sin llegar a causarme una herida grave.

—¡Sam, detente, soy *yo*! —siseé, tirándome al suelo. Se hizo el silencio durante un instante, y luego el rostro de Sam apareció en la

ventanilla redonda.

—¿Darren? —susurró—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Seguirte —dije.

—Pensé que eras el hombre-lobo. Iba a matarte.

—Casi lo haces.

—Perdona.

—Por amor de Dios, Sam, no pierdas tiempo disculpándote —le espeté—. Estamos en un buen lío. Tenemos que pensar en algo y salir de aquí enseguida.

Él se alejó de la ventana. Oí sus pasos deslizarse suavemente, y luego apareció en la puerta del vagón. Echó un vistazo para asegurarse de que el hombre-lobo no estaba cerca, saltó al suelo y se arrastró hacia mí.

—¿Dónde está? —preguntó Sam.

—No lo sé —susurré—. Pero debe estar rondando por ahí. Lo vi venir en esta dirección.

—Tal vez encontró otra cosa a la que atacar —murmuró Sam, esperanzado—. Una oveja o una vaca.

—Yo no apostaría por ello —dije—. No habría corrido tanto sólo para abandonar la caza al final.

Nos acurrucamos el uno contra el otro, Sam vigilando el lado derecho y yo el izquierdo. Podía sentir cómo temblaba, y seguro que él también notaba cómo me estremecía yo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sam.

—No lo sé —susurré—. ¿Alguna idea?

—Un par —repuso—. Podríamos hacerle entrar en la casa del vigilante. Podría caerse por algún agujero del suelo cuando pisara esas tablas podridas. Podríamos dejarlo atrapado allí abajo.

—Tal vez —dije—. Pero ¿y si nos caemos nosotros? Estaríamos atrapados, y él podría saltar dentro y comernos cuando quisiera.

—¿Qué te parecen las vigas? —propuso Sam—. Podríamos ir hasta el centro de una de ellas y esperar allí, espalda con espalda. Podríamos llevar unos palos y golpearle si nos atacara. Sólo tendría una forma de alcanzarnos allí.

—Y, tarde o temprano, alguien del Cirque Du Freak aparecería —susurré, pensando en voz alta—. Pero ¿y si decide romper la viga por un lado?

—Están bien metidas en el ladrillo —dijo Sam—. No creo que pueda romperlas con las manos desnudas.

—¿Una viga podría resistir el peso de los tres? —pregunté.

—No estoy seguro —admitió Sam—. Pero al menos, si caemos desde esa altura todo acabará rápido. ¿Quién sabe? Hasta podríamos tener suerte y caer encima del hombre-lobo. Podría amortiguar nuestra caída y de paso matarse.

Reí débilmente.

—Has visto demasiados dibujos animados. Pero es una buena idea, mejor que cualquiera que se me hubiese ocurrido a mí.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará la gente del Cirque en llegar hasta aquí? —susurró Sam.

—Depende de lo que tarden en darse cuenta de lo ocurrido —dije—. Si tenemos suerte, le habrán oído aullar y estarán aquí en un par de minutos. Si no, tendremos que esperar hasta que acabe la función, que puede ser dentro de una hora, o tal vez más.

—¿Tienes algún arma? —preguntó Sam.

—No —dije—. No tuve tiempo de coger ninguna.

Me tendió una barra corta de hierro.

—Toma —dijo—. Cogí esto por si acaso. No es gran cosa, pero es mejor que nada.

—¿Algún rastro del hombre-lobo? —pregunté.

—No —respondió—. Todavía no.

—Será mejor que nos vayamos antes de que aparezca —susurré, y de pronto me detuve—. ¿Cómo vamos a llegar hasta la casa del vigilante? Está demasiado lejos, y el hombre-lobo podría estar escondido en alguna parte del camino.

—Tendremos que correr y confiar en que la suerte nos acompañe —dijo Sam.

—¿Nos separamos? —pregunté.

—No —dijo—. Creo que es mejor que sigamos juntos.

—De acuerdo. ¿Estás listo?

—Dame unos segundos.

Me volví hacia él y le vi tomar aliento. Tenía blanca la cara, y la ropa sucia y desgarrada tras su carrera por el bosque, pero parecía dispuesto a luchar. Era un tipo duro.

—¿Por qué volviste, Sam? —musité.

—Para unirme al Cirque Du Freak —respondió.

—¿A pesar de todo lo que te conté sobre mí?

—Decidí arriesgarme —dijo—. Me refiero a que tú eres mi amigo, y los amigos tienen que estar juntos, ¿verdad? Tu historia hizo que tuviera aún más ganas de unirme a vosotros, una vez que se me pasó el susto. Tal vez pueda ayudarte. He leído libros sobre desórdenes de la personalidad. Quizá haya una cura para ti.

No pude evitar sonreír a pesar de la situación tan crítica en la que nos hallábamos.

—Eres un cretino, Sam Grest —murmuré.

—Ya lo sé —sonrió—. Igual que tú. Por eso formamos un buen equipo.

—Si salimos de ésta —le dije—, puedes unirte a nosotros si quieres. Y no tendrás que preocuparte de que te devore. Me inventé esa historia para asustarte.

—¿En serio? —preguntó.

—En serio —repuse.

—¡Buf! —Se pasó una mano por la frente—. Ahora ya puedo respirar tranquilo.

—Podrás si el hombre-lobo no te coge —dije, sonriendo ampliamente—. ¿Listo?

—Listo. —Apretó los puños y se preparó para correr—. A la de tres —susurró.

—De acuerdo —respondí.

—Una —comenzó.

Nos volvimos hacia la casa del vigilante.

—Dos.

Nos pusimos en posición de sprint.

—Tre…

Antes de que pudiera acabar, un par de manazas peludas salieron de debajo del vagón, donde (lo comprendí demasiado tarde) el hombre-lobo había estado escondido. Sus dedos se cerraron en torno a los tobillos de Sam y lo arrojó al suelo.

CAPÍTULO 30

Sam empezó a chillar en cuanto aquellas manos agarraron sus tobillos. La caída lo dejó sin aliento, haciéndole callar momentáneamente, pero tras uno o dos segundos reanudó sus gritos.

Me dejé caer de rodillas, agarré a Sam por los brazos y tiré de él todo lo que pude.

Pude ver al hombre-lobo bajo del vagón, echado sobre su peludo vientre y una sonrisa salvaje en sus babeantes mandíbulas.

Tiré con todas mis fuerzas y atraje a Sam hacia mí. Pero el hombre-lobo vino con él, contorsionándose bajo el vagón, sin soltar su presa.

Dejé de tirar y solté a Sam. Cogí la barra de hierro que él había tirado, me puse en pie de un salto y empecé a golpear los brazos extendidos del hombre-lobo, que aulló furiosamente.

El hombre-lobo soltó una de sus garras peludas y me lanzó un zarpazo. Me aparté de su trayectoria y golpeé la mano con la que aún sujetaba a Sam. El hombre-lobo chilló de dolor y aflojó los dedos.

—¡Corre! —le grité a Sam mientras tiraba de él para ponerle en pie.

Echamos a correr juntos hacia la casa del vigilante. Pude oír al hombre-lobo salir arrastrándose de debajo del vagón. Antes había estado jugando con nosotros, pero ahora estaba furioso y nos perseguiría en serio. Los juegos se habían acabado. No tendríamos posibilidad de alcanzar la casa del vigilante. Nos atraparía antes de que hubiéramos recorrido medio patio.

—¡Sigue… corriendo! —le dije a Sam entrecortadamente, y me detuve un instante para mirar atrás y enfrentarme a la embestida del hombre-lobo.

Mi gesto lo cogió por sorpresa, y se precipitó sobre mí. Su cuerpo era peludo, sudoroso y pesado. La colisión nos hizo rodar a ambos por el suelo, con los brazos y las piernas enredadas, pero me liberé velozmente y le golpeé con la barra de hierro.

El hombre-lobo rugió rabioso y me golpeó el brazo. Esta vez me alcanzó, justo debajo del hombro. La fuerza del golpe me dejó el brazo insensible, convirtiéndolo en un inútil pedazo de carne y huesos. Dejé caer la barra, y traté de alcanzarla con la otra mano.

Pero el hombre-lobo fue más rápido. Me arrebató la barra y la arrojó lejos. Hizo «clang» al caer, y desapareció en la oscuridad.

Se incorporó lentamente, con una horrible sonrisa. Pude leer la expresión de sus ojos y supe que, si pudiera hablar, habría dicho algo así: «¡Ya eres mío, Darren Shan! ¡Nos hemos divertido bastante, pero ha llegado el momento de matarte!».

Me agarró por los costados, abrió la boca enormemente y se inclinó hacia mí para arrancarme la cabeza de un bocado. Pude oler su aliento y ver trozos de la carne de los brazos y de la camiseta de R. V. entre sus dientes amarillentos.

Antes de que cerrara sus mandíbulas sobre mí, algo le golpeó en la cabeza y le hizo perder el equilibrio.

Vi a Sam detrás de él, con una gruesa tabla de madera en las manos. Volvió a golpear al hombre-lobo, y esta vez consiguió que me soltara.

—¡Favor por favor! —gritó Sam alocadamente, descargando la tabla sobre el hombre-lobo por tercera vez—. ¡Vamos! ¡Tenemos que…!

Nunca escuché las siguientes palabras de Sam, porque mientras corría hacia él, el hombre-lobo me lanzó un puñetazo a ciegas. Fue un golpe impulsivo, pero tuvo suerte y me alcanzó en la cara, lanzándome hacia atrás.

Mi cabeza casi explotó. Vi lucecillas brillantes y enormes estrellas, y caí al suelo, inconsciente.

Cuando recobré el sentido unos segundos, o quizá minutos, después (no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado), en la estación de trenes reinaba un espeluznante silencio. No se oía a nadie corriendo, gritando o luchando. Todo lo que oía era un constante mordisqueo, un poco más adelante.

Ñam, ñam, ñam.

Me senté lentamente, ignorando el martilleante dolor de mi cabeza.

Mis ojos tardaron unos segundos en readaptarse a la oscuridad. Cuando pude ver de nuevo, reparé en que tenía ante mí la espalda del hombre-lobo. Estaba a cuatro patas, con la cabeza inclinada sobre alguna cosa. Era *él* quien producía aquel sonido masticante.

El vértigo que sentía tras el puñetazo hizo que tardara en darme cuenta de que lo que se estaba comiendo no era *algo*… sino a *alguien*.

¡¡¡SAM!!!

Me puse en pie de un salto, olvidando el dolor, y me lancé contra él, pero una sola mirada al sangriento revoltijo que había bajo el hombre-lobo me hizo comprender que ya era demasiado tarde.

—¡*NO*! —chillé, y golpeé furiosamente al hombre-lobo con mi mano buena, inconscientemente.

Soltó un gruñido y me empujó. Me aparté de un salto, y esta vez le pateé también mientras le golpeaba. Rugió y trató de empujarme de nuevo, pero me mantuve firme y le tiré del pelo y la orejas.

Lanzó un aullido y levantó finalmente la cabeza. Tenía el hocico teñido de rojo, un rojo oscuro y horrible, lleno de tripas, de sangre, de jirones de carne y fragmentos de hueso.

Se volvió y cayó sobre mí, sujetándome con un brazo largo y peludo. Alzó la cabeza y aulló al cielo nocturno. Luego, con un rugido demoníaco, sus dientes descendieron hacia mi garganta, con la intención de acabar conmigo de un rápido mordisco.

CAPÍTULO 31

En el último momento, un par de manos surgieron de la oscuridad y agarraron las mandíbulas del hombre-lobo, conteniendo su embestida.

Las manos giraron hacia un lado su cabeza, haciéndole lanzar un alarido y apartarse de mí.

Su atacante se subió a su espalda, sujetándole por detrás. Vi volar los puñetazos más rápido de lo que mis ojos podían seguir, y finalmente el hombre-lobo cayó al suelo, inconsciente.

Su atacante se apartó de él y me ayudó a levantarme. Me encontré contemplando el rostro encendido y marcado de Mr. Crepsley.

—He venido tan pronto como he podido —dijo el vampiro, sombríamente, girando mi cabeza delicadamente de izquierda a derecha, examinando posibles daños—. Evra escuchó los aullidos del hombre-lobo. No sabía nada de ti ni del chico. Sólo pensó que la criatura se había escapado. Evra se lo dijo a Mr. Tall, que canceló el resto de la función y organizó una partida de búsqueda. Entonces pensé en *ti*. Cuando vi tu cama vacía, te busqué por los alrededores y encontré tu rastro.

—Creí… que iba a… morir —gemí, pronunciando a duras penas las palabras. Estaba cubierto de magulladuras y en estado de shock —. Tenía la seguridad de… Pensaba que… nadie vendría. Yo…

Rodeé a Mr. Crepsley con el brazo sano y lo abracé fuerte.

—Gracias —sollocé—. Gracias, gracias, gracias…

Me detuve de repente, recordando a mi amigo caído.

—¡Sam! —grité. Solté a Mr. Crepsley y me precipité hacia el lugar donde yacía.

El hombre-lobo le había abierto a Sam el estómago y devorado gran parte de sus entrañas. Sorprendentemente, Sam aún vivía

cuando llegué junto a él. Sus párpados se agitaban y respiraba débilmente.

—Sam, ¿estás bien? —musité. Era una pregunta estúpida, pero fue la única que mis trémulos labios consiguieron formular—. ¿Sam? —Acaricié su frente con los dedos, pero no dio señales de escucharme ni sentirme. Sólo yacía allí, con los ojos clavados en mí.

Mr. Crepsley se arrodilló junto a mí y examinó el cuerpo de Sam.

—¿Puede salvarle? —lloriqueé. Él meneó la cabeza lentamente —. ¡Tiene que hacerlo! —grité—. ¡Usted puede cerrarle las heridas! ¡Podemos llamar a un médico! ¡Puede darle alguna poción! ¡Tiene que haber algún modo de…!

—Darren —dijo suavemente—, no hay nada que podamos hacer. Se está muriendo. Las heridas son demasiado graves. Un par de minutos y… —Suspiró—. Al menos, ya no siente nada. No sufrirá.

—¡No! —grité, y me eché sobre Sam, llorando amargamente, con un llanto tan intenso que dolía—. ¡Sam! ¡No puedes morir! ¡Resiste! ¡Podrás unirte al Cirque y viajar con nosotros por todo el mundo! Tú puedes… Tú…

No pude seguir hablando, sólo bajar la cabeza, aferrarme a Sam y dejar que las lágrimas corrieran sin parar por mis mejillas.

En el patio de la estación abandonada, el hombre-lobo yacía inconsciente a mis espaldas. Mr. Crepsley se sentó a mi lado en silencio. Debajo de mí, Sam Grest (el que había sido mi amigo y salvado mi vida) seguía tendido en una paz absoluta, sumiéndose cada vez más profundamente en el sueño definitivo al que le llevaba aquella injusta y horrible muerte.

CAPÍTULO 32

Al cabo de un rato, sentí que alguien me tiraba de la manga. Me volví. Mr. Crepsley estaba detrás de mí, con expresión afligida.

—Darren —dijo—, sé que no es buen momento, pero hay algo que debes hacer. Por Sam y por ti.

—¿De qué me habla? —Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y le miré intensamente—. ¿Podemos salvarle? Dígame que sí. Haré lo que sea.

—No hay nada que podamos hacer para salvar su *cuerpo* —dijo Mr. Crepsley—. Se está muriendo, y nada puede cambiar eso. Pero sí hay algo que podemos hacer por su *espíritu*. Darren… *Debes beber la sangre de Sam*.

Me quedé mirándolo, pero ahora con incredulidad en lugar de esperanza.

—¿Cómo se atreve? —murmuré, indignado—. Uno de mis mejores amigos se está muriendo, y lo único que se le ocurre es… ¡Es usted un enfermo! Un monstruo enfermo y retorcido… Debería haber muerto usted, y no Sam. Le odio. Váyase de aquí…

—No lo entiendes —dijo.

—¡Sí que lo entiendo! —grité—. ¡Sam se está muriendo, pero lo único que a usted le preocupa es hacerme beber sangre! ¿Sabe qué es usted? Un mal…

—¿Recuerdas nuestra charla acerca de la capacidad de los vampiros de absorber parte del espíritu de una persona? —preguntó.

Estuve a punto de decirle algo desagradable, pero su pregunta me dejó confuso.

—¿A qué viene eso ahora? —inquirí.

—Darren, es importante. ¿La recuerdas?

—Sí —respondí en voz baja—. ¿Y qué?

—Sam se muere —dijo Mr. Crepsley—. Dentro de unos minutos se habrá ido. Para siempre. Pero puedas mantener viva una parte de él dentro de ti si bebes de él ahora y tomas su vida antes de que las heridas que le hizo el hombre-lobo acaben con ella.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Quiere que *yo* mate a Sam? —grité.

—No —suspiró—. A Sam ya le han matado. Pero si acabas con él antes de que muera por las mordeduras del hombre-lobo, salvarás algunos de sus recuerdos y sus sentimientos, y seguirán vivos en ti.

Sacudí la cabeza.

—No puedo beber su sangre —susurré—. La de Sam, no. —Miré el pequeño cuerpo destrozado—. No puedo.

Mr. Crepsley suspiró.

—No voy a obligarte —dijo—. Pero piénsalo bien. Lo que ha ocurrido esta noche es una tragedia que te perseguirá durante mucho tiempo, pero si bebes la sangre de Sam y absorbes parte de su esencia, afrontar su muerte será más fácil. Perder a un ser querido es duro. Pero de esta forma, no lo perderás del todo.

—No puedo beber de él —sollocé—. Es mi amigo.

—Precisamente porque *es* tu amigo, debes hacerlo —dijo Mr. Crepsley, dándose la vuelta y dejándome a mí aquella decisión.

Miré a sam. Parecía tan inánime, tan vacío de todo aquello que hacía de él un ser humano, vivo y único… Pensé en sus bromas, en sus palabras rimbombantes, en sus sueños y esperanzas, y en lo terrible que sería que todo ello desapareciera con su muerte.

Arrodillado junto a él, posé los dedos sobre el cuello enrojecido de Sam.

—Lo siento, Sam —gemí, y clavé mis uñas en la su tierna carne, me incliné sobre la herida y la cubrí con mi boca.

La sangre fluyó a borbotones y me atraganté. Estuve a punto de apartarme, pero me obligué a seguir allí y a continuar tragando. Su sangre caliente y salada se deslizó por mi garganta como densa y cremosa mantequilla.

El pulso de Sam se hizo más lento mientras bebía, y finalmente se detuvo. Pero yo seguí bebiendo, apurando hasta la última gota, absorbiendo.

Cuando al fin le dejé seco, me aparté y lancé un aullido al cielo

como había hecho el hombre-lobo. Durante un largo rato eso fue todo lo que pude hacer, aullar, y gritar, y llorar, como el salvaje animal nocturno en el que me había convertido.

CAPÍTULO 33

Mr. Tall y un puñado de gente del Cirque Du Freak (incluidas cuatro Personitas) llegaron un poco más tarde. Yo estaba sentado junto a Sam, demasiado cansado para seguir aullando, mirando al vacío inexpresivamente, sintiendo su sangre asentarse en mi estómago.

—¿Y bien? —le preguntó Mr. Tall a Mr. Crepsley—. ¿Cómo consiguió escapar el hombre-lobo?

—No lo sé, Hibernius —respondió Mr. Crepsley—. No se lo he preguntado, y no tengo intención de hacerlo, al menos hasta que pasen un par de noches. Darren no está en condiciones de soportar un interrogatorio.

—¿Está muerto el hombre-lobo? —preguntó Mr. Tall.

—No —dijo Mr. Crepsley—. Sólo fuera de combate.

—Gracias al Cielo por los pequeños milagros —suspiró Mr. Tall. Chasqueó los dedos y las Personitas encadenaron al inconsciente hombre-lobo, y lo metieron sin miramientos en una caravana del show.

Pensé en pedir que lo mataran, pero ¿qué solucionaría eso? El hombre-lobo no era malo, sólo estaba loco. Matarlo habría sido insensato y cruel.

Tras poner a buen recaudo al hombre-lobo, las Personitas dirigieron su atención a los triturados restos de Sam.

—Un momento —dije, cuando se inclinaron sobre él con la intención de llevárselo—. ¿Qué pensáis hacer con Sam?

Mr. Tall carraspeó, incómodo.

—Imagino… hum… que pretenden *disponer* de él —dijo.

Tardé un instante en comprender lo que quería decir.

—¿Quieren *comérselo*? —chillé.

—No podemos dejarlo aquí —razonó Mr. Tall—, y no tenemos

tiempo de enterrarlo. Es el modo más sencillo de…

—No —negué rotundamente.

—Darren —dijo Mr. Crepsley—, no deberíamos interferir…

—¡No! —grité, apartando a empujones a las Personitas—. ¡Si quieren comerse a Sam, tendrán que comerme a mí primero!

Las Personitas me miraron en silencio, con sus hambrientos ojos verdes.

—Creo que no tendrían el menor problema en complacerte —dijo Mr. Tall con sequedad.

—Lo digo en serio —gruñí—. No dejaré que se coman a Sam. Merece un entierro digno.

—¿Y que se lo coman los gusanos? —inquirió Mr. Tall. Lanzó un suspiro cuando clavé los ojos en él y sacudió la cabeza con irritación.

—Deja que el muchacho lo haga a su manera, Hibernius —dijo suavemente Mr. Crepsley—. Puedes volver al Cirque con los demás. Yo me quedaré para ayudarle a cavar la tumba.

—Muy bien —accedió Mr. Tall, encogiéndose de hombros. Dio un silbido e hizo un gesto con el dedo a las Personitas. Vacilaron un instante, y luego dieron media vuelta y se agolparon en torno al dueño del Cirque Du Freak, dejándome solo con el cadáver de Sam Grest.

Mr. Tall y sus ayudantes se marcharon. Mr. Crepsley se sentó a mi lado.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Meneé la cabeza. No era fácil responder a eso.

—¿Te sientes más fuerte?

—Sí —dije suavemente. Aunque no hacía mucho que había bebido la sangre de Sam, ya notaba cierta diferencia. Mi visión se había incrementado, al igual que mi oído, y mi maltratado cuerpo ya casi no me dolía tanto como lo habría hecho si hubiera sido un ser humano normal.

—No tendrás que volver a beber durante mucho tiempo —dijo él.

—Me da igual. No lo hice por mí, sino por Sam.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó.

—No —repuse lentamente.

—Darren —dijo—, espero que…

—¡No quiero hablar de ello! —le corté—. Tengo frío, y me siento dolorido, miserable y solo. Quiero pensar en Sam, no perder el tiempo hablando con usted.

—Como desees —dijo, y comenzó a cavar en el suelo con los dedos.

Cavé a su lado en silencio durante unos minutos, y entonces me detuve y lo miré.

—Ahora soy un verdadero asistente de vampiro, ¿verdad? —pregunté.

Él asintió tristemente.

—Sí. Lo eres.

—¿Ya está contento?

—No —dijo—. Avergonzado.

Mientras lo miraba, confuso, una figura se irguió ante nosotros. Era aquella Personita coja.

—Si crees que vas a llevarte a Sam… —le advertí, levantando una mano mugrienta.

Antes de que yo pudiera hacer algo más, saltó dentro del aún poco profundo agujero, y sus anchos dedos grises entraron en acción, arrancando grandes terrones de tierra.

—¿Nos está ayudando? —pregunté, perplejo.

—Eso parece —dijo Mr. Crepsley, y puso una mano en mi espalda—. Descansa —me aconsejó—. Podremos cavar más rápido entre él y yo. Te avisaré cuando llegue el momento de enterrar a tu amigo.

Asentí, me arrastré fuera del agujero y me dejé caer sobre el montón de tierra que se iba formando rápidamente junto a la tumba. Al cabo de un rato, me aparté de allí y me senté a esperar entre las sombras de la vieja estación ferroviaria, sólo yo y mis pensamientos. Y la sangre de Sam, oscura y roja, en mis labios y en mis dientes.

CAPÍTULO 34

Enterramos a Sam sin demasiada ceremonia (no se me ocurría qué decir) y llenamos la tumba. No hicimos nada por ocultarla, para que así la policía pudiera encontrarla y le dieran pronto a Sam un entierro decente. Quería que sus padres pudieran ofrecerle una adecuada ceremonia, pero de momento estaría a salvo de los animales carroñeros (y de las Personitas).

Levantamos el campamento antes del amanecer. Mr. Tall le dijo a todo el mundo que teníamos un largo camino por delante. La desaparición de Sam causaría un gran alboroto, y debíamos marcharnos tan lejos como nos fuera posible.

Me pregunté, mientras partíamos, qué habría sido de R. V. ¿Habría muerto desangrado en el bosque? ¿Habría acudido a tiempo a un médico? ¿O aún seguía corriendo y gritando «¡Mis manos! ¡Mis manos!»?

No me importaba. Aunque R. V. había intentado hacer lo que creía correcto, todo era culpa suya. Si no hubiera estado enredando con los candados de la jaula del hombre-lobo, Sam aún seguiría vivo. No esperaba que R. V. muriera, pero tampoco recé por él. Le abandoné a su destino, cualquiera que fuese.

Evra se sentó a mi lado en el fondo de la caravana mientras el Cirque se ponía en marcha. Empezó a decirme algo. Se detuvo. Se aclaró la garganta. Y luego puso una mochila en mi regazo.

—Encontré esto —murmuró—. Pensé que te gustaría tenerla.

En medio del escozor de mis ojos, leí el nombre («Sam Grest»), y entonces me eché a llorar amargamente sobre ella. Evra me estrechó fuertemente entre sus brazos y lloró conmigo.

—Mr. Crepsley me contó lo que pasó —musitó Evra al final, recobrándose un poco y enjugándose las lágrimas—. Me dijo que bebiste la sangre de Sam para mantener vivo su espíritu.

—Aparentemente —respondí débilmente, sin mucha convicción.

—Mira —dijo Evra—, sé cuánto rechazabas la idea de beber sangre humana, pero lo hiciste por Sam. Fue un acto bondadoso, no malvado. No debes sentirte mal por haber bebido de él.

—Supongo que no —dije, y entonces lancé un gemido al recordarlo y me eché a llorar una vez más.

El día transcurrió, y el Cirque Du Freak continuó su camino, pero los recuerdos de Sam no quedaron atrás. Cuando cayó la noche, nos detuvimos a un lado del camino para descansar un poco. Evra fue en busca de comida y bebida.

—¿Quieres algo? —preguntó.

—No —dije, con el rostro apoyado en el cristal de la ventanilla —. No tengo hambre.

Él se dispuso a irse.

Entonces le llamé.

—Espera un segundo.

Sentía un sabor extraño en la boca. La sangre de Sam aún estaba caliente en mis labios, salada y terrible, pero no era eso lo que había empezado a estimular mi paladar. Había algo que quería y que nunca antes me había apetecido. Durante unos segundos de confusión no supe lo que era. Entonces identifiqué al fin el extraño deseo y me las arreglé para esbozar la más tímida de las sonrisas. Busqué dentro de la mochila de Sam, pero el tarrito debió haberse quedado atrás cuando nos fuimos.

Miré a Evra, me sequé las lágrimas, me pasé la lengua por los labios, y pregunté con una voz muy parecida a la de aquel chico tan sabihondo que había conocido:

—¿Tenemos cebolla picada?

LIBRO III

Túneles de sangre.

Para:
Los abuelitos, esos viejos duros y anticuados
La OES (Orden de las Entrañas Sangrientas):
Caroline «Rastreadora» Paul
Paul «El Salteador» Litherland
Los escurre-bultos:
Biddy «Jekyll» y Liam «Hyde»
Gillie «Ladrón de Tumbas» Russell
La horrible y estremecedora pandilla de Harper Collins
y
Emma y Chris (de «Los vampiros somos nosotros»).

INTRODUCCIÓN

El olor de la sangre es nauseabundo. Cientos de reses muertas colgando de ganchos plateados, rígidas, brillantes en su sangre helada. Sé que sólo son animales (vacas, cerdos, ovejas) pero continúo pensando que son seres humanos.

Avanzo cautelosamente. Las potentes luces del techo iluminan el lugar como si fuera de día. Debo andar con pies de plomo. Oculto tras los animales muertos. Moviéndome despacio. El suelo está resbaladizo por el agua y la sangre, que discurren en complejos regueros.

Allí delante, le descubro… al vampiro… Mr. Crepsley. Se mueve tan despacio como yo, con la mirada fija en el hombre gordo, a poca distancia más adelante.

El hombre gordo. Él es el motivo de que yo esté aquí, en este gélido matadero. Es el humano que Mr. Crepsley intenta matar. El hombre que debo salvar.

El hombre gordo se detiene y comprueba uno de los trozos de carne que cuelgan. Sus mejillas son regordetas y coloradas. Lleva guantes de plástico limpios. Da una palmada al animal muerto (el chirriante sonido del gancho cuando la res oscila me da dentera) y entonces comienza a silbar. Echa a andar de nuevo. Mr. Crepsley le sigue. Yo también.

Evra está en alguna parte, lejos, atrás. Lo he dejado fuera. No tengo la menor intención de arriesgar la vida de los dos.

Me apresuro, moviéndome despacio, más cerca. Nadie sabe que estoy aquí. Si todo sale como lo he planeado, nadie lo sabrá, al menos hasta que Mr. Crepsley ataque. Al menos hasta que me vea obligado a actuar.

El hombre gordo vuelve a detenerse. Se agacha para examinar algo. Doy un rápido paso atrás, temiendo que me descubra, pero

entonces veo a Mr. Crepsley acercándose. ¡Mierda! No hay tiempo para esconderse. Si éste es el momento que ha elegido para atacar, tengo que acercarme más.

Avanzo varios pasos, arriesgándome a que me oiga. Por suerte, Mr. Crepsley está completamente pendiente del hombre.

Ahora estoy sólo a tres o cuatro pasos del vampiro. Levanto el largo cuchillo de carnicero que llevaba sujeto al costado. Mis ojos están fijos en Mr. Crepsley. No quiero hacer nada hasta que él lo haga (le daré la oportunidad de demostrar que mis sospechas son erróneas), pero en un segundo le veo tensarse para saltar…

Sujeto con más firmeza el cuchillo. He estado practicando mi golpe cada día. Sé el punto exacto donde debo clavarlo. Un rápido corte a la garganta de Mr. Crepsley y todo habrá terminado. Adiós al vampiro. Una carroña más que añadir al montón.

Los segundos se deslizan lentamente. No me atrevo a mirar lo que el hombre gordo está observando. ¿Es que nunca va a levantarse?

Y entonces, ocurre. El hombre gordo forcejea con sus pies. Mr. Crepsley sisea. Se dispone a atacar. Preparo el cuchillo y templo mis nervios. El hombre gordo está ahora de pie. Escucha algo. Mira al techo (¡te has equivocado, idiota!) y Mr. Crepsley salta. Y cuando el vampiro salta, lo hago yo también, gritando desaforadamente, empuñando el cuchillo, decidido a matarle…

CAPÍTULO 1

Un mes antes…

Mi nombre es Darren Shan. Soy un semi-vampiro.

Antes era humano, hasta que robé la araña de un vampiro. Después de eso, mi vida cambió para siempre. Mr. Crepsley (el vampiro) me obligó a convertirme en su asistente, y me uní a un circo lleno de extraños personajes, llamado Cirque Du Freak.

Adaptarse fue difícil. Beber sangre fue aún más difícil, y durante mucho tiempo no pude hacerlo. Finalmente lo hice, para preservar el recuerdo de un amigo muerto (los vampiros pueden guardar los recuerdos de una persona si beben toda su sangre). No disfruté haciéndolo (las siguientes semanas fueron horribles, plagadas de pesadillas) pero después de aquel primer trago sangriento ya no había vuelta atrás. Acepté mi papel de asistente de un vampiro, y aprendí a aprovechar lo mejor de ello.

Durante el transcurso del año siguiente, Mr. Crepsley me enseñó a cazar y a beber sin ser pillado; a beber sólo lo suficiente para sobrevivir; a ocultar mi identidad de vampiro cuando me mezclara con los demás. Con el tiempo dejé atrás mis miedos humanos y me convertí en una auténtica criatura de la noche.

***

Un par de chicas se detuvieron a mirar a Cormac *el Trozos*, con expresión seria. Él extendía brazos y piernas, y hacía girar el cuello, relajando sus músculos. Entonces, les guiñó un ojo, se metió entre los dientes tres dedos de su mano derecha hasta la mitad y se los mordió.

Las chicas chillaron y huyeron. Cormac estiró y se retorció los

nuevos dedos que estaban creciendo en su mano.

Me eché a reír. Te acostumbras a cosas así cuando trabajas en el Cirque Du Freak. El espectáculo ambulante estaba lleno de gente increíble, rarezas de la naturaleza con fascinantes y a veces estremecedores poderes.

Aparte de Cormac *el Trozos*, el elenco incluía a Rhamus *Dostripas*, capaz de comerse un elefante entero o un tanque de guerra; Gertha *Dientes*, que de un mordisco podría traspasar el acero; el hombre-lobo (medio hombre, medio lobo, que mató a mi amigo Sam Grest); Truska, una hermosa y misteriosa mujer que podía hacer que le creciera una barba a voluntad; y Mr. Tall, que se movía tan rápido como el relámpago y era capaz de leer la mente de los demás. Mr. Tall era dueño y administrador del Cirque Du Freak.

Estábamos actuando en un pueblecito, acampados tras una vieja fábrica, en cuyo interior se presentaba el espectáculo cada noche. Era una ruinosa chatarrería, pero yo estaba acostumbrado a ese tipo de locales. Podíamos haber actuado en los más grandes teatros del mundo y dormido en hoteles de lujo (el Cirque tenía mucho dinero) pero era más seguro tratar de pasar desapercibidos y permanecer en lugares donde la policía y otros representantes de la ley no acostumbraran a pasear.

Mi aspecto no había cambiado mucho desde que dejé mi hogar con Mr. Crepsley casi un año y medio antes. Como yo era un semi-vampiro, sólo envejecería un año por cada cinco, lo que significaba que aunque habían pasado dieciocho meses, mi cuerpo sólo era tres o cuatro meses mayor.

Aunque no era muy distinto por fuera, por dentro me sentía una persona completamente nueva. Era más fuerte que ningún chaval de mi edad, capaz de correr más rápido, saltar más lejos, y excavar con mis uñas extra largas en una pared de ladrillos. Mi oído, mi vista y mi sentido del olfato habían mejorado enormemente.

Como no era un vampiro por completo, había muchas cosas que todavía no podía hacer. Por ejemplo, Mr. Crepsley podía correr a una velocidad súper rápida, lo que él llamaba cometear. Podía exhalar gases que dejaban inconsciente a la gente. Y podía comunicarse telepáticamente con vampiros y algunas personas,

como Mr. Tall.

Yo no sería capaz de hacer nada de eso hasta que me convirtiera en un vampiro por completo. No era algo que me quitara el sueño, porque ser semi-vampiro tenía sus ventajas: no tenía que beber demasiada sangre humana y (lo mejor) podía moverme durante el día.

Fue durante las horas diurnas, cuando exploraba un vertedero con Evra, el niño-serpiente, buscando comida para las Personitas, extrañas criaturas bajitas que llevaban capuchas azules y nunca hablaban. Nadie (excepto tal vez Mr. Tall) sabía quiénes o qué eran, o de dónde venían, o por qué trabajaban en el Cirque. Su amo era un hombre estremecedor llamado Mr. Tiny (¡le gustaba comer niños!), pero no le veíamos mucho por el Cirque.

—¡Encontré un perro muerto! —exclamó Evra, sujetándolo por encima de la cabeza—. Apesta un poco. ¿Crees que les importará?

Olfateé el aire (Evra estaba lejos, pero yo podía oler al perro desde donde me encontraba, tan bien como un humano que estuviera a su lado) y asentí con la cabeza.

—Está bien —dije. Las Personitas se comían cualquier cosa que les trajéramos.

Yo tenía un zorro y algunas ratas en mi saco. Me sentía mal por haber matado a las ratas (las ratas son amistosas con los vampiros y normalmente se acercan a nosotros como mascotas amaestradas si las llamamos), pero el trabajo era el trabajo. En la vida, todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan.

Había un grupo de Personitas en el Cirque (una veintena) y una estaba cazando con Evra y conmigo. Estaba en el Cirque desde antes de que Mr. Crepsley y yo nos uniéramos. Podía distinguirle de los otros porque cojeaba con la pierna izquierda. Evra y yo le llamábamos *Lefty*[4].

—¡Hey, *Lefty*! —grité—. ¿Cómo vamos?

La pequeña figura de la capucha azul no respondió (nunca lo hacía), pero se palmeó el estómago, con lo cual quería decir que necesitábamos encontrar más comida.

—*Lefty* dice que sigamos —le dije a Evra.

—Me lo figuraba —suspiró.

Mientras merodeaba en busca de otra rata, descubrí una

pequeña cruz plateada entre la basura. La recogí y le quite los restos de porquería. Estudiando la cruz, sonreí. ¡Y pensar que solía creer que a los vampiros les aterrorizaban las cruces! La mayor parte de lo que muestran las viejas películas y los libros es una chorrada. Las cruces, el agua bendita, el ajo: nada de eso afecta a los vampiros. Podemos atravesar el agua corriendo. No necesitamos ser invitados antes de entrar en una casa. Proyectamos sombra y nos reflejamos (aunque un vampiro completo no puede ser fotografiado; tiene algo que ver con el rebote de los átomos). No podemos cambiar de forma ni volar.

Una estaca que atraviese el corazón de un vampiro le matará. Pero también lo hará una bala certera, o el fuego, o un objeto contundente. Somos más difíciles de matar que los humanos, pero no somos inmortales. Nada más lejos de eso.

Puse la cruz en el suelo y me coloqué detrás. Concentré mi voluntad, intentando hacer que saltara a mi mano izquierda. La miré intensamente durante un minuto, y chasqueé los dedos de la mano derecha.

No ocurrió nada.

Lo intenté de nuevo, pero seguía sin poder hacerlo. Lo había intentado durante meses, sin éxito. A Mr. Crepsley le bastaba una simple mirada (un chasqueo de sus dedos y el objeto volaba a su mano, aunque estuviera a varios pasos de él), pero yo no era capaz de imitarle.

Me llevaba muy bien con Mr. Crepsley. No era tan mal tipo. No éramos amigos, pero lo había aceptado como profesor y ya no le odiaba como al principio, cuando me convirtió en semi-vampiro.

Me guardé la cruz en el bolsillo y proseguí con la caza. Después de un rato, encontré un gato medio muerto de hambre entre los restos de un viejo microondas. También iba tras las ratas.

El gato me silbó con el pelo del cuello erizado. Fingí que le volvía la espalda, y entonces me giré velozmente, lo agarré por el cuello, y se lo retorcí. Emitió un breve chillido estrangulado y su cuerpo quedó flácido. Lo metí en la bolsa y fui a ver cómo le iba a Evra.

Yo no disfrutaba matando animales, pero cazar formaba parte de mi naturaleza. De todos modos, no me simpatizaban los gatos. La

sangre de los gatos es veneno para los vampiros. Beber de uno no me mataría, pero me haría enfermar. Y los gatos también son cazadores. Según yo lo veía, a menos gatos, más ratas.

Aquella noche, en el campamento, volví a intentar mover la cruz con mi mente. Había terminado mis tareas diarias, y el espectáculo no empezaría hasta dentro de un par de horas, así que tenía mucho tiempo que matar.

Era una fría noche de finales de Noviembre. Todavía no había nieve, pero se anunciaba. Yo llevaba mi colorido traje de pirata: una camisa verde pálido, unos calzones púrpura oscuro, una chaqueta amarilla y azul, un paño rojo satinado alrededor de la cintura, un sombrero marrón con una pluma, y zapatos flexibles con la punta curvada.

Deambulé distraídamente entre las caravanas y las tiendas y encontré un lugar apartado en los alrededores de la vieja fábrica.

Coloqué la cruz sobre un trozo de madera delante de mí, respiré profundamente, concentrado en la cruz, y deseé que se posara en la palma de mi mano extendida.

No funcionó.

Me acerqué más, hasta que mi mano estuvo sólo a un pulgada de la cruz.

—Te mando que te muevas —dije, chasqueando los dedos—. Te lo ordeno. —Chasqueo—. Muévete. —Chasqueo—. *¡Muévete*!

Pronuncié la última palabra más alto de lo que pretendía y pateé el suelo enfadado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó una voz familiar detrás de mí.

Me volví y vi a Mr. Crepsley emergiendo de las sombras.

—Nada —dije, intentado ocultar la cruz.

—¿Qué es eso? —inquirió él. A sus ojos no se les escapaba nada.

—Es sólo una cruz que me encontré mientras Evra y yo estábamos cazando —dije, tendiéndosela.

—¿Y qué estás haciendo con esto? —preguntó Mr. Crepsley con suspicacia.

—Intentaba hacer que se moviera —respondí, decidiendo que ya era hora de que le preguntara al vampiro por sus secretos mágicos —. ¿Cómo lo hace usted?

Una sonrisa se extendió sobre su rostro, haciendo que la larga cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda se arrugara.

—Así que es eso lo que te ha estado fastidiando —rió entre dientes. Extendió una mano y chasqueó los dedos, haciéndome pestañear. Lo siguiente que supe fue que la cruz *estaba en su mano*.

—¿Cómo lo ha hecho? —pregunté—. ¿Sólo pueden hacerlo los vampiros completos?

—Te haré otra demostración. Esta vez mira atentamente.

Volvió a colocar la cruz sobre el trozo de madera, se apartó y chasqueó los dedos. Una vez más, la cruz desapareció y reapareció en su mano.

—¿Lo has visto?

—¿Ver qué? —Yo estaba confuso.

—Una última vez —dijo—. Intenta no parpadear.

Clavé los ojos en el pequeño trozo de plata. Oí cómo chasqueaba los dedos y (manteniendo los ojos bien abiertos) me pareció ver un levísimo borrón que pasaba como una flecha entre yo y la cruz.

Cuando volví a mirarle, hacía saltar la cruz de una mano a otra, sonriendo.

—¿Ya lo has entendido? —preguntó.

Frunciendo el ceño, respondí:

—Creí ver… Me pareció como si… —Mi rostro se iluminó—. ¡No movió la cruz! —Y exclamé excitado—: *¡Se movió usted*!

Asintió satisfecho.

—No eres tan torpe como pareces —me felicitó a su típico modo sarcástico.

—Hágalo otra vez —dije.

Esta vez no aparté los ojos de la cruz: vi al vampiro. No fui capaz de seguir sus movimientos (era demasiado rápido) pero capté un breve destello cuando se lanzó hacia delante, atrapó la cruz y saltó hacia atrás.

—¿Así que no es capaz de mover cosas con la mente? —pregunté.

—¡Por supuesto que no! —rió.

—¿Entonces a qué viene lo de chasquear los dedos?

—Es para distraer al ojo —explicó.

—Entonces, es un truco —dije yo—. No tiene nada que ver con

ser un vampiro.

Se encogió de hombros.

—No podría moverme tan rápido si fuera humano, pero sí, es un truco. Me interesaba el ilusionismo antes de convertirme en vampiro, y todavía me gusta practicar.

—¿Yo podría aprender a hacerlo? —le pregunté.

—Quizá —dijo—. No puedes moverte tan rápido como yo, pero podrías conseguirlo si el objeto está cerca de tu mano. Tendrías que practicar mucho, pero si lo deseas, puedo enseñarte.

—Siempre quise ser mago —dije—. Pero… espere… —Recordé un par de ocasiones en que Mr. Crepsley había abierto cerraduras con un chasquido de sus dedos—. ¿Qué me dice de las cerraduras? —pregunté.

—Eso es diferente. ¿Sabes lo que es la energía estática? —Me quedé en blanco—. ¿Nunca te has pasado el peine por el pelo y lo has acercado luego a una hoja de papel?

—¡Sí! —respondí—. El papel se le pega.

—Eso es la energía estática —explicó—. Cuando un vampiro se mueve, la carga estática que se produce es muy fuerte. Yo he aprendido a utilizar esa carga. De este modo, soy capaz de forzar cualquier cerradura, como te has ocupado de mencionar.

Pensé en ello.

—¿Y lo de chasquear los dedos? —inquirí.

—Es difícil deshacerse de los viejos hábitos —sonrió.

—¡Pero es muy fácil deshacerse de los vampiros viejos! —gruñó una voz detrás nuestro, y antes de que yo supiera qué ocurría, alguien había llegado hasta nosotros y apoyaba un par de afilados cuchillos ¡contra la tierna carne de nuestras gargantas!

CAPÍTULO 2

Me quedé helado bajo el contacto de la hoja y aquella voz amenazadora, pero Mr. Crepsley ni siquiera parpadeó. Apartó suavemente el cuchillo de su garganta, y me lanzó la cruz de plata.

—Gavner, Gavner, Gavner —suspiró Mr. Crepsley—. Siempre he podido oírte llegar a media milla de distancia.

—¡No es cierto! —La voz sonó resentida, mientras la hoja descendía por mi garganta—. No has podido oírme.

—¿Por qué no? —dijo Mr. Crepsley—. Nadie en el mundo respira con tanta fuerza como tú. Podría distinguirte con los ojos vendados entre una multitud.

—Una noche, Larten —murmuró el extraño—, una noche te sorprenderé. Entonces veremos lo listo que eres.

—Tras esa noche me retiraré con deshonor —rió Mr. Crepsley entre dientes.

Mr. Crepsley me miró alzando una ceja, divertido, al ver que yo aún estaba envarado y medio asustado, aunque ya había comprendido que nuestras vidas no estaban en peligro.

—Debería darte vergüenza, Gavner Purl —dijo Mr. Crepsley—. Has asustado al muchacho.

—Parece que es para lo único que sirvo —gruñó el extraño—. Para asustar a niños y ancianitas.

Me volví lentamente, hasta quedar cara a cara con el hombre llamado Gavner Purl. No era muy alto, pero sí ancho, fornido como un luchador. Su rostro era una masa de cicatrices y parches oscuros, y los bordes de sus ojos eran extremadamente negros. Llevaba corto el pelo castaño, y vestía unos vaqueros corrientes y una holgada camisa blanca. Tenía una amplia sonrisa y relucientes dientes amarillos.

Fue sólo cuando miré las yemas de sus dedos y descubrí diez

cicatrices que comprendí que era un vampiro. Así es como se crean la mayoría de los vampiros: la sangre de vampiro es bombeada a su interior a través de la suave carne de la punta de sus dedos.

—Darren, éste es Gavner Purl —nos presentó Mr. Crepsley—. Un viejo, leal, y un tanto torpe amigo. Gavner, éste es Darren Shan.

—Encantado de conocerte —dijo el vampiro, estrechándome la mano—. *Tú* no me oíste venir, ¿verdad?

—No —respondí con franqueza.

—¡Mira! —tronó con orgullo—. ¿Lo ves?

—Felicidades —dijo Mr. Crepsley con un humor lleno de ironía —. Si siempre te pidieran que te acercaras con sigilo a una guardería, no tendrías problemas.

Gavner hizo una mueca.

—Veo que el tiempo no te ha aplacado —observó—. Tan cortante como siempre. ¿Cuánto *ha* pasado? ¿Catorce años? ¿Quince?

—Diecisiete el próximo Febrero —respondió Mr. Crepsley con prontitud.

—¡Diecisiete! —silbó Gavner—. Es más de lo que pensaba. Diecisiete años y siempre tan avinagrado. —Me dio un codazo en las costillas—. ¿Aún se queja como una vieja gruñona cuando se despierta? —preguntó.

—Sí —dije con una risita.

—Nunca pude conseguir que dijera algo positivo hasta la medianoche. Tuve que compartir el ataúd con él una vez durante cuatro meses enteros. —Se estremeció al recordarlo—. Los cuatro meses más largos de mi vida.

—¿Usted *compartió* un ataúd con él? —pregunté asombrado.

—Lo hice —dijo—. Nos perseguían. Tuvimos que soportarnos. Aunque no volvería a hacerlo. Preferiría exponerme al Sol y arder.

—Tú no eres el único que tiene razones para quejarse —gruñó Mr. Crepsley—. Tus ronquidos casi me empujan a enfrentarme al Sol. —Sus labios estaban crispados, y yo habría dicho que le estaba costando no sonreír.

—¿Por qué les perseguían? —pregunté.

—Eso no importa —espetó Mr. Crepsley antes de que Gavner pudiera responder, y lanzó una mirada feroz a su ex-compañero.

Gavner le enfrentó.

—Fue hace casi dieciséis años, Larten —dijo—. No creo que deba considerarse información confidencial.

—Al chico no le interesa el pasado —dijo Mr. Crepsley con firmeza (¡pero sí que me interesaba!)—. Estás en mi terreno, Gavner Purl. Te pediría que respetaras mis deseos.

—Remilgado y viejo murciélago —refunfuñó Gavner, pero asintió con la cabeza—. ¿Y bien, Darren? —dijo—. ¿Qué haces en el Cirque Du Freak?

—Tareas extrañas —le respondí—. Buscar comida para las Personitas y ayudar a los artistas a prepararse para…

—¿Las Personitas todavía trabajan en el Cirque? —me interrumpió Gavner.

—Más numerosas que nunca —respondió Mr. Crepsley—. Hay unas veinte con nosotros en este momento.

Los vampiros intercambiaron una mirada de complicidad pero no dijeron nada más al respecto. Yo habría dicho que Gavner estaba inquieto, por el modo en que sus cicatrices se juntaron en su ceño en una fiera expresión.

—¿Cómo les va a los Generales? —inquirió Mr. Crepsley.

—La rutina habitual —dijo Gavner.

—Gavner es un General Vampiro —me dijo Mr. Crepsley. *Eso* provocó mi interés. Había oído hablar de los Generales Vampiros, pero no me había dicho exactamente quiénes o qué eran.

—Discúlpeme —dije—. Pero ¿qué es un General Vampiro? ¿Qué *hacen*?

—Vigilamos a los sinvergüenzas como éste —rió Gavner, dándole un codazo a Mr. Crepsley—. Nos aseguramos de que no hagan travesuras.

—Los Generales Vampiros controlan la conducta del clan de los vampiros —añadió Mr. Crepsley—. Se aseguran de que ninguno de nosotros mate a inocentes o utilice sus poderes para hacer el mal.

—¿Cómo lo hacen? —pregunté.

—Si descubren que un vampiro se ha vuelto malvado —dijo Mr. Crepsley—, lo matan.

—Oh. —Miré fijamente a Gavner Purl. No parecía un asesino, pero entonces volví a fijarme en todas aquellas cicatrices…

—Es un trabajo aburrido la mayor parte del tiempo —dijo Gavner—. Soy más bien un policía de pueblo que un soldado. Nunca me ha gustado eso de «Generales Vampiros». Suena demasiado pomposo.

—Los Generales no sólo ponen coto a los vampiros malvados —dijo Mr. Crepsley—. También se encargan de tomar medidas contra los vampiros estúpidos o débiles —suspiró—. He estado esperando esta visita. ¿Vamos a mi tienda, Gavner, para discutir ese asunto?

—¿Me habías estado *esperando*? —Gavner parecía sorprendido.

—Los rumores por fuerza se filtran tarde o temprano —dijo Mr. Crepsley—. No he intentado esconder al chico ni ocultar la verdad. Toma nota de esto, por favor: será lo que alegue durante mi juicio, cuando se me pida que hable en mi defensa.

—¿Juicio? ¿Verdad? ¿El chico? —Gavner estaba desconcertado. Miró bajo mis manos, descubrió las marcas del vampiro bajo las yemas de mis dedos y se quedó con la boca abierta—. ¿El chico es un *vampiro?* —gritó.

—Por supuesto. —Mr. Crepsley frunció el ceño—. Pero seguro que ya lo sabías.

—¡No sabía nada de esto! —protestó Gavner. Me miró a los ojos y se concentró intensamente—. La sangre es débil en él —pensó en voz alta—. Es sólo un semi-vampiro.

—Naturalmente —dijo Mr. Crepsley—. No solemos convertir en vampiros completos a nuestros asistentes.

—¡Ni convertir en asistentes a niños! —le espetó Gavner Purl, sonando más autoritario que antes—. ¿En qué estabas pensando? —preguntó a Mr. Crepsley—. ¡Un *muchacho*! ¿Cuándo sucedió? ¿Por qué no informaste a nadie?

—Hace casi año y medio que le di mi sangre a Darren —dijo Mr. Crepsley—. Por qué lo hice es una larga historia. En cuanto a por qué aún no se lo había dicho a nadie es más fácil de responder: tú eres el primero de nuestra especie al que hemos encontrado. Lo habría llevado al próximo Consejo si no me hubiera tropezado antes con un General. Ahora eso no será necesario.

—¡Claro que lo es! —bufó Gavner.

—¿Por qué? —preguntó Mr. Crepsley—. Tú puedes juzgar mis actos y dictar un veredicto.

—¿Yo? ¿Juzgarte *a ti*? —Gavner rió—. No, gracias. Eso se lo dejaré al Consejo. Lo último que necesito es involucrarme en algo así.

—Disculpe —dije de nuevo—. Pero ¿de qué va todo esto? ¿Por qué están hablando de ser juzgados? ¿Y quién o qué es el Consejo?

—Te lo diré más tarde —dijo Mr. Crepsley, rechazando mis preguntas. Estudió a Gavner con curiosidad—. Si no estás aquí por el chico, ¿a qué has venido? Pensaba que la última vez que nos vimos dejé claro que no quería tener nada que ver con los Generales.

—Claro como el cristal —aceptó Gavner—. Quizá estoy aquí para hablar de los viejos tiempos.

Mr. Crepsley sonrió cínicamente.

—¿Después de diecisiete años de haberme abandonado a mi suerte? Creo que no, Gavner.

El General Vampiro carraspeó discretamente.

—Por aquí se está cociendo algo. No tiene nada que ver con los Generales —añadió rápidamente—. Es personal. He venido porque creo que hay algo que deberías saber. —Se detuvo.

—Vamos —le urgió Mr. Crepsley.

Gavner me miró y se aclaró la garganta.

—No me importa hablar delante de Darren —dijo—, pero parecías ansioso de ocultarle ciertos temas cuando estábamos hablando de nuestro pasado hace un rato. Lo que tengo que decirte quizá no sea apropiado para sus oídos.

—Darren —dijo Mr. Crepsley de inmediato—, Gavner y yo proseguiremos nuestra conversación en mi cuarto, solos. Por favor, busca a Mr. Tall y dile que no podré actuar esta noche.

Eso no me hacía feliz (quería escuchar lo que Gavner tenía que decir: era el primer vampiro que conocía aparte de Mr. Crepsley), pero por su adusta expresión, supe que no serviría de nada insistir. Me di la vuelta para irme.

—Y Darren —me volvió a llamar Mr. Crepsley—. Sé que eres curioso por naturaleza, pero te lo advierto: no intentes escuchar a escondidas. Me formaría una mala opinión de ti si lo hicieras.

—¿Quién se cree que soy? —dije—. Me trata como a un…

—¡Darren! —me espetó—. ¡No escuches!

Asentí abatidamente.

—De acuerdo.

—Anímate —dijo Gavner Purl mientras me alejaba desalentado —. Te lo contaré todo en cuanto Larten se de la vuelta.

Mr. Crepsley se giró hacia él, con los ojos llameantes, y el General Vampiro levantó rápidamente las manos y rió.

—¡Era una broma!

CAPÍTULO 3

Decidí actuar con Madam Octa (la araña de Mr. Crepsley) yo mismo. Era perfectamente capaz de controlarla. Además, sería divertido sustituir a Mr. Crepsley. Había subido al escenario con él muchas veces, pero siempre como su ayudante.

Salí después de Hans *el Manos* (un hombre capaz de correr cientos de yardas sobre sus manos en menos de ocho segundos) y hubo una gran expectación. El público aplaudió, y después vendí un montón de arañas de caramelo a los vociferantes clientes.

Fui a ver a Evra después del espectáculo. Le hablé de Gavner Purl y le pregunté qué sabía sobre los Generales Vampiros.

—No mucho —dijo—. Sé que existen, pero nunca he visto a uno.

—¿Y sobre el Consejo? —pregunté.

—Creo que es una gran convención que tiene lugar entre ellos cada diez o quince años —dijo—. Una gran conferencia donde se reúnen y discuten cosas.

Eso era todo lo que pudo decirme.

Unas pocas horas antes de amanecer, mientras Evra atendía a su serpiente, Gavner Purl salió de la caravana de Mr. Crepsley (el vampiro prefería dormir en los sótanos de los edificios, pero allí en la vieja fábrica no había habitaciones adecuadas) y me pidió que paseara con él un rato.

El General Vampiro caminaba despacio, masajeando las cicatrices de su rostro, como Mr. Crepsley solía hacer cuando estaba pensando.

—¿Te lo pasas bien siendo un semi-vampiro, Darren? —preguntó.

—En realidad, no —respondí francamente—. He terminado por acostumbrarme, pero era más feliz como humano.

Él asintió.

—¿Sabes que sólo crecerás uno de cada cinco años humanos? ¿Te has resignado a una larga infancia? ¿Eso no te molesta?

—Me molesta —dije—. Yo tenía muchas ganas de crecer. Esto me fastidia lo que he esperado durante tanto tiempo. Pero no hay nada que pueda hacer. Me tengo que aguantar, ¿no?

—Sí —suspiró—. Ése es el problema de dar sangre a una persona: no hay modo de deshacerse de la sangre de vampiro. Por eso no damos sangre a los niños: sólo queremos gente que sepa lo que está recibiendo, que deseen abandonar su humanidad. Larten no debió darte su sangre. Fue un error.

—¿Por eso hablaba de ser juzgado? —pregunté.

Gavner asintió.

—Tendrá que rendir cuentas por su error —dijo—. Tendrá que convencer a los Generales y a los Príncipes de que lo que hizo no va a perjudicarles. Si no puede… —Gavner adoptó una expresión lúgubre.

—¿Lo matarán? —pregunté en voz baja.

Gavner sonrió.

—Lo dudo. Larten es muy respetado. Le darán unas palmaditas en la mano, pero no creo que nadie pida su cabeza.

—¿Por qué no le juzga usted? —pregunté.

—Todos los Generales tenemos derecho a emitir veredictos sobre los vampiros sin rango —dijo—. Pero Larten es un viejo amigo. Es mejor que un juez sea imparcial. Incluso aunque hubiese cometido un auténtico crimen, me resultaría muy difícil castigarle. Además, Larten no es un vampiro corriente. Antes era un General.

—¿De veras? —Miré con fijeza a Gavner Purl, pasmado ante la noticia.

—Y uno importante, además —dijo Gavner—. Estaba a punto de ser votado como Príncipe Vampiro cuando dimitió.

—¿Un *príncipe*? —inquirí, escéptico. Me resultaba difícil imaginarme a Mr. Crepsley con una corona y una capa real.

—Así llamamos a nuestros líderes —dijo Gavner—. Hay muy pocos. Sólo son elegidos los vampiros más nobles y respetados.

—¿Y Mr. Crepsley casi se convierte en uno? —dije; Gavner asintió.

—¿Qué ocurrió? —pregunté—. ¿Cómo terminó viajando con el

Cirque Du Freak?

—Tiró la toalla —dijo Gavner—. Estuvo un par de años temiendo ser ordenado (así llamamos al proceso de nombramiento de un Príncipe, ordenación), cuando una noche declaró que el asunto le ponía enfermo y no quería tener nada más que ver con los Generales.

—¿Por qué? —pregunté.

Gavner se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Larten nunca da muchas explicaciones. Quizá es que ya estaba cansado de luchar y matar.

Yo quería preguntar con quién tenían que luchar los Generales Vampiros, pero en ese momento pasamos la última casa del pueblo y Gavner Purl sonrió y estiró los brazos.

—Un paseo esclarecedor —gruñó satisfecho.

—¿Se va? —pregunté.

—Debo hacerlo —dijo—. La agenda de un General es muy apretada. Me dejé caer por aquí sólo porque me cogía de paso. Me gustaría quedarme y charlar de los viejos tiempos con Larten, pero no puedo. De todos modos, pienso que Larten se pondrá pronto en marcha.

Mis oídos se aguzaron.

—¿A dónde va a ir? —pregunté.

Gavner sacudió la cabeza y sonrió ampliamente.

—Lo siento. Me arrancaría la cabellera en vivo si te lo digo. Y ya he dicho más de lo que debería. No le digas que te conté que fue un General, ¿vale?

—No, si usted no quiere que lo haga —dije.

—Gracias. —Gavner se inclinó y me miró—. Larten es a veces como un grano en el culo. Juega sus cartas con demasiada reserva, y sacarle información puede ser como fisgonear entre los dientes de un tiburón. Pero es un buen vampiro, uno de los mejores. No podrías desear un maestro mejor. Confía en él, Darren, y no te equivocarás.

—Lo intentaré —sonreí.

—Éste puede ser un mundo peligroso para los vampiros —dijo Gavner quedamente—. Más peligroso de lo que crees. Pégate a Larten y tendrás más oportunidades de sobrevivir que muchos otros

de nuestra especie. No vivirás tanto como él si no aprendes más que tu pequeña parte de trucos.

—¿Cuántos años *tiene* él? —pregunté.

—No estoy seguro —dijo Gavner—. Creo que unos ciento ochenta o doscientos años.

—¿Y cuántos años tiene *usted*?

—Yo soy un mozalbete —dijo—. Apenas paso del siglo.

—¡Cien años! —silbé suavemente.

—Eso no es nada para un vampiro —dijo Gavner—. Yo apenas tenía diecinueve años cuando recibí la primera sangre, y sólo veintidós cuando me convertí en un vampiro completo. Podría vivir mis buenos cinco siglos, si los dioses de los vampiros lo permiten.

—¡Cinco siglos! —No podía imaginar llegar a ser tan viejo.

—¡Imagínate intentar apagar las velas de *este* pastel! —rió Gavner entre dientes. Entonces se alzó—. Debo irme. Tengo cincuenta millas que recorrer antes de que amanezca. Tendré que escabullirme y ponerme las pilas. —Hizo una mueca—. Odio cometear. Luego siempre me siento enfermo.

—¿Volveré a verle? —pregunté.

—Probablemente —respondió—. El mundo es un lugar pequeño. Estoy seguro de que nuestros caminos volverán a cruzarse de nuevo una hermosa y sombría noche. —Me estrechó la mano—. Hasta otra, Darren Shan.

—Hasta la próxima, Gavner Purl —dije.

—Hasta la próxima —convino, y entonces se marchó. Inspiró profundamente varias veces y empezó a trotar. Tras un momento se convirtió en un sprint. Me quedé donde estaba, viéndole correr, hasta que alcanzó la velocidad del cometeo y desapareció en un parpadeo, tras lo cual me di la vuelta y volví al campamento.

Encontré a Mr. Crepsley en su caravana. Estaba sentado en la ventana (completamente cubierto de tiras de oscura cinta adhesiva, para bloquear la luz del Sol durante el día), mirando al vacío con expresión malhumorada.

—Gavner se ha ido —dije.

—Sí —suspiró.

—No se ha quedado mucho —comenté.

—Es un General Vampiro —dijo Mr. Crepsley—. Su tiempo no le

pertenece.

—Me gusta.

—Es un buen vampiro y un buen amigo —convino Mr. Crepsley.

Me aclaré la garganta.

—Dijo que *usted* también podría irse.

Mr. Crepsley me miró con suspicacia.

—¿Qué más dijo?

—Nada —mentí enseguida—. Le pregunté por qué no podía quedarse más tiempo, y dijo que no tenía sentido, ya que usted probablemente se pondría pronto en marcha.

Mr. Crepsley asintió.

—Gavner me trajo noticias desagradables —dijo con cautela—. Tendré que dejar el Cirque por un tiempo.

—¿A dónde irá? —pregunté.

—A la ciudad —respondió, vagamente.

—¿Y qué hay de mí? —inquirí.

Mr. Crepsley se rascó la cicatriz pensativamente.

—Eso es lo que me he estado planteando —dijo—. Preferiría no llevarte conmigo, pero creo que debo hacerlo. Podría necesitarte.

—Pero me gusta estar aquí —gimoteé—. No quiero dejar esto.

—Ni yo —masculló Mr. Crepsley—. Pero debo hacerlo. Y tú tienes que venir conmigo. Recuérdalo: somos vampiros, no artistas de circo. El Cirque Du Freak es nuestra tapadera, no nuestro hogar.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? —pregunté tristemente.

—Días. Semanas. Meses. No puedo decirlo con certeza.

—¿Y si me niego a ir?

Me estudió de forma inquietante.

—Un asistente que no obedece las órdenes no tiene utilidad —dijo tranquilamente—. Si no puedo contar con tu cooperación, tendré que tomar medidas para deshacerme de ti.

—¿Quiere decir que me despedirá? —sonreí mordazmente.

—Sólo hay un modo de tratar a un semi-vampiro rebelde —respondió, y supe cuál era ese modo—. ¡Una estaca en el corazón!

—No es justo —rezongué—. ¿Qué voy a hacer yo solo todo el día en una ciudad extraña, mientras usted duerme?

—¿Qué era lo que hacías cuando eras humano? —preguntó.

—Las cosas eran diferentes —dije—. Tenía amigos y una familia.

Volveré a estar solo si nos vamos, como al principio, cuando me junté con usted.

—Será duro —dijo Mr. Crepsley compasivamente—, pero no tenemos elección. Debo estar lejos cuando caiga la noche (debería irme ahora, mientras aún no ha amanecido), y tú tienes que venir conmigo. No hay otra…

Se detuvo como si se le hubiera ocurrido algo.

—Pues claro —dijo, lentamente—. Podríamos llevar a otro también.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Podríamos llevar a Evra con nosotros.

Fruncí el ceño, considerándolo.

—Los dos sois buenos amigos, ¿verdad? —preguntó Mr. Crepsley.

—Sí —dije—, pero no sé cómo le sentaría marcharse. Y aquí está su serpiente. ¿Qué haríamos con eso?

—Estoy seguro de que alguien podrá cuidar de la serpiente —dijo Mr. Crepsley, animado por su idea—. Evra sería una buena compañía para ti. Y es más prudente: podría encargarse de que no hicieras diabluras cuando yo no esté cerca.

—¡No necesito una niñera! —resoplé.

—No —admitió Mr. Crepsley—, pero un guardián no vendría mal. Tienes la costumbre de meterte en problemas cuando se te deja apañártelas solo. ¿Recuerdas cuando robaste a Madam Octa? ¿Y el lío que tuvimos con aquel niño humano, Sam nosequé?

—¡Eso no fue culpa mía! —grité.

—En efecto, no lo fue —dijo Mr. Crepsley—. Pero ocurrió cuando estabas actuando por tu cuenta.

Hice una mueca, pero no dije nada.

—¿Se lo pido o no? —dijo Mr. Crepsley insistiendo en la cuestión.

—*Yo* se lo pediré —dije—. Usted posiblemente lo intimidaría para que viniera.

—Hazlo a tu modo. —Mr. Crepsley se levantó—. Iré a explicárselo a Hibernius. —Ése era el primer nombre de Mr. Tall—. Volveré antes de que amanezca, así podré darte instrucciones. Quiero asegurarme de que estamos preparados para viajar tan

pronto caiga la noche.

A Evra le costó decidirse. No le gustaba la idea de dejar a sus amigos del Cirque Du Freak, ni a su serpiente.

—No será para siempre —le dije.

—Ya lo sé —repuso, no muy convencido.

—Míralo como unas vacaciones —sugerí.

—Me gusta la idea de unas vacaciones —admitió—. Pero me gustaría más saber a dónde voy.

—A veces, la sorpresa es más divertida —dije.

—Y a veces no —murmuró Evra.

—Mr. Crepsley estará dormido todo el día —le recordé—. Tendremos libertad para hacer lo que queramos. Podemos ir de turismo, al cine, a nadar, lo que queramos.

—Yo nunca he ido a nadar —dijo Evra, y por el modo en que sonrió, me pareció que había decidido venir.

—¿Le digo a Mr. Tall que vienes? —pregunté—. ¿Y que busque a alguien que cuide de tu serpiente?

Evra asintió.

—A ella no le gusta el clima frío en cualquier caso —dijo—. Estará dormida la mayor parte del invierno.

—¡Genial! —sonreí—. Lo pasaremos bárbaro.

—Más vale —dijo—, o será la última vez que vaya de 'vacaciones' contigo.

Pasé el resto del día empaquetando y desempaquetando. Sólo tenía que llevar dos pequeñas bolsas, una para mí y otra para Mr. Crepsley, pero (aparte de mi diario, que llevaba conmigo a todas partes) no dejaba de pensar en lo que podía llevar.

Entonces recordé a Madam Octa (no iba a llevarla *a ella* también) y me apresuré a buscar a alguien que la cuidara. Hans *el Manos* aceptó vigilarla, aunque dijo que de ningún modo la sacaría de la jaula.

Finalmente, tras horas de ir de acá para allá (Mr. Crepsley lo tenía fácil, ¡el astuto y viejo cabrón!), llegó la noche y la hora de partir.

Mr. Crepsley revisó las bolsas y asintió rígidamente. Le dije que había dejado a Madam Octa con Hans *el Manos* y asintió de nuevo. Recogimos a Evra, dijimos adiós a Mr. Tall y los demás, y entonces

nos despedimos del campamento y comenzamos a andar.

—¿Será capaz de cargar con nosotros dos cometeando? —le pregunté a Mr. Crepsley.

—No tengo intención de cometear —dijo.

—¿Entonces cómo vamos a viajar? —pregunté.

—En autobuses y trenes —replicó. Rió al ver mi sorpresa—. Los vampiros podemos usar los transportes públicos igual que los humanos. No hay ninguna ley contra eso.

—Supongo que no —dije, sonriendo, preguntándome qué pensarían los otros pasajeros si supieran que viajaban con un vampiro, un semi-vampiro y un niño-serpiente—. ¿Nos vamos, entonces? —pregunté.

—Sí —respondió sencillamente Mr. Crepsley, y los tres nos encaminamos al pueblo para tomar el primer tren.

CAPÍTULO 4

Era extraño estar en una ciudad. Los sonidos y los olores casi me volvieron loco el primer par de días: con mis afinados sentidos era como estar en medio de una cacofonía zumbante. Me quedaba tumbado en la cama durante el día, cubriéndome la cabeza con la almohada más gruesa que pude encontrar. Pero hacia el fin de semana ya me había acostumbrado a los súper agudos sonidos y a los aromas y aprendí a ignorarlos.

Nos quedamos en un hotel situado en la esquina de una tranquila plaza de la ciudad. Por las tardes, cuando el tráfico se hacía más lento, los chicos del vecindario se reunían fuera para jugar al fútbol. Me habría encantado unirme a ellos, pero no me atrevía; con mi fuerza extra, podría acabar rompiéndole a alguien los huesos por accidente, o algo peor.

Al comienzo de nuestra segunda semana, caímos en una cómoda rutina. Evra y yo nos despertábamos cada mañana (Mr. Crepsley se iba por las noches por su cuenta, sin decirnos a dónde) y nos tomábamos un abundante desayuno. Después salíamos a explorar la ciudad, que era grande y antigua y llena de cosas interesantes. Volvíamos al hotel al anochecer, por si Mr. Crepsley nos necesitaba, y veíamos la tele o jugábamos con los videojuegos. Generalmente, nos íbamos a la cama entre las once y las doce.

Tras un año en el Cirque Du Freak, era emocionante volver a vivir como un humano normal. Me encantaba poder dormir hasta tarde por las mañanas, sin tener que preocuparme de buscar comida para la Gente Pequeña; era genial no estar corriendo de acá para allá, haciendo recados a los artistas; y estar sentado de noche, con la boca llena de caramelos y cebollas en vinagre, viendo la tele… ¡eso era lo mejor!

Evra, por su parte, también estaba disfrutando. *Nunca* conoció

una vida como ésta. Había formado parte del mundo del circo desde que podía recordar, primero con un cruel propietario de atracciones, y luego con Mr. Tall. Le gustaba el Cirque (a mí también) y estaba deseando volver, pero tenía que admitir que era agradable tener un respiro.

—Nunca entendí que la televisión pudiera ser tan adictiva —dijo una noche, después de haber visto cinco programas seguidos.

—Mamá y papá nunca me dejaban que la viera demasiado —le dije— pero yo conocía a chicos del colegio que la veían durante cinco o seis horas, ¡todas las noches de la semana!

—Yo no llegaría hasta ese extremo —meditó Evra—, pero es entretenida en pequeñas dosis. Quizá me compre una televisión portátil cuando volvamos al Cirque Du Freak.

—Nunca pensé en conseguir una televisión desde que me uní —dije—. Hay tanto que hacer, que era en lo último que habría pensado. Pero tienes razón. —Estaría bien tener una tele, aunque sólo pudiéramos ver las reposiciones de Los Simpsons. Ése era nuestro programa favorito.

A veces me preguntaba qué hacía Mr. Crepsley (siempre había sido misterioso, pero nunca *tan* secretista), pero en realidad no me preocupaba demasiado: era agradable no tenerlo cerca.

Evra se envolvía en un montón de ropa cada vez que salíamos. No por el frío (aunque lo *hacía*: la primera nevada cayó un par de días después de nuestra llegada) sino por su apariencia. Aunque no le importaba que la gente se quedara mirándolo (estaba acostumbrado a eso), era más fácil andar por ahí si podía pasar por un humano normal. De esa forma no tendría que pararse cada cinco o diez minutos a explicarles a extraños curiosos quién y qué era.

Cubrir su cuerpo, piernas y brazos era fácil (pantalones, un jersey, y guantes), pero con su rostro era más complicado: en él no había tantas escamas como en el resto de su cuerpo, pero no era el rostro de un ser humano corriente. Una gran gorra de béisbol se encargaba de su largo cabello verdiamarillo, y unas gafas oscuras cubrían buena parte de la mitad superior de su cara. Pero la mitad inferior…

Experimentamos con vendas y pintura de color carne antes de dar con la solución: ¡una barba falsa! La compramos en una tienda

de artículos de broma, y aunque parecía una tontería (nadie la confundiría con una de verdad), funcionó.

—Menudo par debemos parecer —dijo Evra con una risita un día en que dábamos una vuelta por el zoo—. Tú con tu traje de pirata, y yo con esta facha. Es posible que la gente piense que somos un par de locos fugados.

—La gente del hotel, definitivamente sí —reí—. He escuchado a los botones y a las doncellas hablando de nosotros… Piensan que Mr. Crepsley es un doctor loco y nosotros dos de sus pacientes.

—¿Sí? —Evra se echó a reír—. Imagínate si supieran la verdad… ¡Que vosotros sois un par de vampiros y yo un niño-serpiente!

—No creo que importe —dije—. Mr. Crepsley da buenas propinas, y eso es lo importante. 'El dinero compra la privacidad', como escuché decir a uno de los gerentes cuando una doncella se quejó de un tipo que había estado caminando desnudo por los pasillos.

—¡Yo lo vi! —exclamó Evra—. Pensaba que se le había cerrado la puerta de su habitación y se había quedado fuera.

—Nope —sonreí—. Al parecer, estuvo andando así durante cuatro o cinco días. Según el gerente, viene cada año por un par de semanas y se pasa todo el tiempo vagando por ahí desnudo como un bebé.

—¿Y le dejan? —preguntó Evra, asombrado.

—'El dinero compra la privacidad' —repetí.

—Y yo que pensaba que el Cirque Du Freak era un extraño lugar para vivir —murmuró Evra con ironía—. ¡Los humanos son aún más raros que nosotros!

***

Con el paso de los días, la ciudad cobró un aspecto cada vez más navideño a medida que la gente hacía los preparativos para el veinticinco de Diciembre. Aparecieron los árboles de Navidad; las luces y los adornos iluminaban calles y ventanas cada noche; Papá Noel había aterrizado y tomaba nota de los pedidos; juguetes de todas las formas y tamaños llenaban las tiendas desde el suelo hasta

el techo.

Yo estaba deseando que llegara la Navidad: el último año me pasó desapercibida, pues la Navidad era algo que difícilmente se podría relacionar con Cirque Du Freak, una molesta celebración.

Evra no podía entender que fuera motivo de tanto alboroto.

—¿A *qué* viene todo esto? —preguntaba sin cesar—. La gente se gasta un montón de dinero en regalarse cosas que en realidad no necesitan; se vuelven medio locos por conseguir tener a punto una gran cena; se cultivan árboles y se crían pavos que luego se sacrifican masivamente. ¡Es ridículo!

Traté de decirle que era un día de paz y buena voluntad, en que las familias se reunían con alegría, pero no escuchaba. Por lo que a él se refería, era una disparatada y rentable estafa.

Mr. Crepsley, por supuesto, se limitaba a resoplar cada vez que se tocaba el tema.

—Una estúpida costumbre humana. —Así lo consideraba y no quería tener nada que ver con la fiesta.

Sería una Navidad muy solitaria sin mi familia (los echaba más de menos en estas fechas que el resto del año, especialmente a Annie), pero al mismo tiempo, la esperaba ansiosamente. El personal del hotel iba a dar una gran fiesta para los huéspedes. Habría pavo y jamón y pastel navideño y galletas. Yo estaba decidido a inculcarle a Evra el espíritu navideño: estaba seguro de que cambiaría de opinión cuando experimentara directamente la Navidad.

—¿Quieres ir de compras? —le pregunté una fría tarde, envolviéndome una bufanda alrededor del cuello (no la necesitaba, ya que mi sangre de vampiro me mantenía caliente, ni tampoco el grueso abrigo ni el pesado jersey, pero llamaría la atención si fuera sin ellos).

Evra echó un vistazo por la ventana. Había estado nevando antes y el mundo exterior era de un blanco glacial.

—Nah —dijo—. No tengo ganas de volver a ponerme esa ropa tan gruesa. —Habíamos salido esa mañana, y lanzado bolas de nieve el uno al otro.

—De acuerdo —dije, contento de que no viniera: quería mirar algunos regalos para él—. No estaré fuera más de una o dos horas.

—¿Volverás antes de que oscurezca? —preguntó Evra.

—Tal vez —dije.

—Más vale que lo hagas. —Movió la cabeza hacia la habitación donde Mr. Crepsley estaba durmiendo—. Ya sabes cómo es: la noche en que no estés aquí cuando despierte, será cuando te necesite.

Me eché a reír.

—Me arriesgaré. ¿Quieres que te traiga algo a la vuelta? —Evra negó con la cabeza—. De acuerdo. Te veré enseguida.

Caminé entre la nieve, silbando para mí mismo. Me gustaba la nieve: cubría la mayor parte de los olores y atenuaba muchos ruidos. Algunos chicos del barrio estaban fuera, haciendo un muñeco de nieve. Me detuve a observarlos, pero me fui antes de que pudieran invitarme a unirme a ellos: era mejor no mezclarme con humanos.

Mientras estaba plantado ante unos grandes almacenes, estudiando el escaparate, preguntándome qué podía comprarle a Evra, una chica casi chocó conmigo y se paró junto a mí. Tenía la piel oscura, y largos cabellos negros. Parecía tener mi edad y era un poco más baja que yo.

—Ahoy, capi —dijo, a modo de saludo.

—¿Perdón? —repliqué, sorprendido.

—El traje —sonrió ampliamente, tirando de mi abrigo abierto—. Creo que es muy guay, pareces un pirata. ¿Vas a entrar o sólo estás mirando?

—No lo sé —dije—. Estoy buscando un regalo para mi hermano, pero no estoy seguro de qué comprarle. —Ésa era nuestra historia, que Evra y yo éramos hermanos, y Mr. Crepsley nuestro padre.

—Oh —asintió—. ¿Cuántos años tiene?

—Uno más que yo —dije.

—Aftershave —respondió sin dudarlo.

Sacudí la cabeza.

—Aún no ha empezado a afeitarse. —Y no lo haría nunca: el pelo no crecería en las escamas de Evra.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Qué tal un CD?

—No suele escuchar música —dije—. Aunque si le compro un lector de CD, podría empezar a hacerlo.

—Son muy caros —apuntó la chica.

—Es mi único hermano —dije—. Él lo merece.

—Entonces ve a por él —y me tendió la mano. No llevaba guantes, a pesar del frío—. Me llamo Debbie.

Se la estreché (la mía era muy blanca, comparada con su oscura piel) y le dije mi nombre.

—Darren y Debbie —sonrió—. Suena bien, como Bonnie y Clyde.

—¿Siempre hablas así con los extraños? —pregunté.

—No —dijo—. Pero nosotros no somos extraños.

—¿No lo somos? —Fruncí el ceño.

—Te he visto por ahí —dijo ella—. Vivo en el barrio, a unas cuantas puertas del hotel. Por eso sabía lo de tu traje de pirata. Vas con ese tipo tan gracioso de las gafas y la barba falsa.

—Evra. El regalo que quiero comprar es para él. —Intenté ubicar su rostro, pero no podía recordar haberla visto con los otros niños —. Nunca te había visto —dije.

—No he salido mucho —repuso ella—. He estado en la cama con catarro. Así fue como te descubrí… Me pasaba los día asomada a la ventana, contemplando el barrio. La vida es realmente aburrida cuando tienes que quedarte en la cama.

Debbie se sopló las manos y las frotó una contra otra.

—Deberías llevar guantes —le dije.

—Mira quién habla. —Sorbió por la nariz. Yo había olvidado ponerme los míos antes de irme—. En todo caso, estoy aquí por eso… Perdí mis guantes antes y he estado recorriendo las tiendas tratando de encontrar un par idéntico. No quiero que mis padres vean que los he perdido al segundo día de haber dejado la cama.

—¿Cómo son? —le pregunté.

—Rojos, con ribetes de piel sintética en las muñecas —dijo—. Mi tío me los regaló hace unos meses, pero no sé de dónde los sacó.

—¿Ya has buscado aquí? —pregunté.

—Uh-uh —dijo—. A eso iba cuando te descubrí.

—¿Quieres venir conmigo? —pregunté.

—Claro —respondió—. Odio ir de compras yo sola. Te ayudaré a escoger un lector de CD si quieres. Sé mucho de eso.

—De acuerdo —acepté, y empujé la puerta abierta, sujetándola

para ella.

—Vaya, Darren —dijo, con una risita—, la gente pensará que estás enamorado de mí.

Sentí cómo me ruborizaba y traté de pensar en una respuesta adecuada… pero no pude. Debbie soltó una risita, entró, y dejó que me rezagara tras ella.

CAPÍTULO 5

El apellido de Debbie era Hemlock[5] y ella lo odiaba.

—¡Imagínate llamarte como una planta venenosa! —dijo, echando chispas.

—No es tan malo —dije—. A mí me gusta.

—Tienes unos *gustos* muy raros —se burló ella.

Debbie había venido a vivir aquí recientemente con sus padres. No tenía hermanos ni hermanas. Su padre era un genio de las computadoras que con frecuencia viajaba por todo el mundo por asuntos de negocios. Se habían mudado cinco veces desde que ella nació.

Ella mostró interés por saber por qué también iba yo de un sitio a otro. No podía hablarle del Cirque Du Freak, pero le dije que viajaba mucho con mi padre, que era viajante de comercio.

Debbie quiso saber por qué no había visto a mi padre por el barrio.

—Te he visto a ti y a tu hermano muchas veces, pero nunca a tu padre.

—Es un madrugador —mentí—. Se levanta antes del amanecer y no vuelve hasta después de que oscurece, la mayoría de los días.

—¿Y os deja a los dos solos en el hotel? —Frunció los labios como si reflexionara sobre ello—. ¿Y el colegio? —preguntó.

—¿Son los guantes que quieres? —eludí la cuestión, cogiendo un par de guantes rojos de un estante.

—Casi —dijo ella, examinándolos—. Los míos eran de un tono más oscuro.

Nos fuimos a otra tienda y miramos montones de lectores de CD. Yo no llevaba mucho dinero, así que no pude comprar nada.

—Naturalmente, después de Navidad estarán de oferta —suspiró Debbie—, pero ¿qué puedes hacer? Si esperas, vas a parecer un

rácano.

—No me preocupa el dinero —dije. Siempre podía pedírselo a Mr. Crepsley.

Después de fracasar en la búsqueda de un par de guantes adecuados en otro par de tiendas, paseamos durante un rato, contemplando las luces de las calles y las ventanas.

—Me encanta esta hora de la tarde —dijo Debbie—. Es como si una ciudad se fuera a dormir y otra nueva se despertara.

—Una ciudad de noctámbulos —dije, pensando en Mr. Crepsley.

—Hmmm —dijo ella, mirándome con suspicacia—. ¿De dónde eres? No puedo reconocer tu acento.

—De aquí y de allá —respondí, vagamente—. De todas partes.

—No quieres decírmelo, ¿verdad? —preguntó directamente.

—A mi padre no le gusta que hable con la gente —dije.

—¿Por qué no? —me desafió.

—No puedo decírtelo —respondí, sonriendo débilmente.

—Hmmm —rezongó, pero dejó el tema—. ¿Cómo es tu hotel? —preguntó—. Parece un lugar para gente estirada. ¿Lo es?

—No —dije—. Es mejor que la mayoría de los sitios en los que he estado. El personal no te molesta si no juegas en los pasillos. Y alguno de los clientes… —Le conté lo del tipo que se paseaba desnudo.

—¡No! —chilló ella—. ¡Me tomas el pelo!

—De verdad —le juré.

—¿Y no lo echan?

—Él paga. Por lo que a ellos respecta, tiene derecho a pasearse así por donde le plazca.

—Tendré que ir alguna vez —sonrió.

—Cuando tú quieras —le dije, sonriendo—. Menos durante el día —añadí rápidamente, recordando al durmiente Mr. Crepsley. Lo último que quería era que Debbie importunara a un vampiro mientras dormía.

Nos dirigimos al barrio, sin prisas. Me gustaba estar con Debbie. Sabía que no debería trabar amistad con humanos (era demasiado peligroso), pero resultaba difícil rechazarla. No había estado con nadie de mi edad, a excepción de Evra, desde que me convertí en semi-vampiro.

—¿Qué les dirás a tus padres sobre los guantes? —le pregunté cuando nos detuvimos frente a su casa.

Se encogió de hombros.

—La verdad. Empezaré a toser cuando se lo diga. Con un poco de suerte, se apiadarán de mí y no se enfadarán mucho.

—Eres mala —reí.

—Con un apellido como Hemlock, ¿te sorprende? —sonrió, y entonces preguntó—: ¿Quieres pasar un rato?

Miré mi reloj. Mr. Crepsley probablemente ya se habría levantado y salido del hotel. No me gustaba la idea de dejar a Evra solo mucho rato: podría enfadarse si pensaba que yo le desatendía y decidir regresar al Cirque Du Freak.

—Mejor no —dije—. Ya es tarde. Otra vez será.

—Cuando te venga bien —dijo Debbie—. Puedes venir mañana si quieres. En cualquier momento. Yo estaré aquí.

—¿No vas al colegio? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Con las vacaciones tan cerca, mamá dice que no tengo que volver hasta Año Nuevo.

—¿Pero te dejó salir en busca de tus guantes?

Debbie se mordió el labio, azorada.

—Ella no sabe que he estado paseando —confesó—. Tomé un taxi, diciéndole que iba a ver a una amiga. Supuse que volvería en taxi también.

—¡Ajá! —sonreí—. Ahora puedo hacerte chantaje.

—¡Inténtalo! —resopló—. Prepararé un brebaje de bruja y te transformaré en rana. —Pescó las llaves de su cartera y se detuvo—. *Vendrás*, ¿verdad? Me aburro mucho yo sola. Aún no he hecho demasiados amigos aquí.

—No tengo inconveniente —dije—. ¿Pero cómo se lo explicarás a tu madre? No puedes decirle que me conociste en un taxi.

—Tienes razón. —Entrecerró los ojos—. No había pensado en eso.

—No soy sólo una cara bonita —dije, jocosamente.

—¡*Ni siquiera* tienes una cara bonita! —rió—. ¿Y si voy al hotel? —sugirió—. Desde allí podemos ir al cine, y le diré a mamá que allí fue donde te conocí.

—De acuerdo —respondí, y le dije el número de mi habitación —. Pero no vengas demasiado temprano —le advertí—. Espera hasta las cinco o las seis, cuando esté más oscuro.

—Vale. —Golpeó con los pies los peldaños de la puerta—. ¿Y bien? —dijo.

—¿Y bien, qué? —repliqué.

—¿No me lo vas a pedir?

—¿Pedirte, qué?

—Que vayamos al cine —dijo.

—Pero tú sólo…

—Darren —suspiró—. Las chicas *nunca* le piden a los chicos salir.

—¿No? —Yo estaba confuso.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Emitió una risita sofocada—. Sólo pregúntame si quiero ir al cine, ¿vale?

—De acuerdo —refunfuñé—. Debbie… ¿Quieres ir al cine conmigo?

—Lo pensaré —dijo, y entonces cerró la puerta y desapareció tras ella.

¡Chicas!

CAPÍTULO 6

Evra estaba viendo la tele cuando entré.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—No —respondí—. ¿Mr. Crespley no me ha echado en falta?

—Apenas se dio cuenta de tu ausencia. Ha estado actuando de modo extraño últimamente.

—Lo sé —dije—. Necesito tomar sangre humana, pero él ni lo ha mencionado. Normalmente es muy exigente en que realice las tomas con puntualidad.

—¿Vas a alimentarte sin él? —preguntó Evra.

—Es posible. Me metí en una de las habitaciones la última noche y tomé un poco de sangre de un huésped dormido. Utilicé una jeringa. —Yo aún no era capaz de cerrar los cortes con saliva como hacían los vampiros completos.

Había recorrido un largo camino en un año. No hacía tanto tiempo, habría dejado pasar la oportunidad de conseguir alimento; ahora me alimentaba porque quería, y no porque me lo mandaran.

—Más vale que tengas cuidado —me advirtió Evra—. Si te pillan, a Mr. Crepsley le dará un ataque.

—¿Pillarme? ¿A mí? ¡Imposible! Entraré como la brisa y saldré como un fantasma.

Lo hice, además, a las dos de la mañana. Era fácil para alguien con mis habilidades: pegando el oído a la puerta y escuchando los sonidos de adentro, podía decir cuánta gente había en una habitación y tanto si estaban ligera como profundamente dormidos. Cuando encontré una habitación abierta con un hombre solo, roncando como un oso, me permití entrar y tomé la cantidad de sangre que necesitaba. De regreso en mi habitación, vacié la sangre en un vaso y bebí.

—Con esto tendré suficiente —dije al acabar—. Hasta mañana,

en cualquier caso, y eso es lo que importa.

—¿Qué habrá de especial mañana? —preguntó Evra.

Le conté lo de mi encuentro con Debbie y que habíamos quedado para ir al cine.

—¡Tienes una cita! —rió Evra encantado.

—¡No es una cita! —resoplé—. Sólo vamos a ir al cine.

—¿*Sólo?* —sonrió Evra—. Para una chica, no es *sólo* eso. Es una cita.

—De acuerdo —dije—, es una *especie* de cita. No soy estúpido. Sé que no debo involucrarme.

—¿Por qué no? —preguntó Evra.

—Porque ella es una chica normal, y yo sólo medio humano —dije.

—Eso no tiene por qué ser un impedimento para que salgáis juntos. Ella no podría adivinar que eres un vampiro, a menos que empieces a morderle el cuello.

—Ja, ja —reí secamente—. No es eso. En cinco años más ella será una mujer, mientras que yo seguiré igual.

Evra sacudió la cabeza.

—Preocúpate por los próximos cinco *días* —me aconsejó—, no por los próximos cinco *años*. Has estado demasiado pegado a Mr. Crepsley… Te estás volviendo tan sombrío como él. No hay nada que te impida citarte con chicas.

—Supongo que tienes razón —suspiré.

—Claro que la tengo.

Me mordí el labio, nerviosamente.

—Asumiendo que *fuera* una cita —dije—, ¿qué *hago*? Nunca había tenido una cita antes.

Evra se encogió de hombros.

—Ni yo tampoco. Pero imagino que actuar con normalidad. Charlar con ella. Contarle algunos chistes. Tratarla como a una amiga. Y luego…

—¿*Luego*? —pregunté cuando se detuvo.

Frunció los labios.

—¡Darle un beso! —rió.

Le arrojé una almohada.

—Lamento habértelo contado —rezongué.

—Sólo estoy bromeando. Pero te diré algo. —Se puso serio—. *No* se lo cuentes a Mr. Crepsley. Probablemente nos haría marcharnos a otra ciudad de inmediato, o como mínimo a otro hotel.

—Tienes razón —convine—. Guardaré silencio sobre Debbie cuando él esté cerca. No será difícil: apenas le veo. Y cuando lo hago, casi nunca dice nada. Parece como si estuviera en su propio mundo.

Aunque entonces no podía saberlo, se trataba de un mundo del que Evra y yo pronto formaríamos parte… y también Debbie.

***

El siguiente día transcurrió lentamente. Mi estómago era un manojo de nervios. Tuve que beber leche caliente para calmarlos. Evra no era de mucha ayuda. Se pasaba mirando la hora y anunciando en voz alta: «¡Faltan cinco horas!». «¡Faltan cuatro horas!». «¡Tres horas y media…!».

Afortunadamente no tenía que preocuparme por la ropa: sólo tenía un traje, así que no habría problema para elegir lo que me pondría. Pero me pasé un par de horas en el baño, asegurándome de estar inmaculadamente limpio.

—Tranquilízate —dijo Evra finalmente—. Estás estupendo. Casi me siento tentado de salir contigo.

—Cállate, estúpido —le espeté, pero sin poder evitar sonreír.

—Bueno, de todas formas —dijo Evra—, ¿quieres que me esfume antes de que llegue Debbie?

—¿Por qué? —pregunté.

—Quizá no quieras que esté aquí —musitó.

—Quiero presentártela. Ella cree que eres mi hermano. Sería un poco raro que no estuvieras aquí cuando aparezca.

—Es que… Bueno… ¿Cómo explicártelo? —se preguntó Evra.

—¿Explicarme *qué*?

—Mi aspecto —dijo, mientras se sonrojaban unas cuantas escamas a lo largo de su brazo.

—Oh —dije, comprendiendo al fin. Debbie no sabía que Evra era

un niño-serpiente. Ella esperaría encontrar a un chico normal.

—Podría intimidarla —dijo Evra—. Mucha gente se asusta cuando se encuentra cara a cara con alguien como yo. Quizá sea mejor que…

—Escucha —dije con firmeza—. Tú eres mi mejor amigo, ¿vale?

—Sí —sonrió Evra débilmente—. Pero…

—¡No! —mascullé—. Sin peros. Debbie me gusta mucho, pero si no puede aceptarte como eres, es su problema.

—Gracias —dijo Evra, con seriedad.

***

Cayó la noche y Mr. Crepsley despertó. El vampiro tenía un aspecto macilento. Cociné para él (bacon, salchichas, chuletas de cerdo), comió rápidamente y se dispuso a marcharse antes de que Debbie llegara.

—¿Se siente bien? —le pregunté tras verle engullir la comida.

—Muy bien —murmuró.

—Pues tiene un aspecto terrible —le respondí francamente—. ¿Se ha alimentado últimamente?

Sacudió la cabeza.

—No he tenido tiempo. Lo haré esta noche.

—Tomé sangre de un huésped la noche pasada —dije—. Eso me mantendrá durante otra semana o así.

—Está bien —dijo con aire ausente. Era la primera vez que me alimentaba por mí mismo, y esperaba que me felicitara o algo así, pero no pareció importarle. Era como si hubiera perdido todo interés en mí.

Me puse a limpiar cuando se hubo marchado, y luego me senté a ver la tele con Evra, y a esperar a Debbie.

—No va a venir —dije, cuando me pareció que habían transcurrido un par de horas—. Me ha plantado.

—Relájate —rió Evra—. Sólo has estado ahí sentado diez minutos. Todavía es pronto.

Miré mi reloj… y tenía razón.

—No podré pasar por esto —gemí—. Nunca había salido con

una chica antes. Meteré la pata. Pensará que soy aburrido.

—No te preocupes tanto —dijo Evra—. Tú *quieres* salir con ella, y *vas* a salir con ella, así que ¿por qué preocuparse?

Me dispuse a responderle, pero me interrumpí cuando Debbie llamó a la puerta. Me olvidé de mis nervios en un segundo, y me levanté de un salto para dejarla pasar.

CAPÍTULO 7

Esperaba que Debbie se hubiera puesto elegante, pero llevaba unos tejanos y un holgado jersey bajo un largo y grueso abrigo.

Advertí que llevaba puestos un par de guantes rojos.

—¿Encontraste los guantes? —pregunté.

Hizo una mueca.

—Estuvieron en mi habitación todo el tiempo —rezongó—. Se habían caído detrás del radiador. Y naturalmente, sólo los encontré *después* de haberle dicho a mamá que había estado paseando sin ellos… ¿Tu padre y tu hermano están aquí? —preguntó.

—Mr. Cre… Quiero decir, *papá ha salido*. Evra está aquí. —Hice una pausa—. Hay algo que deberías saber sobre Evra —dije.

—¿Qué?

—No es como otras personas.

—¿Cómo es? —rió Debbie.

—Verás —comencé a explicar—, Evra es un…

—Mira —me interrumpió Debbie—, no me importa lo raro que sea. Tú sólo déjame entrar y preséntanos.

—De acuerdo —sonreí vacilante, y le hice un gesto invitándola a pasar. Debbie entró decididamente, caminando delante de mí. Dio un par de pasos hacia la habitación, descubrió a Evra y se detuvo.

—¡Guau! —exclamó—. ¿Eso es un disfraz?

Evra sonrió con nerviosismo. Estaba frente a la televisión, con los brazos cruzados, totalmente rígido.

—Debbie —dije—, éste es Evra, mi hermano. Él es…

—¿Eso son *escamas*? —preguntó Debbie, acercándose a él.

—Pues… huh… —dijo Evra.

—¿Puedo tocarlas? —preguntó Debbie.

—Claro —le dijo Evra.

Ella deslizó los dedos por su brazo izquierdo (él llevaba una

camiseta) y luego por el derecho.

—¡Guau! —dijo Debbie sofocadamente—. ¿Siempre has sido así?

—Sí —dijo Evra.

—Es un niño-serpiente —expliqué yo.

Debbie se giró hacia mí con fiereza.

—¡Eso que has dicho es horrible! —me espetó—. No deberías llamarle así sólo por tener un aspecto diferente.

—No le llamo así… —comencé a decir, pero ella me interrumpió.

—¿Cómo te sentirías tú si alguien se burlara de ese estúpido disfraz que llevas? —chispeó. Yo miré mi traje—. ¡Oh, sí! —dijo con desdén—. Podría haber dicho muchas cosas de ese atuendo tan estrafalario, pero no lo hice. Imaginé que si querías parecer una especie de *Peter Pan*, era cosa tuya.

—Está bien —dijo Evra suavemente—. *Soy* un niño-serpiente. —Debbie clavó los ojos en Evra, insegura—. De veras, lo soy —le juró—. Tengo algunas características serpentinas: mudo la piel, tengo la sangre fría, tengo ojos de serpiente…

—Aún así —dijo Debbie—, no es agradable que te comparen con una serpiente.

—Lo es si te *gustan* las serpientes —rió Evra.

—Oh. —Debbie se volvió hacia mí, algo avergonzada—. Lo siento —dijo.

—Está bien —dije, secretamente complacido de que ella hubiera reaccionado de aquel modo… Eso significaba que no tenía prejuicios.

Debbie estaba fascinada con Evra y no paraba de hacerle preguntas. ¿Qué comía? ¿Con cuánta frecuencia? ¿Podía hablar con las serpientes? Después de un rato le dije que le enseñara la lengua (él tenía una lengua realmente larga y era capaz de tocarse la nariz con ella).

—¡Es la cosa más asquerosa y genial que he visto nunca!

Debbie aulló cuando Evra le mostró su habilidad para lamerse los orificios nasales.

—Me encantaría poder hacer *yo* eso. Horrorizaría a todos los del colegio.

Finalmente llegó la hora de ir al cine.

—No volveré tarde —le dije a Evra.

—Por mí no tengas prisa —dijo él, y me guiñó un ojo.

***

Fue un corto paseo hasta el cine, y llegamos con tiempo de sobra hasta que empezara la película. Compramos palomitas de maíz y bebidas y entramos. Hablamos el uno del otro durante los anuncios y los avances.

—Me gusta tu hermano —dijo Debbie—. Parece un poco tímido, pero supongo que es por su aspecto.

—Sí —convine—. La vida no ha sido fácil para él.

—¿Hay alguien más en tu familia que sea así? —preguntó.

—No —dije—. Evra es único en su especie.

—¿Tu madre es normal? —Le conté a Debbie que mis padres estaban divorciados y que Evra y yo pasábamos medio año con cada uno—. ¿Y tu padre?

Sonreí.

—Mi padre también es raro —dije—, pero no como Evra.

—¿Cuándo podré conocerle? —preguntó.

—Pronto —mentí. Debbie se había entusiasmado inmediatamente con el niño-serpiente, pero ¿cómo reaccionaría ante un vampiro? Yo tenía el presentimiento de que no le gustaría tanto Mr. Crepsley, no si llegaba a saber lo que él era.

La película resultó ser una estúpida comedia romántica. Debbie se rió más que yo.

Hablamos más tarde sobre la película mientras paseábamos por el barrio. Fingí que me había gustado más de lo que en realidad me gustó. Mientras caminábamos por un oscuro callejón, Debbie deslizó su mano en la mía y la apretó de un modo tan agradable que me hizo sentir genial.

—¿No te da miedo la oscuridad? —preguntó ella.

—No —dije. El callejón resultaba bastante luminoso para mi desarrollada visión de vampiro—. ¿Qué hay en ella para que se la deba temer? —pregunté.

Ella se estremeció.

—Sé que es una tontería —dijo—, pero siempre he temido que un vampiro o un hombre-lobo saltaran de repente sobre mí. —Se echó a reír—. Es estúpido, ¿eh?

—Sí —dije, riendo débilmente—. Estúpido.

Si ella supiera…

—Tus uñas son realmente largas —comentó.

—Lo siento —dije. Mis uñas eran increíblemente duras. Las tijeras no podían cortarlas. Tenía que morderlas con mis dientes para mantenerlas a raya.

—No hace falta que te disculpes —dijo ella.

Cuando salimos del callejón, sentí que me observaba a la luz de las farolas.

—¿Qué miras? —pregunté.

—Hay algo diferente en ti, Darren —musitó—. Algo que no puedo definir.

Me encogí de hombros, intentando trivializar el tema.

—Es que soy tan atractivo… —bromeé.

—No —dijo ella, seriamente—. Es algo en tu interior. A veces lo veo en tus ojos.

Aparté la mirada.

—Vas a hacer que me sonroje —protesté.

Ella apretó mi mano.

—Mi papá siempre dice eso. Dice que soy demasiado curiosa. Mi mente no para de divagar y siempre digo lo que se me pasa por la cabeza. Debería aprender a callarme.

Llegamos al barrio y acompañé a Debbie hasta la puerta de su casa. Me detuve torpemente ante la entrada, preguntándome qué debía hacer a continuación.

Debbie resolvió el problema por mí.

—¿Quieres entrar? —preguntó.

—¿No están tus padres en casa? —repuse.

—No pasa nada… A ellos no les importará. Les diré que eres el amigo de una amiga.

—Bueno… vale —dije—. Si estás segura…

—Lo estoy —dijo ella, sonriendo, y entonces me tomó de la mano y abrió la puerta.

¡Al entrar me sentía casi tan nervioso como la noche en que me

deslicé sigilosamente en los sótanos del viejo teatro de mi ciudad natal y le robé a Madam Octa a Mr. Crepsley mientras dormía!

CAPÍTULO 8

Resultó que no tenía nada de qué preocuparme. Los padres de Debbie eran tan simpáticos como ella. Se llamaban Jesse y Donna (no me permitieron llamarles señor y señora Hemlock) y me hicieron sentir bienvenido nada más entrar.

—¡Hola! —dijo Jesse, el primero en verme cuando entramos al salón—. ¿Quién es éste?

—Mamá, papá, éste es Darren —dijo Debbie—. Es un amigo de Anne. Me encontré con él en el cine y le invité a pasar. ¿Os parece bien?

—Claro —dijo Jesse.

—Por supuesto —añadió Donna—. Estábamos preparando la cena. ¿Te gustaría quedarte, Darren?

—Si no es un problema… —dije.

—Ningún problema —sonrió, radiante—. ¿Te gusta el fiambre?

—Es mi plato favorito —le dije. En realidad no lo era, pero suponía que debía corresponder a su amabilidad.

Les hablé un poco de mí a Jesse y Donna mientras comíamos.

—¿Qué tal el colegio? —preguntó Jesse, como Debbie había hecho antes que él.

—Mi padre fue profesor —mentí, después de haberle dado vueltas a ese tema desde ayer—. Él nos enseña a Evra y a mí.

—¿Más fiambre, Darren? —preguntó Donna.

—Sí, por favor —dije—. Está delicioso. —Eso era cierto. Mucho mejor que cualquier fiambre que hubiera probado antes—. ¿Qué lleva?

—Unas cuantas especias extra —dijo Donna, sonriendo con orgullo—. Antes era cocinera.

—Me gustaría que tuvieran a alguien como usted en el hotel —suspiré—. La comida que sirven allí no es muy buena.

Me ofrecí a lavar los platos cuando terminamos, pero Jesse dijo que él lo haría.

—Es mi modo de relajarme al final de un día duro —explicó—. Nada me gusta más que fregar unos cuantos platos sucios, encerar el pasamanos y pasar la aspiradora por la moqueta.

—¿Está bromeando? —le pregunté a Debbie.

—En realidad, no —dijo ella—. ¿Podemos subir a mi habitación? —preguntó.

—Adelante —le dijo Donna—. Pero no charléis mucho rato. Nos quedan un par de capítulos de «*Los tres mosqueteros*» para acabar, ¿recuerdas?

Debbie hizo una mueca.

—Todos para uno y uno para todos —rezongó—. Qué excitante… ¿No crees?

—¿No te gustan «*Los tres mosqueteros*»? —pregunté.

—¿Y a ti?

—Claro. He visto la película al menos ocho veces.

—¿Pero te has leído el libro? —preguntó ella.

—No, pero una vez leí un cómic sobre ellos.

Debbie intercambió una mirada desdeñosa con su madre, y las dos estallaron en risas.

—Tengo que leer un poco de esos llamados clásicos cada noche —rezongó Debbie—. Espero que nunca compruebes lo aburridos que pueden llegar a ser esos libros. Bajaremos pronto —le dijo a su madre, y me indicó el camino hacia el piso de arriba.

Su habitación estaba en el tercer piso. Era grande y escasamente amueblada, con enormes armarios y casi sin pósters ni adornos.

—No me gusta lo recargado —explicó Debbie cuando me vio mirar alrededor.

Había un desnudo árbol de Navidad artificial en un rincón de la habitación. También había uno en el salón, y me fijé en que había un par más en otras habitaciones mientras subíamos las escaleras.

—¿Por qué tenéis tantos árboles? —pregunté.

—Fue idea de papá —dijo Debbie—. Le encantan los árboles de Navidad, así que colocamos uno en cada habitación de la casa. Los adornos están debajo, en unas cajas —señaló una caja bajo el árbol —, y las abrimos la víspera de Navidad y decoramos los árboles. Es

un modo muy agradable de pasar la noche, y acabas agotado, así que te quedas dormido casi tan pronto como tu cabeza toca la almohada.

—Suena divertido —admití melancólicamente, recordando cómo era decorar el árbol de Navidad en casa, con mi familia.

Debbie me estudió en silencio.

—Podrías venir la víspera de Navidad —dijo—. Tú y Evra. Y tu padre también. Podríais ayudarnos con los árboles.

La miré fijamente.

—¿En serio?

—Claro. Tendré que consultarlo con mis padres primero, pero no creo que les importe. Ya hemos tenido amigos que nos ayudaban. Cuanta más gente haya, más divertido será.

Me sentí feliz de que me lo pidiera, pero dudé antes de aceptar.

—¿Qué, les pregunto? —dijo ella.

—No estoy seguro de si seguiré aún aquí en Navidad. Mr. Cre… *papá* es impredecible. Siempre va a donde le lleve su trabajo.

—Bueno, la oferta sigue en pie —dijo ella—. Si estás aquí, genial. Si no… —se encogió de hombros—… nos las arreglaremos solos.

Estuvimos hablando de los regalos de Navidad.

—¿Le comprarás el lector de CD a Evra? —preguntó Debbie.

—Sí. Y unos cuantos CDs también.

—Falta tu padre —dijo ella—. ¿Qué le vas a comprar?

Pensé en Mr. Crepsley y en lo que podría gustarle. Yo no iba a regalarle nada (él apenas le echaría una ojeada a los regalos) pero era interesante considerar qué *podría* comprarle. ¿Qué podría despertar el posible interés de un vampiro?

Empecé a sonreír.

—Ya sé —dije—. Le regalaré una lámpara de rayos ultravioleta.

—¿Una lámpara de rayos ultravioleta? —Debbie frunció el ceño.

—Así podrá broncearse mientras trabaja —empecé a reír—. Está muy pálido. No toma mucho el Sol.

Debbie no podía entender por qué me reía tanto. Me habría gustado explicarle el chiste (valdría la pena comprar una lámpara de rayos ultravioleta sólo por ver la expresión de disgusto en la cara del vampiro) pero no me atreví.

—Tienes un extraño sentido del humor —murmuró, desconcertada.

—Créeme —dije—. Si conocieras a mi padre, sabrías por qué me río. —Le contaría a Evra mi idea cuando volviera a casa: él sabría apreciarla.

Charlamos durante otra hora o así. Entonces llegó el momento de marcharme.

—¿Y bien? —dijo Debbie, cuando me levanté—. ¿No vas a darme un beso de buenas noches?

Pensé que me iba a desplomar.

—Yo… hum… Quiero decir… que es… —Me convertí en un despojo tartamudeante.

—¿No quieres besarme? —preguntó Debbie.

—¡Sí! —dije rápidamente con la voz entrecortada—. Es sólo que… yo… hum…

—Oye, olvídalo —dijo Debbie, encogiéndose de hombros—. Me da igual, de todos modos. —Se levantó—. Te enseñaré la salida.

Bajamos rápidamente las escaleras. Yo quería despedirme de Jesse y Donna, pero Debbie no me dio la oportunidad. Fue directamente hacia la puerta y la abrió. Yo todavía estaba tratando de ponerme mi abrigo.

—¿Puedo venir mañana? —pregunté, forcejeando para encontrar la manga izquierda del abrigo.

—Claro, si quieres —dijo ella.

—Mira, Debbie —dije—, siento no haberte besado. Yo sólo estaba…

—¿Asustado? —preguntó ella, sonriendo.

—Sí —admití.

Ella se echó a reír.

—Está bien —dijo—. Puedes venir mañana. *Quiero* que vengas. Pero la próxima vez sé un poco más valiente, ¿de acuerdo? —Y cerró la puerta tras de mí.

CAPÍTULO 9

Caminé sin prisas durante largo rato, sintiéndome estúpido. Emprendí el regreso al hotel, aunque no me apetecía volver… No quería admitir ante Evra lo tonto que había sido. Así que recorrí el barrio un par de veces, dejando que el frío aire de la noche llenase mis pulmones y me despejara la cabeza.

Tendría que encontrarme con Debbie al día siguiente, pero repentinamente sentí que no podía esperar tanto. Me preparé mentalmente, y me detuve frente a su casa y miré alrededor para asegurarme de que nadie me miraba. No vi a nadie, y con mi desarrollada visión estaba seguro de que nadie me veía a mí.

Me quité los zapatos y trepé por la cañería que recorría la fachada de la casa. La ventana de la habitación de Debbie estaba a tres o cuatro pies de la tubería, así que cuando llegué a su altura, clavé mis duras uñas en la pared de ladrillos del edificio arañándola mientras recorría mi camino.

Me colgué por debajo de la ventana y esperé a que Debbie apareciera.

Unos veinte minutos más tarde, se encendió la luz en la habitación de Debbie. Golpeé suavemente el cristal con mis nudillos desnudos, y luego volví a llamar un poco más fuerte. Unos pasos se aproximaron.

Debbie abrió un poco las cortinas y miró atentamente afuera, confundida. Tardó algunos segundos en mirar hacia abajo y descubrirme. Cuando lo hizo, casi se cayó de la sorpresa.

—Abre la ventana —dije, moviendo los labios en silencio pero formando claramente las palabras, por si no podía oírme. Asintiendo, dobló las rodillas y empujó hacia arriba la vidriera inferior.

—¿Qué estás haciendo? —siseó—. ¿De dónde te estás

agarrando?

—Estoy flotando en el aire —bromeé.

—Estás loco —dijo Debbie—. Resbalarás y te caerás.

—Estoy completamente a salvo —le aseguré—. Soy un buen escalador.

—Debes estar congelado —dijo ella, al fijarse en mis pies—. ¿Dónde están tus zapatos? Entra, rápido, antes de que…

—No quiero entrar —la interrumpí—. He subido porque… bueno… yo… —Inspiré profundamente—. ¿La oferta sigue en pie?

—¿Qué oferta? —preguntó Debbie.

—La del beso —dije.

Debbie parpadeó, y entonces sonrió.

—*Estás* loco —rió.

—Loco al cien por cien —convine.

—¿Has armado todo este lío por eso? —preguntó ella.

Asentí.

—Podías haber llamado a la puerta —dijo ella.

—No pensé en ello —sonreí—. Entonces… ¿qué hay de eso?

—Supongo que te mereces uno —dijo ella—, pero muy rápido, ¿vale?

—Vale —acepté.

Debbie asomó la cabeza. Yo me incliné hacia delante, con el corazón latiéndome, y rocé sus labios.

Ella sonrió.

—¿Ha valido la pena subir? —preguntó.

—Sí —dije. Yo estaba temblando y no era de frío.

—Toma —dijo—. Aquí tienes otro.

Me besó dulcemente, y casi pierdo mi asidero en la pared.

Cuando se apartó, estaba sonriendo misteriosamente. En el reflejo del oscuro cristal, me vi a mí mismo sonriendo como un idiota.

—Te veré mañana, Romeo —dijo ella.

—Mañana —suspiré feliz.

Cuando se cerró la ventana y se corrieron las cortinas, descendí, encantado conmigo mismo. Me recobré cuando prácticamente había llegado al hotel. Estaba casi ante la puerta cuando me acordé de mis zapatos. Di la vuelta rápidamente, los encontré, les sacudí la nieve y

me los encasqueté.

***

Para cuando regresé al hotel, ya había recobrado la compostura. Abrí la puerta de mi habitación y entré. Evra estaba viendo la tele. Estaba concentrado en la pantalla y apenas reparó en mi entrada.

—He vuelto —dije, quitándome el abrigo. Él no respondió—. ¡He vuelto! —repetí, más alto.

—Hum —gruñó, saludándome con la mano distraídamente.

—Menudo recibimiento —dije—. Pensaba que estarías interesado en saber cómo me fue esta noche. Ya sé para la próxima vez. En el futuro, sólo…

—¿Es que no has visto las noticias? —me preguntó Evra con inquietud.

—Te sorprenderá saber, joven Evra Von —dije, sarcásticamente —, que en el cine no ponen telediarios. Y ahora, ¿quieres saber cómo fue mi cita o no?

—Deberías ver esto —dijo Evra.

—¿Ver *qué*? —pregunté, irritado. Me acerqué por detrás de él y vi que emitían un telediario—. ¿Las *noticias*? —reí—. Apaga eso, Evra, y te contaré…

—¡Darren! —me espetó Evra en un tono muy inusual. Me miró, y su rostro era una máscara de preocupación—. Deberías ver esto —dijo de nuevo, lentamente esta vez, y comprendí que no estaba bromeando.

Me senté, y miré la pantalla. Había una imagen del exterior de un edificio, y luego la cámara mostró un plano interior y exploró las paredes. Un letrero informaba a los televidentes de cuál era el lugar que los fotógrafos estaban captando, lo que significaba que habían estado filmando algo antes. Una reportera hablaba sin parar acerca del edificio.

—¿Qué hay de raro en todo esto? —pregunté.

—Ahí es donde han encontrado los cuerpos —dijo Evra en voz baja.

—¿Qué cuerpos?

—Mira —dijo.

La cámara se detuvo en una oscura habitación parecida a todas las demás, permaneciendo en el escenario durante algunos minutos, y luego volvió a mostrar una vista del exterior. El letrero nos informaba de que esa nueva imagen había sido tomada ese día, temprano. Por lo que vi, algunos policías y médicos salían del edificio, empujando camillas, con un objeto inmóvil metido en una bolsa en cada una de ellas.

—¿Son lo que estoy pensando? —pregunté en voz baja.

—Cadáveres —confirmó Evra—. Seis hasta ahora. La policía aún está registrando el edificio.

—¿Qué tiene esto que ver con *nosotros*? —pregunté con inquietud.

—Escucha. —Y subió el volumen.

Una reportera hablaba ahora a la cámara, en directo, explicando cómo encontró los cuerpos la policía (un par de adolescentes habían tropezado con ellos mientras estaban explorando el desierto edificio por un desafío), y cuándo, y cómo progresaba la búsqueda. La reportera parecía bastante anonadada.

Un presentador en el estudio le hizo una pregunta a la reportera acerca de los cuerpos, ante lo cual ella sacudió la cabeza.

—No —dijo—, la policía no ha dado nombres, al menos hasta que se informe a los parientes de los fallecidos.

—¿Se sabe algo más sobre la naturaleza de las muertes? —preguntó el presentador.

—No —respondió la reportera—. La policía ha cortado el flujo de información. Sólo contamos con los informes anteriores a ello. Las seis personas (no sabemos si son hombres o mujeres) parecen ser las víctimas de un asesino en serie o algún tipo de sacrificio ritual. No sabemos nada sobre los dos últimos cuerpos que se hallaron, pero los cuatro primeros presentan la misma clase de extrañas heridas y condiciones.

—¿Puedes explicarnos una vez más cuáles son esas condiciones? —preguntó el presentador.

La reportera asintió.

—Las víctimas (al menos las cuatro primeras) tenían las gargantas cortadas, lo que parece ser la causa de las muertes.

Además, los cuerpos aparecen (e insisto en que esto es un dato prematuro que aún no ha sido confirmado) sin una gota de sangre en su interior.

—¿Posiblemente succionada o derramada? —sugirió el presentador.

La reportera se encogió de hombros.

—Por el momento, nadie puede responder a eso, salvo la policía. —Hizo una pausa—. Y, naturalmente, el asesino.

Evra bajó el sonido pero dejó la imagen.

—¿Has visto? —dijo, con voz queda.

—Oh, no —dije, sin aliento. Pensaba en Mr. Crepsley, que había salido solo cada noche desde que llegamos, merodeando por la ciudad por razones que no revelaba. Pensaba en los seis cuerpos y en los comentarios de la reportera y el presentador: «… sin una gota de sangre en su interior».

«¿Posiblemente succionada o derramada?».

—Mr. Crepsley —dije. Y durante un largo rato contemplé fijamente la pantalla en silencio, incapaz de decir nada más.

CAPÍTULO 10

Anduve frenéticamente de un lado a otro por la habitación del hotel, con los puños cerrados, barbotando furiosamente, mientras Evra observaba en silencio.

—Voy a matarlo —murmuré finalmente—. Esperaré a que llegue el día, descorreré las cortinas, le atravesaré el corazón con una estaca, le cortaré la cabeza, y le prenderé fuego.

—No eres de los que corren riesgos, ¿eh? —dijo Evra, tratando de sonar chistoso—. Imagino que también le sacarás el cerebro con una cuchara, y rellenarás el hueco con ajos.

—¿Cómo puedes bromear en un momento como éste? —rugí.

Evra vaciló.

—Puede que no haya sido él.

—¡No me salgas con eso! —ladré—. ¿Quién más podría haber sido?

—No lo sé.

—¡Les chuparon la sangre! —grité.

—Eso es lo que los reporteros *sugieren* —dijo Evra—. No están seguros.

—Tal vez deberíamos esperar —bufé—. Esperar a que mate a otros cinco o seis, ¿eh?

Evra suspiró.

—No sé lo que deberíamos hacer —dijo—. Pero pienso que primero deberíamos tener pruebas antes de ir a por él. Cortarle la cabeza a alguien es un acto irreversible. Si más tarde descubriéramos que estábamos equivocados, no podríamos rectificar. No podríamos pegarle la cabeza y decir «Lo siento, ha sido un gran error, olvidémoslo todo».

Él tenía razón. Matar a Mr. Crepsley sin pruebas era un error. ¡Pero tenía que ser él! Todas esas noches fuera, actuando de forma

tan extraña, sin decirnos qué estaba haciendo… Todo concordaba.

—Hay algo más —dijo Evra. Alcé la mirada—. Supongamos que Mr. Crepsley *es* el asesino.

—No me cuesta aceptar eso —gruñí.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Evra—. No es su estilo. Lo conozco desde hace más tiempo que tú, y nunca le he visto ni he oído decir que haga esa clase de cosas. No es un asesino.

—Probablemente lo fuera cuando era un General Vampiro —dije. Le había contado a Evra mi conversación con Gavner Purl.

—Sí —aceptó Evra—. Mataba a vampiros malvados, que merecían morir. Lo que estoy diciendo es que, si él mató a esas seis personas, quizá también *merecían* morir. Quizá fueran vampiros.

Sacudí la cabeza.

—Renunció a ser General Vampiro hace años.

—Gavner Purl podría haberle persuadido de que volviera a unirse —dijo Evra—. No sabemos nada sobre los Generales Vampiros ni cómo trabajan. Quizá ésta sea la razón por la que Mr. Crepsley vino aquí.

Eso sonaba más o menos razonable, pero no acababa de creérmelo.

—¿Seis vampiros malvados sueltos en una ciudad? —inquirí—. ¿Cuántas probabilidades hay de eso?

—¿Quién sabe? —dijo Evra—. ¿*Tú* sabes cómo actúa un vampiro malvado? Porque *yo* no lo sé, *tal vez forman bandas*.

—¿Y Mr. Crepsley los eliminó él solo? —dije—. Los vampiros son duros de matar. No le habría costado matar a seis humanos, pero ¿a seis vampiros? No lo creo.

—¿Quién dice que estuviera solo? —repuso Evra—. Quizá Gavner Purl estaba con él. Quizá hay un grupo de Generales Vampiros en la ciudad.

—Tus argumentos son cada vez más débiles —comenté.

—Es posible —dijo Evra—, pero eso no significa que esté equivocado. *No lo sabemos*, Darren. No puedes matar a Mr. Crepsley por una corazonada. Debemos esperar. Piensa en ello y verás que tengo razón.

Me calmé y lo pensé.

—De acuerdo —suspiré—. Es inocente hasta que se demuestre lo

contrario. Pero ¿qué tenemos que hacer? ¿Sentarnos y fingir que no pasa nada? ¿Informar a la policía? ¿Preguntárselo directamente a él?

—Si estuviéramos en el Cirque Du Freak —musitó Evra—, podríamos decírselo a Mr. Tall y dejar el asunto en sus manos.

—Pero no estamos en el Cirque —le recordé.

—No —dijo—. Estamos solos. —Sus sesgados ojos se estrecharon aún más mientras meditaba sobre ello—. ¿Qué te parece esto? Le seguimos cada noche cuando se vaya, vemos a dónde va y qué hace. Si descubrimos que es el asesino, y que aquéllos eran humanos corrientes, entonces le mataremos.

—¿Tú harías eso? —pregunté.

Evra asintió.

—Nunca he matado a nadie —dijo en voz baja—, y no soporto la idea de tener que hacerlo. Pero si Mr. Crepsley está asesinando sin una buena razón, te ayudaré a matarle. Preferiría que alguien más se encargara de esto, pero como no hay nadie…

Su rostro estaba serio, y supe que podía confiar en él.

—Pero tenemos que estar *seguros* —me advirtió Evra—. Si existe la más mínima duda, no podemos hacerlo.

—De acuerdo —dije.

—Y tiene que ser una decisión conjunta —añadió Evra—. Tienes que prometerme que no lo matarás sin mi aprobación.

—Está bien.

—Hablo en serio —me dijo—. Si creo que Mr. Crepsley es inocente, y tú vas tras él, haré lo que sea para detenerte. Aunque tenga que… —Dejó la frase sin acabar.

—No te preocupes —dije—. No estoy impaciente por hacerlo. Me he acostumbrado a Mr. Crepsley. Lo último que desearía hacer es matarle.

Yo estaba diciendo la verdad. Me habría encantado que mis sospechas fueran infundadas. Pero tenía la terrible sensación de que no lo eran.

—Espero que estemos equivocados —dijo Evra—. Decir que lo mataremos es fácil, pero hacerlo no lo sería en absoluto. Él no es de los que se quedan quietos sin hacer nada mientras le atacan.

—Nos preocuparemos de eso a su debido tiempo —dije—. Por

ahora, vuelve a subir el volumen. Si tenemos suerte, la policía resolverá el caso y no se tratará más que de algún humano desquiciado que ha visto demasiadas películas de Drácula.

Me senté junto a Evra, y pasamos el resto de la noche viendo las noticias, sin hablar apenas, esperando que el vampiro (¿el *asesino*?) regresara.

CAPÍTULO 11

Espiar a Mr. Crepsley no fue sencillo. La primera noche lo perdimos después de un par de minutos: subió disparado por una escalera de incendios y para cuando llegamos a lo alto ya no se le veía por ninguna parte. Deambulamos por la ciudad unas cuantas horas, esperando tropezarnos con él, pero no le vimos el pelo durante el resto de la noche.

Aprendimos de aquella experiencia. Mientras Mr. Crepsley dormía al día siguiente, fuimos y compramos un par de teléfonos móviles. Evra y yo los probamos fuera antes del anochecer, y funcionaban muy bien.

Aquella noche, cuando Mr. Crepsley subió a la azotea, Evra se quedó abajo. No podía moverse tan rápido como yo. Por mi parte, era capaz de seguirle el rastro al vampiro y pasarle la información a Evra, que nos seguía desde el suelo.

Incluso yendo yo solo, resultaba difícil seguirle el ritmo. Mr. Crepsley podía moverse mucho más rápido que yo. Afortunadamente, él no tenía ni idea de que yo iba tras él, así que no iba tan rápido como habría podido, ya que no imaginaba que tuviera necesidad de hacerlo.

Le tuve a la vista durante tres horas aquella noche antes de perderle cuando se deslizó hasta la calle y cogió un par de curvas que me despistaron. La siguiente noche me pegué a él hasta casi el amanecer. Las pautas variaban: algunas noches lo perdía después de una hora; otras le seguía el rastro hasta que amanecía.

Él no hacía gran cosa mientras lo estaba siguiendo. A veces se detenía en un lugar durante largo rato por encima de una multitud de gente y les observaba en silencio (¿escogiendo a su próxima víctima?). Otras veces vagaba sin parar. Sus rutas eran impredecibles: podía ir por el mismo camino dos o tres noches

seguidas, o probar nuevas direcciones completamente distintas cada noche. Era imposible anticipar sus movimientos.

Evra acababa exhausto al final de cada noche (solía olvidárseme que no era tan resistente como yo) pero nunca se quejaba. Le dije que podía quedarse en casa unas cuantas noches si quería, pero negaba con la cabeza e insistía en venir conmigo.

Quizá pensaba que yo iba a matar a Mr. Crepsley si él no estaba cerca.

Quizá tenía *razón*.

No se habían descubierto cadáveres recientes desde los seis del edificio en ruinas. Se había confirmado que a los cuerpos se les había extraído toda la sangre, y que eran seres humanos normales: dos hombres y cuatro mujeres. Todos eran jóvenes (el mayor tenía veintisiete años) y de diversas partes de la ciudad.

La desilusión de Evra fue evidente cuando escuchó que las víctimas eran personas normales (todo le habría resultado más fácil si hubiesen sido vampiros).

—¿Podrían los médicos establecer la diferencia entre un humano y un vampiro? —inquirió.

—Por supuesto —repliqué.

—¿Cómo?

—Por los diferentes tipos de sangre —dije.

—Pero les extrajeron toda la sangre —me recordó.

—Sus células no son iguales. Los átomos actúan de una forma extraña en los vampiros… Ésa es la razón por la que no pueden ser fotografiados. Y tienen uñas y dientes súper duros. Los médicos lo sabrían, Evra.

Yo estaba intentando mantener la mente abierta. Mr. Crepsley no había matado a nadie mientras le había estado siguiendo, lo cual era un buen signo. Pero por otro lado, quizá estaba esperando a que pasara el alboroto antes de volver a atacar. De momento, si alguien tardaba en llegar a casa del colegio o del trabajo, la alarma sonaría inmediatamente.

O tal vez ya *había* matado. Quizá sabía que le estábamos siguiendo y sólo mataba cuando estaba seguro de habernos perdido. No era probable, pero yo no lo descartaba por completo. Mr. Crepsley podía ser astuto cuando quería. No me sorprendería nada

tratándose de él.

***

Aunque me pasaba durmiendo la mayor parte del día (para poder mantenerme despierto durante la noche) me empeñé en estar despierto el par de horas anteriores a la puesta del Sol para pasar un rato con Debbie. Normalmente iba a su casa y nos sentábamos arriba, en su dormitorio, y escuchábamos música y charlábamos (yo intentaba siempre reservar fuerzas para la persecución nocturna) pero a veces íbamos a pasear o a ver tiendas.

Estaba decidido a no dejar que Mr. Crepsley arruinara mi amistad con Debbie. Me encantaba estar con ella. Era mi primera novia. Sabía que tendríamos que romper tarde o temprano (yo no olvidaba lo que era) pero no haría nada para acortar el tiempo que pasáramos juntos. Dedicaba mis noches a perseguir a Mr. Crepsley. No iba a dedicarle mis días también.

—¿Cómo es que no te quedas después de oscurecer? —me preguntó ella un sábado cuando salimos de la función de la tarde. Me había despertado más temprano de lo habitual para así poder pasar el día con ella.

—Tengo miedo de la oscuridad —lloriqueé.

—En serio —dijo ella, pellizcándome un brazo.

—A mi padre no le gusta que esté fuera de noche —mentí—. Se siente un poco culpable, por no estar durante el día. Le gusta que Evra y yo nos sentemos con él por la noche y que le contemos qué tal nos ha ido.

—Estoy segura de que no le importará que estés fuera en este momento —protestó Debbie—. Te dejó salir la noche de nuestra primera cita, ¿no?

Sacudí la cabeza.

—Salí a escondidas —dije—. Se puso como loco cuando se enteró. No me habló en una semana. Por eso no te lo he presentado… Todavía está furioso.

—Parece un viejo mezquino —dijo Debbie.

—Lo es —suspiré—. Pero ¿qué puedo hacer? Es mi padre. Tengo

que aguantarle.

Me sentía mal mintiéndole, pero de ningún modo podía contarle la verdad. Sonreí para mí cuando me imaginé dándole la noticia: «¿Sabes ese tipo que te dije que es mi padre? No lo es. Es un vampiro. Oh, y creo que es el que mató a aquellas seis personas».

—¿Por qué sonríes? —preguntó Debbie.

—Por nada —dije enseguida, borrando la sonrisa de mi cara.

Era una extraña doble vida (un chico normal por el día, un mortífero rastreador de vampiros por la noche), pero la estaba disfrutando. Si hubiera sido un año antes, me habría sentido confuso; me habría agitado en mis sueños, angustiado por lo que la próxima noche pudiese depararme; mis hábitos alimenticios se habían visto afectados y estaría deprimido; probablemente habría elegido concentrarme en una única cosa a la vez, y dejar de ver a Debbie.

Ahora no. Mis experiencias con Mr. Crepsley y el Cirque Du Freak me habían cambiado. Era capaz de representar dos papeles distintos. De hecho, me gustaba la variedad: rastrear al vampiro por la noche me hacía sentir grande e importante (¡Darren Shan, protector de la ciudad durmiente!) y ver a Debbie por las tardes me devolvía la sensación de ser un chico humano normal. Poseía lo mejor de ambos mundos.

Eso acabó cuando Mr. Crepsley empezó a rondar a su siguiente víctima: el hombre gordo.

CAPÍTULO 12

Al principio no me di cuenta de que Mr. Crepsley seguía a alguien. Estuvo rondando por una concurrida calle comercial, donde permaneció casi una hora estudiando a los clientes. Entonces, sin previo aviso, trepó a lo alto del edificio al que se había pegado y empezó a cruzar el tejado.

Llamé a Evra. Él nunca me llamaba, por miedo a que el vampiro oyera el sonido de mi móvil.

—Se ha puesto en marcha otra vez —le informé en voz baja.

—Ya era hora —gruñó Evra—. Odio cuando se detiene. No sabes el frío que tengo que aguantar parado aquí abajo.

—Ve a comer algo —le dije—. Va muy despacio. Creo que podrías tomarte cinco o diez minutos de descanso.

—¿Estás seguro? —preguntó Evra.

—Sí —repuse—. Te llamaré si pasa algo.

—De acuerdo —dijo Evra—. Me apetece un perrito caliente y una taza de chocolate. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias —dije—. Estaremos en contacto. Te veré enseguida —corté y fui tras el vampiro.

No me gustaba comer cosas como perritos calientes, ni hamburguesas ni patatas fritas mientras le seguía el rastro a Mr. Crepsley: su olfato habría detectado fácilmente unos olores tan fuertes. Comía rebanadas de pan seco (que apenas tenían olor) para calmar mi apetito. Normalmente llevaba una botella de agua para beber.

Un par de minutos después me entró curiosidad. Las noches anteriores, se quedaba en el mismo sitio o vagaba sin rumbo fijo. Esta vez parecía avanzar guiado por un propósito.

Decidí acercarme más. Era peligroso, especialmente porque él no iba deprisa (y así era más probable que me pillara) pero tenía que

ver qué hacía.

Acortando un tercio la distancia (acercándome a él tanto como me atrevía), vi que asomaba la cabeza por el borde del tejado, echando un vistazo a la calle.

Mirando hacia la bien iluminada calle, no conseguía descubrir qué era lo que él acechaba. Fue sólo cuando se detuvo junto a una farola que advertí la presencia del hombre gordo al pie, atándose los cordones de los zapatos.

¡Así que era eso! ¡Mr. Crepsley iba tras el hombre gordo! Lo supe por la forma en que el vampiro lo miraba, esperando que se atara los cordones y reanudara la marcha. Cuando el hombre gordo se levantó y echó a andar de nuevo, efectivamente, Mr. Crepsley lo siguió.

Retrocedí algunos pasos y llamé a Evra.

—¿Qué pasa? —preguntó. Pude oírle masticar su perrito caliente. Se escuchaban más voces de fondo.

—Acción —dije simplemente.

—¡Oh, diablos! —jadeó Evra. Oí cómo dejaba caer el perrito caliente y salía abriéndose paso entre la gente, hacia un lugar más tranquilo—. ¿Estás seguro? —preguntó.

—Segurísimo —dije—. Ha elegido una presa.

—Está bien —suspiró Evra. Sonaba nervioso. No se lo reproché (yo también lo estaba)—. Está bien —repitió—. Dime dónde estás.

Le leí en voz alta el nombre de la calle.

—Pero no te apresures —le dije—. Se mueven muy despacio. Quédate un par de calles más atrás. No quiero que Mr. Crepsley te descubra.

—¡*Yo* tampoco quiero que lo haga! —resopló Evra—. Tenme al tanto.

—Lo haré —prometí. Guardé el móvil, y continué persiguiendo al vampiro.

Siguió al hombre gordo hasta un gran edificio, en cuyo interior desapareció el humano. Mr. Crepsley esperó media hora, y luego, lentamente, rodeó el edificio, comprobando puertas y ventanas. Anduve a duras penas, manteniendo la distancia, listo para correr tras él si entraba.

No lo hizo. En vez de eso, cuando hubo examinado el lugar, fue

hacia una azotea cercana, que le ofrecía una vista perfecta de todas las entradas, y se sentó a esperar.

Le conté a Evra lo que estaba ocurriendo.

—¿Sólo está ahí sentado? —preguntó Evra.

—Sentado y observando —confirmé.

—¿Qué clase de lugar es?

Leí el nombre que aparecía en las paredes mientras pasaba junto a ellas, y miré por un par de ventanas, pero podría haberle dicho a Evra lo que era aquel edificio sólo por el repugnante olor a sangre animal que flotaba en el aire.

—Es un matadero —susurré.

Hubo una larga pausa.

—Quizá sólo ha ido a buscar sangre de animal —sugirió Evra.

—No. Ya habría entrado de ser así. No ha venido a por animales. Ha venido a por el humano.

—Eso no lo *sabemos* —dijo Evra—. Tal vez esté esperando a que cierre antes de entrar.

—Pues tendrá que esperar mucho —reí—. Esto está abierto toda la noche.

—Voy para allá —dijo Evra—. No te muevas hasta que yo llegue.

—Me moveré cuando Mr. Crepsley se mueva, estés aquí o no —repliqué, pero Evra ya había colgado y no me escuchó.

Llegó unos minutos después, con el aliento apestando a mostaza y cebolla.

—Desde ahora sólo pan seco para ti —murmuré.

—¿Crees que Mr. Crepsley pueda olerme? —preguntó Evra—. Tal vez debería volverme y…

Sacudí la cabeza.

—Está demasiado cerca del matadero —dije—. El olor de la sangre disimulará cualquier otro.

—¿Dónde está? —preguntó Evra. Le señalé al vampiro. Evra entrecerró los ojos y finalmente lo descubrió.

—Debemos quedarnos muy quietos —dije—. El más pequeño ruido haría que se lanzara sobre nosotros.

Evra se estremeció (no sé si por el frío o por la idea de ser atacados) y se acomodó. A partir de ese momento, apenas

hablamos.

Nos pusimos las palmas de las manos ante la cara para evitar que nuestro aliento nos delatara. No habría sido un problema si hubiera estado nevando (la nieve habría ocultado las nubecillas que producía nuestra respiración), pero era una noche fría y despejada.

Estuvimos sentados allí hasta las tres de la mañana. Los dientes de Evra castañeteaban, y estaba a punto de enviarle a casa antes de que se muriera de frío, cuando el hombre gordo salió. Mr. Crepsley fue tras él inmediatamente.

Me di cuenta demasiado tarde de que el vampiro pasaría a nuestro lado. No había tiempo para esconderse. ¡Nos vería!

—No te muevas —le susurré a Evra—. Ni siquiera respires.

El vampiro vino hacia nosotros, avanzando con paso seguro por el helado tejado con sus pies desnudos. Estaba seguro de que nos descubriría, pero sus ojos estaban clavados en el humano. Pasó a diez pies de nosotros (su sombra me cubrió como un horrible fantasma) y entonces desapareció.

—Creí que se me paraba el corazón —dijo Evra, con voz temblorosa.

Escuché los familiares latidos del corazón del niño-serpiente (que palpitaba un poco más lento que el de un humano corriente) y sonreí.

—Estás bien —le dije.

—Pensé que nos había llegado la hora —siseó Evra.

—Yo también. —Me levanté y vigilé el camino por el que se había marchado el vampiro—. Será mejor que bajes a la calle —le dije a Evra.

—No va muy deprisa —dijo Evra—. Puedo seguir.

Sacudí la cabeza.

—No sabemos cuándo empezará a correr: el hombre podría tomar un taxi o tener un coche esperándole. Además, nos hemos salvado por los pelos, y será mejor separarnos: así, si pilla a uno de nosotros, el otro podrá escabullirse hasta el hotel y fingir que no sabe nada.

Evra le vio la lógica a la cuestión y bajó por la escalera de incendios más cercana. Yo volví a seguir el rastro del vampiro y el hombre gordo.

Regresó por donde había venido, pasando por la desierta calle donde lo habíamos localizado al principio, hacia un bloque de apartamentos.

Vivía en uno de los apartamentos del centro en la sexta planta. Mr. Crepsley esperó a que las luces se apagaran dentro, y entonces subió en el ascensor. Yo subí corriendo por las escaleras y observé desde el fondo su llegada.

Esperé que abriera la puerta y entrara (las cerraduras no suponían ningún problema para un vampiro), pero todo lo que hizo fue examinar la puerta y las ventanas. Entonces se dio la vuelta y bajó en el ascensor.

Me apresuré escaleras abajo y alcancé a ver al vampiro alejándose de los apartamentos. Le conté a Evra lo que había ocurrido y hacia dónde se dirigía el vampiro. A los pocos minutos me alcanzó y seguimos a Mr. Crepsley mientras trotaba por las calles.

—¿Por qué no entró? —preguntó Evra.

—No lo sé —dije—. Tal vez había alguien más allí. O quizá planea volver más tarde. Una cosa es segura: ¡no fue allí a entregar una carta!

Después de un rato, dimos la vuelta en una esquina y entramos en un callejón, y descubrimos a Mr. Crepsley inclinándose sobre una mujer inmóvil. Evra dio un grito ahogado y empezó a avanzar. Le sujeté por un brazo y tiré de él.

—¿*Qué haces*? —siseó—. ¿No lo ves? ¡La está atacando! ¡Tenemos que detenerle antes de que…!

—No pasa nada —dije—. No la está atacando. Sólo se está alimentando.

Evra dejó de forcejear.

—¿Estás seguro? —inquirió con suspicacia.

Asentí.

—Está bebiendo del brazo de esa mujer. Los cadáveres del edificio tenían las gargantas cortadas, ¿recuerdas?

Evra asintió, inseguro.

—Si te equivocas…

—No me equivoco —le aseguré.

Minutos después, el vampiro siguió, dejando atrás a la mujer.

Nos apresuramos por el callejón para comprobar que estaba bien. Como suponía, estaba inconsciente pero viva, y una pequeña y fresca cicatriz en el brazo izquierdo era el único signo de que se habían alimentado de ella.

—Vamos —dije, levantándome—. Despertará en unos minutos. Será mejor que no estemos aquí cuando lo haga.

—¿Qué hay de Mr. Crepsley? —preguntó Evra.

Miré hacia el cielo, calculando cuánto faltaba para que amaneciera.

—No matará a nadie esta noche —dije—. Ya es muy tarde. Probablemente ha vuelto al hotel. Vamos… Si no llegamos antes que él, nos va a ser muy difícil explicarle dónde estábamos.

CAPÍTULO 13

Antes de que cayera el crepúsculo la noche siguiente, Evra merodeó por el bloque de apartamentos para mantener al hombre gordo bajo vigilancia. Yo me quedé en casa, para seguir a Mr. Crepsley. Si el vampiro se dirigía a los apartamentos, me uniría a Evra. Si iba a alguna otra parte, discutiríamos la situación y decidiríamos si Evra debía abandonar su puesto o quedarse.

El vampiro se levantó tan pronto como se ocultó el Sol. Estuvo más jovial aquella noche, aunque por su aspecto aún seguiría sin desentonar en un velatorio.

—¿Dónde está Evra? —preguntó, saltando sobre la comida que le había preparado.

—De compras —dije.

—¿Él solo? —Mr. Crepsley se interrumpió, y por un momento, pensé que sospechaba, pero sólo estaba buscando el salero.

—Creo que fue a comprar regalos de Navidad —dije.

—Pensé que Evra estaba por encima de esas ridiculeces. ¿Qué día es hoy, a todo esto?

—Veinte de Diciembre —respondí.

—¿La Navidad no es el veinticinco?

—Sí —dije.

Mr. Crepsley se frotó la cicatriz pensativamente.

—Mis asuntos aquí puede que ya hayan terminado para entonces —dijo.

—Ah —intenté que mi voz no denotara curiosidad o excitación.

—Había planeado marcharnos lo antes posible, pero si queréis quedaros aquí para la Navidad, podemos hacerlo. Tengo entendido que el personal del hotel está preparando alguna clase de fiesta.

—Sí —dije.

—¿Os gustaría asistir?

—Sí —me obligué a sonreír—. Evra y yo estamos comprando regalos. Iremos a cenar con el resto de los invitados y comeremos pasteles y pavo relleno. Usted también puede venir, si quiere. —Intenté sonar deseoso de que nos acompañara.

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—A mí no me van esas cosas —dijo.

—Como quiera —contesté.

Tan pronto como salió, fui tras él. Me condujo directamente al matadero, lo cual me sorprendió. Quizá no estaba interesado en el hombre gordo: tal vez hubiera le hubiera echado el ojo a algo (o a alguien) más.

Lo comenté con Evra por el móvil.

—Es extraño —admitió—. Quizá quiera cogerlo cuando esté entrando o saliendo del trabajo.

—Quizá —dije, inseguro. Había algo raro en todo aquello. El vampiro no se estaba comportando como yo esperaba.

Evra se quedó donde estaba, para seguir al hombre gordo. Elegí un lugar seguro para esconderme, próximo a una cálida chimenea que mantenía el frío a raya. Mi perspectiva del matadero no era tan buena como la última noche, pero veía claramente a Mr. Crepsley, que era lo importante.

El hombre gordo llegó a la hora prevista, con Evra inmediatamente detrás de él. Me asomé al borde del tejado cuando los vi, listo para saltar e intervenir si Mr. Crepsley actuaba. Pero el vampiro permaneció inmóvil.

Y así transcurrió la noche. Mr. Crepsley se sentó en su cornisa; Evra y yo nos agazapamos en la nuestra; los empleados del matadero salieron y se marcharon. A las tres de la mañana, el hombre gordo volvió a salir y se fue a casa.

Una vez más Mr. Crepsley lo siguió, y una vez más nosotros seguimos a Mr. Crepsley. En esta ocasión, el vampiro no subió hasta el rellano, pero fue el único cambio en su rutina.

La siguiente noche ocurrió exactamente lo mismo.

—¿Qué hace? —preguntó Evra. Estaba aterido de frío y se quejaba de calambres en las piernas. Le había dicho que podía marcharse, pero estaba decidido a aguantar.

—No lo sé —dije—. Quizá esté esperando a que sea el momento

propicio para actuar. Tal vez la Luna deba estar en una determinada posición o algo así.

—Creía que los hombres-lobo eran los únicos monstruos a los que afectaba la Luna —dijo Evra, medio en broma.

—Yo también lo creía —dije—. Pero no estoy seguro. Hay muchas cosas que Mr. Crepsley aún no me ha contado sobre los vampiros completos. Se podría escribir un libro con todas las cosas que aún no sé.

—¿Qué haremos si ataca? —inquirió Evra—. ¿Piensas que tenemos alguna oportunidad contra él si peleamos?

—No sería una pelea justa —dije—. Pero en una sucia… —Extraje un largo y oxidado cuchillo de carnicero, dejando que los ojos de Evra se fijaran bien en él, y volví a ocultarlo bajo mi camisa.

—¿De dónde lo has sacado? —boqueó Evra.

—Estuve explorando el matadero durante el día, para conocer el lugar, y encontré este cuchillo tirado en la basura. Aunque supongo que está demasiado oxidado para resultar útil.

—¿Y eso es lo que vas a utilizar? —preguntó Evra con voz queda.

Asentí.

—Le cortaré la garganta —susurré—. Esperaré a que ataque, y entonces… —Apreté las mandíbulas.

—¿Crees que podrás hacerlo? Él es muy rápido. Si fallas a la primera oportunidad, probablemente no tendrás una segunda.

—No se lo esperará —dije—. Podré hacerlo. —Encaré a Evra—. Sé que quedamos en que haríamos esto juntos, pero quiero encargarme de él yo solo cuando llegue el momento.

—¡De ningún modo! —siseó Evra.

—Tengo que hacerlo —dije—. Tú no puedes moverte tan rápido ni tan sigilosamente como yo. Si me acompañas, serás un estorbo. Además —añadí—, si las cosas se ponen feas y yo caigo, aún quedarás tú para acabar con él. Espera a que se haga de día y mátale mientras duerme.

—Quizá eso sea lo mejor —dijo Evra—. Quizá *los dos* deberíamos esperar. La principal razón de que estemos aquí es confirmar que él es el asesino. Si lo es, y conseguimos una prueba, ¿por qué no esperamos y…?

—No —dije suavemente—. No dejaré que mate a ese hombre.

—No sabes nada sobre él —dijo Evra—. Recuerda lo que te dije: aquellas seis personas podrían haber muerto por malvadas. Tal vez este tipo esté podrido.

—No me importa —dije con obstinación—. Sólo acepté permanecer con Mr. Crepsley porque me convenció de que no era malo, y que no mataba a la gente. Si es un asesino, yo también seré culpable, por haberle creído y ayudado hasta ahora. No pude hacer nada para impedir las seis primeras muertes… pero si puedo evitar la séptima, lo haré.

—Está bien —suspiró Evra—. Hazlo a tu modo.

—¿No te interpondrás?

—No —prometió.

—¿Ni siquiera si me meto en problemas y te parece que necesito ayuda?

Vaciló antes de asentir.

—Vale. Ni siquiera entonces.

—Eres un buen amigo, Evra —dije, tomándole las manos.

—¿Eso crees? —Sonrió amargamente—. Espera a que metas la pata y Mr. Crepsley acabe por pillarte, y empieces a pedir auxilio, mientras yo te ignoro. ¡Entonces veremos qué clase de amigo crees que soy!

CAPÍTULO 14

La noche del veintidós de Diciembre, Mr. Crepsley actuó.

Evra le descubrió. Yo estaba tomándome un pequeño respiro, descansando los ojos (incluso la vista de un semi-vampiro se resiente tras horas de concentración), cuando de repente Evra dio un salto, alarmado, y me agarró un tobillo.

—¡Se está moviendo!

Pegué un brinco, justo a tiempo para ver al vampiro saltando al tejado del matadero. Forcejeó con una ventana y se coló velozmente en el interior.

—¡Ya está! —gemí, saltando a pie junto y yendo tras él.

—¡Espera un segundo! —dijo Evra—. ¡Voy contigo!

—¡No! —le espeté—. ¡Ya discutimos eso! ¡Me prometiste…!

—No me meteré en medio —dijo Evra—, pero no me quedaré aquí sentado volviéndome loco de angustia. Te esperaré dentro del matadero.

No había tiempo para discutir. Asentí rápidamente, y eché a correr. Evra se apresuró detrás de mí tan rápido como podía.

Me detuve ante la ventana abierta y escuché atentamente cualquier ruido que el vampiro pudiera producir. No oí nada. Evra llegó junto a mí, jadeando por el esfuerzo de la carrera. Franqueé la ventana y Evra me siguió.

Nos encontramos en una larga estancia llena de tuberías. El suelo estaba cubierto de polvo, y las huellas de Mr. Crepsley eran claramente visibles. Seguimos las huellas hasta una puerta, que se abría a un pasillo embaldosado. El polvo que se había pegado a los pies de Mr. Crepsley al cruzar la habitación señalaba ahora su paso sobre las baldosas.

Seguimos el rastro polvoriento a lo largo del pasillo y bajamos un tramo de escaleras. Nos encontrábamos en una parte tranquila

del matadero (los empleados se agrupaban cerca del otro extremo) pero nos movimos con cautela de todos modos: no sería bueno que nos pillaran en un momento tan crítico.

El polvo fue haciéndose más imperceptible a cada paso, y temí perder al vampiro. No quería tener que buscarlo a ciegas en el matadero, así que aceleré el paso. Evra también lo hizo.

Al dar la vuelta a una esquina, vi una conocida capa roja y me detuve de inmediato. Retrocedí, fuera del alcance de su vista, arrastrando a Evra conmigo.

«No digas nada», dije, con un mudo movimiento de labios, y escudriñé con cautela por la esquina para ver qué hacía Mr. Crepsley.

El vampiro estaba metido detrás de unas cajas de cartón apiladas contra una pared. No vi a nadie más, pero podía escuchar unos pasos que se aproximaban.

El hombre gordo apareció por una puerta. Iba silbando y mirando unos papeles en una carpeta que llevaba. Se detuvo ante una gran puerta automática y presionó un botón en la pared. La puerta se abrió hacia arriba con un sonido áspero y rechinante.

El hombre gordo colgó la carpeta en un gancho en la pared cuando entró. Le escuché presionar un botón al otro lado. La puerta se detuvo, chirriando, y luego bajó con la misma lentitud con que se había abierto.

Mr. Crepsley se precipitó hacia allí cuando la puerta se cerraba y se deslizó por debajo.

—Vuelve al cuarto de las tuberías y escóndete —le dije a Evra. Empezó a protestar—. ¡Hazlo! —mascullé—. Te descubriría al volver, si te quedas. Vete y espera. Ya te encontraré si consigo detenerle. Si no… —Tomé sus manos y se las apreté con fuerza—. Ha sido un placer conocerte, Evra Von.

—Ten cuidado, Darren —dijo Evra, y pude ver el miedo en sus ojos. No miedo por sí mismo. Miedo por *mí*—. Buena suerte.

—No la necesito —dije valerosamente, y saqué mi cuchillo—. Ya tengo esto. —Volví a apretar sus manos, huí por el pasillo y me lancé bajo la puerta, que acabó de cerrarse tras de mí, dejándome encerrado con el hombre gordo y el vampiro.

***

La estancia estaba llena de reses muertas, colgando del techo en ganchos de acero. Era un refrigerador, que mantenía fresca la carne.

El hedor de la sangre era nauseabundo. Sabía que sólo eran animales, pero no podía evitar imaginar que eran personas.

Las luces del techo brillaban de un modo increíble, así que debía moverme con sumo cuidado: una sombra extraviada podía significar mi fin. El suelo estaba resbaladizo (¿de agua?, ¿de sangre?), así que debía mirar bien dónde pisaba.

Los cuerpos desprendían extraños destellos rosáceos, resultado de la combinación de la brillante luz y la sangre. ¡Te entraban ganas de ser vegetariano en un lugar como éste!

Tras unos segundos sin ver más que animales muertos, descubrí a Mr. Crepsley y al hombre gordo. Los seguí, manteniendo su paso.

El hombre gordo se detuvo y examinó uno de los cadáveres. Debía de tener frío, porque se sopló las manos para calentarlas, a pesar de llevar guantes. Dio una palmada al animal muerto cuando terminó de examinarlo (el gancho chirrió estremecedoramente cuando la carroña osciló atrás y adelante) y comenzó a silbar la misma melodía de antes.

Echó a andar de nuevo.

Acorté la distancia que había entre Mr. Crepsley y yo (no quería quedarme demasiado rezagado) cuando repentinamente el hombre gordo se agachó para observar algo en el suelo. Me detuve y empecé a retroceder, temeroso de que descubriera mis pies, y entonces advertí que Mr. Crepsley avanzaba sigilosamente hacia el humano agazapado.

Maldije entre dientes y corrí. Si Mr. Crepsley hubiera puesto atención, me habría oído, pero estaba totalmente pendiente del hombre que tenía delante.

Me detuve a pocos pasos del vampiro y saqué mi cuchillo oxidado. Ése habría sido el momento perfecto para atacar (allí estaba el vampiro, de pie, concentrado en el humano, ignorante de mi presencia, un objetivo ideal) pero no pude. Mr. Crepsley tendría que dar el primer paso. Me negaba a pensar lo peor de él hasta que le viera atacar. Como Evra había dicho, si le mataba, luego no

podría devolverle la vida. No era momento para cometer errores.

Los segundos transcurrieron como horas mientras el hombre gordo estaba allí, agachado, estudiando lo que quiera que fuese que había atraído su atención. Finalmente se encogió de hombros y se alzó de nuevo. Escuché el siseo de Mr. Crepsley y vi cómo se tensaba su cuerpo. Levanté el cuchillo.

El hombre gordo debió oír algo, porque alzó la vista (hacia el lugar incorrecto; debería haber mirado a sus espaldas) un instante antes de que Mr. Crepsley saltara.

Yo había previsto su movimiento, pero aún así, no estaba preparado. Si hubiese arremetido al mismo tiempo que el vampiro, habría podido clavarle el cuchillo donde me proponía: en la garganta. Había dudado sólo durante un instante, y mi objetivo se me había escurrido.

Di un chillido mientras saltaba sobre él, gritando desaforadamente, en parte para distraerle de su ataque, en parte por el horror que me embargaba ante lo que iba a hacer.

El grito hizo que Mr. Crepsley se volviera de repente. Sus ojos se abrieron incrédulos. Al dejar de mirar al frente, chocó torpemente con el hombre gordo y los dos rodaron por el suelo.

Caí sobre Mr. Crepsley acuchillándole. La hoja alcanzó el brazo izquierdo del vampiro, clavándose profundamente en la carne. Rugió de dolor y trató de alejarse de mí. Le empujé contra el suelo (se encontraba en una postura difícil, y su peso y su fuerza no le servían de nada) y mi brazo descendió, empuñando el cuchillo con todas mis fuerzas, trazando un largo arco mortal.

No llegué a darle el golpe de gracia. Porque alguien se interpuso en la trayectoria de mi brazo. Alguien que descendió flotando. Alguien que había saltado desde lo alto. Alguien que chilló cuando le herí, y se alejó de mí rodando tan rápido como pudo.

Olvidando por un momento al vampiro, miré por encima del hombro a la figura que rodaba. Se podría decir que era un hombre, pero no me fue posible verlo con más claridad hasta que dejó de moverse y se puso de pie.

Cuando se alzó y me miró, me encontré deseando que hubiera seguido rodando hasta salir de la estancia.

Tenía una apariencia temible. Era un hombre alto, grueso e

hinchado, vestido de blanco de la cabeza a los tobillos; un traje de un blanco inmaculado, que sólo arruinaban unas manchas de suciedad y sangre después de haber rodado por el suelo.

Contrastando totalmente con su traje blanco estaban su piel, su pelo, sus ojos, sus labios y uñas. La piel estaba llena de manchas púrpura. El resto era de un rojo oscuro y vibrante, como si estuviera empapado de sangre.

No sabía quién o qué era ese ser, pero no me cupo duda alguna de que era diabólico. Todo en él lo proclamaba; el modo en que permanecía en pie, el desprecio con que nos miraba, la forma enloquecida en que danzaban sus antinaturales ojos rojos, y cómo sus labios de color rubí se separaban dejando al descubierto sus afilados y amenazadores dientes.

Escuché a Mr. Crepsley lanzar un juramento mientras intentaba incorporarse. Antes de que lo lograra, el hombre de blanco corrió hacia mí, bramando, a una velocidad que ningún ser humano habría podido desarrollar. Me embistió con la cabeza baja, casi reventando mi estómago, dejándome sin aire.

Caí hacia atrás, sobre Mr. Crepsley, volviendo a tirarle al suelo sin querer.

La criatura de blanco chilló, vaciló un momento como si meditara un ataque, y luego agarró una de las carroñas colgantes y la arrastró consigo. Saltó hacia arriba y se aferró al alféizar de una ventana (al principio, había observado que la ventana recorría toda la estancia a lo alto), rompió los cristales, y se deslizó fuera.

Mr. Crepsley maldijo de nuevo y me apartó a empujones de su camino. Subió sobre una res y saltó a alféizar tras el hombre de la piel púrpura, haciendo una mueca de dolor por el dolor de su brazo herido. Colgó de allí por un instante, escuchando atentamente. Luego bajó la cabeza y sus hombros se hundieron.

El humano gordo (que no dejaba de balbucear como un bebé) se puso de rodillas y comenzó a huir a gatas. Mr. Crepsley se dio cuenta, y, tras una última y desesperada mirada a través de la ventana, se dejó caer al suelo y se aproximó velozmente al hombre, que intentaba incorporarse.

Contemplé con impotencia cómo Mr. Crepsley tiraba del humano y le miraba a la cara: si se proponía matar al hombre, ya

no había nada que yo pudiera hacer para detenerle. Sentía como si un carnero hubiera embestido contra mis costillas. Me dolía respirar. Me resultaba imposible moverme.

Pero Mr. Crepsley no pensaba matarlo. Todo lo que hizo fue exhalar su gas en el rostro del hombre, que lo aspiró y se desplomó en el suelo, inconsciente.

Entonces Mr. Crepsley se giró y vino hacia mí, con una furia en sus ojos que nunca antes había visto. Empecé a temer por mi vida. Me agarró y me sacudió como a un muñeco.

—¡Idiota! —rugió—. ¡¿Por qué has interferido, estúpido imbécil?! ¡¿Te das cuenta de lo que has hecho?! ¡¿Te das cuenta…?!

—Yo estaba… intentando… detener… —resollé—. Yo pensé…

Mr. Crepsley acercó su rostro al mío y gruñó:

—¡Ha escapado! ¡Por culpa de tu maldita intromisión, un asesino loco se ha marchado impune! ¡Era mi oportunidad de detenerle y tú… tú…!

No pudo decir más: la rabia entorpecía su lengua. Me tiró al suelo, se dio la vuelta y cayó de rodillas, maldiciendo y gimiendo (a ratos casi parecía llorar) con manifiesta indignación.

Mis ojos pasaron del vampiro al humano dormido y a la ventana rota, y comprendí (no había que ser un genio para figurárselo) que había cometido un terrible (y quizá fatal) error.

CAPÍTULO 15

Hubo un largo y crispado silencio, donde los minutos transcurrieron lentamente. Palpé mis costillas… y ninguna estaba rota. Me incorporé y apreté los dientes cuando mis entrañas llamearon de dolor. Me sentiría así durante días.

Me acerqué a Mr. Crepsley, aclarándome la garganta.

—¿Quién *era*? —pregunté.

Me miró y meneó la cabeza.

—¡Idiota! —gruñó—. ¿Qué estabas haciendo aquí?

—Intentar evitar que lo matara —dije, señalando al hombre gordo. Mr. Crepsley me clavó la mirada—. Oí lo de esas seis personas muertas en las noticias —expliqué—. Pensé que usted era el asesino. Le seguí…

—¿Tú pensaste que *yo* era un asesino? —rugió. Asentí sombríamente—. ¡Eres aún más tonto de lo que pensaba! ¿Tan poca fe tienes en mí que…?

—¿Y qué otra cosa se supone que debía pensar? —grité—. Usted nunca me cuenta nada. Desaparecía cada noche en la ciudad, sin decir a dónde iba ni lo que hacía. ¿Qué se supone que debía pensar cuando oí que habían encontrado a seis personas sin una gota de sangre en sus cuerpos?

Mr. Crepsley me miró fijamente, pensativo. Al final asintió cansadamente.

—Tienes razón —suspiró—. Uno debe demostrar confianza para recibirla a cambio. Deseaba ahorrarte los detalles sangrientos en este asunto. No debí hacerlo. Es culpa mía.

—Está bien —dije, conmovido por su repentina mansedumbre—. Supongo que yo tampoco debí haberle seguido.

Mr. Crepsley miró el cuchillo.

—¿Pretendías matarme? —preguntó.

—Sí —admití, avergonzado.

Para mi sorpresa, soltó una seca carcajada.

—Eres un joven temerario, señor Shan. Pero ya lo sabía cuando te tomé como asistente. —Se levantó y se examinó el corte del brazo—. Supongo que debería estar agradecido de no haber salido peor parado.

—¿Está usted bien? —pregunté.

—Viviré —dijo, frotando su saliva sobre el corte, para que sanara.

Miré hacia la ventana rota.

—¿Quién *era*? —pregunté otra vez.

—La cuestión no es 'quién' —dijo Mr. Crepsley—, sino 'qué'. Es un *vampanez*. Su nombre es Murlough.

—¿Qué es un vampanez?

—Es una larga historia, y ahora no tenemos tiempo. Más tarde, te…

—No —dije, firmemente—. Casi le mato esta noche porque no sabía lo que hacía. Dígamelo *ahora*, para que no haya más malentendidos.

Mr. Crepsley vaciló, y luego asintió.

—Muy bien —dijo—. Supongo que este lugar es tan bueno como cualquier otro. No creo que nos molesten. Pero no podemos permitirnos perder tiempo. Debo pensar en lo que supone este desagradable giro de los acontecimientos y trazar un nuevo plan. Seré breve. Trata de no hacerme preguntas innecesarias.

—Lo intentaré —prometí.

—Los vampanezes son… —Buscó las palabras—. Antiguamente, en las noches, muchos vampiros daban caza a los humanos, y se alimentaban de ellos como las personas se alimentan de los animales. No era inusual que los vampiros dejaran secas a un par de personas por semana. Por aquel entonces, decidimos que aquello era inaceptable, así que se establecieron leyes que prohibían matar sin necesidad.

»La mayoría de los vampiros no tenían inconveniente en obedecer las leyes (era más fácil para nosotros pasar inadvertidos entre los humanos si no los matábamos) pero algunos se sintieron traicionados por ellas. Ciertos vampiros creían que los humanos

existían sólo para servirnos de alimento».

—¡Eso es una locura! —grité—. Los vampiros empezaron siendo humanos. ¿Qué clase de…?

—Por favor —me interrumpió Mr. Crepsley—. Sólo intento explicar cómo pensaban esos vampiros. Yo no tolero sus actos.

»Hace setecientos años, los acontecimientos se precipitaron. Setenta vampiros se apartaron del resto y se autoproclamaron una raza aparte. Se llamaron a sí mismos vampanezes y establecieron sus propias reglas y concilios.

»Básicamente, el vampanez cree que alimentarse de los humanos sin matarlos es un error. Cree que es noble dejar seca a una persona y absorber su espíritu (como tú absorbiste parte del de Sam Grest cuando bebiste de él) y que es vergonzoso tomar pequeñas dosis, como las sanguijuelas».

—¿Entonces siempre matan a la gente cuando beben? —pregunté. Mr. Crepsley asintió—. ¡Eso es terrible!

—Estoy de acuerdo —dijo el vampiro—. Al igual que la mayoría de los vampiros cuando los vampanezes se apartaron de nosotros. Hubo una gran guerra. Murieron muchos vampanezes. Y muchos vampiros, también, pero vencimos. Deberíamos haberlos exterminado, sólo que… —Sonrió amargamente—. Los humanos que intentábamos proteger se convirtieron en un estorbo.

—¿Qué quiere decir? —inquirí.

—Muchos humanos conocían la existencia de los vampiros. Pero, aunque no los matáramos, nos eludían… Nos temían. Pero cuando los vampanezes empezaron a masacrar a la gente, cundió el pánico y contraatacaron. Desgraciadamente no sabían distinguir entre vampiros y vampanezes, así que nos perseguían a todos y nos mataban.

»Podíamos controlar a los vampanezes —dijo Mr. Crepsley—, pero no a los humanos. Estuvieron a punto de aniquilarnos. Al final, nuestros Príncipes se reunieron con los vampanezes y acordamos una tregua. Les dejaríamos en paz si dejaban de asesinar sin freno. Sólo matarían cuando necesitaran alimentarse y sus asesinatos debían mantenerse en secreto para la humanidad.

»La tregua funcionó. Cuando los humanos se creyeron a salvo, dejaron de cazarnos. Los vampanezes procuraron mantenerse

alejados de nosotros (eso formaba parte del acuerdo) y prácticamente no hemos tenido nada que ver con ellos durante las últimas centurias, aparte de algún que otro encontronazo o desafío ocasionales».

—¿*Desafío*? —pregunté.

—Vampiros y vampanezes viven de forma violenta —dijo Mr. Crepsley—. Siempre nos probamos a nosotros mismos en luchas y competiciones. Los humanos y los animales son interesantes oponentes, pero si un vampiro realmente quiere probarse a sí mismo, lucha contra un vampanez. Es algo común que vampiros y vampanezes se busquen y luchen hasta la muerte.

—Qué estupidez —dije.

Mr. Crepsley se encogió de hombros.

—Así es como somos. Con el tiempo, los vampanezes han cambiado —continuó—. ¿Te fijaste en su pelo, uñas y ojos rojos?

—Y sus labios —añadí—. Y tenía la piel púrpura.

—Esos cambios se produjeron porque beben más sangre que los vampiros. La mayoría de los vampanezes no son tan coloridos como Murlough (ha estado bebiendo cantidades peligrosamente abundantes de sangre) pero todos tienes rasgos similares. Excepto los vampanezes jóvenes… Tardan un par de décadas en adquirir esa coloración.

Medité en todo lo que me había contado.

—Entonces, ¿los vampanezes son malvados? ¿Es por su culpa que los vampiros tienen tan mala reputación?

Mr. Crepsley se frotó la cicatriz, pensativamente.

—Decir que son *malvados* no es enteramente cierto. Para los humanos lo son, pero para los vampiros son más bien primos descarriados que demonios redomados.

—¿*Qué*? —No podía creer que los defendiera.

—Todo depende del cristal con que se mire —dijo—. Tú ya has aprendido a dejar a un lado tu reparo a beber de los humanos, ¿verdad?

—Sí —dije—, pero…

—¿Recuerdas cómo te oponías al principio?

—Sí —volví a decir—, pero…

—Para muchos humanos, *tú* eres malvado —dijo—. Un joven

semi-vampiro que bebe sangre humana… ¿Cuánto crees que tardarían en intentar matarte si conocieran tu verdadera identidad?

Me mordí el labio inferior, meditando en sus palabras.

—No me malinterpretes —dijo Mr. Crepsley—. No apruebo los métodos de los vampanezes. Pero tampoco pienso que sean malvados.

—¿Quiere decir que está bien matar a los humanos? —inquirí con cautela.

—No —disintió—. Te estoy diciendo que puedo entender ese punto. Los vampanezes matan porque forma parte de sus creencias, no porque disfruten con ello. Un soldado humano que mata en la guerra no es malvado, ¿verdad?

—No es lo mismo —dije.

—Pero casi. Para los humanos, los vampanezes son malvados, simple y llanamente. Pero a los vampiros (y tú formas parte ahora de nuestro clan) no nos resulta tan fácil juzgarlos. Son nuestros parientes.

»Y además —añadió—, los vampanezes tienen su lado bueno. Son leales y valientes. Y nunca faltan a su palabra… Cuando un vampanez hace una promesa, la cumple. Si un vampanez miente y su parentela lo descubre, lo ejecutarán sin cuestionárselo. Tienen sus defectos, y yo no siento especial simpatía por ellos, pero ¿*malvados*? —Suspiró—. Es difícil decirlo».

Fruncí el ceño.

—Pero usted iba a matar a uno —le recordé.

Mr. Crepsley asintió.

—Murlough no es normal. La locura invade su mente. Ha perdido el control y mata indiscriminadamente, para satisfacer su lunática codicia. Si fuera un vampiro, debería ser juzgado y ejecutado por los Generales. Los vampanezes, sin embargo, son más benevolentes con sus miembros menos afortunados. No están dispuestos a matar a uno de los suyos.

»Si un vampanez pierde el control, es degradado de su rango pero se le deja en libertad. Mientras se mantenga cerca de los de su especie, no harán nada para someterle ni perjudicarle. Él…».

Un gemido nos hizo dar un brinco. Miramos atrás y vimos que el hombre gordo se agitaba.

—Vamos —dijo Mr. Crepsley—. Proseguiremos nuestra charla camino del tejado.

Salimos de aquel refrigerador y emprendimos el regreso.

—Murlough ha estado vagando por el mundo durante algunos años —dijo Mr. Crepsley—. Normalmente, los vampanezes locos no duran tanto. Cometen errores estúpidos y no tardan en ser atrapados y eliminados por los humanos. Pero Murlough es más astuto que la mayoría. Aún tiene el suficiente sentido común para matar discretamente y ocultar los cuerpos. ¿Conoces el mito de que los vampiros no pueden entrar en una casa a menos que les inviten a pasar?

—Claro —dije—. Nunca me lo creí.

—Ni debías. Pero, como la mayoría de los mitos, es una creencia arraigada. Los vampanezes casi nunca matan a los humanos en sus casas. Cazan a sus presas en el exterior, las matan y se alimentan, y luego esconden los cuerpos, o disimulan las heridas para que las muertes parezcan accidentales. Los vampanezes locos suelen olvidar estas reglas fundamentales, pero Murlough las tenía presentes. Así fue como supe que no atacaría al hombre en su casa.

—¿Pero cómo sabía usted que iba a atacarlo? —pregunté.

—Los vampanezes son muy tradicionales —explicó Mr. Crepsley—. Seleccionan a sus víctimas con antelación. Entran a hurtadillas en sus casas mientras los humanos duermen y los marcan… Tres pequeños arañazos en la mejilla izquierda. ¿No advertiste esas marcas en el hombre gordo?

Negué con la cabeza.

—No las estaba buscando.

—Pues estaban ahí —me aseguró Mr. Crepsley—. Pequeñas (probablemente pensó que se arañaría él mismo de alguna manera mientras dormía), pero inconfundibles cuando sabes lo que buscas: siempre en el mismo sitio y del mismo tamaño.

»Por eso me pegué a este hombre. Hasta esa noche había estado buscando a ciegas, rastreando la ciudad, esperando encontrar el rastro de Murlough. Descubrí al hombre gordo por casualidad y le seguí. Sabía que el ataque ocurriría aquí o en algún lugar entre su casa y su trabajo, así que sólo tenía que sentarme y esperar que Murlough actuara. —El rostro del vampiro se ensombreció—. Y

entonces *tú* entraste en escena. —Fue incapaz de disimular la amargura en su voz».

—¿Podría encontrar a Murlough otra vez? —pregunté.

Meneó la cabeza.

—Descubrir a un humano marcado fue un increíble golpe de buena suerte. No ocurrirá dos veces. Además, aunque Murlough esté loco, no es idiota. Abandonará a cualquier otro humano que haya marcado y huirá de esta ciudad. —Mr. Crepsley suspiró tristemente—. Supongo que tendré que dejarlo así.

—¿*Dejarlo* así? —pregunté—. ¿No pensaba perseguirle?

Mr. Crepsley negó con la cabeza. Me detuve en el rellano (habíamos llegado casi a la puerta de la estancia de las tuberías) y clavé los ojos en él, pasmado.

—¿Por qué no? —ladré—. ¡Está loco! ¡Mata a la gente! ¡Usted tiene que…!

—No es asunto mío —dijo el vampiro suavemente—. No me corresponde a mí preocuparme de criaturas como Murlough.

—¿Entonces por qué se involucró en todo esto? —grité, pensando en toda la gente que el vampaneze loco podría matar.

—Las manos de los Generales Vampiros están atadas cuando se trata de asuntos como éste —dijo Mr. Crepsley—. No se atreven a tomar medidas para eliminar a un vampanez loco, por miedo a provocar otra guerra. Como te he dicho, los vampanezes son leales. Tomarían venganza por el asesinato de uno de los suyos. Podemos matar a un vampanez en un combate justo, pero si un General Vampiro mata a un vampanez loco, sus aliados se sentirán obligados a devolver el golpe.

»Me metí en esto porque se trata de la ciudad donde nací. Vivía aquí cuando era humano. Aunque todos mis conocidos de entonces han muerto hace mucho tiempo, aún me siento atado… Es en esta ciudad, más que en cualquier otro lugar, donde me siento en casa.

»Gavner Purl lo sabía. Cuando advirtió que Murlough estaba aquí, procuró localizarme. Suponía (correctamente) que yo no permanecería impasible mientras el vampanez loco causaba estragos. Fue un golpe bajo por su parte, pero no se lo reprocho… En su posición, yo habría hecho lo mismo».

—No lo entiendo —dije—. Pensaba que los Generales Vampiro

querían evitar una guerra.

—Así es.

—Pero si usted matara a Murlough…

—No —me interrumpió—. Yo no soy un General. Soy un vampiro corriente, sin relación con los demás. Los vampanezes vendrían a por mí si lo matara, pero los Generales no se verían implicados. Habría sido un asunto personal. No conduciría a una guerra.

—Ya veo. Así que, ahora que su ciudad está a salvo, ¿ya no se preocupará de él?

—Sí —respondió Mr. Crepsley simplemente.

No podía estar de acuerdo con la postura del vampiro (yo habría perseguido a Murlough hasta el fin del mundo) pero podía entenderle. Había estado protegiendo a 'su' gente. Ahora que la amenaza había desaparecido, ya no consideraba que el vampanez fuera su problema. Era una típica muestra de la lógica de un vampiro.

—¿Y qué ocurrirá ahora? —pregunté—. ¿Regresaremos al Cirque Du Freak y olvidaremos todo esto?

—Sí —dijo—. Murlough evitará esta ciudad en el futuro. Se escabullirá en la noche y todo habrá terminado. Podremos retomar a nuestras vidas y seguir con ellas.

—Hasta la próxima vez —dije.

—Yo sólo tengo un hogar —respondió el vampiro—. Con toda probabilidad, no habrá próxima vez. Vamos —dijo—. Si tienes más preguntas, las responderé más tarde.

—Está bien —dije, y me detuve—. Lo que dijimos antes, sobre no volver a ocultarnos cosas importantes, ¿lo va a mantener? ¿Confiará en mí a partir de ahora y me lo contará todo?

El vampiro sonrió.

—Confiaremos el uno en el otro —dijo.

Le devolví la sonrisa y le seguí al interior del cuarto de las tuberías.

—¿Cómo no vi antes las huellas de Murlough? —me pregunté, desandando las huellas que habíamos dejado al entrar en el edificio.

—Entró por otro lado —dijo Mr. Crepsley—. No quise acercarme a él hasta que atacara, por si me descubría.

Yo ya estaba junto a la ventana cuando me acordé de Evra.

—¡Un momento! —dije, llamando a Mr. Crepsley—. Tenemos que encontrar a Evra.

—¿El chico-serpiente también estaba al tanto de todo esto? —Mr. Crepsley se echó a reír—. Date prisa y tráelo. Pero no esperes que vuelva a contarle a él toda la historia. Tú te encargarás de eso.

Miré alrededor buscando a mi amigo.

—Evra —llamé en voz baja.

Como no hubo respuesta, alcé la voz:

—¡Evra!

¿Dónde se había escondido? Bajé la vista y descubrí un solitario par de huellas en el polvo, que conducían bajo un montón de tuberías.

—¡Evra! —volví a gritar, siguiendo su rastro. Probablemente me habría visto hablar con el vampiro y no estaba seguro de lo que debía hacer—. ¡Todo está bien! —grité—. ¡Mr. Crepsley no es el asesino! ¡Es otro…!

Escuché el seco y crujiente ruido de mis pies al aplastar algo mientras andaba. Retrocedí un paso, y me incliné y cogí el objeto para verlo de cerca. Con una sensación de angustia en las tripas, comprendí lo que era: los restos de un móvil destrozado.

—¡Evra! —chillé, precipitándome hacia delante. Vi señales de lucha al otro lado… El polvo en esa zona estaba muy removido, como si alguien hubiera recibido una paliza sobre él. Miles de partículas de polvo aún flotaban en agitadas nubecillas en el aire.

—¿Qué es esto? —preguntó Mr. Crepsley, aproximándose cautelosamente. Le mostré el móvil aplastado—. ¿Es de Evra? —supuso él.

Yo asentí.

—El vampanez ha debido cogerlo —dije, horrorizado.

Mr. Crepsley suspiró y agachó la cabeza.

—Entonces, Evra está muerto —dijo con franqueza, y mantuvo la mirada baja cuando yo empecé a llorar.

CAPÍTULO 16

Mr. Crepsley pagó la cuenta y nos marchamos del hotel tan pronto como volvimos, por si el personal notaba la desaparición de Evra, o el vampanez le obligaba a revelar nuestro paradero.

—¿Y si se escapa? —pregunté—. ¿Cómo sabrá dónde encontrarnos?

—No creo que escape —dijo Mr. Crepsley pesaroso.

Nos registramos en un nuevo hotel, no muy lejos del otro. Si al recepcionista le sorprendió encontrarse ante un solemne caballero con una cicatriz y un afligido muchacho vestido de pirata registrándose a una hora tan extraña, se guardó sus sospechas.

Le rogué a Mr. Crepsley que me contara más cosas sobre los vampanezes. Me dijo que nunca bebían de otros vampiros: nuestra sangre era venenosa para los otros vampiros y para los vampanezes. Vivían un poco más que los vampiros, aunque la diferencia era mínima. Comían muy poco, pues preferían ante todo alimentarse de sangre. Sólo bebían de animales como último recurso.

Le escuché atentamente. Era más fácil no pensar en Evra si tenía algo en lo que concentrarme. Pero cuando llegó el alba y Mr. Crepsley se acostó, me quedé solo, dándole vueltas a lo que había sucedido.

Contemplé el amanecer. Estaba cansado, pero no podía dormir. ¿Cómo me enfrentaría a las pesadillas que me esperaban en mis sueños? Preparé un abundante desayuno, pero mi apetito desapareció tras el primer bocado y acabé tirándolo a la basura. Encendí la tele y pasé rápidamente los canales, sin poner apenas atención.

No dejaba de pensar que todo aquello tenía que ser un sueño. Evra no podía estar muerto. Me había quedado dormido en el tejado mientras vigilaba a Mr. Crepsley y lo había soñado todo. En

cualquier momento, Evra me sacudiría para despertarme. Le contaría mi sueño y ambos nos reiríamos. «No te librarás de mí tan fácilmente», diría él.

Pero no era un sueño. Yo *había* estado cara a cara con el vampanez. Y él *había* raptado a Evra. Y le *había* matado o se disponía a hacerlo. Los hechos eran esos, y había que asumirlos.

El problema era que no me atrevía a asumirlos. Temía volverme loco si lo hacía. Así que, en lugar de aceptar la verdad y afrontarla, la enterré profundamente, donde no pudiera molestarme… y me fui a ver a Debbie. Quizá ella pudiese animarme.

Debbie estaba jugando en la plaza del barrio cuando llegué. Había nevado mucho durante la noche y estaba haciendo un muñeco de nieve con algunos niños del vecindario. Se sorprendió al verme aparecer tan temprano, pero se alegró. Me presentó a sus amigos, que me miraron inquisitivamente.

—¿Quieres que demos un paseo? —pregunté.

—¿Puedes esperar a que terminemos el muñeco? —respondió.

—No —dije—. Estoy muy nervioso. Necesito caminar. Puedo venir más tarde si quieres.

—Está bien. Iré. —Me miró extrañada—. ¿Estás bien? Tienes la cara tan blanca como una sábana, y tus ojos… ¿has estado llorando?

—Estuve pelando cebollas antes —mentí.

Debbie se volvió hacia sus amigos.

—Nos veremos después —dijo, y se colgó de mi brazo—. ¿Hay algún sitio en especial al que quieras ir?

—En realidad, no —dije—. Decide tú. Yo te seguiré.

Apenas hablamos mientras caminábamos, hasta que Debbie me tiró del brazo y dijo:

—Tengo buenas noticias. Les pregunté a mis padres si podías venir a ayudarnos a decorar la víspera de Navidad, y han dicho que sí.

—Genial —dije, forzando una sonrisa.

—También te han invitado a cenar —dijo ella—. Y pensaban pedirte que vinieras el día de Navidad, pero no sé si planeabas celebrarla en el hotel. Además, no creo que tu padre quiera que vengas, ¿no?

—No —dije suavemente.

—Pero la víspera de Navidad sí, ¿verdad? —preguntó—. Que venga Evra también. Almorzaremos temprano, a las dos o las tres de la tarde, así que luego tendremos tiempo de sobra para decorar los árboles. Tú puedes…

—Evra no podrá venir —dije secamente.

—¿Por qué no?

Me devané los sesos tratando de inventar una excusa convincente. Finalmente, dije:

—Tiene la gripe. Está en la cama y no puede levantarse.

—Parecía estar bien ayer —dijo Debbie, frunciendo el ceño—. Os vi a los dos por ahí, anoche. Parecía estar…

—¿Cómo que nos viste? —pregunté.

—Por la ventana —dijo—. No es la primera vez que os veo salir al oscurecer. Nunca lo había mencionado, porque pensé que me habrías dicho a dónde ibas si quisieras que lo supiera.

—No está bien espiar a la gente —mascullé.

—¡No estaba espiando! —Debbie parecía dolida tanto por mi acusación como por mi tono—. Simplemente te vi. Y si ésta es tu actitud, ya puedes olvidarte de venir la víspera de Navidad. —Se dio la vuelta para marcharse.

—Espera —dije, agarrándola del brazo (y procurando no hacerlo demasiado fuerte)—. Lo siento. Hoy estoy de muy mal humor. No me encuentro muy bien. Quizá Evra me ha pegado la gripe.

—*Pareces* un poco pachucho —admitió, dulcificando su expresión.

—Cuando salimos por la noche, sólo vamos a encontrarnos con papá —dije—. Nos reunimos con él después del trabajo y vamos a cenar o a ver una película. Te habría invitado alguna vez, pero no sabes cómo son las cosas con mi padre.

—Deberías presentarnos —dijo Debbie—. Apuesto a que consigo gustarle, si tuviera la oportunidad.

Comenzamos a andar de nuevo.

—Entonces, ¿vendrás la víspera de Navidad? —preguntó.

Meneé la cabeza. Ir a cenar con Debbie y sus padres era en lo último que podía pensar.

—Tendría que devolverte la invitación —dije—. Y no estoy

seguro de seguir aquí por mucho tiempo. Podríamos marcharnos.

—¡Pero la víspera de Navidad es mañana! —exclamó Debbie—. Tu padre ya te habría dicho qué planes tiene.

—Es un tipo raro —dije—. Tiene la costumbre de dejar las cosas para el último minuto. Podría regresar después de este paseo y encontrarle con las maletas hechas, listos para irnos.

—No puede irse si Evra está enfermo —repuso ella.

—Puede y lo hará, si quiere —contesté.

Debbie frunció el ceño y se detuvo. Estábamos a pocos pasos de una rejilla de ventilación, que desprendía un aire caliente. Ella se acercó y se quedó de pie sobre las barras.

—No te irás sin despedirte, ¿verdad? —preguntó.

—Claro que no —dije.

—Te odiaría si te desvanecieras en el aire sin decir ni una palabra —dijo ella, y pude ver lágrimas crecientes en el rabillo de sus ojos.

—Te lo prometo —dije—. Cuando *yo* sepa que me voy, *tú* también lo sabrás. Palabra de honor. Te lo juro.

—Ven aquí —dijo ella, atrayéndome hacia sí y abrazándome con fuerza.

—¿A qué viene esto? —pregunté.

—¿Tiene que haber una razón? —sonrió, y señaló hacia delante —. Vamos por esa esquina. Lleva hasta la plaza.

La cogí del brazo, para emprender con ella el camino de regreso, y entonces recordé que me había cambiado de hotel. Si volvía a la plaza, ella esperaría verme entrar en el hotel. Le parecería sospechoso descubrir que me escabullía por otro lado.

—Yo seguiré paseando —dije—. Te llamaré esta noche o mañana para decirte si puedo ir.

—Si tu padre quiere irse, retuércele un brazo y oblígale a quedarse —sugirió—. De veras, me encantaría que vinieras.

—Lo intentaré —juré, y la contemplé tristemente mientras iba hacia la esquina y desaparecía de mi vista.

Fue entonces cuando escuché una suave risita bajo mis pies. Miré hacia abajo, a través de las barras de la rejilla de ventilación, y no vi a nadie, y pensé que habría sido mi imaginación. Pero entonces una voz se elevó entre las sombras.

—Me gusta tu novia, Darren Shan —dijo, emitiendo una risita tonta, y supe al instante quién estaba allí abajo—. Un plato delicioso. Para comérsela entera, ¿no crees? Debe estar mucho más sabrosa que tu otro amiguito. Mucho más sabrosa que Evra.

¡Era Murlough, el vampanez loco!

CAPÍTULO 17

Me dejé caer de rodillas intentando atisbar algo a través de la rejilla de ventilación. Allí abajo estaba oscuro, pero al cabo de unos segundos fui capaz de distinguir la tosca figura del vampanez.

—¿Cómo se llama tu novia, hmmm? —indagó Murlough—. ¿Anne? ¿Beatrice? ¿Catherine? ¿Diana? ¿Elsa? ¿Franny? ¿Geraldine? ¿Henrietta? ¿Eileen? ¿Josie? —Se detuvo y pude percibir cómo fruncía el ceño—. No, espera, Eileen empieza con E, no con I. ¿Hay algún nombre de mujer que empiece con I? Así de repente no se me ocurre ninguno. ¿Y a ti, Darren Shan? ¿Alguna idea, hmmm? ¿Alguna sugerencia?

Pronunciaba mi nombre de una forma extraña, haciendo que sonara como Jarwren.

—¿Cómo me ha encontrado? —dije, sin aliento.

—Fue fácil. —Se inclinó hacia delante, evitando cuidadosamente la luz del Sol, y se dio un golpecito en la sien—. Usé el cerebro —dijo—. El joven Murlough tiene cerebro de sobra, sí, señor. Interpreté una melodía sobre tu amigo… *Culebrilla* Von. Me dijo dónde estaba el hotel. Monté guardia fuera. Vigilé atentamente. Te vi paseando con tu novia, y te seguí.

—¿Qué ha querido decir con «interpretar una melodía»? —pregunté.

El vampanez rió con estrépito.

—Con mi cuchillo —explicó—. Mi cuchillo y unas cuantas escalas[6]. ¿Lo captas? *Escalas*. Escalas en *Culebrilla*, escalas en un piano. ¡Ja! ¡El cerebro, ya te lo dije, el cerebro! Un estúpido no haría chistes tan ingeniosos e inteligentes. El joven Murlough tiene un cerebro del tamaño de…

—¿Dónde está Evra? —le atajé, aporreando la rejilla de ventilación para hacerle callar. Tiré de ella, en un intento de

arrancarla y llegar hasta él, pero estaba firmemente encajada en el suelo.

—¿Evra? ¿Evra Von? —Murlough inició un extraño bailecillo en la oscuridad bajo la rejilla—. Evra está atado —me confesó—. Colgado por los tobillos, con la sangre bajándole a la cabeza. Chillando como un cerdito. Suplicando que le deje marchar.

—¿Dónde está? —pregunté desesperadamente—. ¿Está vivo?

—Dime —respondió, ignorando mis preguntas—, ¿dónde os alojáis el vampiro y tú? Os habéis cambiado de hotel, ¿verdad? Por eso no te vi salir. ¿Qué estabas haciendo en la plaza, de todas formas? ¡No! —exclamó cuando abrí la boca para hablar—. ¡No me lo digas, no me lo digas! Dale a mi cerebro la oportunidad de averiguarlo. El joven Murlough tiene cerebro de sobra. El cerebro le rezuma por las orejas, como se suele decir.

Hizo una pausa, con sus ojillos danzando de un lado a otro, y luego chasqueó los dedos y chilló:

—¡La chica! ¡La amiguita de Darren Shan! Vive en la plaza, ¿hmmm? Y tú querías verla. ¿Cuál es su casa? ¡No me lo digas, no me lo digas! Lo descubriré. Le seguiré el rastro. Qué muchachita tan jugosa, tan llena de sangre, ¿hmmm? Una sangre deliciosa y salada. Ya puedo saborearla…

—¡Aléjese de ella! —grité—. ¡Si se le acerca le…!

—¡Cállate! —ladró el vampanez—. ¡No me amenaces! ¡No lo voy a tolerar de un semi-vampiro renacuajo como tú! Vuelve a hacerlo y me iré, y será el fin de *Culebrilla*.

Intenté recuperar el control.

—¿Eso significa que todavía esta vivo? —pregunté, agitado.

Murlough esbozó una amplia sonrisa y se dio un toquecito en la nariz.

—Tal vez sí, tal vez no. No hay forma de que lo sepas, ¿verdad?

—Mr. Crepsley dijo que los vampanezes son fieles a su palabra —dije—. Si usted me asegura que está vivo, entonces lo sabré.

Murlough asintió lentamente.

—Está vivo.

—¿Me da su palabra?

—Te la doy —dijo—. *Culebrilla* está vivo. Atado y colgado, chillando como un cerdito. Lo estoy guardando para Navidad. Será

mi cena de Navidad. *Culebrilla* en lugar de pavo. ¿No crees que es asqueroso viniendo de mí, hmmm? —se rió—. ¿Lo captas? *Asqueroso*. No es una de mis ocurrencias más sutiles, pero ahí está. *Culebrilla* se rió. *Culebrilla* hace todo lo que le digo. Tú también lo harías, en su lugar. Balanceándose de los tobillos. Chillando como un cerdito.

Murlough tenía la irritante manía de repetirse.

—Mire —dije—, deje que Evra se vaya. Por favor, él nunca le ha hecho nada.

—¡Interfirió en mi programa! —chilló el vampanez—. Estaba listo para comer. Iba a ser glorioso. Desangraría al gordo mientras le despellejaba vivo, y colgaría su cuerpo con el resto de las carroñas del refrigerador. Practicar el canibalismo con algún pobre humano confiado, sería un gran deporte, ¿hmmm?

—Evra no se interpuso en su camino —dije—. Fuimos Mr. Crepsley y yo. Evra estaba fuera.

—Dentro, *fuera*… No estaba *conmigo*. Pero pronto lo estará. —Murlough se relamió sus rojos labios—. Conmigo y en mi tripita. Nunca había cogido a un niño-serpiente. Tengo muchas ganas de probarlo. Quizá lo rellene antes de comérmelo. Así será más navideño.

—¡Le mataré! —chillé, volviendo a golpear la rejilla, perdiendo el control—. ¡Le perseguiré y le despedazaré trozo a trozo!

—¡Caramba! —rió Murlough, y prosiguió con fingido terror—: ¡Oh, cielos! Por favor, no me hagas daño, malvado semi-vampirito. El joven Murlough es un buen tipo. Dime que me dejarás marchar…

—¿Dónde está Evra? —rugí—. ¡Tráigalo aquí ahora mismo o…!

—¡Bien —dijo Murlough bruscamente—, ya es suficiente! No he venido aquí para que me chillen, no, señor. Hay muchos lugares donde podría ir si quisiera que la gente me gritara, ¿hmmm? Ahora cállate y escucha.

Haciendo un supremo esfuerzo, finalmente logré calmarme.

—Bien —gruñó Murlough—. Eso está mejor. No eres tan estúpido como la mayoría de los vampiros. Quizá haya un poco de cerebro en ti, Darren Shan, ¿hmmm? No eres tan inteligente como yo, claro, pero ¿quién lo es? El joven Murlough tiene más cerebro que… Bueno, ya está bien. —Clavó las uñas en la pared bajo la

rejilla y trepó un par de pasos—. Escucha atentamente. —Ahora sonaba cuerdo—. No sé cómo me encontrasteis… *Culebrilla* no pudo decírmelo, por más escalas que toqué… y no me importa. Es vuestro secreto. Guardáoslo. Todos necesitamos tener secretos, ¿verdad, hmmm?

»Y tampoco me importa el humano —continuó—. Sólo era una comida. Hay de sobra de donde salió. Hay sangre de sobra en el jugoso mar humano.

»Ni siquiera me importas *tú* —resopló—. No me interesan los semi-vampiros. Tú sólo estás siguiendo a tu maestro. No me preocupas. Estoy dispuesto a dejarte vivir. A ti y a *Culebrilla* y al humano.

»Pero el vampiro… Larten Crepsley… —Los ojos rojos del vampanez rebosaron odio—. *Él* sí me importa. Debería habérselo pensado mejor antes de cruzarse en mi camino. ¡Los vampiros y los vampanezes no se mezclan! —rugió con todas sus fuerzas—. ¡Hasta la criatura más estúpida del mundo lo sabe! Así fue pactado. Ninguno se metería en los asuntos de los otros. Ha ido contra la ley. Y debe pagar por ello».

—Él no ha ido contra ninguna ley —le dije, desafiante—. Usted está loco. Usted va matando gente por toda la ciudad. Debe ser detenido.

—¿*Loco*? —Esperé que Murlough reaccionara violentamente ante el insulto, pero se limitó a reír entre dientes—. ¿Eso es lo que él te ha dicho? ¿Qué estoy loco? ¡El joven Murlough no está loco! Soy el vampanez más cuerdo que haya existido nunca. ¿Estaría aquí si estuviera loco? ¿Habría tenido la suficiente sensatez de mantener con vida a *Culebrilla*? ¿Acaso me ves soltar espuma por la boca? ¿Acaso me escuchas balbucear como un idiota? ¿Hmmm?

Decidí seguirle la corriente.

—Tal vez no lo esté —dije—. Ahora que lo pienso, parece demasiado inteligente.

—¡Naturalmente que soy inteligente! El joven Murlough tiene cerebro. No se puede estar loco teniendo tanto cerebro, a menos que estés rabioso. ¿Has visto algún animal rabioso?

—No —dije.

—¡Ahí lo tienes! —declaró triunfalmente—. No hay animales

locos, así que no hay ningún Murlough loco. ¿Lo captas, hmmm?

—Lo capto —dije, tranquilamente.

—¿Por qué se metió en mis asuntos? —inquirió Murlough. Parecía confuso y molesto—. Yo no le hice nada. Jamás me crucé en su camino. ¿Por qué vino a enredarlo todo?

—Ésta era su ciudad —expliqué—. Vivía aquí cuando era humano. Se sintió en el deber de proteger a la gente.

Murlough me miró fijamente, con una incredulidad absoluta.

—¿Quieres decir que lo hizo por *ellos*? —chilló—. ¿Por los *porta-sangre*? —Se echó a reír locamente—. ¡Debe sentirse realmente solo! Pensé que tal vez los querría para él. O que había matado a alguien cercano a él. Pero nunca, ni por un segundo, imaginé que fuera por… por…

Murlough continuó riendo.

—¡No se hable más! —dijo—. No puedo dejar suelto a un lunático como ése. Cualquiera sabe lo que hará la próxima vez. Escucha, Darren Shan, pareces un chico inteligente. Hagamos un trato. Imagino que querrás salir de este lío, ¿hmmm?

—¿Qué clase de trato? —inquirí, suspicazmente.

—Un canje —dijo Murlough—. Yo sé dónde está *Culebrilla*. Tú sabes dónde está el vampiro. Uno por el otro. ¿Qué dices?

—¿Entregarle a Mr. Crepsley a cambio de Evra? —repliqué con desprecio—. ¿Qué clase de trato es ése? ¿Intercambiar a un amigo por otro? No creerá que yo…

—¿Por qué no? —preguntó Murlough—. El niño-serpiente es inocente, ¿hmmm? Y es tu mejor amigo, según me contó. El vampiro, en cambio, fue quien te separó de tu familia y te alejó de tu hogar. Evra me dijo que lo odiabas.

—Eso fue hace mucho tiempo —dije.

—Aún así —continuó el vampanez—, si tuvieras que elegir entre los dos, ¿con quién te quedarías? Si sus vidas estuvieran en juego y sólo pudieras salvar a uno, ¿a quién sería?

No tenía que pensarlo mucho.

—A Evra —respondí, sin alterarme.

—¡Ahí lo tienes! —retumbó Murlough.

—Pero la vida de Mr. Crepsley *no* está en peligro —dije—. Usted sólo quiere que se lo entregue a cambio de dejar libre a Evra. —

Sacudí la cabeza, tristemente—. No lo haré. No le traicionaré ni le conduciré a una trampa.

—No tienes que hacerlo —dijo Murlough—. Sólo dime dónde está. El nombre del hotel y el número de su habitación. Yo haré el resto. Me colaré dentro mientras duerme, solventaré el asunto y te devolveré a Evra. Te doy mi palabra de que os dejaré ir a los dos. Piensa en ello, ¿hmmm? Sopesa las opciones. El vampiro o *Culebrilla*. Tú eliges.

Volví a negar con la cabeza.

—No. No tengo nada que pensar. Me cambiaré a mí mismo por Evra, si eso…

—¡No eres *tú* quien me interesa! —chilló Murlough—. ¡Quiero al vampiro! ¿Para qué querría yo a un pequeño y estúpido semi-vampiro? No puedo beber tu sangre. No ganaría nada matándote. O Crepsley o no hay trato.

—Pues no hay trato —dije, sintiendo cómo los sollozos se agolpaban en mi garganta al considerar lo que mis palabras supondrían para Evra.

Murlough me escupió, asqueado. Su saliva se estampó y goteó de la rejilla.

—Eres un estúpido —gruñó—. Pensaba que eras inteligente, pero ya veo que no. Como quieras. Encontraré al vampiro por mi cuenta. Y a tu novia también. Y los mataré a los dos. Y luego te mataré a ti. Espera y lo verás.

El vampanez se apartó de la pared y se sumergió en la oscuridad.

—¡Piensa en mí, Darren Shan! —gritó mientras se escabullía por los túneles—. ¡Piensa en mí cuando llegue el día de Navidad, y le hinques el diente al pavo y al jamón! ¿Sabes a *qué* le estaré hincando el diente yo? ¿Lo sabes? —Su risa resonó espeluznantemente mientras se alejaba bailoteando por los túneles.

—Sí —dije en voz baja. Sabía exactamente a qué le hincaría el diente.

Me puse en pie, apartando las lágrimas de mi rostro, y fui a despertar a Mr. Crepsley para relatarle mi encuentro con Murlough. Tras un par de minutos, decidí trepar por la escalera de incendios y recorrer las azoteas, por si el vampanez rondaba por allí con

intención de seguirme.

CAPÍTULO 18

Mr. Crepsley no pareció sorprenderse de que Murlough hubiera estado vigilando el hotel (casi lo esperaba), pero *estaba* pasmado ante la idea de que yo hubiera vuelto a la plaza del barrio.

—¿En qué estabas pensando? —exclamó.

—Usted no me advirtió que me alejara de allí —repliqué—. No se me ocurrió que fuera necesario.

Emitió un gemido.

—¿Pero qué fue lo que te impulsó a volver?

Decidí que ya era hora de hablarle de Debbie. Me escuchó sin pronunciar palabra de principio a fin.

—Una novia —dijo finalmente, meneando la cabeza con asombro—. ¿Por qué pensaste que yo no lo aprobaría? No hay razón para que no puedas trabar amistad con una chica. Incluso los vampiros completos llegamos a enamorarnos a veces de los humanos. Es complicado, y desaconsejable, pero no tiene nada de malo.

—¿No está enfadado? —pregunté.

—¿Por qué iba a estarlo? Tus asuntos amorosos no son de mi incumbencia. Actuaste correctamente: no hagas promesas que no puedas cumplir, y sé consciente de que estas cosas son sólo temporales. Lo único que me preocupa es que tu relación con esa chica esté vinculada al vampanez.

—¿Cree que Murlough irá a por ella?

—Lo dudo —dijo—. Pienso que evitará ir por la plaza. Ahora que sabe que has estado allí, esperará que vigilemos esa zona en el futuro. Sin embargo, debes tener cuidado. No vayas a verla cuando oscurezca. Entra por la puerta trasera. Mantente alejado de las ventanas.

—¿Está bien que siga en contacto con ella? —pregunté.

—Sí —sonrió—. Sé que a menudo piensas que me gusta estropearte la diversión, pero nunca he pretendido intencionadamente hacerte sentir miserable.

Le devolví la sonrisa, agradecido.

—¿Y Evra? —pregunté—. ¿Qué le va a pasar?

La sonrisa de Mr. Crepsley se desvaneció.

—No estoy seguro.

Meditó en ello un par de minutos.

—¿De verdad te negaste a intercambiar mi vida por la suya? —Por su tono daba la sensación de que pensaba que yo había tratado de impresionarle.

—De verdad —dije.

—Pero *¿por qué*?

Me encogí de hombros.

—Dijimos que confiaríamos el uno en el otro, ¿recuerda?

Mr. Crepsley se giró un poco, carraspeando tras su puño. Cuando me miró de nuevo, parecía avergonzado de sí mismo.

—Te he subestimado terriblemente, Darren —dijo—. No volveré a hacerlo. Hice una sabia elección cuando te escogí como asistente. Me siento honrado de tenerte a mi lado.

El cumplido me hizo sentir incómodo (no estaba acostumbrado a que el vampiro me dijera cosas agradables), así que hice una mueca e intenté no darle importancia.

—¿Qué pasa con Evra? —pregunté otra vez.

—Haremos lo que podamos para rescatarle —dijo Mr. Crepsley—. No fue un acierto que te negaras a cambiarlo por mí: sabiendo lo que Murlough quiere, podíamos haberle tendido una trampa. Ahora que has mostrado tanta lealtad hacia mí, no volverá a hacerte la misma oferta. Hemos perdido nuestra mejor oportunidad para cazarle… Pero aún hay esperanza —dijo—. Hoy es veintitrés. Sabemos que no matará a Evra antes del veinticinco.

—A menos que cambie de opinión —dije.

—Es poco probable. Los vampanezes no tienen fama de indecisos. Si te dijo que mataría a Evra el día de Navidad, será entonces cuando lo haga. Tenemos toda esta noche y la siguiente para buscar su guarida.

—¡Pero podría estar en cualquier parte de la ciudad! —exclamé.

—No lo creo —dijo Mr. Crepsley—. Él no está *en* la ciudad: está *bajo* ella. En los túneles. En los desagües. En las alcantarillas. Ocultándose del Sol, libre para moverse como quiera.

—No puede saberlo con certeza —dije—. Quizá sólo estaba hoy ahí abajo para seguirme.

—Si es así —dijo Mr. Crepsley—, estamos perdidos. Pero si su base *está* ahí abajo, tenemos una oportunidad. No hay tanto espacio bajo tierra. Los ruidos son más fáciles de detectar. No será sencillo, pero es nuestra esperanza. La noche pasada ni siquiera teníamos eso.

»Si todo lo demás falla —añadió—, y acabamos con las manos vacías… —Su rostro se endureció—, llamaremos a nuestro primo asesino y le ofreceremos el mismo trato que él te propuso».

—¿Quiere decir…?

—Sí —dijo, sombríamente—. Si no encontramos a Evra a tiempo, cambiaré *mi* vida por la suya.

***

Había más espacio bajo el suelo del que Mr. Crepsley había imaginado. Aquello era un interminable y retorcido laberinto. Los conductos parecían dirigirse a todas partes, como si se hubieran construido al azar. Algunos eran lo suficientemente grandes para pasar de pie por ellos, otros apenas lo bastante amplios para atravesarlos a rastras. Muchos aún se utilizaban, medio llenos de corrientes de agua y desperdicios. Otros eran viejos, y estaban secos y llenos de grietas.

El hedor era terrible. Una cosa era cierta: quizá llegáramos a escuchar o a vislumbrar a Murlough o a Evra, pero, definitivamente, ¡nunca podríamos olfatearlos!

El lugar estaba repleto de ratas, arañas y bichos. Pero pronto descubrí que, si se les ignoraba, ellos generalmente lo ignoraban a uno.

—No entiendo para qué necesitan tantos túneles —dijo Mr. Crepsley con expresión ceñuda, tras varias horas de búsqueda infructuosa. Nos parecía haber cruzado ya media ciudad bajo tierra,

pero cuando levantó la vista del suelo para comprobar nuestra posición, descubrió que no habíamos avanzado más que tres cuartos de milla.

—Imagino que tantos túneles distintos se hicieron en épocas distintas —dije. Mi padre solía trabajar en una compañía constructora y me había explicado algo sobre los sistemas de alcantarillado—. Al final acaban erosionándose en algunos sitios, y por lo general es más fácil excavar pozos nuevos que reparar los viejos.

—Vaya derroche —refunfuñó Mr. Crepsley desdeñosamente—. Se podría construir una pequeña ciudad en el espacio que ocupan esos malditos conductos. —Miró alrededor—. Hay más agujeros que hormigón —dijo—. Me sorprende que la ciudad aún no se haya hundido.

Después de un rato, Mr. Crepsley se detuvo y soltó un juramento.

—¿Quiere que paremos? —pregunté.

—No —suspiró—. Debemos continuar. Es mejor seguir buscando que sentarnos a esperar. Al menos de esta forma controlamos en cierto modo nuestro destino.

Encendimos antorchas para iluminar los túneles. Necesitábamos luz: ni siquiera los vampiros pueden ver cuando la oscuridad es total. El resplandor aumentaba las posibilidades de que Murlough nos descubriera antes que nosotros a él, pero teníamos que correr ese riesgo.

—¿No puede rastrearle telepáticamente? —pregunté cuando nos detuvimos a tomar un respiro. Tanto andar doblados o arrastrándonos era agotador—. ¿No puede buscar sus pensamientos?

El vampiro meneó la cabeza.

—No tengo conexión con Murlough —dijo—. Sintonizar con los procesos mentales de otra persona requiere radar por ambas partes. —Levantó sus dos índices a cierta distancia entre sí—. Digamos que éste soy yo —agitó el dedo derecho—, y éste es Mr. Tall —agitó el izquierdo—. Hace muchos años, cada uno aprendió a reconocer las ondas mentales del otro. Ahora, si quisiera encontrar a Mr. Tall, emitiría una serie de ondas de radar. —Movió el dedo derecho

arriba y abajo—. Cuando las señales lleguen a Hibernius, parte de su mente las captará automáticamente, aunque su mente consciente no se aperciba de ello.

—¿Quiere decir que podría encontrarle aunque él no quisiera?

Mr. Crepsley asintió.

—Ésa es la razón de que la mayoría de la gente rechace compartir sus ondas de identidad. Sólo debes revelárselas a alguien en quien confíes de verdad. Hay menos de diez personas en este mundo que puedan encontrarme de este modo, o yo a ellas —sonrió débilmente—. Sobra decir que ninguna de ellas es un vampanez.

No estaba seguro de haber comprendido completamente aquello de las ondas mentales, pero con eso me bastaba para saber que Mr. Crepsley no podía usar su telepatía para encontrar a Evra.

Otra esperanza eliminada de la lista.

Pero la conversación me hizo pensar. Estaba seguro de que tenía que haber un modo de aumentar nuestras posibilidades. El plan de Mr. Crepsley (deambular por los túneles y rezar para tropezarnos con el vampanez) no era muy bueno. ¿No habría algo más que pudiéramos hacer? ¿No habría una manera de tenderle una trampa a Murlough y hacerle caer en ella?

Concentré mis pensamientos más inmediatos en la búsqueda (si nos tropezábamos con el vampanez loco, no quería que me pillara con la cabeza en las nubes), pero dediqué el resto a pensar seriamente en aquello.

Algo que había dicho el vampanez se agitaba en el fondo de mi cerebro, pero no acababa de darle forma. Repasé mentalmente toda nuestra conversación. Habíamos hablado de Evra y Mr. Crepsley y Debbie y de un trato y…

Debbie.

Me provocó con ella, diciendo que la mataría y bebería su sangre. En ese momento no me tomé muy en serio su amenaza, pero cuanto más lo pensaba, más me preguntaba hasta qué punto estaría interesado en ella.

Estaría hambriento, aquí abajo en las profundidades. Acostumbraba a alimentarse con regularidad. Nosotros le habíamos arruinado el plan. Dijo que le apetecía beber la sangre de Evra, pero *¿lo haría*? Los vampiros no podían beber de las serpientes y

apostaría a que los vampanezes tampoco. Quizá la sangre de Evra fuera imbebible. Quizá Murlough mataría al niño-serpiente el día de Navidad, pero no bebería de él como planeaba. Comentó un par de veces lo sabrosa que estaría Debbie. ¿Eso indicaba que Evra *no* lo estaba?

Pasaba el tiempo, y esos pensamientos seguían dando vueltas en mi cabeza. No dije nada cuando Mr. Crepsley sugirió que deberíamos volver a la superficie (poseía un sentido del tiempo natural), en caso de que Murlough nos hubiera estado siguiendo de cerca y escuchando cada una de nuestras palabras. Permanecí tranquilo mientras abandonábamos los túneles, recorríamos penosamente las calles y subíamos de nuevo a los tejados. Contuve mi lengua mientras penetrábamos en nuestra habitación del hotel por la ventana y nos dejábamos caer en las sillas, sintiéndonos cansados, miserables y pesimistas.

Y entonces, tras una vacilación, carraspeé para atraer la atención del vampiro.

—Creo que tengo un plan —dije, y, lentamente, se lo describí con todo detalle.

CAPÍTULO 19

Jesse respondió al teléfono cuando llamé a casa de Debbie. Le pregunté si podía hablar con ella.

—Podrás si está despierta —se rió—. ¿Sabes qué hora es?

Le eché un vistazo a mi reloj: faltaban pocos minutos para las siete de la mañana.

—¡Oh! —dije, alicaído—. Lo siento. No me di cuenta. ¿Les he despertado?

—No —dijo—. Yo tengo que ir a la oficina, así que suelo estar despierto a esta hora. De hecho, me has pillado por los pelos… Estaba a punto de salir por la puerta cuando sonó el teléfono.

—¿Trabaja la víspera de Navidad?

—El mal nunca descansa —rió de nuevo—. Pero sólo serán unas horas. Quiero dejar atados algunos cabos sueltos antes de Navidad. Volveré con tiempo de sobra para cenar. Hablando de eso, ¿te esperamos o no?

—Sí, por favor —dije—. Precisamente llamaba para eso, para decir que iré.

—¡Estupendo! —Su voz sonaba genuinamente complacida—. ¿Y Evra?

—Él no puede —dije—. Aún no se encuentra bien.

—Qué pena… Oye, ¿quieres que despierte a Debbie? Puedo ir…

—No hace falta —dije enseguida—. Sólo dígale que vendré. ¿Les parece bien sobre las dos?

—Sobre las dos, perfecto —dijo Jesse—. Te veré más tarde, Darren.

—Hasta luego, Jesse.

Colgué y me fui derecho a la cama. Aún me zumbaba la cabeza por la conversación que Mr. Crepsley y yo habíamos mantenido, pero me obligué a cerrar los ojos y a concentrarme en dulces

pensamientos. Minutos después, mi agotado cuerpo se relajó al sumirse en el sueño, y dormí como un bebé casi hasta la una de la tarde, que fue cuando sonó la alarma del reloj.

Aún tenía las costillas doloridas, y mi estómago presentaba un moratón amarillo y azul allí donde la cabeza de Murlough me había golpeado. No me dolía demasiado mientras no andara mucho, pero debía procurar no hacer movimientos bruscos o inclinarme lo menos posible.

Me di una buena ducha, y luego me bañé en desodorante cuando estuve seco (el olor de las cloacas era difícil de eliminar). Me vestí y cogí una botella de vino que Mr. Crepsley me había comprado para los padres de Debbie.

Llamé a la puerta trasera de la casa de Debbie como Mr. Crepsley me había recomendado. Abrió Donna.

—¡Darren! —dijo, dándome un beso en ambas mejillas—. ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad —respondí.

—¿Por qué no has llamado a la puerta principal? —preguntó ella.

—No quería ensuciar la alfombra —dije, restregando mis zapatos en el felpudo de la entrada—. Tengo los zapatos empapados de nieve sucia.

—Tonto —sonrió—. Como si a alguien le importaran las alfombras en Navidad… ¡Debbie! —llamó por las escaleras—. ¡Un atractivo pirata ha venido a verte!

—Hola —dijo Debbie, bajando por las escaleras. También ella me besó en ambas mejillas—. Papá me dijo que habías llamado. ¿Qué llevas en esa bolsa?

Saqué la botella de vino.

—Es para tus padres —dije—. Mi padre me la dio.

—Oh, Darren, qué encanto —dijo Donna. Tomó la botella y llamó a Jesse—. Mira lo que ha traído Darren.

—¡Ah! ¡Vino! —Los ojos de Jesse se iluminaron—. Es mejor que el que compramos. Hemos invitado al hombre indicado. Deberíamos hacerlo más a menudo. ¿Dónde está el sacacorchos?

—Espera un momento —rió Donna—. La cena aún no está lista. Lo guardaremos en el frigorífico. Vosotros id al salón. Os avisaré

cuando sea la hora.

Comimos queso y galletas saladas mientras esperábamos, y Debbie me preguntó si mi padre había decidido ya si nos iríamos. Le dije que sí, y que nos marcharíamos esta noche.

—¿*Esta noche*? —Me miró consternada—. Nadie va a ninguna parte excepto a casa la víspera de Navidad. Debería ir al hotel, entretenerle, y…

—Ahí es donde iremos —la interrumpí—. A casa. Mamá y papá van a reunirse esta Navidad. Ése será su regalo para Evra y para mí. Se supone que es una sorpresa, pero oí a papá hablando por teléfono esta mañana. Por eso te llamé tan temprano. Estaba excitado.

—Oh. —Me pareció que a Debbie la disgustó la noticia, pero trató de mostrarse fuerte—. Eso es magnífico. Apuesto a que es el mejor regalo que podíais esperar. Tal vez arreglen sus diferencias y vuelvan a estar juntos.

—Tal vez —dije.

—Así que ésta es vuestra última tarde juntos —comentó Jesse—. El destino separa a dos jóvenes románticos.

—¡*Papaaaaaa*! —gimió Debbie, lanzándole un puñetazo—. ¡No digas esas cosas! ¡Me avergüenzas!

—Para eso están los padres —dijo Jesse sonriendo de oreja a oreja—. Ése es nuestro trabajo, avergonzar a nuestras hijas delante de sus novios.

Debbie lo miró frunciendo el ceño, pero para mí era obvio que estaba encantada.

La comida estuvo deliciosa. Donna puso en práctica sus años de experiencia para lograr un gran resultado. El pavo y el jamón prácticamente se deshacían en mi boca. Las patatas asadas estaban crujientes y los nabos tan dulces como caramelo. Todo tenía una pinta fantástica y sabía aún mejor.

Jesse contó algunos chistes con los que nos tronchamos de risa, y Donna nos hizo su truco particular: balancear un carrete sobre la nariz. Debbie tomó un sorbo de agua y gargarizó a su modo «*Noche Silenciosa*». Entonces me llegó el turno de realizar un numerito.

—Esta comida está tan buena —suspiré—, que hasta me comería los cubiertos. —Y mientras todos se reían, cogí una cuchara, mordí

su cabeza, la mastiqué hasta reducirla a pedacitos, y me los tragué.

Tres pares de ojos se salieron prácticamente de sus órbitas.

—¿Cómo lo has hecho? —chilló Debbie.

—Se coge algo más que el polvo del camino cuando estás en la carretera —dije, guiñándole un ojo.

—¡Era una cuchara falsa! —rugió Jesse—. ¡Nos ha tomado el pelo!

—Deme la suya —le dije.

Él dudó, examinando su cuchara para asegurarse de que era auténtica, y entonces me la pasó. No tardé mucho en engullirla gracias a mis poderosos dientes de vampiro.

—¡Es increíble! —boqueó Jesse, aplaudiendo frenéticamente—. ¡Inténtalo con un cucharón!

—¡Para el carro! —gritó Donna cuando Jesse alargaba la mano sobre la mesa—. Esto es parte de un juego y muy difícil de reemplazar. Lo próximo que le entregarías sería la vajilla china de mi abuela.

—¿Por qué no? —dijo Jesse—. Nunca me gustaron esos viejos platos.

—Ten cuidado —le advirtió Donna, pellizcándole la nariz—, o haré que te comas *tú* los platos.

Debbie sonreía, y se inclinó hacia mí para apretar mi mano.

—Esas cucharas me han dado sed —bromeé, levantándome—. Creo que ha llegado el momento de descorchar el vino. —Hice una pausa—. ¿No les importa que Debbie y yo bebamos un poquito?

Donna vaciló, pero Jesse sonrió y dijo:

—¡Vamos, Donna! ¡Es Navidad!

—Bien… de acuerdo —suspiró Donna—. Pero sólo por esta vez —y me miró—: ¿Quieres abrirme la botella? —preguntó, levantándose.

—Por supuesto —dije, haciéndola retroceder cortésmente—. Usted ya ha estado sirviendo toda la tarde. Es hora de que alguien la releve.

—¿Habéis oído eso? —dijo Donna sonriendo a su familia—. Creo que voy a cambiar a Debbie por Darren. Él resulta mucho más útil.

—¡Muy bien! —resopló Debbie—. ¡Mañana no habrá regalos para *ti*!

Sonreí para mí mismo mientras sacaba la botella del frigorífico y le quitaba el aluminio del tapón. El sacacorchos estaba en el fregadero. Lo enjuagué y luego abrí la botella. Olisqueé su aroma (no sabía mucho de vinos, pero olía realmente bien) y busqué cuatro copas limpias. Rebusqué algo en mis bolsillos un par de segundos, y lo eché en tres de las copas. Luego vertí en ellas el vino y volví a la mesa.

—¡Hurra! —gritó Jesse al verme llegar.

—¿Por qué has tardado tanto? —inquirió Debbie—. Ya íbamos a enviar un equipo de búsqueda a por ti.

—Me llevó un rato sacar el corcho —dije—. No tengo práctica.

—Deberías haberlo quitado a mordiscos —bromeó Jesse.

—No pensé en eso —respondí, seriamente—. Lo haré la próxima vez. Gracias por sugerírmelo.

Jesse me lanzó una mirada insegura.

—¡Casi me lo trago! —se echó a reír de repente, agitando un dedo—. ¡Casi me lo trago!

La repetición me hizo recordar por un momento a Murlough, pero aparté rápidamente de mi mente todo pensamiento sobre el vampanez y alcé mi copa.

—Brindemos —proclamé—. Por los Hemlock. Su apellido será venenoso, pero su hospitalidad es de primera clase. ¡Salud! —Había estado ensayando el brindis, y salió tan bien como esperaba. Ellos rezongaron, pero luego rieron y alzaron sus copas, haciéndolas chocar contra la mía.

—Salud —dijo Debbie.

—Salud —agregó Donna.

—¡P'adentro! —dijo Jesse con una risita ahogada.

Y tomamos un sorbo.

CAPÍTULO 20

Fin de la víspera de Navidad. Bajo los túneles.

Estuvimos buscando durante dos horas, pero parecía que hubieran transcurrido más. Estábamos sudando y llenos de porquería, y nuestros pies y pantalones chorreaban agua sucia. Nos movíamos tan rápido como podíamos, haciendo mucho ruido al avanzar. Al principio me dolían las costillas, pero lo peor había pasado y ahora apenas notaba aquel punzante dolor cuando me inclinaba o me agachaba o me giraba.

—Más despacio —siseó Mr. Crepsley varias veces—. Nos oirá si seguimos así. Debemos ir con más cuidado.

—¡Al infierno el cuidado! —grité—. Es nuestra última oportunidad para encontrarlo. Hemos avanzado tanto como nos ha sido posible. Ya no me importa cuánto ruido hagamos.

—Pero si Murlough nos oye… —empezó Mr. Crepsley.

—¡Le cercenaremos la cabeza y la rellenaremos con ajo! —gruñí, y avancé aún más rápido, haciendo mucho más ruido.

Pronto llegamos a un túnel particularmente amplio. El nivel del agua era más alto en la mayoría de los túneles que habíamos recorrido la noche anterior, a causa de la nieve que se derretía y se filtraba del exterior, pero éste estaba seco. Quizá era un conducto de emergencia, en caso de que los otros se saturaran.

—Descansaremos aquí —dijo Mr. Crepsley, desplomándose. La búsqueda resultaba más agotadora para él que para mí, ya que él era más alto y tenía que inclinarse más.

—No tenemos tiempo para descansar —mascullé—. ¿Acaso cree que Murlough está descansando?

—Darren, tienes que calmarte —dijo Mr. Crepsley—. Comprendo tu agitación, pero no le seremos de ninguna ayuda a Evra si nos dejamos llevar por el pánico. Estás cansado, igual que

yo. Un par de minutos no supondrán ninguna diferencia, de todas formas.

—A usted no le importa, ¿verdad? —gimoteé—. Evra está aquí abajo, en algún lugar, siendo torturado o a punto de ser cocinado, y lo único que a usted le preocupa son sus viejas piernas cansadas.

—*Son* viejas —gruñó Mr. Crepsley—, y *están* cansadas, y estoy seguro de que las tuyas también. Siéntate y deja de portarte como un crío. Si el destino ha decidido que encontremos a Evra, lo haremos. Si no…

Lancé un gruñido de odio al vampiro y di un paso hacia él.

—Deme esa linterna —dije, tratando de arrebatársela de las manos. Antes se me había caído la mía y se había roto—. Seguiré yo solo. Usted quédese ahí sentado y *descanse*. Encontraré a Evra por mi cuenta.

—¡Ya basta! —dijo Mr. Crepsley, apartándome de un empujón —. ¡Tu comportamiento es intolerable! Tranquilízate y…

De un salvaje zarpazo hice volar la linterna de las manos de Mr. Crepsley. Pero también se me escurrió entre las manos, y se hizo pedazos contra la pared del túnel. Acabábamos de quedarnos en medio de la más completa oscuridad.

—¡Idiota! —rugió Mr. Crepsley—. ¡Ahora tendremos que volver a buscar otra! ¡Nos has hecho perder un tiempo precioso! Ya te dije que ocurriría algo así…

—¡Cállese! —le espeté, dándole un empujón al vampiro en el pecho. Cayó pesadamente, y le di la espalda a ciegas.

—¡Darren! —gritó Mr. Crepsley—. ¿Qué vas a hacer?

—¡Ir a buscar a Evra! —dije.

—¡No puedes! ¡Tú solo, no! Vuelve aquí y ayúdame: me he torcido un tobillo. Volveremos con linternas más resistentes e iremos más rápido. ¡No puedes buscarlo a oscuras!

—¡Pero puedo escucharlo! —repliqué—. ¡Y puedo sentirlo! ¡Y puedo llamarlo! ¡Evra! —grité, para demostrárselo—. ¡Evra! ¿Dónde estás? ¡Soy yo!

—¡Basta! ¡Murlough te va a oír! ¡Vuelve aquí y mantén la calma!

Escuché al vampiro avanzar gateando. Respiré profundamente y eché a correr. Huí adentrándome en el túnel, y luego reduje la velocidad y encontré un pequeño conducto al salir del grande. Me

deslicé en su interior y avancé a gatas. Los gritos de Mr. Crepsley sonaban cada vez más débiles. Luego llegué a otro conducto y me escurrí por él a toda prisa. Y luego por otro. Y por otro. En cinco minutos, había perdido al vampiro.

Estaba solo. En la oscuridad. Bajo tierra.

Me estremecí, y me recordé a mí mismo por qué estaba allí y qué estaba en juego. Miré alrededor buscando un túnel más grande, palpando el camino con los dedos.

—Evra —llamé en voz baja. Me aclaré la garganta, y esta vez grité—. ¡Evra! ¡Soy yo! ¡Darren! ¿Puedes oírme? ¡Voy a buscarte! ¡Grita si puedes oírme! ¡Evra! ¿Evra? ¡Evra!

Gritando, llamándole, seguí avanzando, con los brazos extendidos, aguzando el oído para captar el más mínimo sonido, sin poder contar con mis ojos: un blanco perfecto para todos los demonios de la oscuridad.

***

No estaba seguro de cuánto tiempo había estado allí abajo. No había forma de medir el tiempo en los túneles. Tampoco tenía sentido de la dirección. Podría haber estado caminando en círculos. Me limitaba a avanzar, llamando a Evra, arañándome las manos en las paredes, sintiendo cómo la humedad y el frío entumecían mis pies y pantorrillas.

A veces sentía en las ventanas de la nariz el cosquilleo de un soplo de aire, un recordatorio del mundo exterior. Me movía más deprisa siempre que notaba ese aire, temiendo perder mi coraje si dejara de respirarlo.

Estaba descendiendo, adentrándome en lo más profundo del sistema de alcantarillado y los túneles. Me preguntaba cuánta gente habría bajado hasta aquí en el transcurso de los años. No mucha. Podría ser el primer ser humano (*semi-humano*) que hubiera pisado en décadas algunos de los conductos más antiguos. Si hubiera tenido tiempo, me habría parado a grabar mis iniciales en las paredes.

—¡Evra! ¿Puedes oírme? ¡Evra! —repetía.

Seguía sin obtener respuesta. En realidad no esperaba ninguna. Si tropezaba con la guarida de Murlough, lo más seguro es que tuviera a Evra amordazado. El vampanez no me parecía el tipo de persona que pasaría por alto un pequeño detalle como ése.

—¡*Evra*! —grazné, con mi voz empezando a quebrarse por el esfuerzo—. ¿Estás ahí? ¿Puedes…?

De repente, sin previo aviso, una mano cayó con fuerza sobre mi espalda y me hizo estrellarme contra el suelo. Proferí un grito de dolor y me di la vuelta, mirando ciegamente al fondo, oscuro como la boca de un lobo.

—¿Quién anda ahí? —pregunté, temblando. Una risita seca me respondió—. ¿Quién está ahí? —insistí, con la voz entrecortada—. ¿Mr. Crepsley? ¿Es usted? ¿Me ha seguido hasta aquí abajo? ¿Es…?

—No —susurró Murlough en mi oreja—. No es él. —Y con un veloz movimiento enfocó una linterna directamente ante mis ojos.

La luz me cegó. Jadeé y cerré los ojos, olvidando cualquier idea de defenderme. Eso era lo que el vampanez había estado esperando. Antes de que pudiera reaccionar, se abalanzó sobre mí, abrió la boca y me echó su aliento… el aliento de la inconsciencia… el gas que dejaba a la gente fuera de combate.

Intenté retroceder, pero era demasiado tarde. El gas ya actuaba sobre mí. Se introdujo en mi nariz y bajó hasta mi garganta, inundando mis pulmones, obligándome a doblarme, a toser espasmódicamente.

Lo último que recordé mientras me desplomaba fueron los desnudos pies púrpura de Murlough haciéndose cada vez mayores a medida que caía hacia ellos.

Y luego… nada. Sólo negrura.

CAPÍTULO 21

Cuando volví en mí, me encontré cara a cara con una calavera. No una calavera vieja… Aún había restos de carne pegados a ella, y de una de sus cuencas colgaba un ojo.

Grité y traté de apartarme, pero no pude. Miré hacia arriba (¿hacia *arriba*? ¿Por qué no miraba hacia *abajo*?), a lo largo *de mi cuerpo*, y me di cuenta de que me encontraba fuertemente atado con unas cuerdas. Tras unos segundos de aterrada perplejidad, noté que otra cuerda se anudaba alrededor de mis tobillos, y caí en la cuenta de que estaba colgando cabeza abajo.

—Apuesto a que el mundo se ve diferente desde ahí, ¿hmmm? —dijo Murlough.

Me di la vuelta (no podía mover ni un músculo, pero podía girarme) y le vi sentado a pocos pasos de la calavera, mordisqueándose una uña. Se levantó y comenzó a balancear la calavera con un pie.

—Saluda a Evra —dijo, riendo entre dientes.

—¡*No*! —chillé, impulsándome hacia delante, enseñando los dientes, tratando de clavárselos en las piernas. Desgraciadamente, la cuerda no me dejaba llegar lo bastante lejos—. ¡Me prometió que no lo mataría antes de Navidad! —grité, rompiendo a llorar.

—¿Acaso no es Navidad? —preguntó Murlough con aire inocente—. ¡Ups! Lo siento. Me parece que he metido un poquito la pata, ¿hmmm?

—¡Le mataré! —sentencié—. ¡Voy a…!

Un gemido me hizo interrumpir bruscamente mis amenazas. Al girarme en su dirección, me di cuenta de que no estaba solo. Había alguien más colgando boca abajo, a pocos pasos.

—¿Quién es…? —pregunté, con la certeza de que sería Mr. Crepsley—. ¿Quién está ahí?

—¿D-D-D-Darren? —gimió una vocecilla.

—¿*Evra*? —jadeé, sin poder creerlo.

Murlough se echó a reír y encendió una luz brillante. Mis ojos tardaron unos segundos en adaptarse a ella. Cuando lo hicieron, pude distinguir la familiar silueta y los rasgos del niño-serpiente. Parecía hambriento, exhausto y aterrado… pero estaba vivo.

¡Evra estaba vivo!

—Te he engañado, ¿eh? —dijo Murlough, riendo estúpidamente, mientras se acercaba arrastrando los pies.

—¿Qué haces aquí, Darren? —gimió Evra. Tenía el rostro lleno de cortes y cardenales, y alcancé a ver unos huecos rosáceos en su hombro y su brazo derechos, allí donde las escamas habían sido brutalmente arrancadas—. ¿Cómo te…?

—¡Ya es suficiente, reptil! —bramó Murlough. Le lanzó una patada a Evra, que le hizo oscilar bruscamente en su cuerda.

—¡No haga eso! —rugí.

—Impídemelo —rió Murlough—. Y tú, calladito —le advirtió a Evra—. Si vuelves a hablar sin mi permiso, serán tus últimas palabras, ¿entendido? —Evra asintió débilmente. Había abandonado toda idea de resistencia, y ofrecía un aspecto lamentable. Pero al menos estaba vivo. Eso era lo importante.

Comencé a percibir más cosas de mi entorno. Nos encontrábamos en una gran caverna. Estaba demasiado oscuro para decir si era natural o artificial. Evra y yo colgábamos de una barra de acero. El suelo estaba cubierto de esqueletos. Podía oír el goteo del agua en alguna parte, y divisé una tosca cama en un rincón.

—¿Por qué me ha traído aquí? —pregunté.

—*Culebrilla* estaba solo —respondió Murlough—. Se me ocurrió que serías una estupenda compañía para él, ¿no te parece, hmmm?

—¿Cómo me encontró?

—No fue difícil —dijo Murlough—. No fue difícil. Se os oía llegar a ti y al vampiro a millas de distancia. Os seguí. Murlough conoce estos túneles como la palma de su mano, sí, señor. El joven Murlough es inteligente. Ha vivido aquí abajo demasiado tiempo, y no se chupa el dedo.

—¿Por qué no nos atacó? —pregunté—. Pensaba que quería matar a Mr. Crepsley.

—Ya lo haré —dijo Murlough—. Me estaba tomando mi tiempo, esperando el momento adecuado. Y entonces llegaste tú, como un vendaval, y me lo pusiste todo más fácil. El joven Murlough no podía rechazar semejante regalo. Atraparé al vampiro más tarde. De momento te tengo a ti. A ti y a *Culebrilla*.

—Mr. Crepsley estaba solo —le provoqué—. Ni siquiera tenía una linterna. Estaba completamente a oscuras. Y sin embargo usted decidió venir a por *mí*. Es un cobarde. Le da miedo enfrentarse a alguien de su talla. No es usted mejor que…

El puño de Murlough se estrelló en mi mandíbula, y vi las estrellas.

—Vuelve a decir eso —siseó—, y te corto una oreja.

Clavé una mirada llena de odio en el vampanez, pero contuve mi lengua.

—¡Murlough no le tiene miedo a nada! —dijo—. Y mucho menos a un viejo vampiro tan débil como Crepsley. ¿Qué clase de vampiro se junta con niños, hmmm? No merece la pena preocuparse por él. Lo liquidaré más tarde. Tú tienes más agallas. Tu sangre es más ardiente. —Murlough se inclinó y me pellizcó las mejillas—. Me gusta la sangre ardiente —dijo suavemente.

—No puede beber de mí —repuse—. Soy un semi-vampiro. Estoy fuera de sus límites.

—Quizá yo ya no tenga límites. Voy por libre. No respondo ante nadie. Las leyes de los vampanezes no me preocupan aquí abajo. Hago lo que me place.

—¡Pero es veneno! —exclamé sofocadamente—. ¡La sangre de vampiro es veneno para los vampanezes!

—¿Lo es?

—Sí. Y la sangre de serpiente, también. No puede beber de ninguno de nosotros.

Murlough hizo una mueca.

—Tienes razón sobre la sangre de serpiente —rezongó—. Probé un poco de la suya… sólo probar, ¿entiendes?, sólo probar… y me puse a vomitar al cabo de unas horas.

—¡Se lo dije! —exclamé triunfalmente—. No le servimos. Nuestra sangre no tiene ningún valor. No se puede beber.

—Tienes razón —murmuró Murlough—, pero se puede

derramar. Puedo mataros y devoraros a los dos, aunque no pueda beber de vosotros —y comenzó a empujarnos, haciéndonos oscilar locamente. Me sentí enfermo.

Entonces Murlough fue a buscar algo. Cuando volvió, traía dos enormes cuchillos. Evra empezó a sollozar suavemente al ver las hojas.

—¡Ah! *Culebrilla* recuerda para qué son —dijo Murlough, riendo malignamente. Deslizó los cuchillos hoja contra hoja, produciendo un sonido agudo y chirriante que me hizo temblar—. Nos divertimos mucho con esto, ¿verdad, reptil?

—Lo siento, Darren —sollozó Evra—. Me obligó a decirle dónde estabais. No pude evitarlo. Me arrancó las escamas y… y…

—Está bien —dije tranquilamente—. No fue culpa tuya. Yo también habría hablado. Además, no fue así como me cogió. Dejamos el hotel antes de que nos encontrara.

—Y al parecer, también te dejaste el cerebro —dijo Murlough—. ¿De verdad pensabas que podrías bajar aquí, a mi guarida, rescatar al niño-serpiente y marcharte como un alegre corderito? ¿Nunca se te ocurrió que aquí abajo soy el amo, y haría todo lo posible para impedírtelo?

—Sí que se me ocurrió —dije en voz baja.

—¿Y aún así, viniste?

—Evra es mi amigo —respondí simplemente—. Haría cualquier cosa por él.

Murlough meneó la cabeza y resopló:

—Ahí está tu lado humano. Si fueras un vampiro completo, te lo habrías pensado mejor. Me sorprende que Crepsley haya llegado tan lejos contigo antes de deshacerse de ti.

—¡Él no ha hecho tal cosa! —grité.

—¡Sí que lo ha hecho, lo ha hecho! —rió Murlough—. Le seguí hasta la salida. Por eso no te cacé de inmediato, ¿sabes, hmmm? Huyó de aquí como si le persiguiera el mismo Sol.

—Está mintiendo —dije—. Él nunca huiría. Nunca me abandonaría.

—¿No? —sonrió el vampanez—. No lo conoces tan bien como crees, chico. Se ha ido. Abandonó el juego. Probablemente ya esté a medio camino de a dondequiera que haya ido, huyendo con el rabo

entre las patas.

Murlough se inclinó hacia mí de repente empuñando los dos cuchillos contra mi rostro, uno por cada lado. Grité y cerré los ojos, esperando sentir correr la sangre. Pero se detuvo a sólo a cuatro pulgadas de mi piel, me dio unos golpecitos con ellos en las orejas, y luego se apartó.

—Sólo era una prueba —dijo—. Quería ver cuánta fibra tienes. No mucha, ¿hmmm? No mucha. *Culebrilla* no gritó hasta el cuarto o quinto asalto. Creo que no vas a ser tan divertido como pensaba. Puede que ni siquiera me moleste en torturarte. Tal vez te mate enseguida. ¿Preferirías eso, semi-vampiro? Sería lo mejor: sin dolor, sin sufrimiento, sin pesadillas… Cuéntale tus pesadillas, reptil. Cuéntale cómo te despiertas bruscamente, gritando y sollozando como un bebé.

Evra apretó los labios y no dijo nada.

—¡Oh, ja, ja! —Murlough sonrió con satisfacción—. Haciéndote el valiente delante de tu amiguito, ¿eh? ¿Redescubriendo tu valor, hmmm? Bueno, no importa… No tardarás mucho en volver a perderlo.

Volvió a rozar los cuchillos uno contra otro y se situó a nuestra espalda, donde no pudiéramos verle.

—¿Con cuál de vosotros debería empezar? —reflexionó, dando saltitos detrás de nosotros—. Creo… que te escogeré…

Se quedó muy quieto. Sentí cómo se me erizaba el cabello en la nuca.

—… ¡*a ti*! —rugió de repente, y se abalanzó… *sobre mí.*

CAPÍTULO 22

Murlough me echó hacia atrás la cabeza. Sentí la hoja del cuchillo punzar la tierna carne de mi garganta. Todo mi cuerpo se tensó anticipándose al corte. Quería gritar, pero la hoja me lo impedía. *Ya está*, pensé. *Esto es el fin. Qué horrible e inútil modo de morir*.

Pero el vampanez sólo estaba jugando conmigo. Apartó lentamente el cuchillo y se echó a reír perversamente. Disponía de todo el tiempo del mundo, y no tenía motivos para apresurarse. Deseaba jugar con nosotros durante un rato.

—No debiste venir —murmuró Evra—. Fue una estupidez. —Hizo una pausa—. Pero de todos modos, gracias —añadió.

—¿Acaso *tú* me habrías abandonado? —pregunté.

—Sí —respondió, pero yo sabía que estaba mintiendo.

—No te preocupes —le dije—. Encontraremos una forma de salir de ésta.

—¿*Una forma de salir*? —rugió Murlough—. ¡No digas tonterías! ¿Cómo crees que vais a escapar? ¿Mordiendo las cuerdas? Quizá podrías si lograras alcanzarlas con los dientes, pero no puedes. ¿Rompiéndolas con tu súper fuerza de vampiro? Nanay. Son lo suficientemente fuertes. Me aseguré de ello, ¿sabes, hmmm? ¡Afróntalo, Darren Shan! ¡Estáis perdidos! Nadie vendrá a rescataros. Nadie os encontrará aquí abajo. Voy a tomarme mi tiempo, cortándoos en trocitos pequeñitos, y luego os desperdigaré por toda la ciudad… como si fuerais confeti… ¡y no hay nada que puedas hacer para evitarlo, así que *afróntalo*!

—¡Al menos deje que Evra se vaya! —supliqué—. ¡Ya me tiene a mí! ¡A él no lo necesita! Piense en lo horrible que sería para él que usted le dejara ir: tendría que vivir sabiendo que morí en su lugar. ¡Sería una carga espantosa, mucho peor que la muerte!

—Tal vez —gruñó Murlough—. Pero soy un hombre sencillo, y

me gustan los placeres sencillos. Es una buena idea, pero prefiero descuartizarle lenta y dolorosamente, lo mismo que a ti. Es menos complicado.

—Por favor —sollocé—. Déjele ir. Haré todo lo que quiera. Le… le… ¡le entregaré a Mr. Crepsley!

Murlough se echó a reír.

—Es inútil. Ya te di la oportunidad de que lo hicieras, y la desperdiciaste. Además, ya no puedes llevarme hasta él. Se habrá visto obligado a cambiar de hotel otra vez. Incluso puede que ya haya huido de la ciudad.

—¡Pero tiene que haber algo que yo pueda darle! —grité desesperadamente—. ¡Debe haber alguna forma de…! —me detuve.

Prácticamente pude escuchar cómo aguzó Murlough el oído.

—¿De qué? —inquirió, tras unos segundos de silencio—. ¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Espere un minuto! —dije bruscamente—. ¡Déjeme pensar! —Sentí la mirada de Evra clavada en mí, medio esperanzada, medio resignada al destino del que pensaba que ninguno de los dos podría escapar.

—¡Deprisa! —me incitó Murlough, reanimándose ante mí. Su rostro purpúreo no se apreciaba claramente en la difusa luz de la caverna, y sus ojos y labios semejaban tres globos rojos flotantes, mientras que su descolorido cabello sugería alguna extraña clase de murciélago—. No tengo toda la noche —dijo—. Habla mientras puedas.

—Estaba pensando… —dije rápidamente—. Tendría que abandonar la ciudad después de esto, ¿verdad?

—¿*Abandonarla*? —*bramó* Murlough—. ¿Abandonar mis preciosos túneles? ¡Nunca! Adoro este lugar. ¿Sabes cómo me siento aquí abajo? Como si estuviera dentro del mismo cuerpo de la ciudad. Los túneles son sus venas. Esta caverna, su corazón, donde circula la sangre de la ciudad, entrando y saliendo. —Sonrió, y por una vez, su expresión no era malvada—. ¿Puedes imaginártelo? —dijo suavemente—. Vivir dentro de un cuerpo, errando por sus venas… los túneles de sangre… tan libremente como quieras.

—Sin embargo —dije sin rodeos—, *tendrá* que abandonarla.

—¿A qué viene todo esto? —inquirió bruscamente,

pinchándome con el cuchillo—. Estás empezando a molestarme.

—Sólo intento ser práctico —dije—. No puede quedarse aquí. Mr. Crepsley sabe dónde está, y volverá.

—¿Ese cobarde? Lo dudo. Estará demasiado…

—Volverá con *ayuda* —le interrumpí—. Con otros vampiros.

Murlough se echo a reír.

—¿Te refieres a los Generales Vampiros?

—Sí —contesté.

—¡Tonterías! No pueden perseguirme. Existe un pacto entre nosotros. No pueden intervenir. Y Crepsley no es un General, ¿verdad?

—No —repuse—. No lo es.

—¡Pues ahí lo tienes! —exclamó Murlough triunfalmente—. No podría perseguirme si lo fuera. Así son las reglas y las leyes y nuestro modo de vida, y se aplican tanto a los vampiros como a los vampanezes.

—De todos modos, los Generales *vendrán* —insistí tranquilamente—. Antes no podían, pero ahora, sí. Quizá vengan esta noche. Mañana, seguro. Quizá es lo que Mr. Crepsley planeaba desde hace tiempo.

—¿De qué estás hablando? —ahora Murlough parecía inquieto.

—Usted dijo algo interesante hace un momento —dije—. Le sorprendía que Mr. Crepsley hubiera bajado aquí conmigo. No le di importancia antes, pero ahora que lo pienso, estoy de acuerdo con usted: *es* extraño. Creí que quería ayudarme a encontrar a Evra, pero ahora…

—¿*Qué*? —chilló Murlough impaciente—. ¡Dime lo que estás pensando! ¡Suéltalo o…! —Los cuchillos se alzaron amenazadoramente.

—El pacto entre vampiros y vampanezes —me apresuré a decir—. Ninguno de los dos bandos puede interferir en los asuntos del otro, ¿verdad?

—Verdad —convino Murlough.

—*Excepto* para defenderse o vengarse entre ellos.

Murlough asintió.

—Así es.

Sonreí débilmente.

—¿No lo ve? *Yo* soy un semi-vampiro. Si *me* mata, los Generales tendrán la excusa para perseguirle. Mr. Crepsley debió haber planeado esto hace tiempo. —Inspiré profundamente y mire a Murlough a los ojos—. Él *dejó* que usted me encontrara. *Quería* que usted me cogiera. *Pretendía* que me matara.

Murlough abrió mucho los ojos.

—No —resolló—. Él no haría eso.

—Él es un vampiro —dije—. Por supuesto que lo haría. Ésta es su ciudad. Yo sólo soy su asistente. ¿Qué sacrificaría *usted* en su lugar?

—Pero… pero… —El vampanez se arañó el rostro nerviosamente—. ¡No fui yo quien atacó primero! —gritó—. ¡*Vosotros* vinisteis a por *mí*!

Meneé la cabeza.

—*Mr. Crepsley* vino a por usted. Yo soy inocente. No represento ninguna amenaza. Si me mata, tendrá que responder por ello. Los Generales caerán sobre usted, y los vampanezes no darán ni un paso para defenderle.

Murlough meditó en mis palabras, en silencio, y luego empezó a dar saltos barbotando furiosamente. Le dejé rabiar unos instantes, y después le dije:

—Aún no es demasiado tarde. Déjeme ir. Deje ir a Evra también. Y luego huya de la ciudad. Así no podrán tocarle.

—Pero yo amo estos túneles —gimió Murlough.

—¿Tanto como para morir por ellos? —pregunté.

Sus ojos se estrecharon.

—Eres muy listo, ¿sabes? —gruñó.

—No tanto —dije—. Si lo fuera, no habría bajado aquí. Pero reconozco lo evidente cuando lo tengo delante. Máteme, Murlough, y firmará su sentencia de muerte.

Hundió los hombres, y comprendí que estaba a salvo. Ahora sólo tenía que preocuparme por Evra…

—*Culebrilla* —dijo Murlough amenazadoramente—. Él no es un vampiro. Nada puede impedir que *le* mate, ¿hmmm?

—¡No! —grité—. ¡Si le hace daño a Evra, yo mismo iré en busca de los Generales y les diré…!

—¿*Qué* les dirás? —me interrumpió Murlough—. ¿Crees que les

importaría? ¿Crees que se arriesgarían a provocar una guerra para salvar a un reptil? —Se echó a reír—. Al joven Murlough le apetece matar. Quizá no pueda tener al semi-vampirito, pero no va a renunciar a *Culebrilla*. Mira, Darren Shan. Mira cómo le abro al niño-serpiente una boca nueva… ¡*en el estómago*!

Agarró las cuerdas que ataban a Evra y lo acercó hacia él con la mano izquierda. Con la derecha, levantó uno de los cuchillos y se dispuso a realizar el primer tajo.

—¡Espere! —chillé—. ¡No lo haga! ¡No lo haga!

—¿Y por qué no debería hacerlo? —se mofó Murlough.

—¡Tomaré su lugar! —grité—. ¡Yo por Evra!

—No es buena idea —dijo Murlough—. Eres un semi-vampiro. No hay trato.

—¡Le daré a alguien más! ¡Alguien mucho mejor!

—¿A quién? —rió Murlough—. ¿A quién podrías darme, Darren Shan?

—Le daré… —Tragué saliva con dificultad, cerré los ojos y susurré unas terribles palabras.

—¿Qué has dicho? —inquirió Murlough, haciendo una pausa suspicazmente—. Habla más alto, que no te he escuchado…

—He dicho… —Me pasé la lengua por los labios y me obligué a pronunciar nuevamente aquellas palabras, esta vez en voz alta—. He dicho que le daré a mi novia. Si suelta a Evra, le entregaré… *a Debbie*.

CAPÍTULO 23

Un pasmado silencio acogió mi obscena oferta. Evra fue el primero en romperlo.

—¡No! —gritó—. ¡No lo hagas! ¡No puedes!

—Debbie por Evra —dije, ignorando las súplicas de Evra—. ¿Qué le parece?

—¿Debbie? —Murlough se rascó despacio la mejilla. Tardó unos segundos en comprender a quién me refería. Entonces se acordó y sonrió—. ¡Ah! ¡*Debbie*! La apetitosa novia de Darren Shan. —Sus ojos centellearon al pensar en ella.

—Ella le será más útil que Evra —dije—. Puede beber su sangre. Usted dijo que deseaba hacerlo. Dijo que debía tener una sangre deliciosa.

—Sí —admitió Murlough—. Salada. Jugosa. —Se alejó un paso de Evra—. Pero ¿por qué tendría que escoger? —meditó en voz alta —. Puedo matar al niño-serpiente ahora, y beber de Debbie después. No será difícil encontrarla. Puedo vigilar la plaza mañana, ver dónde vive, y en cuanto caiga la noche… —Esbozó una gran sonrisa.

—No tiene tiempo —dije—. Debe abandonar la ciudad esta misma noche. No puede esperar.

—¿Aún sigues con eso? —resopló Murlough—. Si te dejo ir… como me has convencido de que haga… no tendría que marcharme.

—Sí que tiene —le contradije—. Los vampiros aún no saben que sigo vivo. Los Generales bajarán directamente a los túneles cuando lleguen. Al final darán conmigo, pero si le matan antes…

—¡No se atreverán! —chilló Murlough—. ¡Eso provocaría una guerra!

—Pero ellos no lo sabrían. Pensarán que están en su derecho. Su error les costará caro, pero para usted eso ya no será ningún

consuelo. Tiene que marcharse cuanto antes. Podrá regresar en un par de semanas, pero si se queda aquí ahora, será fatal.

—El joven Murlough no quiere irse —dijo el vampanez, haciendo pucheros—. Me gusta estar aquí. No quiero irme. Pero tienes razón —suspiró—. Debería marcharme, al menos por unas cuantas noches. Encontrar algún sótano oscuro y abandonado. O un agujero alto. Ocultarme.

—Por eso Debbie le vendría mejor que Evra —le presioné—. Debe estar hambriento. Querrá alimentarse antes de irse, ¿verdad?

—Oh, sí —afirmó Murlough, frotándose el hinchado estómago.

—Pero salir a alimentarse sin planificarlo es peligroso. Los vampiros suelen hacerlo, pero los vampanezes no, ¿me equivoco?

—No —dijo Murlough—. Nosotros somos más inteligentes que los vampiros. Pensamos con la cabeza. Trazamos planes. Marcamos nuestra comida con antelación.

—Pero ahora no puede hacerlo —le recordé—. Necesita un bocado rápido para mantener las fuerzas mientras esté fuera. Y *yo* puedo proporcionárselo. Si acepta mis condiciones, le conduciré hasta Debbie. Puedo hacerle entrar y salir sin que nadie lo advierta.

—¡Darren! ¡Basta! —rugió Evra—. ¡No quiero que hagas esto! ¡No puedes…!

Murlough le propinó un fuerte puñetazo a Evra en el estómago, haciéndole callar.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti? —siseó el vampanez—. ¿Cómo sé que no pretendes engañarme?

—¿Cómo podría hacerlo? —repliqué—. Lléveme con las manos atadas a la espalda, y un cuchillo en mi garganta. Deje a Evra aquí… Volveré a por él después, cuando usted se haya alimentado y se haya ido. Si intento algo, los dos estaríamos perdidos. No soy estúpido. Sé lo que hay en juego.

Murlough canturreó algo sin sentido mientras se lo pensaba.

—No puedes hacer esto —gimió Evra.

—Es la única forma —respondí, con voz queda.

—No quiero intercambiar la vida de Debbie por la mía —dijo—. Preferiría morir.

—Veremos si mañana sigues pensando de ese modo —gruñí.

—¿Cómo puedes hacer algo así? —me preguntó—. ¿Cómo

puedes entregársela como si fuera un… un…?

—Una *humana* —dije secamente.

—Iba a decir *animal*.

Sonreí levemente.

—Para un vampiro son lo mismo. Tú eres mi mejor amigo, Evra. Debbie es sólo una humana de la que me encapriché.

Evra sacudió la cabeza.

—No te reconozco —dijo tristemente, y apartó la mirada de mí.

—De acuerdo —decidió Murlough. Apartó los cuchillos y luego los acercó de nuevo. Hice una mueca de dolor, pero sólo cortó la cuerda que me sujetaba los tobillos. Caí al suelo como un fardo—. Lo haremos a tu modo —declaró el vampanez—. Pero como te pases de la raya…

—No lo haré —dije, levantándome—. Ahora… ¿me dará su palabra?

—¿Qué?

—Aún no me la ha dado. No me iré sin que lo haga.

El vampanez sonrió abiertamente.

—Un chico listo —gorjeó—. De acuerdo. Te doy mi palabra… La chica por *Culebrilla*. Debbie por Evra. ¿Te basta con eso?

Meneé la cabeza.

—Diga que me dejará ir cuando acabe con Debbie. Diga que no me detendrá cuando vaya a liberar a Evra. Diga que no intentará hacernos daño después.

Murlough lanzó una carcajada.

—Oh, eres realmente listo. Casi tanto como el joven Murlough. Muy bien. Te dejaré ir. No intentaré detenerte cuando te vayas, ni os haré daño una vez que estéis libres. —Levantó un dedo—. Pero si regresáis a esta ciudad o volvéis a cruzaros en mi camino en el futuro, os mataré. Esto es una tregua temporal, no un acuerdo a largo plazo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Muy bien. ¿Nos vamos?

—¿No va a aflojarme un poco estas cuerdas? —pregunté—. Así apenas puedo andar.

—*Apenas* es suficiente —rió Murlough—. No pienso tentar a la suerte contigo. Tengo la sensación de que no desaprovecharías la

oportunidad de jugarme una mala pasada. —Me dio un violento empellón en la espalda. Di un traspiés, recuperé el equilibrio y empecé a andar.

Lancé una mirada a Evra por encima del hombro.

—No tardaré —dije—. Volveré antes del amanecer, y regresaremos juntos a casa, al Cirque Du Freak, ¿vale?

No respondió. Se negó a mirarme.

Suspirando, me di la vuelta y salí de la guarida, con Murlough guiándome a través de los túneles, canturreando espantosas cancioncillas mientras brincaba detrás de mí y me explicaba lo que haría en cuanto hubiera puesto sus asquerosas manos en Debbie.

CAPÍTULO 24

Atravesamos los túneles rápidamente. Murlough hacía marcas en las paredes mientras andábamos, rayándolas con las uñas. Él no quería, pero le dije que no habría trato si no lo hacía. De este modo, luego yo sólo tendría que seguir las marcas cuando regresara. Era mucho más sencillo que intentar recordar cada giro del camino.

Murlough tenía que llevarme a cuestas cada vez que teníamos que reptar o trepar. Detestaba estar tan cerca de él (su aliento apestaba a sangre humana), pero tenía que aguantarme. Él no estaba dispuesto a desatarme bajo ninguna circunstancia.

Salimos de los túneles por una alcantarilla cercana a la plaza. Murlough me levantó y acto seguido me empujó violentamente contra el suelo cuando un coche pasó a escasa distancia de nosotros.

—Hay que tener cuidado —siseó—. La policía está por todas partes desde que encontraron los cuerpos. Eso es lo más molesto. En el futuro, enterraré mejor los huesos.

Se sacudió el polvo de su traje blanco al ponerse en pie, pero no se molestó en hacer lo mismo conmigo.

—Tengo que conseguir ropa nueva cuando vuelva —dijo—. Qué contrariedad no poder visitar al mismo sastre dos veces, ¿hmmm?

—¿Por qué no? —pregunté.

Me miró alzando una ceja.

—¿Te parece que mi rostro es de los que puedan olvidarse enseguida? —inquirió, señalando su piel púrpura y sus rasgos rojos—. Nadie lo haría. Por eso tengo que matar a cada sastre una vez que ha terminado con los trajes que le encargo. Si pudiera, robaría ropa de las tiendas, pero tengo una constitución poco común. —Se dio una palmadita en el abultado estómago y soltó una risita estúpida—. Vamos —dijo—. Guíame. Ve por los callejones. Así habrá menos posibilidades de que nos vean.

Las calles estaban bastante desiertas (la víspera de Navidad ya había pasado, y pretender caminar sobre la nieve que se fundía era una empresa resbaladiza), así que no encontramos a nadie. Caminamos penosamente por la nieve derretida, Murlough empujándome contra el suelo cada vez que pasaba un coche. Ya me estaba hartando de eso (incapaz de evitar la caída con mis manos, mi rostro se llevaba la peor parte del golpe), pero él se limitaba a reírse cuando me oía quejarme.

—Esto te hará más duro, ¿hmmm? —dijo—. Te moldeará los músculos.

Finalmente localizamos la casa de Debbie. Murlough se detuvo en la oscuridad ante la puerta trasera y miró nerviosamente alrededor. Las casas circundantes estaban a oscuras, pero aún dudaba. Por un momento pensé que se echaría atrás.

—¿Asustado? —inquirí suavemente.

—¡El joven Murlough no le tiene miedo a nada! —masculló de inmediato.

—Entonces, ¿a qué espera?

—Pareces muy ansioso de llevarme hasta tu novia —objetó con suspicacia.

Me encogí de hombros tanto como me lo permitieron las cuerdas.

—Cuanto más espere, peor voy a sentirme —dije—. Sé lo que estoy haciendo. No me gusta, y me sentiré fatal después, pero todo lo que quiero ahora es acabar de una vez, para ir en busca de Evra y encontrar algún lugar cálido donde tumbarme y descansar. Tengo los pies como bloques de hielo.

—Pobre semi-vampirito —dijo Murlough, riendo tontamente, y luego se sirvió de una de sus afiladas uñas de vampanez para trazar un círculo en el cristal de la ventana de la puerta trasera. Metió la mano, abrió la puerta y me hizo pasar de un empujón.

Escuchó en silencio los sonidos de la casa.

—¿Cuántas personas viven aquí? —preguntó.

—Tres —dijo—. Debbie y sus padres.

—¿Ni hermanos ni hermanas? —negué con la cabeza—. ¿Ningún invitado?

—Sólo ellos tres —repetí.

—Podría morder a alguno de los padres cuando haya acabado con la chica —murmuró.

—¡Eso no forma parte del trato! —siseé.

—¿Y qué? Nunca dije que no los tocaría. Dudo que tenga hambre más tarde, pero quizá podría volver otra noche, y cogerlos de uno en uno. Pensarán que su familia está maldita. —Otra risita tonta.

—Es usted repugnante —gruñí.

—Dices eso sólo porque te gusto —rió entre dientes—. Vamos —dijo, concentrándose en asuntos más serios—. Por las escaleras. Primero, a la habitación de los padres. Quiero asegurarme de que están dormidos.

—Pues claro que lo están —dije—. Estamos en plena noche. Los habría oído si estuvieran despiertos.

—No los quiero paseándose a mis espaldas —respondió.

—Mire —suspiré—, si quiere comprobar que Jesse y Donna están dormidos, de acuerdo, le llevaré hasta ellos. Pero es perder el tiempo. ¿No sería mejor entrar y salir tan pronto como sea posible?

El vampanez se lo pensó.

—Muy bien —dijo—. Pero si se despiertan de repente, el joven Murlough los matará, sí, lo hará, y será por *tu* culpa.

—Me parece razonable —dije, y empecé a subir las escaleras.

El recorrido se hizo largo y tenso. Estando atado, no podía moverme tan silenciosamente como de costumbre. Cada vez que un paso hacía crujir el suelo, hacía una mueca y me detenía. Murlough también estaba tenso: movía nerviosamente las manos y contenía la respiración cada vez que yo hacía un ruido y me detenía.

Cuando llegué a la puerta de Debbie, apoyé la cabeza en ella y suspiré tristemente.

—Es ésta.

—Apártate —dijo Murlough con brusquedad, y me empujó a un lado. Se quedó allí, olfateando, y luego sonrió—. Sí —dijo—. Puedo oler su sangre. Apuesto a que tú también, ¿hmmm?

—Sí —dije.

Giró el picaporte y abrió la puerta con cuidado. Dentro estaba oscuro, pero nuestros ojos estaban acostumbrados a la oscuridad aún mayor de los túneles, así que se adaptaron rápidamente.

Murlough miró alrededor, fijándose en armarios y cómodas, en los escasos pósters y muebles, en el desnudo árbol de Navidad cerca de la ventana.

La figura de Debbie se perfilaba bajo la colcha, moviéndose ligeramente, como si tuviera un mal sueño. El olor de su sangre llenaba el aire.

Murlough avanzó, y entonces se acordó de mí. Me ató al picaporte de la puerta, tiró con fuerza para asegurarse de que había hecho un buen nudo, y luego acercó su rostro al mío y sonrió con sarcasmo.

—¿Habías visto antes la muerte, Darren Shan? —preguntó.

—Sí —dije.

—Es maravillosa, ¿verdad?

—No —respondí con franqueza—. Es horrible.

El vampanez suspiró.

—Tú no eres capaz de apreciar su belleza. No importa. Eres joven. Ya aprenderás cuando crezcas. —Atrapó mi barbilla entre un par de dedos púrpura y el pulgar—. Quiero que lo veas —dijo—. Que veas cómo le abro la garganta, y cómo bebo su sangre, y cómo robo su alma y la hago mía.

Intenté apartar la mirada, pero me apretó más fuerte y me obligó a mantenerla.

—Si no miras —dijo—, luego iré derechito a la habitación de sus padres y los mataré a ellos también, ¿entendido?

—Es usted un monstruo —dije ahogadamente.

—¿*Entendido*? —repitió, amenazante.

—Sí —respondí, liberando mi mentón con una sacudida—. Miraré.

—Buen chico —rió entre dientes—. Un chico inteligente. Nunca se sabe… Hasta podría gustarte. Ésta podría ser tu iniciación. Quizá quieras venir conmigo cuando me vaya. ¿Qué te parece, Darren Shan? Imagínate, abandonar a ese viejo vampiro aburrido y convertirte en el asistente del joven Murlough, ¿hmmm?

—Acabe de una vez —dije, sin molestarme en ocultar mi repugnancia.

Murlough cruzó lentamente la habitación, sin hacer ruido. Sacó los dos cuchillos mientras andaba, y los hizo girar como un par de

bastones. Empezó a silbar, pero muy bajito, tanto, que sólo un oído extremadamente desarrollado habría podido escucharlo.

Bajo la colcha continuaban aquellos ligeros movimientos.

Observé, con el estómago revuelto, cómo se acercaba a su presa. Y aunque no me hubiera ordenado mirar, no habría podido apartar los ojos. Era una visión atroz, pero fascinante, como contemplar a una araña acercarse a una mosca. Sólo que *esta* araña llevaba cuchillos, devoraba humanos y tenía por tela toda una ciudad.

Se aproximó a la cama desde el lado más cercano a la puerta, deteniéndose a medio paso. Entonces sacó algo de uno de sus bolsillos. Me esforcé en ver qué era, y me di cuenta de que se trataba de una bolsa. La abrió, sacó alguna clase de sustancia salina y espolvoreó el suelo con ella. Tuve ganas de preguntarle qué era, pero no me atrevía a hablar. Imaginé que sería algún tipo de ritual que el vampanez ejecutaba cuando se disponía a matar a alguien en su casa. Mr. Crepsley me había contado que eran muy aficionados a los rituales.

Murlough rodeo la cama, esparciendo la 'sal', murmurando palabras que no tenían sentido para mí. Cuando acabó, fue hacia los pies de la cama, miró hacia atrás para asegurarse de que yo estaba mirando, y entonces, con un veloz movimiento (tanto que casi no pude seguirlo), saltó sobre la cama, aterrizando con un pie a cada lado de la figura durmiente que se agitaba bajo la colcha, y con ambos cuchillos asestó unos tajos asesinos que abrirían la garganta de Debbie y acabarían con su vida en un instante.

CAPÍTULO 25

Los cuchillos de Murlough cortaron el aire silbando, atravesando el espacio donde debería haber estado el cuello de Debbie, y hundiéndose en el suave tejido de la almohada y el colchón.

Pero no en Debbie.

Porque ella no estaba allí.

Murlough se quedó mirando a la criatura que yacía en la cama, con las pezuñas y el hocico atados tan prietamente como yo.

—Esto es… una… —su mandíbula tembló, sin conseguir articular la palabra.

—Es una *cabra* —concluí por él, sonriendo lúgubremente.

Murlough se volvió lentamente, con el rostro convertido en una máscara de confusión.

—Pero… pero… pero…

Mientras balbuceaba, intentando imaginar qué había ocurrido, la puerta de uno de los armarios se abrió y Mr. Crepsley brincó fuera.

El vampiro tenía un aspecto aún más siniestro que el vampanez, con su capa y sus ropas rojas, su mechón naranja y su fea cicatriz.

Murlough se quedó helado al ver a Mr. Crepsley. Sus ojos rojos se desorbitaron y en la piel purpúrea de su rostro se arremolinó la sangre formando sombras brillantes.

Esperé que tuviera lugar una larga y excitante confrontación, como en las películas. Pensaba que primero los dos prorrumpirían en insultos, y que luego Mr. Crepsley blandiría un cuchillo o una espada y se lanzarían el uno contra el otro, esquivándose y batiéndose por toda la habitación, recibiendo estocadas en acometidas más y más audaces, hasta causarse heridas cada vez más serias.

Pero no ocurrió así. Fue una lucha entre dos depredadores

nocturnos increíblemente rápidos, cuyo único objetivo era matar, no impresionar a un público ávido de acción. La confrontación se resolvió en cuatro movimientos, y sólo duró dos turbios y furiosos segundos.

Mr. Crepsley atacó primero. Su mano derecha se movió con celeridad, lanzando un cuchillo corto que se clavó en el pecho de Murlough, unas pocas pulgadas más arriba de su objetivo (el corazón). El vampanez reculó y pareció tomar aliento para gritar.

Mientras la boca de Murlough se abría, Mr. Crepsley saltó hacia delante. Un gran salto le bastó para situarse junto a la cama, listo para entablar una lucha cuerpo a cuerpo con el vampanez.

Ése fue el segundo movimiento.

El tercero (y único por su parte) lo realizó Murlough. Aterrado, arremetió contra Mr. Crepsley con el cuchillo que sostenía en la mano izquierda. La hoja centelleó en el aire a escalofriante velocidad, y habría sido el fin del vampiro si lo hubiese alcanzado. Pero no lo hizo. Pasó a tres pulgadas sobre su cabeza.

Mientras el brazo izquierdo de Murlough proseguía su trayectoria, dejó un hueco que Mr. Crepsley aprovechó. Devolvió el golpe asesino tan sólo con una mano desnuda. Con la palma abierta, los dedos juntos y extendidos y las poderosas uñas sobresaliendo como cinco afiladas cuchillas, la clavó en el estómago de Murlough.

¡Y cuando digo que la clavó, me refiero *exactamente* a eso!

Murlough boqueó y se quedó mortalmente quieto. El cuchillo escapó de su mano, y miró fijamente su vientre. La mano de Mr. Crepsley había desaparecido en el estómago del vampanez hasta el antebrazo.

La dejó allí un instante, y luego la retiró bruscamente, acompañada de un manojo de tripas y un torrente de sangre oscura.

Murlough gimió y dobló de rodillas, casi aplastando a la cabra al desplomarse, y luego cayó al suelo, donde rodó sobre su espalda, y trató de cerrar el agujero de su estómago con saliva que escupió atropelladamente en las palmas de sus manos.

Pero el agujero era demasiado ancho. La saliva curativa del vampanez resultó inútil. No había modo de que pudiera cerrar la carne y retener el flujo de su preciosa sangre. Estaba acabado.

Mr. Crepsley se apartó del vampanez moribundo, cogió una

sábana y se limpió la mano con ella. Su rostro carecía de toda expresión. No parecía ni complacido ni apenado por lo que acababa de hacer.

Tras un par de segundos, Murlough comprendió que su situación era desesperada. Apartó los ojos de su vientre y los clavó en mí, y comenzó a arrastrarse en mi dirección, apretando los dientes de dolor.

—¿Mr. Crepsley? —dije, con voz temblorosa.

Mr. Crepsley observó al vampanez que se arrastraba, y meneó la cabeza.

—No te preocupes. Ya no puede hacerte daño.

Pero, por si acaso, se acercó a mí, me soltó y se quedó a mi lado, listo para volver a atacar si fuera necesario.

El avance del vampanez fue lento y agónico. Casi me compadecí de él, pero sólo tenía que pensar en Evra colgando y en lo que planeaba hacerle a Debbie para recordarme a mí mismo que se merecía lo que le había pasado.

Se detuvo varias veces, y pensé que moriría a medio camino, pero él estaba decidido a decir la última palabra. Siguió luchando, a pesar de que debía saber que así sólo estaba acelerando el momento de su muerte.

Su rostro cayó a mis pies y respiró penosamente contra la moqueta. La sangre manaba a raudales de su boca, y supe que el fin casi había llegado para él. Levantó un dedo tembloroso y lo curvó, indicándome que me inclinara hacia él.

Miré interrogativamente a Mr. Crepsley.

El vampiro se encogió de hombros.

—Ahora es inofensivo. Acércate.

Decidí escuchar lo que el vampanez moribundo tenía que decirme. Me agaché a su lado, inclinándome sobre su boca. Sólo le quedaban unos segundos.

Sus ojos rojos giraron sin dirección en sus órbitas. Luego, con un inmenso esfuerzo, se fijaron en mí, y sus labios se curvaron en una última sonrisa maliciosa. Levantó la cabeza tanto como pudo y susurró algo que no pude oír.

—No le he entendido —le dije—. Tendrá que hablar más alto.

Casi metí mi oreja en su boca.

Murlough se lamió los labios, retirando la sangre y dejando espacio para el aire. Y entonces, con su ultimo aliento, pronunció aquellas palabras que parecían tan importantes para él.

—C-h-ch-chico… l-l-l-listo, ¿hmmm? —gorgoteó, sonriendo inexpresivamente, y se desplomó.

Había muerto.

CAPÍTULO 26

Envolvimos el cuerpo de Murlough en una bolsa grande de plástico. Más tarde lo arrojamos a los túneles de sangre que tanto amaba. Una tumba más adecuada que ninguna para él.

También metimos a la cabra en una bolsa, pero después de hacerle algunos agujeros para que pudiera respirar. Habíamos esperado que Murlough matara a la cabra, que habíamos robado el día antes del área infantil del zoo de la ciudad. Mr. Crepsley quería llevársela al Cirque Du Freak (habría sido un estupendo bocado para la serpiente de Evra o las Personitas), pero le persuadí para que la *dejara en libertad*.

Lo siguiente que hicimos fue arreglar todo el desorden. Murlough había derramado muchísima sangre, y había que limpiarla toda. No queríamos que los Hemlocks la descubrieran y empezaran a hacerse preguntas. Trabajamos rápidamente, pero nos llevó un par de horas.

Cuando acabamos de limpiar, subimos al ático y bajamos los cuerpos inconscientes de Jessie, Donna y Debbie, y los acostamos en sus respectivas camas.

Toda aquella noche había sido planificada. El vino que les había traído para la cena lo drogué cuando estaba en la cocina. Le eché un poco de una de las pociones de Mr. Crepsley, un mejunje insípido que los dejó a todos sin conocimiento en diez minutos. Aún dormirían durante unas cuantas horas más, y despertarían con dolor de cabeza, pero sin ningún otro efecto secundario.

Sonreí al preguntarme qué pensarían cuando despertaran en sus camas, completamente vestidos, sin recordar qué había pasado la noche anterior. Sería un misterio que jamás llegarían a resolver.

No había sido un plan perfecto. Muchas cosas podían haber salido mal. Para empezar, no había garantías de que Murlough me

encontrara cuando me fui precipitadamente por mi cuenta tras haber ‘discutido’ con Mr. Crepsley, así como tampoco las había de que no me matara inmediatamente si me hallaba.

Podría haberme amordazado cuando me capturó, y en ese caso no habría podido convencerle de que le convenía dejarme vivo. O habría podido hacer caso omiso de mi advertencia sobre los Generales Vampiros… Lo que le dije era cierto, pero el problema era que Murlough estaba loco. El comportamiento de un vampanez loco era impredecible. Podría haberse tomado a risa la amenaza de los Generales y descuartizarme de todas formas.

Convencerle de que cambiara a Evra por Debbie fue la parte más delicada. Para que funcionara, mi actuación debía ser perfecta. Si le hubiese propuesto aquel trato de inmediato, Murlough podría haber sospechado algo y no habría picado. Si hubiese estado en sus cabales, no creo que *hubiese* caído en la trampa, a pesar de mi actuación, así que su demencia jugó a nuestro favor.

Y, naturalmente, había que justificar su muerte. Murlough *podía* haber derrotado a Mr. Crepsley. Si lo hubiese hecho, los seis estaríamos muertos: Mr. Crepsley, Evra y yo, Debbie, Donna y Jesse.

Había sido una apuesta peligrosa (e injusta para los Hemlocks, que desconocían por completo su papel en este mortífero juego), pero a veces hay que correr riesgos. ¿Era prudente arriesgar cinco vidas para salvar una? Probablemente no. Pero era *humano*. Si algo he aprendido de mi encuentro con el vampanez loco, es que incluso los no muertos pueden ser humanos. Nosotros lo éramos. Sin ese toque de humanidad, habríamos sido como Murlough, nada más que monstruos de la noche sedientos de sangre.

Deposité a Debbie bajo las sábanas limpias. Tenía una cicatriz diminuta en el tobillo izquierdo, allí donde Mr. Crepsley le había extraído sangre. La necesitaba para embadurnar a la cabra, y engañar al olfato de Murlough.

Miré al vampiro.

—Lo ha hecho bien esta noche —dije en voz baja—. Gracias.

Él sonrió.

—Hice lo que tenía que hacer. Era *tu* plan. Debería ser yo quien diera las gracias, aunque no por el hecho de haberte metido en medio la primera vez que lo vi. En mi opinión, estamos a la par, así

que ninguno tiene que agradecerle nada al otro.

—¿Qué ocurrirá cuando los vampanezes se enteren de que lo hemos matado? —pregunté—. ¿Vendrán a por nosotros?

Mr. Crepsley suspiró.

—Con suerte, no encontrarán el cuerpo. Y si lo hacen, espero que no sean capaces de seguirnos el rastro.

—Pero ¿y si lo hacen? —insistí, en busca de una respuesta concreta.

—Entonces nos perseguirán hasta el fin del mundo —dijo—. Y nos matarán. No tendremos ninguna oportunidad. Llegarían por docenas, y los Generales no harían nada para ayudarnos.

—Oh —dije—. Ojalá no le hubiera preguntado.

—¿Preferirías que te mintiera?

Negué con la cabeza.

—No. No más mentiras —sonreí—. Pero creo que será mejor no decirle nada a Evra. Lo que no sepa, no le atormentará. Además, ya está bastante enojado conmigo por todo esto. Creyó que de verdad iba a cambiar la vida de Debbie por la suya. Está furioso.

—Ya se calmará cuando se lo expliquemos todo —afirmó Mr. Crepsley—. Ahora… ¿vamos a buscarlo?

Vacilé y miré a Debbie.

—¿Me deja solo un par de minutos? —pedí.

—Por supuesto —dijo Mr. Crepsley—. Pero no tardes: se acerca el amanecer y no quisiera pasar el día atrapado en esos túneles abandonados. Estaré abajo.

Y salió.

Miré mi reloj. Eran cerca de las cuatro de la mañana, lo que significaba que ya era el veinticinco de Diciembre. El día de Navidad.

Me moví deprisa. Coloqué el desnudo árbol de Navidad al lado de la cama de Debbie, abrí la caja de los adornos, y cubrí el árbol de bolitas brillantes, figurillas, festón y lucecitas titilantes. Cuando terminé, giré un poco a Debbie, de modo que tuviera al árbol ante ella. Sería lo primero que viera cuando abriera los ojos por la mañana.

Me sentía mal por dejarla sin decirle adiós, y de este modo esperaba compensarla. Cuando despertara y viera el árbol, sabría

que no me había escabullido sin la menor consideración. Sabría que había pensado en ella, y, con un poco de suerte, no me guardaría rencor por mi repentina desaparición.

Me quedé a su lado unos segundos, contemplando su rostro. Ésa era casi con toda certeza la última vez que la vería. Se la veía tan dulce, yaciendo así dormida… Estuve tentado de ir en busca de una cámara de fotos, pero no hizo falta. Era una imagen que yo siempre recordaría a la perfección. Como la de mis padres, mi hermana, Sam… Rostros queridos cuyos rasgos nunca se desdibujarían en la galería mental de mi memoria.

Me incliné hacia ella y la besé en la frente, y aparté un solitario mechón de pelo de sus ojos.

—Feliz Navidad, Debbie —dije en voz baja.

Luego me di la vuelta y me marché… y nos fuimos a rescatar a Evra.

DARREN SHAN (1972). Su verdadero nombre es Darren O'Shaughnessy. Aunque es irlandés, nació el 2 de julio de 1972, en Londres; donde vivió hasta sus 6 años, cuando se mudó a Limerick, en Irlanda, junto a sus padres y su hermano más pequeño, donde ha residido hasta entonces. Darren fue a la escuela primaria en Askeaton, donde su madre ejerció de profesora, y luego estudió secundaria en el Copsewood College de Pallaskenry. Regresó temporalmente a Londres para estudiar sociología en la universidad Roehampton. Trabajó en un compañía de televisión por cable en

Limerick por algunos años, antes de consolidarse como un escritor a tiempo completo a los 23 años.

Aunque siempre quiso ser escritor, no fue hasta su adolescencia cuando comenzó a escribir en su tiempo libre para divertirse (antes, sólo escribía historias si se trataba de una tarea). Compró su primera máquina de escribir a los 14 años, nunca la dejó de lado, escribiendo cuentos, guiones para historietas, y comienzos alternativos para varios libros, que nunca completó. Disfrutó de su primer éxito literario a los 15, como participante en una competición en la que entregó un guión para una comedia negra titulada *A Day in the Morgue* («Un día en la morgue»).

A los 17 terminó su primera novela. Aunque nunca la publicó, se enfocó en otras historias, dejando a un lado los cuentos. Mientras estaba en la universidad y trabajaba, escribió el equivalente a un libro por año, experimentando con distintas ideas, géneros y estilos. Cuando se dedicó a tiempo completo a la escritura, ya alcanzaba la capacidad de tener listos al menos 5 libros por año. Pero la cifra se redujo luego a 2 libros/año recientemente, debido entre otras cosas, a las giras promocionales de sus obras. En el 2000, su primer libro orientado a un grupo juvenil de lectores, *El circo de los extraños*, fue publicado; que dio comienzo a la serie literaria conocida como la *Saga de Darren Shan*. Escribió el total de 12 libros, aunque había planeado más para la saga. Luego de enfocarse en los vampiros, lo hizo en los demonios, por lo que surgió la serie de 10 obras conocida como *The Demonata*. Ha publicado tres novelas para adultos, que conforman la trilogía *The City*.

Notas

[1] N. de la T: Tall significa «Alto», aludiendo a la estatura del personaje. <<

[2] N. de la T: Tiny significa «Pequeñito», en referencia a la estatura del personaje. <<

[3] N. de la T: Destiny significa «destino». <<

[4] N. de la T: Lefty significa «Izquierdista». <<

[5] N. de la T: Hemlock significa «Cicuta». <<

[6] N. de la T: Juego de palabras. En inglés, la palabra para «escala musical» y «escama» es «scale». < <